



1153

115

NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SÉRIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinada á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptacion del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

TOMO II.



MADRID:

IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

1854.

NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE PREDICADORES

NORMATIVOS, GEOMETRICOS, MORALES, DOCTRINALES, TAREAS, ETC.

CLASIFICADOS POR TEMAS.

ACORDANDO A TODAS LAS HONRRAS, MÉRITOS Y VIRTUDES

QUE ENCOMENDADO CUBRAN LA IGLESIA CATOLICA,

A LAS AUTORIDADES DE LA IGLESIA EN ESPAÑA,

Y A TODOS LOS SEÑORES DE ACTUALIDAD RELIGIOSA-MORAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESENTE

D. JUAN TORRES

factor que las de España y de todas las partes de la Iglesia en su Colegio de San Carlos de las Casas Reales de la ciudad de Sevilla, y en las de las Iglesias Reales de Granada, Sevilla y de las de las Iglesias de la España, y de las de las Iglesias de las Indias.



CON LAS LICENCIAS NECESARIAS

TOMO II.

MADRID:

Imprenta de H. Rasco, calle de Valverde, n. 34.

1881

DISCURSO

PARA LA DOMINICA VII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA INFLEXIBLE LÓGICA DE LOS HECHOS DEMUESTRA LA FALSEDAD DE TODO SISTEMA Y DE TODA DOCTRINA QUE ESTÁ EN OPOSICION CON LA DOCTRINA CATÓLICA.

Attendite à falsis prophetis qui veniunt ad vos in vestimentis ovium, intrinsecus autem sunt lupi rapaces : à fructibus eorum cognoscetis eos.

Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas , mas por dentro son lobos voraces : por sus obras los conocereis.

MATTH. VII. 15. 46.

EN un siglo en que el orgullo de la razon humana , sacudiendo todo yugo de autoridad , ha creado tantos maestros de impiedad y tantos apóstoles del error; cuando por do quiera no se oye otra cosa que la voz de tantos nuevos profetas que nos anuncian con pomposas frases la regeneracion de la humanidad , prometiendo á los pueblos á nombre de la filosofia una nueva era de prosperidad y de abundancia , y progreso rápido y prodigiosos adelantos en todos los ramos del humano saber , y el desarrollo de todos los elementos de bienandanza y felicidad individual y social ; cuando el racionalismo , adoptando diversas formas y revistiéndose de todos los caractéres mas á propósito para seducir y alucinar á las inteligencias , se presenta arrogante en el mundo investido de la gran mision de renovarlo todo , y llamado á dar una direccion distinta á las ideas y á realizar un cambio radical en las sociedades , justo es que los hombres y los pue-

blos tengan una regla para poder discernir lo verdadero de lo falso, la sinceridad de la hipocresía, el celo de la ambicion, y para conocer quiénes son los que hablan ingénuamente, y quiénes con disfrazada duplicidad, quiénes los que desean de buena fé enseñar el recto camino de la verdad, y quiénes los que bajo un lenguaje estudiado pretenden seducir y estraviar las inteligencias por los senderos del error; quiénes los que de veras se proponen fomentar en el mundo los positivos gérmenes de bienestar y dicha comun, y quiénes los que solo desean arrojar furtivamente las funestas semillas del desórden y de la anarquía. Y esta regla nos la dá Jesucristo en el presente Evangelio, en las siguientes palabras del célebre sermon de la montaña :

Guardaos de los falsos profetas que vienen á vosotros disfrazados con pieles de ovejas, cuando por dentro son lobos voraces: por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se cojen uvas de los espinos, ó higos de las zarzas? Así es que todo árbol bueno produce buenos frutos, y todo árbol malo dá frutos malos. Un árbol bueno no puede dar frutos malos: ni un árbol malo darlos buenos. Todo árbol que no dá buen fruto, será cortado y echado al fuego. Por sus frutos, pues, los podeis conocer. No todo aquel que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre celestial.

Leccion sublime que bajo el simil del árbol y sus frutos, nos proporciona cuanto podemos desear para apreciar debidamente todas esas teorías, todos esos sistemas que en los actuales tiempos se debaten en el campo de las ideas el imperio de la inteligencia, y aspiran á aclimatar en las modernas sociedades sus nuevas doctrinas, como si cada una de ellas en particular poseyese el privilegio esclusivo de la verdad que disputan á la doctrina católica. No creo llevará á mal nuestro siglo, que tan altamente proclama la irreeusable prueba de los hechos, y que á ellos apela con tanto énfasis para sancionar los diversos principios que sustenta, no creo, repito, lleve á mal que, adhiriéndome en este punto á sus propias ideas, apele á mi vez á esa misma prueba, y examine los resultados de sus doctrinas, y busque en los frutos que han producido hasta ahora en

el mundo, la demostracion irrefragable de la certidumbre ó de la falsedad de aquellas; si están apoyadas sobre el cimiento firme de la verdad, ó basadas en la movediza arena del error; si están llamadas á regenerar las sociedades, ó tienden únicamente á desorganizarlas; si son capaces de crear la prosperidad de los pueblos y de los individuos, ó si solo son bastante poderosas para engendrar en ellos la desmoralizacion y el desórden; en una palabra, si pueden por sí solas llenar las necesidades de la humanidad y dar la civilizacion que prometen, ó si son impotentes para realizar este pensamiento sin el concurso del catolicismo: *A fructibus eorum cognoscetis eos.*

Yo desde luego no dudo asegurar que «la inflexible lógica de los hechos demuestra evidentemente la falsedad de todo sistema y de toda doctrina que está en oposicion con la doctrina católica.» Y ved en esta proposicion enunciado mi pensamiento y el asunto del presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Desde la cuna de la creacion, en el asilo mismo de la inocencia y de la virtud, comenzó ya en el mundo esa lucha incesante entre la verdad y el error que tiene en perpétuo conflicto á la humanidad. La seduccion que por primera vez se disfrazó en el Paraiso bajo las formas de la sinceridad, no ha cesado desde entonces de tender sus lazos á los hombres, ora atacando su inteligencia, ora insinuándose en su corazon. De siglo en siglo, y en proporcion que los pueblos se multiplicaban y estendian sus comunicaciones, multiplicábanse á la vez los elementos de corrupcion, y el error formaba sus apóstoles, y la mentira enviaba por do quiera sus mensajeros, y la impiedad contaba numerosos profetas que enmascarados con el antifaz hipócrita de la virtud, trabajaban incansables por engañar á los incautos y sorprender la credulidad pública, á fin de fomentar y popularizar sus

enseñanzas. Nunca, empero, como en estos últimos siglos, se ha visto crecer y multiplicarse en todas partes esa generacion bastarda de hombres sin creencias, de filósofos sin convicciones, de génios sin verdadera ciencia, de innovadores sin religion, de inteligencias corrompidas, de reformadores hipócritas, de semisábios entusiastas, de economistas sistemáticos, de espíritus, en fin, estraviados con el falso brillo de una ilustracion mal entendida, de un progreso facticio, de un desarrollo intelectual basado en la estincion omnimoda de todo freno y de toda superioridad, que ya creando numerosas escuelas, ya inundando el globo de mil producciones pestilenciales, ya enviando en todas direcciones sus discípulos encargados de ejercer el mas incansable proselitismo, con la palabra, con la prensa, de todos modos han trabajado y trabajan por seducir los pueblos, anunciándose como emisarios de la verdad, y dándose á conocer como investidos de la sublime mision de darles la civilizacion, la libertad, el órden, la felicidad y todos los bienes individuales y sociales que tiempo há vienen reclamando inútilmente. Hé ahí á los profetas del error disfrazados con la piel ovina de la sinceridad y de la verdad: *Attendite à falsis prophetis, qui veniunt ad vos in vestimentis ovium*. Su ciencia es falsa tanto como su génio perverso, porque solo poseen el génio del mal y la ciencia de la perdicion: y cuando por donde quiera no llevan en pos de sí mas que tinieblas, vicios y miserias, cuando sus doctrinas no tienden mas que á desmoralizar todas las clases, todas las condiciones y todos los sexos, cuando su verdadero objeto y su mision legitima es solo el desterrar del mundo toda creencia religiosa, no dejar en él el menor rastro de la antigua fé, y acabar de una vez con todas las tradiciones y con todos los principios del catolicismo, se atreven no obstante á denominarse enviados de Dios y amigos de la humanidad, de ese Dios á quien blasfeman, y de esa humanidad á quien deshonoran y envilecen, degradándola en sus instintos, ultrajando su conciencia, y mofándose de ella cuando al parecer la adulan para mejor especular con su credulidad: *Intrinsecus autem sunt lupi rapaces*.

Y sin embargo, ¿quién no ha visto á las modernas generaciones lanzarse con avides en pos de esos ministros de Satanás, correr los

pueblos entusiasmados tras esos apóstoles del error, aplaudir sus doctrinas, devorar sus producciones, venerarlos con un culto casi divino, llevarlos en triunfo, proclamar altamente su génio y su vasto saber, ofrecerles inciensos, consagrarles estatuas, perpetuar su memoria en el lienzo ó en el mármol, é inmortalizar sus nombres en grandiosos monumentos, obras maestras del arte y de la ciencia? No me sorprende, señores, esta miseria del hombre; no me estraña que las apariencias le fascinen tan fácilmente y le arrastren á entusiasmarse á primera vista por unos séres que mejor estudiados solo le inspirarian aversion y horror, lejos de ver en ellos la gloria de su patria y la luz de su siglo. «Hay en esos hombres, como observa oportunamente un ilustrado escritor contemporáneo, cierta esterioridad de grandeza que impone: la audacia suple en ellos la fuerza: y como por otra parte el génio y la ciencia tienen tan poderoso atractivo, no es fácil resistir á las primeras impresiones del error disfrazado, sobre todo cuando en él se halla satisfecha la vanidad.» No así cuando se examinan sus obras, cuando se confrontan los resultados con las teorías, cuando se comparan los frutos de las doctrinas con los principios que se proclaman. Entonces es cuando se descubren á la luz de la esperiencia esos misterios de iniquidad que se ocultan bajo pomposas frases adornadas con las flores de una elocuencia encantadora; entonces se dejan ver en su vergonzosa desnudez esos sistemas erróneos, revestidos con las seductoras formas de la elegancia y del buen gusto; entonces aparecen tales como son esas absurdas teorías, que no tienen de verdad mas que un vano follaje de hueca y altisonante palabrería; entonces se dan á conocer esos génios que se decian llamados á libertar la humanidad de la esclavitud de la preocupacion, á arrancar los pueblos de las tinieblas de la ignorancia, á salvar las sociedades del yugo de la miseria, y á hacer marchar el siglo por las vias del progreso y de la felicidad, como unos séres maquiavélicos, como unas inteligencias corrompidas, impotentes para obrar el bien, y solo propias para pervertir, para engañar, para estraviar y perder á los incautos, para desorganizarlo todo en el orden religioso y social, y sembrar por do quiera desolacion y ruinas: *A fructibus eorum cognoscetis eos.*

Estudiad sino atentamente los resultados que han dado en el mundo político, religioso y social todas esas doctrinas que mas ó menos encubiertas con la máscara hipócrita de la ilustracion, de la virtud ó del progreso, se han puesto en oposicion con la doctrina católica. Si observais á sus autores, en todos ellos encontrareis la misma fisonomía, el mismo carácter, igual duplicidad, y un disimulo idéntico desmentido siempre por sus obras: porque no es fácil sostener por mucho tiempo lo que no se siente, ni el fingimiento de la astucia puede durar mas que lo que dura la ilusion. ¿Qué han hecho todos esos hombres políticos que con lenguaje estudiado deploraban un dia el abatimiento y la degradacion de los pueblos, la inaccion del comercio, la paralización de la industria, el servilismo de las grandes masas faltas de recursos con que poder vivir, y esclavas bajo el pesado yugo de una cruel dependencia? A creer en sus dulces y almiradas palabras, ellos eran los destinados á obrar una reaccion feliz en todas las clases, á crear nuevos elementos de prosperidad, á desterrar todos los infortunios, á enjugar todas las lágrimas y hacer correr por do quiera fuentes inagotables de felicidad, realizando la fábula de la edad de oro de los antiguos poetas. Pero cuando con estas promesas hubieron seducido á los pueblos de quienes se decian amigos sinceros y decididos protectores, ¿qué otra cosa les dieron en cambio de su sencilla credulidad sino amargos desengaños y crueles decepciones? ¿Qué otra cosa hicieron sino redoblar sus necesidades, aumentar su miseria, hacer mas intolerable su opresion, y envenenar mas las heridas que se propusieron cicatrizar? La humanidad que antes sobrellevaba sus desgracias con la resignacion de la fé, esperimentó bajo el imperio de esos hombres los horrores de la desesperacion, y continuó agitándose sin consuelo en las angustiosas convulsiones de la muerte, tanto mas dolorosas cuanto es mas descarado el cinismo de los que hoy medran y viven en las delicias de la abundancia á costa de la humillacion y de la indigencia de sus victimas: *A fructibus eorum cognosceitis eos.*

¿Y qué otra cosa hicieron los que en el orden religioso, afectando mansedumbre en su porte exterior, y en sus palabras una dulzura y una virtud simuladas, se propusieron reformar el culto de nuestros

padres, dar á la religion mayor ascendiente resucitando su primitivo espíritu, restablecer la pureza del dogma y de la moral decaída por la accion del tiempo y por la corrupcion de los siglos? Así fué como se presentaron en todas épocas los reformadores: tales fueron las promesas de esos maestros del error que se propusieron hacer la guerra á la iglesia de Jesucristo so pretexto de desterrar sus presuntos abusos; y no de otro modo se insinuaron al principio todos los gefes de secta que mal avenidos con los principios del catolicismo, ocultaban bajo las apariencias de una virtud mas austera y de unas creencias mas puras, el funesto pensamiento de destruir los cimientos de la verdadera fé, dar al traste con las tradiciones apostólicas, y echar por tierra el augusto edificio de la unidad. Lobos voraces encubiertos con pieles de ovejas, empezaron por dispersar el rebaño del supremo pastor con estudiados sofismas, atrayendo á los fieles con doctrinas erróneas pero revestidas de un brillo seductor capaz de alucinar sus inteligencias, para despues pervertir sus corazones, sembrando principios que halagaban las pasiones y lisongeaban los sentidos, predicando la tolerancia de los mas criminales excesos, y concluyendo por abrir puerta franca á todos los vicios para acabar de una vez con las creencias y dar el golpe de gracia á todos los dogmas. La historia de todas las naciones y de todos los siglos viene en nuestro apoyo, y demuestra claramente que nada avanzamos que no esté fundado en una larga y triste esperiencia: *A fructibus eorum cognosceitis eos.*

Por último, no otra ha sido la conducta de esos hombres que en el orden social se proclamaron regeneradores de la humanidad, protectores de la libertad, amigos del orden, apóstoles de la fraternidad, oráculos de la verdadera ciencia, y antorchas de la civilizacion. Astutos lo bastante para sorprender con pomposas teorías, y no menos felices en combinar sistemas tan bellos en el papel como ineficaces en la aplicacion, lograron sin gran trabajo hacerse numerosos prosélitos en todas las clases, y vieron en poco tiempo engruesar considerablemente las filas del filosofismo con innumerables discípulos que se disputaban la honra de pertenecer á su escuela. Los pueblos, las naciones, las sociedades en masa, casi todo el mundo

participó de ese mismo entusiasmo producido por la idea de las palpables ventajas que prometían las nuevas doctrinas: y apenas hubo una familia, un solo individuo que mas ó menos no experimentase los efectos de aquel impulso regenerador. Bien así como en los tiempos de San Gerónimo el universo entero, al decir de aquel sábio, se encontró arriano casi sin saberlo, del mismo modo en el último siglo hubiérase podido decir que toda la humanidad, con cortas escepciones, se halló envuelta sin apercibirse en los lazos del filosofismo. Pero cuando el tiempo hubo madurado lo bastante los frutos de aquel árbol funesto, ¿qué es lo que recogió el mundo, y especialmente la Europa en cambio del entusiasmo con que saludó un día á ese astro precursor de tanta felicidad? Lágrimas, desastres, ruinas, sangre, desolacion, y una corrupcion espantosa de costumbres, y una degradacion profunda en las inteligencias, y un envilecimiento cual nunca se vió en los pueblos, y los instintos del bruto sustituidos á las nobles aspiraciones del alma racional, y el vacío de la nada arrojado á los hombres en cambio de sus inmortales esperanzas, y la servidumbre, y la miseria aumentando las angustias de una sociedad agonizante entre los horrores del crimen y los estravíos de la incredulidad, y... ¿Pero á qué reproducir el cuadro repugnante de los infortunios de todo género con que dejó marcadas sus huellas el génio de la filosofia por donde quiera que paseó sus negros pendones? Ignora nadie que su imperio fué el imperio del desórden, de la impiedad, del crimen, y que bajo su influencia el despotismo levantó donde quiera cadalsos y ensangrentó las ciudades, la anarquía rompió todos los vínculos y trastornó el equilibrio social, produciendo conflictos de opiniones, luchas, sacudimientos y choques espantosos de partidos, la ignorancia llegó hasta el embrutecimiento, la desvergüenza no conoció limites, el vicio no respetó clases ni condiciones, y la propiedad fué desconocida, y todos los derechos hollados, y la agricultura y la industria gimieron en una completa inaccion, y las artes y las letras enmudecieron, y la libertad no fué mas que un nombre sinónimo de corrupcion, y la igualdad un pretesto para desconocer todo freno de autoridad, y la virtud un sarcasmo, y la probidad una mentira, y el amor patrio un insulto lan-

zado á la sociedad? Diga ésta los bienes que reportó, y diga tambien los que viene reportando desde que el filosofismo, cualquiera que sea la denominacion de sus discipulos ó adeptos, se ha propuesto gobernar el mundo con sus doctrinas en un todo opuestas á la doctrina católica, pues todas ellas tienden á sustituirla la independendencia del pensamiento y la soberanía de la razon. ¿Pero qué otra cosa podria decir sino que los gefes de esta escuela han sido los tiranos de las naciones cuando prometian ser sus libertadores, que han sido los corruptores de los pueblos cuando se proclamaban los maestros de la moral pública, que han sido los opresores de la inteligencia cuando se decian llamados á emanciparla del yugo de las preocupaciones, que han sido, en una palabra, los verdugos de la humanidad cuando se creian los únicos capaces de regenerarla y de hacerla feliz desarrollando gérmenes de vida y prosperidad desconocidos hasta entonces, y dando impulso á tantos elementos de dicha individual y social que el despotismo de la teocracia tenia, segun ellos, en una inaccion vergonzosa? *A fructibus eorum cognoscetis eos.*

Y si ya que no en todo, al menos en parte hubieran realizado esas mejoras que tan enfáticamente prometieran, si la humanidad hubiera experimentado algunas ventajas positivas en cambio de tantas esperanzas burladas y de tantos sacrificios inútiles, si los pueblos hubiesen adelantado alguna cosa siquiera en orden á su bienestar material... Mas no; bajo ningun aspecto han producido las modernas doctrinas otros frutos mas que decepciones y desengaños. Observad, y por donde quiera hallareis las mismas miserias, oireis las mismas quejas, advertireis las mismas desgracias, y escuchareis idénticos acentos de desesperacion. Porque así como no puede un árbol malo producir buenos frutos, no es posible tampoco que unas doctrinas que llevan en sí mismas el germen de la inmoralidad, de la corrupcion y del vicio, y un principio de degradacion, de envilecimiento y de desórden inherentes á su esencia, puedan dar de sí otros resultados que los que hemos indicado, cualquiera que sea el colorido con que se las disface, y por mas que se adornen con las seductoras apariencias del génio y del saber. *Non potest arbor mala bonos fructus facere.* ¿Qué importa que un veneno se prepare con todo

esmero para evitar la aversion que causa su vista? ¿Dejará por eso de causar la muerte al que incauto ó alucinado lo lleva á su boca? Pues lo mismo sucede respecto de las malas doctrinas. En vano sus autores tratarán de hacerlas menos odiosas á los pueblos, y aun conseguirán que éstos entusiasmados por lo que esteriormente tienen de bello sus sistemas, los acepten con gusto, los abracen con avidez y los sigan con delirio... El tiempo les hará conocer que se engañaron: que aquellos principios en que creyeron encontrar su bienandanza, no eran mas que gérmenes corrompidos que ocultaban mañosamente su desventura é infelicidad; que aquellas doctrinas que les prometian libertad é independencia, no eran sino una vana palabrería con que se trataba de dorar los hierros con que se intentaba esclavizarlos; que aquella ilustracion tan pomposamente proclamada en mil escritos, no era sino una añagaza dispuesta con arte para arrancarles hasta el último resto de sus antiguas creencias; que aquel interés afectado y aquel pretendido celo que manifestaban por el desarrollo de la industria, de las artes y de todos los elementos de prosperidad social, no eran mas que un antifaz hipócrita con que consiguieron ocultar el mas odioso egoismo, la ambicion mas desmedida y un deseo insaciable de medrar y enriquecerse á costa de los sacrificios del pobre, de los sudores del labrador, y de las economías del artista, monopolizando en provecho de unos pocos el trabajo de muchos, y especulando con la sencillez candorosa de la buena fé, á fin de dejar despues burladas sus esperanzas: *Non potest arbor mala bonos fructus facere.*

Luego son falsas y erróneas todas las doctrinas que están en oposicion con la doctrina católica: y la inflexible lógica de los hechos demuestra hasta la evidencia que no son ellas las llamadas á regenerar la sociedad y á hacer felices á los pueblos á quienes tan lastimosamente han seducido. Luego son falsos profetas y apóstoles de la mentira, todos esos hombres que inventando sistemas y proclamando principios contrarios á los principios del catolicismo, pretenden crear en el mundo nuevos elementos de bienestar, de orden, de civilizacion, y de moralidad, independientemente de las enseñanzas de la Iglesia universal, y fuera del círculo de la unidad.

Luego son lobos disfrazados con pieles de ovejas, todos esos géneos que, ora en el orden religioso, ora en el orden social, intentan sustituir á las doctrinas del Evangelio los sofismas de la filosofía, la soberanía de la razón á la autoridad de la fé, las opiniones del hombre á la palabra de Dios.

Guardémonos pues de ellos, según el precepto del Salvador, huyamos de sus doctrinas, y no nos dejemos seducir de sus erróneos sistemas. Harto nos ha manifestado la experiencia el fin á que se dirigen y el objeto que se proponen, por mas que trabajen por disimular sus verdaderas intenciones con hipócritas apariencias. Antes de adoptar una teoría, por mas brillante que aparezca, ó de adherirnos á un principio, estudiemos las consecuencias buenas ó malas que de él se desprenden, observemos el camino que nos traza; no nos dejemos alucinar de las primeras impresiones, no sea que cayendo en el lazo, nos veamos arrastrados al abismo del error, justamente cuando creemos haber hallado la verdad. Tengamos siempre presente, como nos lo dice Jesucristo en su Evangelio, que no todos los que dicen: Señor, Señor, entrarán en el reino de los cielos, sino aquellos que hacen en todo la voluntad del Padre celestial; porque la virtud no consiste en las palabras, así como no siempre está la verdad allí donde se habla y escribe de ella. No ha habido reformador, heresiarca, filósofo, que no haya pronunciado ese bello nombre y le haya estampado en sus producciones, porque es preciso valerse de la simulacion y del amaño para introducir un error cualquiera: y sin embargo la verdad estaba bien distante de ellos, porque era justamente de lo que huían. Ciertamente que el tiempo ha descubierto las arterias de la impiedad, y ha hecho justicia y dado su merecido á esos profetas de la mentira: pero entretanto, ¡cuántas víctimas no han sacrificado! ¡á cuántos pueblos no han empujado á la perdición! ¡á cuántos individuos no han envuelto en el laberinto del error! ¡cuántas lágrimas no han arrancado! ¡cuántas heridas no han abierto! ¡cuántos infortunios no han ocasionado! Leed la historia, y ella os dirá lo que la humanidad debe á esos hombres y á esos sistemas acogidos un día con tanto entusiasmo, y que hoy arrancan únicamente el anatema, la maldición y el odio del mundo

verdaderamente civilizado. Siquiera pues fuese un apóstol, si-
quiera fuese un profeta, mas aun, un ángel del cielo, el que os en-
señase ó predicase otros principios contrarios á los que enseña la
Iglesia católica, no le creais, os diré por último con San Pablo; re-
chazad indignados su autoridad, protestad contra su mision, pues
es un lobo disfrazado de oveja que intenta seduciros. Ni un ápice os
desvieis de las enseñanzas del catolicismo, único que está llamado á
hacer felices á los pueblos en el tiempo con la influencia de sus pu-
ras doctrinas, y á conducir á los individuos por el camino de la
verdad á la perdurable bienandanza de la gloria.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA VIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EL RACIONALISMO CITADO ANTE LA CIENCIA Y EL GÉNIO Á QUE APELÓ PARA DESACREDITAR LAS TRADICIONES CRISTIANAS Y NEGAR SU INFLUENCIA EN EL BIENESTAR DE LA HUMANIDAD, DEMUESTRA AL PAR QUE SU ÓDIO SISTEMÁTICO Á TODA VERDAD REVELADA, LA IMPOSIBILIDAD DE SUSTITUIR SUS ERRÓNEOS PRINCIPIOS Á LOS PRINCIPIOS INVARIABLES DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Redde rationem villicationis tue.

Dá cuenta de tu administracion.

LUC. XVI. 2.

Si estudiamos atentamente la historia de las aberraciones del entendimiento humano, con dificultad hallaremos páginas mas tristes que las del siglo en que vivimos. Ninguno como él ha tenido á su disposicion tantos elementos para hacer el bien; ninguno ha contado con medios tan eficaces para resolver el gran problema de felicidad individual y social que tiempo há viene ocupando la imaginacion de los sábios; ninguno, en fin, ha podido realizar mejor ese gran pensamiento de mejorar la situacion de la gran familia humana, y encaminarla por las vias de una civilizacion bien entendida á sus sublimes destinos; y sin embargo, ninguno se ha hecho culpable de un abuso tan criminal de esos mismos elementos, ni ha hecho pesar sobre sí tan grande responsabilidad ante Dios y los hombres, ante la religion y la sociedad. No negaremos que siempre hubo crímenes, errores y pasiones funestas; no desconoceremos que la inteligencia

en todas épocas ha tenido sus extravíos, bien así como el corazón ha abrigado vicios vergonzosos. El hombre, donde quiera se ha dejado ver él mismo, siempre voluble, siempre inconstante, sujeto á los delirios de una imaginación ardiente ó apasionada, y víctima de ilusiones mas ó menos perniciosas. Los siglos, empero, no menos que los hombres, tienen su fisonomía propia y característica que les distingue unos de otros; y aparte de lo que es comun á todos ellos, se ve en cada cual distintas ideas, distintas aspiraciones, y una marcha diversa, según la diversidad de principios por que se rigen, ó las diferentes creencias que en ellos dominan. Y en este punto el siglo en que vivimos descuella entre los que le precedieron por un carácter de ingratitude y de infidencia que le hace mas culpable que á todos los demás, ya porque no puede cohonestar sus excesos con el pretexto de la ignorancia, puesto que él mismo ha sido el primero en apellidarse el siglo de la ciencia y de la civilización, ya porque tampoco le es posible hallar un motivo plausible con que legitimar la abusiva malversación que ha hecho de los dones de la inteligencia y de los recursos del genio en mal de la humanidad, habiéndose vanagloriado él mismo de ser el único llamado á regenerarla, á reconquistar sus derechos, á fijar su porvenir, y á darla la felicidad que en vano venia esperando á través de las edades.

¿Y no es él el que tuvo la arrogante temeridad de apelar del catolicismo ante el tribunal de la razón humana, el que le citó y aplazó ante la ciencia para disputarle su misión, para desmentir sus promesas, para demostrar la falsedad de sus dogmas, para desacreditar, en una palabra, todo el sistema de la religión católica, y hacer ver á las generaciones venideras que no era divina, ni por consiguiente la llamada á dominar en el mundo y á establecer su imperio sobre las inteligencias, impotente como era, según sus aseveraciones, para crear gérmenes de verdadero progreso y de positivo bienestar, y para proporcionar á la humanidad una dicha sólida y duradera, y una civilización conveniente á sus exigencias? Pues bien, hoy nos hallamos en el caso contrario. El catolicismo que un día fué citado y aplazado por ese siglo orgulloso é impio, cita á su vez á su adversario ante el mismo tribunal á que dé cuenta del abuso que

hizo de esos elementos con que contó, prometiendo con ellos, é independientemente de la influencia de la religion, llevar á cabo su atrevido proyecto de reorganizar las sociedades y proporcionar á los pueblos las ventajas que reclamaban las luces de la época. Y vednos en un caso análogo al de la parábola que nos refiere el Evangelio de este dia. *Erase, dice, un hombre rico que tenia un mayordomo, del cual por la voz comun llegó á entender que le habia disipado sus bienes. Llamóle, pues, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Dáme cuenta de tu administracion, pues no quiero que en adelante cuides de mi hacienda.*

Sin pasar adelante en la reproduccion del texto Evangélico, fijémonos en esta idea, y digamos á nuestro siglo racionalista á nombre del catolicismo: *Redde rationem villicationis tuæ.* Dá cuenta del uso que has hecho de los dones de Dios en el órden religioso y social: muestra los bienes que has proporcionado, las ventajas que has facilitado, la bienandanza que has procurado á la humanidad con el ascendiente de tu ciencia, con el poder de tu génio, con la influencia de tu civilizacion. *Redde rationem etc.*: Ven á dar tus descargos sobre la inmoralidad que has desarrollado en todas las clases, sobre la indiferencia religiosa que has engendrado en las inteligencias, sobre la corrupcion que has fomentado en los corazones, sobre la anarquía que has producido en el mundo moral, y acerca de mil otros cargos que pesan sobre tí. Mas como quiera que esto seria materia imposible, atendidos los estrechos limites de un discurso, solo nos ceñiremos á lanzar una rápida ojeada sobre los resultados que han dado los trabajos del racionalismo filosófico con respecto á este punto, y veremos que «citado ante la ciencia y el génio á que apeló para desacreditar las tradiciones cristianas y negar su influencia en el bienestar de la humanidad, demuestra al par que su ódio sistemático á toda verdad revelada, la imposibilidad de sustituir sus erróneos principios á los principios invariables de la doctrina católica.» Invoquemos ante todo los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Dios, dice el sábio hijo de David, entregó el mundo á las diputas de los hombres (1). Y en efecto, todo lo invadió su génio y su ciencia: el cielo y la tierra, las estrellas del firmamento como las arenas del mar, el curso de los globos no menos que la fuerza de los elementos, lo pasado y el porvenir, nada hubo que no se atreviesen á pesar y discutir: y desde el imperceptible cínife que vuela por el espacio, hasta el colosal elefante que habita los desiertos, y desde el humilde hisopo hasta el gigantesco cedro, nada hubo en la naturaleza que no abarcase su inteligencia y que dejase de servir de objeto á sus prolongadas vigiliass y á sus incansables investigaciones. No es de estrañar que el hombre, llamado á ser el gefe de la creacion, intentase audaz someter todos los demás séres criados al dominio de su ciencia, y hacer tributario de su génio todo aquello sobre que él tenia la conciencia de su superioridad. Mas nadie hubiera llegado á creer que no contento con reinar como soberano en las regiones de la inteligencia, hubiera aspirado á reinar tambien en las regiones de la fé, y que estralimitándose del círculo de la naturaleza que el Criador le trazó para que dentro de él pudiese satisfacer ese irresistible impulso que le arrastra á conocer todo cuanto pasa en torno suyo, se lanzase temerario á lo incomprendible y á lo infinito, invadiendo con una mano sacrilega el santuario de la religion, y pretendiendo someter á las débiles luces de su razon estrañada y débil, las profundidades de la divinidad. Y sin embargo, así sucedió: no pocos fueron en los pasados siglos los génios que, llevados de su nécio orgullo ó de su impia temeridad, sostuvieron una lucha porfiada por sustituir á las antiguas tradiciones del cristianismo, los delirios de su inteligencia y los extravíos de su razon.

(1) Mundum tradidit disputationi eorum. (Ecclesiastes, III. 41.)

Pero jamás como en estos últimos tiempos llegó á tan alto punto la soberbia del hombre; nunca como en nuestro siglo la razon se mostró tan atrevida, ni disputó á Dios con mayor teson ni con un cinismo tan impudente sus derechos, hasta el extremo de erigirse en única y esclusiva soberana del mundo, y proclamar su autoridad como regla esclusiva de todos los deberes, como tribunal único é inapelable á que debían someterse todas las creencias, como único juez competente para fallar entre la verdad y el error. Y cual si fuese una nueva divinidad á quien debia tributar homenaje el mundo moral, como si Dios mismo fuese poco delante de ella, le desafió insolente, se propuso desmentir su palabra eterna ó probar que no habia hablado á los hombres, llamó en su auxilio á las ciencias, reunió todos los recursos del génio, y apelando de la veracidad de las sagradas páginas al veredicto de la cosmogonía, de la ideología, de la historia profana, y de cuantos elementos creyó á propósito para apoyar sus insensatas teorías, se lisongeó de haber socavado por el pié el augusto edificio de la religion, y entonó himnos fúnebres á la muerte del catolicismo.

Nadie ignora los trabajos emprendidos con este fin siniestro por los sábios del último siglo: sabido es con cuán incansable perseverancia han continuado esta obra de destruccion los racionalistas del siglo presente. Nunca como en nuestros dias tomaron tan prodigioso vuelo los estudios científicos, jamás el análisis subió á tan alto punto en todos los ramos del saber humano. La astronomía ha llegado á tocar los últimos limites de ambos mundos; la física ha ensanchado su círculo hasta mas allá del imperio del sol; la arqueología ha rebuscado los monumentos de los pueblos hasta en los primeros fulgores de la historia; la geología ha escudriñado los secretos del globo, desde la hoja del humilde arbusto hasta lo mas profundo de sus entrañas tenebrosas; la filología ha estudiado todos los idiomas y buscado su origen desde la corrompida gerga del salvaje que no sabe siquiera contar cuatro, hasta las lenguas sábias de la Europa, y las lenguas típicas de la antigua Asia y de la India. ¡Y todo esto, como ya digimos antes, por el placer de desmentir las tradiciones bíblicas, por convencer de ignorancia é impostura á Moisés, por demostrar la in-

existencia de una revelacion divina, por desacreditar todo el sistema del cristianismo, y por negar su necesidad é influencia beneficosa en el bienestar temporal y eterno de la humanidad!

¿Y qué es lo que han conseguido los enemigos de la religion? ¿Qué resultados ha dado esta mancomunidad de esfuerzos, esta aglomeracion de estudios científicos emprendidos por un siglo incrédulo y enconoso? ¿Cómo ha salido el catolicismo del crisól de tantos y tan diversos ensayos? ¿Se han desmentido sus dogmas? ¿Se han probado de absurdas sus enseñanzas? ¿Se ha demostrado su origen puramente humano? ¿Se han destruido los cimientos del robusto edificio de la unidad católica? Insolentes pigmeos, que en vuestro nécio orgullo os atrevisteis á lidiar con ese gigante, y os creísteis bastante fuertes para echarle al suelo, venid á presenciar su triunfo y vuestra ignominia. ¿No dijisteis un dia que el catolicismo, juzgado por la ciencia y el génio, saldria indudablemente condenado, y que su imperio iba á desaparecer ante las luces del siglo? ¿No gritásteis poco há, como allá los delatores de Jesus de Nazareth en presencia del tribunal que le juzgaba: «No queremos que reine sobre nosotros; quitadle de ahí: perezca para siempre, y no se vuelva á oir su nombre entre nosotros?» Si: esto dijeron los corifeos de la impiedad, esto repitieron los gefes de la filosofia incrédula y materialista, esto volvió á repetir por cien bocas el racionalismo, y hasta en nuestros mismos dias la escuela alemana insiste en negar la existencia histórica del hijo de María, sus obras, sus prodigios, su muerte, y la reparacion de la humanidad operada con su sangre. ¿Como si una fraseología oscura bastase á apagar los resplandores que por do quiera ha derramado la verdad en favor del catolicismo! ¿Como si la invencion del sistema mítico, último recurso á que en su agonía ha apelado la escuela racionalista, pudiese desmentir unos dogmas á que ya en la actualidad hace justicia la ciencia y rinde homenaje el verdadero saber!

No es ya tiempo: el filosofismo ha concluido su obra, y la mision que trajo al mundo ha caducado completamente. Justo es, pues, que le citemos ante el tribunal de la esperiencia, y que haciéndole comparecer en presencia de los mismos jueces que él evocó para soste-

ner y defender su causa contra el catolicismo, le obliguemos á dar cuenta de lo que ha hecho y de los fines que se propuso, y veremos resaltar por una parte el ódio sistemático con que persiguió toda verdad revelada, y por otra su nulidad é impotencia para sustituir sus erróneos principios á los principios invariables de la doctrina católica: *Redde rationem*. Y en efecto: ¿qué hicieron esos apóstoles de la incredulidad, borrando los nombres de Providencia, de inmortalidad, de castigos y recompensas, anulando todo deber, identificando el vicio y la virtud, propagando el materialismo, estableciendo como un axioma el amor del oro y el horror á la pobreza; qué hicieron, repito, mas que secar los corazones haciéndoles inaccesibles á todo sentimiento de humanidad, exaltar el egoismo, desencadenar toda clase de ambiciones, colocar la felicidad del hombre en la satisfaccion de los apetitos del sensualismo brutal, saturar el alma de tristeza y fastidio, quitar á la vida todos sus encantos, sembrar la desesperacion en el seno de la indigencia, y ofrecer á la humanidad el suicidio como único término de sus males? *Redde rationem*. ¿Qué hicieron esos llamados propagadores de la moderna ilustracion multiplicando sus producciones en todos géneros y estilos, vaciadas todas en el molde de la ciencia enciclopédica, mas que agotar las fuentes de toda emocion dulce y noble, de toda inspiracion grande y generosa, creando una literatura violenta cuanto inmoral, y sustituyendo al talento y á la originalidad la estravagancia y el cinismo? *Redde rationem*. ¿Y si solamente hubiese resultado de aquí la decadencia del génio, la desorganizacion de la ciencia!... Pero no: los frutos de ese árbol corrompido fueron incomparablemente mas funestos. Vióse una sociedad que gozaba en el espectáculo del robo, del asesinato, del parricidio, y de toda clase de crímenes los mas horribles y repugnantes. Vióse un siglo convertido en una interminable escena de sangre y de carnicería, de revoluciones y de cadalsos, agitado de una especie de galvanismo anárquico que le impulsaba á la destruccion de todo lo existente. Pero como en los designios de la Providencia, los medios en apariencia mas contrarios sirven á la realizacion de los altos fines del órden eterno, del esceso mismo del mal se vió tambien surgir el remedio: porque todo debia contri-

buir á realzar las glorias del catolicismo y á demostrar la necesidad de su accion regeneradora allí mismo y por las mismas vías por donde se pretendiera demostrar su caducidad y su impotencia.

Asi fué: el catolicismo, juzgado un dia y condenado ante los tribunales de una filosofia revolucionaria, y lanzado por el racionalismo del seno de las sociedades como un elemento innecesario é importuno, como una rémora que hacia dificultosa y pesada la marcha progresiva del siglo, fué llamado de nuevo á reorganizar unos pueblos que se disolvian víctimas de sus mismos excesos. Asustado el hombre de la obra de sus manos, y de las pérdidas é inestables teorías de su propia razon, tuvo que buscar en la razon eterna el origen y el fin de sus destinos. Los mismos esfuerzos que hiciera para emanciparse de Dios, para gobernarse á si mismo independientemente de todo principio sobrenatural, para rehacer la sociedad y forjarse una religion á su modo, hija de sus pasiones y caprichos, convirtiéronse en medios de demostracion que le hicieron ver cuán inútilmente se afanaba por lograrlo: y despues de haber estudiado todos los sistemas, profundizado todos los principios, y comparado todas las doctrinas, concluyó por reconocer y confesar á su despecho que la sociedad bien asi como la religion son obras esclusivamente de Dios, que ni la una ni la otra pueden inventarse, y que todo cuanto hay en la humanidad de vital é imperecedero la viene del catolicismo. Hasta los discípulos de San-Simon han rendido homenaje á Jesus de Nazareth; y desapareciendo de la escena en donde no há mucho se mostraba orgullosa investida de la mision de regenerar los pueblos modernos esa escuela ya decrépita en su misma juventud, se oculta avergonzada de haber querido parodiar el Evangelio contra el Evangelio mismo, persuadida por la lógica de los hechos de que es imposible quitar ni añadir nada al orden establecido por la palabra de Jesucristo, sin poner en inminente riesgo toda la economia social.

¿Y qué mas ha conseguido el racionalismo sábio y erudito, ese principio deletéreo y corruptor que ha pretendido encarnar bajo todas las formas posibles en el corazon de las sociedades, para hacerlas hostiles á la doctrina católica, ponderando la insuficiencia de ésta en orden á su bienestar y porvenir, y ensalzando sus propios

recursos para crear toda clase de elementos de dicha y de civilización? ¡Impostor! Él quiso reinar en las inteligencias descatolizándolas, si se me permite este término; aspiró á alucinar al mundo con brillantes y deslumbradores sistemas, para monopolizar en provecho propio la industria y el génio artístico, despojándoles de las inspiraciones de la fé; se propuso hacer tributaria á toda la humanidad arrancándola lo que á través de los siglos venia constituyendo el principio de su existencia y el mas firme apoyo de sus esperanzas!... Pero tambien le ha llegado su tiempo: tambien él ha comparecido á la barra y ha sido condenado por los mismos hechos á cuya prueba apeló contra el Cristo. Y vedle ya destronado en muchas partes ese vil antagonista del catolicismo, abandonado de sus discipulos, escarnecido por sus antiguos panegiristas, beñado por los sábios á quienes quiso corromper, satirizado por el pueblo á quien materializó para burlarse de él en su indigencia, despreciado por las sociedades que huyen de él con disgusto desengañadas de la superficialidad de sus bellos proyectos, é impotente ya para despojar á la verdad de sus atractivos, á la caridad de sus glorias, y á la religion de sus triunfos, por mas que se esfuerce en sustituir la filantropia humana al amor sobrenatural y divino del Evangelio, y la probidad filosófica á las virtudes cristianas.

Por último, ¿han salido mejor parados en este juicio el génio y la ciencia, que haciendo en nuestros dias causa comun con la impiedad se obstinaron en demostrar á fuerza de trabajos y de experimentos de todo género que el catolicismo no era la obra de Dios, ni por consiguiente el elemento salvador de los pueblos? Pero dejemos aquí hablar á ese ilustre escritor que tantos laureles ha merecido en el siglo presente en el noble combate que ha sostenido contra el error (1). Gustoso renunciaré al mérito de la originalidad por trascribir las bellezas de su elocuente pluma. «¿Qué se ha hecho, esclama, de esos hombres, y de los hijos de esos hombres tan encarnizados contra el Cristo? ¿Dónde están esos discipulos del sofisma y del sarcasmo que en su delirio profetizaban el fin de nuestra religion? ¿Dónde los

(1) Roselly de Lorgues. Le Christ devant le siècle. C. XVI.

que escribían no há mucho tiempo: las naciones perpetuarán en sus anales el nombre de Voltaire como promotor de la gran revolucion operada en el siglo XIX? ¡Ah! Ese siglo designado por ellos para real-
lizar la condenacion de Jesucristo, levanta su voz desde las altas regiones de la ciencia, publica las maravillas de la redencion, y hace reflejar sobre nosotros de rechazo las glorias del Verbo. Jamás brilló sobre el hombre una claridad tan viva y luminosa: nunca sus ojos vieron unas pruebas tan demostrativas, tan tangibles y numerosas en favor de la verdad. El estudio de los terrenos y de las capas del globo, la observacion de las razas americanas y oceánicas, los recientes descubrimientos de monumentos de la civilizacion primitiva, los trabajos de la numismática y de la arqueología, la invencion del sistema geroglífico, la rectificacion de los errores históricos, la confrontacion de las diversas cronologias, la restitution de los planisferios de la India y de los zodiacos egipcios á su verdadera fecha, han venido á confirmar unánimemente la verdad de la Cosmogonia de Moisés. La geología y la anatomía comparada han probado la exactitud del orden de las ereaciones marcado en el Génesis... La ethnografía ha establecido tres grandes divisiones en la multitud de idiomas y dialectos muertos ó vivos. La lingüística ha contribuido á la inteligencia de las sagradas escrituras y de las figuras orientales. Las exploraciones de los viajeros modernos han certificado el cumplimiento de las profecías... Y todos estos irresistibles testimonios se han reunido precisamente en la época en que el marasmo de la sociedad necesitaba un remedio mas enérgico que nunca, una luz mas penetrante, y un concurso inaudito de esfuerzos y de investigaciones, opuestas frecuentemente en cuanto á su objeto, pero uniformes en su resultado, á fin de sojuzgar el orgullo de la ciencia con la ciencia misma, y conducirla humilde y sumisa al sendero de la fé... El siglo, en fin, ha juzgado á Jesucristo, y ha tenido que absolverle. Despues de haber agotado todos los sistemas filosóficos, y consumido todos los recursos del saber y del humano orgullo, en el profundo abatimiento de una tristeza y de un cansancio indefinibles, ha llamado al que reina en los cielos. Literatos, orientalistas, magistrados, diplomáticos, naturalistas, abogados, profesores, todas las capacida-

des intelectuales de nuestra edad se ven agruparse frecuentemente en derredor del púlpito católico para recoger la palabra divina que cae de los labios del sacerdote. Las solemnidades de la Iglesia reviven y despiertan en el alma recuerdos y esperanzas inefables... Ese Dios á quien nuestros sábios hubiéranse avergonzado poco há de nombrar en público, es invocado donde quiera hasta en la tribuna y en el seno de la representacion nacional... La filosofía materialista se seca de despecho en su cátedra abandonada, y los órganos de esa escuela sienten pesar sobre ellos á manera de una losa sepulcral que les condena á un mortal olvido, al paso que se vé una juventud hambrienta de verdad correr donde quiera que una chispa de fé ilumina el alma, ó vivifica el corazon una promesa de inmortalidad.

Resulta pues de todo lo dicho, que todos los elementos de que se ha servido hasta ahora la impiedad filosófica y todos los esfuerzos que ha hecho el racionalismo por destruir la divinidad de la religion de Jesucristo y sustituir los erróneos sistemas del hombre á las enseñanzas del Evangelio y á los dogmas imperecederos é invariables del catolicismo, se han tornado contra sus autores; y lejos de probar lo que se propusieran, no han hecho sino formar un haz misterioso de pruebas claras y evidéntisimas que ponen de manifiesto, por una parte que solo un odio irreconciliable y sistemático hácia ese gran principio salvador de los hombres y de los pueblos, ha dirigido todos sus trabajos é investigaciones, y por otra que es imposible reemplazar con ninguna otra doctrina las sublimes enseñanzas de la doctrina católica. Hé aquí lo que me propuse demostrar en este breve discurso, oponiendo el génio al génio, la ciencia á la ciencia, esto es, poniendo en paralelo los esfuerzos que el uno y la otra vienen haciendo por echar á tierra el colosal edificio de la verdadera religion, y los opuestos resultados que han dado tanto odio, tanta animosidad, tanto furor contra Jesucristo: puesto que por un prodigio providencial, visible á todo el mundo, las mismas manos que con el mayor ahinco trabajaron en esa obra de destruccion, vinieron á ser sin saberlo los instrumentos de la reedificacion meditada por el cielo, y los operarios de la impiedad convirtiéronse en ministros de la Providencia. Ellos mismos levantaron los cimientos del

templo de la verdad queriendo socavarlos; ellos hacinaron las piedras que debian coronar la grandiosa cúpula del catolicismo, cuando proponiéndose convertirle en ruinas escavaban las entrañas de la tierra y buscaban en el estudio de las ciencias el instrumento que debia darle el último golpe. Nunca pues mejor que despues de tantos sistemas vanamente ensayados, de tantas pruebas sin éxito, de tantos combates inútiles, de tantas esperanzas fracasadas, de tantos trabajos malogrados, de tantas investigaciones sin resultado, puede cantar el catolicismo con el real profeta: «¿Por qué tanto se han embravecido las naciones? ¿Por qué han fraguado contra mí los pueblos tantos proyectos? En vano se han coligado los reyes y los príncipes, y hecho causa comun la ciencia y el poder contra el Señor y su Cristo..... El que habita en las alturas se ha mofado de ellos, hálos llenado de terror, y me ha constituido á mí sobre la altura de su santo monte para difundir su doctrina en todo el orbe..... Porque él me ha dicho: pídemme, y te daré en herencia todas las naciones, y por límites de tu imperio los confines de la tierra (1).....» «Repetidas veces hánme asaltado desde mi infancia enemigos poderosos; pero no han podido conmigo. Rudos golpes descargaron sobre mis espaldas los pecadores: por largo tiempo me hicieron sentir su injusticia y tiranía: mas el Señor que es justo, ha quebrantado sus cabezas, y púesto en vergonzosa fuga á los que aborrecen á Sion. Sean como la yerba que crece en los tejados, de la que nunca llenó su puño el segador, ni sus brazos el que recoge los manojos (2).»

Asi sucedió, Dios mio. Cumpliéronse los decretos incomprensibles de tu sábia providencia. Los enemigos de la verdadera religion han ido desapareciendo con ignominia unos tras otros. Los siglos y las generaciones anatematizarán sus doctrinas y marcarán las frentes de sus autores con un sello de eterno baldon. No importa que todavia el racionalismo haga desesperados esfuerzos para prolongar algunos dias mas su existencia. Juzgado ya por la ciencia y el génio

(1) Ps. II per tot.

(2) Ps. CXXVIII per tot.

á que apeló en último recurso para desacreditar las tradiciones católicas y negar su influencia en los destinos de la humanidad, ha demostrado lo bastante al par que su ódio sistemático á toda verdad revelada la imposibilidad de sustituir sus erróneos principios á los principios invariables de la doctrina católica, únicos que pueden salvar las sociedades en el tiempo, y hacer felices á los hombres por toda una eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EOS PUEBLOS QUE BUSCAN FUERA DEL CATOLICISMO LOS ELEMENTOS DE PAZ Y BIENESTAR INDIVIDUAL Y SOCIAL, SOLO RECOGEN AMARGOS DESENGAÑOS, Y SE COLOCAN BAJO LA ACCION DE LA DIVINA JUSTICIA, TERRIBLE EN CASTIGAR EL MENOSPRECIO DE LA VERDADERA DOCTRINA DE JESUCRISTO.

Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.

¡Oh, si conocieses tú, por lo menos en este día que te se ha dado, qué es lo que puede acarrearle tu felicidad! Pero ahora todo ello está oculto á tus ojos.

LUC. XIX. 42.

Los tiempos corren, los vaticinios se cumplen, los acontecimientos confirman las predicciones de los siglos anteriores, desenvuélvese la historia, encadénanse unos con otros los misteriosos eslabones de lo pasado y de lo presente, y todo tiende á realizar en el porvenir la palabra eterna del Hombre-Dios á despecho del infierno, impotente para impedirlo, por mas que al efecto multiplique los elementos de destruccion y ruina que tiene á su disposicion, y evoque todas las pasiones humanas, y subleve todas las naciones contra el Señor y contra su Cristo. Pero si bien todas las predicciones consignadas en los libros santos han tenido su exacto cumplimiento, ninguna tal vez como la que hoy nos refiere el texto Evangélico, se ha verificado de un modo tan visible y sorprendente.

Caminaba Jesucristo hácia Jerusalem, y al acercarse á esta ciudad, derramó lágrimas sobre ella, diciendo: ¡Ah! ¡Si conocie-

ses tú, al menos en este día que te se há dado, qué es lo que puede acarrearle la paz! Pero ahora todo ello está oculto á tus ojos. Vendrán unos días sobre ti, en que tus enemigos te circunvalarán, y te sitiarán, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con los hijos tuyos, que tendrás encerrados dentro de ti, y no dejarán en tí piedra sobre piedra, por haber desconocido el tiempo en que Dios te ha visitado.

No hablaremos de la realizacion de esta terrible profecía en su sentido literal. La historia de la nacion judía bajo el reinado de Tito y Vespasiano, los hechos que en aquella época se verificaron, la ruina de aquella gran metrópoli y de su templo, orgullo un día del mundo, que jamás ha vuelto á reedificarse, los horrores del hambre, de la guerra y demás azotes con que fué castigada por el Dios vengador, el desmembramiento, en fin, de aquel pueblo, errante despues de tantos siglos, sin legislacion, sin domicilio fijo, sin nacionalidad, mezclado con todos los pueblos y rechazado por todos ellos, todo esto, digo, nos ofrece al par que una demostracion evidente de la veracidad de las palabras del divino Salvador, un monumento imperecedero de la accion de su justicia ejercida con las naciones que le desconocen, ó que despues de haberle conocido se desentienden de su doctrina y menosprecian sus enseñanzas.

Y considerado el vaticinio en este último sentido, ¡cuán visiblemente no viene cumpliéndose con relacion á los pueblos modernos! Mil veces el catolicismo, al ver correr las sociedades á su ruina, al verlas precipitarse ciegas en el abismo del error, empujadas por doctrinas falsas y seductoras, y buscar una felicidad quimérica en unos sistemas tan absurdos en el terreno de los hechos como brillantes y fascinadores en teoría, ha derramado amargo llanto como Jesus á la vista de la desventurada Jerusalem; y deseoso de desengañarlas y de hacerlas entrar en el buen camino, las ha mostrado sus bellezas, ha desenvuelto á su vista sus sublimes principios, las ha hecho ver cuán necesaria es y cuán beneficiosa su accion bajo el aspecto religioso y social, ha evidenciado ser el mas poderoso elemento de orden, de paz y de bienestar, y que sin él el progreso no es mas que la exaltacion del individualismo, y la civilizacion el

desencadenamiento de todas las pasiones humanas; y dirigiendo su voz á este siglo que tan ávido se manifiesta de adelantamientos en todos sentidos, y que con tanta ánsia penetra los secretos de la ciencia, y busca en los recursos del génio una dicha que nunca llega á gozar, le dice: «¡Oh, si conocieses tú al menos en este día, ahora que todo parece reunirse para demostrarte dónde está el verdadero origen del bienestar individual y social, qué es lo que puede proporcionarte lo que tanto ambicionas y á cuya consecucion consagras tus trabajos, diriges tus incesantes aspiraciones! Mas, ay, que tus ojos se han cerrado á la verdad; la claridad de la inteligencia no penetra en tí, ciego como estás por haberte lanzado en la oscura noche del error; y buscando la luz, solo palpas horribles tinieblas. *Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi: nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis.*

¿Y no es esto un hecho tan innegable como desconsolador? Lo es sin duda tanto como el castigo que vienen experimentando las sociedades que desconocen la necesidad de ese principio salvador: puesto que donde quiera que él no ejerce su acción divina y civilizadora, todo es desórden, ruínas, anarquía intelectual, disolucion, malestar y desgracias sin fin: *Veniens dies in te, et circumdabunt te inimici tui..... et non relinquent lapidem super lapidem.*

Ved pues lo que vá á prestarnos asunto para el presente discurso, en que os demostraré que «los pueblos que buscan fuera del catolicismo los elementos de paz y bienestar individual y social, solo recogen amargos desengaños, y se colocan bajo la acción de la divina justicia, terrible en castigar el menosprecio de la verdadera doctrina de Jesucristo.» Imploramos ante todo los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Fatigada la inteligencia de esa larga y penosa lucha que tras siglos y siglos viene sosteniendo, cansada ya de vanas teorías, de en-

sayos sin éxito, de planes fracasados, y de sistemas tan varios como insubistentes; hambrientos los hombres y los pueblos de unas doctrinas que alimentando el espíritu satisfagan al propio tiempo las necesidades del corazón, la paz y el bienestar son el único objeto á que se dirigen todas sus aspiraciones, y el término de sus sacrificios y esperanzas. Paz y bienestar piden incesantemente todas las clases y condiciones sociales; y esos nombres tan dulces como fascinadores, óyense resonar por do quiera, en el hogar doméstico como en los debates parlamentarios, en el seno de la familia no menos que en los círculos literarios y científicos. Si en alguna cosa puede decirse que reina una sorprendente unanimidad de sentimientos, es sin duda en este punto, respecto del cual no hay mas que una sola voz, un deseo idéntico. Pero si todos los hombres están conformes en el fin, no lo están por desgracia en los medios de realizar ese sueño dorado, ni todos los pueblos caminan paralelamente para llegar á realizar ese gran pensamiento, que es indudablemente el pensamiento de toda la humanidad.

Prescindiendo ahora de los diversos sistemas filosóficos que con relacion á este punto se han visto multiplicarse en los pasados siglos, ¿quién no vé, á quién no asombra esa incalculable multitud de teorías mas ó menos brillantes, que ha dado á luz nuestro siglo y con las que cada escuela de por sí ha pretendido resolver ese gran problema que tanto tiempo há viene debatiéndose en el mundo, sin resultado alguno positivo para la humanidad! ; Ah! A nuestra moderna generacion, á nuestra sociedad actual, á nuestro siglo mejor que á ningun otro, pudiéramos decirle lo que Jesucristo decia llorando á la insensata Jerusalem: *Si cognovisses et tu, et quidem in hac die tua, quæ ad pacem tibi.* ; Pluguiése á Dios que conocieses bien dónde están los verdaderos elementos de paz y bienestar que ansías! ; No te ha bastado la larga esperiencia de los siglos que te precedieron para convencerte de la inutilidad de todos esos sistemas que se empeñaron en hallar la felicidad fuera del círculo del catolicismo? Ahora que has visto pasar sobre tí tantos errores, tantos desengaños, tanta anarquía intelectual y social, tanta sangre y revoluciones tan desastrosas y luchas tan encarnizadas, y un desquiciamiento tan

horrible de los cimientos del orden público y privado; *et quidem in hac die tua*; ahora que tras largos años de vanos ensayos, de promesas mentidas, de programas falsos y de seductora y engañosa palabrería, has visto que donde quiera que la doctrina católica no ha presidido á las concepciones del génio ni ha inspirado las ideas del sábio, ni ha influido en los sistemas económicos, ni guiado en su marcha al político, todo ha sido aberracion y crímenes, turbulencias y trastornos, lágrimas y desventura; ¿no acabarás de persuadirte que la verdadera paz no se encuentra en las doctrinas del filosofismo incrédulo ó escéptico, y que no hay ni puede haber dicha estable y duradera allí donde reina el espíritu de impiedad que pretende sustituir la razon humana á la razon divina y hacerla reina de las inteligencias, señora del corazon, y soberana única del mundo?

Y sin embargo, todo esto lo desconoce el siglo presente: *Nunc autem abscondita sunt ab oculis tuis*. Y cerrando voluntariamente los ojos para no ver la luz de la verdad, resistese á la evidencia de los hechos, y cada vez con mas empeño se obstina en buscar los elementos de paz y bienestar en el desenvolvimiento progresivo de la industria y de las artes, en la fuerza del vapor, en los misterios de la electricidad, en una palabra, en la materia: pues todo en la actualidad marcha á pasos agigantados hácia ella, todo propende á desterrar del mundo hasta la menor idea de espiritualidad. «Sin duda la filosofía del siglo XIX, como dice muy oportunamente un sábio escritor, ha enarbolado una bandera distinta del precedente: mas no por eso han abdicado los sentidos su humillante imperio. El sensualismo enseñoreáse todavía de muchos entendimientos, porque domina aun muchos corazones. Se ha llegado á maridar los errores del raciocinio con las pasiones desordenadas, y á organizar la corrupcion conciliándola con no sé qué ideas religiosas, y se ha proclamado abiertamente la rehabilitacion de la carne. El hombre educado en la escuela del racionalismo no ha tenido mas que un pensamiento libre y desordenado, é inclinaciones indomables (1).» No es pues el racio-

(1) Raymond. Del catolicismo en las sociedades modernas. Introduccion.

nalismo moderno mejor que ninguno de los sistemas que le precedieron, el llamado á dar al individuo ni á las sociedades la paz y la felicidad que instintivamente apetecen y buscan : porque nunca el hombre por mas que afane podrá hallar dentro de sí mismo y abandonado á sus propias concepciones y á los recursos de su razon, un principio fijo y regulador capaz de defenderle contra la movilidad de sus mismas ideas, y de sostenerle en esa lucha incesante de principios y doctrinas, de pasiones y de instintos que se disputan en él el imperio de la inteligencia y el dominio del corazon. Aun cuando no tuviese otro enemigo de su felicidad que ese deseo innato de saber, esa insaciable sed de adquirir nuevos conocimientos, ese impulso irresistible á examinar todo cuanto pasa en torno suyo y á penetrar los arcanos del mundo material y moral, de que la razon se prevale como de un derecho, seria demasiado fuerte y poderoso para impedirle su consecucion. Como quiera que, segun se espresa el Angel de la Escuela, raciocinar es buscar, y el buscar implica siempre un descontento perpétuo, una desazon permanente que atormenta al espíritu humano en sus investigaciones, ¿cómo le seria posible encontrar descanso y fijeza sin una doctrina estable capaz de poner limites á su curiosidad, sin una doctrina cierta, bastante poderosa para reprimir su inconstante versatilidad, sin una doctrina infalible que pueda corregir sus errores? Ved á Agustin filósofo divagando de secta en secta, de opinion en opinion, segun los diversos movimientos de su espíritu; abandonando hoy un sistema que ayer le parecia llenar todos sus deseos, para abrazar mañana otro distinto y mas conforme á sus inclinaciones; ahora maniqueo, despues académico, siempre fluctuando á todo viento de doctrina, luchando sin cesar en un mar insondable de dudas y perplejidades, nunca satisfecho de sí mismo, y abandonándose por último, por haber dado demasiado vuelo á su razon estraviada, en los brazos de un escepticismo glacial y desconsolador (1). Ved esos racionalistas de nuestro siglo aguijoneados del

(1) Sæpe mihi videbatur non posse omnino inveniri quod quærebam, magnique fluctus cogitationum mearum in academicorum scientiam ferebantur. (S. Aug. Confer.)

prurito de saberlo todo y de explicar todos los fenómenos del mundo moral con las únicas luces de su inteligencia, discurrir sin regla y sin concierto, en una perpétua incertidumbre, sin poder convenir en un principio invariable, destruyendo con una mano lo que con la otra acababan de edificar, hablando unas veces de un modo, otras de otro, según se sienten impulsados por el capricho ó por el error. ¡Y todo esto por el orgullo de la razon humana, que empeñada en sacudir todo yugo molesto ó contrario á sus inclinaciones corrompidas, no quiere plegarse ante la razon divina, se emancipa de las enseñanzas de la fé, renuncia á toda revelacion, protesta contra toda autoridad, y menosprecia la doctrina católica, única que puede calmar sus inquietudes sin privarla de sus derechos, reduciendo todos esos racionios á un solo principio fijo é invariable, la palabra de Dios revelada; única capaz de fijar su inconstancia haciéndola descansar sobre la infalibilidad de su divino autor; única en fin que encierra todos los gérmenes de union y de concordia, de amor y de tolerancia, de orden y de fraternidad, tan necesarios para crear sociedades dichosas y pueblos ilustrados!

Porque lo mismo decimos respecto de estos que respecto del hombre individualmente considerado. Imposible es la paz, repetimos, y de todo punto irrealizable ese bienestar quimérico que les han hecho concebir como fruto de los modernos sistemas, allí donde las enseñanzas católicas sean postergadas, donde ellas no sean el primer vínculo que, armonizando con los principios de la fé las concepciones del génio, y haciendo marchar la caridad á la cabeza del movimiento industrial y del progresivo desarrollo de las artes, hermane la razon con la religion, la filosofía con el Evangelio, y la ciencia con la verdadera piedad. ¿Y no acabarán, Dios mio, de penetrarse de esto los pueblos modernos? ¿Habrán de ser inútiles para la sociedad actual las rudas lecciones de lo pasado, y las convulsiones con que al presente se agita en vano ese siglo cadavérico en pos de una paz y de una felicidad que cada vez huye mas de él? ¿Habrán transcurrido sin fruto tantos dias de devastacion y ruina, tantos años de anarquía y de furor demagógico, y siglos y siglos de aberraciones y crímenes, de discordias y revoluciones, de despotismo

y tiranía que han pesado sobre los pueblos que se obstinaron en buscar su bienestar fuera del círculo del catolicismo? ¿Qué otra cosa recogieron sino amargos desengaños los que, fiándose en las predicciones de esos falsos profetas de la ilustración, de esos apóstoles maldecidos de la escuela racionalista, que les gritaron: ¡paz, paz! cuando en su funesta marcha no dejaban sino huellas de devastación y ruina, proclamaron el imperio de la inteligencia y la soberanía de la razón, saludándola como el genio precursor del siglo de oro de las sociedades modernas?

¡Ah! No seré yo quien me atreva á descorrer el velo de la historia que oculta esas escenas lamentables y horribles de que ha sido teatro el mundo, especialmente en estos últimos tiempos bajo el imperio de esa nueva divinidad. Yo veo los pueblos modernos colocados bajo la acción de la divina justicia, en justa expiación del menosprecio que hicieron de la doctrina católica. Veo á esa razón orgullosa romper el freno de las costumbres, sancionar la licencia y el libertinaje, arrojar insultante la sátira su venenoso aguijón contra todo cuanto hay de más sagrado y respetable, y ajar impudente la religión, la moral, la virtud, sin que para ella haya leyes, ni honor, ni deberes ni gobiernos que no profane. Veo inundar la Europa, el mundo todo, un diluvio de libros corruptores, de folletos impuros, de libelos revolucionarios, de periódicos anárquicos, ecos de la impiedad filosófica, órganos de la demagogia más furibunda, elementos de muerte que estraviando las inteligencias, degradando los hombres y desmoralizando los pueblos, hácenles instrumentos de su propia ruina. Veo sublevarse las más fogosas pasiones á la sombra de una instrucción atea, encender el fuego de la rebelión á nombre de la humanidad que sufre en silencio el yugo de la tiranía, sancionar el despojo á nombre de los derechos del hombre, escitar los instintos feroces de la multitud y derramar torrentes de sangre inocente, gritando igualdad y fraternidad. Veo organizarse clubs tenebrosos y salir de ellos genios infernales armados del hierro regicida, cuyos nombres, como dice el ilustrado escritor antes citado, «solo han quedado para dar testimonio á todos los siglos de la aparición de esas funestas doctrinas que propenden á trastornar toda organización

social, invistiendo con la omnipotencia á una voluntad emancipada de los principios reguladores.» Porque no son, como piensan muchos, no son esos sacudimientos sociales el mero resultado del cambio sucesivo de unos gobiernos mas ó menos protectores de los principios de orden y de paz individual y general. Las doctrinas son el verdadero termómetro del bienestar ó de la desgracia de un pais: puesto que los pueblos no viven solo de teorías políticas, ni se sostienen únicamente con leyes; y allí donde prepondera la impiedad, allí donde germina el error á la sombra de las instituciones, allí donde los inmutables principios del catolicismo ceden á los variables sistemas de la razon, allí en fin donde ésta se entroniza y tiene á sus piés la fé, no hay que esperar sino torbellinos espantosos, horribles tormentas, y una fermentacion constante de elementos encontrados que arrastran tras si los hombres y las cosas, las leyes y las constituciones, el pueblo y el poder; y rompiendo los misteriosos anillos de esa cadena que anuda todas las inteligencias y todos los corazones en unidad de sentimientos y de creencias, todo lo trastornan, todo lo sacan de quicio, todo lo convierten en ruinas, verificándose en las sociedades que abandonan los principios tutelares del catolicismo, la prediccion de Jesucristo en el Evangelio de este dia: «Vendrán unos dias sobre tí en que tus enemigos te circunvalarán, y te estrecharán por todas partes, y te arrasarán con tus propios hijos, y no dejarán en tí piedra sobre piedra.» *Venient dies in te, et circumdabunt te inimici tui..... et ad terram prosternent te cum filiis tuis, et non relinquent lapidem super lapidem, eo quod non cognoveris tempus visitationis tuæ.*

¿Y quién no ha visto estos dias tristes y calamitosos vaticinados por el Salvador? ¿Quién no vé las huellas que ha dejado el génio de la filosofía por do quiera que ha fijado su planta destructora? ¿Qué es lo que nos ha legado esa razon soberbia que en los dias de su pujante imperio insultando á Dios, renunciando á Jesucristo, blasfemando del Evangelio, y rasgando las enseñanzas católicas, nos prometia una paz inalterable, siglos de bienandanza y dicha sin igual, y progreso y civilizacion y todo género de bienes? Destruyendo todo lo existente, nada ha sabido crear para el porvenir..... He dicho

mal: ha creado gérmenes fecundos de escision y descontento en todas las clases sociales; ha creado nuevos hábitos de ambicion insaciable que tiene á todas las edades, sexos y condiciones en perpétua desazon, puesto que todas aspiran á ser sábias, poderosas é independientes; ha creado instintos de recíproca desconfianza, de mútua envidia, de egoismo glacial, porque cada cual propende á gozar exclusivamente de las ventajas imaginarias de la moderna civilizacion; ha creado en fin escepticismo en los entendimientos, corrupcion en los corazones, exasperacion en los ánimos, inmoralidad en las costumbres, ódio á toda doctrina que reprime el vuelo de una razon estraviada cuanto audaciosa, guerra á todo principio que enfrena los movimientos del sensualismo animal, aversion á toda enseñanza que no se avenga con los instintos de la naturaleza y no balague las pasiones desordenadas.

Hed ahí entre otros muchos, los frutos que ha producido ese árbol funesto. La sociedad actual se lanzó á él con avidez: creyendo como allá nuestros primeros padres arrancar á Dios los secretos de su ciencia, y llegar á ser tanto como él, y á ejercer su mismo poder y su misma soberanía, aspirando á penetrar el gran misterio de la felicidad humana, y lisonjeándose de explicarle y realizarle por medio del racionalismo, al despertar de ese momentáneo letargo en que le sumieron sus deslumbradores sistemas, se ha encontrado, con las manos vacias, y pobre, y desnuda, é impotente, turbulenta y desgraciada mucho mas que antes, sin paz, sin descanso, sin los bienes que se la prometieran para lo presente, y casi sin esperanza para el porvenir, atormentada siempre de un deseo que no puede realizar, aguijoneada de una ambicion que no le es dado satisfacer, impulsada irresistiblemente hácia un bienestar que huye ante sus pasos, y encontrando dentro de sí un vacío que nada en torno suyo basta á llenar. ¿Y por qué? Ya lo hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo: porque ha desconocido á Dios á quien arrojó de sí por entronizar sobre sus altares la razon; porque ha proscrito las enseñanzas del catolicismo para sustituirlas las del sensualismo animal; porque cerrando sus ojos á la luz de la historia, sus oidos á los gritos de la esperiencia, y su alma á todo sentimiento noble y generoso,

se obstinó en resolver el problema de la felicidad, emancipándose del gran principio que encierra sus principales elementos.

Vé pues cuán triste y amargo es para tí, ¡oh siglo insensato! el haber abandonado al Señor, el haberte empeñado en desconocer la acción benéfica de su religión en el tiempo en que ésta, desarrollando á tu vista todas sus bellezas y mostrándote el recto camino de la verdad, te convidó á gustar sus frutos, y á colocarte bajo su influencia. Soberbio y arrogante menospreciaste sus ofertas, te burlaste de sus doctrinas, insultaste sus dogmas, te reíste de sus amenazas; «no serviré bajo tus banderas, dijiste, no sufriré tu coyunda enojosa.....» y llamaste á la razón tu única ley, tu única regla, tu reina y tu Dios....! Justo es pues que ahora esperimentes el sentimiento de lo que perdiste, y que abandonada á los débiles recursos de esa divinidad quimérica, reconozcas en la agonía convulsiva que te atormenta, que los pueblos que buscan fuera del catolicismo los elementos de paz y bienestar individual y social, solo recogen amargos desengaños, y se colocan bajo la acción de la divina justicia, terrible en castigar el menosprecio de la verdadera doctrina de Jesucristo, que fué la proposición que enuncié como asunto del presente discurso.

¿Y hasta cuándo, oh pueblos, os diré con el real profeta, hasta cuándo, oh hijos de los hombres, permaneceréis duros de corazón para no escuchar la voz amiga de la verdad? ¿Hasta cuándo continuareis dejándoos estraviar por las falsas y engañosas doctrinas del racionalismo? ¿No os bastan los hechos que tras siglos y siglos vienen demostrando la impotencia de esa escuela para crear el menor gérmen de dicha positiva; no os basta el leer la historia de los males y extravíos, de las revoluciones y trastornos que ha producido en el mundo, sino que todavía ciegos correis tras ese fantasma de civilización que os engaña, y os arrojais á los pies de esa nueva divinidad que solo os halaga para hacerlos sus víctimas? Pues temblad llegue el día en que, cansado el cielo de tolerar nuestros insultos, haga pesar sobre vosotros la acción de sus venganzas; y entonces ya no será tiempo de recurrir á su bondad. Ahora que todavía os convida con la paz y os brinda con el positivo bienestar que exige

vuestra situación, no ensordezcai á sus voces, no cerreis los ojos á la luz. Comprended en este día vuestro dónde se hallan las condiciones de verdadera felicidad y de bien entendido progreso; y buscadlas en la doctrina católica de donde brotan todos los elementos de bienandanza individual y social, seguros de que ella os proporcionará cuanto podais desear para llenar vuestros deseos en el tiempo y en la eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA X DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EL RACIONALISMO, EXAGERANDO EN EL HOMBRE EL SENTIMIENTO DE SU PERSONALIDAD, LEJOS DE ENGRANDECERLE LE DEGRADA Y ENVILECE, EXALTANDO EN ÉL LAS MALAS PASIONES QUE ACARREAN LA DESGRACIA DEL INDIVIDUO Y LA RUINA DE LA SOCIEDAD: Y POR EL CONTRARIO, EL CATALICISMO INSPIRANDO SENTIMIENTOS DE HUMILDE DEPENDENCIA, ELEVA Á LOS HOMBRES Y ENALTECE Á LOS PUEBLOS CREANDO VERDADERAS VIRTUDES Y ELEMENTOS DE ÓRDEN Y DE POSITIVO BIENESTAR.

Omnis qui se exaltat, humiliabitur: et qui se humiliat exaltabitur.

Todo el que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado.

LUC. XVIII. 14.

POR poco que se estudie la doctrina católica con relacion á las demás doctrinas que aspiran al dominio de la inteligencia fuera del círculo de sus enseñanzas, no tardará en advertirse el antagonismo que existe entre aquella y estas, producido por la oposicion de los principios que las inspiran y sostienen. Hijas estas del orgullo y de la arrogancia de la razon humana, que creyéndose suficiente á sí misma desecha toda autoridad y toda verdad revelada, propenden á sacar al hombre fuera de su propio centro, exaltando su egoismo y exagerando los sentimientos de su personalidad. Aquella, por el contrario, como nacida de la humildad de la cruz, y alimentada y apoyada por una fé que implica esencialmente el sacrificio del amor propio, y una total renuncia de los presuntos derechos de esa potencia ciega ante las infalibles enseñanzas de la divina revelacion esplicada por la Iglesia docente, achica digámoslo así al hombre en

su propio concepto, le inspira la conciencia de su inferioridad respecto de Dios, y le conduce, mediante la abnegación de sus sentidos, de su inteligencia y de su razón, á la posesion de la verdad. Pero por efecto de un designio providencial, resulta de esto un fenómeno al parecer contradictorio, y es que las doctrinas racionalistas, ensalzando al hombre le humillan, puesto que creando en él ese sentimiento de independencia que le arrastra á sacudir toda influencia estraña en el órden intelectual, le ciegan, le confunden, le extravían y le conducen irremediabilmente al abismo de la duda, al abatimiento del escepticismo: en vez de que la doctrina católica, humillándole ante el poder divino de la fé y sometiénole á la autoridad inapelable de la Iglesia, le ensalza, le engrandece, le ilustra, ahuyenta de él todo peligro de error, puesto que descansa en la infalibilidad de la palabra divina, descargando por decirlo así sobre ella toda responsabilidad, segun la célebre espresion de un sábio (1).

Y ved este antagonismo doctrinal representado en la parábola que hoy nos refiere el sagrado Evangelio: *«Dirigiéndose Jesucristo á ciertos hombres, que presumian de justos y menospreciaban á los demás, les dijo: Dos hombres subieron al templo á orar: el uno era Fariseo, y el otro publicano. El Fariseo puesto en pié, oraba en su interior de esta manera: Gracias te doy, oh Dios, de que no soy como los demás hombres, ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano: ayunó dos veces á la semana, y pago los diezmos de todo lo que poseo. El publicano, al contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo, sino que se daba golpes de pecho, diciendo: Dios mio, ten misericordia de mi que soy un pecador. Os declaro pues que este volvió á su casa justificado, mas no el otro: porque todo aquel que se ensalza, será humillado; y el que se humilla será ensalzado.»*

¿Quién no advierte desde luego en el presuntuoso Fariseo el tipo mas acabado del orgulloso racionalismo? Virtudes facticias, afectada severidad de costumbres, falsa justicia, mezcladas de una ambicion

(1) Domine, si error est quem credimus, à te decepti sumus. (Ricard. á S. Victor.)

insaciable, de una soberbia mal disimulada y de un repugnante cinismo: tal es el carácter del primero. Probidad exterior, propension á toda clase de mejoras en el órden social, impulso irresistible hácia el progreso intelectual y científico, y mil otras cosas que por cien bocas se nos repiten todos los días, pero con una arrogancia insoportable, con un altivo menosprecio de toda doctrina religiosa, con una aversion injustificable hácia las enseñanzas del catolicismo, al cual se le niega toda participacion en los destinos humanos, toda influencia en el bienestar de las sociedades, y toda accion en el porvenir del mundo moral: hed ahí la personificacion del segundo. Si aquel presumia de ser mas justo, mas virtuoso, mejor en todos conceptos que los demás hombres, éste lleva sus pretensiones hasta el extremo de creerse entre todas las demás doctrinas, inclusa la católica, el que única y esclusivamente está llamado á regenerar los pueblos, á reorganizar la sociedad, á dar una nueva existencia y un nuevo giro á todo lo existente, y á crear un porvenir feliz para toda la humanidad.

Pues bien, yo os convido á presenciar el espectáculo de esa razon altiva y soberbia humillada en su misma elevacion, y hallando como el Fariseo del presente Evangelio, su condenacion y su ignominia allí mismo donde pretendió encontrar su ensalzamiento y su independencia: *Qui se exaltat humiliabitur*: al propio tiempo que vereis la humilde sumision de la fé glorificada y ensalzada en su misma dependencia á las enseñanzas de la divina revelacion. Hed aquí todo el asunto del presente discurso, formulado para mayor claridad del modo siguiente: «El racionalismo, exagerando en el hombre el sentimiento de su personalidad, lejos de engrandecerle, le degrada y envilece, exaltando en su corazon las malas pasiones que acarrear la desgracia del individuo y la ruina de la sociedad: y por el contrario, el catolicismo, inspirando sentimientos de humilde dependencia, eleva á los hombres y enaltece á los pueblos, creando verdaderas virtudes y elementos de órden y de positivo bienestar.» Acudamos ante todo al trono de la sabiduría y de la gracia, pidiendo los divinos auxilios por la intercesion de la Santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

El racionalismo, tomado en su verdadera acepcion, y tal cual le entienden los católicos del siglo XIX, no es otra cosa, como le ha definido un sábio orador contemporáneo, que «el esfuerzo de la inteligencia para explicarse el misterio de los destinos por sí sola, sin el auxilio de ninguna revelacion, de ninguna tradicion, de ninguna autoridad.» ¡Orgullo insensato! ¡Atrevimiento increíble! ¡Repugnante arrogancia de una razon miserable que insultando al omnipotente, aspira á derrocarlo de su escelso sólio, á sentarse en él, y á dar desde allí sus leyes á todo cuanto existe. Porque, ¿qué otro fin se propone el hombre cuando divinizando su inteligencia, emancipándola de todo yugo, despedazando todo freno de autoridad y hollando la divina revelacion, se lanza con altiva frente á disputar de todo, á resolverlo todo, y á explicar por sí y sin ningun otro auxilio todos los fenómenos del mundo moral, todos los misterios de la humanidad, y aun los incomprensibles designios del cielo? El racionalismo, pues, encarnacion repugnante de la soberbia del ángel apóstata, caracterizase por la exaltacion del yo humano, ó sea de la propia personalidad en el mas alto grado de egoismo: y á la manera de aquel génio, no pudiendo sufrir ninguna influencia superior á sí, queriendo serlo todo, saberlo todo y dominarlo todo, niega á Dios en cierto modo su poder, dispútale su sabiduría, desconoce su autoridad, y... «yo escalaré, dice, la region celeste; sobre los mismos globos me entronizaré, y el mundo todo me obedecerá, y todos los séres estarán sujetos á mi dominio, y mi doctrina sojuzgará todas las inteligencias, y cuanto en la tierra vive y piensa habrá de aceptar mis enseñanzas: puesto que la razon lo es todo, y no hay poder alguno que pueda resistir su accion omnipotente.»

No exageramos, por cierto, las tintas de ese cuadro repugnante cuando así explicamos el carácter y las tendencias del orgulloso ra-

cionalismo. ¿No le habeis visto en nuestros dias invadir frenético el terreno de las ciencias divinas y humanas, apoderarse de todos los monumentos del génio, desentrañar el globo, y hacer los mas desesperados esfuerzos de inteligencia para demostrar que Dios no ha hablado, que la revelacion no existe, que las tradiciones bíblicas no son mas que imposturas, que Jesus de Nazareth es un personaje ficticio y mitológico, que el Evangelio es un libro cuyas infinitas contradicciones revelan la invencion del hombre, en una palabra, que cuanto hasta ahora han venido creyendo y respetando los siglos, no ha sido mas que errores groseros y miserables extravagancias? Así lo ha hecho: y en su consecuencia, rompiendo todos los hilos de la unidad religiosa y social, despedazando los anillos de esa cadena misteriosa que unia al hombre con su criador, arrancándole aquella fé en que antes apoyaba sus creencias para sustituir á ella la omnisciencia de su razon individual, la libertad del pensamiento y la infalibilidad personal, le ha dicho: «Sacude el yugo de ese poder que hasta aquí te ha tenido uncido á su carro victorioso. Piensa y discurre por tí; dá á tu inteligencia todo el vuelo que apetece; no tengas encadenada esa razon que la misma mano creadora te dió para con ella dominar lo visible y lo invisible. Tuyo es el mundo y cuanto en él existe, tuyas las ciencias y las artes, y cuantos secretos encierra la naturaleza á tí pertenecen: porque todos los sometió Dios á tus investigaciones y de todos puedes hallar la solucion guiado por esa potencia que engrandee tu noble ser. Ella te dirá lo que debes creer ó negar, lo que debes aceptar ó rechazar. Tú mismo puedes formarte tus dogmas, tus creencias, tu religion, porque dentro de tí y sin necesidad de ningun auxilio extraño, tienes los elementos de toda verdad en el órden fisico y moral.»

Si no es este el lenguaje literal del racionalismo, ¿son otros en sustancia los principios que enseña? ¿No es á la negacion de toda verdad revelada, á la supresion de toda ensenanza divina, á la emancipacion de toda autoridad religiosa, á lo que directamente propenden sus doctrinas? ¿No es á someter al fallo inapelable de la razon todos los problemas científicos y religiosos de que dependen los destinos de la humanidad, ó mejor dicho, á crear una divinidad

humana ante cuyo pedestal doble su rodilla hasta el mismo rey de los poderes, cuyo templo perfume con servil adoracion el mundo todo, y á cuyo altar vengan los hombres á derramar sus libaciones? Pero, ¿á qué demostrar lo que es el racionalismo, lo que quiere, y cuáles son sus aspiraciones, cuando tan visible es su orgullosa arrogancia y su insoportable soberbia? «Yo no soy, ha dicho parodiando el lenguaje del Fariseo de nuestro Evangelio, no soy semejante á los demás sistemas. *Non sum sicut cæteri hominum.* Hasta ahora todos ellos mas ó menos han propendido á despojar al hombre de los derechos de su inteligencia, á esclavizar injustamente su libre pensamiento al capricho de unas enseñanzas emanadas de un poder arbitrario y despótico que se arrogó la supremacia del génio y la infalibilidad dogmática, á encadenar su razon haciéndola tributaria de un principio que se erigió á sí mismo en árbitro de los humanos destinos: *Non sum sicut cæteri... raptores, injusti, adulteri.* Tampoco admito ese elemento que bajo la denominacion de católico ha pretendido ejercer una influencia universal en todas las creencias, en todas las doctrinas y en todos los sistemas, desconociendo la soberania racional del hombre, y exigiendo de él una dependencia servil, una humillante sumision á los dogmas que enseña: *velut etiam hic publicanus.* Mi mision ha sido hacer revindicar á la razon los derechos que la arrebatáran la ignorancia y el despotismo teocráticos: poner á la humanidad en posesion de los privilegios que viene disputándola el catolicismo, devolver al hombre su primitiva libertad, y hacerle saber que esas trabas que se ha querido poner á su inteligencia, ese yugo que se ha hecho pesar sobre él para que su pensamiento no se remontase á la investigacion de ciertos principios y de ciertas doctrinas, todo ello no es mas que una usurpacion, un robo, una invasion injusta, una tirania odiosa, un monopolio injustificable, un atentado contra la dignidad humana.» Así es como el orgullo del racionalismo ha exagerado en el hombre el sentimiento de su personalidad, haciéndole creerse á sí mismo bastante para esplicarse sus propios destinos, sin dependencia alguna de toda revelacion, de toda enseñanza y de toda autoridad religiosa. ¿Y qué es lo que ha conseguido con tanto ensalzarle, sino despertar en él junto con ese

sentimiento de libertad é independencia, todas las malas pasiones, los malos instintos, y las malas inclinaciones que acarrear la desgracia del individuo y siembran el desórden, la anarquía y todos esos elementos deletéreos que trastornan los estados, hundan las naciones, y arrastran á su ruina á la sociedad? ¡Humillacion justísima de la razon humana! ¡Pena, y efecto á la vez de su loca soberbia!

Ved lo que es el hombre inspirado por ese sentimiento, guiado por ese principio. Alucinado con su propia escelencia, olvida lo que fué, lo que es, y lo que está llamado á ser; desconoce su origen y el fin de su creacion, se desentiende de la mano que le formó y de los deberes que le impuso, y á todo se atreve, á todo se arroja orgulloso, y asaltándolo todo, á todo queda inferior, y en todo encuentra su humillacion, porque donde quiera vé resaltar su pequeñez, su impotencia y su miseria. Y cuando se envanece de tocar ya al término de sus esperanzas, cuando pensaba haber realizado ese sueño de independencia que le tiene en continuo delirio, cuando se lisonjeaba de poseer esa felicidad quimérica á que aspiró dando un culto divino á su razon, entonces es justamente cuando experimenta la nulidad de todos sus esfuerzos, el error de todos sus cálculos, lo absurdo de todos sus sistemas, y vé su inteligencia degradada, su razon oscurecida, y surgiendo de su corazon mil pasiones impetuosas que le empujan á una inevitable ruina. Confundido en medio de ese mundo de movilidad, aturdido en el tumulto de ideas diversas que luchan en su imaginacion, perdido en su ligereza y extraviado en su bulliciosa marcha, no sabe á dónde vá, ni lo que quiere, y en ese prurito de serlo todo y de saberlo todo concluye por ignorarse á sí propio, por desconocer la grandeza de su origen, por renunciar á sus nobles destinos, reduciendo su dicha al polvo de una tumba, y cifrando su porvenir en el olvido de la nada. ¿No ha sido este el término del orgullo humano siempre y donde quiera que guiado por la razon soberbia, ha intentado dominar altivamente en el mundo de las inteligencias? ¿No ha sido este el fin de todos cuantos quemando incienso á esa divinidad de nuevo origen, se han desentendido de las enseñanzas católicas, han hollado con fanática avilantez el principio de autoridad en el órden religioso, y arrojado de sí el suave yugo de

la fé? La humillacion ha seguido bien de cerca á la arrogancia de sus sistemas: y apenas concebidos, y cuando todavía no habian hecho mas que ensayarlos, viéronse castigados como los soberbios arquitectos de Babel con una confusion tan espantosa en sus inteligencias, que no les permitió entenderse unos á otros, y envueltos en un torbellino de contradicciones y de absurdos incoherentes vinieron á parar en la negacion de todo, y disputaron á la divinidad su existencia, y proclamaron la materialidad del alma, y ensalzaron el estado del bruto, y envidiaron á los séres irracionales sus destinos, y abrazaron la nada como su supremo bienestar, y... Pero no me siento con fuerzas suficientes para continuar pintando el repugnante cuadro de ignominiosa degradacion á que el racionalismo condujo no mucho há á los hombres en un siglo tan culto, tan sabio, tan civilizado, que no dudó arrogarse la supremacia del génio y la omnipotencia del saber. Aquí es donde podemos decir con el real profeta á vista de la humillacion de la soberbia de ese siglo audaz, y de los que impregnados de sus ideas quisieron ser otros tantos dioses, arrebatando ciegos al Dios verdadero su autoridad, su ciencia y su poder para atribuirselo á su propia razon: *Ibi ceciderunt qui operantur iniquitatem: expulsi sunt, nec potuerunt stare.* Allí cayeron los que obran la iniquidad, justamente donde pretendieron elevarse; los tronos soberbios levantados por el orgullo, las soberbias reputaciones creadas por la independenciam de la razon, la sabiduría soberbia inspirada por la libertad del pensamiento, todo cuanto creció á la sombra de ese árbol funesto del racionalismo, ciencias, literatura, legislacion, creencias, artes, costumbres, todo lo secó el viento de la arrogancia impía del hombre, todo lo marchitó su impuro ambiente, dejándonos por únicos frutos, como dijo un modesto escritor, ideas vacilantes, costumbres de disipacion y cansancio, literatura sin carácter, y leyes del tiempo, y momentos precisos.

¿Y qué diremos de los trastornos sociales que ha acarreado esa exaltacion del *yo* humano, ese sentimiento exagerado de su personalidad creado por la escuela racionalista? Apoyada la reforma sobre ese principio en el siglo xvi, desenvuelto mas tarde por la filosofia del siglo xviii, y aplicado últimamente por la revolucion del xix á

todas las teorías religiosas, políticas y gubernativas, hémosle visto producir en la práctica convulsiones horrorosas, poner en choque el interés individual con los intereses generales, armar la ignorancia contra el saber, el crimen contra la virtud, la anarquía contra el orden, y la rebelion contra la obediencia debida á toda autoridad y á todo poder constituido. ¡Cuántas desgracias, cuánta sangre, cuántas lágrimas no ha costado al mundo el haber entronizado á esa divinidad humana! ¡Qué de víctimas no ha sacrificado! ¡Qué de pueblos no ha arruinado! ¡Qué de sociedades no ha hundido en el cieno de la degradacion! Dígalo el mundo, cuéntelo la historia. Por lo que toca á mí, ni creo de mi deber decíroslo, puesto que no lo ignorais, ni aunque quisiera, tendria valor bastante para descorrer con mi mano trémula y convulsiva el velo que oculta tanta miseria, tanta humillacion, tantos horrores. Una sola palabra diremos á nuestro siglo, á ese siglo tan fátuo despreciador de lo antiguo, tan idólatra de lo nuevo, á ese siglo que tanto se mueve y bulle, prometiendo por do quiera felicidades sin cuento á las generaciones venideras, cuando ni siquiera es capaz de calcular la suya propia. «¿Dónde están las pruebas de tu mision? ¿Qué es lo que hasta ahora has hecho en pró de los hombres y de las sociedades, tú que te decias llamado á desarrollar con tus doctrinas los mas fecundos gérmenes de bienestar y á estender por todas partes los inmensos beneficios de una nueva civilizacion? ¡Insensato! Tú creiste en tu loca arrogancia que atreviéndote á todo, todo lo podrias: escuchaste el grito detentador, que te dijo: «diviniza la razon, arroja de su trono al Omnipotente, desentiéndete de su dependencia; no hagas caso de esa religion decrepita que te impone un yugo opresor, y arrojate sin temor á devorar los frutos de la moderna ciencia...» Así lo hiciste, y diste á comer á los hombres y á los pueblos esa fruta funesta que jamás podrán digerir, mordiéndola con dolor, y gustando á su despecho la amargura que deja en el alma.» Ved pues como los individuos y las sociedades alucinadas por el racionalismo experimentan su humillacion en lo mismo que pensaron hallar su ensalzamiento, y pagan con sus desgracias los excesos de su soberbia. Se les habló de libertad, y solo ven en torno suyo el pesado yugo de la tiranía; se les prome-

tieron goces, y no encuentran sino sufrimientos; se abultaron las ventajas de la industria, y cada vez son mayores su miseria y sus privaciones; se les dijo que serian felices, y de dia en dia van siendo mas desgraciados: porque las pasiones toman insensiblemente mayor incremento, las necesidades aumentan progresivamente en proporcion que se desarrollan los instintos de fruicion material, y de aquí son mayores los gérmenes de descontento que fermentan en las clases menesterosas, mas insoportable el orgullo y la ambicion de las clases privilegiadas, mas apremiante el peligro de anarquía y rebelion, y mas inevitable un cataclismo horroroso que apresure la ruina de la sociedad. Ni puede esperarse otra cosa en vista de la soberbia de un siglo que marcha á pasos agigantados á la destruccion de todos los principios de orden, y se ha propuesto despedazar todo freno de dependencia, locamente pagado de sí mismo desde que las modernas doctrinas exagerando en el hombre el sentimiento de su personalidad le han hecho creer en la omnipotencia de su razon. Escrito está: «el que se ensalza será humillado;» y no podrá menos de serlo esa razon orgullosa donde quiera que intente hacerse superior á Dios y desconocer su dependencia de los principios infalibles del catolicismo, como lo ha sido hasta aquí, segun acabo de demostraros.

Sola pues la doctrina católica, que dice al hombre lo que es y lo que debe ser, sosteniéndole siempre en los sentimientos de una dependencia racional y justa de Dios y de las infalibles enseñanzas de su Iglesia, es la que eleva al individuo inspirándole sólidas virtudes, y enaltece las sociedades creando en ellas elementos de orden y de positivo bienestar. Y esta consecuencia que deducimos de los principios que acabamos de desenvolver, no necesitamos probarla, pues harto demostrada está por la historia de todos los pueblos y de todos los siglos. La humildad producida por el catolicismo, ese modesto sentir que inspira á los hombres de sí propios, esa desconfianza con que les hace mirar todo cuanto depende de su propia razon herida por el pecado, es el origen de una grandeza tanto mas sublime cuanto mas desconocida de un mundo presuntuoso y soberbio. Pues no se crea que ella aleje del hombre el brillo con que quiso adornarle el Dios que le crió á su misma semejanza: lo que hace es im-

pedir que se deje deslumbrar de él con perjuicio de la divina grandeza de donde deriva toda su dignidad, y defenderle contra los asaltos de la vanidad, no sea que embriagado con los vapores del orgullo se atrevá á creerse dueño y propietario de los dones que recibió del cielo, haciendo de ellos armas para insultar la divina omnipotencia. De este modo la doctrina católica humillando al hombre en su propio concepto, le ensalza prodigiosamente haciéndole participar en cierto modo de la grandeza de su Criador. Así se ha visto en mil ocasiones unida la humildad á la púrpura régia, al valor, al génio, á la ciencia, al heroismo en todos sentidos. En el seno de la mas vasta erudicion, sobre la cumbre de los honores y de las dignidades, en medio de los mas brillantes triunfos ha resplandecido mas de una vez esa hermosa virtud que lejos de rebajar los nobles sentimientos y las acciones generosas, dá un prodigioso realce á todo cuanto es inspirado por ella: verificándose á la letra la sentencia de Jesucristo en el presente Evangelio: «El que se humilla será ensalzado.» *Qui se humiliat exaltabitur.*

Pero no es solamente el individuo sobre quien la accion de la doctrina católica hace resaltar sus ventajas en este punto. No son únicamente las virtudes personales el efecto de la humildad que ella inspira; sus resultados se estienden á las sociedades: y cuanto mas adheridas éstas á los principios que de ella emanan, menos pagadas estuvieren de esa funesta independencia exaltada por el racionalismo, tanto mayores serán sus adelantos, tanto mas positiva y durable su prosperidad. Habrá en ellas mas virtudes, mas union, mas orden, mas subordinacion, mas paz, mas concordia entre las diversas clases del estado, y como consecuencia de estos principios se desenvolverán mas fácilmente todos los elementos de dicha y bienestar, por cuanto habrá desaparecido ese egoismo funesto hijo del orgullo racionalista, azote de los pueblos y ruina de las naciones. Y sino, dígaseme: ¿por qué los mismos legisladores humanos han trabajado tanto por estirpar la tendencia universal de los pueblos hácia ese vicio inherente á los principios racionalistas? ¿Por qué han hecho tan desesperados esfuerzos por lograr una modificacion del interés particular en favor del interés general? Porque conocian que donde

reina el egoismo no pueden desarrollarse los gérmenes de prosperidad individual y social; que su helada mano todo lo seca, todo lo marchita, y no hay adelantos posibles, ni bienestar, ni dicha allí donde el individualismo prepondera, y aspira á centralizarlo todo en sí y á monopolizar todos los privilegios comunes á la humanidad. Cierta que todas sus teorías fueron vanas y sin resultado, porque eran incapaces de convencer las conciencias, porque no podían corregir el fondo de orgullo que alimenta el corazón humano. Esto solo podia hacerlo la doctrina católica, y lo hizo efectivamente inspirando la humildad, la abnegacion y el propio conocimiento, de donde nace la caridad, la union, la fraternidad y todas esas virtudes que haciendo al hombre respetar los derechos de sus semejantes, y enseñándole á considerarlos como llamados á la posesion de los mismos bienes, todo lo dirige á la felicidad comun.

Pero no nos detengamos mas en estas consideraciones. Los hechos mucho mejor que las teorías, la historia con voz mas elocuente que los racionismos, manifiestan los diversos resultados que en el orden religioso y social han dado esos dos principios que de tiempos muy remotos vienen sosteniendo una lucha sin tregua. Y por mas que las preocupaciones quieran cegarnos, imposible es que dejemos de conocer que así como el orgullo del racionalismo exagerando en el hombre el sentimiento de su propia personalidad, le degrada y envilece exaltando en su corazón las malas pasiones que acarrear la desgracia del individuo y la ruina de las sociedades, por el contrario la doctrina católica inspirando sentimientos de humilde dependencia eleva á los hombres y enaltece á los pueblos, creando verdaderas virtudes y elementos de orden y de positivo bienestar. Haga el cielo que persuadidos de esta verdad importante y de tan alto interés, abandonemos desde luego todo principio que no esté en armonía con las doctrinas del catolicismo, únicas que infundiendo en nuestras almas la idea de nuestro propio conocimiento, humillándonos nos justifican como al publicano del presente Evangelio, justificándonos nos salvan, y salvándonos nos proporcionan la positiva gloria en el tiempo y en la eternidad.

He aquí lo que hoy nos termina el sagrado Evangelio. Jesús de Nazareth, el sabio y el justo.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA REACCION MORAL QUE SE NOTA HACIA EL CATALICISMO, ES UNA PRUEBA IRREFRAGABLE DE LA CONVICCION PRODUCIDA POR SUS DOCTRINAS CUANDO SE ESTUDIAN A LA LUZ DE LA SANA RAZON, Y SIN PREOCUPACIONES DE NINGUNA ESPECIE.

Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui.

Todo lo ha hecho bien: él ha hecho oír á los sordos y hablar á los mudos.

MARC. VII. 37.

TRAS la tempestad viene la bonanza, y al desencadenamiento de las pasiones humanas sucede tarde ó temprano la calma de la reflexion. Entoncés la luz que antes se ocultára bajo sombrías nubes vuelve á aparecer brillante y pura, la verdad reconquista el imperio que la disputó el error, y todo se deja ver bajo su verdadero punto de vista, sin sombras ni celajes; las preocupaciones cesan, desaparecen las prevenciones, enmudece la envidia, y la verdad mostrándose en toda su belleza convence los entendimientos, arrastra en pos de sí los corazones, encanta los sentidos, habla al alma un lenguaje irresistible, y el que antes se desdeñaba de escucharla, se deleita en oír sus mágicos acentos, y el que ni aun se dignaba tomarla en sus labios, complácese en publicar sus grandezas.

Hé aquí lo que hoy nos manifiesta de una manera bien clara y terminante el sagrado Evangelio. Jesus de Nazareth, esperado du-

rante tantos siglos por las naciones todas del mundo, dejárase ver llegada la plenitud de los tiempos en medio de un pueblo que Dios en sus altos designios se habia reservado para ser un testimonio visible de las grandezas de su Unigénito hecho hombre. Pero las añejas preocupaciones que de largo tiempo venia alimentando, la falsa idea que concebiera del futuro reparador, junto con las pasiones y los vicios que corrompiéndole y degradándole le hicieron olvidar una gran parte de las verdades que le habian sido reveladas por medio de los profetas, de tal suerte oscurecieron su inteligencia, que teniendo delante al Salvador deseado, le desconoció; escuchando continuamente su doctrina, la rechazó; presenciando sus milagros, se burló de ellos, y aun los despreció hasta mirarlos como efectos de un poder satánico; y presenciando todos los dias los inmensos beneficios que por donde quierra derramaba, los convirtió en motivos de envidia y de un ódio inconcebible, haciendo de ellos armas para desacreditarle y conceitar sobre él el furor popular; tanto que en mas de una ocasion tuvo que ocultarse y apelar á la fuga para no ser victima de sus enemigos. Sin embargo, no siempre las pasiones preponderaron sobre el convencimiento: y si hubo hombres á quienes ensordecieron para que no oyesen el grito de la verdad, é hicieron mudos para no rendirles un justo homenaje, tampoco faltaron muchos que aclamaron públicamente sus magnificencias en vista de los prodigios obrados por su divino autor. Sucedió, entre otros muchos hechos, que *dejando Jesus los confines de Tiro, se dirigió por Sidon hácia el mar de Galilea, pasando por el territorio de Decápoli. Y presentáronle un hombre sordo y mudo, suplicándole que pusiese sobre él su mano. Y apartándole Jesus de la gente, le introdujo los dedos en las orejas, y con la saliva le tocó la lengua: y alzando los ojos al cielo, lanzó un suspiro, y dijo: Ephphetha, que quiere decir, abrios. Y al momento se le abrieron los oidos, y se le soltó el impedimento de la lengua, y hablaba claramente. Y mandóles á los circunstantes que no lo dijesen á nadie. Pero cuanto mas se lo mandaba, con tanto mayor empeño lo publicaban, y mas crecia su admiracion, y esclamaban: Todo lo ha hecho bien: pues ha hecho oir á los sordos, y hablar á los mudos.*

Esta misma reaccion la hemos visto verificarse de una manera sorprendente en varias épocas, pero como nunca en estos últimos tiempos. Jamás llegara á tan alto grado la sordera intelectual y el enmudecimiento moral de los pueblos. Apenas habia uno en que la doctrina de Jesucristo no fuese menospreciada, negados sus milagros, y hasta su vida, su existencia, su historia, rechazadas como una ficcion humana. El siglo mas pagado de ilustracion se ha mostrado mas antipático á la luz de la revelacion divina; los pueblos mas adelantados por su cultura y civilizacion han sido los enemigos mas declarados de la doctrina civilizadora del Evangelio; el catolicismo, en una palabra, ha encontrado mas aversion, mayor ódio, resistencia mas tenaz, mas fria indiferencia y una repulsion mas fuerte y decidida en las naciones mas preciadas de sábias. Sordas para escuchar la voz de la verdad que tras largos siglos viene desenvolviendo sus inimitables bellezas, mudas para no tributar un homenaje de gratitud, y ni aun siquiera de admiracion á la influencia mágica de esa religion salvadora que no ha cesado de derramar bienes y de obrar prodigios, apenas se oia en ellas poco há una voz generosa que se atreviese á tomar su defensa, porque aun el sacerdocio, custodio nato del depósito de la doctrina, y defensor de los derechos del catolicismo por su alta mision, hallábase encadenado bajo la accion del poder y de la fuerza que sellaba sus labios. Llegó empero un dia en que calmadas las pasiones, y cansados los hombres de tanta decepcion, de tanta mentira, de tanta anarquía intelectual, únicos frutos que venian recogiendo de las doctrinas filosóficas, se acercaron á Jesucristo. y tocando éste espiritualmente sus oidos, y humedeciendo su lengua con la saliva, esto es, ilustrando sus inteligencias con su divino espíritu, y arrojando en ellas un destello de su sabiduria, como interpreta San Gregorio (1), curó á esas sociedades de la sordera y del enmudecimiento en que las tenia el error.

(1) Digitus, spiritus vocatur. Digitus ergo in auriculas mittere, est per dona Spiritus Sancti mentem surdi ad obediendum aperire... Saliva nobis est ex ore Redemptoris accepta sapientia in eloquio divino. (S. Gregor. Hom. 10. Lib. 4. in Ezech.)

y verificándose una reaccion prodigiosa en favor de la verdad, todas las clases, todas las condiciones, el génio, la ciencia, la literatura, las artes y hasta la misma impiedad tomó parte en la ovacion universal de que fué objeto el catolicismo, oyéndose por do quiera los testimonios mas sinceros y lisonjeros tributados á su divinidad y á su influjo civilizador: *Bene omnia fecit: et surdos fecit audire et mutos loqui.*

De esta reaccion moral verificada en nuestro siglo, voy á ocuparme en este discurso, presentándoosla «como una prueba irrefragable de la conviccion producida en el entendimiento por la doctrina católica, cuando se estudian sus principios á la luz de la sana razon, y se escuchan sus enseñanzas sin pasiones de ninguna especie.» Invoquemos antes los divinos auxilios, etc.

REFLEXION ÚNICA.

El catolicismo debia ser, como hemos dicho ya en otras ocasiones y segun estaba anunciado en un solemne vaticinio, el objeto de una contradiccion universal. Y esto era muy consecuente y lógico: puesto que estando él llamado á contradecirlo todo, porque todo habia sido adulterado y desfigurado, forzosamente debian sublevarse contra sus enseñanzas divinas todas las doctrinas humanas hijas del orgullo y de las pasiones. Asi se explica esa repulsion incesante de que os hablé en uno de mis discursos anteriores, esa lucha sin tregua, ese antagonismo mortal, esa concentracion, digámoslo asi, de todos los poderes, esa mancomunidad de esfuerzos con que la razon de los hombres de estado, la razon de los hombres de génio, y hasta la misma razon popular, esa razon que al decir de un sábio, «salva al mundo cuando las demás faltan á su mision y hacen traicion á la causa de la humanidad haciéndosela á la de Dios;» todo, en una

palabra, viene combatiendo la verdad tras siglos y siglos á pesar del impulso irresistible que todo hombre experimenta dentro de sí hácia ella. Así se concibe que habiéndose mostrado desde luego la doctrina católica enemiga de todos los errores, intolerante con todos los vicios, y antagonista de todas las pasiones que aspiran á disputar á Dios su soberanía, las pasiones mas fuertes, los vicios mas poderosos, y los errores mas inveterados se hayan levantado contra ella; y ya en la persona de los Dioclecianos, Nerones y Caligulas hayan sembrado el mundo de cadáveres y hecho correr por todas partes la sangre de los discípulos de Jesus; ya por boca de los llamados sábios hayan vomitado el veneno de su saña contra la religion salvadora del Calvario, y desgarrado el corazon de la Iglesia con cismas y heregias; ya en fin, armando el brazo revolucionario de los pueblos con las infernales doctrinas de un filosofismo demagógico, hayan llamado *infame* al Hijo de Dios, y convocado á toda la humanidad para echar por tierra sus templos y convertir en polvo sus altares. Así en fin, se dá uno cuenta de esa conspiracion casi universal, de esa liga imponente de todos los poderes, de todos los tronos, de todas las ciencias y de todos los elementos que ha sido capaz de inventar el hombre para sustituir la razon á la fé, la materia al espiritu, el error á la verdad, y destruir si posible fuese, hasta los últimos vestigios de la revelacion, hasta las mas leves huellas del catolicismo.

¿No es á esto á lo que se ha conspirado durante mil ochocientos años, y á cuyo objeto se ha trabajado con incansable afan y con una prodigiosa perseverancia? No lo repetiremos, puesto que ya antes hemos tenido ocasion de manifestar los trabajos emprendidos para llevar á cabo este pensamiento, y como de todo se ha hecho armas, y nada se ha omitido, ni largos estudios, ni porfiados ensayos, ni repetidas combinaciones, ni la astucia, ni la violencia, ni el sofisma, ni el raciocinio, ni nada de cuanto ha entrado en el dominio de la inteligencia para ahogar en el océano de las pasiones humanas esa religion salvadora que Jesucristo trajo al mundo como el don mas precioso y la garantía mas segura de la dicha de la humanidad. Ni es de estrañar que este antagonismo entre la razon humana y la razon divina, entre el error y la verdad, entre las tinieblas y la luz,

haya continuado siempre en progresion ascendente proporcionalmente al prodigioso impulso que se ha dado á todos esos elementos de repulsion que existen en el mundo; puesto que en la esencia misma de la doctrina católica, en sus enseñanzas opuestas á todos los sentimientos desordenados del entendimiento y del corazon humanos, reside el principio, el gérmen, digámoslo así, de esa lucha que nunca concluirá, por cuanto, si bien por una parte impele al espíritu humano á la certidumbre, por otra no cesa de suscitar en él una oposicion formidable. Pero, ¿habrá de triunfar en esta lucha el elemento desorganizador anticatólico? No es posible: Dios vela por su obra, y siquiera en ciertas épocas haya permitido que la humanidad, sorda al grito de la verdad y muda para confesarla, se haya lanzado en el abismo de la impiedad ó del indiferentismo, y rasgado todos los monumentos de la tradicion divina, y hollado con planta impura todos los objetos de sus adoraciones, ha llegado empero un dia en que curando con su mano omnipotente la sordera y el enmudecimiento inveterados de las sociedades, ha operado una reaccion feliz en sentido favorable al catolicismo, y verificado una revolucion sorprendente en las ideas de un siglo en el que como en ningún otro germinaban los elementos mas poderosos de repulsion. ¡Prodigiosa transformacion! Cuando mas fermentaba en las inteligencias y bullia en los espíritus el pensamiento de anonadar la vida de Jesucristo, de destruir para siempre su religion, de condenar al ostracismo sus enseñanzas como incapaces ya de poder llenar el vacío inmenso que espermentaba una generacion enloquecida con la fiebre ardiente del racionalismo; cuando se habian recogido toda especie de datos, y amontonado todos los monumentos esparcidos por el globo, y hecho un llamamiento general á las ciencias para que compareciesen á deponer contra el Evangelio y á declarar en la causa formada contra el catolicismo; cuando ya todo estaba dispuesto y esperábase de un dia á otro oír el fallo condenatorio de esa doctrina á cuyo proceso concurrieran de todas las partes del globo la razon de estado, la razon científica y la razon popular, en las que está réasumida la razon total de la humanidad, hé aquí que este sordo-mudo de tantos siglos, tocado por el dedo del Hombre-Dios, se siente instantánea-

mente libre del impedimento que le aquejaba á través de mil ochocientos años. Los hombres escuchan una voz que hasta entonces no habían oído, los pueblos admiran en la doctrina católica una sublimidad, una grandeza, un carácter de verdad que no hallan en ninguna otra. El génio, la ciencia, la política, todo habla un lenguaje inspirado, puesto que allí donde creyeran encontrar las pruebas mas irrefragables del origen puramente humano del catolicismo, han encontrado la demostracion mas luminosa de su divinidad. Entonces se verifica el mas sorprendente fenómeno. Todo, cuanto hasta allí concurría á repeler del entendimiento la verdad, concurre á engendrar en él la certidumbre; esas tres razones que venian sosteniendo la gran lucha de la inteligencia, del poder y del génio contra Cristo, experimenta un subitáneo paroxismo, ó mas bien convirtiéndose de antagonistas en apologistas presentan los mas evidentes testimonios en favor de aquella doctrina que habían combatido con el mayor encarnizamiento; todas corren presurosas á llevar alguna piedra para levantarla un templo inmortal; todas esclaman á la vez como las turbas del presente Evangelio: «¡Todo lo ha hecho bien!» ella es la única doctrina llamada á regenerar los pueblos y á salvar al mundo: porque es la que trajo la elevacion á los pequeños en la idea de un origen comun y de una santa fraternidad, la fuerza á los débiles en la idea de un nuevo derecho doméstico, el socorro á los pueblos oprimidos en la idea de una república universal fundada y gobernada por el mismo Dios. *Bene omnia fecit:* «¡Todo lo ha hecho bien!» puesto que de ella surgen las bellas inspiraciones, los sentimientos generosos, las nobles virtudes, y todo principio de orden, de caridad, de union, de obediencia, de cuanto entra á constituir los elementos de sociabilidad y de bienestar público y privado. *Bene omnia fecit:* «¡Todo lo ha hecho bien!» pues que no teniendo al parecer otra mision en el mundo mas que el hacer la dicha de la humanidad en la otra vida, es no obstante en ésta el principal y casi esclusivo origen de toda bienandanza (1). *Bene omnia fecit:* «¡Todo lo ha hecho bien!» Ella es el centro comun á donde se reúnen fuera

(1) Montesquieu. *Esprit des lois*.

de la acción del tiempo y del alcance del vicio, las ideas todas de justicia, de amor, de libertad y de compasión, que en este mundo de un día constituyen la dignidad de la especie humana; ella es la tradición permanente de todo lo bello, grande y bueno. Por entre el envilecimiento y la impiedad de los siglos, la eterna voz que responde á la virtud en su idioma apela de lo presente al porvenir, y de la tierra al cielo, y lleva en sí el auxilio solemne del oprimido en todas las situaciones de la vida, y la última esperanza de la inocencia sacrificada y de la debilidad hollada por la tiranía (1): *Bene omnia fecit.*

Así gritaron los hombres de génio, los hombres de estado y ese mismo pueblo á quien se trató de seducir porque era ignorante, no contando con su buen sentido, que supliendo en él á la ciencia que le falta, protesta y protestará siempre contra la traición de sus señores, cuando tratan de abusar de él contra Jesucristo y su doctrina. Así gritó un siglo que habia preparado la losa sepulcral y compuesto el epitafio que debía colocar sobre la tumba del catolicismo. Sorprendido del consentimiento unánime de todas las naciones, de todos los tiempos, de todas las razas, y de la concordancia portentosa de todos los trabajos de la erudición moderna, despues de haber sacudido el polvo de los siglos que le precedieran, y desenvuelto con ávida curiosidad los anales de la especie humana, hallando donde quiera una creencia idéntica, permanente, universal, sintióse inspirado de admiración y de respeto. Las sociedades, poco antes enemigas declaradas de la cruz, saludaron entusiasmadas ese estandarte de misericordia, inclináronse humildes ante el suplicio del esclavo, y lo elevaron á la vista de los pueblos como un signo de libertad y de salvación, allí donde hacia poco que habia sido insultada y hollada como un emblema de servidumbre y de ignominia. Y los poderosos y los sábios, y los grandes génios que antes formarían la mas formidable coalición contra la verdad, y se propusieran no levantar mano hasta haberla desterrado del mundo, iluminados por los brillantes resplandores de la ciencia, y por ella guiados al

(1) Benjamin Constant.

templo del catolicismo, entraron en él y aceptaron sus enseñanzas, y reconocieron su doctrina como el fundamento mas sólido de toda certidumbre, aun humanamente hablando, y convinieron en que era al par que la mas dulce para el corazon y la mas consoladora para el alma, la que mas satisface á la razon, la mas demostrada y tangible de todas las doctrinas. ¡Raro prodigio! los sordos oyeron, y hablaron los mudos, y todo concurrió á formar una misteriosa diadema para coronar las sienes de esa reina del mundo: *Bene omnia fecit: et surdos fecit audire, et mutos loqui.*

No es decir que por eso haya cesado de existir el antagonismo y la oposicion entre la razon humana y la razon divina; ni que el error haya depuesto sus armas á los pies de la verdad reconociéndose vencido, ni que las pasiones hayan renunciado á sublevarse contra la fé. No: la lucha existe porque existe la causa de esa repulsion, y mientras dure la verdad en el mundo, la fuerza racional y la fuerza religiosa no cesarán de combatirse y de hacerse la guerra: ambas se miran de frente con ojo avizor desde su respectivo campo, y ninguna de ellas transigirá con su rival, ni admitirá el armisticio. Pero esto no destruye el hecho principal de que nos ocupamos, ni amengua en lo mas mínimo la existencia de esa reaccion operada en las ideas del siglo en favor del catolicismo.

Ahora bien, ¿qué otra cosa prueba esta transformacion tan prodigiosa, esa concordancia unánime de todas las ciencias, de todos los poderes, de todas las razones en que se halla reasumida la humanidad en pró de la doctrina católica, sino que cuando se la estudia sin prevencion y sin pasiones y á la luz del sano criterio, no puede menos de producir en el espíritu una certidumbre, un convencimiento irresistible? Asi es; y de este modo únicamente puede darse una solucion satisfactoria á tan extraño fenómeno. Por eso donde quiera, en todos los siglos, y en las naciones todas del mundo ha preponderado, por mas que se quiera sostener lo contrario, el elemento católico sobre los elementos desorganizadores del error: y al lado de los hombres sábios ó poderosos que han intentado derrocar por sus cimientos el grandioso edificio de la verdad, han surgido otros hombres sábios y poderosos que le han sostenido ó levantado cuando

se desmoronaba; y allí donde ha habido políticos irreligiosos y sistemáticos que se han propuesto eliminar la doctrina católica de los códigos y negarla toda participacion en los destinos sociales, ha habido tambien políticos religiosos é independientes que han salido á su defensa y levantado su voz en la tribuna pública, invocando su influencia y llamándola á ejercer su accion civilizadora en la sociedad. Si han existido pueblos que trastornados por un vértigo revolucionario hijo de la anarquía doctrinal, han llegado á persuadirse que les era licito derribar los altares y demoler los templos del cristianismo, y arrastrar las santas imágenes, y llamar servil y tiránica á la religion salvadora del Crucificado, tambien se han levantado de entre los escombros y las ruinas de aquellos, otros pueblos que han restaurado el santuario, han ensalzado y adorado lo que sus antecesores holláran, y han reconocido que la libertad verdadera, y la positiva civilizacion, y el bienestar permanente solo podian venirles del catolicismo. ¡Tan suave es el perfume que donde quiera exhalan sus enseñanzas! ¡Tan irresistible la fuerza de atraccion que poseén sus dogmas! ¡Tan clara la luz que derraman sus doctrinas! ¡Tan fuerte el convencimiento que producen los principios en que están apoyadas sus creencias!

Buscad sino esa certidumbre, esa atraccion, ese convencimiento en las demás doctrinas que giran fuera del círculo de la unidad católica. En vano. El paganismo aspiró al triunfo doctrinal por espacio de muchos siglos, y murió de impotencia anegado en los mismos lagos de sangre que derramó para conseguirlo. Las heregias trabajaron largo tiempo por aclimatar en el mundo el error, y unas tras otras fueron desapareciendo, sin legar otra cosa á las generaciones venideras mas que un nombre odioso y una memoria detestable. El mahometismo hizo esfuerzos inconcebibles por entronizar el Coran en la Europa civilizada, y rechazado á un rincon del globo por el elemento cristiano, consúmese en una miserable decrepitud devorando el despecho de su vencimiento. El protestantismo, que es la personificacion mas exacta, y digámoslo así, la encarnacion mas atrevida del racionalismo filosófico, hace tres siglos que viene poniendo en juego todos los resortes imaginables para destruir la uni-

dad religiosa y echar por tierra ese á quien osó llamar el anticristo: y sin embargo, á pesar de su aparente fuerza, no es menos cierto que se muere insensiblemente, que no le resta mas que un efímero resplandor de vida, y eso que en algunas partes, á fin de reanimar esa luz moribunda, se esfuerza por acercarse en algunos puntos al catolicismo. ¿Y en qué consiste esto? ¿Por qué todas las doctrinas opuestas á la doctrina católica adolecen del mismo vicio, y son incapaces de producir ese convencimiento, esa certidumbre de que venimos hablando? ¡Ah! Es que ninguna de ellas descansa en principios fijos é invariables, pues no pueden serlo los que son de pura creacion humana. Es que todas mas ó menos se apoyan en los sistemas de una razon estraviada, enferma, impotente por si sola para fundar una creencia fija y crear dogmas universalmente creibles. Es, en fin, porque, como ya dijimos en otras ocasiones, sola la religion católica es divina, sola ella emana del cielo, sola ella cuenta con la asistencia del Espíritu Santo que la inspira sus verdades, y la ha enriquecido con una soberanía intelectual á que nunca podrán aspirar todas las demás sectas, comuniones ó escuelas divorciadas de su unidad. Sustituyendo á la autoridad de la Iglesia la infalibilidad de la razon privada, se han fundado sobre un principio de perpétua division que tiende á subdividirlas indefinidamente; así es que ni satisfacen á la razon, á la cual dejan abandonada á sus propios recursos y en lucha constante consigo misma, ni llenan las misteriosas necesidades del alma que no han sabido preveer; y forzando al hombre á tomarse á si propio por centro de toda verdad, le empujan á un triste aislamiento intelectual! El catolicismo, por el contrario, fundado en la unidad, produce principios invariables y doctrinas que en nada participan de la movilidad del entendimiento humano: y de aquí la luz que derrama é ilumina los espíritus rectos, esclarece las inteligencias dispuestas á aceptar la verdad, persuade á los corazones bien intencionados, y no pocas veces arranca el convencimiento aun de aquellos espíritus que contradicen sus enseñanzas, toda vez que las estudian desapasionadamente y no con ánimo hostil ó con preyeccion sistemática. Y esto entre otros innumerables hechos lo demuestra de una manera visible la reaccion religiosa pro-

ducida en las ideas de nuestro siglo, como os acabo de manifestar en este discurso.

Engañáronse pues nuestros padres cuando en su loco orgullo se atrevieron á decir que la religion católica solo era buena para el pueblo ignorante, y que solo á este se le podía hacer aceptar su doctrina. ¡ Miserables ! Hoy todo ha cambiado, y por efecto de un alto designio de la divina Providencia se verifica que el génio, la ciencia, el poder, son los primeros en proclamar las grandezas de ese principio salvador, y en demostrar su necesidad para todas las clases y en todas las situaciones de la vida. Y así como en otro tiempo el Evangelio se sirvió de los hombres del pueblo para conquistar á los sábios, á los poderosos y á los grandes del siglo (1), ahora ha elegido á estos para insinuarse mas fuertemente en las inteligencias vulgares y no dejar la menor duda acerca de la divinidad de una religion llamada á regenerar en todos sentidos á las modernas sociedades. Mision sublime en la que el sacerdocio debe figurar en primera linea, haciéndose por medio de la ciencia y de la virtud el principal elemento de un progreso bien entendido y de una civilizacion que tiene el doble objeto de promover en el tiempo la felicidad del hombre en su verdadera y genuina acepcion, y de prepararle para la eternidad un glorioso porvenir.

Trabajemos pues incansables en esta grande obra, nosotros á quienes el divino Salvador confirió esa mision de luz que nos coloca al frente de todo pensamiento útil y beneficioso para la humanidad. Hagamos ver al mundo que en la ciencia del cristianismo la idea de progreso se hace estensiva á toda cosa humana, que no hay un solo bien que no derive de sus principios, ni una sola mejora social cuya propiedad no pueda reivindicar: y aun las mismas teorías del falanstero y de la escuela sansimoniana, descartadas de la parte utópica, no son, como observa oportunamente un sabio, mas que una imitacion impotente de las primeras agregaciones cristianas. Toda claridad

(1) Nam quia in Dei sapientia non cognovit mundus per sapientiam Deum: placuit Deo per stultitiam prædicationis salvos facere credentes... Quæ stulta sunt mundi elegit Deus ut confundat sapientes: et infirma mundi elegit Deus, ut confundat fortia. (I. Corint. I. 21. 27.)

proviene de la fé, y sin ella el universo yacería envuelto en las espantosas tinieblas del error y de la ignorancia, y aun las mismas verdades políticas carecerian de animacion si no las vivificase el principio católico. ¡Ojalá comprendan esto los pueblos que todavía se dejan deslumbrar por las falsas teorías del racionalismo! ¡Quiera el cielo que á vista de los grandes prodigios obrados por la influencia civilizadora del catolicismo, se convenzan de su grandeza, proclamen su divinidad, confiesen entusiasmados como las turbas del presente Evangelio que todo lo ha hecho bien, y confesándolo se aprovechen de sus doctrinas, obren según sus principios, y consigan la bienandanza á que aspiran; ahora y después de los siglos en la mansión de la inmortalidad.

(1) Nam quis in Dei sapientia non cognovit mundum per sapientiam
Deum: placuit Deo per stultitiam prædicare salvos facturos credentes.
Que stultus sunt tamquam elegit Deus ut confundat sapientes: non invidiam
mundi elegit Deus, in confusione loquitur. (I. Corin. I. 21. 27.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

IMPOTENCIA DEL RACIONALISMO PARA INSPIRAR EL POSITIVO AMOR DEL PRÓJIMO Ó SEA EL SENTIMIENTO DE VERDADERA FRATERNIDAD, CUYOS ELEMENTOS SE ENCUENTRAN ÚNICA Y EXCLUSIVAMENTE EN LOS PRINCIPIOS DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

¿Quis est meus proximus?

¿Quién es mi prójimo?

LUC. X. 29.

HAY un sentimiento que anida por decirlo así en el hombre, que nace con él, y le acompaña donde quiera, á pesar de las malas pasiones que le agitan y de las viciadas inclinaciones que heredó de su primer padre. Este sentimiento es el amor. Criado su corazón para amar no menos que sus ojos fueron hechos para ver, sus oídos para oír, sus manos para palpar, y todos sus sentidos para ejercer sus respectivas funciones, por mas que haga para desnaturalizar sus instintos, jamás podrá desentenderse de ese afecto que es natural en él; y lo único que conseguirá será cambiar el legítimo objeto de su amor, y colocarle en otro ilegítimo é indigno de poseerle. Así sucede por desgracia. El egoísmo viene siendo de largo tiempo el desorden universal del mundo moral. El hombre se ama á sí mismo sobre todas las cosas, y apetece y busca ante todo su bienestar individual, sus ventajas, sus comodidades, su felicidad falsa ó verdadera, real ó aparente, con esclusión casi omnimoda de todos los de-

más séres sus semejantes, como si solo él en el mundo estuviese llamado á ser dichoso y á gozar de cuanto la naturaleza encierra de útil ó necesario. De aquí el desconocer los derechos de sus prójimos tan legítimos é incontestables como los suyos propios; de aquí el mirar con indiferencia las ajenas privaciones cual si las producciones del suelo que huellan sus plantas le perteneciesen como un dominio, de aquí el mirar impasible los reveses é infortunios de los que gimen víctimas de la adversidad; de aquí el no conmoverse su corazon á vista del llanto del pobre, del desconsuelo del huérfano, de la amargura de la viuda, ni experimentar sino despecho y envidia cuando alguno parece mas feliz ó menos desgraciado, como si la fortuna ó el bienestar ajenos fuesen una usurpacion de su propia é individual felicidad. No pretendo hacer injuria al corazon humano. Sé que abriga nobles pensamientos y afectos generosos que le honran: pero tampoco podrá negarse que sus mas bellas cualidades desaparecen y dejan de existir tan luego como el egoismo se ampara de él y le comunica su venenoso aliento. ¡Y esta pasion es en él tan fuerte, domina de una manera tan tiránica, y le arrastra tan violentamente toda vez que dejándose guiar de las inspiraciones de su propia razon, olvida los principios de la religion y de la moral cristiana! Así que frecuentemente se realiza en el mundo, pero de un modo muy especial, lo que hoy nos refiere el sagrado Evangelio.

«Acercóse á Jesus en cierta ocasion un doctor de la ley, y dijole con el fin de tentarle: Maestro, ¿qué debo hacer yo para conseguir la vida eterna? Dijole Jesus: ¿Qué es lo que se halla escrito en la ley? ¿Qué es lo que en ella lees? Respondió él: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazon, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con toda tu mente: y al prójimo como á tí mismo. Replicóle Jesus: Bien has respondido, haz eso, y vivirás. Mas él, queriendo dar á entender que era justo, preguntó á Jesus: ¿Y quién es mi prójimo? Entonces Jesus tomando la palabra, dijo: Bajaba un hombre de Jerusalem á Jericó, y cayó en manos de ladrones, que le despojaron de todo, le cubrieron de heridas, y se fueron, dejándole medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote, y aunque le vió, pasóse de largo.

Igualmente un Levita, á pesar de que se halló vecino al sitio, y le miró, pasó adelante. Pero un pasajero de nacion Samaritano, llegóse á donde estaba: y viéndole, movióse á compasion. Y acercándose, vendó sus heridas, bañándolas con aceite y vino: y subiéndole en su cabalgadura, le condujo al meson, y cuidó de él. Al dia siguiente, dando al mesonero dos denarios, dijole: Cuidame este hombre, y todo lo que gastares de mas, yo te lo abonaré á mi vuelta. ¿Quién de estos tres te parece haber sido prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Aquel, respondió el doctor, que usó con él de misericordia. Pues anda, dijole Jesus, y haz tú otro tanto.»

A nadie mejor que á los hombres de nuestro siglo que preciándose de esa filantropía filosófica tan altamente proclamada en todos los tonos como infecunda y estéril en sus resultados, y teniendo continuamente en sus lábios el dulce nombre de fraternidad, de nada menos se cuidan no obstante que de realizar ese gran principio y poner en práctica ese noble sentimiento del corazon humano, pudiéramos ofrecer esa bella alegoría como un tipo perfecto de lo que en nuestro siglo acontece todos los dias con respecto á ese amor de fraternidad que parece ser su sueño dorado, y del que sin embargo cada vez se halla mas distante. ¿Y por qué? Porque le busca fuera de su verdadero centro, porque aspira á establecerle fuera de su legítimo origen, porque pretende hallar su principio y su elemento en la sola razon humana; en una palabra, porque sin desentenderse de ese egoismo que ha encarnado en las sociedades modernas, quisiera poder amalgamar con él lo que esencialmente le rechaza, lo que con él pugna mas directamente, lo que nunca podrá existir donde quiera que aquel se encuentre, puesto que ambos se chocan, se repelen, se ódian y se hacen una guerra incesante. Voy pues á manifestaros en este discurso la absoluta imposibilidad de unir estos dos principios, demostrándoos á la luz del raciocinio y de la historia «que jamás el racionalismo fué capaz de inspirar el positivo amor del prójimo, ó sea el sentimiento de verdadera fraternidad, por cuanto sus elementos no pueden existir fuera del principio católico.»

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Nadie ignora que la historia del egoismo comenzó casi con la historia de la humanidad. Todavía se encontraba ésta reducida al corto número de cuatro individuos, y ya estaba encendida en el mundo la lucha entre ellos: y uno de los hijos de nuestro comun padre, envidioso y mal contento de la preponderancia de su hermano, sacábale al campo y ensangrentaba en él sus manos, y le hacía víctima de esa pasión desenfrenada; y reconvenido por Dios del fratricidio que acababa de consumir, contestaba insolente: «¿Soy yo por ventura custodio de mi hermano (1)?» Desde entonces este grito audaz, esa pregunta insultante á todo el linage humano, viene prolongando sus ecos á través de los siglos, y donde quiera la guerra entre el egoismo y la fraternidad no ha cesado un solo día, dejando en todas partes impresa una huella sangrienta y recuerdos bien tristes de su existencia. En vano la voz del Todopoderoso resuena en la cumbre del Sinai, y entre horrorosos truenos y deslumbradores relámpagos entrega al único pueblo que conservára algunos vestigios de la tradicion primitiva, una ley escrita sobre el mármol, á cuya cabeza figuran estos dos preceptos: «Ama á tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu mente y con todas tus fuerzas: y á tu prójimo como á ti mismo (2).» No por eso cesó el antagonismo de las pasiones, ni la lucha entre el egoismo y la caridad dejó de ser tan encarnizada y funesta como lo venia siendo desde el primer fratricida. Dividiáanse los hombres en partidos, separábanse unas de otras las familias, cundia la rivalidad entre los pueblos, el hijo miraba con ceñudo enojo la prosperidad de su padre, el hermano no podia soportar la preferencia de su

(1) ¿Num custos fratris mei sum ego? Genes. IV. 9.

(2) Matth. XXII. 37, 39.

hermano; y en la antipatía de razas, y en el esclusivismo nacional, y en el ódio irreconciliable de los diversos poderes que se disputaban el imperio del mundo, en todo se veía pintado el individualismo mas repugnante. Y cuando un dia el orgullo humano pensó en eternizar la memoria de su génio y de su grandeza sobre la tierra, no hizo sino legar á las generaciones venideras un monumento imprecadero de su impotencia toda vez que el egoismo preside á sus trabajos é inspira sus atrevidas concepciones.

Aumentándose desde entonces en mayores proporciones los gérmenes de division y de intestinas luchas, olvidadas cada vez mas las tradiciones antiguas merced á los diversos sistemas filosóficos y á las opuestas doctrinas que el racionalismo pagano introdujo en el mundo, el nombre de fraternidad llegó á ser completamente desconocido, el ódio se halló sancionado como un deber de las almas grandes, la venganza se vió prescrita como una obligacion de todo corazon noble, la humanidad con los desgraciados se miró como una flaqueza, la clemencia con los vencidos se consideró como un crimen imperdonable, la tolerancia, la dulzura, la compasion, todas esas virtudes que tanto engrandecen al hombre, hubiéranse juzgado como una bajeza indigna segun los principios de la filosofia racionalista de los sábios de la antigüedad. Y ni Aristóteles, ni Sócrates ni Platon denominado el divino, ni ninguno de aquellos grandes génios tan admirados por su ciencia, supieron jamás comprender ese heroismo de un alma que simpatiza con las ajenas desgracias, que experimenta una dicha indefinible en derramar consuelos en un corazon ulcerado, y halla sus mas puros goces en sacrificarse en bien de sus hermanos. Los poderosos no veían en sus semejantes mas que unos rivales de su grandeza ó unos enemigos de su bienestar, y miraban á los pobres como meros instrumentos de sus caprichos ó víctimas de su despotismo. Y entre tanto la humanidad en general, semejante al infortunado de nuestro Evangelio, yacia en la mas profunda abyeccion, despojada de sus mas preciosos derechos, cubierta de ignominia, y llena de hondas heridas que en su corazon abriera el egoismo, hollada su dignidad, ultrajada su conciencia, sin union, sin lazos, sin porvenir, moribunda y casi exánime, porque carecia del principal

elemento de vida social. ¡Tan mal parada la habian dejado las doctrinas del racionalismo pagano! ¡En este estado lamentable venia atravesando largos siglos, luchando con su misma degradacion, y sin poder levantarse de su abatimiento, encadenada como estaba bajo el imperio de un individualismo odioso que no reconocia ni los deberes, ni los instintos, ni aun siquiera el nombre de fraternidad. Y pasaban á su lado el sacerdote y el Levita, y ni siquiera se dignaban lanzar sobre ella una mirada compasiva: porque ni los cultos idólatras, ni los sistemas filosóficos, ni las cultas escuelas de Alejandria y de Atenas, ni la civilizacion de Grecia y de Roma llegaron á comprender los verdaderos destinos del hombre, su origen y su fin, mucho menos las recíprocas obligaciones que unen y estrechan entre sí á los hijos de un comun padre y los mútuos servicios que deben prestarse como prójimos, como hermanos, como seres llamados á participar de los mismos privilegios ante Dios, autor universal de todo lo criado. El mundo, en una palabra, no sabia amar, porque replegándose miserablemente en sí mismo victima de un egoismo glacial, no sabia inmolarse, no sabia sacrificarse por nada ni por nadie. Amar para él equivalia á gozar, y todo cuanto se oponia á esto, todo cuanto podia disputar al individuo la menor parte de sus goces ó disminuir en lo mas leve sus satisfacciones, era mas que contrariar sus instintos, era usurparle una propiedad, lo cual equivalia á una declaracion de guerra á muerte contra todo aquello que de cualquier modo pudiera impedirle su felicidad.

¿Quién pues podia curar las profundas llagas de la humanidad? ¿Quién seria capaz de levantar de su postracion á ese sér moral á quien los siglos todos venian mirando con la mas criminal indiferencia, y aumentando cada vez mas con su creciente egoismo su malestar y sus dolencias? ¡Ah! Solo un Hombre-Dios figurado en el Samaritano del presente Evangelio era el que movido de compasion hácia la humanidad desgraciada debia derramar sobre ella el suave bálsamo de la caridad que cicatrizase sus hondas heridas. Y apareció en efecto aquel Jesus de Nazareth llamado no á traer á los poderosos de la tierra el oro y los tesoros en que rebosaban, sino para consolar á los débiles, para socorrer á los indigentes, para libertar los opri-

midos á quienes rechazaba el egoismo y menospreciaba el orgullo, y sembrar en el mundo los preciosos gérmenes de unas virtudes hasta entonces desconocidas, y proclamar la verdadera igualdad, la positiva fraternidad basada en el amor divino. Llama á sí á todos los que sufren bajo el peso de la tiranía y del despotismo, y les ofrece consuelo y libertad (1). Y al rey y al vasallo, y al señor y al esclavo, y al potentado y al pordiosero, y al indigena y al extranjero, y al gentil y al judío, y á todos indistintamente les dice: «Todos sois hermanos (2). Amaos reciprocamente unos á otros (3). Haced á los demás lo que quisiérais que se hiciese con vosotros.» Acabáronse las distinciones de razas ó de familias, uno mismo es el Dios de todos (4). Y estas máximas enseñadas por el divino Salvador de los hombres, autorizadas con su ejemplo, y sancionadas con su sangre, operan una revolucion feliz en los instintos de los pueblos, y cambian las costumbres, y se incrustan en las leyes, y poco á poco van desapareciendo las antiguas preocupaciones del paganismo, y las rivalidades disminuyen, y el despotismo cede, y el poder se humaniza, y la esclavitud se vá aboliendo de los códigos en proporcion que el elemento cristiano vá encarnando en las sociedades, hasta que por último la caridad triunfa del egoismo, y los hombres y los pueblos se reunen bajo el precioso estandarte de la Cruz, símbolo augusto de amor y de positiva fraternidad. Entonces ya no fueron comprendidos los versos de Eurípides que cantaba un día el placer de la venganza. Entonces se miró ya con horror la doctrina de Sócrates que enseñaba ser licito regocijarse en la adversidad de un rival. Entonces se despreció altamente á Aristóteles que consideraba la tolerancia fraternal como una innoble esclavitud. Y la fusion de todas las razas, de todas las naciones, de todas las clases sociales operada por el hijo del carpintero de Judea, ese gran milagro del

(1) Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos. (Matth. XI. 28.)

(2) Omnes enim vos fratres estis. (Matth. XIII. 8.)

(3) Hæc mando vobis, ut diligatis invicem. (Joan. XV. 47.)

(4) Non est distinctio Judæi et Græci... nam idem Dominus omnium. (Ad. Rom. X. 12.)

amor que solo pudo realizar aquel que tuvo bastante heroismo para despojarse de la brillantez de su gloria, trocando una corona inmortal por una diadema de tribulacion y de muerte, para sacrificar su reposo, su felicidad, su honor mismo y su vida por el linage humano, fué lo que cambió los destinos del mundo moral, y le levantó del abatimiento en que yacía á través de cuarenta siglos. Nada hay pues de extraño que á pesar de las calumnias que se vertieron contra el Hombre-Dios y á despecho de las sangrientas persecuciones que levantaron contra su doctrina los diversos poderes que despues se sucedieron en el vasto imperio romano, y no obstante la contradiccion incesante de las pasiones y de los errores que surgieron en medio de las sociedades cristianas para desenterrar el egoismo muerto al pié del Calvario con sus antiguos hábitos de esclavitud y tiranía, el gran pensamiento de fraternidad inspirado por Jesucristo triunfase de todos los elementos que le combatian, y los pobres y los esclavos, y las mugeres y los niños, y cuantos padecian víctimas de la arbitrariedad, y cuantos habian perdido su independencia, y cuantos veian hollados sus legítimos derechos, formasen séquito á ese principio altamente civilizador, y le proclamasen en alta voz como el elemento salvador de las sociedades. ¡Ah! Era el grito de la humanidad que respondia al grito del Hombre que habia oido sus gemidos. Y como dice un sábio, «de donde quiera que viniese, cualquiera que fuese el nombre que tomase, su raza ó su designio, hombre ó Dios, no podia menos de ser aceptado tal como se presentaba. Al preso á quien se dá la libertad, al oprimido, al desgraciado cuyas lágrimas se enjugan y cuyas cadenas se rompen, ¿qué le importa de dónde le viene el libertador?»

Hemos visto pues que solo Jesucristo fué el compasivo Samaritano que haciéndose superior á los inveterados hábitos de egoismo encarnados en las antiguas sociedades, curó á la humanidad de las hondas heridas que en su corazon venian abriendo las doctrinas racionalistas del paganismo, y la levantó de su abatimiento sustituyendo á los principios del yo humano los altos principios del amor del prójimo y de la dulce fraternidad; lo cual prueba la impotencia de toda doctrina fundada únicamente en la razon para producir este sentimiento

fuera del círculo de las enseñanzas católicas. Y si esta verdad no la hubiésemos visto demostrada en los siglos de mas cultura, en los pueblos mas civilizados, y en las sociedades mas ilustradas, pudiéramos tal vez dudar de ella. Pero por desgracia nuestra harto conocidos son los resultados del moderno racionalismo, cuando ha tratado de amalgamar digámoslo así á las sociedades sin el concurso del catolicismo, empeñado en hallar en sus absurdos sistemas los verdaderos elementos de esa union fraternal, de ese amor recíproco que forma la dicha de los individuos y crea la prosperidad y el bienestar de las naciones. ¡Imposible! El racionalismo podrá en buen hora discurrir bellas teorías económicas, describir sobre el papel brillantes proyectos de asociación, inventar planes deslumbradores de gobierno, y multiplicar cuanto quiera sus sistemas para fascinar á los hombres crédulos ó irreflexivos. ¡Pero crear la caridad!.. Nunca; ¡Establecer en el mundo el verdadero amor del prójimo! Jamás. ¡Fomentar el espíritu de fraternidad! ¿Cómo? ¿En qué principios le fundaria? ¿Sobre qué bases le estableceria? Él, que mira la doctrina católica como un elemento innecesario, como una rémora á todo progreso intelectual y moral; él que aborrece el Evangelio y no cesa de combatirle donde quiera que encuentra ocasion de burlarse de sus enseñanzas; él que emancipando el pensamiento abre franca puerta á todos los errores de la inteligencia y á todas las malas pasiones del corazon, ¿seria el llamado á inspirar un sentimiento tan noble y generoso? ¿Ignoramos por ventura su origen? ¿No nos es conocida su historia? Si no supiésemos que él fué el que á nombre de la libertad protegió la esclavitud y forjó nuevas cadenas á la humanidad; si hubiésemos olvidado que cuando proclamaba la igualdad fomentaba el despotismo brutal de la fuerza, y abatía cada vez mas al desvalido, y hollaba los mas sagrados derechos, y despojaba á los hombres de sus mas legítimas propiedades, y enriquecía á unos empobreciendo á otros, y levantaba la fortuna de unos pocos sobre las ruinas y las lágrimas de muchos; si no tuviésemos tan presente que á la voz de fraternidad encendía la tea de la discordia entre los pueblos, y armaba al padre contra el hijo, y al hermano contra el hermano, y levantaba cadalsos, y multiplicaba

los verdugos y las víctimas, y derramaba indistintamente la sangre del extranjero ó del ciudadano, del rico ó del pobre, del monarca ó del pueblo; si no hubiésemos visto en fin escritos los nombres de igualdad, libertad y fraternidad sobre los pendones de la demagogia revolucionaria como símbolos del pillaje, del robo, del incendio, de la anarquía, del desórden y de cuanto hay de mas odioso y repugnante, pudiéramos acaso dejarnos deslumbrar por las teorías de ese racionalismo asqueroso cuyas páginas escritas con caracteres de horror y de sangre no pueden menos de inspirar aversion á todo el que estudie desapasionadamente su historia. Mas no: ésta nos dice lo qué fué, lo que es, y lo que será donde quiera que llegue á establecer su imperio. Por mas que revistiéndose de formas prestadas, vaya á rebuscar en los mismos libros divinos ciertas frases para parodiar la caridad, jamás empero logrará apropiarse sus bellas cualidades. Probará únicamente que para conseguir una simple imitacion necesita indispensablemente acudir allí donde solo pueden encontrarse sus verdaderos principios, y pedir prestado al elemento católico lo que de suyo no tiene ni es capaz de crear. Por lo demás los hechos demostrarán patentemente que unas doctrinas que envuelven en sí mismas la necesidad de una compensacion recíproca de afecciones y sentimientos, de obligaciones mútuas y de mútuos servicios; unas enseñanzas que favorecen todos los derechos legítimos que sancionan la union y la libertad de las naciones y de los individuos; unos principios en fin que pugnan de frente con la pasion del egoismo, de la arbitrariedad y de la opresion, y defienden al débil contra el fuerte, y protegen al pueblo contra las demasías del poder, y se declaran en pró de la desgracia cuando se mira avasallada por la opulencia, sin que por eso dejen de acatar y defender la soberanía de los poderes legítimamente constituidos, de predicar la sumision al súbdito, de sancionar la obediencia del inferior y de prohibir á los pueblos que se alzen contra los que á nombre de Dios ejercen la autoridad suprema, consagrando así todos los estados, todas las condiciones y todas las gerarquías sociales; semejantes principios, decimos, no pueden menos de tener un origen sobrenatural, no pueden proceder del hombre ni ser frutos de su ciencia y

de su estudio. Porque la caridad no se inventa, el amor no se crea con sistemas y combinaciones humanas, la fraternidad no nace en el gabinete del legislador ni brota en los campos de batalla. Dios es quien siembra en el alma esas virtudes, su mano es quien las fecunda, y sin su presencia secaríanse en la árida tierra del corazón humano al soplo de las pasiones que le agitan, y del egoísmo que lleva siempre dentro de sí como patrimonio del pecado.

Vanamente pues ha intentado nuestro siglo, multiplicando utopías é inventando nuevas palabras, realizar ese gran pensamiento que tiempo há viene presentándonos en perspectiva. No es el racionalismo el que puede encontrar en sí los elementos de la positiva fraternidad fundada en el verdadero amor del prójimo. Él reconoce semejantes, pero nunca reconocerá hermanos, puesto que prescinde del único principio y del origen primordial de esa relación estrecha y sagrada que existe entre los hombres como hijos de un Dios que es esencialmente amor, y que humanándose él mismo para mejor verificar la unión tan deseada entre las diversas razas del linaje humano y hacer de todos los pueblos un solo pueblo, murió amando y perdonando, después de haberse hecho todo para todos y servido á todos como uno de tantos, consagrando con su ejemplo aquella máxima que legó al mundo. «El que entre vosotros quiera ser el primero, que sea el último, y quien quiera ser el mayor, sea vuestro siervo, así como el Hijo del Hombre no vino á ser servido sino á servir (1).» Este gran principio juntamente con aquel otro: «Yo os doy un precepto nuevo: que os améis recíprocamente,» es el que produce la verdadera fraternidad. Inspirados por estas máximas, y obrando conforme á ellas, fué como realizaron los primitivos fieles aquella unión estrecha y sincera que les hacía aparecer animados de un mismo espíritu cual si no tuviesen mas que un solo corazón y una sola alma, sin que ninguno pretendiese tener mas derecho que otro á unos bienes que eran comunes á todos y estaban destinados á subvenir indistintamente á los que de ellos necesitaban (2). Iguales pro-

(1) Matth. X. 26 et seq.

(2) Act. apost. IV. 32 et seq.

digios de union fraternal obraria en nuestro siglo la doctrina católica con solo poner en práctica sus sublimes enseñanzas. Cerca de nosotros tenemos la resolucion de ese gran problema que hasta ahora no ha podido realizar ninguna otra doctrina ni ningun otro sistema. No necesitamos ir como Colon en busca de un mundo desconocido. Ese mundo está dentro de nosotros mismos: solo se necesita de una mano divina que dirija nuestro rumbo, y esa mano es la del catolicismo que no cesa de ofrecernos su concurso y su influencia señalándonos al propio tiempo el camino que debemos seguir para llegar á esa fraternidad que tanto afectamos desear. «Amad á vuestros prójimos, nos dice, como á vosotros mismos.» Hacedlo así y vivireis en perfecta armonía y en una union envidiable. *Hoc fac, et vives.* Pero nosotros desconocemos este lenguaje que hiere en lo vivo la fibra delicada de nuestro amor propio, y lucha de frente con nuestros hábitos inveterados de egoismo. «¿Quién es mi prójimo?», preguntamos cuando mas como si ignorásemos que todos los hombres lo son: y pasamos indiferentes por delante de ellos sin ocuparnos de su felicidad ó de su desgracia, porque el amor de nuestra propia individualidad absorve esclusivamente todos nuestros afectos y todas nuestras atenciones.

Tal es la obra del racionalismo: á este estado han conducido á las sociedades modernas las frías doctrinas de esa escuela que sin embargo no se avergüenza de proclamar altamente la fraternidad, cuando huella insolente el único principio en que la estableció Jesucristo y fuera del cual no puede subsistir. ¿Y qué otra cosa pretende el racionalismo científico sino encadenar en provecho propio el racionalismo popular para gozar feudalmente de sus ventajas? Así se ha visto siempre, que la estabilidad de los pueblos que se asociaron bajo sus auspicios fué de corta duracion, su existencia efímera y atormentada de mil convulsiones políticas, y su decantada fraternidad nada mas que una palabreria hueca y altisonante con que se quiso encubrir las repugnantes torpezas de un individualismo asqueroso que no osaba presentarse en público bajo su verdadera faz. Tan cierto es que ninguno de los sistemas racionalistas fué, ni es, ni será capaz de inspirar el verdadero amor del prójimo, ni por consiguiente crear

sentimientos de positiva fraternidad, cuyos elementos no pueden existir fuera del principio católico. Busquemoslos pues en él, despreciando altamente todas esas doctrinas que por mas que intenten parodiar la doctrina del Evangelio en este punto, descubren desde luego que no son ellas las que enseñó el Hombre-Dios sino unas imitaciones imperfectas, insuficientes para producir en el alma esa caridad divina y sobrenatural, que nos hace amar á Dios sobre todas las cosas y á nuestros prójimos como á nosotros mismos, realizando en la tierra el bello pensamiento de unidad que presidió á la institución del cristianismo, y nos prepara para mas allá del tiempo aquella union feliz é interminable que debe estrecharnos á todos en espíritu en la venturosa mansion de la inmortalidad.

Occurrunt et deorum ritibus, cum altissimi à seque...
dicuntur, ut per prophetas, in seculum nostrum. Quis in nobis, dicitur, hic, est...
hic est, dicitur, hic est.

Salvator et auctoritas à seque...
fides, et in seculum, dicitur, hic est, dicitur, hic est...
Y el tiempo que los ve, los ve en seculum.

1864. Jul. 13. 14.

Ante el riesgo de parecer oportunos nos vemos obligados á insistir
en ciertos puntos doctrinales que algunas de las señoras importantes
llevar congo un carácter de actualidad que las ha siempre un nuevo
interés. Mas de una vez hemos considerado en nuestros anteriores
discursos como un error inconcebible que así como es propio
del error el separar y dividir, así también es propio del esencial de
la verdad el unir y estrechar con vinculos indisolubles las intelligen-
cias y los corazones en un centro común; distinguiéndose la que como
una consecuencia forzosa, que espere por sus efectos sea el fruto de
verdadero camino, y es seguro, de la unidad del espíritu-social, preciso
es venir á unirse en las verdades que abundan en momentos de
delicada verdad los únicos elementos de razón, si es que aspira á
vivir con caridad á su naturaleza y condurme á sus altos destinos.
Ambas cosas parecen unírsele como el sagrado Evangelio de
este día en el siguiente hecho que hoy nos refiere:

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA INGRATITUD HA SIDO EN TODOS TIEMPOS EL MAYOR OBSTÁCULO QUE HAN OPUESTO Á SU SALVACION LOS HOMBRES Y LAS NACIONES QUE NO HAN SABIDO APRECIAR EL BENEFICIO DE SU VOCACION AL CATALOGISMO.

Occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longe: et levaverunt vocem dicentes: Jesu præceptor, miserere nostri. Quos ut vidit, dixit: Ite, ostendite vos sacerdotibus.

Salieron al encuentro á Jesus diez leprosos, los cuales se pararon á lo lejos, y levantaron la voz diciendo: Jesus, Maestro, apiádate de nosotros. Y él luego que los vió, les dijo: Id y presentaos á los sacerdotes.

LUC. XVII. 42, 43, 44.

AUN á riesgo de parecer importunos nos vemos obligados á insistir en ciertos puntos doctrinales que además de su inmensa importancia llevan consigo un carácter de actualidad que los dá siempre un nuevo interés. Mas de una vez hemos consignado en nuestros anteriores discursos como un axioma incontrovertible que así como es propio del error el separar y desunir, así tambien es propiedad esencial de la verdad el unir y estrechar con vínculos indisolubles las inteligencias y los corazones en un centro comun; deduciéndose de aquí como una consecuencia forzosa, que el que por sus errores se estravió del verdadero camino, y se separó de la unidad religioso-social, preciso es vuelva á buscar en las verdades que abandonó en momentos de delirante vértigo los únicos elementos de union, si es que aspira á vivir cual conviene á su naturaleza y conforme á sus altos destinos. Ambas cosas parece querer demostrarnos el sagrado Evangelio de este dia en el siguiente hecho que hoy nos refiere:

«Caminando Jesus hácia Jerusalem atravesaba las provincias de Samaria y Galilea. Y estando para entrar en cierta poblacion, saliéronle al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon á lo lejos: y levantaron la voz diciendo: Jesus, Maestro, apiádate de nosotros. Luego que Jesus los vió, les dijo: Id y presentaos á los sacerdotes. Y cuando iban quedaron curados.»

Hed aquí por una parte representado al vivo el carácter esencial del error, y por otra la propiedad innata de la verdad: aquel figurado en la lepra, y esta en la curacion instantánea operada por la voz de Jesucristo y declarada tal por el ministerio sacerdotal. Pues á la manera que la lepra llevaba consigo la separacion del que estaba afectado de ella, el cual era segregado por este mero hecho de la familia, de la sociedad y de la religion, sin poder comunicar con los demás ni ir al templo á adorar á Dios, obligado á vivir aislado, á huir del pueblo por no contagiar á nadie, hasta tanto que quedase perfectamente sano, del mismo modo la lepra espiritual, ó sea el error, aísla al hombre separándole de la sociedad religiosa, y arrojándole en esa soledad triste y espantosa de su inteligencia estraviada, en donde sin vínculos, sin centro, sin unidad, carece de todos los elementos de vida en el órden moral, interin no vuelva á entrar en el seno de la verdad por medio de Jesucristo, único que puede curarle ilustrándole con su divina doctrina. Y es de notar que no basta pedir á Dios la curacion de esta dolencia, ni es suficiente clamar en pos del Salvador y solicitar sus piedades, sino que se hace preciso acudir á su Iglesia, única depositaria de su divina autoridad en la tierra, y á la que ha sido cometido el poder no solamente de declarar la existencia de esa lepra espiritual y de separar de la comunión de los fieles á los que de ella están contagiados, si que tambien de volver á recibir en el seno de la unidad á los que convencidos de sus estravíos están dispuestos á abjurarlos y á abrazar de nuevo aquellas creencias cuyo abandono ocasionó su escision. Pocos son empero los que despues de haber sido curados de esa enfermedad contagiosa, se someten á este deber penoso y hacen el verdadero sacrificio de su orgullo ante las aras de la fé, reconociendo la operacion de la divina gracia en ese retorno feliz á la verdad.

Acontece por lo comun lo que con los leprosos del presente Evangelio. Solo «uno de ellos, apenas echó de ver que estaba limpio, volvió atrás glorificando á Dios á grandes voces, y postróse á los pies de Jesus pecho por tierra, dándole gracias: y éste era un Samaritano. Lo cual visto, dijo Jesus: ¿Pues qué, no son diez los curados? ¿Y los otros nueve dónde están? No ha habido quien volviese á dar á Dios la gloria, sino este extranjero. Y le dijo: levántate, vete, que tu fé te ha salvado.» Del mismo modo, entre los innumerables individuos y pueblos que han sido llamados por Jesucristo al seno de su Iglesia, limpios ya por un acto de su divina piedad y por la virtud inefable de su palabra de la asquerosa lepra del error, ¿cuántos han sido los que fieles á su vocacion han sabido agradecer tan grande beneficio y permanecido constantes en la doctrina católica? ¿Cuántos los que han dado gloria á Dios como el Samaritano del Evangelio, y salvádose por su fé? ¡Ah! «La ingratitud ha sido en todos tiempos como lo fué en el caso presente el gran vicio que ha impedido la fecundidad de ese árbol divino, la que ha agostado todos sus frutos, en una palabra, la que se ha opuesto á la salvacion de los hombres y de las naciones que no han sabido apreciar ese don inestimable, volviendo á arrojarles en el abismo de sus errores. Y ved lo que va á servirme de asunto en el presente discurso. Acudamos ante todo á la fuente de la gracia por el canal de la intercesion poderosa de la Virgen, saludándola al efecto con las palabras del Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

No intento exagerar los efectos de la ingratitud al presentarla como la causa primordial de la reprobacion de los individuos y de los pueblos que despues de haber sido curados de la lepra espiritual del error, desconocen la mano que les sanára y no se muestran recono-

cidos á un beneficio de tanto precio. Ella es á no dudarlo uno de los crímenes mas odiosos y que mas desagradan á Dios, y sus efectos son altamente perjudiciales y funestos en el órden religioso no menos que en el órden social. A la manera de un viento abrasador que pasando sobre una tierra fecunda donde el labrador sembró una buena semilla, todo lo agosta y hace inútiles los sudores del que la cultivó con el mayor esmero, así el viento de la ingratitud, dice San Bernardo, soplando sobre un alma donde la mano del labrador divino arrojó la semilla preciosa de su fé y la regó con el rocío celestial de su doctrina, todo lo inutiliza, lo seca todo, y hace morir en ella aquellos frutos de vida y de salvacion que hubiera producido bajo las benignas influencias del divino sol de justicia. ¿Por qué entre tantos pueblos como al advenimiento de Jesucristo al mundo fueron llamados al conocimiento de la verdad y á la participacion de los dones inestimables de su doctrina se han visto los unos volver á caer en las tinieblas de la ignorancia de donde les sacára el cristianismo, los otros lanzarse de nuevo en los errores de la idolatría que la palabra civilizadora del Evangelio disipára del horizonte intelectual, muchos corromper y adulterar las creencias y las tradiciones católicas sustituyéndolas las mas monstruosas aberraciones del entendimiento humano, y no pocos convertirse en enemigos declarados de aquel gran principio que les trajera junto con los primeros elementos de vida religiosa y social los primeros gérmenes de progreso y civilizacion? ¡Ah! La ingratitud fué á no dudarlo la que produjo tan lamentables resultados. Y esto que á primera vista parece una paradoja, no es sino una verdad harto triste, pero no menos evidente por mas que se quiera negar con estudiados sofismas.

Todos los pueblos, en efecto, esperaban la venida del Reparador del linaje humano, todas las naciones tenian puestos sus ojos en el Oriente, único polo de esperanza adonde se dirigian sus continuos suspiros y sus incesantes votos. La humanidad entera cubierta de la asquerosa lepra del error, y envuelta en la mas profunda degradacion, persuadida de que un personaje santo y divino debia aparecer en el mundo para reformarlo todo y dar una nueva direccion á las ideas, á las costumbres, á las leyes, para operar en una palabra un

cambio radical, una revolucion feliz en todo el universo, venia gritando á través de los siglos como los leprosos de nuestro Evangelio: «Jesus, Maestro, apiádate de nosotros.» *Jesu præceptor, miserere nostri.* Y todas las figuras bíblicas, y los vaticinios proféticos, y los mitos paganos, ¿qué otra cosa eran sino el eco de ese grito que se prolongaba por todos los ámbitos del globo, porque donde quiera reinaba esa unánime persuasion de que solo un hombre venido del cielo era capaz de curar la dolencia universal que aquejaba al mundo moral, y cuyos efectos se hacian sentir aun en el mundo físico? Sí, la idea mesiánica, como ya en otra ocasion he manifestado, hallábase encarnada en el corazon de todos los pueblos, habiase comunicado á todos los hombres como un pensamiento de esperanza y de gloria. De ella hablaban todas las teogonías, mencionábase en todos los monumentos tradicionales, léase escrita en los geroglíficos egipcios y caldeos, y hasta los oráculos Sibilinos y las ficciones de los poetas espresaban de mil maneras esa creencia instintiva, tan extraordinaria en su universalidad, en su progreso, en su perseverancia y precision. Corrian los siglos, y cuanto mas se acercaba el tiempo marcado á la realizacion de ese gran fenómeno, mas crecia el deseo de la humanidad, mas fuertes eran sus suspiros, y con mas insistencia anhelaba ver al deseado de las naciones, gritando tras él: *Jesu præceptor, miserere nostri.* Y vino al fin Jesucristo, y volviendo sus ojos hácia atrás vió un mundo envilecido, degradado, herido en su inteligencia y en su corazon de una llaga asquerosa y repugnante; vió unos pueblos cubiertos de una contagiosa lepra, y por consiguiente sin unidad religiosa, sin lazos sociales, sin vida moral, arrojados por el egoismo en el mas triste aislamiento, y el orgullo reinando en las clases poderosas, y la altivez personificada en los sábios, y la esclavitud encadenando al pueblo y haciéndole victima de todos los insultos y de todos los caprichos de la tiranía, sin derechos, sin esperanzas ni porvenir, y la legislacion sancionando las mas monstruosas injusticias, y el culto autorizando los vicios mas asquerosos y las pasiones mas repugnantes, y la sociedad entera desquiciada en sus cimientos, sin una base sólida, y amenazando la mas completa ruina. Todo esto vió Jesucristo, y apiadado

de un estado tan triste y anómalo, no tardó en preparar el oportuno remedio á tan grave mal. De las orillas de los lagos y de las riberas del mar de Galilea llama á sí los hombres que debian servir de cimiento á la nueva sociedad que venia á fundar en la tierra. Aleccionales en su escuela; enséñales su doctrina; infúndeles su divino espíritu; enviales á predicar por todo el mundo su Evangelio; establece una gerarquía sacerdotal, una Iglesia docente, á la que juntamente con su poder, la comunica su divina infalibilidad: y entonces volviéndose á los pueblos enfermos con la lepra espiritual del error, les dice: «Id y presentaos á los sacerdotes.» *Ite, ostendite vos sacerdotibus.* Que fué decirles: «Ahí teneis mi Iglesia: ella es la que, como en la ley antigua la tribu de Leví, tiene la mision de declarar curados de esa dolencia á los que desean entrar en el seno de la unidad, y levantarles el entredicho en que les colocó el error, franqueándoles desde luego las puertas del reino de Dios, y admitiéndoles á la sociedad religiosa, base y fundamento de la existencia civil y social de los pueblos:» *Ite, ostendite vos sacerdotibus.* ¡Y cuán grave y terrible es la sancion de este precepto! El que escucha á la Iglesia escucha á su augusto fundador; el que menosprecia sus enseñanzas, menosprecia al mismo Jesucristo (1): y el que se resiste á inclinarse bajo el suave yugo de su autoridad, es declarado como un miembro podrido indigno de pertenecer á ese cuerpo místico, y como tal lanzado entre los infieles en castigo de su obstinacion (2).

¡Cuán fecundos no fueron los resultados de esa palabra salvadora! Viéronse en efecto correr las naciones en masa, precipitarse unas tras otras las sociedades, y apiñarse los pueblos en derredor del centro de la unidad católica, limpios ya de la asquerosa lepra de los errores que venian inficionando su existencia, para oír de los lábios del sacerdocio y aprender de la boca misma de la Iglesia las enseñanzas infalibles del Evangelio que debian consumir su curacion, y perfeccionar su vida moral. La verdad se propagó admirablemente

(1) Qui vos audit, me audit: et qui vos spernit, me spernit. (Luc. X. 16.)

(2) Si Ecclesiam non audierit, sit tibi sicut Ethnicus et publicanus. (Matth. XVIII. 17.)

por todo el mundo: y la sangre de millares de mártires que inundara el vasto imperio romano, lejos de ahogar aquella semilla altamente civilizadora, no sirvió sino para fecundizarla mas, haciendo brotar nuevos gérmenes de fé, y elementos cada vez mas poderosos de cristiano progreso. ¡Y ojalá ese impulso tan espontáneo, ese movimiento tan universal hácia la verdad católica hubiese sido mas perseverante, y no hubiese sido contenido por la mano helada de la ingratitud! Pero desgraciadamente sucedió todo lo contrario. De los innumerables leprosos curados por el cristianismo, de tantos pueblos como con el mayor entusiasmo aceptaron el gran principio civilizador y entraron en la unidad católica, ¿cuántos son los que han permanecido fieles á su vocacion? ¿Cuántos los que han perseverado constantes en sus creencias? ¿Cuántos los que han dado gloria á su benéfico Salvador mostrándose reconocidos al inestimable don de la fé que de él recibieran? ¡Ah! ¡Cuán tristes páginas nos ofrece en este punto la historia de todos los siglos! Apenas se contará una nacion de las muchas que en un principio recibieron la luz del Evangelio, que no haya dejado apagar por su ingratitud esa misteriosa antorcha, despues de haber clamado con la mayor insistencia en pos de Jesus y pedídole la salud que reclamaba su situacion angustiosa. Raros son los pueblos que han sabido conservar el rico depósito de la doctrina católica que sacudió de ellos, digámoslo así, las escamas de sus inveterados errores, ó que no han adulterado monstruosamente los inalterables principios del dogma y de la tradicion. El viento abrasador de la ingratitud sopló sobre ellos, y secáronse los fecundos gérmenes que la palabra salvadora sembrára en una tierra que bien cultivada hubiera dado frutos centuplicados. ¿Qué es de aquella Asia tan feryorosa un dia, tan llena de fé, y en cuyo fecundo suelo florecieron en otro tiempo tantas virtudes y brotaron tantos prodigios? ¿Qué es del Africa cuna de tantos hombres ilustres por su ciencia no menos que por su celo en sostener los dogmas católicos, y tierra santificada con la sangre de tantos héroes que dieron sus vidas en defensa de las verdaderas creencias? ¿Qué es de la Europa baluarte en tiempos antiguos de la unidad religiosa, contra el que vinieron á estrellarse todos los errores, todos los sistemas, y

las pasiones todas que el infierno puso en movimiento para destruir la Iglesia de Jesucristo? ¡Ah! Cuando uno recorre todos esos países alumbrado por la luminosa claridad de la historia, y contempla el cambio que han sufrido y la prodigiosa transformación religioso-social verificada en ellos, no puede menos de experimentar un hondo sentimiento de disgusto y de tristeza. Allí vemos Alejandría, Constantinopla, Efeso, Calcedonia, Nicea y otras poblaciones que con tanto entusiasmo defendieron en los pasados siglos los dogmas fundamentales del cristianismo, y levantaron su voz enérgica, y lanzaron un grito unánime de reprobación y anatema contra el genio de la herejía que pretendiera audaz introducirse en el santuario y destruir los más augustos monumentos de la antigua fé, envueltas hoy en las tinieblas del error, sepultadas en la oscura noche de la ignorancia, víctimas del despotismo musulmán, y condenadas á arrastrar una vida miserable sin poder levantarse á la altura de la moderna civilización y de las luces del siglo. Aquí contemplamos las informes ruinas de la antigua Cartago, los escombros de la célebre Hipona, y los mutilados restos de otros cien pueblos en los que la religión hiciera reinar un día juntamente con las bellezas de las más heróicas virtudes los más preciosos monumentos del genio, las más vastas concepciones de la inteligencia, la cultura y el buen gusto literario, ahora empero reducidos á una vergonzosa esclavitud, dominados por la barbarie, y pesando sobre ellos el alfange de los descendientes de Ismael y los delirios del falso profeta. Y esa Inglaterra denominada antes Isla de los Santos por su adhesión inviolable á los verdaderos principios del catolicismo, ¿cómo es que ha venido á ser el foco de la reforma protestante y el arsenal en donde se preparan todos los proyectiles que á través de tres siglos viene lanzando contra el centro de la unidad el genio funesto de la escisión religiosa? Y esa Francia hija primogénita de la Iglesia, que desde Clodoveo venia dando al mundo el ejemplo de una fé tan ardiente, y que cuenta en sus anales tantos nombres ilustres en todos los ramos del saber humano, ¿cómo es que después de haber sido á través de tantos siglos el pueblo más católico del universo, el más fecundo en apologistas y defensores de la verdad, se hizo no mucho tiempo há

el mas incrédulo, el mas altamente filósofo en la acepcion que el pasado siglo dió á este término, el mas decidido enemigo de las tradiciones cristianas, el mas cínico menospreciador del culto, el mas ateo, el mas inmoral, el mas furibundo y anárquico, cuya funesta lepra comunicó á todas las demás naciones con el ascendiente que á sus doctrinas antisociales diera su ventajosa posición que le colocó al frente del movimiento intelectual de toda la Europa? Y esa Alemania tan inviolablemente adicta á las prescripciones del Evangelio como sábia y profundamente pensadora, en donde brillaron en dias mas felices los grandes hombres al lado de las grandes cosas, hasta que apareció en su seno el génio de la apostasia armado de la hacha que debia dar por el pié al antiguo edificio de la fé y de la tradicion, ¿cómo es que tan obstinadamente ha perseverado en los errores á que la arrastró el monge orgulloso de Landsfel, y hoy que ya se reconoce impotente para sostener unas doctrinas desacreditadas por la acción del tiempo, se refugia por decirlo así en la abstracta region de los mitos para despojar á Jesucristo de su vida histórica y arrancar del catolicismo sus mas sólidos cimientos?

Sin necesidad de prolongar mas este exámen que seria interminable, nos hallamos en el caso de preguntar como Jesucristo en el presente Evangelio: *¿Nonne decem mundati sunt? ¿Et novem ubi sunt?* De tantos pueblos como fueron limpios de la lepra espiritual del error al aparecer en la tierra el médico soberano, ¿dónde están los que faltan? ¿En qué consiste que la mayor parte de ellos han dejado de figurar en los anales del catolicismo? ¿Qué funesto principio les ha hecho volver á su primitiva lepra, y arrojádoslos de nuevo en el abismo de donde les estrajera la benéfica diestra de un Dios salvador, cuando corriendo tras él gritaban: «Señor, Maestro, apiádate de nosotros»? Si examinamos atentamente este cambio fenomenal, no puede menos de sorprendernos ese desmembramiento tan prodigioso de tantas naciones que habiendo ostentado un dia su robustez y lozanía como ramas del árbol magestuoso del catolicismo, véense hoy desgajadas de su divino tronco y arrojadas por el suelo sin germen vital porque no participan de su sábia fecunda, segun el pensamiento de San Agustin. Ellas figuraban como piedras pre-

ciosas en el gigantesco edificio de la unidad religiosa, y al presente arrancadas de él por una mano enemiga y diseminadas aquí y allí, solo sirven para demostrar á las generaciones que se suceden en el transcurso de los siglos los tristes efectos de la ingratitud humana á las bondades de Dios, como un monumento eterno del porvenir que deben esperar los hombres y los pueblos que olvidan la mano bienhechora que les sacó de las tinieblas del error; semejantes á esas vetustas ruínas que indican al viajero la existencia de una poblacion antigua de que solo ha quedado un oscuro recuerdo en la historia. Porque la ingratitud es, y no nos cansaremos de repetirlo, el gérmen funestísimo que inficionando el entendimiento y corrompiendo el corazón, destruye todos los vínculos religiosos y sociales, separa á los hombres y á los pueblos de su verdadero origen, y les priva de todo principio vital. Si esas naciones de que hemos hecho mérito hubiesen perseverado agradecidas al don inestimable de su vocacion al catolicismo; si como el pobre Samaritano del Evangelio hubiesen dado á Jesucristo que las curára un testimonio visible de su reconocimiento, adhiriéndose irrevocablemente á su doctrina, observando con fidelidad sus enseñanzas, rechazando enérgicamente toda influencia estraña, todo principio erróneo que conspirase á separarlas del centro de la unidad, no hay duda que á la manera de aquel extranjero único entre los diez leprosos que se manifestó agradecido al Salvador, hubieran oido de sus lábios aquellas sublimes palabras: «Levántate, marcha, que tu fé te ha salvado:» *Surge, vade, quia fides tua te salvum fecit.* Y fortalecidas de este modo con la palabra divina, y auxiliadas con la proteccion del cielo, hubieran marchado por las sendas de la salvacion, y no les hubiera sido quitado el reino de Dios para dárselo á otras que produjesen mejores frutos, según el oráculo divino (1); y no las hubiera cegado el Señor en castigo de su infidelidad, ni hubiera embotado sus oidos para que no viesen la luz de la verdad ni oyesen su doctrina (2), ni la antorcha refulgente de la fé hubiera sido trasladada á otras regiones

(1) Auferetur á vobis regnum Dei, et dabitur genti facienti fructus ejus. (Matth. XXI. 43.)

(2) Excæca cor populi hujus, et aures ejus aggrava, et opulos ejus

mas dignas de percibir sus resplandores (1). Pero desgraciadamente envanecidas por un insensato orgullo, desconocieron el único principio de su felicidad, deslumbráronse las unas por el engañoso fulgor de unas doctrinas nuevas y peregrinas, dejáronse fascinar las otras por una quimérica idea de independencia y libertad mal entendidas, dieron éstas oídos á los gritos sediciosos de una razón que quiso emanciparse del yugo de la fé y arrojar la llamada tiranía de la iglesia Romana, enamoráronse perdidamente aquellas de las bellas teorías de una filosofía hueca y altisonante que prometía á la humanidad goces y bienandanza sin fin; y todas cual mas cual menos, olvidándose ingratas de que sola la religion que las habia curado de la lepra del error, era la que podia conservar su existencia religiosa y social mediante las enseñanzas de la Iglesia, perdiéronse en el laberinto de unos sistemas absurdos, estraviáronse en los caminos de un progreso indefinido, cayeron en el hondo abismo de la incredulidad arrastradas por unos principios deletéreos que causaron la muerte de sus inteligencias, proclamaron el panteísmo, el racionalismo, el escepticismo y cuantas aberraciones y delirios pudo inventar la imaginacion humana en los siglos de ignorancia y de error, viniendo á recaer por último en su primitiva lepra, y á verse envueltas de nuevo en los mismos males y en las mismas extravagancias de que las libertára un dia la influencia del catolicismo.

¡Justisima permission del cielo que de este modo perpetúa en el mundo el castigo de los hombres y de los pueblos que le abandonan ingratos, proporcionando así á las generaciones venideras una leccion viva y eficaz para que aprendan á no abusar de unos dones que les pueden ser arrebatados por la misma mano que se los concediera, y á permanecer fieles en su vocacion. Y ¡ay de los que desentendiéndose de esas enseñanzas prácticas, y cerrando sus ojos á la historia, provocaren contra sí la venganza celestial! Ella caerá con todo su peso sobre sus cabezas, y no como en Sodoma y Gomorra y en las antiguas ciudades nefandas reduciendo á cenizas sus casas y

claude, ne forte videat oculis suis, et auribus suis audiat, et convertatur et sanem eum. (Isaïæ VI. 10.)

(1) Apoc. II. 8.

monumentos artísticos, sino despojándoles de sus creencias, arrancándoles sus tradiciones; desposeyéndoles de sus dogmas, sembrando tinieblas en su inteligencia y abandonando sus corazones á la corrupcion, privándoles en una palabra del único elemento de vida en el orden religioso y social, y permitiendo que para escarmiento de otros tornen á verse separados por la lepra espiritual del resto de los pueblos fieles, sin comunicacion con ellos, sin lazos comunes, sin centro de unidad, y por consecuencia muertos moralmente: que tales son los resultados que acarrea el olvido de los beneficios de Dios, y especialmente el de la vocacion al catolicismo, como os acabo de manifestar con pruebas de hecho y con recuerdos históricos de la mayor valia en este discurso.

Si pues queremos evitar tamaño castigo, sepamos apreciar dignamente ese testimonio que el Señor nos ha dado de su amor, llamándonos al seno de una religion que es la única verdadera, la única divina, la única que puede salvarnos, la única en fin capaz de hacernos felices en este mundo y en el otro. Ya que por un efecto de su infinita misericordia fuimos curados de la lepra del error, y llamados al centro de la unidad, cuando sin hacernos la menor injusticia hubiera podido dejarnos en el seno de las tinieblas del paganismo como á otros tantos pueblos; ya que apiadado de nuestra situacion nos franqueó las puertas de su Iglesia para que pudiésemos participar de sus dones inestimables, no seamos ingratos á tanta bondad, no imitemos la conducta de los nueve leprosos de nuestro Evangelio; mostrémonos reconocidos como el décimo, bendigamos la mano bienhechora que nos sanó, y permanezcamos fieles y obedientes á la voz del que habla á nombre de Jesucristo por medio de los pastores que ha constituido para velar por su rebaño. De este modo nos haremos acreedores á que el Señor, en vista de nuestra justa correspondencia, nos diga como al feliz leproso de que poco há os hablaba: «Tu fé te ha salvado.» *«Fides tua te salvum fecit.»* Y salvados efectivamente por ella, conseguiremos la dicha temporal que anhelamos, porque ella nos proporcionará todos los elementos de bienestar que podemos apetecer en la tierra, y podremos esperar mas allá del tiempo la corona inmortal de la gloria.

DISCURSO

PARA LA DÓMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

SOLA LA RELIGION CATÓLICA REUNE LAS VERDADERAS CONDICIONES DE FELICIDAD QUE INÚTILMENTE SE BUSCAN EN LOS BIENES DE LA TIERRA Y EN LOS OBJETOS ESTERIORES QUE NOS RODEAN.

Querite primum regnum Dei et justitiam ejus, et hæc omnia adjicientur vobis.

Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todas las demás cosas se os darán por añadidura.

MATTH. VI. 33.

FELICIDAD! Hé aquí la palabra que mas fascina nuestro corazon; hé aquí el objeto preferente de nuestros deseos, el principio y el término de nuestras acciones, el punto culminante hácia donde se encaminan todos los esfuerzos de nuestra inteligencia y de nuestra razon, y el centro á donde por un impulso irresistible tienden todas las criaturas. Los filósofos no han escrito sino para enseñarnos el medio de adquirirla; los hombres no se han reunido en sociedad sino para procurarse su posesion; las ciencias y las artes no se han inventado mas que para perfeccionarla; y todos los estados y todas las condiciones no son mas que otros tantos caminos para llegar á ella. Grandes y pequeños, ricos y pobres, monarcas y súbditos, jóvenes y ancianos, todos se agitan por conseguirla; pasiones y talentos, vicios y virtudes, placeres y trabajos, todo se pone en movimiento; y desde los pueblos más civilizados hasta el salvaje que vive

en el fondo de los bosques, desde el trono del monarca hasta la choza del aldeano, no hay ser que no aspire á ser feliz en este mundo.

Desgraciadamente esa felicidad se busca donde no existe, fuera de su legítimo centro: y de aquí tantas decepciones, tan amargos desengaños como diariamente vemos entre los hombres que se afanan por correr tras ese bello ideal que se les escapa de entre las manos en el momento que sueñan poseerle. ¿Y por qué? Porque empeñados en hallar en los bienes materiales de la tierra los verdaderos elementos del bienestar y dicha que anhelan, ó bien prescindan completamente de los principios de la religion católica, ó intentan maridarlos con las máximas del siglo, su eterno antagonista: lo cual es absolutamente imposible, como se espresa en términos bien claros Jesucristo en el Evangelio de este dia.

«Ninguno (dice) puede servir á dos señores: porque ó tendrá aversion al uno y amor al otro; ó si se sujeta al primero habrá de mirar con desden al segundo. No podeis servir á Dios y á las riquezas. Por lo tanto os digo: no os acongojeis por el cuidado de hallar qué comer para sustentar vuestra vida, ó de dónde sacaréis vestidos para cubrir vuestro cuerpo..... Mirad las aves del cielo cómo no siembran, ni siegan, ni tienen graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿Pues no valeis vosotros mucho mas sin comparacion que ellas?..... Contemplad los lirios del campo, cómo crecen, sin labrar ni hilar. Y ni Salomon en medio de toda su gloria se vistió como uno de ellos..... Así que, buscad primero el reino de Dios y su justicia: y todo lo demás se os dará como añadidura.»

Dos consecuencias se desprenden desde luego de las palabras de Jesucristo; á saber, que el mundo y todos sus bienes son insuficientes para labrar la dicha del hombre en esta vida, y que solo en la religion y en sus sublimes principios es posible hallar las verdaderas condiciones de la felicidad. Y ved justamente lo que yo me propongo demostraros haciéndoos ver que no solamente es indispensable la religion católica para conseguir este objeto, sino que sin ella y fuera de sus enseñanzas no hay bienandanza posible para el hombre en la tierra. Si la busca en los objetos que le rodean jamás,

encontrará en ellos las cualidades necesarias para llenar esa aspiración incesante de su corazón: si la busca dentro de sí mismo, halla en su propio fondo el más poderoso enemigo de su bienestar. Forzoso le es pues, encontrar por una parte un medio capaz de suplir el vacío que los bienes materiales dejan en su alma criada para un fin inmortal, y por otra remover todos los obstáculos que dentro de sí luchan contra su bienestar. Y ¿á dónde acudirá en busca de la resolución de ese problema que la razón trabaja incansable por explicar pero en vano, y que la filosofía se vanagloria de poseer, sin haberle jamás realizado? ¡Ah! No lo busqueis fuera de la religión católica, ella sola es dueña del secreto: ella únicamente puede resolver ese gran problema: puesto que no solamente encierra en sus divinas máximas las verdaderas condiciones de felicidad de que carecen todos los objetos y bienes del mundo, sino que también halla en ella el hombre los elementos suficientes para triunfar de todos los obstáculos que dentro de sí mismo se oponen á su felicidad. Pero como quiera que el asunto exige ser tratado con detenimiento, le dividiremos en dos discursos, limitándonos en el presente á demostrar «que siendo los bienes materiales incapaces de crear la dicha del hombre en la tierra, solo en los principios del catolicismo se encuentran las verdaderas condiciones de felicidad que inútilmente se buscan en aquellos.» *Querite ergo primum regnum Dei, et justitiam ejus.* Saludemos ante todo á la Virgen de vírgenes, dirigiéndola las palabras angélicas.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

— Cuatro condiciones indispensables debe reunir la felicidad para que pueda llenar nuestros deseos, y satisfacer nuestras esperanzas: á saber, que su adquisición dependa de nosotros mismos; que se acomode á todos los tiempos y á las diversas circunstancias de la

vida; que sea proporcionada á la inmensa capacidad de nuestro corazón; y que tenga un carácter permanente, por manera que ni se gaste con el uso ni su posesion nos cause hastio ó disgusto. Ahora bien, sola la religion católica puede llenar estas condiciones que inútilmente aspiraríamos á encontrar en todos los bienes del mundo.

Y desde luego, el hombre necesita una felicidad cuya adquisicion dependa de sí mismo: y bajo este concepto se nos manifiesta desde luego la superioridad de los principios católicos sobre todas las enseñanzas de la sabiduria mundanal del siglo. «Nada mas digno de lástima, decia San Agustin, que el ver la multitud de medios inventados por los filósofos paganos para hacer al hombre dichoso, y los diversos modos de definir la felicidad. En vano, les decia este santo doctor hablando de Sócrates, Platon y los demás oráculos de la antigüedad, en vano me invitais á venir á vuestras escuelas á aprender á ser feliz. Yo abro vuestros escritos, y nada encuentro en ellos sino máximas llenas de arrogancia filosófica, y por do quiera no veo mas que una felicidad que no se ha hecho para mí ni puede convenir sino á ciertas y determinadas personas. Uno me dice que la felicidad consiste en el retiro y en la separacion del trato humano, y á mí me disgusta y me espanta la soledad. Otro la constituye en la investigacion y contemplacion de la verdad, y á mí la meditacion profunda me cansa y debilita. Este pretende que no se puede ser feliz mas que en el estudio de las ciencias, y yo no encuentro en ello mas que tormento é incertidumbres. Aquel cree haber hecho un gran descubrimiento enseñando que la verdadera dicha del hombre está en la ausencia de todo mal, y yo me veo agoviado bajo el peso de mil dolencias y enfermedades. Todos, en fin, me anuncian en un tono enfático y misterioso que la desgracia es una necesidad que alcanza aun á los mismos dioses, y que sin ella no existiria la armonía del universo y se trastornarian los planes de la Providencia. ¡Oh desesperacion, oh vanidad de la sabiduria humana!» ¿Qué seria de nosotros si el Salvador no hubiera venido á mostrarnos otro camino para llegar á la felicidad? La bienandanza filosófica escluye casi á todos los hombres, mas por el contrario, yo abro el Evangelio, y escucho una voz encantadora que me dice sencillamente: «Bienaventurados

los pacíficos, bienaventurados los limpios de corazón, bienaventurados los que padecen, porque ellos serán consolados; bienaventurados los humildes, los que tienen hambre y sed de justicia, los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos.» Hé aquí un género de felicidad que á nadie escluye, ni al rico ni al pobre, ni al sábio ni al ignorante, ni aun al que gime en la tribulacion y en el infortunio; una felicidad que está por decirlo así, en nuestras propias manos, no solamente porque el Dios que predica estas virtudes es el mismo que las dá y las inspira, sino por cuanto no hay hombre que no pueda llegar á ser justo y virtuoso, dos fuentes de verdadera felicidad cuyo camino nos ha trazado el cristianismo, facilitándonos á la vez los medios de conseguirla.

— Ahora bien, lo dicho respecto de la sabiduría mundanal podemos aplicarlo con mucha mas razon á todos los demás bienes humanos. ¿Qué nos importará en efecto que el mundo desarrolle ante nuestros ojos la escena deslumbradora de sus pompas y grandezas, de sus monumentos y edificios, si todos esos bienes no se han hecho para nosotros, si en nuestra condicion social nos es imposible llegar á poseerlos? Y aun cuando lo pudiéramos, ¿bastarian á hacernos felices unos objetos que llevan consigo el desasosiego y la inquietud del alma? No, en vano pretenderia el mundo fascinar nuestra imaginacion mostrándonos el fastuoso aparato de una felicidad quimérica que carece de la primera condicion que debe tener, pues sobre que su posesion no depende de nosotros, sino que mas bien nosotros dependemos de ella, es además imposible el llegar á adquirirla ó muy difícil el gozarla. La ciencia de ser feliz en el mundo es indudablemente la que mas cuesta y la que mas engaña.

— No así la religion: menos fastuosa en sus promesas y mas sólida en sus principios, nos muestra una felicidad sencilla y fácil, al alcance de todas las clases y condiciones humanas. El mundo dice: «Dichosos los que poseen riquezas;» y en esta sola espresion escluye á casi todo el género humano de la felicidad. La religion dice: «Bienaventurados los que menosprecian los bienes terrenales;» y bajo este concepto todos los desgraciados dejan de serlo, y los mas lejanos de la prosperidad mundana son los mas cercanos á la felici-

dad cristiana. El mundo dice: «Dichosos los que gozan y rien;» y este solo principio cierra la entrada de la felicidad á todos los hombres, puesto que la mayor parte de la vida la pasan en el llanto y en el padecer. La religion dice: «Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados;» y esta sublime máxima enjuga todas las lágrimas, y constituye el consuelo en el seno mismo de la adversidad. El mundo dice: «Dichosos los que son aplaudidos y brillan bajo los estandartes de la gloria y de la vanidad;» y ved en esta proposicion declarada la felicidad patrimonio del crimen, y reservada únicamente á ciertos malvados ilustres que figuran en el gran teatro de la política ó de la ambicion. La religion nos dice: «Bienaventurados los que prefieren vencerse á sí mismos mejor que á los demás, y constituye su gloria en dominar sus propias pasiones y vivir ignorado del mundo;» y ved aquí abierto á todos los corazones justos, y á cuantos merecen ser dichosos el camino de una felicidad, no solo sencilla y fácil por cuanto su adquisicion depende de nosotros, si que tambien conveniente á todos los tiempos y á todas las situaciones: segunda condicion que faltará siempre al hombre mas afortunado fuera del círculo del cristianismo, pero jamás al hombre cristiano y religioso.

En efecto, A. O., no puede darse cosa mas versátil y variable que la bienandanza que nos ofrecen las criaturas. Lo que conviene á un tiempo ó á una edad, no conviene á otra edad ó á otro tiempo diferentes; lo que en la infancia nos divierte, nos incomoda en la juventud; lo que creemos un bien en la adolescencia, no es ni puede ser sino un mal en la virilidad; y lo que formaria la dicha de un joven, llenaria de rubor á un anciano. Cada período de la vida no es para el hombre juicioso sino una amarga censura de lo pasado. El adolescente menosprecia al niño, el hombre formado menosprecia al adolescente, el filósofo menosprecia á ambos, y el cristiano menosprecia á todos tres. De este modo la felicidad se nos escapa incesantemente, ora porque no conviene á nuestra edad, ora porque no concuerda con nuestro estado, ya porque no se acomoda á las circunstancias en que nos hallamos, ya en fin porque no llega en ocasion oportuna en que nos sea dado gozarla. Siempre y donde

quiera diríase que no existe sino imaginariamente, sin dejarnos jamás de sí otra cosa mas que el pesar de haber pensado en ella. «¡Dichosa edad, esclama el tierno jóven, en que uno es dueño de sí mismo!»: y una vez llegado á ella, recuerda amargamente sus primeros años como los mas felices de su vida. «¡Dichosa medianía!» grita el rico fatigado bajo el peso de los cuidados y disgustos que le proporciona su fortuna; y el que no lo es, envidia los bienes y las riquezas. «¡Feliz estado el del matrimonio!» dice el célibe; y cuando llega á casarse se lamenta de haber perdido su libertad. «¡Por qué no seré yo tan feliz como mi amo!» repite sin cesar el criado que obedece; y el amo cree á sus servidores mas felices que él mismo. De suerte que toda la vida del hombre gira en un continuo círculo de deseos y pesares, de errorés y proyectos, quejándose de lo que se posee, echando de menos lo que se tuvo, envidiando lo que no se puede lograr, siempre corriendo tras la felicidad, y huyendo siempre de ella; semejantes segun el simil del Salvador, á una turba de niños que reunidos en la plaza pública, gritan con descompasadas voces: «Cantemos, dancemos, juguemos,» sin poder concertarse entre sí, ni convenir en la clase de diversion que han de tomar, echándose unos á otros la culpa del desórden, y dejando pasar el dia antes de haber empezado á divertirse (1). ¿Qué es pues la felicidad mundana bien alambicada sino un sueño penoso en que no se ven mas que fantasmas que giran incesantemente en torno nuestro, que se dejan coger un instante para huir despues para siempre, que se transmiten digámoslo así de mano en mano, de edad en edad, hasta que cansados de tantos errores y de tantos esfuerzos llega un momento en que desaparece el encanto de las ilusiones y nos deja admirados de ver que, segun la espresion del profeta, no hemos hecho mas que rodar en un torbellino de quimeras, y coger con nuestras manos un poco de viento (2)?

Y dado que hubiese alguna consistencia en los objetos de la felicidad mundana, y que pudiesen convenir á todos los estados y á

(1) Matth. XI, 16. 17.

(2) Osee. VIII, 7.

todas las situaciones, ¿convendrían acaso á todas las edades y á todos los tiempos de la vida? ¡Ah! Vosotros sabéis bien, A. O., que el hombre muere á los placeres mucho antes que concluyan sus fuerzas vitales. ¿Qué es la vida para el que ha vivido largos años? ¿Qué placeres puede hallar en el mundo y en la sociedad un anciano, cuando su entendimiento se debilita, cuando su memoria se entorpece, y diariamente experimenta la disminucion de alguna de sus facultades corpóreas ó intelectuales? ¿Qué influencia pueden tener todos los encantos y goces del mundo sobre el desgraciado que vé agotadas sus fuerzas por el padecimiento y sus sentidos marchitados por la edad? ¡Mundo impostor! Corona con rosas esa frente arrugada y esos cabellos encanecidos por los años; pon en esas manos descarnadas y temblorosas la copa risueña del placer; arroja flores y perfumes ante sus vacilantes pasos, procura reanimar sus órganos debilitados con sonidos armoniosos; y no conseguirás otra cosa mas que despertar en su alma pesares ó remordimientos.

La religion por el contrario igualmente propia para todos los periodos y para todas las épocas de la vida, apodérase del hombre en la cuna, y no le abandona en toda su carrera hasta el sepulcro. En la infancia, cuando el mundo no existe aun para nosotros, habla ya á nuestros sentidos, nos encanta con su culto y sus ceremonias, y mezclándose por decirlo así á los juegos y diversiones de nuestros tiernos años, parece advertirnos los derechos que tiene á nuestro corazón, y que á la manera que ella es nuestra primera ocupacion, debe ser asimismo nuestra primera felicidad. En la juventud, período tempestuoso en que las pasiones abren ante nuestros pasos mil abismos, ella vela por nuestra dicha, velando por nuestra inocencia y alejando de nosotros el veneno del placer; y con sus ausilios no solamente evita á esa edad peligrosa los riesgos que la amenazan, sino que consigue la única ventaja que puede hacer al hombre feliz en la tierra y que todos envidian en cierta edad, la de no tener que arrepentirse. En la ancianidad, época triste en que el mundo es una carga pesada, en que los placeres causan ya rubor, y las criaturas todas huyen del hombre, la religion nos consuela y sostiene, embellece el último crepúsculo de nuestra vida al declinar los

años, y derrama una luz pura y dulce sobre la tarde de este dia penoso que va á extinguirse. Bien así como esos vetustos templos cuya antigüedad les dá un carácter mas grave y majestuoso, el virtuoso anciano parece haber recibido una especie de consagracion que le atrae el respeto y la admiracion de todos; es un patriarca que ha venido á ser para el mundo objeto de una veneracion y de un culto públicos. Y aun cuando el mundo le menospreciase, no por eso seria menos dichoso; pues no teniendo nada que escite su pesar ni en los placeres de que la religion le preservó, ni en las criaturas de cuya pérdida le consoló su virtud, ni en la vida de cuya futilidad le ha desengañado la esperiencia, al aproximarse al término de sus dias, rodeado de una abundante cosecha de merecimientos, cual el labrador que al fin del estío ve colmados sus graneros de ricas mieses, solo espera el momento de ir á depositarlos en las trojes del gran padre de familias; y la muerte tan horrible para otros, no es para él mas que el momento decisivo que va á ponerle en plena posesion del fruto de sus trabajos.

Por último, no hay momento ni situacion de la vida que la religion no embellezca. En la prosperidad modera esa loca embriaguez que suele envenenarla; en la adversidad suaviza las penas haciéndolas meritorias, santifica los pesares y enjuga las lágrimas; en los placeres previene el exceso y el abuso, y los hace mas duraderos evitando que sean peligrosos. Ella nos hace amar los dolores y las enfermedades, trocando en bien lo que para nosotros parece un mal; ahuyenta el orgullo y la arrogancia que corrompen las grandezas humanas, y muestra los escollos en que frecuentemente vienen á estrellarse los dichosos del siglo; eleva la condicion mas oscura ennobleciéndola con el brillo de las virtudes, y de este modo hace que el simple hombre del pueblo sea mas honrado por su santidad que el hombre condecorado con los mas pomposos títulos. Así se verifica que cuando el mundo no puede proporcionar mas que una felicidad limitada á cierto número de personas, y á tiempos y épocas determinadas, la religion por el contrario ofrece una felicidad que se estiende á todos los tiempos y á todas las situaciones de la vida.

Mas no es esto bastante: el hombre necesita una felicidad propor-

cionada á sus deseos y á la infinita capacidad de su corazón; y esta tercera condicion solo puede llenarla la religion cristiana. Las criaturas todas son incapaces de satisfacer el inmenso vacío que encuentra en sí el corazón humano; así que todos los bienes terrenales, lejos de apagar su sed ardiente no hacen sino irritarla cada vez mas. ¿Qué opulento del siglo ha dicho jamás basta, y no ha tomado por pretesto de su insaciable codicia su numerosa familia, su rango ó su posicion social? ¿Qué ambicioso colmado de honores ha dicho: no quiero ya elevarme mas? ¿Qué voluptuoso saciado de placeres ha dicho: estoy satisfecho, no deseo ya mas gozes? ¿Qué avaro hay que no se crea indigente en medio de sus riquezas? ¡Ah! El mundo está lleno de falsos dichosos que, semejantes á esos hombres que echándola de valientes desmienten con su conducta sus jactanciosas palabras, no hablan mas que de satisfacciones cuando no poseen mas que deseos, de placeres en medio de las mas amargas penas, de libertad bajo el peso de las cadenas, y de paz rodeados por do quiera de zóobras y turbulencias. Es que el abismo del corazón humano exige un objeto infinito que pueda llenarle, y no necesita nada menos que del mismo soberano bien para satisfacer toda la estension de sus deseos y fijar su inconstante volubilidad. En vano se agitan los esclavos de la fortuna, en vano revuelven en su imaginacion nuevos proyectos y llevan sus quiméricas ilusiones hasta el último período del orgullo. ¡Insensatos! No bien llegados al apogeo de la elevacion, su alegría muere, y la mas profunda tristeza acibara y corrompe toda su magnificencia. Embriagados por la esperanza, la posesion les causa hastío, y en el colmo de la grandeza es donde conocen y experimentan su nada. Así es que, ¡cuántos reyes, cuántos emperadores despues de haber llenado el mundo de su fama, se les ha visto descender del trono y sepultarse en la soledad para buscar allí su felicidad en un completo olvido del mundo! ¡Cuántos voluptuosos se han visto cansados de sus placeres! ¡Cuántos ricos disgustados de sus riquezas! ¡Cuántas eminencias sociales gimiendo bajo el peso de los honores! ¡Cuántos héroes fatigados de su misma gloria! Hecho incontestable que prueba que todas las criaturas nada pueden contra el orden establecido por Dios, quien habiendo formado nues-

tro corazón para ser propiedad suya, no tolera que el hombre pueda hallar en los bienes terrenales una completa satisfacción y una tranquilidad perfecta.

¿Y qué es lo que hace en este caso la religión? Ciertamente que ella no puede evitar ese fondo de inquietud que donde quiera llevamos dentro de nosotros mismos, pues no conviene que el cristiano se olvide de que vive en una mansión de destierro, á fin de que siempre dirija sus miradas y aspiraciones hácia su verdadera patria, el cielo. Ella no nos proporciona una felicidad perfecta, pues como declaró espresamente Jesucristo á sus discípulos, solo cuando estemos con él en la gloria será cuando ya nada tengamos que pedirle: pero entre tanto el destino irrevocable del corazón humano será desear y sufrir. Lo que hace pues la religión, y lo que nada fuera de ella puede hacer, es tornar en provecho nuestro ese mismo vacío de nuestro corazón. No quita á las criaturas su esencial vanidad, pero nos la revela y muestra á nuestra vista para apartarnos de ella. No hace que las riquezas dejen de ser de suyo frágiles y perecederas: pero nos convence de su nulidad para que las despreciemos. No impide que nuestro corazón sea naturalmente ardiente y ambicioso, pero le propone un objeto infinito en el porvenir, y de este modo calma sus inquietudes. Por manera que la religión forma más dichosos con sus promesas, que el mundo con sus dones. Es un maná que toma todos los sabores, y reemplaza á todas las delicias de Egipto: en vez de que los bienes del mundo son como esas aguas amargas que pareciendo apagar por el momento la sed, no hacen sino dejar á los que las beben más ardorosos y sedientos.

Si me fuese permitido entrar aquí en comparaciones, yo os preguntaría, A. O., ¿quién os parece más feliz, Arsenio cortesano y favorito de un emperador, maestro de sus hijos, y ocupando uno de los más brillantes puestos de la corte, ó el mismo Arsenio solitario, penitente, ermitaño, satisfecho de su nuevo estado y prefiriendo la oscuridad de la vida monástica á toda la gloria de que se veía rodeado á los pies del trono? ¿Agustín corrompido y voluptuoso, ó Agustín convertido y hallando más placer en las lágrimas que vertía al pie de la cruz, que en las que antes derramara en los espectáculos

profanos y en el encanto de sus pasiones? ¿Bernardo retirado del mundo y siendo las delicias del desierto, ó los pontífices y príncipes que venian á visitarle en los bosques del Claraval, á admirar su virtud, á echarse á sus pies, y consultarle en sus árduos negocios, reconociendo y confesando que la Cruz de Jesucristo formaba mas dichosos que la tiara y la diadema, y que habia una grandeza mas positiva y una felicidad mas estable bajo el cilicio de un monje que bajo la púrpura de los reyes? Mas no es necesario llevar adelante este paralelo: la cuestion está ya prejuzgada por el mundo mismo, y es una verdad harto evidenciada por la esperiencia, que los bienes terrenales dejan siempre en el corazon humano un horroroso vacío y una agitacion incesante, y que sola la religion le llena y le tranquiliza.

Finalmente, el hombre necesita una felicidad permanente, que no se gaste con el tiempo ni cause disgusto ó hastío. Y esta última condicion, ¿puede acaso llenarla el mundo? ¡Ah! ¿qué otro es el lenguaje incesante de los hijos del siglo, sino el de los pecadores de que nos habla el libro de la sabiduría? *Lassati sumus...* ¿quid nobis profuit? Cansados estamos de gozar, ¿y de qué nos ha aprovechado todo? Sí: todo cansa en este mundo. El que ayer encontraba su dicha en los excesos del lujo y de la vanidad, mira hoy como un tormento el tener que sujetarse á las leyes de la moda y del buen tono: *Lassati sumus*. El que antes no conocia otros goces mas conformes á su génio que los del juego y la mesa, ahora no encuentra en ambas cosas sino saciedad y disgusto: *Lassati sumus*. El que en cierta época de su vida hallaba su encanto y su delicia en los teatros, en otra no muy lejana se ruboriza de gastar el tiempo en una ocupacion tan pueril y poco provechosa: *Lassati sumus*. Lo mismo observareis discurriendo por todas las clases de placeres en que los mundanos constituyen su dicha: do quiera oireis esa misma confesion arrancada por el convencimiento, porque todo en el mundo se gasta con el hábito y no hay felicidad que no desaparezca ante la accion irresistible del tiempo. Todo en él degenera y sufre alteracion: y cuanto mayor es el abuso que se ha hecho de sus bienes, tanto mayor es el cansancio que dejan en el que se entregó á ellos

con esceso. En el seno mismo de la opulencia, los hombres se consumen en deseos y esperanzas, y despechados de no poder hallar un objeto con que llenar su insaciable codicia, acusan á la naturaleza de impotente ó de cruel, quejándose al cielo de la grandeza misma de sus propios destinos, se irritan contra Dios por haberles dado un corazon incapaz de amar pacíficamente ningun otro objeto fuera de él, y abrigando unos deseos tan deshonorosos como degradantes á la razon humana, llegan á envidiar la condicion de los irracionales, y sus brutales instintos!

Y aquí es donde la religion nos ofrece un contraste bien notable y un espectáculo de sumo interés. Ella nos muestra á sus hijos y discípulos tan firmes y constantes en la carrera de la virtud, como inconstantes y agitados se muestran los mundanos en la de sus placeres. Ella nos presenta multitud de solitarios y anacoretas octogenarios y centenarios que han encanecido en las austeridades de la penitencia, sin haber experimentado la menor aspiracion hácia el siglo. Y en el seno mismo del mundo, ¿no nos ofrece un sin número de almas fervorosas, de fieles cristianos que pasan toda su vida en los ejercicios de la piedad y de la religion, sin echar jamás de menos las fiestas espléndidas de Babilonia, y constituyendo toda su felicidad en Jesucristo, lejos de disgustarse de su servicio, encuentran cada dia en él una satisfaccion nueva y nuevos consuelos? Tan cierto es que la religion viene á ser para el alma fiel todos los bienes y placeres del mundo, en vez de que el mundo no puede reemplazar en el hombre la ausencia de la religion! ¿Y en qué consiste esto? ¡Ah! En que Dios que tiene el privilegio esclusivo de ser una belleza siempre antigua y siempre nueva, es el único que puede satisfacer incesantemente el corazon sin saciarle nunca, preservándole asi del disgusto y de la inconstancia, corrigiendo ó descartando lo que en el placer hay de desordenado para que su uso no nos sea funesto ó desagradable. En efecto, si los placeres nos cansan por su continuidad, la religion previene este desorden no permitiéndonos que nos entreguemos á ellos como á una ocupacion, sino únicamente como á un descanso. Si nos cansan por su multiplicidad que llega á hacernos insensibles á sus goces, la religion evita este inconveniente.

niente no permitiéndonos su uso sino en cuanto es necesario, condenándolos tan luego como degeneran en molicie ó voluptuosidad. Si nos cansan por el exceso que los hace funestos y peligrosos, la religion opone desde luego una barrera á la impetuosidad de nuestras pasiones, para evitar que lo que debe ser un mero solaz, llegue con el tiempo á ser un crimen. ¡Tan sábia es la religion en sus máximas, tan previsora en sus enseñanzas, tan santa y tan sublime en los medios de conducir al hombre á sus grandiosos destinos!

Basta, M. A. O.; y concluyamos de todo lo dicho que entre todos los dones que el hombre ha recibido de Dios el primero y mas necesario es la religion, única capaz de hacernos felices por cuanto no solamente nos proporciona toda especie de bienes, sino que nos preserva ó libra de todos los males. Busquemos pues ante todo y con preferencia á todas las cosas de la tierra el reino de Dios y su justicia: *Querite primum regnum Dei et justitiam ejus*; busquemos la verdadera bienandanza que encierran los principios de esa religion salvadora, y con ella nos vendrán todos los demás bienes que el mundo es incapaz de facilitarnos y que en vano nos prometen todos los sistemas humanos: *Et hæc omnia adjicientur vobis*. En ella encontraremos las condiciones necesarias de bienestar y dicha que tiempo há viene buscando pero sin éxito el moderno racionalismo. No nos desanimemos á vista de las dificultades que presenta y de los sacrificios que exige. Salvemos con valor los desiertos y las montañas que nos separan de esa tierra de promision á que caminamos; un poco mas allá veremos sus fértiles campiñas, y continuando constantes en nuestra marcha, llegaremos á tomar posesion de ella, y nuestro gozo será completo, y eterna é imperturbable nuestra felicidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

SOLO EN LOS PRINCIPIOS DE LA RELIGION PUEDE HALLAR EL HOMBRE LOS ELEMENTOS NECESARIOS PARA REMOVER LOS OBSTÁCULOS QUE DENTRO DE SÍ MISMO LUCHAN CONTRA SU FELICIDAD.

Ecce defunctus efferebatur filius unicus matris suae; et haec vidua erat..... Quam cum vidisset Dominus, misericordia motus super eam, dixit: Noli flere.

Llevaban á enterrar un difunto, hijo único de una madre viuda... Y tan luego como la vió el Señor, movido á compasion, la dijo: No llores.

LUC. VII. 42, 43.

«COSA estraña! esclamaba no há mucho tiempo un profundo filósofo no menos que eminente político: la religion cristiana que solo parecia hacer la felicidad del hombre en la otra vida, es tambien la única capaz de proporcionarle la dicha á que puede aspirar en la vida presente.» Y en efecto, para los hombres reflexivos y juiciosos, para los que despojándose de toda pasion mezquina, y dejando á un lado las añejas prevenciones que inoculó en los espíritus la filosofia del último siglo estudian con calma é imparcialidad esa religion divina, es un hecho innegable que en ella se encuentran todas las condiciones de bienestar, que vanamente se buscarian fuera de sus sublimes principios. Este estudio que dejamos pendiente en el discurso anterior, vamos á completarle hoy, puesto que á ello nos convida el sagrado texto del Evangelio.

«Iba Jesus (dice) caminando hácia la ciudad de Naim, é iban con él sus discipulos y mucha gente. Al llegar cerca de la puerta de la ciudad, hé aquí que sacaban á enterrar un difunto, hijo único de una madre viuda, á quien acompañaban muchas personas de la poblacion. Asi que la vió el Señor, movido á compasion la dijo: No llores. Y acercóse, y tocó el féretro, diciendo: Mancebo, levántate, yo te lo mando. Y en el momento se incorporó el difunto, y comenzó á hablar. Y Jesus se lo entregó á su madre. Con esto quedaron todos penetrados de asombro, y glorificaban á Dios, diciendo: Un gran profeta ha aparecido entre nosotros, y Dios ha visitado á su pueblo.»

«Tan cierto es que lejos de hallar una felicidad estable y permanente en este mundo, todo cuanto nos rodea conspira á aumentar nuestras desgracias, y que en aquellos mismos objetos que parecian deber proporcionarnos mayores satisfacciones y goces mas cumplidos, encontramos á veces motivos de dolor mas profundo que torturan mas cruelmente nuestro corazon! Pero si esto es cierto como nos lo manifiestan las lágrimas de aquella desconsolada viuda de Naim, no lo es menos que en vano buscamos el solaz y alivio de nuestros reveses en las criaturas, aun en aquellas que parecen tomar parte en nuestra desgracia, y que por consiguiente no hay sino la religion que pueda neutralizar sus efectos, tocándonos con su mano benéfica como al hijo de aquella infeliz muger, inspirándonos consuelos positivos y verdaderas esperanzas. Mas no es esto solo lo que hace la religion: ella ataca directamente el principio de nuestros males, y los previene con sus divinas enseñanzas. Ya en el discurso anterior os manifesté que ella sola es la que encierra las condiciones necesarias de bienandanza que no pueden proporcionar todos los bienes del mundo. Mas como quiera que esta no puede ser completa interin tenga el hombre que luchar con los poderosos enemigos que encuentra en su interior para lograr tan grande objeto, cúpleme manifestaros hoy que «tambien en el catolicismo, y esclusivamente en sus sublimes principios puede hallar los elementos necesarios para remover los obstáculos que dentro de sí mismo se oponen á su felicidad.» Hé aquí el asunto de mi discurso: con lo que quedarán evi-

denciadas las dos verdades importantes que me propuse desenvolver. Acudamos á la intercesion de la Madre del Verbo dirigiéndola la salutacion angélica

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Innumerables son los obstáculos que el hombre encuentra dentro de sí propio para lograr la dicha que instintivamente apetece; pero ninguno hay que no halle en las máximas de la religion católica su correspondiente antídoto. Los elementos que esta proporciona para combatirlos son bastante poderosos para triunfar de ellos á pesar de la resistencia tenaz que las pasiones oponen al logro de este objeto. Si nuestra razon nos atormenta con dudas é incertidumbres, la religion la ilumina y cautiva. Si nuestra imaginacion nos fatiga con su fogosidad y sus caprichos, la religion fija su volubilidad y reprime sus impetuosos arranques. Si nuestro corazon nos turba con sus deseos y pasiones, la religion rectifica aquéllos y domina estas. Bastaríanos pues amarnos á nosotros mismos, para amar una religion que es á la vez la luz de nuestra razon, el freno de nuestra imaginacion, y la señora de nuestro corazon.

Y en primer lugar, ¿quién sino la religion católica puede ahuyentar las dudas y esclarecer las incertidumbres de nuestra razon? El deseo de saber se nos ha dado como un tormento, en frase de la Escritura. El primer hombre, aunque adornado de toda suerte de conocimientos, quiso llevar mas lejos su ciencia, y su razon orgullosa le hizo desgraciado á él y toda su posteridad por haber intentado salvar los limites que Dios habia fijado á su inteligencia. La audacia y el orgullo que heredamos de nuestro comun padre, han aumentado en colosales proporciones segun que nuestra razon ha ido perdiendo su energia y sus luces á consecuencia del pecado. Es un sér

destronado á quien no resta de su antigua grandeza mas que un recuerdo enojoso sin la menor esperanza de recobrarla. En este estado sola la religion católica puede devolver á nuestra razon una parte de su imperio, puesto que ella únicamente puede descubrirla las verdades que mas desea conocer y las que mas interesan á la felicidad del hombre. ¿Quién le ha colocado en este mundo? ¿Para qué está en él? ¿Cuál es su origen y su fin? ¿Qué es? ¿A dónde vá? ¿Tiene un alma? ¿Es esta inmortal? ¿Existe un Dios? ¿Cómo se le debe servir? Ved ahí unas cuestiones que se nos presentan á cada paso á pesar de nosotros mismos, y que exigen necesariamente una solucion. Y ved tambien el grande escollo contra el que ha venido á estrellarse la razon filosófica, y acerca de lo cual el entendimiento humano no ha sabido mas que engendrar dudas é inventar los mas vergonzosos absurdos. El mismo San Agustin mientras estuvo entregado á su propia razon, no hizo mas que andar errante de sistema en sistema, de escuela en escuela, hoy epicúreo, mañana maniqueo, hasta el punto de confesar que habia venido á ser un problema indescifrable para sí mismo: *Factus eram mihi ipsi magna questio*. ¡Tan inquieta y desgraciada es la razon humana abandonada á sus propios recursos! ¿Y puede ser un hombre feliz rodeado de estas dudas y perplejidades? Imposible. Pero al menos desechando de sí semejantes ideas podrá evitar su importunidad.... ¿Y acaso esto se puede lograr siempre? La infancia podrá ignorarlas, la juventud irreflexiva podrá olvidarlas; mas al fin las pasiones pierden su vigor, los placeres pasan, la juventud desaparece, y el hombre se encuentra frente á frente de esas grandes verdades que salen, digámoslo así, del fondo del alma á donde las sepultáran las pasiones. Entonces la razon siempre fluctuante é incierta comunica al alma su agitacion y su delirio, el corazon emponzoñado por la duda ó la incredulidad no envia al entendimiento mas que ideas siniestras é imágenes lúgubres que reflejan á veces en la frente sombría del impío. Entonces no hay otro medio para libertarse de tan cruel enemigo que vivir sin saber nada, ni creer en nada, ignorarse á sí mismo y á Dios, lanzarse en el abismo de la duda, entregarse en brazos del acaso y girar incesantemente con los ojos vendados al borde de la eternidad.

Si hay un mortal que en esta fiebre de la razon pueda experimentar algunos momentos de calma, ella no puede ser otra cosa sino el letargo de un enfermo á quien aun en sus sueños atormentan visiones siniestras, ó el del criminal que despues de haberse cansado en defenderse contra su juez y contra la verdad, duerme la vispera de su sentencia incierto del perdon ó del suplicio.

¡Cuán diferente es empero el estado del hombre ilustrado con las luces de la religion! En todas esas cuestiones en que la razon filosófica tropieza, vacila, disputa y se encuentra embarazada á cada paso, la razon católica encuentra las soluciones mas luminosas. La inmortalidad del alma, la certidumbre de otra vida, la existencia de Dios, la razon de sus obras, el destino de la humanidad, todo lo que es ó debe ser, se descubre á primera vista á la inteligencia humana guiada por la antorcha de la divina revelacion. No es decir por esto que la razon pueda vivir en perfecta tranquilidad, ni que la fé nos dispense de experimentar esas pruebas que el hombre está condenado á sufrir durante su destierro, pues para que la fé sea meritoria se hace preciso que vaya acompañada de luchas y sacrificios; ¿pero acaso no las experimenta mucho mayores sin la religion? Y en este supuesto, lucha por lucha, combate por combate, ¿cuáles se oponen mas á nuestra felicidad, los que la fé presenta á la razon, ó los que la razon se dá á sí misma por su audacia ó curiosidad? ¡Ah! La diferencia es inmensa. El cristiano puede ver finalizar los combates de la fé en virtud de los motivos poderosos que le hacen someterse á las verdades reveladas, asegurando así su mérito y su felicidad á la vez; el impío por el contrario jamás verá concluirse la lucha de su corazon, por quanto ésta no puede hacer sino aumentar cada vez mas sus dudas, y por consiguiente acrecentar su tormento y su desdicha. Pues á la manera que quanto mas se avanza en la fé y en el conocimiento de la religion, mas se admiran sus bellezas y se afirma el hombre en sus sublimes principios, así tambien quanto mas se escucha á la razon mayor es su incertidumbre y la movilidad de sus opiniones. Desde que el entendimiento humano quedó envuelto en tinieblas á consecuencia del pecado, todo en el mundo se ha convertido en motivo de disputas, segun la frase de los

divinos libros (1). Nuestro saber no es mas que una ignorancia fastuosa, y el edificio de las ciencias un palacio ruinoso que cada cual quiere cambiar y ordenar á su capricho, que se desmorona por un lado al mismo tiempo que se levanta por otro, finalizando por sepultar entre sus ruinas al operario y al arquitecto. El catolicismo por el contrario es la columna indestructible que se eleva sola en medio de los escombros de las ciencias humanas, llevando en la mano la antorcha de la fé como un faro luminoso para servir de guia á la razon y señalarla el derrotero que debe seguir en el tempestuoso mar de este mundo. Ved pues como la religion católica nos proporciona medios para triunfar de los obstáculos que la razon opone á nuestra felicidad.

Hay empero en el hombre otro poder todavía mas formidable, y otro enemigo mas funesto de su dicha. La razon no atormenta mas que al que piensa y reflexiona, pero la imaginacion agita igualmente al ignorante y al sábio. Tirano universal, estiende su imperio á todas las edades y á todos los estados; irrita las pasiones juveniles, fatiga la edad madura con proyectos y esperanzas, aumenta el mal humor de la ancianidad, enciende sin cesar la codicia del rico, redobla los temores y la alarma del pobre, sube al trono del monarca para abrevarle de disgustos haciéndole ambicionar placeres impropios de su condicion y rango, y descende hasta el calabozo del criminal para ser su primer verdugo presentándole sin cesar fantasmas horribles. Impostor hábil, nos pasea de quimera en quimera, nos trasporta al porvenir para arrebatarnos lo presente, nos disgusta de lo que poseemos, y nos hace una necesidad de lo que no podemos poseer. Es un demonio doméstico que nos sigue en todas las situaciones de la vida. En el trabajo nos atormenta con distracciones, en el ocio nos sitia con tentaciones, en la sociedad nos cansa con sus caprichos y veleidades, en el retiro nos ataca con visiones é ideas sombrías, y hasta en las tinieblas turba nuestro sueño con espectros y fantasmas; y por último en sus mas dulces ilusiones y en los placeres que ella nos proporciona, no tarda en castigarnos con

(1) Eccles. III. 41.

la vergüenza y el dolor de habernos dejado engañar como niños de imágenes fugitivas. ¡Desgraciado de mí! exclamaba el Apóstol, ¿quién me librará de este poder que reside en mí y que no soy yo, de esa ley que tiraniza mi espíritu y mi razón? Pues yo no comprendo nada de lo que hago, ni me comprendo á mi mismo: *Quod enim operor non intelligo* (1). ¡Funesto efecto del pecado que ha trastornado todas las facultades de nuestra alma y arrancádola el dominio que ejercía sobre el espíritu para dárselo á una potencia tan desordenada! Ella fué el escollo en que se estrelló la felicidad de nuestros primeros padres, pues el espíritu tentador no les hizo caer en sus lazos sino hablando á su imaginación y presentándoles la idea de un poder y de una bienandanza que les haría como dioses. Ella hizo al mundo idólatra, puesto que escuchando el hombre más á su imaginación que á su razón, tuvo necesidad de imágenes sensibles de la divinidad, y se fabricó ídolos. Ella forma los libertinos y los voluptuosos desenfrenados cuya ardiente imaginación vuela incesantemente de placer en placer, bien así como los incrédulos que entregados demasiado á ella, se pierden en un laberinto interminable de sofismas y opiniones insensatas. Como la rueda del carro y como el eje que gira sin cesar sobre sí mismo, así son, dice el Espíritu Santo, los pensamientos del hombre entregado á su propio sentido (2); y su corazón, lleno de fantásticas ideas, es semejante á la mujer que está de parto para dar á luz una quimera (3).

Ahora bien, la religión católica no solamente puede dominar este poder formidable, sino también hacerle servir á nuestra felicidad, bien sea previniendo la actividad de ese fuego que enciende las pasiones, ó bien rectificando su objeto; y esto de dos maneras: primeramente alejando todo cuanto tiende á desordenar nuestra imaginación y á darla demasiado imperio sobre nosotros mismos, y en segundo lugar proporcionándola cuanto puede ejercitarla y satisfacerla de un modo racional. Y de hecho: si ciertas representaciones criminales, si ciertos espectáculos ó lecturas profanas inflaman una ima-

(1) Ad Rom. VII. 45.

(2) Eccí. XXXIII. 5.

(3) Ibid. XXXIV. 6.

ginacion viva y libertina, la religion las condena y ahuyenta, y de este modo contiene el incendio y salva la inteligencia de todos sus extravíos, y el corazon de innumerables peligros. Si una escesiva complacencia de nosotros mismos nos entrega á todas las ilusiones de nuestra imaginacion fomentando sus caprichos y no permitiéndonos rehusarla cosa alguna, la religion combatiendo el amor propio ordena nuestras ideas, nos prohíbe condescender en nada que pueda perjudicar nuestra conciencia, y de esta suerte contiene el desórden en su origen y libra el alma de la esclavitud y de la tirania de ese cruel enemigo. Si una ociosidad perniciosa engendra en nuestra imaginacion ideas vagas é inconstantes, la religion conduciéndonos al trabajo, la ocupa y fija su inestabilidad. Si una imaginacion negra y melancólica nos disgusta de nuestra misma existencia hasta el punto de arrastrarnos á querer atentar contra nuestros días, la religion, combatiendo esta idea perniciosa y criminal, nos hace respetar nuestra vida como un don que hubimos de Dios y que á él solo pertenece. Pero no basta esto: la religion católica, no contenta con ahuyentar de nuestra imaginacion todo cuanto puede desordenarla, va hasta hacerla servir á nuestra felicidad presentándola objetos capaces de satisfacerla, acomodándose admirablemente á los diversos génios y caractéres. A una imaginacion viva y sensible la ofrece objetos que la conmuevan, presentándola una idea tan elevada de las venganzas ó de las bondades de Dios que la arrastra y la fija á su despecho. Así Agustino, corrompido por los espectáculos del teatro y por las lecturas de los poetas, en donde buscaba el modo de alimentar su imaginacion con la pintura de sus pasiones y flaquezas, enamorado despues de las bellezas que encuentra en la lectura de los santos libros y de los grandiosos espectáculos que le ofrece la religion, se halla súbitamente cambiado en otro hombre y dueño de su corazon y de su inteligencia. A una imaginacion tierna y apasionada la presenta todo cuanto puede inflamar el deseo é interesar el sentimiento. Así Magdalena al pié de la cruz en una profunda caverna vierte lágrimas mas tiernas y experimenta placeres mucho mayores que en los goces del amor profano. A una imaginacion fuerte, sublime y atrevida, la presenta las verdades mas sublimes y los

asuntos mas elevados que pueden proporcionar ocupacion digna al talento. Así los Orígenes, los Tertulianos y los Gerónimos, cautivos bajo sus leyes llegaron á ser los génios mas eminentes de su siglo. A una imaginacion viva y brillante la presenta las ideas mas capaces de elevarla y trasportarla sobre los objetos visibles. Así Santa Teresa, por medio de la meditacion, se eleva hasta la mas alta cumbre de la contemplacion y á las especulaciones mas sublimes de la cristiana filosofia. A una imaginacion noble, valiente y emprendedora la presenta los designios mas generosos y las mas vastas empresas. Ella ofrece á Javier un mundo por objeto de su celo, y hace de él un apóstol y un conquistador. Por último, la religion vá hasta el punto de hacer plegar ese poder orgulloso ante los objetos mas pequeños y mas contrarios á sus aspiraciones. De un hombre disipado forma un contemplativo, de un filósofo un niño, de un cortesano un anacoreta. Bajo su imperio, aquel Arsenio embriagado un dia de la gloria de un bello espíritu y del trato de los hombres de letras, se complace despues en tratar en el desierto con un anciano sencillo y austero; y aquella imaginacion adornada de todas las riquezas de la literatura, y de las imágenes de la poesia y de la elocuencia, halla todos sus goces en las toscas imágenes de la vida eremítica y solitaria. ¡Hasta este punto se transforma el hombre bajo el imperio de la religion! ¡Tal es el dominio que ella llega á ejercer sobre las facultades de nuestra alma que parecen mas indomables!

No es menor su influencia benéfica sobre las pasiones del corazon humano, enemigos no menos declarados de su felicidad. Bajo su dominacion el hombre está siempre en lucha encarnizada consigo mismo. Tiranos implacables dispútanse la posesion de nuestra alma, semejantes á esos partidos encarnizados que se forman en el seno de un imperio para conspirar contra el trono. En vano pretenderiamos vencer su obstinada energía con el simple recurso de una filosofia vana é impotente. Si la religion católica no viene en auxilio del corazon humano, bien presto veremos formarse en él una vasta conspiracion de deseos y proyectos, de vicios y crímenes, de placeres y disgustos, de treguas y combates, y levantarse arrogante esa hidra de muchas cabezas en toda su repugnante deformidad. Representaos

sinó, un hombre rodeado de todos los objetos que pueden hacerle completamente feliz. Dadle salud robusta para disfrutar de toda clase de placeres, riquezas en abundancia para satisfacer todos sus caprichos, honores hasta la saciedad para alimentar su orgullo; y despues de todo esto, no vereis mas que un hombre inquieto y descontento, que lleva por do quiera un corazon agitado de mil pasiones que se vé forzado á obedecer pues no puede sacudir su yugo, que no le és posible satisfacer porque son insaciables, y que no puede componer entre sí porque son incompatibles. ¿Qué era yo, Dios mio, esclama San Agustin, antes de someter mi corazon al suave yugo de la religion católica? Un desgraciado arrastrado de precipicio en precipicio, de abismo en abismo por la cadena de mis pasiones, semejante á un navío azotado por las olas, agitado por vientos contrarios, y hecho el triste juguete de su impetuosidad y de sus caprichos. Inútilmente llamaba en mi socorro la sabiduría humana. ¡Ah! Demasiado espermenté entonces la nulidad de este recurso, y que solo á Dios que formó el corazon del hombre estaba reservado el secreto de curar las enfermedades de esa noble porcion de nosotros mismos tan delicada y corrompida. En efecto, sin este auxilio las pasiones en cambio de una momentánea embriaguez que nos proporcionan, nos esponen á mil peligros. Son con relacion á la vida humana lo que los vientos en el mar, funestas para quien cede á sus esfuerzos, útiles para el que sabe encadenarlas. ¡Y cuántas veces el mas sábio piloto vé frustrada toda su habilidad por la tormenta, sin poder evitar los escollos! Entonces la religion manda á los vientos y al mar y restablece la bonanza. El Evangelio poniendo en nuestras manos la espada para luchar con nosotros mismos, nos ha manifestado que la paz del corazon no se encuentra sino en la guerra contra las pasiones. Y en esta guerra, dicen los mundanos, ¿qué felicidad puede haber? Hé aquí un misterio incomprensible para el hombre animal y terrestre. ¡Insensatos! Ellos no ven mas que lo que esta guerra tiene de duro y penoso en sus principios, no conocen que cuesta mucho mas satisfacer constantemente las pasiones, que el vencerlas una vez, que ésta misma satisfaccion está mezclada de amarguras, inquietudes y disgustos mucho mayores que

los placeres que nos proporcionan, y que por el contrario el placer del vencimiento supera en mucho á la pena que costó el combate.

Pero analicemos despacio este punto. ¿Qué ventajas puede tener el hombre entregado á sus pasiones sobre el que sabe domarlas con el freno de la religion? ¿Gozará mayor satisfaccion y mas tranquilidad de conciencia? ¡Ah! No es posible. La esclavitud de las pasiones es la mas ominosa de las esclavitudes, y nunca se encuentra el hombre mas desgraciado que cuando las ha satisfecho todas hasta el delirio. Llenado un deseo, al instante le reemplaza otro, un placer crea la necesidad de otro placer. Son como las olas del mar que á pesar de los diques que se las opone no cesan de amontonarse unas sobre otras, se estrellan, se despedazan y no dejan en pos de sí mas que espuma, y un vano ruido.

¿Brillarán en él mas los talentos y el génio desarrollados por las pasiones? Pero fuera de que rara vez estas cualidades hacen al hombre dichoso, ¿quién ignora que si la religion no las dirige y ordena, las pasiones pueden corromper los mas bellos dones de la naturaleza, y á manera de esas plantas malignas que convierten en veneno el rocío del cielo, el corazon corrompido emponzoña la inteligencia, y convierte el talento en tormento propio y de los demás? Así el príncipe, el héroe, sin la religion degenera en conquistador y en tirano de la humanidad; el literato emplea sus talentos en embellecer el vicio, la blasfemia, la sátira, y en hacer la guerra á Dios y á sus semejantes; el hombre de estado lejos de ser un padre de la patria, se hace intrigante sistemático, y desde el fondo de su gabinete se ocupa en promover guerras, revoluciones, sacudimientos, desastres y ruinas bajo las cuales queda frecuentemente sepultado; semejante á esos fuegos subterráneos que despues de haber vomitado torbellinos de ardiente lava, assolado ciudades enteras, conmovido las montañas y abierto anchurosos abismos, desaparecen á su vez entre los escombros del mundo. Sí: los talentos sin la religion son como esclavos sin señor; incapaces de conducirse á sí propios, se precipitan á toda clase de excesos imaginables, y son el azote del universo, como lo ha acreditado en mas de una ocasion una desgraciada esperiencia.

¿Será mayor el imperio de la razon en el hombre dominado por las pasiones? Cierta que ella está destinada á contribuir á nuestra felicidad, regulando nuestros deseos y nuestras inclinaciones; pero ¿qué es la razon sin el freno de la religion? Ofuscada ó corrompida no ejerce sobre los vicios del corazon humano sino un dominio muy débil. Esa altiva soberana empuña las riendas de las pasiones con una mano temblorosa y vacilante; y por mas que se nos encarezca esa paz filosófica, esa felicidad del sábio de que tanto se habla en el mundo, ni una ni otra pueden morar sino en las almas puras y tranquilas. ¿Y cómo seria posible que la dulce luz de la filosofia y de la verdad pudieran brillar en el alma inquieta y turbulenta del incrédulo ó del vicioso? No, el sol no refleja su imagen en las olas tumultuosas é irritadas, necesita una superficie limpia y trasparente. Salomon virtuoso en el silencio de los bosques y en el fondo de sus jardines y palacios, goza de una paz profunda y medita aquellas sublimes verdades que le elevaron á ser el primero entre los reyes y entre los filósofos; pero tan luego como se entrega á sus pasiones, se disgusta de sí mismo, su filosofia le abandona, no encuentra felicidad alguna en este mundo, y se vé obligado á confesar que fuera de Dios todo es una pura vanidad: *Omnia vanitas.*

Por último, hasta los dulces lazos de la amistad que forma uno de los principales encantos de la vida, no son subsistentes si no los sostiene la religion. Las pasiones humanas lejos de estrecharlos los relajan introduciendo la division en los ánimos. Tan luego como pasa la época de los placeres, caen de suyo todas las alianzas que la pasion formára: y los hombres que poco antes parecian estrechados mutuamente con vínculos indisolubles, se separan, se aíslan, ven formarse en su derredor una triste soledad, y concluyen por declamar contra la falsedad de un mundo que no proporciona en cambio de efimeras sombras sino desengaños reales y positivos. ¡Ah! Es que las pasiones no enternecen el alma mas que por el momento; sola la religion causa en ella una ternura duradera. Los lazos que ella forma lejos de debilitarse con el tiempo no hacen sino fortalecerse mas: la misma adversidad que es el escollo en donde se estrellan todas las amistades mundanas, encuentra en la religion motivos poderosos para robuste-

cer los sentimientos generosos del corazón humano. Mientras Saul víctima de la envidia y del encono se hace inaccesible, intratable, y vive como extranjero en medio de su corte, David virtuoso encuentra por el contrario en el mismo hijo de su implacable adversario un amigo fiel y celoso, de que no han podido privarle sus infortunios. Pero no nos detengamos mas en probar nuestro aserto. Epiloguemos todo lo dicho en este discurso y en el anterior, de lo cual resulta demostrado que sola la religion católica que posee el secreto de fijar las incertidumbres de nuestra razon, de dominar los caprichos y la movilidad de nuestra imaginacion, y de enfrenar y rectificar las pasiones de nuestra alma, es la que únicamente puede remover los obstáculos que el hombre encuentra dentro de sí mismo para ser feliz: bien así como única y exclusivamente en sus sublimes principios se encuentran las verdaderas condiciones de dicha que inútilmente se buscan en los bienes mundanales. Desgraciados por las inquietudes de nuestra inteligencia y por la movilidad de nuestra imaginacion, la religion calma aquellas y reprime éstos. Desgraciados por los incesantes deseos de nuestro corazón, la religion los llena y satisface. Desgraciados por el infortunio y la adversidad, la religion nos alienta y consuela. Desgraciados por las dolencias corporales, la religion las suaviza dándonos resignacion para tolerarlas. Desgraciados en fin por nuestra misma dicha, la religion nos impide el abuso y nos asegura sus goces. ¿Qué nos resta sino lanzarnos en el seno de esa religion tan fecunda en consuelos y esperanzas de toda especie, y tan rica en bienes que nada en este mundo es capaz de proporcionar? Corramos á ella, y como la muger de Naim busquemos en Jesus su divino fundador y en sus máximas sublimes los elementos de bienandanza que encierra para todos los tiempos y situaciones de la vida. Ella, no lo dudemos, tocándonos con su mano omnipotente como el Salvador al hijo de aquella desconsolada viuda, nos hará gustar paz positiva, calma duradera, tranquilidad perfecta en el tiempo, y nos proporcionará una felicidad invariable y eterna en la mansion de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XVI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EL ORGULLO CONSIDERADO COMO ORIGEN FUNESTO DE TODOS LOS ERRORES DEL ENTENDIMIENTO, Y DE TODOS LOS ESTRAVÍOS DE LA RAZON HUMANA QUE TRASTORNAN EN EL MUNDO EL ÓRDEN RELIGIOSO Y SOCIAL.

Qui se exaltat humiliabitur, et qui se humiliat exaltabitur.

El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado.

LUC. XVI. 44.

EL orgullo que fué el primer homicida y el origen funesto de todos los males que vienen pesando sobre la humanidad desde los primeros dias de la creacion, ha continuado y continúa siendo todavía el vicio dominante de los hombres y de las sociedades. Nunca empero como en estos últimos siglos en que una razón altanera ha pretendido realizar el loco pensamiento que produjo la ruina de nuestros primeros padres y precipitó en ella á toda su malaventurada descendencia, nunca, digo, como en estos tiempos de vertiginoso racionalismo ha llegado á rayar tan alto el orgullo humano. Todas las clases, todas las condiciones desde la mas elevada hasta la mas humilde, participan mas ó menos de ese sentimiento, de ese trastorno intelectual que deslustra los dotes mas sublimes de la naturaleza, marchita en el alma los dones de la gracia, y vicia y corrompe las mas heroicas acciones del hombre. Tal es el carácter distintivo de nuestro siglo y

de nuestra sociedad. El orgullo domina en ella como el primer elemento de todas sus aspiraciones, como el móvil principal de todas sus obras. Se trasluce en sus palabras; se marca indeleblemente en todas las producciones del genio; resalta en sus teorías políticas, en sus sistemas de gobierno y en sus proyectos industriales y económicos; preside á todas sus combinaciones; nada hace, nada intenta, nada lleva á cabo en que el orgullo no sea el fin y el último término de sus arrogantes pensamientos. Y esto que decimos de la sociedad genéricamente considerada, puede y debe decirse con igual razon del hombre individual con muy cortas escepciones; pues apenas se hallará un individuo en cuya conducta no refleje la soberbia característica del siglo.

Contra este desórden funesto y de tan inmensas consecuencias, nos precauciona hoy el catolicismo, recordándonos la parábola que el Salvador propuso á los fariseos en cierta ocasion en que estaba invitado á comer en casa de uno de ellos. *«Al ver que los convidados iban escogiendo los primeros sitios en la mesa, dijo: Cuando fueres convidado á bodas, no te pongas en el primer puesto, no sea que haya quizá otro de mas distincion que tú y sobreviniendo el que á tí y á él os convidó, te diga: Haz lugar á éste; y entonces con sonrojo te veas precisado á ponerte el último. Antes bien, cuando fueres convidado, vete á poner en el último lugar, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Lo que te acarreará honor á vista de los demás convidados. Porque todo aquel que se ensalza, será humillado: y el que se humilla, será ensalzado.»*

Hé aquí un principio que no conoció la filosofía antigua, y contra el que no cesa de protestar tanto en teoría como en la práctica la filosofía racionalista de los tiempos modernos. Nada menos fué menester que un Dios bajase del cielo y se humanase, para enseñar á los hombres esa doctrina tan contraria á todo cuanto hasta entonces venian enseñando los sábios del paganismo. Pero á pesar de esto, y de haber visto á Jesucristo humillarse hasta el extremo de morir ignominiosamente en una cruz, humillacion que le proporcionó una gloria cual jamás consiguió mortal alguno, y un nombre superior á

todo nombre ante quien todo dobla la rodilla en el cielo y en la tierra (1), la humildad cristiana ha encontrado siempre en el mundo una repulsion constante y decidida, y el orgullo ha continuado siendo como poco há dije, el vicio dominante, el desórden general de la humanidad, no menos que «el origen funesto de todos los errores del entendimiento y de todos los extravíos de la razon que trastornan en el mundo el órden religioso y social.»

Esta triste verdad va á formar el asunto de mi discurso y de vuestra atencion, á fin de que convenciéndonos de las fatales consecuencias de ese vicio, procuremos buscar en la humilde sumision de nuestra inteligencia y de nuestra razon á la doctrina católica, los verdaderos elementos de positiva gloria y de positivo bienestar, segun aquello de Jesucristo en el presente Evangelio: *Qui se humiliat exaltabitur*. Acudamos ante todo á la fuente de la gracia y al origen de toda luz invocando los ausilios divinos por la intercesion de la humilde Virgen de Nazareth, que por serlo tanto mereció ser proclamada bienaventurada por todas las generaciones, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Al decir que en el orgullo tienen su origen y su raiz todos los errores del entendimiento y todos los extravíos de la razon que desquician y trastornan en el mundo el órden religioso y social, no he hecho sino repetir lo que la Escritura ha consignado en sus divinas páginas en los términos mas esplicitos, lo que una larga esperiencia viene demostrando á través de sesenta siglos, lo que la historia de todos los pueblos viene confirmando lastimosamente con hechos irrecusables. Nada me seria tan fácil como acumular aquí una multitud de autoridades, no menos respetables por su peso que por su nú-

(1) Ad Philipp. II. 8 et seq.

mero, que derramarían gran luz sobre esta verdad harto desconsoladora. Ya ojeé los monumentos de la tradición, ya consulte los escritos de los génius mas eminentes de la antigüedad sagrada y profana, ya en fin interrogue á los sábios de todas las épocas, aun á aquellos mismos que no conocieron ni menos supieron apreciar el mérito de la humildad cristiana, todo viene en apoyo de mi proposición, todo concuerda en reconocer las deplorables consecuencias del humano orgullo. Y hasta la sana razon y el sentimiento íntimo del hombre despojado de sus preocupaciones, convienen en anatematizar ese desórden funestísimo en cuya actividad se encuentra el móvil, el resorte, el principio de cuantos males viene experimentando el mundo moral. Entremos en el detalle de los dos puntos que me propuse desenvolver: y desde luego veamos cómo del orgullo se originan todos los errores del entendimiento humano.

Preciso nos es siempre que de esto tratamos, remontarnos á una época bien lejana, é ir á buscar en la cuna del linaje humano el hilo misterioso de esa série de desgracias sin cuento que nos acarreó aquel sentimiento desordenado de la propia personalidad que, exagerado hasta el esceso por el génio del mal en el prototipo de todos los séres racionales, hirió de muerte su inteligencia, y la hizo víctima de toda clase de aberraciones y delirios. ¿Qué es lo que vemos en el paraíso en los primeros días de la creación? ¡Triste espectáculo! ¡Cuadro lastimoso que no es posible contemplar sin sentirse poseído de un profundo disgusto y de un pesar indefinible! Acerquémonos: allí se nos presenta el orgullo en toda su arrogancia, disputando al Omnipotente su autoridad para imponer leyes prohibitivas al que acababa de amasar con sus manos del lodo de la tierra. Vémosle agitando en la imaginación de los dos primeros tipos de la humanidad, ensueños de soberanía infinita, haciendo fermentar en su inteligencia planes de sabiduría universal, despertando dudas acerca de la veracidad de Dios, é infundiendo sospechas respecto de su poder. Vémosle sugiriendo locas aspiraciones de inmortalidad, formando cálculos ambiciosos de divinidad, proyectando en una palabra enaltecer la criatura sobre su mismo Criador, haciéndola semejante á él y colocándola sobre su escelso trono, y consiguiente á estos prin-

cipios quebrantar osado los divinos preceptos, y alargar una mano atrevida al fruto vedado contra la espresa prohibicion del Señor (1). ¡Cuántos errores envuelve un solo acto de orgullo! ¡Qué cadena de crímenes no trae en pos de sí aquella primera rebelion del entendimiento humano! Allí fué, en frase de los libros santos, donde se fraguó la perdicion de toda la malaventurada posteridad de Adan (2); allí comenzó la triste historia de todas esas aberraciones en que se lanzó el mundo empujado por el orgullo, en cuyas repugnantes páginas se vé marcado con caractéres indelebles el esceso de degradacion y de maldad á que puede llegar el hombre dominado por ese sentimiento funesto.

Recorred con vuestra imaginacion todos los paises del mapa antiguo: atravesad con la historia en la mano los cuarenta siglos que transcurrieron hasta la venida del Salvador al mundo; observad cuánto se pasa lo mismo en Oriente que en Occidente, en la culta Atenas como en la sábia Roma, en las orillas del Ganges y del Eufrates igualmente que en las riberas del Sena y del Ebro, y donde quiera no hallareis mas que el orgullo intelectual bajo todas las formas, inventando fábulas, multiplicando mentiras ingeniosas, divinizando la materia, rindiendo culto al vicio, prosternándose ante las piedras, quemando inciensos á las bestias de los bosques, y dejándose arrastrar insensiblemente al abismo de todos los errores. Errores en religion, errores en política, errores en las ciencias, errores en la moral, errores en todo..... ved ahí lo único que produce en todas partes la exaltacion del *yo* humano. El hombre, una vez rotas por el orgullo las relaciones que le unian á su Criador, se encuentra abandonado únicamente á sí mismo, aislado en medio de mil objetos cuyo destino cambia haciéndoles servir á fomentar los delirios de su inteligencia enferma; y de aquí nace el olvido casi completo de

(1) Cur præcepit vobis Deus ut non comederetis de omni ligno paradisi?... Nequaquam morte moriemini. Scit enim Deus quod in quocumque die comederitis ex eo, aperientur oculi vestri: et eritis sicut Dii, scientes bonum et malum..... Et tulit de fructu illius, et comedit, etc. (Genes. III. 1 et seq.)

(2) In ipsa enim initium sumpsit omnis perditio. (Tobiae. IV. 14.)

las verdades tradicionales, á las que sustituye todo cuanto de mas absurdo é inverosímil fué capaz de inventar la filosofía, la poesía, la mitología y la fábula. El génio no supo ni pudo crear otra cosa en todos los ramos del saber humano, porque el orgullo habia apagado en el hombre la luz de la revelacion, sin cuyo auxilio marchaba siempre entre espesas tinieblas, tropezando y cayendo á cada instante, como un viajero que en una noche oscura atraviesa caminos desconocidos.

Vino Jesucristo, luz verdadera cuya mision era iluminar el entendimiento humano con la brillante antorcha de su doctrina. El mundo esperimentó una gran transformacion; la inteligencia tuvo un guia que la indicase el camino de la verdad; pero desgraciadamente el orgullo habia sobrevivido á la derrota sufrida en el Calvario con la humillacion voluntaria del Hombre-Dios, y no cesó de crear en el mundo nuevos errores, y perpetuó esa lucha funesta que venimos presenciando entre el espiritu del hombre y el espiritu de Dios, entre los delirios de la humana inteligencia y las enseñanzas del Evangelio. Lucha cruel que durará tanto como el mundo mismo, porque siempre habrá en él hombres orgullosos que se obstinarán en disputar á Dios su soberanía, á la fé sus derechos, y á la Iglesia su infalibilidad. Lanzad una rápida ojeada sobre los diversos errores que han surgido en el cristianismo en los diez y ocho siglos que cuenta de existencia, y todos los vereis brotar de una misma raiz, todos los vereis provenir del orgullo, bien así como hallareis en él la fuente y el origen fecundo de todos los extravíos de la razon humana.

En efecto, habiéndose dignado Dios revelar al hombre una parte de lo que tenia encerrado en los tesoros de su infinita sabiduría, exigió justamente de él el homenaje de su razon ante la autoridad del que le hablaba. Nada era mas razonable, nada mas justo que esa sumision debida á la infalible veracidad de la palabra divina. Pero como quiera que esto humillaba el orgullo humano siempre propenso á sacudir todo yugo enojoso, no tardó en protestar altamente contra los divinos oráculos, y se negó á suscribir á unas doctrinas que no se avenian bien con los principios que una razon estraviada venia sancionando á través de los siglos. Las heregias que desde la ena

misma de la Iglesia se vieron surgir en Oriente y en Occidente, las escuelas filosóficas que mas tarde reemplazaron á aquellas, los excesos de la reforma protestante en el siglo xvi, la incredulidad sistemática de los siglos xvii y xviii, el racionalismo y todas las monstruosidades que de él nacieron en estos últimos tiempos, todo ello no es mas que el orgullo de la razon rebelándose contra la fé, declarando la guerra á la tradicion, y negándose abiertamente á cautivar sus débiles luces ante la autoridad suprema de Dios personificada en su Iglesia. Poco importa que la impiedad orgullosa no diga como el ángel rebelde: «Yo subiré á los cielos y colocaré mi trono sobre las estrellas junto al sòlio mismo del Omnipotente (1);» toda vez que por efecto de una audacia no menos repugnante se atreve á citar á Dios al tribunal de la razon haciéndole descender en cierto modo de su trono de gloria, intentando escudriñar con petulante arrogancia los profundos misterios de la religion, queriendo someter sus dogmas al fallo de la humana inteligencia, y rehusando prestar su asentimiento á todo aquello que no puede comprender ni explicar. ¡Pretension ridícula! ¡Orgulloso atrevimiento! Así es como piensan y hablan un gran número de hombres que osan negar á la incomprendible sabiduría de Dios la facultad y el poder de traspasar los límites de la razon. El orgullo ha llegado á hacer de ésta una nueva divinidad, y en consecuencia de tan horrible trastorno, no es ya Dios quien debe exigir de ella el tributo de su sumision á las verdades reveladas, sino que es ella quien debe pedir cuenta esacta á Dios de su conducta. Y ved ahí, como antes dije, el funesto principio de esa repulsion constante, de esa resistencia porfiada que de largo tiempo viene oponiendo el racionalismo á la religion católica. Allí tuvo su origen esa pertinaz obstinacion de las diversas sectas que so pretesto de conservar pura la antigua fé de nuestros abuelos la adulteran, la desnaturalizan, la corrompen, interpretándola segun sus ideas caprichosas; sometiendo al espíritu privado del individuo la explicacion y la inteligencia de los sublimes dogmas del catolicismo; arrojándolos sin defensa á merced de los delirios de esa potencia

(1) Isaiaë. XIV. 13.

viciada que desde el paraíso viene demostrando su propension innata á cambiar la verdad en error y á abrazar los mayores absurdos cuando marcha por sí sola sin la luz de la fé, y negándose por último á recibir el símbolo de sus creencias de mano de esa Iglesia á quien Jesucristo confiara el sagrado depósito de la revelacion divina. Esto que en un principio no fué mas que la singularidad atrevida de un sentimiento, no tardó en llegar á ser un sistema, merced al orgullo de la razon humana que vino en auxilio de aquella nueva opinion. Él fué el que armó el brazo de los fanáticos novadores de todos los paises que se alzaron impudentes contra toda la antigüedad sagrada; él los sublevó contra la autoridad de Roma, é inflamó su falso celo para hacer frente á todos los poderes que intentaron detenerles en su funesta marcha; él formó esos partidos y organizó esas banderías que á la par que desgarraban el seno de la Iglesia y despedazaban sus augustos monumentos tradicionales, encendian en Europa el fuego de la discordia y de la rebelion que redujo á cenizas los mas preciosos monumentos del génio, las obras maestras del arte, y las riquezas de la civilizacion. Él en fin, el orgullo siempre creciente de la impiedad ha sido el padre que engendró esas innumerables escuelas racionalistas que tiempo há trabajan por echar á tierra el augusto edificio que Jesucristo fundó sobre los cimientos de los profetas y de los apóstoles, y del que él mismo es la piedra angular contra la que se han estrellado hasta ahora todos los esfuerzos del hombre.

Y aun entre los mismos que han podido salvarse digámoslo así del gran diluvio de la incredulidad racionalista de estos últimos tiempos, y á pesar de las impresiones funestas que ha inculcado á la generacion presente, reconocen y respetan todavía en la religion católica todos sus derechos y prerogativas; ¿no es un orgullo mal disimulado el que les conduce á practicar tan mal lo que al parecer creen con una fé sincera y constante? ¿De dónde nace ese desden que se advierte en muchos hácia las esterioridades del culto que el catolicismo consagra y sanciona? ¿De dónde ese retraimiento de los sacramentos que manda frecuentar? ¿De dónde ese disgusto hácia las virtudes que prescribe? ¿De dónde en fin esa indiferencia harto general respecto de ciertas observancias que hoy dia se miran como

enojosa é importuna? ¡Ah! Todo proviene de un orgullo secreto que se oculta frecuentemente bajo las apariencias de una piedad facia. El orgullo hace creer á los ricos y poderosos que el aparato religioso no es mas que para satisfacer el fanatismo de un pueblo crédulo é ignorante, y contenerle por medio de ciertas prácticas en el círculo de sus deberes apagando la fogosidad de sus malas pasiones con la palabra del pastor á quien respeta y venera; y á trueque de no confundirse con ese pueblo, lo que miran como una bajeza, no dudan abandonar completamente el culto. ¡Como si la sola cualidad de cristiano no bastase para unir todas las condiciones sociales bajo los estandartes del cristianismo! El orgullo persuade al sábio que ciertas prácticas por buenas que en sí sean, no siempre son necesarias ni menos indispensables al hombre de génio toda vez que solo el vulgo es quien las há menester para que mediante unas imágenes sensibles puedan elevarse á adorar lo inmaterial é invisible; y de aquí por no vulgarizarse demasiado en su concepto, prefiere mas bien faltar al cumplimiento de unas leyes que por más que quiera hacerse ilusion, afectan del mismo modo al saber que á la ignorancia. El orgullo se estremece á la simple idea de la confesion sacramental, y aparta de ella á veces al hombre criminal, como si no fuese muy razonable y justo expiar con el rubor de la penitencia la desvergüenza con que se ofendió á la magestad divina. El orgullo ávido de elogios y consideraciones mundanales, teme la crítica que puede acaso proporcionar la asistencia al templo ó la práctica de ciertas obras piadosas; y en su consecuencia, ¡cuántas veces por no esponerse á sus tiros se dá el escándalo del indiferentismo y de la impiedad! No hay, en una palabra, un solo extravío de los infinitos en que la razon humana incurre constantemente, que bien analizado no venga á refundirse en el orgullo como á su raíz emponzoñada. Desde que en el paraíso quedó aquella herida mortalmente por efecto de la rebelion primitiva, el hombre lleva dentro de sí mismo un gérmen de corrupcion que altera sus facultades, y le arrastra á oponer una resistencia sistemática á todo cuanto puede menoscabar en lo mas leve los presuntos derechos de esa potencia tan pobre, tan miserable, tan torpe é impotenté para elevarse por sí sola al conocimiento de la

verdad; y de ahí todos los excesos que trastornan en el mundo no solo el orden religioso como ya hemos visto, si que tambien el orden social.

¿Y quién sería capaz de enumerar los desórdenes que produce el orgullo en la sociedad bajo los diversos aspectos en que puede considerarse? No seré yo quien lo intente, ni tampoco es posible hacerlo en un breve discurso. No dudaré empero considerar á ese vicio funestísimo con el P. San Gregorio, como el vicio capital de las sociedades llevando en su séquito todos los demás excesos de los cuales es jefe y compartiendo con ellos los despojos de la virtud y los trofeos de la inmoralidad. Yo la veo inflamar la ambicion, provocar la cólera, armar la venganza, organizar facciones, formar banderías, encarnizar los partidos, agriar los resentimientos, enfurecer las opiniones, calumniar la inocencia, hollar la justicia, despedazar las leyes, hundir los tronos y abrirse paso por entre millares de víctimas para llevar á cabo sus mas odiosos planes. Véole desolar la tierra, inundar los pueblos en lagos de sangre, sepultar naciones enteras bajo las ruinas de la civilizacion, levantar cadalsos y hacer rodar sobre ellos indistintamente la cabeza del monarca juntamente con la del ungido del Señor, la del anciano al lado de la de la tierna doncella, la de la madre al par que la del fruto de sus entrañas. Véole insultar al cielo, vomitar contra él la blasfemia, negar la existencia del Ser supremo, su providencia, su sabiduría, sus atributos todos, y Jesucristo, y el Evangelio, y la vida futura; y sembrar la inmoralidad, y autorizar el libertinaje, y sancionar el desenfreno de todas las pasiones, y divinizar la lascivia, y..... Señores, permitidme que no continúe el detalle de los males sin cuento que ha creado el orgullo de la razon humana, pues mi lengua se resiste á pronunciar ciertos nombres y ciertas cosas que es mejor queden para siempre sepultadas en un eterno olvido. No sin razon dijo un Padre de la iglesia griega (1) que el orgullo transforma al hombre en demonio, puesto que no hay género de malicia de que no sea capaz cuando se halla dominado por esa pasion ardiente. El alma

(1) San Juan Crisóstomo.

separada de Dios por el orgullo carece de las luces intelectuales de donde resulta su fuerza moral, no tiene regla alguna que enfrene la impetuosidad de sus sentidos, y de aquí su impotencia para domar la fuerza vital y la acción orgánica. Una vez rotas las relaciones que la unían á su eterno principio, privada del único punto de apoyo con que contaba, queda reducida á sufrir la acción del organismo animal, é incapaz de resistir al impulso que la arrastra á todo género de excesos, á menos que haciendo un esfuerzo sobre sí misma torne á buscar en Dios el origen de su perdida energía. Y no se crea que abultamos los efectos de esa pasión veheméntísima. ¿Quién no conoce sus propiedades en el trato social? Si se trata del poder, abusa de él cuando manda, ó crea resistencias cuando debiera obedecer; si es fuerte, atormenta con sus exigencias y arbitrariedades: si débil, murmura en secreto y mina sordamente los cimientos del orden público; en el primer caso se arma del peso de una autoridad que hunde: en el segundo, escita el descontento y fomenta la insubordinación. En el rango de una misma fortuna el orgullo es el que despierta los celos de la vanidad y las rivalidades de la envidia. Él hace al hombre mirar el mérito ajeno como un crimen cuando no puede suplantarle con la astucia ó la impostura. Donde quiera en fin, por no hacernos interminables, veremos figurar el orgullo como un elemento funesto de ruina y desolación que lleva tras sí todos los desórdenes, todos los males y todas las pasiones que desquician el orden religioso y social, que es lo que me propuse demostrar en este discurso.

En los principios pues de la doctrina evangélica que nos enseña á enfrenar ese amor desordenado de nosotros mismos que nos hace idólatras de nuestra propia razón; en las máximas de la religión católica que nos enseña á someter nuestra inteligencia á las verdades reveladas y á hacer el sacrificio de nuestra ciencia, de nuestros talentos y de nuestro génio ante las aras de la fé; en esas enseñanzas sublimes que proscriben el orgullo y anatematizan la independencia de la razón individual hallaremos la regla verdadera de nuestras relaciones con Dios, con nuestros prójimos y con la sociedad, y el medio de evitar esos funestos resultados que esa pasión viene produ-

ciendo á través de los siglos donde quiera que ha intentado prevalecer sobre la razon divina. Ella nos enseñará lo que somos, lo que estamos llamados á ser, y á buscar la gloria en la humildad, la grandeza en el abatimiento, el honor en la sumision á los dogmas incomprensibles del cristianismo, y en el cumplimiento de sus preceptos el camino de la salvacion y la corona de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XVII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CUAN NECIAMENTE PRÉTENDE LA CIENCIA SUPERFICIAL DEL RACIONALISMO O PONERSE Á LA SABIDURÍA QUE BRILLA TANTO EN EL CULTO COMO EN LOS DEBERES QUE LA LEY DE DIOS PRESCRIBE Á LOS HOMBRES.

Interrogavit eum unus ex eis legis doctor, tentans eum: Magister: quod est mandatum magnum in lege?

Uno de los fariseos, doctor de la ley, preguntó á Jesus para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley?

MATH. XXII. 35. 36.

DESDE que el Señor se dignó hablar á los hombres y darles su ley adorable, en todos tiempos y en todos los lugares se han visto surgir enemigos apasionados que con mas ó menos encono la han combatido por diversas vias, si bien todos han dirigido sus ataques á un mismo fin, esto es, á destruirla completamente si les hubiese sido posible. Por dicha nuestra sus esfuerzos han sido impotentes, y todas sus teorías, combinaciones y proyectos se han estrellado contra las infalibles promesas de Dios, sobre las cuales está apoyada la perpétua existencia de su ley santa: y por entre las ruinas de sus orgullosos adversarios, y sobre los escombros de la ciencia humana, se alza victoriosa y siempre inmóvil, á manera de esas rocas que desde la creacion del mundo subsisten en pié en medio del Océano.

Sin embargo, no por eso ha cedido la impiedad, y á pesar de las multiplicadas derrotas que viene sufriendo á través de los siglos,

ha llevado y lleva adelante su empeño; y ya de un modo ya de otro, ora empleando la calumnia, ora apelando á la hipocresía ó al sofisma, unas veces atacando de frente la sabiduría de la ley divina, otras afectando respetarla para herirla con mas impunidad, ni un momento cesa de hacerla la mas cruda guerra. Querrian unos que esta ley no existiese para libertarse de la importunidad de un fiscal terrible que recordándoles sus deberes les echa en rostro sus transgresiones. Desearian otros que plegándose fácilmente á las exigencias y tendencias del siglo, autorizase los errores que bajo el nombre de adelantos sociales y progresos de la civilizacion viene canoñizando el racionalismo y la incredulidad filosófica. Y como ni esto ni aquello es posible, de ahí la prevencion con que miran todo cuanto de ella emana, y sus porfiadas tentativas por desacreditar el culto que ella exige del hombre hácia Dios, para hacer ilusoria la observancia de los preceptos que le impone. Hé aquí los dos puntos culminantes á que se dirigen todos los esfuerzos del racionalismo impio, especialmente en nuestro siglo, los mismos exactamente en que se fundaban los Fariseos para apostrofar al Salvador y buscar incessantemente pretextos para desacreditar sus enseñanzas, como nos lo manifiesta el texto sagrado de hoy. Acababan de sufrir una humillante derrota los Saduceos en presencia de un numeroso concurso maravillado de la divina sabiduría con que Jesucristo tapára las bocas de aquellos blasfemadores incrédulos. Lo cual visto, mancomunanse los Fariseos, y *«uno de ellos, doctor de la ley, le preguntó para tentarle: Maestro, ¿cuál es el gran mandamiento de la ley? A lo que Jesus respondió: Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón, y con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el máximo y primer mandamiento. El segundo es semejante á éste: Amarás á tu prójimo como á tí mismo. En estos dos mandamientos está cifrada toda la ley y los profetas.»*

Concibese desde luego que la intencion que llevaban aquellos hombres al dirigir al Salvador semejantes cuestiones, no era el instruirse acerca de las prescripciones de la ley, sino armarle lazos por ver si podian encontrar un pretexto plausible para zaherirle y contradecir su doctrina. ¡A estos subterfugios se veia forzada á recur-

rir la hipocresía farisáica en la absoluta imposibilidad de alegar sólidas razones y motivos verdaderos para fundar una acusacion! ¿Y son menos fútiles, siquiera parezcan mas especiosos y no tan chocantes y ridiculos, los sofismas de que écha mano la impiedad moderna para formular severos cargos contra la ley de Dios, especialmente en lo que dice relacion á los dos puntos antes indicados? Vamos á examinarlos con el detenimiento posible, y de su desarrollo resultará «cuán néciamente pretende la ciencia superficial del racionalismo oponerse á la sabiduría que brilla tanto en el culto como en los deberes que esa divina ley prescribe á los hombres:» puesto que si aquel es un justo tributo debido á su magestad y soberanía, estos son una consecuencia forzosa de nuestra sujecion y dependencia á su voluntad adorable.

Hé aquí todo el asunto de mi discurso y de vuestra atencion. Solicitemos ante todo las Luces del Espíritu Santo por la mediacion de la madre de la divina gracia, saludándola al efecto con el Angel.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Pocos son á la verdad los hombres que en el delirio de su razon estraviada intentan persuadirse que no tienen otro origen que la ciega casualidad ni mas porvenir que la nada. Pero en cambio hay muchos que si bien convencidos íntimamente de la existencia de un Dios criador, quisieran no obstante borrar en sus corazones hasta la menor idea de un Dios legislador supremo, ó lo que es lo mismo, no reconocer otra ley mas que su propia razon enferma y corrompida. Lanzando al olvido los beneficios que les dispensó su poderosa diestra, y resistiendo aunque en vano al grito de su alma que les recuerda sin cesar que de él han recibido la existencia, repúñales tener que pagarle el tributo de adoracion que bajo tal concepto exige: y ya que no les es posible negarle absolutamente sus derechos, atré-

vense á sostener que el culto prescrito por la ley divina no es digno de su grandeza, ni pueden serle gratos los homenajes del hombre, tan pequeño y limitado comparado con su Hacedor. ¡Miserables sofismas con que la impiedad intenta abolir el culto de la divinidad, desacreditando la ley que le prescribe! ¡Como si una vez espresada la voluntad del supremo legislador, tuviese el hombre el menor derecho á investigar temerariamente los motivos en que se funda! ¡Como si siendo el Señor el árbitro, y dueño de todas las cosas, en quien reside la existencia sin límites, el poder sin debilidad, la ciencia sin sombras, la sabiduría sin defecto, la bondad sin medida, y todas las perfecciones del sér sin mezela ni imperfeccion, no resultase como una consecuencia la mas legítima y forzosa la necesidad de esa adoracion, de esos homenajes que deben tributarle todas las criaturas!

Pero la impiedad no ataca de frente esta ley, no se atreve á negar paladinamente la necesidad y conveniencia del culto. Tan hipócrita como los antiguos fariseos, si bien no menos prevenida que ellos contra la doctrina católica que le prescribe como un deber, afecta apreciar todo su valor y reconocer su sublimidad: pero descartando como inútiles sus prácticas exteriores, quisiera reducirle únicamente á la adoracion interior, ó como dice en su enfático lenguaje, al culto del corazón. ¿Y esto se atreven á decir los hombres de nuestro siglo? ¡Fementidos! Sus lenguas ocultan veneno de aspid, la mentira rebusca en sus bocas, no hay verdad en sus palabras, y su alma está llena de iniquidad. De ellos pudiera decir el Señor con mayor motivo que de aquellos envidiosos émulos del Salvador: «Este pueblo me honra con los lábios, pero su corazón con que pretenden darme culto, está bien lejos de mí.» *Populus hic labiis me honorat, cor autem eorum longe est à me* (1). ¡Pues qué! ¿No es el corazón lo primero que Dios nos pide cuando nos manda que le adoremos en espíritu y verdad? ¿No es el corazón, según el Apóstol, con el que creemos las verdades reveladas (2)? ¿No es el sacrificio del corazón

(1) Matth. XV. 8.

(2) Ad Rom. X. 10.

el que el Señor exige de sus criaturas, como condicion precisa sin la cual rechaza desdeñosamente todas sus ofrendas? ¿No es la pureza del corazon la que hace que nuestras plegarias sean escuchadas favorablemente? En una palabra, todo el sistema de la religion católica, ¿no está fundado principalmente en los sentimientos del corazon? Ella se dirige casi esclusivamente á reformarle, á purificarle, á ennoblecerle, condenando todos sus vicios, reprobando sus excesos, y enfrenando sus pasiones desordenadas. Por manera que bien puede decirse que el corazon es el grande objeto á que se refieren todos los esfuerzos de la religion en el arreglo de la conducta del hombre.

Pero ¿quién no vé que esas espresiones enfáticas de la impiedad envuelven el pérfido designio de reducir todo el culto católico á una cosa meramente ideal, á un sentimiento estéril de la existencia del Ser supremo, sin ley alguna que designe á Dios ningun derecho, ningun homenaje, ni imponga al hombre la menor obligacion en este punto? Tal es en último resultado esa ley de la razon que quisiera sustituir á la ley divina; ley muda é infecunda que nada propone, nada instruye, ni propone ni determina nada con respecto á la adoracion de la divinidad; ley oscura y ambigua que cada cual puede interpretar á su antojo y deducir de ella las consecuencias que mejor le plazcan, acomodándola á sus ideas, variándola segun su capricho, estendiéndola ó coartándola segun los tiempos ó las circunstancias. ¡Qué error! ¡Qué demencia! ¿No ven los que así piensan que semejante ley es un absurdo, y que el culto que de ella quieren deducir, ese culto esclusivo del corazon, tal cual ellos le conciben, no tiene existencia sino en sus cerebros estraviados por el racionalismo filosófico? ¿Qué impresion haria sobre la imaginacion del hombre una religion seca y estéril, fundada únicamente en un sentimiento especulativo de la magestad y grandeza de Dios? ¿Qué ideas despertaria en su alma un culto invisible sin templos, sin sacrificios, sin plegarias, sin ceremonias, sin nada en fin que marcasse nuestra dependencia ó nuestras relaciones con el objeto á que se dirige? ¿En qué consistiria el reino visible de Dios sobre la tierra, si la tierra no le honrase de una manera sensible? ¿Y es ese el culto

del corazon tan ponderado por la moderna filosofia? Así es como so pretesto de reconocer en Dios una providencia que todo lo ordena y dispone, se entregan esos espíritus orgullosos é incrédulos á una punible indolencia que nada pide, ni se dá la pena de solicitar ninguna gracia del cielo. Así por no estar sujetos á los cuidados de una servidumbre enojosa, favorecen con sus doctrinas una libertad perjudicial, dando rienda suelta al pensamiento y quitando todo freno á las mas vergonzosas pasiones. Así en fin so color de adorar á Dios en espíritu, fomentan la rebelion de la carne, y los combates que ésta dá continuamente al alma, nutren el ardor de la concupiscencia, y escusan el crimen culpando únicamente á la naturaleza. Porque ese culto facticio no reconoce ni la necesidad de la plegaria, ni la vigilancia sobre sí mismo, ni el sacrificio de las pasiones, ni la custodia de los sentidos, no siendo en su concepto mas que una supersticion grosera el mérito que la religion ha unido á la mortificacion cristiana.

¡Cuán superior se muestra en este punto la ley divina á las doctrinas de la razon humana! Al mismo tiempo que exige del hombre un culto interno del corazon, le manda manifestar á Dios este mismo sentimiento por medio de ciertas observancias esternas, que sirven á la vez para ayudarle y darle mayor firmeza, sosteniendo y animando las disposiciones del espíritu. Al efecto emplea las esteriores de la penitencia que humillan el corazon, el recuerdo enternecedor de los misterios que le conmueven, el magestuoso aparato de las ceremonias y de los templos que le engrandecen, las reuniones edificantes de los fieles que le animan, el ministerio de la palabra que le alimenta, y el cuadro patético de la bondad y de la justicia divinas que le convierten. De este modo la ley divina, prescribiéndonos los deberes que debemos cumplir, nos facilita tambien los medios de ejecutarlos. Ella nos dirige ofreciéndonos una regla segura para obrar el bien, previene nuestros errores trazándonos el camino de la verdad, y nos pone al abrigo de esos abusos, de esos escesos que frecuentemente han sido el escollo donde han tropezado los mas grandes génios cuando han pretendido honrar la divinidad sin aprender de ella el modo con que queria ser honrada. Si es cierto que

nuestra alma, como decía Tertuliano, es naturalmente cristiana, en virtud de los sentimientos que en ella grabára el Criador para atraerla hácia él, también lo es que sola su divina ley es capaz de enseñarla la manera de hacer ostensibles estos mismos sentimientos. Reconocer humildemente el sér infinito de Dios, hed ahí la adoracion; asentir á los oráculos dictados por la verdad suprema de Dios, hed ahí la fé; templar el temor de la justicia de Dios con el recuerdo de sus bondades, hed ahí la esperanza; amar á Dios sobre todas las cosas, preferirle á todas ellas, y ejecutar en todo sus mandatos, hed ahí la caridad. Para fomentar pues y alimentar estas virtudes que se refieren directamente á Dios, y cuyo principio está en el corazon humano suponiendo siempre la influencia de la gracia, evoca la ley divina en su auxilio un aparato sensible capaz de mover al hombre. De ahí el culto esterno, las observancias religiosas, la pompa de las solemnidades, y todas esas prácticas consagradas por el catolicismo, y que tan maravillosos efectos han obrado á veces aun en las inteligencias menos dispuestas á abrazar la verdad, en los corazones mas obstinados en el error. Medios tan evidentemente útiles y ventajosos, que una vez despojada la ley de lo que á primera vista no parece mas que la corteza, bien presto se llega á destruir la esencia, la sustancia misma de ese árbol misterioso; y tan pronto como se abandona el culto exterior, se toca al momento de ver arrancado de raíz el culto interior y secreto.

¿Cómo pues pretenden honrar á la divinidad los que niegan la necesidad de este culto? ¿Cómo se atreven á sustituir las tradiciones puramente humanas de la filosofia del siglo á las divinas prescripciones de la ley de Dios? Dígase en buen hora que las demostraciones esternas del culto nada añaden á la viveza de los sentimientos del corazon. Proclamen en alta voz que el universo entero es el santuario de Dios que todo lo llena con la inmensidad de su gloria, y que por consiguiente ninguna necesidad tiene de templos ni sacrificios. Repitan enfáticamente que los beneficios que derrama en el mundo su providencia bastan por sí solos para escitar sentimientos de gratitud, sin que sea menester recordarlos con el aparato de las solemnidades religiosas. Digan... ¿Pero qué podrán decir que mil veces no haya-

mos oído? Cansados estamos hasta el hastío de ver reproducidos bajo diversas formas esos sofismas con que la impiedad aspira á abolir las sublimes prácticas del culto católico. ¡Como si el corazon humano no necesitase ser ayudado con objetos exteriores para elevarse mas y mas á la contemplacion de las cosas divinas é invisibles! ¡Como si los templos no fuesen la morada escogida por Dios para manifestar de un modo especial su grandeza, para derramar sus misericordias sobre los hombres, y escitar en sus almas los pensamientos mas grandes y los mas tiernos afectos! ¡Como si las santas festividades no fuesen los medios mas apropósito para fomentar el recuerdo de los divinos beneficios en unas almas propensas á olvidar con facilidad lo que deben á su Criador, y para instruir las en lo que deben hacer para corresponder dignamente á sus bondades! Suprimid pues el culto exterior, y bien presto en medio del bullicio de los negocios mundanales olvidareis hasta la menor idea del Sér Supremo á quien afectais honrar con el corazon. Descartad de él las augustas ceremonias y las prácticas religiosas prescritas por la ley, y no tardareis en caer en una vergonzosa indolencia, ó en las mas groseras supersticiones. Vuestro culto no será mas que un culto tan arbitrario y móvil como las opiniones humanas, tan variable é inconstante como los usos y costumbres del siglo, tan insubsistente como vuestras teorías y combinaciones. Pero no nos detengamos mas en esto, y demostrada ya la sabiduría de la ley divina con respecto al culto que nos manda tributar á Dios, pasemos á considerarla con relacion á los deberes que impone al hombre.

SEGUNDA REFLEXION.

¿Qué bienes proporciona al hombre la ley de Dios? Hé aquí, C. O., una cuestion entablada mas de una vez por la impiedad, enemiga declarada de todo cuanto propende á sojuzgar el entendimiento bajo el dominio de la fé, y á coartar esa libertad ilimitada que arrastra á

los mortales á entregarse sin freno á todas las inclinaciones desordenadas del corazón viciado por el pecado. Digo pues en primer lugar que la ley de Dios dirigiéndose á la inteligencia del hombre, le dá reglas de conducta proporcionadas á sus sublimes destinos: puesto que sus preceptos están apoyados sobre la grandeza y excelencia de nuestro sér. Ella nos enseña claramente lo que somos en el tiempo y lo que estamos llamados á ser en la eternidad: manifiéstanos nuestra superioridad sobre todas las demás obras de la creación, y nos muestra el cielo como recompensa de nuestros merecimientos; nos segrega de todas las criaturas que no tienen mas que una duración limitada ni otras leyes que las de la necesidad, poniendo ante nuestros ojos la bella perspectiva de una inmortalidad dichosa que podemos conseguir mediante las buenas obras; y á la par que exige de nosotros una fidelidad constante á sus mandatos, nos recuerda la fidelidad de un Dios que corona en nuestra misma naturaleza la sumisión á los deberes que impone. Y en efecto, ¿quién hay que al oír que la ley de Dios le prescribe el desprendimiento de los efímeros bienes de la vida presente, no eleve sus pensamientos y sus miras santamente ambiciosas á aquella otra vida perdurable en donde reside el origen y la fuente de todo bien perfecto é inamisible? ¿Quién al ver que la ley divina le hace un deber de luchar contra los apetitos sensuales y de triunfar de las seducciones del vicio, no recuerda al momento las puras delicias que proporciona la virtud, y las coronas reservadas en el cielo á los que pelean legítimamente? ¿Quién al pensar en el santo ódio que ella nos inspira contra este cuerpo de barro que debe perecer en la tumba, no se eleva á la contemplación de la nobleza de esa alma imagen perfecta de la divinidad, contra la que son impotentes todos los tiros de la muerte? Vosotros pues los que mirais esa ley santísima como una servidumbre insoportable, decidme: ¿qué pensaríais de vosotros mismos sin ella? ¿qué ideas tendríais de vuestro sér? ¿qué esperaríais? ¿qué fin os propondríais? ¡Apelaríais indudablemente á las luces de la razón! Pero la razón abandonada á sus propios recursos se vé frecuentemente oscurecida por las pasiones, rodeada de las tinieblas de la ignorancia, y por consiguiente es incapaz de guiar al hombre por el camino del deber;

tropieza á cada instante en mil escollos, y va á estrellarse en el abismo del error. Cierto que la razon juntamente con la conciencia forman una especie de tribunal secreto en donde el hombre se ilustra, se instruye y se juzga: mas luego que las pasiones turban aquella y se ponen en lucha con ésta, ¿quién podrá poner término á sus perplejidades, á no existir un árbitro soberano que decida lo que el hombre debe hacer para no errar? ¿No es un absurdo querer tomar la razon por guia infalible de nuestras operaciones respecto de todos los objetos, cuando hay tantos en que se halla manifiestamente estraviada? ¿Cómo pudiera ser una regla segura de conducta para todos los hombres indistintamente, cuando son tantos los que apenas pueden hacer uso de ella, porque su estupidez ó su ignorancia les tiene sujetos servilmente al imperio de la costumbre, del hábito y de las preocupaciones? ¡Oh! Ciegos son y conductores de otros ciegos, segun el lenguaje de Jesucristo, esos hombres que empapados por decirlo así en el racionalismo del siglo, pretenden que esa potencia tan lastimosamente herida por el pecado, tan débil, tan propensa á abrazar como verdades inconcusas las mas humillantes aberraciones, sea el único móvil de las acciones humanas, el único mentor que nos instruya en nuestros deberes, la única balanza que decida de la bondad ó de la malicia de nuestros actos: *Cæci sunt, et duces cæcorum* (1). Dejad á esa gran porcion de seres degradados y envilecidos por la ignorancia sin ese astro luminoso de la ley de Dios que dirija sus pasos por entre las tinieblas del error y el caos de las pasiones; dejadlos sin el apoyo de sus preceptos, sin la esperanza de sus promesas y sin el freno de sus amenazas, y los vereis á todos rodar por la pendiente de la inmoralidad, y no parar hasta lo mas profundo del crimen: *Sinite eos... si cæcus cæco ducatum præstet, ambo in foveam cadunt* (2). Por el contrario, ¿cuán admirables efectos no produce la ley de Dios en los que se dejan guiar por sus sábias prescripciones! Con su auxilio vemos derramarse una luz divina sobre las inteligencias menos ilustradas, y practi-

(1) *Matth. XV. 14.*

(2) *Ibid.*

car las acciones mas sublimes á los hombres mas sencillos y groseros; vemos al rústico que no sabe mas que los mandamientos de la ley, tener un corazon mas recto, costumbres mas puras, sentimientos mas nobles, y un alma mas grande que esos falsos sábios del mundo que menosprecian orgullosamente la santa docilidad del cristianismo; vemos al pobre en su choza encontrar en su sumision á los divinos preceptos, mas energía de espíritu que esos génius fastuosos y arrogantes adornados de toda clase de conocimientos humanos; en una palabra, do quiera que existe la fidelidad á la ley de Dios, allí vemos al hombre justo, sóbrio, morigerado, y dueño de sí mismo, al padre virtuoso, al hijo obediente, al esposo fiel, al ciudadano honrado y pacífico, al magistrado incorruptible, al súbdito leal, al hombre digno de la religion y de la sociedad.

Mas en la suposicion de que esta ley no existiese, ¿qué es lo que veriamos? Nada mas, A. O. M., que el hombre entregado á sí mismo. ¿Y sabeis lo que es el hombre abandonado de este modo á sí propio? ¡Ah! Imaginad cuanto hay de mas fogoso en las inclinaciones de la naturaleza, de mas humillante en los estravíos del entendimiento, de mas corrompido en las pasiones del corazon, y entonces podreis formar una idea si no justa al menos aproximada de lo que es el sér humano sin el freno de la ley de Dios. ¿De dónde han surgido esas opiniones insensatas, esos sistemas ridiculos, esos monstruosos absurdos que han envilecido á la humanidad y llenado el mundo de horrores y de crímenes? Del hombre entregado á sí mismo, ó sea á los recursos de su razon. Haciale falta una ley que cautivase su inteligencia en obsequio de la fé; su orgullo protestó contra ella, su presuncion le lanzó en el laberinto interminable de mil cuestiones peligrosas, su temeridad le hundió en el abismo, y vedle víctima de esa misma razon que él creyó ser su escudo y su defensa. ¿De dónde nacieron esa voluptuosidad escandalosa, esos repugnantes excesos, esos vicios sin nombre conocido en los idiomas cultos, que han ultrajado la naturaleza y la dignidad humana hasta rebajarla á una condicion peor que la de los irracionales? Del hombre entregado á la única ley de su razon. Érale indispensable una ley que pusiese un dique á sus inclinaciones desordenadas: mas él se rebeló contra

ella, sacudió este yugo insoportable, menospreció este freno incómodo; y los sentidos tomando ascendiente sobre el alma, la sojuzgaron, enervaron su primitivo imperio sobre las pasiones, y consumaron su degradacion con sus repetidas victorias. De la misma fuente han brotado esa licencia que todo lo cree licito, esa audacia que de nada se avergüenza, esa inmoralidad en fin que deshonra nuestro siglo y nuestra decantada civilizacion. ¿Qué se han hecho en nuestros días aquella amable franqueza, aquella noble rectitud, aquella sencillez modesta, y la sincera cordialidad, y la tímida inocencia, y el pudor ruboroso, y la generosa caridad que en tiempos mas felices conocieron nuestros abuelos? ¡Ah! Todas esas virtudes desaparecieron en proporcion que fué debilitándose el respeto á la ley divina. ¿Y qué leyes, qué tradiciones son las que los hombres de la época, los sábios racionalistas han sustituido á aquella ley sapientísima? Leyes de ambicion que arrastran al hombre á oponerse á todo cuanto contraría las pretensiones de la vanidad; leyes de venganza que por autorizar esa quimera denominada punto de honor, huellan los derechos de la naturaleza, de la sangre y de la humanidad; leyes de sensualidad que reducen la principal ocupacion del hombre á abusar de toda clase de gozes materiales; leyes de frivolidad que sacrifican los talentos al placer, lo útil á lo agradable, la realidad á las ilusiones, y el mérito de las cualidades mas apreciables al falso brillo de una vana exterioridad. Así es como el siglo llamado de las luces ha venido á ser el siglo de los desórdenes, el siglo de la inmoralidad, el siglo de las pasiones y de los vicios mas vergonzosos.

Jamás con tanta razon como en nuestro siglo pudiéramos decir con el profeta que el hombre no comprende ó no quiere comprender la estension de su grandeza. El atractivo de los objetos presentes sensibles, hále arrastrado á asemejarse á esos viles animales que no conocen otro bien ni tienen mas porvenir que lo que aquí gozan (1). ¡Degradacion profunda á que conduce el olvido de la ley de Dios y el menosprecio de sus sábias prescripciones, sin las cuales la razon humana, como hemos demostrado, es impotente por sí sola para

(1) Psalm. XLVIII.

evitar los extravíos del entendimiento y enfrenar las inclinaciones desordenadas del corazón humano! Podrá en buen hora contenerle por algún tiempo en el círculo de sus deberes con la esperanza de alguna ventaja ó con el temor de algún infortunio; pero tan luego como nada haya que esperar ó temer, cesarán los deberes y desaparecerá toda sombra de virtud. Los principios de la educación, la nobleza de sentimientos podrán servirle á veces de guía; mas en este caso, ¿qué recurso les queda á las almas débiles y á las que carecen de educación? Al contrario en la sabiduría de la ley divina encuentra el hombre la sabiduría misma de Dios, y una regla universal, invariable, absoluta, eficaz, sensible y respetable, como que lleva impreso en todas sus prescripciones el sello de la autoridad suprema que rige y gobierna todos los destinos del mundo.

¡Dichoso pues el que alejándose de los consejos de los impíos, y huyendo de las máximas de un siglo racionalista é incrédulo, escucha con docilidad los oráculos de la divina ley, y busca en ella las reglas para formar su inteligencia y su corazón! ¡Dichoso el que día y noche medita profundamente las bellezas que encierran los preceptos del Señor, escitándose de este modo á amarle como al único objeto que puede hacer su felicidad! A manera de árbol plantado junto á la corriente de un arroyo, producirá frutos sazonados de virtud y buenas obras, de gracia y de salvación, lo mismo en la adversidad que en la prosperidad, en los días de la humillación como en los días de la gloria; porque donde quiera esa ley adorable le sostendrá en sus desgracias, le protegerá en los peligros, le ayudará á combatir con éxito sus pasiones, y le hará triunfar de todos los vicios. Ella en fin será su guía á través de los escollos que encontrará en su peregrinación sobre la tierra, su luz por entre las tinieblas del error, la columna de fuego que le señalará el derrotero en el desierto de esta vida, y le conducirá al término de su carrera, poniéndole en posesión de la inamisible eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XVIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

FUNESTOS EFECTOS QUE EN LA INTELIGENCIA Y EN LA VOLUNTAD HUMANAS
RESULTAN DEL ROMPIMIENTO DE LAS RELACIONES ENTRE EL HOMBRE Y DIOS,
VERIFICADA POR EL ERROR Y LAS PASIONES.

*Offerebant ei paralyticum jacentem in lecto. Et videns Jesus fidem illorum
dixit paralytico: Confide fili, remittuntur tibi peccata tua.*

Presentaron á Jesus un paralítico postrado en un lecho. Y al ver Jesus su fé, dijo al tullido: Ten confianza, hijo mio, que tus pecados te son perdonados.

MATTH. IX. 2.

UNA de las mas importantes verdades del cristianismo es que la humanidad á consecuencia del pecado del primer hombre quedó lastimosamente enferma en su inteligencia y en su corazon. Enfermedad que fué aumentándose gradualmente en proporcion que las relaciones primitivas de la criatura con su Criador, rotas ya por la funesta transgresion de un padre culpable, fueron desapareciendo en la larga noche del politeismo. Seducido aquel por el génio del mal, hizo abstraccion completa del que le formára á su imágen y semejanza, olvidó todos los dones con que le enriqueciera su mano omnipotente, reconcentróse en su propio ser, pensó únicamente en sí mismo, y mal contento con ser el gefe de la creacion, el sér privilegiado á quien estaban sometidos todos los demás séres, aspiró á asemejarse á Dios en su sabiduría, en su poder y en todos los demás atributos; quiso ser una segunda divinidad, y este desórden interior de su en-

tendimiento y de su voluntad, le arrastró á consumar aquella separacion funestísima, cuyos efectos fueron la degradacion, el envilecimiento, las miserias, la muerte de toda su descendencia, y sobre todo esa inclinacion innata hácia el mal, esa dificultad tan marcada para obrar el bien, esa impotencia desde entonces mucho mayor para practicar la virtud sin el auxilio de la gracia divina. Imágen viva del tullido de que hoy nos habla el Sagrado Evangelio, vanos y de todo punto ineficaces hubiesen sido todos los esfuerzos de la humanidad para levantarse de aquel estado de postracion profunda, si una voluntad omnipotente no se lo hubiese mandado, si el divino Reparador no hubiese tomado á su cargo la sublime cuanto difícil mision de rehabilitarla en sus primitivos derechos. Pero el Verbo de Dios hecho carne, obró con la humanidad un prodigio parecido al que nos refiere el texto sagrado.

«Presentaron á Jesus un paralítico postrado en un lecho: y al ver su fé, dijo al tullido: Tén confianza, hijo, que tus pecados te son perdonados. Ciertos Escribas al oírle, decian entre sí: Este blasfema. Mas Jesus, conociendo sus pensamientos, les dijo: ¿Por qué pensais mal en vuestros corazones? ¿Qué cosa es mas fácil decir: Te se perdonan tus pecados, ó el decir: Levántate, y anda? Pues para que sepais que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar pecados, levántate, dijo al mismo tiempo al paralítico, toma tu lecho y vete á tu casa. Y levantóse, y fuese á su casa. Lo cual viendo las gentes quedaron poseidas de temor, y glorificaron á Dios por haber dado tal poder á los hombres.»

Solo un Dios-Hombre podia en efecto regenerar un mundo envilecido por los mas vergonzosos errores, curar á ese gran tullido incapaz de moverse por sí mismo, encadenado como estaba por los vicios mas repugnantes, postrado en el lecho de una ignorancia espantosa, víctima de mil groseras preocupaciones, y arrastrado por las ilusiones de su entendimiento, oscurecido por las ignominiosas pasiones de su corazon. Y ved aquí la gran mision que el Verbo recibiera de su eterno Padre, el motivo y el fin de su venida al mundo hecho hombre en el seno de una Virgen, á saber, reparar

las ruinas causadas en la humanidad por el pecado, reanudando las relaciones que éste rompió entre la criatura y el Criador; y esto de dos maneras: oponiendo por una parte la luz de la verdad á las tinieblas del error en que quedára envuelta la humana inteligencia, y por otra la pureza de la virtud á la corrupcion vergonzosa del vicio que inficionára los corazones.

Consideremos pues los dos principales y mas funestos efectos que ocasionó en el hombre el rompimiento de las relaciones primitivas que le unian con su Dios, y los mismos veremos reproducirse todos los dias en aquellos que de él se separan arrastrados por los errores ó las pasiones. Pues «casi como en la union con Dios encuentra la inteligencia la luz de la verdad, y la voluntad la regla de sus deberes, por el contrario su separacion de ese centro conduce á la primera á la mas profunda oscuridad del espíritu, y engendra en la segunda el mas lamentable desórden en sus afectos y aspiraciones.» Hé aquí lo que formará el asunto del presente discurso, de donde deduciremos la grandeza de la reparacion verificada por Jesucristo, y los incalculables beneficios que trajo al mundo el cristianismo, enseñando una doctrina que ilustra el entendimiento con la verdad y enriquece el corazon con las mas preciosas virtudes. Invoquemos los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Que las tinieblas del espíritu provengan del rompimiento de la union del hombre con Dios, es una verdad que se deduce naturalmente de los antecedentes que hemos asentado. Como quiera que Dios es la única luz capaz de derramar una verdadera claridad sobre la inteligencia humana, resulta ser de absoluta necesidad el permanecer bajo la influencia de sus rayos, para percibir su resplandor; á la manera que siendo la vision física el resultado de la union

que existe entre el ojo y la luz del sol, tan luego como el hombre se separa de esa luz y cierra todas las vias por donde se comunica á él, la vision deja de existir, y se vé envuelto en la mas profunda oscuridad. Tal es la suerte del entendimiento humano, toda vez que por el pecado interpone un obstáculo á la efusion de aquella luz divina que emana de Dios; las espesas sombras del error suceden á los brillantes resplandores de la verdad, porque no la hay ni puede haberla allí donde no alumbrá el eterno sol de justicia. Y ved con cuánta razon el Apóstol designaba á todos los paganos bajo la denominacion universal de tinieblas (1). Observad á esos desgraciados tropezando á cada paso en esa noche funesta, sin saber de dónde vienen ni adónde van, ignorando la naturaleza de Dios y del hombre, los deberes esenciales á la conservacion y bienestar de la sociedad, las relaciones que el Criador ha establecido entre los seres racionales y los sublimes destinos que los ha marcado. Las criaturas físicas ocupan únicamente su inteligencia, porque ellas solas caen bajo el dominio de sus sentidos, y en su consecuencia llegan á estraviarse hasta el punto de considerarlas como otras tantas divinidades, porque en medio de su degradacion el hombre no puede menos de sentir su dependencia de algun poder superior, si bien en la imposibilidad de conocer de quién debe esperar una suerte favorable, sacrifica indistintamente á todo cuanto le rodea, y procura tener propicios á todos los seres por cuantos medios le es dado espresar su sumision.

De ahí el origen del politeismo, de la idolatría, de la supersticion, de la magia, y de todas esas aberraciones que se refieren á la existencia de un Sér supremo; y así es como el culto del hombre degradado nació de sus tinieblas y de sus necesidades. Ved á ese hijo del error prosternarse delante de una piedra, de una planta, ó de un animal cualquiera, prostituir sus adoraciones á un trozo de madera que labráran sus manos, y decir gravemente á un mármol: «Tú me has formado,» segun la espresion de un profeta (2). Cada

(1) Eratis aliquando tenebræ. (Ad Ephes. V. 8.)

(2) Dicentes ligno: Pater meus es; et lapidi: Tu me genuisti. (Jerem. II. 27.)

porcion de la naturaleza sensible, recibe á su vez los incienso del hombre: allí se mira como un Dios lo que aqui se inmola como una víctima; y el universo, ese templo magnífico que el eterno arquitecto levantára para su gloria, no ofrece á la vista mas que sacrificios inhumanos, orgías repugnantes, misterios infames y horribles desórdenes decorados con el bello título de religion. ¿Cómo pues hallar al Dios verdadero en medio de semejante anarquía, en donde el demonio se erigia en Dios bajo la forma de todas las criaturas, y se hacia honrar por la corrupcion del linage humano? ¡Imposible! El Dios único, el Dios criador del universo, no estaba allí; habíase retirado á aquel santuario de su grandeza, que Tertuliano llamó eloquentemente su soledad (1), dejando las tinieblas entregadas á sí mismas en punicion del pecado que habia oscurecido la luz brillante de la revelacion divina.

Educados en la luz del cristianismo, nos cuesta trabajo persuadirnos y apenas podemos creer que la inteligencia humana llegase á tal exceso de oscuridad; pero cuando estudiamos á fondo los monumentos de la antigüedad sagrada y profana, un sentimiento de horror mezclado de lástima ocupa nuestras almas, y vemos por desgracia que los repugnantes rasgos con que hemos bosquejado ese horrible cuadro, aun no llegan con mucho y son muy descoloridos comparados con la realidad. Tales son pues los extravíos á que se deja arrastrar el hombre separado de Dios y entregado á sí mismo. No teniendo por objeto de sus adoraciones el Sér criador que sembrára en su alma el sentimiento instintivo de su culto, sigue precisamente el impulso de su naturaleza, prefiere adorar un objeto falso, mas bien que no adorar á ninguno, y se dirige á los vanos simulacros que le rodean, creyendo ver donde quiera al Dios que lanzára de su corazon. Sin embargo, en esa misma propension de la especie humana se revela á la razon epurada la existencia del verdadero Dios. De lo contrario, ¿cómo se explicaria esa inclinacion natural sino existiese ese ser que buscan las criaturas? ¿En qué se fundaria esa plegaria universal del mundo entero, si éste no presintiese esa

(1) Tertul. advers. Marcion. L. 1. n. 4.

existencia soberana que es el árbitro de sus destinos? Pero ¿por qué, oh mundo, no buscas mas que dentro de tí mismo ese sér que conoces ser superior á tí? ¿Cómo no te persuades de que esas innumerables deidades cuyo apoteosis formas, no conducen á otra cosa sino á demostrar tanto por su origen como por su muchedumbre que ninguna de ellas es Dios? ¡Oh! busca en otra parte, elévate á lo invisible en donde solo puede penetrar la inteligencia; abandona el camino de los sentidos, los cuales podrán en buen hora erigir templos terrestres, pero nunca jamás serán capaces de reconocer al verdadero Dios que se complace en manifestarse en el augusto santuario del espíritu, á la luz de la verdad.

No faltaron en efecto entre los antiguos sábios algunos que comprendieran cuán vanamente se buscaba en la materia á un Dios inmaterial é invisible. La filosofía abandonó por una abstraccion metódica los errores de los sentidos, creyendo hallar al verdadero Dios en las combinaciones de su orgullo; pero como era consiguiente, buscándole fuera del círculo de las verdaderas tradiciones, su trabajo fué infructuoso, porque no era á Dios, sino á sí propia á quien queria glorificar, como se espresa San Pablo, y por lo tanto fracasaron todos sus proyectos, desvaneciéronse sus pensamientos, y los hombres que se creían los oráculos de la humanidad vinieron al fin á demostrar con sus errores que eran los mas nécios y supersticiosos del mundo (1). Así que jamás esa orgullosa filosofía pudo dominar sus tinieblas; Dios continuó siendo para ella tan invisible como para el resto del vulgo ignorante; y para conservar en todo el odioso carácter de egoismo tan profundamente marcado en el hombre abandonado á sí mismo, hubiera deseado poder arrebatár á la muchedumbre hasta la mas leve nocion de la unidad divina. Jamás su luz fué bastante para hacer dar á sus dogmas un carácter positivo y regulador: y cuando al fin agoviada por la vejez vió enterrar sus últimos sábios, no pudo menos de espresar las vacilaciones de su juventud y los ensueños de su caducidad en aquel altar misterioso que

(1) *Evanuerunt in cogitationibus suis,.... Dicentes se esse sapientes, stulti facti sunt.*

sus manos desfallecidas levantaron en la culta Atenas «AL DIOS DES-
CONOCIDO (1).» ¡Monumento solemne de las tinieblas del viejo mundo,
que la aurora del cristianismo vivificó con sus divinos resplandores,
cuando la voz de Pablo resonó bajo las bóvedas de aquel solitario
asilo que Dios se reservára en medio de las naciones!

No menos ciegos y aun mas extravagantes que los filósofos, los
poetas antiguos quisieron tambien dogmatizar como ellos sobre la di-
vinidad. ¡Insensatos! Ellos buscaron la teología en el delirio de sus
cerebros exaltados, sin reparar en que la imaginacion es la hija de
los sentidos que impresionan al alma, y que todo cuanto deriva de
ese origen es terrestre como el elemento que lo produce. Asi, aque-
llos oráculos de Grecia y de Roma hallaron dioses en cada porcion
de su suelo; no contentos con poblar de ellos los abismos del mar, y
la soledad de los bosques, multiplicáronlos en todos los rincones del
hogar doméstico, y hasta las cloacas más inmundas tuvieron sus gé-
nios tutelares. Tal fué el triste pero necesario resultado de un tene-
broso orgullo, cuyas obscuridades fueron tanto mas perniciosas,
cuanto que estaban embellecidas con los encantos de la imaginacion,
y en ellas encontraban entera libertad las mas vergonzosas pasiones.

Ved pues, A. O., si en vista de este estado á que las tinieblas
del espíritu arrastráran á la desgraciada humanidad, no era de ne-
cesidad absoluta la venida de un Dios-Hombre reparador, que opo-
niendo á aquellas la luz de la verdad eterna que moraba en el seno
del Padre, enseñase á los mortales el camino recto de la salvacion,
restableciendo el imperio de los dogmas primitivos oscurecidos por
la extravagancia y la impiedad pagana, trazando de nuevo en las
almas la imagen del verdadero Dios desfigurada por los innumera-
bles errores y delirios de la ciencia carnal y terrestre de los filósofos
y poetas, y volviendo á llamar al hombre á su primera institucion.
¡Oh! ¿Qué hubiera sido del mundo, si el cristianismo desarrollando
su mision augusta y civilizadora no hubiera ahuyentado con la luz

(1) Viri Athenienses, per omnia quasi superstitioniosiores vos video.
Pertransiens enim, et videns simulacra vestra, inveni et aram in qua
scriptum erat: IGNOTO DEO. (Act. apost. XVII. 22, 23.)

esplendorosa de su doctrina las sombras en que se hallaba envuelta la humana inteligencia, y descubriértola un nuevo orden de verdades desconocidas hasta entonces por los sábios de todos los siglos? Pero vino Jesucristo y con él la única luz que podía ilustrar al universo, como emanada del seno mismo de Dios; dejóse ver sobre la tierra el que era desde la eternidad el esplendor de la gloria del Padre y figura de su sustancia. «Yo soy, dijo, la luz del mundo; el que me sigue no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida;» y diciendo, desenvolvió el rico depósito de una doctrina traída del cielo, y dió á los hombres nociones claras y positivas de la divinidad, y les manifestó la nobleza de su origen, la grandeza de sus destinos, su debilidad, sus miserias, y los remedios á que debían recurrir para obtener la reparacion de las quiebras sufridas por el pecado, y les ofreció las mas sublimes esperanzas poniendo ante sus ojos la bella perspectiva de la inmortalidad y la posesion eterna del bien supremo. Y legando por último al mundo junto con el precio infinito de su sangre, una religion salvadora, un culto sublime, un código civilizador en que estaban reasumidos todos los grandes preceptos, las grandes enseñanzas, las grandes verdades y los grandes principios, propios á hacer la dicha de la humanidad y á proporcionar el positivo bienestar á los individuos y á las sociedades, en el tiempo y mas allá del tiempo, inauguró aquel bello día que debia perpetuarse durante los siglos, sobre las ruinas del error que venia reinando á través de la larga noche de la idolatria y del politeísmo. Mas ¡ay! que por desgracia aquella noche funesta pesa todavía sobre esos hombres que cierran obstinadamente sus ojos á los vivos resplandores del catolicismo, idólatras modernos que adoran sus propias concepciones, y cuya inteligencia carece de regla, y en cuyo corazon no anida la virtud. ¡Y si al menos se contentasen con gozar ellos solos de las tinieblas que aman! Pero no es así; un instinto diabólico les impulsa á extinguir la luz de los entendimientos so pretexto de ilustrar al género humano. Todos sus estudios, su génio, sus desvelos y hasta su tranquilidad misma, lo sacrifican gustosos por propagar sus fastuosos sistemas, en los que bajo los nombres seductores de perfectibilidad y unidad social, de filosofía ó

ideología, no se encuentra sino ensueños, errores é impotencia. Hed ahí las tinieblas en que se vé envuelto el hombre cuando se separa de Dios. Consideremos ahora el segundo efecto de esta separacion que es el desarreglo de la voluntad, ó sea la corrupcion del corazon humano.

Que ésta resulta de las tinieblas del espiritu, es indudable, puesto que hallándose el entendimiento desprovisto de la luz de la verdad, ¿qué ciencia puede poseer capaz de dirigir los afectos y aspiraciones del corazon? En el estado de la inocencia, éste era dirigido y ordenado por la misma rectitud de la inteligencia, en donde se hallaba la razon, la idea eterna, el Verbo que es la luz, puesto que en él reside toda verdad, y de este modo el entendimiento, poseyendo la verdad, comunicaba al corazon la positiva sabiduría. Vino empero el pecado á disipar esta claridad divina, interceptando las relaciones del hombre con su Dios, y en su consecuencia retiróse la luz que mostraba al hombre el camino de la virtud, y el corazon se extravió lanzándose en las vias del vicio, y corriendo en pos de sus desenfrenados deseos. Así el sábio, despues de representar las tinieblas de la idolatría en que se vió sepultado el universo antes de la venida del Hijo de Dios á la tierra, pasa inmediatamente á describir sus efectos en la corrupcion de los individuos y de las sociedades enteras. «Los hombres, dice, no se limitaron á vivir en el error en »órden al conocimiento de Dios, sino que envueltos en una espan- »tosa confusion, efecto de su profunda ignorancia, dieron el nombre »de paz á los males mas graves y funestos. Y ora sacrificando sus »propios hijos, ora ofreciendo en secreto sacrificios infames, ó cele- »brando reuniones nocturnas y brutales orgías, ni respetan las vidas »ni la pureza de los matrimonios, sino que unos á otros se matan »por celos, ó se ultrajan con sus mútuas infidelidades. Por todas »partes se vé efusion de sangre, homicidios, hurtos, engaños, cor- »rupcion, infidencias, trastornos, perjurios, vejacion de los bue- »nos, olvido de Dios, contaminacion de las almas, abortos volun- »tarios, inconstancia y volubilidad en los cónyuges, desórdenes de »adulterio y de lascivia; siendo el abominable culto de los ídolos la »causa, el principio y el fin de todos estos males. Abandónanse

» pues al furor en sus diversiones , ó viven en la injusticia , ó perjuran sin escrúpulo , por cuanto confiados en sus ídolos que son criaturas inanimadas , no temen que les sobrevenga ningun daño ni caiga sobre ellos el castigo (1). »

Aquí se nos manifiesta una verdad importantísima que exige la desenvolvamos con algun detenimiento. La única regla verdadera de las acciones humanas es la ley de Dios , espresion viva de las relaciones establecidas por él ; y la prueba mas evidente de esto es que el hombre no obtiene su conservacion y bienestar sino mediante la observancia de estas relaciones , que en los sábios designios del Criador no tienen otro objeto que hacer felices á las criaturas salidas de sus manos. Conozca pues el hombre esas relaciones , obsérvelas en toda su estension , é indudablemente encontrará en ellas su luz y la perfeccion de su sér ; mas si por el contrario se separa de Dios y se concentra en sí mismo , ¿cuál será entonces el principio y la regla de sus operaciones ? ¡ Ah ! entonces no hay otro recurso que caer bajo la accion de esas tres concupiscencias soberanas que reinan en el mundo , segun la espresion de la Escritura (2) ; y el corazon humano avasallado por ellas necesariamente , se extravía en las tortuosas sendas del crimen. Entonces el hombre en sus relaciones con la sociedad busca la vanagloria ; en sus relaciones con las criaturas amontona unos sobre otros todos los séres sensibles que escitan su codicia , á despecho de la justicia y de la verdad ; y por último , insaciable en sus apetitos , entrégase á los goces mas vergonzosos y criminales. En una palabra , placer , vanagloria , codicia , tales son los resortes por que se mueve el corazon humano , y en ellos está resumida toda su depravacion. ¡ Y qué frutos tan funestos no producen en el mundo esas tres ramas ponzoñosas alimentadas con una misma sávia , que es el orgullo humano !

Donde quiera se encuentran las mismas exigencias , iguales afectos é idénticas aspiraciones entre los hombres que han constituido su

(1) Sapient. XIV. 21 et seq.

(2) Omne quod est in mundo , concupiscentia carnis est , et concupiscentia oculorum , et superbia vitæ. (I. Joan. II. 16.)

única esperanza en la tierra. Mas como quiera que ésta por grande que sea es insuficiente para saciar tantas concupiscencias, puesto que cada una de ellas en particular aspira á engullirlo y devorarlo todo, de ahí surgen necesariamente los innumerables conflictos de las pasiones, y el choque redoblado de ambicion á ambicion, de codicia á codicia, y lo mismo respecto de todos los demás vicios; y de ese choque eterno, de esa impulsión y repulsión incesante, elemento espantoso de perversidad se ven nacer en el corazón humano las antipatías, los ódios, las venganzas y demás crímenes sociales. El hombre ocupado esclusivamente en multiplicar sus placeres, sus honores y sus posesiones, trata naturalmente de deshacerse de un rival que le hace sombra ó puede embarazar el curso de sus pretensiones; y en su consecuencia, corroido por la envidia ó por el orgullo apelará al fraude, á la intriga, al cohecho, á la calumnia, al homicidio, no le repugnará ningun crimen por horroroso que sea, porque hay en él una disposición efectiva á buscar y lograr independientemente de toda ley lo que lisonjea á su corazón perverso, y á rechazar y hacer frente, siquiera sea á costa de la ruina de todo el mundo, á cuanto intente oponerse á sus deseos. ¿Y llamaríamos sociedad á esa reunion informe de individuos en que cada uno se separa de la unidad social en su corazón, y no mira á los demás sino como obstáculos ó como medios relativamente á sus desmedidos proyectos, atrayendo á los unos, rechazando á los otros alternativamente, segun que conviene á sus miras, y deseando inmolarlos á todos al cruel ídolo de su egoismo? Pero en tanto que á todos los sacrifica á su propio interés, él tambien concluye por sacrificarse á sí mismo. Dejadle en buen hora disfrutar por algun tiempo de su quimérica felicidad cimentada sobre el favor ó sobre la desgracia de sus semejantes. Un soplo inesperado hará rodar por tierra ese ídolo frágil, le hará menudos pedazos, y le sepultará para siempre bajo las ruinas que él preparara con sus propias manos. Y aun suponiendo que goce toda su vida de una prosperidad constante é inalterable, ¿qué desgarramiento tan cruel, qué catástrofe tan espantosa no experimentará luego que la muerte venga á llamar á su puerta, á arrojarle del mundo, á arrebatarle sus placeres y sus riquezas, sin

dejarle otra esperanza que un porvenir mas horrible que la nada! Ved á dónde le han conducido sus desenfrenadas pasiones; ved lo que él mismo se ha buscado con los desórdenes de su vida. Ha empleado, como dice el Sábio, el trabajo de sus manos en adquirir su propia perdicion (1). ¡Y si al menos en ese largo camino que va á parar al abismo hubiese podido gozar algun reposo! Pero no: él se ha cansado en la via de la iniquidad, marchando por senderos dificiles (2), y el conflicto de sus pasiones ha causado su perpétuo suplicio haciéndole á la vez el azote de la sociedad.

Dejemos empero al águila de Meaux (3) pintar con su acostumbrada maestría los tormentos interiores de un corazon separado de su divino centro. «¿Quién será capaz de comprender la debilidad, las heridas y la esclavitud de nuestra naturaleza vencida por el pecado? Todo tanto en lo interior como en lo exterior concurre á establecer su funesto imperio. Y desde luego en lo exterior, embriagados por nuestra buena fortuna, envidiosos de la de nuestros semejantes, insensibles á sus desgracias, turbados y abatidos por la mas leve pérdida jamás observamos con ellos un justo medio, todo es para nosotros un motivo de escándalo. Y por lo que hace á nuestro interior, ¡qué de tinieblas! ¡cuánta ignorancia! Los verdaderos bienes nos son desconocidos, y casi nos es imposible comprenderlos. La pasion oscurece nuestros conocimientos, ó bien la inconsideracion los hace inútiles, ó por último la curiosidad los convierte en perniciosos... Si la razon aconseja mejor, los sentidos ejercen mayor ascendiente; y ved por qué el bien nos agrada, pero el mal prevalece; la belleza de la virtud nos atrae, pero las pasiones nos arrastran; y en tanto que aquella combate débilmente, éstas consiguen una victoria harto fácil estableciendo su tiranía, y creándose un reinado pacífico. Cuanto hay de mejor en nosotros conviértese en exceso, el valor en arrogancia, la actividad en atropellamiento, la circunspec-

(1) *Nolite zelare mortem in errore vitæ vestræ, neque acquiratis perditionem in operibus manuum vestrarum.* (Sap. I. 12.)

(2) *Lassati sumus in via iniquitatis et perditionis, et ambulavimus vias difficiles.* (Sapient. V. 7.)

(3) Bossuet, *Serm. III. de la Circuncision: punt. 2.º*

cion en incertidumbre. ¿Qué hará él, hombre miserable, con una voluntad siempre debilitada por la contrariedad de sus deseos? O la pereza la enerva, ó la temeridad la precipita, ó la sorprende la irresolucion, ó la obstinacion la tiene amarrada sin permitirle emprender cosa alguna. Ahora el peligro la asusta, despues la seguridad la relaja, luego la presuncion la extravía. ¡Pobre corazon humano! ¡De cuántos errores eres víctima! ¡De cuántas vanidades eres triste juguete! ¡De cuántas pasiones eres teatro! Estraña miseria del hombre á quien su ignorancia le ciega y sus luces le confunden, para quien su misma sabiduría es un lazo, y hasta su virtud un escollo contra el que se estrellan sus fuerzas porque su humildad sucumbe!... No hay error, ni estravagancia, ni pasion por desordenada que sea, cuyo origen no llevemos dentro de nosotros mismos. Que el Señor levante un poco su mano y nos deje entregados á nuestras propias luces... y nuestra alma se verá inundada de todo género de pecados. Ni se diga que hay ciertos crímenes que inspiran tal repugnancia, que se pueden evitar sin este auxilio; puesto que las pasiones encadenándose unas con otras se van introduciendo insensiblemente en el alma casi sin apercibirse de ello. ¡Cuán lejos no debia estar de la idolatria un Salomon á quien Dios se diera á conocer por medio de apariciones manifiestas! Y sin embargo sus ciegos amores le precipitaron en ella. ¡Qué cosa mas opuesta al corazon clemente y magnánimo de un David que el derramar la sangre de uno de sus mas fieles vasallos! Y no obstante una mirada indiscreta hácia la muger de Urias le arrastró poco á poco á una accion tan negra y repugnante. ¡Quién mas enemigo de la incontinenencia que un Loth que se habia conservado sin tacha en medio de las abominaciones de unas ciudades que se nos resiste el nombrar! Y á pesar de esto, sabido es á qué excesos le condujo la embriaguez. Nabuco-Donosor no era mas que soberbio; pero su orgullo despreciado le hizo sanguinario y cruel. Ninguna necesidad tenia Baltasar en sus banquetes disolutos de los vasos del templo de Jerusalem: pero su destemplanza le lanzó hasta la profanacion y el sacrilegio. ¡Tan cierto es que una vez estinguida en el hombre la luz divina, minado el principio de la rectitud y debilitada la conciencia por el pecado, todos los excesos, todos

los crímenes unos tras otros se connaturalizan por decirlo así en nuestro corazón, y nos precipitamos hasta el abismo del mal!»

Reasumamos pues lo dicho en dos palabras. El hombre separado de Dios se encuentra envuelto en las tinieblas mas espantosas del entendimiento, y su corazón arrastrado á los mas vergonzosos desórdenes. Es la imagen del tullido del presente Evangelio incapaz por sí mismo de elevarse al conocimiento de la verdad, é impotente para moverse á obrar el bien, á menos que una mano divina no le cure obrando sobre él un prodigio de su omnipotencia. Pues bien, esa mano la tenemos cerca de nosotros: pero es preciso buscarla, es preciso acudir á aquel que tiene palabras de vida eterna, Jesus salvador del mundo, y reparador insigne de la humanidad. Si por nosotros mismos no podemos acercarnos á él, llamemos en nuestro auxilio á la iglesia; el sacerdocio nos conducirá á su presencia; y toda vez que con fé viva semejante á la del paralítico deseemos sanar, no dudemos de la bondad infinita del que dijo un dia: «No son los sanos los que necesitan de médico, sino los enfermos, y yo no he venido á salvar á los justos sino á los pecadores (1).» Él disipará las nubes que oscurecen nuestro espíritu para que veamos la claridad de las eternas verdades que debemos creer, él rectificará los desordenados afectos de nuestra voluntad, para que podamos practicar fielmente los deberes que nos impone la religion; y al eco de su voz poderosa, nos levantaremos de nuestra postracion, marcharemos firmes por el camino de la virtud, glorificaremos á Dios en esta vida, como las turbas del Evangelio, y en la otra mereceremos una eternidad de goces sin fin, y una perdurable felicidad.

(1) Non est opus valentibus medicus sed male habentibus. Non enim veni vocare justos, sed peccatores (Matth. IX. 12. 13.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XIX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LAMENTABLE OBSTINACION DE LOS HOMBRES Y LOS PUEBLOS EN DESCONOCER
Y REHUSAR LOS INMENSOS BIENES QUE LES OFRECE LA RELIGION CATÓLICA,
Y FUNESTOS RESULTADOS DE ESTA INDIFFERENCIA CRIMINAL.

*Simile factum est regnum caelorum homini regi, qui fecit nuptias filio suo.
Et misit servos suos vocare invitatos..... et nolebant venire.*

Acontece en el reino de los cielos lo que á cierto rey que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus criados á llamar los convidados, mas ellos no quisieron acudir.

MATTH. XXII. 2. 3.

LA orgullosa presuncion del siglo y la insensata altanería con que quiere someterlo todo al dominio esclusivo de la razon humana, es el mayor obstáculo que puede oponer á los efectos de la gracia del Señor y á los beneficios de su adorable Providencia. Indiferente á todo cuanto dice relacion á la eternidad, entregado completamente á los goces del tiempo, entusiasta decidido de mejoras y adelantos puramente materiales, ocupado en formar proyectos, en combinar planes y en hacer esperimentos científicos en todos los ramos del saber, olvidase de que la vida de los hombres y de los pueblos no se limita á multiplicar los diversos elementos de bienestar y progreso que pueden proporcionar el desarrollo de la industria, la fuerza motriz del vapor y otras cosas de este género, sino que depende muy particularmente de las verdaderas doctrinas, de las creencias sólidas, que son las que mas influyen en la felicidad individual y social, en

lo presente y en el porvenir. De aquí por mas que el catolicismo, demostrando su reconocida superioridad sobre todas las escuelas y sistemas racionalistas relativamente á este punto, se esfuerce en llamar á sí todas las inteligencias, hay muchas que desoyendo su voz se niegan á aceptar sus principios, semejantes en un todo á los convidados de que hace mencion la parábola evangélica de este dia.

«Hubo cierto rey (dice Jesucristo) que celebró las bodas de su hijo. Y envió sus criados á llamar los convidados, mas estos no quisieron venir. Segunda vez despachó nuevos emisarios, con orden de decir á los convidados: El banquete está dispuesto; he hecho matar mis terneros y demás animales cebados, y todo está á punto: venid pues á las bodas. Mas ellos no hicieron caso; y marcháronse quién á su granja, y quién á sus ordinarios negocios; y hubo algunos que cogiendo á los criados, despues de llenarles de ultrajes los mataron.»

Quien quiera que haya leído la historia de la Iglesia habrá notado desde luego la exacta analogía de este hecho parabólico, con la realidad de lo que viene aconteciendo en el mundo á través de los siglos. ¿Cuántas veces Jesucristo primero por sí, despues por medio de sus enviados á predicar la verdad, ha invitado á los hombres y á los pueblos á tomar parte en ese misterioso festin en donde el alma se alimenta de esos sublimes principios, y bebe abundantemente las aguas purísimas de esa doctrina que hace la dicha y la positiva bienandanza de cuantos quieren aprovecharse de sus enseñanzas? Y sin embargo, tanto los unos como los otros, desconociendo sus verdaderos intereses, se resisten á aceptar la invitacion, reusan acudir al llamamiento divino, y dedicándose cada dia con mas ardor á los estudios puramente filosóficos, y buscando esclusivamente en los principios de la escuela racionalista los medios de acrecentar ese bienestar facticio que absorbe todas sus ideas, y engolfándose cada vez mas en el laberinto de los negocios terrenales, burlanse de las verdades católicas, menosprecian sus dogmas como pueriles preocupaciones, y califican de fanáticos y supersticiosos á los que inviolablemente adheridos á ellos los predicán por conviccion ó en cumplimiento de un deber de su ministerio, si es que no los tratan con

igual ó mayor crueldad que los invitados del Evangelio trataron á los emisarios de aquel monarca. ¿Y por qué así? ¿De dónde proviene esa resistencia, esa oposicion especialmente en las modernas sociedades? ¿En qué consiste esa preferencia tan inmotivada que dan á los sistemas racionalistas sobre esos principios luminosos del catolicismo que enriqueciendo la inteligencia y ennobleciendo el corazon, son al propio tiempo que un manantial fecundo de pensamientos grandes, de ideas elevadas y de afectos generosos, el origen de todas las virtudes religiosas y sociales, y un gérmen inagotable de felicidad en el tiempo y mas allá del tiempo? ¡Ah! Es que no se estudian como se debe, es que el orgullo de la razon humana impide que sea conocida la escelencia de esa religion divina y los inmensos bienes que está llamada á proporcionar á la humanidad. «De ahí la obstinacion siempre creciente de los hombres y de los pueblos en rechazar una doctrina que les llama á sus verdaderos destinos, y de ahí tambien los funestos resultados que van tocando en castigo de su criminal indiferencia.» Hed ahí lo que me propongo manifestaros en el presente discurso, despues de implorar los divinos ausilios por la intercesion de la Santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Que Jesucristo vino á salvar á todos los hombres y á hacer la felicidad de todos los pueblos de la tierra, y que al efecto los proporciona los elementos suficientes y aun mas que suficientes para lograrlo, es una de aquellas verdades que no necesitan demostrarse. Él mismo en diversas ocasiones ha protestado que su mision esclusiva fué encender en la tierra el fuego divino de su amor (1), ahuyentar las tinieblas que cubrian el mundo (2) y dar á cuantos aceptasen su

(1) Luc. XII. 49.

(2) Joan. I. 9.

doctrina una vida nueva y la abundancia de bienes de toda especie que en ella se encierran (1). Al efecto comenzó por destruir todos los principios de division que venian fomentando la diversidad de razas ó de pueblos, refundiéndolos todos en uno solo proclamando la igualdad de todos los hombres ante Dios, la identidad de derechos entre el judío y el gentil, el bárbaro y el escita, el griego y el romano (2); y dirigiendo á todos su palabra civilizadora, su doctrina esencialmente social, exigió de ellos una correspondencia idéntica, los mismos servicios, igual fidelidad y gratitud á sus beneficios.

Pero el mundo no conoció como debia este primer don de Dios, este primer beneficio social que el cristianismo venia á ofrecer á la humanidad. En vano despachó sus emisarios para que predicasen donde quiera esa doctrina tan altamente civilizadora, y llamasen á todas las naciones á participar de los bienes que naturalmente debian producir unos principios que desde luego condenaban las añejas preocupaciones engendradas por el orgullo y fomentadas por las pasiones humanas. Inútilmente quiso reunir los pueblos todos en torno de sí como en un misterioso festin para hacerles gustar las delicias de una santa fraternidad basada en la caridad del Evangelio. *Et misit servos suos vocare invitatos*. El mundo continuó dividido, si bien no tanto como bajo la dominacion del paganismo, en partidos y banderías; la caridad fraternal no fué practicada en toda su estension, todavía continuó reinando en el universo el ódio, la venganza, el encono, y todos esos principios antisociales sancionados por la filosofia antigua. *Et nolebant venire*. Y aun en los siglos modernos, ¿no vemos eternizarse esas luchas sangrientas, esas guerras desastrosas, esas funestas rivalidades que con escándalo del catolicismo y mengua de nuestra civilizacion sostienen y fomentan la desunion entre los pueblos, por mas que á veces parezcan unirse por cálculos de interés recíproco, ó por miras de una política siempre falaz y sospechosa? ¿No vemos arder en el seno de la familia el fuego de la discordia, levantarse el padre contra el hijo, declarar

(1) Ibid. X.

(2) Ad Colos. III, 44.

este la guerra al autor de sus días , el hermano cebarse en la sangre de su hermano , y todos los hombres , cualquiera que sea su condicion social , suplantarse los unos á los otros , venderse mutuamente con la mayor perfidia , poner en juego la intriga , el cohecho , la calumnia , la infidencia y cuantas pasiones alimenta el corazon humano para desgarrarse entre sí á trueque de conseguir cada cual el objeto á que aspira ? Y en qué consisten estos escesos sino en que el mundo , á imitacion de los ingratos convidados de nuestro Evangelio , no ha querido aceptar el don precioso que Jesucristo le hiciera con su doctrina , en la obstinacion con que se ha empeñado en rechazar sus principios salvadores y sus máximas esencialmente divinas y como tales del mas alto interés social ? *Illi autem neglexerunt.* Si los pueblos y los hombres estudiasen detenidamente los fundamentos de esa religion que con tan incalificable indiferencia miran , si tratasen de investigar los inapreciables bienes que encierra su práctica , si desentendiéndose de toda preocupacion observasen la benéfica influencia que viene ejerciendo en el bienestar comun de los que la han abrazado y se rigen por sus dogmas , ¿ cómo seria posible que ellos mismos no la buscasen con avidéz como único elemento de sociabilidad , de orden y de perfeccion bajo todos conceptos , á despecho de las doctrinas filosóficas que con estudiados sofismas pretenden demostrar lo contrario ? Si considerasen que ella sola dice al hombre lo que verdaderamente es , y lo que está llamado á ser , la que le enseña el legítimo origen y el último término de todas las cosas , la que designa á los pueblos sus sublimes destinos proporcionándoles al propio tiempo los medios necesarios para llenar dignamente su mision , la que encierra consuelos abundantes para todas las desgracias , remedios fáciles para todos los males , medicina eficaz para todas las dolencias del espíritu , freno suficiente para todas las pasiones del corazon , la que engendra todas las virtudes , inspira todos los buenos sentimientos , fomenta todos los gérmenes de moralidad , y hace brotar frutos abundantes de vida y salvacion , ¿ cómo no habian de reconocer su inmensa superioridad sobre todas las doctrinas humanas , las cuales dejan siempre en el alma un gran vacío que nada es capaz de llenar ?

En efecto, cuanto mas se afana el hombre en penetrar los arcanos de la ciencia, en desentrañar los secretos de la naturaleza y en formar combinaciones de sus diversos elementos, tanto mas se acrece en él esa sed de saber que lleva dentro de sí mismo, sed abrasadora que nunca se satisface cualesquiera que sean los resultados de sus investigaciones, porque siempre echa de menos una cosa, única que puede fijar la versatilidad de su entendimiento, ahuyentar sus dudas, calmar su agitación y disipar sus errores, á saber, la verdad católica, ese don de Dios que el sábio menosprecia, que desconoce el ignorante, que el impío aborrece y el racionalista mira con desden. ¿Y cuál es la verdadera causa de esto, sino esa criminal indiferencia que la incredulidad de estos últimos siglos ha inoculado en todas las inteligencias hácia los principios religiosos y los dogmas sublimes del catolicismo? Ella no contenta con emplear el sangriento epígrama, la sátira mordaz, la amarga burla, y el ingenioso sarcasmo contra las tradiciones mas autorizadas y respetables, propúsose hacer lo que los convidados del presente Evangelio, matar la verdad destruyendo los fundamentos en que descansaba, y desmintiendo á los que tras largos siglos venian demostrándola con los testimonios mas auténticos é irrefragables: *Reliqui vero tenuerunt servos ejus, et contumeliis affectos occiderunt*. Al efecto despues de haber ensayado sin éxito la persecucion y la violencia contra los heraldos del Evangelio, preparó un nuevo género de ataque: echó mano de las ciencias esactas, llamó en su ayuda los estudios fisico-matemáticos, la ideología, la química, la geología, la cronología, la historia, y remontándose á los tiempos antdiluvianos, y descendiendo de allí á los nuestros, desmintió abiertamente las aseveraciones de la Biblia, trató de errónea la Cosmogonia de Moisés, y negó toda revelacion hecha por Dios á los hombres.

De ahí el enseñar que los dogmas católicos no eran mas que tradiciones puramente humanas; de ahí el decir en tono magistral que los sacramentos instituidos por Jesucristo no eran mas que unas ceremonias ó prácticas inventadas por los cristianos para dar mas realce al culto y ejercer mayor influencia sobre los pueblos; de ahí el negar el origen divino de la confesion sacramental mirándola como

una institucion odiosa hija del despotismo teocrático ; de ahí en fin esa multitud de aberraciones y delirios, de horrores y blasfemias que la filosofia ha vomitado contra la religion, y el combatir la divinidad de su augusto fundador, y el disputarle hasta su existencia histórica, como ha hecho en nuestros dias la escuela alemana. Y estas ideas presentadas bajo formas seductoras, y circuladas con profusion entre todas las clases de la sociedad en producciones venenosas que han invadido hasta la choza del aldeano, son las que han corrompido las inteligencias predispuestas de suyo á abrazar el error que halaga, inficionando los corazones tan mal avenidos con unos principios que enfrenan las pasiones desordenadas, como prontos á adoptar sin discernimiento cuanto lisonjea los instintos de independencia que el hombre alimenta en su espíritu, y favorece su desmedido amor á la libertad. Por eso no es posible que los hombres y los pueblos aprecien como debieran el don que el cielo les ha hecho, dándoles una religion tan santa que condena hasta el menor pensamiento contrario á la virtud ; tan sublime que nada participa de las cosas del tiempo, y reconoce su principio en la misma eternidad de Dios de quien emana ; tan pura que todo lo que no sea bondad, rectitud, justicia y amor, es extraño á ella ; tan superior á las concepciones del hombre, que todo lo ennoblece, todo lo ensalza, y lo embellece todo con sus máximas ; y aun en el dolor hace hallar consuelos y esperanzas indefinibles, y sabe inspirar sentimientos heróicos en lo mas crudo de la adversidad, y hacer brotar delicias celestiales en derredor de las cruces y aflicciones de la vida presente, y desde lo mas profundo de la miseria y del abatimiento eleva las ideas del misero mortal á aquella inmortalidad feliz que ha de coronar con eternos laureles su resignacion y sufrimiento. Tales son los efectos de la doctrina católica, desconocidos generalmente en el mundo porque falta en él el principio de la fé y de la caridad. Dadme inteligencias dóciles á los dogmas de la religion, dadme corazones que amen sinceramente la verdad y esperimentarán lo que digo, y harán justicia á los principios del catolicismo, y desearán ardentemente nutrirse de sus enseñanzas : y lejos de buscar excusas y pretextos para eludir el llamamiento de Dios que les convida al

misterioso festin de la unidad católica, correrán espontáneamente á tomar parte en él y á saciarse de aquel pan de vida y á abrevarse con aquellas aguas puras de la divina ciencia que apaga para siempre la sed del que la bebe, segun el oráculo del mismo Jesucristo (1).

Mas no es así por desgracia. Pocos son los que saben apreciar los inestimables beneficios de esa doctrina santa y civilizadora, y por eso lejos de acudir al convite divino, rehusan admitirle, desprecian y ultrajan á la Iglesia que les llama, burlanse de sus enseñanzas, y búscan en los libros de los filósofos, en las escuelas del materialismo y en los sistemas racionalistas esa ciencia calculadora que se reduce á negar toda verdad superior á los sentidos para mas libremente entregarse á los escesos del libertinaje y de las pasiones. Y á pesar de los prodigios de virtud y santidad que la religion católica desarrolla continuamente á su vista, á despecho de las innumerables ventajas que de su influencia vienen reportando las sociedades, siquiera vean multiplicarse bajo su mano fecunda los mas preciosos gérmenes de bienestar y dicha, todo es inútil: la obstinacion de los hombres de nuestro siglo les cierra los ojos para no ver la luz de la verdad, resistense á la evidencia de los hechos, é insisten en negar al catolicismo su carácter divino y en disputarle su beneficioso ascendiente y su accion civilizadora en los destinos del mundo moral. Dignos por cierto de que irritado el Señor como el rey de la presente parábola, ejerza sobre los despreciadores de su doctrina un castigo visible, despojándoles de todo derecho á la participacion de sus dones, para dárselos á otros hombres y á otros pueblos que sepan apreciar mejor su vocacion. *Qui invitati erant non fuerunt digni: ite ergo ad exitus viarum, et quoscumque invenieritis vocate ad nuptias.* Dignos de que en sustitucion de esas inteligencias soberbias que se arrogan el derecho de examinarlo todo en el crisol de la razon humana, entren á gozar de los bienes que ellas desprecian las inteligencias humildes, los hombres de fé, los verdaderos creyentes, y les apostrofen con razon diciendo á esos sábios presuntuosos: «Vosotros

(1) Joan. IV. 43.

quemais inciensos ante las aras de una potencia débil y enferma que acepta ciega los mas torpes delirios, obstinándoos en desconocer que es impotente por sí sola para daros la verdad que necesitan vuestros entendimientos y haceros amar el bien que puede satisfacer vuestros corazones: nosotros por el contrario, sometemos nuestras inteligencias al suave yugo de la fé que nos enseña lo que debemos creer, lo que debemos esperar, y lo que es digno de nuestro amor. Vosotros negais al catolicismo su origen divino, al propio tiempo que divinizais la humana inteligencia atribuyéndola todos los derechos, todas las prerogativas y la influencia beneficosa que rehusais reconocer en esa religion adorable: en vez de que nosotros íntimamente convencidos de que su autor y fundador Jesucristo es Dios, nos hacemos un deber de respetar sus doctrinas, de admirar sus dogmas y de practicar sus principios salvadores, seguros como estamos de que ellos son los únicos que envuelven los verdaderos elementos de orden, de moralidad, de virtud, de progreso positivo y de civilizacion bien entendida.»

¿Y quién duda que la doctrina católica reúne todas estas circunstancias en un grado infinitamente superior á todas las doctrinas puramente humanas? Todas las civilizaciones antiguas han sucumbido ante la civilizacion del calvario; todos los cultos han cedido el campo al culto de la Cruz, porque solo en él se adora á Dios en espíritu y verdad (1). Y considerado el catolicismo bajo este punto de vista, no es uno de los menores beneficios que el mundo ha reportado de él. ¿Qué otra cosa era el culto antes de la venida del Salvador, sino una amalgama informe de supersticiones groseras, de sacrificios inhumanos, de prácticas pueriles, de observancias degradantes? El sábio Bossuet lo ha reasumido en una espresion profunda, diciendo «que todo en el paganismo era Dios menos el Dios verdadero.» Sabido es que no solamente los animales mas estúpidos, los insectos mas despreciables, los árboles del campo, las rocas de las montañas y otros mil seres inanimados, si que tambien los vicios mas repugnantes, las pasiones mas ignominiosas, la prostitucion, la venganza,

(1) Joan. IV. 23.

el adulterio, el robo, cuanto hay de mas vergonzoso en el hombre tenía altares, sacerdotes y victimas. Necesario fué pues que el Hombre-Dios inaugurase con su doctrina y sancionase con su sangre ese nuevo culto que consagra los homenajes del corazon manifestados esteriormente á la divinidad, culto sublime fundado en la fé y en el conocimiento de las perfecciones divinas, fomentado por la gratitud á los beneficios de la Providencia, y animado por el amor de un sér infinitamente bondadoso, omnipotente y eterno.

○ Pero ¡ah! Hasta ese mismo culto que tanto engrandece las ideas del hombre, que ennoblece extraordinariamente sus pensamientos, é hiriendo vivamente sus sentidos hace brotar en su alma los afectos mas puros, los sentimientos mas dignos y las mas heroicas virtudes, ha sido no obstante objeto de amargas recriminaciones, y dado motivo á la impiedad para manifestar su aversion implacable hacia el catolicismo. Tampoco han querido aceptar los hombres de nuestro siglo ese don de Dios. Le han rechazado de diversas maneras, le han combatido con todo género de armas. Tan pronto en tono sério y dogmático han pretendido demostrar su inutilidad é inconveniencia reduciéndole á un sentimiento puramente ideal, como apelando al ridículo han condenado sus prácticas exteriores cual ilusiones pueriles engendradas por el fanatismo y la preocupación. Abusando torpemente de las palabras dichas un dia por el Salvador á la muger de Samaria han proclamado en alta voz que pasó ya la época de esas vanas observancias sancionadas en otro tiempo por la ignorancia y sostenidas por el interés del partido clerical... Pero ya en otro discurso nos hemos ocupado detenidamente de este asunto (1), y demostrado que el culto interior y espiritual de ningun modo excluye el exterior y material practicado en la Iglesia católica; que si aquel es el alma digámoslo así de la religion, éste es el cuerpo y como la manifestacion del primero; puesto que así como el hombre no puede sensibilizar sus ideas sino por medio de signos esternos, tampoco puede mostrar los afectos de su gratitud y amor hacia el Señor sino mediante las observancias exteriores.

(1) Véase el Discurso para la Dominica XVII despues de Pentecostés, pág. 429.

¿Y cuál es la consecuencia infalible de ese menosprecio de los beneficios que ofrece á los hombres el catolicismo? ¿Qué otra cosa pueden esperar en castigo de su criminal indiferencia los pueblos, sino que su misma obstinacion siempre creciente les arrastre á una ceguedad inconcebible, que esperimenten por sí mismos los funestos efectos de ese orgullo de la razon que les conduce á no responder al llamamiento divino, y se verifique en ellos el terrible anatema de Jesucristo en el presente Evangelio, cuando dice que son muchos los llamados y pocos los escogidos? *Multi enim sunt vocati, pauci vero electi*. En efecto, A. O.; por no haber querido persuadirse de estas y otras muchas verdades no menos importantes de la doctrina católica, por haberse obstinado en despreciar sus dogmas y en rechazar sus principios, llegaron los hombres del último siglo á lanzarse en ese laberinto de errores, en esa multitud de escándalos y de apostasías que llenaron de horror á la Europa civilizada y cubrieron el mundo de ruinas. La historia ha consignado en páginas de sangre los escesos inauditos á que se vió arrastrada en días de febril delirio esa generacion incrédula que pretendió prescindir de Dios y reformar las sociedades sobre los cimientos de la filosofia racionalista. ¡Páginas tristes que revelan cuanto hay de mas degradante y abyecto en el hombre, y á qué grado de impiedad le precipitan las doctrinas filosóficas cuando se desentiende de las enseñanzas sublimes del Evangelio! No hubiera sucedido así ciertamente si en vez de dar oídos á las máximas corruptoras de esa ciencia homicida y antisocial que el génio del mal propagó con tanto ardor en mil libros emponzoñados que corrieron de mano en mano con la mas espantosa rapidez, hubieran acudido los hombres y los pueblos al llamamiento de Dios, y estudiado sin pasiones los sublimes principios de esa religion divina que tiene el único y esclusivo privilegio de hacer la felicidad del mundo en el tiempo y mas allá del tiempo, segun el testimonio irrecusable de uno de los mas acreditados filósofos del último siglo, bien así como se hacen desgraciados los que se obstinan en desconocer los inmensos beneficios de todo género que está llamada á proporcionar á toda la humanidad. Ella como el rey de la presente parábola, no cesa de invitar á todos á gustar sus in-

apreciables ventajas: *Venite ad nuptias*. Ella constantemente está dispuesta á derramar su benefícosa influencia sobre los que aceptan sus enseñanzas. Culpa es pues de los que ó se niegan á acudir á su invitacion, ó bien acuden sin el traje nupcial, esto es, desprovistos de la fé, y sin una sincera y humilde sumision á sus enseñanzas, si no participan de sus efectos ó son lanzados á las tinieblas del error en castigo de su resistencia voluntaria.

¡Pluguiese al cielo que todos reconociésemos el precio inestimable de la doctrina católica, y la practicásemos con fidelidad! Entonces serian indudablemente mas raros los vicios, y en mayor número las virtudes en el mundo; no tan frecuentes los errores, y la verdad mas comun entre los hombres. Entonces reinaria mas orden y concordia en las sociedades, seria mas sincera la union en las familias, los pueblos no se verian agitados con esas turbulencias continuas que los empujan á su ruina, habria mas moralidad en los individuos, todas las clases y condiciones obrarian dentro de su respectiva esfera, y no aspirarian á descentralizarse con menoscabo del equilibrio social. En una palabra, bajo la accion del catolicismo todas las cosas marcharian á su respectivo fin, la civilizacion progresaria en una escala mucho mas vasta, las ciencias depuradas de todo lo que puede corromperlas contribuirían á ilustrar dignamente las inteligencias, el génio inspirado por la verdad católica, adquiriria triunfos mas positivos; los hombres, por último, llenarian en el tiempo sus destinos conforme á los designios de la Providencia, y conseguirian un porvenir dichoso en la region de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XX DESPUES DE PENTECOSTÉS.

SOLA LA MALA FÉ Y UNA AVERSION HOSTIL HACIA TODA VERDAD RELIGIOSA,
 ES CAPAZ DE SOSTENER LA LUCHA DEL RACIONALISMO CONTRA LA
 DIVINIDAD DE LA RELIGION CATÓLICA, EN VISTA DE LOS
 PRODIGIOS QUE LA EVIDENCIAN.

Nisi signa et prodigia videritis, non creditis.

Vosotros si no veis milagros y prodigios, no creéis.

JOAN. IV. 48.

VARIAS veces hemos tenido ocasion de ocuparnos en los discursos anteriores de la inconsecuencia en que incurre la incredulidad dogmática de estos últimos tiempos, cuando á la vez que por una parte proclama la evidencia de los hechos y apela á ellos para demostrar sus teorías y autorizar sus absurdos sistemas, se niega por otra á reconocer este mismo género de demostracion siempre que se trata de establecer la divinidad del catolicismo ó su grandeza y escelencia en el orden religioso-social. Inconsecuencia que al mismo tiempo que hace resaltar mas y mas el origen de donde nace esa incredulidad injustificable, que no es otro sino un orgullo desmedido y una presuncion insensata hija de las malas pasiones, manifiesta el fin siniestro que se propone y el objeto á que tienden todos sus esfuerzos. Y en este punto no hay duda que nuestros modernos incrédulos se presentan bajo un aspecto mucho mas odioso que los antiguos. Los

fariseos al menos, con ser como eran unos émulos incansables de la persona y de la doctrina del Salvador, mas de una vez cedieron á un sentimiento de admiracion á vista de las obras prodigiosas del Hombre-Dios, siquiera no bastasen á convertirlos, como dice San Agustín. Y muchos judíos, aunque prevenidos contra él y nutridos con mil preocupaciones que les impedían ver clara la luz de la verdad que los predicaba, al verle desarrollar frecuentemente los efectos de una omnipotencia sin límites, confesáronle hijo de Dios y Mesías prometido al pueblo de Israel. Por manera que á pesar de la dureza de corazón de aquel pueblo rebelde, todavía ejercían sobre su inteligencia corrompida cierto ascendiente los milagros de Jesucristo, y si no siempre por convencimiento, al menos por curiosidad seguíanle á todas partes, gustaban de oír sus enseñanzas, y éstas, autorizadas por los hechos maravillosos que en él veían, solían producir resultados favorables á la nueva religion cristiana. A esto aludia cuando segun el texto Evangélico de este dia, *«habíendosele presentado cierto personaje principal, suplicándole que bajase desde Caná á Capharnaüm á curar á su hijo que estaba muriéndose, le respondió Jesus: Vosotros si no veis milagros y prodigios, no creéis.»* Y en efecto, nada menos era menester para convencer unos entendimientos como aquellos, y hacerles creer que quien tales cosas hacia no podia ser otro sino Dios mismo ó alguno que participase de su virtud omnipotente. Pero al fin creían, y siquiera su fe no tuviese todo el mérito que hubiera tenido sin unas pruebas tan demostrativas y convincentes, no por eso dejaba de ser suficiente para hacerles merecer otras luces mas claras y proporcionarles gracias de conversion y auxilios oportunos en orden á la vida eterna.

No así nuestros modernos incrédulos. A estos puede decirseles todo lo contrario de lo que el Salvador dijera á los judíos: *«Vosotros aunque veais milagros y prodigios no creéis.»* Muchos é innumerables son sin duda los que tienen á la vista; el universo entero es un vasto teatro que demuestra la existencia de la divinidad; y cuanto pasa en derredor del hombre le está gritando que solo un sér infinito y omnipotente puede mantener la economía de la creacion, y dirigir ese orden de cosas tan maravilloso y sorprendente á través

de tantos siglos. Y sin embargo, ¡cuántos hay que á pesar de todo esto todavía se resisten á reconocer y confesar la accion de ese Sér supremo que rige los destinos del mundo! En ninguna cosa empero resalta tanto la incredulidad moderna, ni se muestra tan incomprensible la inconsecuencia de ese sistema, como cuando se trata de la religion católica. Jamás culto alguno se vió rodeado de pruebas tan luminosas é irrecusables; nunca brilló tanto la accion de la divinidad como en el establecimiento, propagacion y sostenimiento de esa Iglesia que tras mil ochocientos años viene haciendo frente á todos los poderes, á todas las pasiones y á todos los esfuerzos del racionalismo que ha agotado en vano contra ella sus fecundos recursos: ¿En qué consiste pues que estos prodigios no sean bastantes á convencer esas inteligencias obstinadas que aun se empeñan en perpetuar la lucha comenzada diez y ocho siglos há contra el catolicismo? Esto es inconcebible, esto no se esplica fácilmente: y perderíamos un tiempo precioso si nos propusiésemos investigar los motivos que determinan este prodigio de incredulidad, tanto mas, cuanto que ya hemos apuntado en diferentes ocasiones algunas de las causas que producen semejante fenómeno. Solo pues me limitaré en el presente discurso á poner de bulto ante la vista esa injustificable inconsecuencia de que vengo hablándoos, manifestándoos que ni siquiera merece el honor de la refutacion, por cuanto «solo la mala fé y una aversion hostil contra toda verdad religiosa, es capaz de sostener la lucha del racionalismo contra la divinidad de la religion católica en vista de los prodigios que la evidencian.» Invoquemos ante todo los divinos ausilios, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

El sábio Tertuliano espresó con la profundidad que le era característica en una frase notable todo el sistema de la fé cristiana, cuando dijo que despues de promulgado el Evangelio, toda curiosidad era

inútil, y toda investigacion oficiosa para convencerse de la divinidad de la religion (1). ¿Y por qué? Porque aun cuando nos fuese licito examinar, discurrir, y hacer nuevas investigaciones respecto de los fundamentos en que descansan nuestras creencias, son tantos los testimonios que aseguran nuestra fé, tan visibles las pruebas que nos demuestran el origen celestial de nuestros dogmas, y por decirlo de una vez, tan brillantes é innegables los prodigios que los confirman, que precisamente deben convencer todo entendimiento razonable, ó de lo contrario preciso es reconocer desde luego en el que se resiste á admitirlos una aversion sistemática, un odio inmotivado, una predisposicion marcada á hostilizar por mero capricho toda verdad religiosa. Y en este caso, ¿merece semejante incredulidad que nos tomemos el trabajo de refutarla? De ninguna manera. Esto seria darla una importancia que no tiene, seria suponer malamente la insuficiencia de las obras de Dios para evidenciar por sí propias la grandeza de su autor, seria fomentar hasta cierto punto el orgullo de racionalismo multiplicando testimonios que desecha, dándole nuevas pruebas que mira con desden, y esforzándonos en alegar hechos que para él carecen de toda fuerza, decidido como está á no admitir otros principios que los que emanan de la razon y se esplican por ella.

Y bien, C. O., ¿qué causa racional puede haber para desechar esas pruebas vivientes y perpétuas que evidencian el carácter divino del catolicismo? Niéguese ante todo la existencia de esos prodigios, demuéstrase á la luz del raciocinio que nada hay de sobrenatural en esos hechos que yo llamo fenomenales del establecimiento, propagacion y sostenimiento de la religion católica en el mundo á través de tantos siglos; que nada hay de sobrehumano en la existencia de ese centro de unidad que viene insultando á todos los poderes enemigos y burlándose de todos los esfuerzos del hombre, sin que á pesar de tantas luchas como ha sostenido haya sufrido menoscabo ni alteracion alguna esencial; que nada hay en fin de extraordinario en la subsistencia de ese cuerpo enseante que en el

(1) Nobis curiositate opus non est post Christum, nec inquisitione post Evangelium. (Tertul.)

universo ocupa el primer lugar en el orden de toda idea religiosa y social, como jefe y punto de partida de toda creencia y de todo dogma, en quien reflejan todas esas armonías que forman la economía de la religion; y una vez demostrado todo esto, podremos entonces emprender una liza honrosa con la incredulidad en el terreno del raciocinio. Pero mientras esto no se haga, estaremos en nuestro derecho de calificar de inconsecuencia irracional, de odio sistemático, y de hostilidad inmotivada toda resistencia á las verdades del catolicismo.

La incredulidad, en efecto, no puede ni debe exigir más para convencerse en materias religiosas, que lo que cualquier hombre exige y pide racionalmente toda vez que se propone cerciorarse de una verdad en el orden puramente humano. Los hechos son los que ejercen mayor ascendiente en la inteligencia, los que dan mas fuerza y peso á los raciocinios, los que crean el convencimiento y consuman la persuasion en el ánimo mas obstinado. Quien quiera que se resiste á esta última prueba, colócase fuera de la ley general de la humanidad, y se entrega á un escepticismo tan ridiculo como despreciable. Ahora bien, nosotros los católicos podemos decir á los racionalistas incrédulos y sistemáticos lo que el Salvador á los judíos de su tiempo. *Nisi signa et prodigia videritis, non creditis*. Puesto que los hechos comunes, ni las pruebas de todo género que os ofrecemos en apoyo de la divinidad de nuestra religion son insuficientes para convenceros; ¿no creereis al menos á vista de los hechos prodigiosos y fuera del orden comun que están manifestando la excelencia y superioridad del Evangelio respecto de todos vuestros sistemas? Nosotros os presentamos una religion que se inaugura en el mundo por el ministerio de doce hombres groseros, ignorantes y sin prestigio, pescadores del mar de Galilea que se reparten entre sí la conquista del universo, y marchan á llenar su mision sin mas armas que la paciencia, sin mas riquezas que una fé heroica, sin otros elementos en fin mas que la confianza en las palabras del que les envia; y sin embargo esos hombres triunfan donde quiera, y ante ellos se plegan todas las naciones, y todas las inteligencias se inclinan en presencia de unos misterios que chocan directamente con

la razon humana, y el sábio y el ignorante, y el rey y el vasallo, y el opulento y el pordiosero, todos los estados, clases y condiciones sociales aceptan un Evangelio que predica la mortificacion de los sentidos, proclama la guerra á las desordenadas inclinaciones de la naturaleza, condena el orgullo, anatematiza el egoismo, enfrena la ambicion, truena contra la sensualidad, y contra las demás pasiones que mas albagan el corazon. ¡Hed ahí un prodigio visible que jamás pudo negar el ódio mas furibundo de la incredulidad porque está apoyado en la historia del linage humano y lleva consigo el testimonio de una publicidad sin semejante! Nosotros os presentamos una doctrina que apenas anunciada, vé levantarse á su alrededor falanges formidables de enemigos de todo género que juran esterminarla á todo trance ora bajo el pretesto de la novedad, ora porque la consideran perjudicial al órden público, enemiga de todos los poderes, hostil á todos los tronos, y nociva en todos sentidos al individuo y á la sociedad. Al efecto el poder y el génio, la ciencia y la ignorancia, el ódio y la preocupacion, todo se mancomuna para hacer frente á la nueva doctrina, y donde quiera no se vé otra cosa sino filósofos que la combaten, emperadores que promulgan leyes severas contra los que la enseñan, verdugos que atormentan y dan muerte á los que la abrazan, y prisiones atestadas de discípulos del crucificado y anfiteatros inundados de sangre, y campos cubiertos de cadáveres de cristianos. . . . Y sin embargo el Evangelio marcha por sobre hecatombes de mártires de todas edades y sexes, y avanza magestuosamente á través de millares de víctimas, y salva la Judea, y penetra en el Areópago, y pasa á las regiones mas distantes; y se aclimata en los pueblos mas bárbaros, y hasta en la civilizada Roma, en el mismo Capitolio, al lado del trono de los Césares llega á ondear el lábaro de la cruz y á dominar el elemento cristiano sobre tantos y tan poderosos elementos puestos en juego en el trascurso de tres siglos para desterrar del mundo la memoria del nuevo culto. Y este otro prodigio, ¿es acaso menos digno de admiracion que el primero? Aun suponiendo que la doctrina evangélica hubiese contado con las simpatias de todos los pueblos y con el apoyo de todos los poderes, siempre su propagacion hubiera sido un fenómeno es-

traordinario, siempre hubiera brillado en ella la accion de la divinidad, puesto que imponer nuevas leyes, nuevas creencias, nuevos misterios, nuevas costumbres á toda la humanidad, ó lo que es igual, operar una reaccion universal, una revolucion instantánea en la fé, en el culto, en los hábitos, en el presente y en el porvenir de un mundo envejecido en mil errores tanto mas difíciles de desarraigarse cuanto mas halagüeños á las pasiones, en mil preocupaciones tanto mas encarnadas en la inteligencia cuanto que entraban á constituir parte de la religion, del culto de la legislacion y de las tradiciones de los antiguos pueblos, todo esto, digo, no puede ser obra del hombre. ¿Cuánto menos pues si se observa que esta modificacion tan general y extraordinaria, este cambio tan inesperado se operó á despecho de cuanto hay de mas poderoso y temible, luchando sin cesar con la violencia y las persecuciones, teniendo siempre delante el hierro y el fuego, las cárceles y las fieras, los cadalsos y la muerte? Si esto no es el prodigio mayor que puede imaginarse, si el espectáculo de una religion que sobrenada á un diluvio de sangre que inunda todo el imperio romano, y crece y se multiplica y se agiganta digámoslo así por los mismos medios destinados á esterminarla, y vence y triunfa y se hace dueña del universo cuando el universo entero reúne todas sus fuerzas para reducirla á la nulidad, no demuestra un origen divino, un principio sobrenatural, y la accion visible de la Omnipotencia, búsquese otra cosa en que se encuentren esos caractéres tan marcados como en este acontecimiento.

Aquí señores me detengo, pues no creo oportuno continuar desenvolviendo el vasto cuadro que ofrece el catolicismo estendiéndose y propagándose de siglo en siglo á través de mil ochocientos años, siempre en lucha con nuevos adversarios, combatiendo siempre con nuevos errores, haciendo frente ora al poder de las ideas, ora á la violencia de las revoluciones sociales, ya teniendo que mantenerse en guardia contra una política suspicaz y enconosa, ya obligada á parar los tiros de escuelas mas ó menos autorizadas, pero animadas todas por un mismo principio de resistencia á la verdad. Bien pudiera yo establecer un paralelo entre el catolicismo y las demás religiones y sectas que han surgido en diferentes épocas, comparar los

medios con que éstas y aquel se establecieron en el mundo, la invariabilidad de los dogmas cristianos con la insubsistencia y perpétua movilidad de los cultos disidentes, la unidad que resalta en el sistema católico con la divergencia y múltiple confusión de símbolos que caracteriza á los sistemas filosóficos. Pudiera convidar al racionalismo á contemplar el magestuoso espectáculo que presenta la verdadera Iglesia de Jesucristo personificada en el Pontificado, dominando desde el Vaticano los destinos del mundo moral como reina de las inteligencias desde que el pescador de Galilea estableció su silla y su trono en la metrópoli del imperio romano, dando desde allí impulso á las grandes ideas, comunicando el calor y la vida á todo cuanto de beneficioso y útil se proyecta en favor de la humanidad, protegiendo con su autoridad la libertad de la conciencia y los derechos de la verdad, hiriendo y anatematizando el error cualquiera que sea la máscara que adopte ó la bandera que proclame, fecundando con su dedo generador todas las virtudes, haciendo brotar con su palabra todo germen de ciencia y de civilización, y los siglos todos unos tras otros viniendo á inclinarse ante ella, á implorar sus bendiciones, á solicitar su influencia, y á proclamar su poder divino. Y en vista de esto pudiera en fin preguntar á cuantos aun se resisten á plegar su orgullo ante el catolicismo y á rendir homenaje á su doctrina: ¿creeis que todo lo dicho pueda ser en efecto puramente humano ó casual? ¿Creeis que no es el dedo del Omnipotente el que ha fundado ese misterioso edificio de la unidad católica que ha sobreexistido á las ruinas de tantos otros poderes que han cedido á la acción del tiempo y de los acontecimientos sociales? ¿Creeis que sin un apoyo del cielo haya podido subsistir tantos siglos ese reino espiritual, y que bien lejos de perder nada de su antiguo esplendor y poderío haya acrecentado su influencia en proporción que se han ido debilitando esos otros reinos colosales de la antigüedad, y desapareciéndo esos tronos que á manera de gigantes parecían amenazar al mundo? ¿Creeis que sin soldados que defiendan su territorio, sin oro con que satisfacer ambiciones estrañas, sin elemento alguno en fin capaz de imponer por la fuerza sus leyes, haya podido no obstante el catolicismo dominar millones de voluntades, contener dentro

de los límites del deber miles de pueblos rivales, hacerse escuchar y obedecer con respeto y amor de casi toda la humanidad con muy ligeras escepciones, si el universo no viese en ese elemento al parecer tan débil todos los caracteres de la divinidad que en él reflejan? Y lo que es mas que todo esto, por abreviar una inducción que seria interminable: ¿creéis que la verdad católica perseguida en éstos últimos tiempos con el encarnizamiento que todos sabemos, sola, con su pobreza y con su Cruz en la arena haciendo frente á la revolución mas temible y mas universal que jamás se viera, asediada por todas partes de enemigos armados de cuanto mas formidable pudo inventar la sabiduría, el génio, la prevención, el ódio, y todas las pasiones humanas, no hubiera sucumbido ya cien veces á los ataques de la heregía, del protestantismo, de la incredulidad filosófica y del racionalismo, que tanto y con tan incansable perseverancia han trabajado por anonadarla, á no haber tenido en si misma un principio indestructible, á no haber sido obra de un Dios contra quien nada pueden todos los esfuerzos del hombre? Bien sabéis que nada habeis omitido de cuanto ha estado en vuestra mano, que habeis agotado todos los recursos, que no os ha quedado género alguno de ataque por ensayar contra el catolicismo, y que todo ha sido infructuoso. Ni aun siquiera habeis conseguido despojarle de esa corona temporal que en sus sienes colocó un dia Carlomagno, mucho menos de esa otra diadema espiritual con que Jesucristo embelleció á su Iglesia cuando la estableció como soberana del universo en el órden moral, y centro de la unidad religiosa. ¿Y á pesar de estos prodigios todavia insistís en negar vuestro asentimiento á las doctrinas que os predica! ¿Y aun os obstináis en no confesar su divinidad! ¿Y aprestais nuevas armas para continuar la lucha contra sus dogmas! Si pues en presencia de tantos hechos sobrenaturales y extraordinarios no creéis que esa religion es la única verdadera, la única que puede salvar al mundo, la única que envuelve todos los elementos de felicidad y de positivo progreso social, la única llamada á dominar las ideas y á influir en los destinos del universo; ¿á qué deberemos atribuir vuestra incredulidad? Ya lo dijimos al principio de este discurso, y fuerza es repetirlo! Únicamente puede explicarse

por otro prodigio no menos visible y admirable de obstinacion y de mala fé que preside á todos los sistemas anticatólicos, por una aversion sistemática y hostil hácia toda verdad religiosa. Esto es lo que viene sosteniendo esa lucha interminable entre el racionalismo y la doctrina católica, lucha que no concluirá sino con el hombre mismo, puesto que siempre y donde quiera la razon humana divinizada por las malas pasiones y especialmente por el orgullo, apelará á éste contra la razon divina, y se negará á inclinarse su altiva frente ante sus dogmas.

Y en este caso, ¿qué otro género de refutacion pudiéramos emplear para convencer á la incredulidad? Ninguno. Dejémosla cegarse voluntariamente con los mismos resplandores que despide la verdad; dejémosla que se obstine en rechazar los prodigios que delante de ella viene desarrollando esa religion que impiamente menosprecia; dejémosla que desconozca los rasgos de la divinidad que embellecen la frente augusta y venerable de la Iglesia; dejémosla en fin que llevando su inconsecuencia hasta el ridiculo se empeñe en rechazar unos testimonios que nadie puede recusar razonablemente á no carecer de comun sentido... ¡Ah! ¡cuán terribles son al par que incomprendibles los designios de la Providencia! ¿Quién nos ha dicho que esa misma obstinacion no puede ser en las ideas de Dios el instrumento de que quiera servirse para ilustrar á otros siglos curando su incredulidad con la incredulidad misma del nuestro? El que permitió que un apóstol dudase un dia de su divinidad para desvanecer las dudas que pudieran surgir en la inteligencia de sus demás consocios, ¿no podrá hacer que la resistencia que el racionalismo opone en la actualidad á las verdades católicas se cambie algun dia en un motivo de sumision y de fé para los que aleccionados con los resultados de ese sistema quieran aprovecharse de la esperiencia? Como quiera que sea, dejemos obrar á Dios que sabe mejor que el hombre lo que conviene á su religion augusta. Ella triunfará, no lo dudemos, de todos los ataques que la esperan, al modo que hasta ahora viene saliendo victoriosa de los que ha sufrido. Preciso es que haya errores para que la verdad se ostente cada vez mas depurada y radiante. Fuerza es que haya enemigos que combatir para que en

el combate se demuestre de parte de quién está la fuerza y el poder. Si á la incredulidad moderna no la bastan para convencerse los prodigios que á través de mil ochocientos años viene multiplicando el catolicismo, bástennos á nosotros para adorar llenos de asombro la mano omnipotente que los ha hecho, y reconocer y confesar que su obra tiene todos los caracteres de divina; que esa religion es la única que entre todas posee todos los motivos de credibilidad que racionalmente puede desear el hombre; que sus dogmas son esencialmente santos, su doctrina incomparable, sus promesas dignas de un sér infinitamente grande y sábio, sus esperanzas las mas sublimes, y el porvenir que reserva á los que la abrazan una bienandanza positiva en el tiempo y una perdurable inmortalidad en los siglos de los siglos.

de modo que se demuestre de parte de quién está la fuerza y el poder. Si á la incredulidad moderna no la bastan para convencerse los prodigios que á través de mil ochocientos años viene multiplicando el catolicismo, bástennos á nosotros para adorar llenos de asombro la mano omnipotente que los ha hecho, y reconocer y confesar que su obra tiene todos los caracteres de divina; que esa religion es la única que entre todas posee todos los motivos de credibilidad que racionalmente puede desear el hombre; que sus dogmas son esencialmente santos, su doctrina incomparable, sus promesas dignas de un sér infinitamente grande y sábio, sus esperanzas las mas sublimes, y el porvenir que reserva á los que la abrazan una bienandanza positiva en el tiempo y una perdurable inmortalidad en los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XXI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CUÁN CONFORMES ESTÁN LAS ENSEÑANZAS DEL CATOLICISMO CON LOS PRINCIPIOS DE CARIDAD Y DE JUSTICIA CUANDO PRESCRIBEN LA TOLERANCIA Y EL PERDON DE NUESTROS PRÓJIMOS, Y CUÁN OPUESTAS POR EL CONTRARIO CON LOS PRINCIPIOS MISMOS DE LA SANA RAZON LAS DOCTRINAS DEL RACIONALISMO QUE SANCIONAN LA INTOLERANCIA Y LA VENGANZA.

Sic et Pater meus caelestis faciet vobis, si non remiseritis unusquisque, fratri suo de cordibus vestris.

Así lo hará mi Padre celestial con vosotros, si cada uno no perdonare de corazón á su hermano.

MATTH. XVIII. 35.

Todo en la religion católica lleva marcado el carácter de la homogeneidad. Sus principios siempre invariables conducen á consecuencias siempre idénticas. Sus preceptos tienen entre sí un enlace tal, que no es posible traspasar uno sin herir, digámoslo así, los demás; porque todos derivan de un mismo origen, todos tienden á un mismo objeto y tienen por término una misma virtud, la caridad, el amor de Dios y del hombre que reasume todo el sistema del cristianismo y toda la economía de su doctrina. Y hed aquí el sello de la obra divina que la distingue de las obras del hombre. Jamás los sistemas humanos fuera del círculo del catolicismo, podrán llegar ni siquiera á imitar imperfectamente ese carácter de unidad que brilla en las enseñanzas del Evangelio. Principios variables, enseñanzas móviles como el entendimiento, consecuencias múltiples y contra-

dictorias, hé aquí todo lo que vemos donde quiera que el elemento unitario de la doctrina católica no figura como base y fundamento de una escuela, cualquiera que sea su denominacion. Por eso todas las comuniones separadas de ese centro comun se caracterizan por un espíritu de versatilidad incesante que no las permite fijarse en ningun punto doctrinal, y las conduce á variar de símbolos con la mayor facilidad, toda vez que á ello se ven obligadas por las circunstancias ó por miras de conveniencia particular.

La causa principal de esto ya la hemos consignado en otras ocasiones, y no nos detendremos á reproducirla. Bástenos saber que siendo la caridad el cimiento de la unidad religiosa, y no pudiendo aquella existir en su debida perfeccion fuera de la religion católica, es consiguiente que allí donde falta el fundamento flaquee el edificio, y que desaparezca la unidad donde no está sostenida por el amor que la produce y fomenta. Por estrañas que parezcan estas reflexiones al asunto principal á que nos conduce la lectura del texto Evangelico de este dia, no lo son sin embargo si se hace atencion á que en la série de discursos que vengo pronunciando, me he propuesto, como habeis tenido tiempo de observar, desenvolver el verdadero espíritu de la doctrina católica en sus relaciones con el hombre y con la sociedad, con la religion y la filosofía, con el presente y el porvenir de la humanidad.

En efecto, compárase en la parábola del presente Evangelio, el reino de los cielos, ó como esplican los doctores, la Iglesia de Jesucristo, « á un rey que quiso tomar cuentas á sus criados. Y habiendo empezado á tomarlas, le fué presentado uno que le debia diez mil talentos; y no teniendo con qué pagar, mandó el señor que fuesen vendidos él, su muger y sus hijos con toda su hacienda para solventar la deuda. El criado entonces, arrojándose á sus pies, rogábale diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Por lo que movido el señor á compasion, le dió por libre, y le perdonó toda la deuda. Mas apenas salió este criado de su presencia, encontró á uno de sus compañeros que le debia cien denarios; y agarrándole por la garganta, le ahogaba diciéndole: Paga lo que me debes. El compañero arrojándose á sus

piés, le rogaba diciendo: Ten un poco de paciencia, que yo te lo pagaré todo. Él empero no quiso escucharle, sino que le hizo meter en la cárcel hasta que le pagase todo lo que le debía.»

Ved aquí sin pasar mas adelante marcados los opuestos caracteres del catolicismo y del racionalismo, ó sea las doctrinas del Evangelio y las enseñanzas de la filosofía. Aquel consecuente á sus principios de caridad, perdona para ser perdonado: éste inconsecuente y contradictorio, proclama la tolerancia para sí, al propio tiempo que la rechaza para con los demás. El uno porque ama eficazmente, se muestra indulgente con el culpable: el otro incapaz de escuchar mas que la voz de su propio egoísmo, manifiéstase duro é inflexible toda vez que cree comprometido su bienestar ó mancillada su honra. En una palabra, la doctrina católica predica siempre y donde quiera el amor del enemigo y el perdón de la ofensa, porque jamás la es dado separarse un ápice de esa ley suprema que sostiene el sistema invariable de la unidad; pero las doctrinas racionalistas encuentran fácilmente pretextos para eludir su acción y razones especiosas para dispensarse de su cumplimiento, y aun para autorizar su transgresión, porque la movilidad es su carácter, la inconsecuencia su distintivo, desprovistas como están de ese elemento unitario que enlaza entre sí unos preceptos con otros y forma de todos ellos en el catolicismo un cuerpo de enseñanza compacto é invariable.

Pero no nos estendamos mas en estos preliminares, y entremos desde luego á desenvolver esta idea, demostrando «cuán conformes están las enseñanzas de la religion con los principios de caridad y de justicia cuando prescriben la tolerancia y el perdón con nuestros prójimos, y cuán opuestas por el contrario á los principios mismos de la sana razón las doctrinas del racionalismo, toda vez que sancionan la intolerancia y la venganza.» Acudamos antes á implorar los divinos auxilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Quando el profeta dice que la ley divina lleva en sí misma la justificación de sus preceptos y enseñanzas (1), reasume en esta sencilla espresion todo quanto pudiéramos decir en prueba del asunto que me he propuesto tratar. Nada en efecto brilla tanto en todo el sistema de la doctrina católica, como ese carácter de conformidad que se advierte entre los principios que asienta y las consecuencias que de ellos deduce. Basada en el amor como origen de todas sus inspiraciones, todos sus dogmas respiran por decirlo así este mismo perfume, en todos descuella esa virtud, y ninguno hay en que no resplandezca visiblemente. En el amor empero, cuando mira por término al hombre, distingo yo dos caractéres que conviene mucho observar, á saber, uno de caridad fundado en aquel principio divino: «Ama al prójimo como á tí mismo;» otro de justicia basado en aquel principio natural: «No hagas á tu prójimo lo que no quieras que hagan contigo.» Ahora bien, ¿quién no admira la perfecta consonancia de la doctrina católica con estos dos principios, cuando prescribe como un deber de religion y de alta justicia la tolerancia con el ofensor, el perdon del enemigo, y el olvido de las injurias?

¡Ah! Si el hombre comprendiese bien lo que es el hombre, es decir, si supiese respetar en lo que vale la dignidad humana, por demás estarian todos los preceptos, y no necesitaría mas que reflexionar sobre sí mismo para convencerse de ese deber de tolerar, perdonar y amar á su prójimo por el mero hecho de serlo. Pero estrañada la inteligencia por el error, y corrompido el corazon con las pasiones, menester fué que Dios estableciese de un modo positivo este principio, prescribiendo su observancia en virtud de su suprema autoridad, y sancionándola con recompensas infinitas, bien así

(1) Psalm. XVIII. 40.

como decretó castigos eternos contra su transgresion. Y en esto, A. O., no hizo sino lo que no podia menos de hacer, atendido ese principio de caridad con que se proponia unir entre sí á todos los hombres como hijos de un padre comun, como hermanos de su unigénito, y llamados á un fin idéntico, á la inmortalidad. Por eso Jesucristo al presentarse en el mundo revestido de la gran mision de repararle, reproduce ese gran principio como un precepto nuevo, como el carácter esencial del hombre redimido, como el distintivo de los afiliados á la nueva escuela del Salvador. Y en su consecuencia, toda la economía de su sistema se reduce á decirles: «Amaos reciprocamente.....» «Sed una misma cosa entre vosotros, como yo lo soy con mi Padre celestial.....» «Si quereis que os reconozcan por míos, que el amor sea la señal por donde os distinguan de los gentiles y paganos.....» No bastaba empero amar simplemente; era necesario amar á despecho del odio, amar á quien ultrajaba, amar al que perseguia, amar al que hacia daño, amar al enemigo, al rival, al vengativo: porque de lo contrario la caridad inspirada por Dios no seria perfecta, habria inconsecuencia, habria contradiccion en los términos, puesto que prójimos son todos los hombres, y en todas las situaciones de la vida, cualesquiera que sean sus pasiones, sus vicios, sus debilidades ó sus miserias; y si en alguna ocasion fuese licito dejar de amarle, caducaria el precepto, desapareceria el principio, vacilaria el cimiento del edificio religioso. Así que de aquel mandato universal, deduce Jesucristo otros deberes íntimamente ligados con él, inseparables, y no menos obligatorios, á saber: «Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os persiguen, orad por los que os calumnian..... Ofreced la mejilla izquierda al que os hiere en la derecha..... No devolvais mal por mal, antes bien triunfad con el bien del mal.» Y para que en ningun tiempo pudiese el hombre escusarse de estos deberes, el mismo legislador Jesucristo, el hombre modelo, el hombre tipo, el hombre perfecto es el primero en autorizarlos con su ejemplo durante su vida mortal, y hasta en el patibulo en que murió víctima de los pecados del mundo, sobre la cruz en donde consumó la grande obra de la reparacion del género humano, no satisfecho con perdonar él mismo á sus enemigos, dis-

culpa ante su Padre celestial á los que le crucifican, y le suplica encarecidamente que no les tome en cuenta el horrendo deicidio.... De este modo su último suspiro fué un grito de perdon, un grito de caridad heróica porque hasta entonces quiso obrar consiguiente á aquel sublime principio sobre que basó toda la economía del nuevo culto. Dejar pues de perdonar al que nos ofende, rehusar el amor al enemigo, seria desentenderse de un precepto sellado con sangre divina, seria desobedecer á un Dios que muere por enseñarnosle, seria trastornar todo el sistema religioso, seria en fin faltar á una ley de alta caridad y de alta justicia, puesto que no menos conforme está con los principios de ésta, que inseparablemente unido á los de aquella.

— Sí: la justicia exige del hombre el sacrificio de su amor propio y de las violentas pasiones de la venganza; la justicia le hace un deber de perdonar á su enemigo y de ser tolerante con el que le ofende; porque de lo contrario incurriria en una inconsecuencia manifiesta y en una repugnante contradiccion consigo mismo. Ninguno hay que no se crea con derecho á esa tolerancia de parte de su prójimo; nadie que no desee ser perdonado cuando ha incurrido en una falta que afecta al bienestar ajeno; y á pesar de las preocupaciones del orgullo y de los errores de la ignorancia, cualquiera es bastante ingenioso para evocar en su favor aquel alto deber grabado en el corazon humano por la mano de Dios, en virtud del cual nadie está autorizado para obrar con su semejante de distinto modo que él desearia ser tratado en un caso análogo. Ciertó que ese deber es de eterna justicia sagrado, inviolable.... ¿Pero se discurre siempre de este modo? ¿Se reconocen y respetan siempre los derechos ajenos con igual escrupulosidad? ¿No es lo mas frecuente en el mundo ver la injusticia tomar la defensa de nuestro egoismo, de nuestro ódio y de nuestra venganza á nombre de la justicia misma? ¡Burla sangrienta! ¡Atroz sarcasmo! ¡Asi se escarnece y huella ese nombre sagrado, exigiendo para sí propio lo que se niega á los demás, demandando en causa propia lo que abiertamente se rehusa en causa ajena, pidiendo tolerancia para sus defectos y gritando venganza para los de otros, arrogándose para sí el derecho del amor y re-

servando para los demás el ódio y el castigo. ¡Cómo! ¿No somos todos iguales ante Dios? ¿No nacimos con idénticos derechos como hijos de un padre comun? ¿Hay quien pueda alegar alguna prerogativa en este punto que le haga mas digno que sus prójimos?..... No le busqueis: la humanidad está reasumida en el hombre, el hombre es uno siempre, el mismo, idéntico donde quiera. La justicia no reconoce distinciones de razas, ni rangos, ni fortunas. En todas partes está llamada á medir con igual vara al pobre que al rico, al ignorante que al sábio, al esclavo que al monarca. Si así no fuese, dejaria de existir, como de hecho desaparece, allí donde las pasiones reclamando derechos ilusorios ó inventando sofisticas distinciones trastornan sus invariables principios ó corrompen al que debe ejercerla á nombre de la ley. Y bien, á nuestro caso: ¿Qué cosa mas conforme á los principios de esa virtud que ser indulgentes con quien deseamos que lo sea á su vez con nosotros? ¿Y qué cosa mas contradictoria que reclamar tolerancia y perdon de parte de quien no merece de nosotros sino encono é intolerancia? No: tan desacertadamente discurre el hombre cuando deja de perdonar á su enemigo porque este no reconoce en él el mismo derecho, como lo haria si porque los demás hombres dejasen de cumplir sus respectivos deberes se creyese él autorizado para traspasar los que ha contraido sea con Dios, sea con sus prójimos ó con la sociedad. Jamás el crimen podrá cohonestar el crimen, bien asi como nunca la injusticia podrá autorizar la injusticia. ¡Que nuestro enemigo nos persigue! Injusto es por cierto: pero deducir de aquí que podemos ó debemos perseguirle, ¿no es un absurdo mas injusto todavia? ¡Que nuestro rival se venga de nosotros! Criminal es sin duda y altamente atentatorio este hecho, nadie podrá negarlo: ¿pero os dá esto por ventura accion sobre él para devolverle ódio por ódio, persecucion por persecucion, venganza por venganza? Nunca, á menos que os resolvais á desentenderos de todo principio de justicia, á no ser que por el mero placer de satisfacer vuestra pasion no negueis á Dios un derecho inalienable, pues como sábiamente observa Tertuliano, solo á él y de un modo esclusivo pertenece la venganza, y por lo tanto al prescribir al hombre el deber de perdonar, prohibiéndole anti-

par un juicio que solo á él atañe, quiso que en esto como en todo lo demás reconociese siempre el dominio de soberanía que reside en el Criador respecto de todas las criaturas.

Ved pues cuán magníficamente resplandece en este precepto la justicia al lado de la caridad. Ambas concurren de un modo maravilloso á establecer ese orden y esa armonía que debe reinar en el mundo moral y á fomentar entre los hombres ese espíritu de unidad que Jesucristo quiso distinguiese á los suyos y formase el carácter esencial de su religion. En vano el racionalismo intentaria multiplicar especiosos sofismas para autorizar el ódio y la venganza á nombre de la dignidad humana, exagerando los derechos de la inteligencia, abultando las pretensiones del honor, y tomando el nombre de la razon universal de la humanidad para cohonestar sus doctrinas anticatólicas y antisociales. ¡ La razon ! ¿ En qué se oponen los principios de ésta al deber que nos prescribe el Evangelio ? Opondrase tal vez esa razon individual adulterada, corrompida, ciega, tal cual la han hecho la filosofia, las pasiones y los errores de estos últimos tiempos ; se opondrá acaso esa razon que os plugo divinizar emancipándola de todo yugo de autoridad y de toda dependencia á las eternas leyes del orden, para reclamar á nombre suyo unos derechos que jamás tuvisteis, para sancionar doctrinas que nunca pudo admitir el buen sentido, para predicar absurdos y enseñar blasfemias de que se hubiera horrorizado el mundo si no le hubiérais materializado arrancando de él digámoslo así todo instinto religioso, toda esperanza inmortal. Pero la sana razon, la razon purgada de las preocupaciones y de los errores que la han inoculado vuestros sistemas, nunca estuvo en oposicion con los principios de caridad y de justicia que prescriben el alto deber de la tolerancia y del perdón. Lo que se opone directamente y pugna de frente con esa misma razon cuya causa afecta defender el racionalismo cuando sanciona la intolerancia y la venganza, son los principios de esa escuela. Ellos son los que trastornan todo el orden religioso y social, ellos los que encienden en el mundo el fuego de la discordia y de la rivalidad, ellos los que promueven las luchas de familia, las guerras de nacionalidad, los bandos, las facciones, y los que eternizan esas

enemistades entre padres é hijos, entre hermanos y hermanos, entre pueblos y pueblos, que suelen reproducirse despues de siglos y siglos. ¿Y quién ha imaginado jamás que la razon se oponga al órden? ¿Quién ha podido concebir que sea enemiga de la paz? ¿Quién se ha atrevido á sostener que sus principios estén en lucha con el bienestar de las sociedades? ¿No es la razon la primera que aconseja al hombre á vivir en armonía con sus semejantes? ¿No es ella la que le dice que la discordia es el elemento destructor de todo órden? ¿No es ella la que le persuade que sin una mútua tolerancia entre los diferentes miembros de la gran familia, el caos, la confusion, las turbulencias serian su único porvenir? No es pues la razon humana la que se empeña en decorar en el individuo el resentimiento y el ódio con el nombre de grandeza de alma, ó de firmeza de carácter: no es ella la que le inspira la venganza y arma su brazo del acero homicida so pretesto de honra y pundonor. No: la razon universal de la humanidad es incapaz por sí misma de cambiar así la idea de las cosas; es bastante sábia para conocer que sin tolerancia recíproca no hay paz, que sin paz no hay union, que sin union no hay órden, que sin órden no hay felicidad posible en la sociedad. Sabe que donde los hombres no se perdonan sus comunes defectos, donde el individuo aspira á tomar justicia por su propia mano del agravio recibido, donde el devolver daño por daño es una accion licita y vengar la ofensa un deber, allí necesariamente tienen que surgir males funestos é irremediabes consecuencias. ¡Y querriais hacer á la razon responsable de tantos absurdos! No: decid entonces que la paz, el órden, la union, la tranquilidad de las familias, el bienestar de los pueblos, y la bienandanza de las sociedades son cosas contrarias á los principios de la razon; decid que segun sus principios la discordia es un bien, la guerra una necesidad, las escenas sangrientas espectáculos placenteros y la desdicha de la humanidad una consecuencia de sus destinos; decid esto si os atreveis, puesto que todo ello se deduce necesariamente de vuestro sistema: ó de lo contrario cesad de calumniar á la razon, y respetadla, reconociendo y confesando que lejos de oponerse al perdon del enemigo no puede menos de inspirar este sentimiento obrando conforme á las mismas

luzes naturales; que en vez de condenar la tolerancia con el ofensor es la primera en contener y enfrenar los ímpetus de la venganza cuando las preocupaciones no la ciegan ó la pasión no la corrompe, que bien al contrario de sancionar las enemistades, reconoce muy bien que el promoverlas ó fomentarlas es tan funesto para los individuos como perjudicial al interés público.

¡Plugiuese al cielo que la razón armonizada siempre con los principios de la religión no se dejase deslumbrar por vanos sofismas ni oscurecer por sistemas erróneos! Entonces no se la tomaría por pretexto para sancionar absurdos como el que hoy nos ocupa, ni el racionalismo la hubiera tomado por instrumento para autorizar unos desmanes de que él es el único y responsable autor. En vano intenta hablarnos de honor, de dignidad humana, y de otras cosas semejantes con que tiempo há viene cohonestando el ódio, y estableciendo en precepto el duelo y la venganza. ¡Pues qué! ¿No es el hombre hoy lo que fué siempre? ¿Han cambiado acaso en él los instintos de pundonor y el sentimiento de su dignidad? Su naturaleza, esa naturaleza cuyos gritos según dice el moderno racionalismo reclaman la satisfacción de la ofensa y el castigo del ofensor, ¿es distinta de la que era hace diez y ocho siglos? No creo que se haya verificado semejante modificación. ¡Y sin embargo se evocan ahora nuevos derechos, se proclaman nuevas leyes, se establecen nuevos principios á nombre de la razón y de la naturaleza! ¡Y se pretende que ésta sea de mejor condición que fué en tiempos pasados, ó que la religión tenga sobre ella menos ascendiente ó derechos más cuestionables! No lo comprendo, A. O. M. Yo consulto la razón de los siglos pasados, y veo sancionado por ella el altísimo precepto del Evangelio de este día. Oid cómo se espresaban los primeros discípulos de Cristo: «Hasta la presente andamos sufriendo hambre, sed, desnudez y malos tratamientos. Nos maldicen, y bendecimos; somos perseguidos, y lo toleramos con paciencia; nos ultrajan, y retornamos súplicas (1).» Esto pues hacían aquellos hombres como nosotros, que tenían la conciencia de su dignidad como nosotros, que abrigaban idénticos sentimientos de honra, y no se apreciaban y respetaban

(1) I. Corint. IV. 12.

menos que nosotros. Y sin embargo, ¡qué contraste! ellos no creían rebajarse en nada por perdonar una injuria, y nosotros nos juzgamos deshonrados si no la vengamos; ellos tenían valor suficiente para pagar los ultrajes con bendiciones, y nosotros tememos ser tenidos por cobardes si no evocamos la pena del talion sobre los que nos faltan en lo mas leve; ellos podían orar por los que les perseguían, y nosotros no sabemos sino maldecir á los que nos contrarían. ¡Mengua y baldon de la razon humana! ¡Oprobio de nuestra decantada cultura y de nuestra pretendida civilizacion!

Pero dejemos ya este asunto en que si fuese necesario pudiéramos estendernos indefinidamente. Baste lo dicho para demostrar que tan conformes están las enseñanzas de la religion católica con los principios de caridad y de justicia cuando prescriben la tolerancia y el perdón de los enemigos, como opuestas á los principios mismos de la razon las doctrinas del racionalismo, toda vez que á su sombra pretende sancionar la intolerancia y la venganza, que es lo que me propuse probar en este discurso. Ahora, C. O., elegid entre unas y otras doctrinas: pero tened presente la terrible sancion del Evangelio. Si acordes con sus preceptos perdonais al que os ofende, tolerais al que os injuria, y amais al que os ultraja, en el amor, en la tolerancia y en el perdón de Dios hallareis la recompensa de ese sacrificio de vuestras pasiones. De lo contrario, aborreced en buen hora al que os ódia, perjudicad al que os daña, perseguid al que os persigue, no perdoneis al que no os perdona, devolved mal por mal, encono por encono, venganza por venganza, sobrepujad si podeis en furor á vuestro rival... Pero no olvideis la expiacion terrible reservada á los que se desentienden de la caridad y de la justicia en este punto, y que del mismo se portará un dia el Padre celestial con los que no tuvieron misericordia con sus hermanos: *Sic et Pater celestis faciet vobis* etc. Un juicio sin piedad es el castigo que espera al que sin piedad trata á sus prójimos: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*. Juicio terrible, espantoso, irrevocable que pondrá el sello á la desgracia del enconoso y vengativo, y consumará su eterna reprobacion por los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XXII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA INFLUENCIA DEL SACERDOCIO CATÓLICO, LEJOS DE SER PERJUDICIAL EN NINGUN SENTIDO, ES POR EL CONTRARIO ALTAMENTE ÚTIL Y BENEFICIOSA, Y DE ABSOLUTA NECESIDAD HOY MAS QUE NUNCA EN SUS RELACIONES CON EL PROGRESO DE LA CIVILIZACION.

Farisei consilium inierunt ut caperent eum in sermone. Et mittunt ei discipulos suos cum Herodianis, dicentes: Magister..... quid tibi videtur, licet censum dare Cæsari, an non?..... Et ait illis Jesus: Reddite quæ sunt Cæsaris, Cæsari, et quæ sunt Dei, Deo.

Reuniéronse los fariseos en consejo á tratar entre sí cómo podrían sorprender á Jesus en sus palabras. Y al efecto le enviaron sus discipulos con algunos herodianos, que le digeron: Maestro, qué te parece, ¿es ó no lícito pagar tributo á César?..... A lo que les contestó: Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.

MATTH. XXII. 15. ET SEQ.

¡CUÁN cierto es que la luz ciega á veces los ojos que no están dispuestos á recibirla, y que la verdad se convierte en instrumento de ruina para las inteligencias que se obstinan en rechazarla! Ved á los fariseos hipócritas y á los corrompidos pontífices de Jerusalem, meditando planes de esterminio contra Jesucristo, y buscando algun medio que con apariencias de legalidad pudiese autorizar el ódio que le habian jurado, y la vil venganza que pensaban tomar de aquel de quien solo recibieran beneficios y pruebas inequívocas de amor y tolerancia. Oid el texto Evangélico de este dia.

«Reuniéronse (dice el Evangelista San Mateo) los fariseos y formaron consejo para tratar entre sí cómo podrían sorprender á Jesus en lo que hablase. Al efecto, le envian sus discipulos con algunos herodianos, los cuales le dijeron: Maestro, sabemos que eres

veraz y que enseñas el camino de Dios conforme á la pura verdad sin respeto á nadie: porque no miras á la calidad de las personas. Esto supuesto, dinos: ¿qué te parece? ¿Es ó no lícito pagar tributo á César? A lo cual Jesus, conociendo su malicia, respondió: ¿Por qué me tentais, hipócritas? Enseñadme la moneda con que se paga el tributo. Y ellos le mostraron un denario. Dijoles Jesus: ¿De quién es esta imágen y esta inscripcion? Respóndente: De César. Entonces les replicó: Pues dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.»

Asi es como aquellos hombres, en vez de abrir sus ojos á la luz de la verdad que tan clara se manifestaba en las obras maravillosas del Salvador, se obstinan mas en sus errores, y buscan en la doctrina del Hombre-Dios un pretesto plausible para desacreditarle á la faz del vulgo, presentándole como enemigo de toda institucion política, y antagonista declarado de las soberanias temporales. Y si bien es cierto que en la ocasion á que hoy alude el Evangelio quedaron confundidos y avergonzados en vista de una respuesta que deshacia todos sus planes y ponía de manifiesto su mal encubierto encono, ¿no es cierto que un día el principal capítulo en que formularon su acusacion contra él ante los tribunales, fué decir que se oponía á que se pagase el tributo al César (1)? ¡A tal grado de desvergüenza llegó el ódio irreconciliable de aquella secta hipócrita! No vacilaron en mentir altamente, á trueque de satisfacer su saña, y hacer desaparecer de la tierra á aquel Jesus en quien mas que sus virtudes, mas que sus milagros, tenían el prestigio que estos debían darle sobre las grandes masas, la influencia que ejercería en los destinos de la nacion judía, y sobre todo la popularidad que alcanzaria su doctrina. Importaba pues sobremanera urdirle lazos para sorprenderle en sus palabras, ya que sus acciones estaban á cubierto de todos los tiros de la malignidad, y á este fin le provocan á entrar en una cuestion política, para en el caso de que se deslizase, poder dar á sus proyectos deicidas un colorido de justicia, afectando un sentimiento de patriotismo y nacionalidad.

(1) Luc. XXIII. 2.

¿Y no es este el mismo artificio á que han apelado en todos tiempos y especialmente en los siglos modernos, los enemigos del catolicismo y del sacerdocio personificados ambos en su augusto fundador? Han presenciado los prodigios de virtud obrados por el ministerio sacerdotal; han observado los portentos de civilizacion que donde quiera se han verificado bajo su influencia; hánle visto marchar á la cabeza del gran movimiento intelectual en todas direcciones; han admirado los beneficios sociales que por todas partes ha derramado su doctrina; no han podido menos de reconocer, en una palabra, que él se ha encontrado siempre al frente de todo lo bueno y grande que se ha hecho en el mundo, fomentando las empresas mas gigantescas, impulsando los pensamientos mas útiles, estimulando el génio, creando elementos de positivo progreso, y dejando por do quiera que ha pasado una larga huella de luz que no han podido oscurecer ni la accion del tiempo, ni los acontecimientos humanos, ni las mas sangrientas persecuciones, ni el ódio, ni la tiranía, ni las pasiones todas conjuradas contra él. Y en vista de esto, mas de una vez se han visto forzados á rendir al sacerdocio católico un homenaje aunque involuntario, diciéndole como los emisarios de los fariseos á Jéscristo: *Scimus quia verax est, et viam Dei in veritate doces*. Mal avenidos empero con su doctrina, y sobradamente envidiosos de su influencia, émulos de su prestigio y no pudiendo soportar la inmensa popularidad que en cada siglo viene adquiriendo á despecho de los mil elementos que se han puesto en juego para anonadar esa clase respetable, los hombres de la ilustracion, los hombres del racionalismo, los hombres de la civilizacion moderna, han formado complots, se han reunido en consejo como los fariseos del presente Evangelio, y han decidido acabar á todo trance con ese clero odiado, no por sus vicios, sino por sus virtudes, no por los males que causa, sino por los beneficios que dispensa. Mas no pudiendo negar sus obras, ni los inmensos servicios que el sacerdocio ha hecho y hace á las sociedades, han espiado maliciosamente sus palabras, han tergiversado su doctrina, le han atribuido principios que nunca profesó y que al contrario ha combatido constantemente: y á la sombra de un patriotismo fingido, y so pretesto de interés

social, se ha trabajado, y no sin resultado, por amenguar su influencia en las sociedades modernas, presentándola á los ojos de los pueblos como perniciosa á su bienestar. Esta calumnia es la que hoy me propongo rebatir, demostrando á la luz del raciocinio y de la historia «que lejos de ser perjudicial, es por el contrario altamente útil y beneficiosa, y de absoluta necesidad hoy mas que nunca en sus diversas relaciones con el progreso y la civilizacion.» Para tratar dignamente tan importante asunto, imploremos los divinos ausilios por la intercesion de la Santisima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Imposible es hablar á cierta clase de gentes de la influencia del clero católico, y de los varios medios de accion que posee, sin que al momento se les vea turbarse con un temblor convulsivo, soñar proyectos de invasion y de tiranía, y como los fariseos y los pontifices judíos en cierta ocasion, reunirse á deliberar sobre las medidas que deben adoptar para deshacerse de un enemigo tan enojoso y formidable. ¿Quién es ese, se preguntan, y por qué así le dejamos obrar libremente y ejercer un ministerio que le dá cada dia mayor preponderancia en los pueblos en proporecion que amengua nuestro prestigio, y van perdiendo su fuerza las doctrinas filosóficas llamadas á regenerar las sociedades y á civilizar al mundo (1)? Ese clero obra milagros, arrastra en pos de si las atenciones del universo, su doctrina se estiende por todo el globo; donde quiera hace prosélitos y encuentra discípulos. Preciso es que desaparezca cuanto antes esa influencia tan perniciosa á los intereses de la civilizacion y del progreso á que por un movimiento irresistible se vé empujada la humanidad. De lo contrario, si miramos con fria indiferencia los agi-

(1) ¿Quid facimus, quia hic homo multa signa facit? (Joan. XI. 47.)

gantados pasos con que camina esa clase odiosa en las vías de la usurpacion teocrática, bien presto lo habrá invadido todo, y se verán correr tras ellas los pueblos, y apiñarse en torno de su pendon, y echar por tierra lo que á costa de tanto trabajo y de tan penosos sacrificios han sabido conquistar la despreocupacion y las luces del siglo (1).

Pero ¿por qué es tan temida la influencia del clero católico? ¿Dónde están los males que ha producido en el mundo? ¿Qué motivos hay para ensañarse tanto contra esa institucion sublime? ¿Será acaso porque el mero hecho de ser sacerdote es ya un delito, ó una falta de respeto hácia los que no quieren religion alguna, ó bien la quieren, pero sin sacerdocio que es equivalente á no quererla? ¿Será quizás porque el sacerdote, desentendiéndose de todos los lazos y embarazos domésticos por consagrarse mas libremente á su penoso ministerio, reserva toda su ternura para los hijos adoptivos cuya salvacion se le ha confiado, ó porque á fuerza de beneficios aspira á establecer la tiranía de la caridad y de la moral, pensamiento atrevido que lastima los derechos de los que sin el concurso de esos dos elementos se han propuesto regenerar los pueblos y crear el porvenir de las sociedades? ¿Será tal vez porque el sacerdote, haciéndose el órgano y el intérprete de las miserias del pobre y de las aflicciones del desgraciado, se atreve sin autorizacion alguna á interponerse entre ellos y los grandes y dichosos del siglo, para pedir á estos en favor de los primeros el sacrificio de una pequeña porcion de esos bienes que poseen en abundancia, lo cual es altamente anárquico en concepto de la ciencia y de la política moderna? ¿O será porque prefiriendo á todos los intereses de los hombres los intereses de Dios, y á los bienes mundanales los bienes eternos, no cesa de estremecer las conciencias culpables con el recuerdo de los terribles juicios de Dios, evitando de este modo los ódios, las venganzas y las colisiones entre los hombres y los pueblos, operando maravillosas reconciliaciones entre los mas encarnizados enemigos, obligando á la codicia á restituir lo mal habido á fuerza de concusiones é in-

(1) Si dimittimus eum sic, omnes credent in eum. (Ibid. 48.)

justicias, y verificando otros mil prodigios análogos en bien del individuo y de la sociedad? ¿Será por último porque el sacerdote, colocándose en una esfera superior á esos acontecimientos políticos que agitan al mundo, prescinde de todo lo que no atañe á su misión augusta, y se limita á enseñar al hijo del pobre lo mismo que al hijo del rico, el respeto, la obediencia y el amor que deben á los autores de su sér, á predicar á los reyes la justicia y la moderación, á los pueblos la observancia de las leyes y la sumisión á la autoridad, y á exhortar á los hombres todos á ser buenos ciudadanos, padres virtuosos, esposos fieles, cumpliendo cada cual las obligaciones de su respectivo estado ó profesion social? Como estos no sean los delitos del clero católico, como no sean estos los perjuicios que su influencia viene ocasionando á la civilización, como no sean éstos, en una palabra, los motivos porque se le persigue y calumnia y se trata de privarle de su prestigio, no conocemos otros, ni los han conocido tampoco mejor que nosotros las generaciones que nos precedieron, puesto que siempre y donde quiera profesaron á esa institución sublime una especie de culto, fundado en las simpatías que inspiró su abnegación y sus heróicos sacrificios, su desprendimiento y sus beneficios en pró de la humanidad. Y si tales son los crímenes del sacerdocio, bien puede gloriarse de ser culpable; si esto es conspirar contra el libertinaje y la impiedad, no se espere que trate de cejar en la marcha que emprendiera; si esto es lastimar los derechos del hombre segun la escuela filosófica del siglo, nunca los respetará mas ni dejará de hacerlos una guerra sin tregua; si esto es en fin poner trabas al progreso y socavar los cimientos de la libertad, en vano se pensará que dejen de trabajar en esa obra. Y cuenta que esos supuestos crímenes no necesitan de prueba, son mas claros que la luz del medio día: puesto que hace ya mas de diez y ocho siglos, justamente desde el momento en que su divino Maestro y fundador, invistiéndole de la misma misión que él recibiera de su Padre le envió á ejercerla en todas las naciones del globo (1) dándole el mundo entero por teatro de sus conquistas, ni un solo día ha cesado de sojuz-

(1) Sicut misit me Pater, et ego mitto vos. (Joan. XX. 21.)

garle con el ascendiente de sus enseñanzas; y desde la musgosa cabaña del aldeano hasta el dorado palacio del monarca, todo lo ha *invadido*, por usar de una espresion sancionada por la ideología moderna, enseñando á todos sus respectivos deberes, predicando todas las virtudes, consolando todos los infortunios, enjugando todas las lágrimas, curando todas las llagas de la humanidad y desenvolviendo á la vez todos los buenos principios religiosos y sociales, fundado en aquella sublime máxima que encierra todo un sistema de política y de religion: «Dad á César lo que es de César, y á Dios lo que es de Dios.»

Ved pues, A. O. M., cuán ridiculos é infundados, tanto como despreciables y absurdos, son los motivos en que funda la impiedad su ódio contra la influencia del clero católico, y como las razones que aduce para probar que es inútil y perniciosa, demuestran por el contrario su utilidad, y la necesidad que hoy mas que nunca tienen de ella los pueblos como uno de los principales elementos de progreso y civilizacion social. Yo concibo fácilmente que puedan temerla esos hombres que no quieren ni la instruccion, ni el consuelo, ni la paz del género humano. Comprendo que la odien y detesten esos hombres que prefiriendo, como dice San Agustin (1), las ventajas temporales á los bienes eternos, á imitacion de los fariseos de nuestro Evangelio, fundan todo el bienestar y la felicidad de los pueblos en multiplicar en todos sentidos los goces materiales, y se obstinan en persuadir á los incautos que la doctrina de Jesucristo predicada por el sacerdocio contraria ese impulso dado á la industria y á la civilizacion, y se opone á sus adelantos y á su desarrollo.

Por dicha del catolicismo, esta clase de hombres (fuerza es confesarlo) van perdiendo insensiblemente su prestigio: sus pomposas teorías desmentidas por los resultados van cayendo en descrédito; así que, á escepcion de algunos decrépitos discípulos de la escuela Volteriana, que se consumen en la impía chochez del siglo precedente, todo el mundo comienza á comprender los inmensos recursos que la sociedad encuentra en el clero católico, cuando le deja ejer-

(1) S. Aug. loc. supri. cit. (1) Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.

cer en paz su accion benéfica: y es de esperar que bien presto todas esas vejaciones innobles que sufre de parte de algunos particulares, restos gastados de nuestras orgias revolucionarias, no figurarán sino en los anales de la bufonería para instruccion ó entretenimiento de las razas futuras. Por lo demás, el tiempo y los resultados juzgarán de todas las teorías humanas, y se sabrá al fin en dónde se encuentran los bienhechores de la humanidad y en dónde sus impíos opresores. Hoy mismo existen entre nosotros hombres bastante imparciales para juzgar con sano criterio los hechos de la historia, que han sabido destruir victoriosamente esa multitud de calumnias con que el viejo protestantismo se ha esforzado en oscurecer las glorias del clero católico. Donde quiera se han levantado voces generosas proclamando altamente que el mundo es deudor al sacerdocio de cuanto hay de mas precioso en las ciencias, en las artes, en las leyes, en las costumbres, y en los hábitos sociales. Sin embargo, aun domina entre ciertos hombres, harto ilustrados por otra parte para estraer lo que hay de verdadero del lodazal histórico de los tres últimos siglos y proclamarlo valerosamente, aun predomina, digo, la preocupacion de que la influencia del clero católico ha venido á ser inútil ó impotente; por lo que, siquiera la concedan una parte no pequeña en los verdaderos progresos de lo pasado, no la designan empero al presente otro lugar mas que la tumba. No obstante, fácil es comprender que lo que antes fué útil y beneficioso á la humanidad, debe continuar siéndolo, á menos que se pruebe que la naturaleza del sér intelectual ha cambiado completamente, lo cual seria un solemne absurdo. No; el hombre es siempre ignorante, débil, y desgraciado; y por consiguiente há menester siempre de ilustracion, de fortaleza y de consuelo. Y bien, A. O., ¿acaso el clero católico no es ya capaz de llenar esta triple funcion? Y si él dejase de ejercer esta mision sublime, ¿qué equivalente se nos daría en su reemplazo? Nada, señores, nada seria capaz de llenar el gran vacío que dejaría en el mundo, porque nadie podría presentar unos títulos tan divinos, unas credenciales tan sublimes y unos derechos tan legítimos á ser creído y escuchado, pues solo en el sacerdocio está personificada la autoridad de Dios, su infalibilidad, su poder, y todos los demás

móviles que hacen tan respetable y augusta la misión sacerdotal sobre la tierra. ¿Y qué es lo que quiere, qué es lo que pide, qué es lo que desea el sacerdote católico? Como ciudadano quiere gozar de los derechos que bajo este concepto le competen, como hombre de Dios pide libertad para enseñar la palabra de Dios, como hombre del pueblo desea trabajar incesantemente por su felicidad. Tal es la esfera en que se encierra su acción. Y sin embargo, hombres envidiosos del poder y de las riquezas que en un tiempo disfrutaba el clero, soñaron que aspiraba á invadir y dominar todo el mundo, y publicaron acerca de esto cosas bien estrañas.

Cierto que hubo una época en que el poder espiritual apiadado de los clamores de los pueblos que le invocaron en su cuna, se prestó á encargarse de las riendas del mundo, si así me es lícito expresarme, á fin de arrancarlos del profundo abismo de la barbarie. Pero tan luego como ellos fueron capaces de dirigir sus propios negocios, la Iglesia se retiró del tumulto, sin exigir por recompensa de la educación que les diera, mas que la libertad de consolar sus padecimientos físicos y morales. Ella no les pide sino que escuchen las enseñanzas de que es depositaria, temerosa de que con toda la filosofía de que tanto alarde hacen, vuelvan á caer en un estado peor que el primero. Y sobre todo, hombres de la ilustración que mas de medio siglo há venis ostentando toda vuestra alta sabiduría en lanzaros recíprocamente los escombros de la sociedad, la Iglesia no exige de vosotros mas que el derecho de asilo en esta tierra de desolación sobre la cual habeis paseado el horrible nivel de la libertad, á fin de poder restablecer en ella algunas de esas vivificantes instituciones de donde brotaban sobre los pueblos torrentes de luz y de felicidad. Hed ahí á lo que están reducidas las exageradas pretensiones de ese que llaman partido teocrático los miserables partidarios y apologistas de la esclavitud (1). ¡Ojalá pudieran realizarse esas pretensiones!

(1) Sabido es que un gran hombre de estado, el conde de Montlosier, no se ruborizó de decir en cierta ocasión en la Cámara de los Pares, *que no concebía la sociedad sin esclavitud*: doctrina que no ha dejado de reproducirse en nuestros días bajo diferentes formas por publicistas de gran reputación.

Sus enemigos indudablemente se consumirían de despecho: pero al menos los pueblos serian aliviados, y la sociedad en general experimentaria sus benéficos resultados.

Hay empero un hecho bien notable y que donde quiera se presenta al ojo observador, y es la situacion comparativa de las poblaciones, segun que experimentan ó no la influencia del principio religioso personificado en el sacerdocio católico, hecho que reasume en sí solo todos los racionios que pudiéramos aducir en este asunto. Recorred sin prevencion las diversas regiones del globo; he dicho mucho, limitaos á hacer una escursion por las varias provincias de nuestra Península, y despues de haber estudiado sus costumbres y sus instintos, decidme en dónde habeis hallado los hombres mas sensatos, mas ilustrados acerca de sus verdaderos intereses, mas dulces en su trato, mas hospitalarios, mas probos, en una palabra mas civilizados, sino en aquellos lugares en que han conservado su imperio los principios de la antigua fé; cuando por el contrario alli donde la voz sacerdotal no es escuchada, donde no se deja sentir la influencia del clero católico, solo encontrais pueblos bastardeados por una grosera impiedad, que languidecen en la ignorancia, en la rusticidad, y en un nécio desprecio de todo cuanto no cae bajo la accion de los sentidos.

En otro tiempo la voz del pastor podia neutralizar la influencia perniciosa de las grandes ciudades que corrompian con el hábito pestilencial de sus costumbres las poblaciones pequeñas, importándolas, inoculándolas sus hábitos, sus vicios, sus errores y su impiedad. Ahora los espíritus fuertes de los alrededores de las capitales acaban de embrutecer los hombres que se desdeñan de frecuentar los templos y asistir á las prácticas religiosas del culto católico. ¿A dónde irá á parar esa tendencia á la animalidad, que se descubre do quiera que el ministerio sacerdotal no fomenta la vida espiritual de los pueblos con las sublimes enseñanzas del Evangelio? Yo no lo sé, M. A. O., lo que no dudo es que si España llegase un dia (lo que no es de esperar) á sacudir el yugo de la fé que nos legaron nuestros abuelos, y que glorias tantas y triunfos tan bellos nos ha proporcionado en todas épocas, no dudo, repito, que no tardaria en caer de nuevo

bajo el yugo de la barbarie que sufrió en otro tiempo, y que sola la religion fué capaz de quebrantar á costa de heróicos esfuerzos y de nobles sacrificios. Y ved la razon en que me fundo: La impiedad que quita al hombre el espíritu, le despoja tambien del corazón. El origen de los grandes pensamientos y de los sentimientos nobles se encuentra en Dios, sin el cual el génio mismo vendria á ser estéril. Pues bien, privad á las grandes masas que no tienen otra educacion que la que reciben del clero católico, de las enseñanzas de la religion, y entonces, ¿qué restará de ese esqueleto que llamis sociedad, mas que una agregacion fortuita de hombres desprovistos de todo vínculo de union, sufriendo el despotismo de hierro que necesariamente habrá de pesar sobre una raza tan degradada?

— Sí, A. M., no nos cansaremos de repetirlo, á despecho de las altisonantes rapsodias de la moderna filosofia. Para gobernar un pueblo cristiano no se necesita mas que una autoridad legal y dulce como la paternidad: pero una nacion embrutecida por la impiedad solo puede ser contenida por un infame maquiavelismo ó por una horrible tiranía. Y nótese bien que en estas consideraciones no considero al sacerdocio sino en sus relaciones puramente temporales y humanas. Tenemos que habérnoslas con unos adversarios cuyas miras son demasiado limitadas para que puedan elevarse hasta el cielo, y su corazón harto estrecho para comprender la inefable dicha que la religion proporciona á los hombres poniéndoles en comunicacion directa con Dios. ¿De qué nos serviria decirles que el sacerdote es el hombre de la eternidad? Esta gran palabra que ha puesto en movimiento al mundo, no halla ya eco en sus almas. Fuerza es pues decirles y repetirles que el sacerdote es el hombre de la sociedad para que al menos comprendan su importancia bajo este concepto. Sin embargo el sacerdote tiene pensamientos mucho mas elevados y miras incomparablemente mas sublimes. Para él la salvacion de las almas es el principal negocio que debe ocuparle en este mundo, y mira como simples accesorios todos los bienes temporales que se derivan de la religion y son sus maravillosas consecuencias. Tan cierto es que todo se encadena en la humanidad, y que la vida espiritual, única verdadera, nos rehabilita y pone en posesion de los bienes

de la vida material y social. La religion haciéndonos justos, nos hace al propio tiempo dichosos.

Creo, A. O. M., haber demostrado lo bastante, cuán infundadamente se ensaña la impiedad contra la influencia del sacerdocio católico presentándola á los ojos de los pueblos como perniciosa á sus intereses y á su bienestar. Os considero suficientemente convencidos de que lejos de ser así, se presenta por sí misma á la luz del raciocinio y de la historia altamente útil y benéfica y de absoluta necesidad hoy mas que nunca en sus diversas relaciones con el progreso y la civilización.

Sin embargo, ministros del Señor á quienes me cumplé dirigir mi humilde voz antes de terminar este discurso; no os faltarán escollos en el cumplimiento de vuestra augusta mision. No os faltarán émulos encarnizados que á manera de los fariseos de nuestro Evangelio, enmascarados con el hipócrita antifaz de patriotismo y nacionalidad os calumniarán y perseguirán inclementes como persiguieron y calumniaron á Jesucristo nuestro divino gefe y maestro. Los mismos beneficios que derramáreis sobre los pueblos, los mismos prodigios de civilización que realizáreis en el seno de las sociedades, les servirán de pretexto, como á aquellos hombres envidiosos los milagros del Salvador, para presentaros á la faz del mundo como unos invasores del poder que aspirais á ejercer una dominacion opresora sobre la humanidad, como unos seres perjudiciales á la marcha del progreso, como unos elementos de desórden y anarquía social, como una rémora al desarrollo de la civilización; y no faltará tampoco quien con tono inspirado y profético, á imitación del gran Pontífice de los judios, decidirá que es preciso vuestro esterminio para evitar la ruina de la nacion y la muerte de la libertad (1). Mas dejad hacer á vuestros émulos. Dichosos nosotros si á precio de nuestra sangre pudiésemos comprar la felicidad del mundo. Suyos son nuestros sacrificios, suyos nuestros sudores, suya nuestra vida y suyo todo nuestro ser. Entre tanto, hombres del porvenir, hom-

(1) *Expediit ut unus homo moriatur pro populo ut non tota gens pereat.*
(Joan. XI. 50.)

bres del pueblo, hombres de la sociedad, no menos que de la religion y de la patria, redoblemos nuestros esfuerzos en proporcion que se aumentan las dificultades; acrézcase nuestra abnegacion y nuestro heroismo, á medida que la impiedad multiplica sus medios de accion para neutralizar la influencia del gran principio civilizador. A nosotros cumple poner en movimiento los inmensos resortes que podemos tocar, sin estralimitarnos del círculo de nuestra mision augusta, y concertar los medios mas conformes á la época presente, para ejercer sobre los pueblos la accion benéfica del catolicismo. Por lo demás, nuestros enemigos saben ya el género de influencia á que aspiramos. Si es que nos la envidian, en su mano tienen un medio de despojarnos de ella bien sencillo, y es el hacer mayor bien que nosotros; procuren escedernos en celo, en abnegacion y en heroismo, y suyo será indudablemente el triunfo. Entre tanto, unidos nosotros como un solo hombre marchemos á la conquista del porvenir con el triple ascendiente de la virtud, de la ciencia y de la caridad. Un ancho campo se presenta á nuestros ojos: abundante es la mies y pocos los operarios. Estudiemos las necesidades de nuestro siglo; trabajemos por adquirir los conocimientos que nos son necesarios para combatir los sofismas de esa ciencia homicida, que se ha propuesto materializar al mundo basando los cimientos del gran edificio social y constituyendo la felicidad de los pueblos en el desarrollo de la industria y en el fomento de los goces materiales, con exclusion omnimoda del elemento católico, prescindiendo de todo principio religioso, y sin contar con Dios para la realizacion de sus insensatos proyectos de regeneracion universal. Estraños á toda mira mundanal, y no esperando recompensa alguna á nuestros trabajos en esta tierra de pasaje en que debemos considerarnos como estrangeros, limitemos nuestra ambicion á hacer todo el bien posible, á pasar nuestros dias como nuestro divino Maestro derramando los inmensos beneficios de la religion sobre todos indistintamente. Donde quiera que el catolicismo nos llame, allí donde los pueblos reclamen nuestros servicios, en cualquier punto que la sociedad necesite de nuestra cooperacion, en todas partes donde nuestra influencia pueda ser benéfica y útil, corramos sin demora á sacrificarnos gustosos

DISCURSO

PÁRA LA DOMINICA XXIII DESPUES DE PENTECOSTÉS.

INSUFICIENCIA DE LA INSTRUCCION PURAMENTE FILOSÓFICA PARA ILUSTRAR Y MORALIZAR LOS PUEBLOS, Y PRECISION QUE ÉSTOS TIENEN DE RECURRIR Á UNA ENSEÑANZA ALTAMENTE RELIGIOSA , CAPAZ DE SATISFAGER SUS VERDADERAS NECESIDADES.

Ecce princeps unus accedit, et adorabat eum, dicens: Domine, filia mea modi defuncta est: sed veni, impone manum tuam super eam, et vivet. Et surgens Jesus, sequebatur eum, et discipuli ejus.

Un gefe principal se acercó á Jesus, y adorándole, le dijo: Señor, una hija mia está á punto de morir: pero ven, impon tu mano sobre ella, y vivirá. Y levantándose Jesus, le siguió con sus discipulos:

MATTH. IX. 48. 49.

Por mas que los hombres se empeñen en arrojar sobre sus mismos ojos puñados de polvo para no ver la luz de la verdad, siquiera se obstinen en resistir á la evidencia y trabajen por ahogar sus propias convicciones para no creer, la luminosa claridad del catolicismo es tal, que penetra á través de las sombrías nubes del error á despecho de los que tienen un interés directo en sostener éste y desacreditar aquel á toda costa. Los esfuerzos de la incredulidad pueden por algun tiempo dar los resultados apetecidos, pueden alucinar al vulgo ignorante, pueden fascinar las inteligencias predisuestas á admitir los mayores absurdos toda vez que estos halaguen las pasiones y acaricien los viciados instintos de una naturaleza corrompida, pueden en fin sembrar dudas, crear animosidades contra la religion y sus ministros, y hacer prosélitos siempre prontos á declarar la guerra al principio religioso y á atacar los venerandos dogmas que

el mundo viene profesando á través de los siglos. Pero al fin llega un día en que las sombras desaparecen, la luz se manifiesta en todo su esplendor, los ojos hasta entonces ciegos se abren para recibirla, los hechos vienen á desmentir las bellas teorías en que se apoyaba el error, y este se vé forzado á presenciar el triunfo de su émulo, como Aman el de Mardoqueo á quien intentára perder (1) ó á ocultarse avergonzado por no sufrir tamaña ignominia.

Sucedo en este punto lo que respecto del Salvador en los días de su vida mortal. Por mas que sus encarnizados émulos se empeñaban en oscurecer el brillo de sus obras portentosas, y cuanto eran mayores los esfuerzos que hacian para disminuir su prestigio en el pueblo como vimos en el discurso anterior, tanto mas se aumentaba el ascendiente que ejercia en todas las clases, y todas ellas recurrían á él en sus apuros, á despecho de los fariseos fementidos y de los pontífices venales enemigos declarados de su doctrina, dando así un testimonio público é irrefragable de la santidad de esta y de su influencia en el bien general de la humanidad.

Ved una prueba brillante de esta verdad en el hecho que hoy nos refiere el sagrado texto. *«Acercóse á Jesus (dice) un personaje principal, y adorándole, le dijo: Señor, una hija mia está á punto de morir: pero ven, impon tu mano sobre ella, y vivirá. Levantándose Jesus, le iba siguiendo con sus discipulos. Cuando hé aquí que una muger que hacia ya doce años que padecía un flujo de sangre, vino por detrás y tocó el ruedo de su vestido, diciendo entre sí: Con que pueda solamente tocar su vestido, me verá curada. Mas volviéndose Jesus y mirándola, la dijo: Hija, ten confianza; tu fé te ha curado.... Llegado, empero, á la casa de aquel hombre principal y viendo á los tañedores de flautas, y el alboroto de la gente, dijo: retiraos, pues no está muerta la niña, sino que duerme. Y hacian burla de él. Mas echada fuera la gente, entró y la tomó de la mano. Y la niña se levantó. Y divulgóse el suceso por todo aquel país.»*

Razon tenian pues los fariseos, cuando en vista del incremento que

(1) Esther. VI. 10. 11.

tomaba la doctrina del Salvador, y al ver que su prestigio parecia adquirir mayores proporciones á medida que ellos trabajaban por desacreditarle, gritaban un dia despechados «¿Veis cómo no adelantamos nada? Hé aquí como todo el mundo se va en pos de él (1):» ¿Y qué han adelantado á su vez los enemigos del catolicismo al cabo de diez y ocho siglos que vienen trabajando por desacreditar sus enseñanzas, y multiplicando sistemas, y creando diversas escuelas, y tanteando proyectos, y agotando todos los recursos del génio y las inspiraciones del ódio mas encarnizado contra la doctrina católica, han pretendido hacerla desaparecer del mundo y proclamar el reinado de la filosofia? Nada, absolutamente nada sino hacer mas visible el triunfo de esa doctrina, darla mayor prestigio y acrecentar su popularidad, al ver recurrir al sacerdocio encargado de enseñarla, todas las clases y condiciones sociales, como recurrían á Jesus en sus necesidades y conflictos. Háyase burlado en hora buena la incredulidad sistemática cuando el catolicismo á imitacion de su divino fundador poniendo sus manos sobre la humanidad figurada en la difunta del presente Evangelio, ha querido resucitarla con sus divinas enseñanzas. ¡Y qué! ¿Estas burlas han podido desmentir los hechos? ¿No han visto á las sociedades recobrar la vida intelectual y moral con los principios salvadores del Evangelio, y estenderse por do quiera la fama de los prodigios que esta ha obrado en el seno de los pueblos muertos por las falsas doctrinas del error? Lo han visto, sí, y sus gritos mofadores, y sus sofismas y toda su palabrería arrogante, no ha dado otro resultado mas que demostrar en vista de la nulidad de todos los sistemas que se ha intentado sustituir á la doctrina católica, que ella sola está llamada á ilustrar positivamente las inteligencias, á formar el corazon de la juventud, á instruir á los pueblos y á salvar las sociedades, porque en ella únicamente se encuentran los elementos de positiva y sólida enseñanza. Y tal es, por mas que se quiera negar, la verdadera causa de ese ascendiente que aun ejercen las doctrinas religiosas, á pesar de los mil resortes puestos en juego por la ciencia moderna para neutralizar su accion salvadora. Hé

(1) Joan. XII. 19.

aquí lo que me propongo demostrar en el presente discurso, limitándome únicamente á probar «la insuficiencia de la instruccion puramente filosófica para ilustrar y moralizar los pueblos, y la precision que estos tienen de recurrir á una enseñanza altamente religiosa que pueda satisfacer sus verdaderas necesidades.» Invoquemos ante todo las luces celestiales por la mediacion de la Santísima Virgen, saludándola con las palabras angélicas

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

La cuestion que hoy me propongo dilucidar, A. O. M., está íntimamente ligada con los destinos de la sociedad, pudiéndose decir que de su solucion favorable depende el porvenir de los pueblos modernos. Nosotros nos preguntamos si es posible ilustrar y moralizar á éstos sin el concurso de la religion, y dando á la juventud una instruccion puramente humana ó filosófica; y los antecedentes de la historia, y los hechos que tenemos á la vista, todo nos hace creer que no solamente es de todo punto ineficaz semejante instruccion para lograr el objeto apetecido, sino que de esta misma impotencia surge la absoluta é indispensable necesidad de acudir al principio religioso, y de tomar de él los verdaderos elementos de ilustracion y de moralidad únicos capaces de corresponder á las urgentes y apremiantes necesidades de la humanidad.

Y en cuanto á lo primero, ¿qué nos dicen los antecedentes históricos en este punto? ¿Qué frutos han producido todos los ensayos hechos hasta aquí por el génio revolucionario para secularizar, permítaseme usar de este término, para materializar la instruccion pública, escluyendo al clero católico de toda participacion directa en ella, y arrojando nuestra juventud en los brazos de maestros asalariados y venales, impregnados del virus filosófico que inocularan en las inteligencias del pasado siglo las doctrinas del apóstol de Ferney

y del ciudadano de Ginebra? Pero, á esta cuestion responden mejor que todos los razonamientos, los hechos que vienen presentándose á nuestra vista desde que desterrada y proscrita, por decirlo así, la religion de las universidades y colegios, la instruccion de la juventud ha quedado reducida á una multitud incoherente de elementos humanos sin ningun género de apoyo, sin sancion alguna capaz de autorizar las enseñanzas dadas por hombres sin mision y por consiguiente sin verdadero prestigio. Así que lejos, bien lejos de que la generacion presente sea mas ilustrada, y sobre todo mas morigerada que las que la precedieron, no ofrece al contrario sino el triste cuadro de un nécio cinismo, de una indiferencia marcada hácia todo lo bueno, de una audacia desmedida que se atreve á discutirlo todo, á negarlo todo, y á burlarse de todo, siquiera sea lo mas sagrado y venerable, toda vez que no caiga bajo la accion de un sensualismo brutal, del mas repugnante materialismo.

He aquí en compendio los resultados que tocamos, lo único que nos ha dado la instruccion puramente humana y filosófica en cambio de lo que nos quitó, despojando á los pueblos de la educacion religiosa que antes recibian bajo la salvaguardia del sacerdocio católico y á la sombra del santuario. Cuenten ellos las ventajas que han reportado, los adelantos que han tenido, los progresos que la civilizacion ha hecho en su seno, los bienes en una palabra que les ha proporcionado la ciencia moderna con sus pomposos planes de estudio, con sus brillantes teorías de enseñanza universal... ¡Ah! Ellos no han visto sino acrecentarse la inmoralidad, cundir el vicio, multiplicarse las malas pasiones, generalizarse el ateismo, tomar proporciones colosales la incredulidad; no han visto sino la anarquía sustituida al orden, las luchas intestinas destruyendo todos los elementos de unidad social, la discordia invadiendo el hogar doméstico, el génio revolucionario llevando la tea incendiaria á todas partes, la prostitucion divinizada, los templos derruidos, la religion perseguida... Han visto una juventud insolente y sin freno que se lanzaba con furor sobre los antiguos restos de la monarquia y sembraba por do quiera la desolacion, y levántaba cadalsos sobre los cuales hacia rodar las cabezas de sus reyes, y derramaba por las calles públicas

la sangre de los ministros del culto católico, y en su rabia demagógica contra todos los poderes constituidos, hollaba las leyes, despreciaba la autoridad, levantaba el negro estandarte de la rebelion, y conmoviendo los cimientos del mundo y rompiendo todos los vínculos sociales, convertia los pueblos en una vasta tumba donde los lamentos de las víctimas se confundian con los desahogados gritos de sus sacrificadores, hasta que viniendo éstos á parar á su vez en víctimas, la sociedad no presentó mas que un informe monton de escombros, sobre los cuales la muerte se ostentaba triunfante y orgullosa, llevando en su frente el infame lema de la impiedad.

¡Así es como la filosofia ha civilizado y moralizado á los hombres! ¡Ahí teneis los sazonados frutos de ese árbol que la irreligion plantó en el mundo, convidando á las sociedades, como la serpiente en el Paraiso á nuestros primeros padres, á devorar en él la ciencia del bien y del mal! ¿Quereis mas pruebas de la impotencia de la instruccion puramente filosófica para ilustrar y moralizar á los pueblos? No seré yo quien intente entrar en este vasto campo, ni detenerme en recoger datos y citar hechos que están á la vista de todos. Obsérvese el tenaz empeño con que todavía se insiste en nuestro siglo en materializar la educacion de nuestra juventud, véanse los desesperados esfuerzos que no cesa de hacer el racionalismo por crear sociedades sin el concurso de los principios religiosos, estúdiense los infinitos planes que ha trazado, los resortes que ha tocado, las teorías que ha ensayado, las mil combinaciones que ha probado con el único fin de demostrar á la humanidad que no necesita del catolicismo para realizar sus aspiraciones de bienestar y satisfacer su necesidad de progreso y de civilizacion. ¿Y cuáles son los resultados de esa guerra encarnizada? ¿Qué efectos han producido las calumnias vertidas contra la religion? ¡Ah! En medio de tantos elementos conjurados contra ella, el elemento católico se muestra triunfante y victorioso. Desengañados los pueblos de tantas esperanzas frustradas, de tantas promesas desmentidas, y de tantas teorías vanas y estériles han comenzado á persuadirse de la insuficiencia de la filosofia para llevar á cabo sus soñados proyectos; han reconocido la superioridad de la enseñanza religiosa; y vistos los prodigios de verdadera civilizacion,

de moralidad y orden que ésta ha obrado do quiera que bajo la égida del clero católico se la ha dado toda la libertad y latitud necesarias, han recurrido á ella tan luego como tras la efervescencia de las pasiones revolucionarias ha sucedido la calma de la reflexion. Y como allá en Jerusalem las turbas divulgaban los prodigios de Jesucristo, y atraidos por la fama de sus obras maravillosas recurrían á él los grandes y los pequeños, las mugeres y los niños, los ricos y los pobres sin diferencia de clases ni condiciones, del mismo modo los pueblos modernos no pudiendo sustraerse á la fuerza del convencimiento producido por los hechos, saludan ya con entusiasmo á la religion como único elemento capaz de ilustrar y moralizar á los hombres con sus sublimes enseñanzas, como que éstas tienen un origen divino y una sancion de que carecen las doctrinas puramente humanas. De aquí el despecho con que mas de una vez la filosofia se ha visto forzada á confesar su impotencia, á contener sus burlas y á rendir homenaje á unas doctrinas en las que no ha podido menos de reconocer el sello de la divinidad, como lo manifiestan las confesiones esplicitas de los mismos corifeos del filosofismo. Y en efecto, todo propende á realizar el completo triunfo del principio religioso sobre las porfiadas tentativas del génio revolucionario; todo inclina á creer y á esperar que no tardará el cristianismo en reconquistar su antigua influencia en la educacion, tan pronto como los hombres y los pueblos acaben de convencerse de que solo bajo su accion altamente civilizadora pueden recibir una instruccion capaz de satisfacer sus verdaderas necesidades. Y ved lo que me cumple probar en mi

SEGUNDA REFLEXION.

— Yo entiendo por cristianismo, A. O. M., y téngase esto bien presente, las creencias, las prácticas y el culto sobre que se apoya la moral cristiana. Todos los elementos referidos son indispensables para constituir esta religion. Quítese uno solo y el cristianismo dejará de

existir; y ved por qué nuestro siglo, poco ilustrado en materias de religion, propende incesantemente á modificar la que posee, y se deja arrastrar hácia la barbarie en proporcion que pretende anoadar con sus temerarias innovaciones la religion que civiliza á los pueblos. Solo el catolicismo representa el cristianismo en toda su integridad, porque solo él se apoya en creencias positivas, en un culto uniforme, en una gerarquía invariable que cesaria de existir tan luego como cesase de ser legitima.

Ahora bien, la religion no se impone á unas generaciones ya formadas, sino que se dá á la infancia. Siquiera sea cierto que el cansancio de las pasiones y las terribles lecciones del infortunio pueden tal vez reanudar ese vínculo tan bello y saludable despues que desastrosos acontecimientos consiguieron romperle, sin embargo se hace preciso que se haya formado en torno de la cuna, al despuntar la aurora de la vida. De otro modo en vano ensayará la religion sus impresiones sobre el corazon del hombre irreligioso, cuando éste no ha conocido aquellas impresiones primeras que nunca se olvidan, que frecuentemente recobran su antiguo ascendiente, pero que no pueden ser reemplazadas por ninguna otra cosa.

¡Qué cuadro tan afflictivo y desconsolador no ofrece la sociedad actual, hambrienta mas que nunca, digámoslo así, de cristianismo, porque jamás esperiméntó tanta necesidad de su beneficosa influencia, de sus doctrinas, de sus principios altamente civilizadores, y que esperando tiempo há el completo triunfo de esa religion salvadora, no obtiene por parte de los depositarios del poder mas que elogios sin autoridad, doctrinas sin principios y promesas sin garantías! Solo un medio pudiera realizar estas esperanzas, y este no lo desconocen los que rigen los destinos de la humanidad, á saber, la educacion religiosa desarrollada en todos sus ramos y fortificada bajo la accion del sacerdocio católico. Pero se teme el ascendiente de esta clase odiada, y los efectos de ese temor infundado y de esa aversion sistemática recaen sobre los pueblos que lloran sin poder remediarlo sus funestas consecuencias. En muchas ocasiones se nos ha hecho ver en lontananza la seductora perspectiva de los beneficios que nos reportaría una instruccion sólida basada en el principio

religioso, pero desgraciadamente ha venido todo á reducirse á una bella quimera que sus autores no han sido despues capaces de realizar, porque carecian de mision, porque no eran ellos los llamados á verificar ese gran prodigio social, porque no venian de Dios, y lo que de Dios no viene fuerza es que se estrelle contra los escollos que el error y las humanas pasiones oponen á todo lo que es bueno y saludable. Así que solo nos ha quedado de sus pomposas teorías, una educacion sin objeto, lecciones desnudas de toda moral, y un número harto crecido de preceptores sin moralidad.

Y bien, A. M., todo esto á la par que prueba la insuficiencia de todos los elementos humanos para llevar á cabo una concepcion tan útil y benefica cuando solo obran en la estrecha esfera de sus recursos, ¿no demuestran la necesidad de un elemento divino que pueda responder á las exigencias de la humanidad, proporcionandó á los pueblos una instruccion sólida y en armonía con sus instintos y esperanzas, con sus deseos y aspiraciones? ¡Pues qué! ¿Es esto imposible? ¡Nada resta que hacer en favor de las generaciones nacies? ¿Ha perdido sus atractivos y prerogativas la edad más interesante de la vida? ¿No hay para la infancia ni familia, ni sociedad, ni patria? ¿O nace únicamente para envejecer, y crece solo para la vida animal? Tal pudiera creerse en vista de nuestro estado moral y de la criminal indiferencia que se muestra hácia las modernas generaciones. Diríase que las sociedades no tienen objeto alguno y que los hombres solo están destinados á cifrar su porvenir en los recursos materiales de la vida animal.

En este estado de degradacion social, existe todavia un poder venido de lo alto y encargado por su divino autor de revelar á la débil humanidad su abatimiento y sus miserias, y de trabajar por remediarlas prodigando á todas las clases sus consuelos y esperanzas. El sacerdocio católico á quien el Eterno ordenó que jamás desespere de la conversion del culpable, no debe tampoco desespere jamás de la salvacion de los pueblos. Él es el que ha recibido la alta mision de regenerarlos con la doctrina del Evangelio; y á la manera que su augusto fundador Jesus no desistió un punto ni cesó un solo instante de derramar la luz de la verdad por do quiera que pasaba,

á pesar de las contradicciones que experimentó, de las amarguras que hubo de devorar, y de la negra ingratitud de una sociedad corrompida que no le dió en pago de sus beneficios sino ódio y calumnias y muerte, del mismo modo el sacerdocio católico no debe desanimarse ni cejar en el camino que ha emprendido, siquiera no vea en su alrededor mas que antipatías, animosidades, persecuciones y obstáculos de toda especie. ¿Y quién sino la religion ha podido inspirar tan sublimes ideas á esos héroes que aun vemos en nuestros días renunciar á las dulzuras de una patria cuya pérdida nada es bastante á hacer olvidar, por ir á través de los mares hasta las estremidades del mundo á recoger una gloria desconocida, derramando sobre unas hordas bárbaras y en unas naciones salvajes los beneficios de la civilizacion cristiana? No se trata aquí empero de esfuerzos heróicos. La educacion religiosa de la infancia no exige esa clase de sacrificios y de prodigios que se miran como imposibles para las vocaciones ordinarias. Una fé grande, ejemplos edificantes, costumbres puras, el arte de insinuarse en los corazones jóvenes, un conocimiento bien sentido de las bellezas de la religion, y esas profundas convicciones que se escapan, por decirlo así, de nuestra alma casi sin apercibirse de ello, y se manifiestan en todas nuestras acciones exteriores, en nuestros ojos, en nuestro continente, y hasta en nuestra misma respiracion: ved ahí lo que mas que nada contribuye á mover, á interesar, y sobre todo á persuadir á la infancia. Porque como ya hemos dicho y no es menester repetirlo, no son las mas bellas lecciones de religion las que forman la educacion cristiana, sino la sancion que las imprimen las cualidades y el celo del que las dá. Mas ¿en dónde encontraremos ese celo y esas cualidades? ¿Y qué haria por sí solo el celo abandonado á sus propios recursos? No sucede respecto de la moral lo que respecto de las demás ciencias. Estas se enseñan: aquella debe ser practicada. Para las ciencias basta tener inteligencia, para la moral se necesita tambien la afeccion; porque en el primer caso solo se trata de probar una verdad, en vez de que en el segundo lo principal es persuadirla. Y claro es que no conseguiria uno fácilmente persuadir lo que no cree, ni hacer practicar lo que no practica, ni respetar lo que él mismo está desmin-

tiendo con su conducta. La moral no es mas que una consecuencia del dogma. El profesor que no cree, desecha el principio; ¿cómo pues pretenderia obligar á los demás á admitir las consecuencias?

¡Ah! fuerza es convenir en que el destino desgraciado del siglo no es capaz de ofrecer á la infancia ni las primeras impresiones de la fé y de la moral cristiana en las familias, ni la indispensable leccion del ejemplo en los establecimientos de instruccion pública. Nuestra legislacion universitaria que tiempo há venia simpatizando demasiado con este estado de degradacion social, se ha identificado en cierto modo con ese mal endémico desde que el génio de la revolucion consumó su obra contra la religion y sus ministros. La marcha del siglo aconsejó á los gefes de la doctrina la mezcla y la confusion de las creencias religiosas; y ese siglo que con pretensiones de ilustrado ha hecho grandes progresos hácia la barbarie, no ha cesado en su carrera. La indolencia de los padres unida á la indiferencia de los maestros, se asemeja á la muerte: y todo en torno nuestro augura un funesto porvenir para las sociedades, si no se persuaden de que sola la educacion religiosa dada por los que han recibido del cielo la sublime mision de enseñar á todas las gentes, puede satisfacer las necesidades de los pueblos y regenerarlos por medio de la enseñanza católica.

Y digan lo que quieran los émulos del sacerdocio, él única y exclusivamente es el legítimo depositario de esa doctrina altamente civilizadora que Jesucristo trajo al mundo. Él es el encargado de conservar en toda su pureza el dogma, la moral y todas esas verdades que forman la economía de la religion, al par que encierran los verdaderos elementos de ventura, de paz, de orden y bienestar individual y social. A él en virtud de una vocacion especial, pertenece el derecho de formar el corazon de la infancia, de ilustrar la inteligencia de la juventud, y de proporcionar á todas las clases una instruccion suficiente á hacer conocer al hombre sus respectivos deberes y persuadirle su cumplimiento; porque solo el sacerdocio católico enviado en nombre de Jesucristo como este lo fué por su Padre celestial, puede dar á sus lecciones y enseñanzas aquella sancion divina que nadie fuera de él puede dar á las suyas; porque solo él

enseña lo que enseñó su augusto Fundador y lo que éste quiso se enseñase á todas las criaturas, prometiéndole su asistencia hasta la consumacion de los siglos.

Cierto no pocas manos han intentado destruir ese místico edificio; muchos é incansables esfuerzos se han hecho por desprestigiar á esa clase digna de toda consideracion por su abnegacion y sacrificios en bien de la humanidad. La ignorancia, la estupidez, la decadencia de las ciencias, el retroceso de la civilizacion, todos los males sociales se han achacado á su influencia en la educacion de la juventud. Y ni porque el génio mismo se haya propuesto vindicar al clero católico contra el génio, ni porque la ciencia haya probado contra la ciencia misma las calumnias de que se le ha hecho víctima, ni porque la historia, y los hechos y el tiempo hayan desembrollado ese caos confuso de animosidades, de antipatías y de preocupaciones que le han seguido donde quiera para hacerle odioso á la faz de los pueblos; nada ha bastado á desimpresionar á una generacion bastardada por instintos horribles, ni á calmar el ódio de un siglo que juró vengarse del sacerdocio por los laureles que arrancó á la impiedad y al libertinaje, y no le ha perdonado jamás ese *crimen* de lesa-filosofía.

¡Insensato! ¿Y no advierte que ese ódio es justamente lo que constituye la mayor gloria de su adversario, y el que le proporciona mas brillantes triunfos? Si ha podido conseguir despojarle de su antiguo ascendiente en la educacion de la juventud, si ha logrado arrancarle la intervencion directa que antes ejercia en la instruccion universitaria, si hasta de enseñar á los niños los primeros rudimentos de la fé en las escuelas le ha privado á veces, y cuando mas solo se lo permite bajo la dependencia é intervencion de maestros asalariados y venales; ¿ha logrado por eso arrancarle ese prestigio que le dá su mision, esa influencia que le dan sus virtudes, su abnegacion, su desprendimiento y su heroismo? No, eso no es posible: y el siglo mismo tan antipático hácia el clero, y los mismos hombres que tiempo há vienen haciéndole una oposicion tan sistemática, se ven obligados á confesar su propia impotencia, y á esclamar en vista del ascendiente que todavia ejerce en medio de unas socie-

dades materializadas por el racionalismo filosófico: «Ved como todo el mundo respeta todavía al sacerdocio, á pesar de las calumnias que sembramos contra él. Ved como donde quiera recibe todavía muestras de marcada simpatía. Ved como la generacion presente, cansada ya de oir nuestras gratuitas acusaciones, se atiende á los hechos, y evoca al principio católico en auxilio de sus creencias é instituciones. Ved como aun se le confia la direccion de la juventud y se le llama á formar el corazon de la infancia, vista la insuficiencia de nuestros proyectos de instruccion pública. Ved, en fin, como nada adelantamos declarándole una guerra abierta, logrando únicamente por fruto de nuestro encono el hacer mas apreciable su influencia, el demostrar mas claramente la necesidad de su intervencion omnimoda y libre en la educacion religiosa de los pueblos, para ilustrarlos y moralizarlos.»

— Aliéntese pues el sacerdocio á continuar llenando esa mision civilizadora, sin arredrarse por los obstáculos que le suscita un siglo preñado de elementos de ateismo é inmoralidad. Siquiera no consiguiese mas que salvar una pequeña parte de la infancia y de la juventud de la perdicion general, no por eso serian menos apreciables sus servicios ni menos digno de elogio su heroísmò, por haber conservado como el apóstol en sus tribulaciones las esperanzas de Israel. Honrosa es la carrera que ha emprendido, si bien el camino se encuentra sembrado de abrojos punzadores. Marche por ella impávido como Jesus marchó por la áspera senda del Calvario. Al fin de la jornada encontrará el galardón, y ceñirá en premio de sus trabajos la doble aureola del celo y del martirio, porque martirio es y prolongado el tener que luchar con las pasiones del mundo que por do quiera intentan detenerle en su mision: pero martirio glorioso que lleva consigo la esperanza de una perdurable inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA XXIV Y ULTIMA DESPUES DE PENTECOSTÉS.

PERNICIOSA INFLUENCIA QUE EJERCEN LOS MALOS LIBROS BAJO EL ASPECTO
RELIGIOSO Y SOCIAL, Y NECESIDAD DE HUIR DE TODAS AQUELLAS
PRODUCCIONES QUE PUEDEN SER NOCIVAS Á LA FÉ Y Á LAS
BUENAS COSTUMBRES.

Surgent pseudochristi, et pseudoprophete, et dabunt signa magna et prodigia, ita ut in errorem inducantur, si fieri potest, etiam electi..... Nolite credere.

Aparecerán falsos Cristos y falsos profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios, para arrastrar al error, si posible fuere, aun á los mismos escogidos..... No los creais.

MATH. XXIV. 24. 26.

Si hay un vaticinio cuya realizacion haya llamado altamente la atencion de todo el mundo por las circunstancias especiales con que se ha verificado, y por la influencia que ha tenido en los destinos de las sociedades, es ciertamente el que hoy consigna el sagrado Evangelio. Venia el Salvador prediciendo á sus discipulos la ruina de Jerusalem y de su templo, anunciándoles las tribulaciones que debian sufrir de parte de sus enemigos, previniéndoles contra las falsas doctrinas que surgirian en el mundo para contrarestar sus divinas enseñanzas é inducirles en el error, manifestándoles los progresos que haria su Iglesia á pesar de las luchas que estaba llamada á sostener, y su propagacion por todo el universo: cuando de repente les presenta un triste cuadro del porvenir que estaba reservado á la humanidad, y de los lamentables y funestos acontecimientos que en los últimos siglos debia presenciar el mundo.

« Cuando viéreis (les dice) que está establecida en el lugar santo la abominacion desoladora predicha por el profeta Daniel..... entonces los que moran en Judea , huyan á los montes; y el que está en el terrado, no baje á coger cosa alguna de su casa; y el que se halle en el campo, no vuelva á buscar su túnica..... Porque será tan terrible la tribulacion, que no la habrá habido semejante desde el principio del mundo ni la habrá jamás. Y á no acortarse aquellos días, ninguno se salvaria: mas abreviarse han por amor de los escogidos. En aquel tiempo, si alguno os dice: el Cristo está aquí, ó allí, no le creais. Porque aparecerán falsos Cristos, y falsos profetas, y harán alarde de grandes maravillas y prodigios, para arrastrar en el error si posible fuere aun á los mismos escogidos.»

Sin necesidad de continuar el texto evangélico, ¿quién no vé aquí pintado al vivo el cuadro de la desolacion que en el mundo moral debian producir un dia las doctrinas de una filosofía enemiga de Jesucristo, que prometiendo prodigios de civilizacion, de bienestar individual y social, y todo género de felicidades, solo aspiraria á romper la misteriosa cadena de la revelacion, del dogma y de la moral del cristianismo, á corromper las costumbres, á adulterar los sanos principios, á abolir las verdaderas creencias, á introducir la incredulidad y el racionalismo en todas las clases sociales, y á sepultar junto con la fé católica, si posible fuese, y bajo sus ruinas, la misma civilizacion tan fastuosamente prometida? ¿Y quién duda que la prensa ha sido el poderoso vehículo por donde se ha comunicado á los pueblos todo género de ideas antireligiosas y antisociales, especialmente en estos últimos tiempos; que los libros son los que derramando en la tierra como otros tantos canales su funesta influencia, le han inundado de vicios y de crímenes, y realizado en él la abominacion predicha por los profetas? ¡Ah! Nunca como ahora puede decirse que la prensa es la reina del universo, la que rige los destinos del mundo moral, la que decide de la desgracia ó del bienestar de los hombres y de los pueblos, de su presente y de su porvenir. ¡Tan irresistible es el ascendiente que ejercen las lecturas en las costumbres públicas y privadas de la sociedad!

Preciso es pues buscar un correctivo á la desenfrenada licencia de leer sin discernimiento tantas producciones de muerte que circulan con una espantosa profusion en las manos de todas las edades, de todos los sexos, de todas las clases y condiciones, y que multiplicándose cada dia en una escala sorprendente, forman el elemento mas poderoso de que se sirve la impiedad para hacer la guerra al catolicismo, para desvirtuar sus enseñanzas, para entronizar el error sobre los escombros de la verdad, para desmoralizar las sociedades, y hacer desaparecer del mundo si posible fuese toda hasta el menor vislumbre de sentimiento religioso. A fin pues de precaveros contra los abusos que en este punto suelen ser mas comunes, voy á esponer simplemente «la perniciosa influencia que ejercen los malos libros bajo el aspecto religioso-social; de donde resultará la necesidad de huir de todas aquellas producciones que pueden ser nocivas á la fé y á las buenas costumbres.»

Imploremos ante todo las luces celestiales por la intercesion de la divina madre del Verbo, saludándola al efecto con las palabras del ángel:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Los libros, se ha dicho con mucha oportunidad, son la imagen viva de sus autores, la personificacion de sus ideas, el espejo de sus sentimientos, y el retrato de sus pasiones. Segun este principio, lo mismo debe pensarse de la lectura de una produccion mala ó perniciosa, que de la sociedad del hombre perverso y corrompido que la escribiera: puesto que sus máximas escritas en el papel, arrastran insensiblemente á los mismos estravíos, conducen á los mismos vicios, inoculan idénticos principios, y marcan en el alma de un modo indeleble la huella de la impiedad de que está poseido su autor. Un escritor habla á los ojos y al espíritu, comunica al lector sus opinio-

nes, le hace participar de sus sistemas, le envuelve en sus errores, y vertiendo poco á poco en su corazón el veneno en que está empapada su obra, llega al fin á hacer nacer en él los gérmenes funestos que oculta á veces bajo un estilo florido y seductor, bajo unas imágenes elegantes y tiernas, bajo una espresion de sentimientos al parecer los mas candorosos y sencillos. Leer un libro es conversar con su autor, beber sus ideas, escuchar sus lecciones, recibir sus enseñanzas, prestarse á oír sus consejos, y disponerse á seguirle en un todo: por manera que puede asegurarse desde luego cuáles deben ser las costumbres de un jóven, cuál su porvenir, segun el género de lecturas que forman desde la infancia su gusto y su ocupacion. Esas lecturas al parecer superficiales y sin designio alguno en tan corta edad, no son perdidas para el hombre: ellas arrojan en el alma las primeras chispas de un incendio que en su dia, despues de fermentar secretamente, estalla al fin con una horrible esplosion causando los mayores estragos. Lo que una vez se ha leído, permanece en el entendimiento, se imprime en él, y trabaja y mina sordamente los fundamentos del bien, hasta tanto que llegando un tiempo en que agitado y turbado con las ideas que semejantes lecturas le transmitieran, se decide en fin á elegir, y entonces regularmente concluye abrazando lo que halaga y favorece mas á las pasiones y á los instintos desordenados de la naturaleza, y desechando lo que la razon dicta y lo que la religion sanciona.

No pues sin un convencimiento profundo de la poderosa influencia de los buenos y malos libros, y del imperio que siempre han ejercido en el mundo moral, la verdad bien asi como el error, el celo religioso lo mismo que el proselitismo, y este acaso mas que aquel, han dado á luz en todos tiempos con designios bien diversos esa multitud de producciones que han circulado por do quiera, gérmenes las unas de tantas virtudes, y manantiales las otras de tantos crímenes. La virtud ha desarrollado en mil páginas sus bellezas, sus deberes, sus ventajas y sus derechos; el vicio á su vez, nada ha perdonado por ocultar su hediondez y dar á sus perniciosos principios un colorido seductor enmascarándose con el antifaz de la civilizacion y de la ciencia; y si la una ha reportado gloriosos triunfos, ¡cuán-

tas víctimas no ha sacrificado el otro ante sus infames aras! Por eso no hay que admirarse de que la Iglesia de J. C., madre piadosa ocupada siempre del pensamiento de salvar á sus hijos, haya manifestado el mas vivo interés por arrancar de sus manos unas producciones que llevan consigo la muerte del alma; ni de que usando del poder que heredó de su divino fundador, haya lanzado anatemas contra los que se obstinan en beber esas aguas emponzoñadas del error y del crimen, y condenado al fuego unos libros abortados por el espíritu de mentira y diseminados con profusion por los hijos de las tinieblas para desventura de la humanidad.

Vanamente, pues, y sin ningun fundamento grita el libertinage contra esas medidas tan sábias, so pretexto de que nadie tiene derecho á encadenar el vuelo de la inteligencia y la libertad del pensamiento. ¡Miserable subterfugio! Pues qué, ¿la iglesia se ha opuesto nunca, y no ha sido por el contrario la que mas ha protegido y fomentado la libertad sábia y prudente de pensar, cuando conteniéndose dentro del círculo del deber tiene por objeto ilustrar y civilizar á los pueblos? ¿Y qué tiene que ver ésta con esa licencia audaz de publicar todas las aberraciones y delirios del entendimiento humano, que no aspira sino á destruir todo lo bueno y á secar las fuentes de la moralidad y de la virtud? No hay que confundir los nombres y las cosas. La libertad reconoce sus límites: la licencia salva todas las barreras; la libertad respeta los principios sólidamente establecidos: la licencia los barrena todos; la libertad se modera: la licencia se lanza á todo género de excesos; la libertad se ejerce con el uso: la licencia solo se dá á conocer por los abusos; en buen hora que la libertad pueda degenerar en licencia: pero jamás ésta podrá llamarse libertad. Que el hombre quiera ser libre para pensar, lo concebimos; pero que de este presunto derecho pretenda deducir la libertad de publicar sus pensamientos, hé aquí lo que nunca podremos concederle; puesto que si sus pensamientos son únicamente del dominio de Dios á quien pertenece juzgarlos, sus enseñanzas empero están sometidas á la autoridad visible y al fallo público de la verdad y de la virtud, cuyos derechos todo hombre está obligado á defender y vindicar contra los ataques del error y del

vicio. A mas de que, ¿qué sería una sociedad en donde todos indistintamente se creyesen autorizados para ser sus maestros, en donde unos génios capciosos, estravagantes y fogosos, pudiesen repartirse entre sí el dominio de la opinion y difundir á mansalva las ideas favorables á la ferocidad, á la barbarie, á la codicia, á la injusticia, á la voluptuosidad, á la molicie, á la violencia y á la rebelion? ¡Oh! Si el derecho de pensar libremente, y de publicar sin restriccion alguna sus pensamientos es un derecho comun á todo hombre que piensa y reflexiona; ¡á qué série de consecuencias tan funestas no nos veriamos arrastrados! Déjese estenderse insensiblemente esa libertad perniciosa que á primera vista solo parece abogar en favor del talento, y se habrá dado el primer paso hácia esa independencia fatal que el libertinage viene reclamando tiempo há, y bien presto á la libertad de pensar seguirá la libertad de obrar sin sujecion á ninguna ley ni á ningun principio de moralidad ó de conveniencia pública. Admitase una vez por máxima que cada cual es libre da erigirse un tribunal á su antojo á donde pueda apelar de lo que se ha dado en llamar arbitrariedad del despotismo, y bien presto se verá desaparecer toda autoridad legitima; y ni la ley de Dios estará á cubierto de la atrevida temeridad del hombre, ni mucho menos serán respetadas las leyes humanas que emanan de aquel sublime principio, y la religion será un juguete del capricho, y la sociedad un caos de errores y de crímenes, y la humanidad entera una víctima de todos los escesos.

Tales son en compendio los efectos que las lecturas perniciosas producen en el entendimiento humano, y por consecuencia tan grande y apremiante la necesidad de evitar aquellas que pueden afectar á la fé ó á las buenas costumbres. Y no se crea que condenamos por esto ciertas lecturas en las que maridándose lo útil con lo agradable encuentra el espíritu una distraccion licita, un descanso inocente junto con una instruccion sólida; no, lo que condenamos es esas lecturas que so pretexto de entretener y de ilustrar no hacen sino alimentar el ócio y la frivolidad, despertar las pasiones dormidas, escitar la voluptuosidad, y encender en el corazon el fuego de la concupiscencia; esas lecturas mas pueriles que ingeniosas, que no ofre-

cen ninguna leccion saludable, ni moral útil, ni reflexion juiciosa, ni máxima sensata; y sobre todo esas lecturas que secan las fuentes de la piedad lejos de nutrir el espíritu de la religion, que desnaturalizan la moral so pretesto de depurarla, que combaten sus principios afectando perfeccionarlos, que exageran sus preceptos para llegar á arruinarlos, que aparentan un escrupuloso respeto hácia los Sacramentos con el fin siniestro de alejar á los hombres de su participacion, que á pretesto de celo por la primera de todas las virtudes, reducen á la nada todas las demás que el verdadero amor de Dios nos hace un deber de practicar. ¿Cuánto mas deberemos condenar aquellas lecturas en que la impiedad, el indiferentismo, la incredulidad y todos los errores se presentan desembozadamente en tantas producciones de muerte abortadas por el infierno, especialmente en estos siglos llamados de las luces y de la civilizacion?

En efecto, A. O. M., la filosofía se ha manifestado al mundo como llamada á ilustrar á la humanidad, y á derramar en toda la tierra las aguas vivas de la ciencia y del verdadero saber; ella se ha creído investida de la mision sublime de civilizar las sociedades por medio de la enseñanza; y juzgándose la única que puede satisfacer cumplidamente las necesidades de los hombres y de los pueblos, y esa sed ardiente de felicidad y bienestar que les devora, ha dicho parodiando en cierto modo el lenguaje de Jesucristo: «El que tenga sed, venga á mí y beba (1).» Y diciendo, ha multiplicado en prodigioso número toda clase de producciones, encaminadas, segun ella, á difundir las luces en todas las inteligencias y á desterrar del mundo la ignorancia y la barbarie. ¿Pero qué producciones son esas que diariamente hacen sudar la prensa, y que repartidas con profusion y facilitadas á un precio fabuloso á todas las clases sociales figuran igualmente en la biblioteca del literato que en el modesto taller del artesano? ¡Ah! Todos han bebido en efecto en esas fuentes que la filosofía ha abierto donde quiera: pocos son los que no han probado sus aguas deseosos de apagar la sed que enardecia sus corazones. Pero ¿se han ilustrado mas los hombres por eso? ¿han co-

(1) Si quis sitit, veniat ad me et bibat (Joan. VII. 37.)

nocido mejor sus deberes? ¿han aprendido á apreciar mejor el mérito de la virtud? ¿Se han acostumbrado á ser mas honrados, mas laboriosos, mas pacíficos, mas amantes de su religion y de su pátria?

Mas ¡qué digo! ¿Qué luces pueden proporcionar las producciones de unos autores que solo han empleado los recursos de su génio en difundir las ambigüedades del sofisma, atacando sucesivamente la verdad y el error para confundir este con aquella, destruyendo con una mano lo que con la otra edifica, combatiendo á la vez los principios mas inconcusos y abultando las mas débiles objeciones, y no dando por resultado de todos sus sistemas sino una duda universal á través de una aparente erudicion que oculta la mas profunda ignorancia? Hed ahí personificado á Bayle:

¿Qué ilustracion pueden comunicar las páginas de un escritor que afectando derramar la claridad sobre todos los objetos, no hace sino pasar ligeramente por cada uno de ellos á manera de un fuego fátuo que no deja mas que una luz vaga é incierta, y que queriendo recorrerlo todo, nada profundiza, atenuando los acontecimientos para compendiar la historia, interpretándolos á su antojo para eludir las consecuencias, alterando la narracion para hacerla servir á sus fines, dando un aire misterioso á cualquiera anécdota curiosa ó ignorada para erigirla en hecho incontestable, despreciando las objeciones para ocultar la impotencia de darlas una solucion satisfactoria, afectando el papel de hombre universal para adquirir el renombre de tal? Ahí teneis el retrato de Voltaire.

¿Qué ciencia se puede adquirir en un autor que confunde todas las ideas con la estravagancia de las suyas, que destruye sus propios principios con los monstruosos escesos de sus consecuencias, que á pesar de los recursos de su génio se halla frecuentemente apurado consigo mismo, que no recela lanzarse en una vía desconocida á trueque de parecer extraordinario, mas propenso á admitir una paradoja que presenta el carácter de singularidad que sensible á los atractivos de una verdad reconocida por todos, mas á propósito para admirar que para instruir, para envolver la inteligencia en el laberinto interminable de opiniones absurdas que para indicar la salida, mas notable por lo que tienen de pernicioso que por lo que

tienen de apreciable sus escritos, y que muchas veces revela la impotencia del entendimiento humano, justamente cuando parece agotar sus recursos? Tal es J. J. Rousseau. ¿Y con semejante guía se puede llegar al conocimiento de la verdad?

Por último, A. M., por no alargar demasiado un detalle que la desgraciada fecundidad del siglo haria interminable, ¿qué conocimientos útiles pueden facilitar unas producciones que presentan al primer golpe de vista la seductora perspectiva de los principios de todas las ciencias, reuniendo á la par los escollos de todos los errores, ocultándolos á veces y aun combatiéndolos artificiosamente para reproducirlos despues con mas confianza y establecerlos con mejor éxito, en donde la verdad se muestra por intervalos escoltada de algunas pruebas que la defienden, en tanto que por otra parte se preparan secretamente máquinas terribles para hundir todo el edificio? Diríase que los autores de la *Enciclopedia*, semejantes á los antiguos sacrificadores que adornaban con flores las victimas para conducir las al sacrificio, no han adornado la verdad sino para inmolarla con mas aparato, y hacer mas visible y memorable su ruina. Despues de haber armado contra ella la mano de los sábios, han ido á cabar su tumba al santuario mismo de las ciencias.

¡Ved ahí las fuentes en donde la filosofía convida á los hombres á beber las aguas de la ilustracion y de la ciencia! Libros que no solamente halagan las pasiones sino que las justifican y sancionan; libros que pintan la conciencia como una preocupacion, la moral cristiana como un absurdo, la religion como fanatismo, la ley de Dios como una invencion humana; libros que so pretesto de reducirlo todo á los principios de la ley natural, todo se lo conceden á los instintos mas desordenados de la naturaleza; libros que presentando en cada página los bellos nombres de probidad y de justicia, dejan á cada uno la libertad de decidir en qué consisten esas virtudes; libros en donde todas las pasiones encuentran un apoyo, todos los vicios una sancion, todos los errores una apología, todos los crímenes sociales lecciones prácticas y ejemplos poderosos: libros, en fin, cuyas máximas solo tienden á turbar la paz, á trastornar el orden, á envilecer la dignidad humana, á pervertir las costumbres públicas y

privadas, á desmoralizar los pueblos, á desunir las familias, á romper los vínculos sociales, á anonadar en una palabra la sociedad. No, no son estos los llamados á civilizar al mundo, ni los destinados á llenar las necesidades de la humanidad. Solo el catolicismo ofrece en las páginas escritas bajo su influencia los elementos de dicha y bienestar, de ventura y sólida civilización que las producciones de la impiedad no harán sino inutilizar, cegando los puros manantiales de la verdad y secando las fuentes de la virtud. Solo el catolicismo puede decir como Jesucristo en el día de la gran festividad: «Del seno del que creyere en mí brotarán rios de agua viva (1),» porque él únicamente encierra en sus enseñanzas los puros manantiales de toda verdad, de toda ciencia y de toda dicha en el orden religioso y social.

¡Oh! ¡Con qué satisfacción, con cuánto asombro medito esos libros sagrados que encierran los oráculos del Altísimo! Yo los veo insultar victoriosamente la acción del tiempo, enemigo irresistible de todo lo que es del hombre, disipar los nublados del error, y rechazar los ataques de la impiedad. Jamás la humana sabiduría y todos los recursos del génio fueron capaces de producir cosa alguna que ni remotamente pueda compararse á esos grandiosos monumentos de la religion. Si busco en ellos la verdad, se me presenta desde luego con una sencillez tan encantadora y con rasgos tan inimitables y convincentes, que nada ha podido hasta ahora ponerla en duda. Allí se vé desenvuelto del modo mas luminoso ese caos del origen primitivo del mundo, que todos los demás sistemas no han logrado sino hacer mas impenetrable. Allí se remonta el hombre hasta aquellos primeros momentos de una existencia que la razon misma demuestra no poder tener otro autor mas que á Dios. Allí se vé un encadenamiento de testimonios y de hechos que mutuamente se apoyan y se prueban. En una palabra, los libros santos al par que derraman toda la luz de que el entendimiento humano es susceptible, revelan los misterios de Dios ante los cuales debe plegarse toda inteligencia criada. ¡Qué

(1) Qui credit in me, flumina de ventre ejus fluent aquæ vivæ.
(Joan. VII. 38.)

ideas tan elevadas no dan de Dios y de sus perfecciones, de su imperio y de sus derechos, de su poder y de sus maravillas, de su justicia y de su misericordia, de su amor y de sus venganzas!

Compárense los libros sagrados y los escritos de los apologistas del catolicismo con esas producciones venenosas que la impiedad filosófica ha difundido en el mundo, y véase cuáles de ellos son mas propios para instruir, para moralizar, para ilustrar y civilizar á los hombres y á los pueblos: si los que enseñan todas las virtudes del cristiano y del ciudadano y todos los deberes del hombre religioso y del hombre social; los que consagran todos los derechos del poder legitimamente constituido, y la autoridad de los representantes de Dios sobre la tierra, al propio tiempo que hacen un deber de conciencia la sumision, la obediencia y el respeto de los súbditos hácia sus superiores; los que inculcan en fin la piedad filial, el amor paterno, la fidelidad conyugal, la castidad, la compasion, la humildad, el desprendimiento, la fraternidad y todas las demás virtudes que forman los vínculos de la familia y de la sociedad, ó bien esos otros libros que no teniendo mas objeto que destruir cuanto los fieles creen, arrancan de sus corazones juntamente con la fé y las creencias que heredaron de sus padres hasta los mas íntimos sentimientos de religion, de humanidad y de virtud, hasta la mas leve idea del deber; esos libros que reuniendo de concierto todos sus esfuerzos contra el catolicismo, y no pudiendo disimular el ódio que sus autores profesan á toda moral, siembran por do quiera la confusion, la anarquía, la rebelion, y aguzan el puñal del asesino y arman el brazo del regicida, y encienden el furor del demagogo, y exasperan los instintos sanguinarios de la tiranía, y ponen la tea incendiaria en las manos de los partidos, multiplicando ese largo catálogo de crímenes que la sociedad deplora y que el mundo escandalizado anatematiza.

— Pero basta, A. O. M., basta lo dicho para convencernos de la perniciosa influencia que ejercen en el entendimiento humano los malos libros, y de sus funestos resultados en las costumbres públicas y privadas, bien así como de la necesidad de huir de esas lecturas que tanto afectan al orden religioso y social. Ni bajo el aspecto de utili-

dad, ni bajo el de ilustracion, mucho menos considerados bajo el punto de vista moral, en cuanto se dirigen á rectificar las ideas y formar el corazon humano en sus deberes, pueden semejantes producciones satisfacer la sed ardiente de saber que instintivamente abrasa al hombre, ni responder á sus necesidades: puesto que por el contrario solo propenden, como hemos demostrado, á envilecerle, á degradarle, á rebajar su dignidad, á corromper sus costumbres, á inocularle todos los vicios, y á secar en su alma las fuentes de toda virtud y de toda verdad. Huyan pues de tales lecturas especialmente los jóvenes, mas predisuestos por la irreflexion y la frivolidad de su carácter y por la fuerza de las ilusiones á dejarse deslumbrar de unas brillantes apariencias, que bajo floridas frases y seductoras imágenes, ocultan la ponzoña del error que mata al que incauto bebe en esas fuentes cenagosas. Cuiden con escrupuloso esmero los padres de familia de arrancar de las manos de sus hijos esas páginas funestas que so pretexto de enseñarles á discurrir, les enseñan á dudar de todo, y á negar cuanto no alcanzan á comprender sus tiernas inteligencias, dejando en sus corazones un vacío inmenso, un abismo sin fondo que nada es capaz de llenar en lo sucesivo, porque allí ha cavado la irreligion el sepulcro de sus creencias. Y nosotros todos, cualquiera que sea nuestra edad, nuestra condicion, nuestra capacidad, por seguros que nos creamos de los atractivos del error, no confiemos en nosotros mismos, no espongamos nuestra fé y nuestro eterno porvenir, apurando imprudentes el veneno que la impiedad y el libertinaje encubiertos con la máscara hipócrita de la ciencia nos ofrecen en mil producciones nuevas y variadas. Estemos siempre en guardia contra las asechanzas del error, y no nos dejemos sorprender incautamente de esos pseudocristos y pseudoprofetas de que hoy nos habla el santo Evangelio, siquiera presentando á nuestra vista sistemas deslumbradores y bellas teorías nos prometan prodigios de ilustracion, de progreso y de bienandanza. No los creamos: que son lobos disfrazados con pieles de ovejas, y solo intentan matar nuestra inteligencia para dar muerte á nuestra fé. Si tenemos deseo de saber, si queremos adquirir toda clase de conocimientos útiles, busquemos la ciencia en su verdadero

y legítimo origen. En la doctrina católica encontraremos un contraveneno eficaz para no dejarnos inficionar por la perniciosa influencia del saber humano, un correctivo poderoso contra las producciones del impío filosofismo. Ella nos conducirá por las sendas de la verdad, ella nos defenderá de todo error, ella nos proporcionará los medios de ilustrarnos sin riesgo de nuestras creencias, ella en fin hará germinar en nuestros corazones todas las virtudes religiosas y sociales que hacen al hombre dichoso en el tiempo y en la eternidad.

— 372 —

SERMONES MORALES Y HOMILIAS
para todas las dominicas y ferias principales
del año.

SERMON

PARA LA DOMINICA I DE ADVIENLO.

**LA PUREZA DEL ALMA , PRIMERA DISPOSICION PARA CELEBRAR DIGNAMENTE
LA VENIDA DE JESUCRISTO AL MUNDO COMO SALVADOR Y PARA ESPERARLE
EN SU SEGUNDO ADVENIMIENTO COMO JUEZ.**

*Hora est jam nos de somno surgere. Nunc enim proprior est nostra salus
quam cum credidimus. Nox præcessit, dies autem appropinquavit. Abjiciamus
ergo opera tenebrarum, et induamur arma lucis.*

Ya es hora de despertar de nuestro letargo: pues estamos mas cerca de nuestra salud que cuando creimos. La noche pasó y el dia se acerca. Dejemos pues las obras de las tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz.

AD ROM. XIII. 11. 12.

CATÓLICOS: Al dar principio al santo tiempo que la Iglesia consagra á celebrar el advenimiento del Salvador al mundo, hecho maravilloso á que estaban ligadas las esperanzas de la humanidad y el porvenir de todas las generaciones, nada mas justo que identificarnos con los sentimientos de esa madre comun para hacer á Jesucristo un recibimiento digno del que en la plenitud de los tiempos vino en carne mortal á reparar las quiebras del pecado, y á derramar en nuestras almas los inagotables tesoros de bondad y de amor que es-

trajo del seno de su Padre celestial; y nada al propio tiempo mas conforme al espíritu de la religion, que unir á este recuerdo tan precioso el de aquel segundo Adviento que debe verificar como juez en el dia postrimero de los siglos. Ambas ideas reasume el Apóstol en la epístola que acaba de leerse, cuando escribiendo á los fieles de Roma les decia: *«Hora es ya de despertar del profundo sueño en que nos tenian sumergidos el error y las pasiones. Nuestra salud está mas próxima de nosotros que cuando creimos. La noche avanza, y el dia de la eternidad se acerca.»*

Esto mismo os repito yo hoy, A. O. M., con el mayor encarecimiento. Mirad que ha sonado ya en el reloj de la Providencia la hora marcada á la realizacion de nuestros destinos: *Hora est jam nos de somno surgere*. El esperado de las naciones, el príncipe de los siglos venideros, el Unigénito de Dios objeto un dia de las esperanzas de un mundo envilecido y esclavo de la culpa, el que por espacio de cuatro mil años reasumió en sí los suspiros, las plegarias y los votos de toda la humanidad, á quien los patriarcas saludaron desde su lecho de muerte como el astro luminoso del porvenir, y los profetas anunciaron á través de sombras misteriosas, y los simbolos y los tipos todos del antiguo testamento prefiguraron del modo mas brillante, ese Dios y hombre á la par, ese hijo del Eterno que por devolver al hombre la vida que perdiera se despojó de los resplandores de su grandeza, trocó su corona de gloria en una diadema de mortalidad, y vino cuando debia venir nacido de una muger y sujeto á todas las prescripciones de la ley comun, por libertarnos de la ley del pecado que pesaba sobre nuestras cabezas y rehabilitarnos en nuestros antiguos derechos á la filiacion divina (1), es el mismo que tiene que venir otra vez sobre una nube, revestido de todo su poder y majestad, á juzgar al mundo atónito y espantado á vista de los fenómenos que trastornarán todo el órden de la naturaleza y el equilibrio del sistema terrestre y celeste del globo (2), y á tomar cuenta de los efectos causados por su primer adviento. *Nunc*

(1) Ad Galat. IV.

(2) Luc. XXI.

autem prior est nostra salus quam cum credidimus. Pasó pues la larga noche del paganismo; disipáronse las espesas sombras del error en que por tantos siglos estuvo envuelto el linaje humano; lució la brillante antorcha de la verdad que trajo á la tierra el que era la verdadera luz llamado á alumbrar á todos los mortales (1); realizáronse los vaticinios; cumpliéronse las profecías; verificóse la grande obra de la reparacion; el cristianismo invadió todo el universo, se fundó la Iglesia, y subsiste á despecho del infierno y á pesar de una lucha de diez y ocho siglos... ¿Qué mas? Jesucristo vence, triunfa y reina en todas partes, y su religion domina en todas las regiones, y su Evangelio es el código que civiliza todos los pueblos, y su doctrina penetra donde quiera que hay séres á quienes llevar la buena nueva y ofrecerles una prenda segura de felicidad: *Nox præcessit, dies autem appropinquavit.* Hé ahí los resultados del primer adviento de Jesucristo. Todo se cumplió segun los designios providenciales del cielo.

Pero ¡ay! ¿Hemos correspondido dignamente á este gran acontecimiento? ¿Nos hemos aprovechado como debiamos de los beneficios que el Salvador derramó en el mundo con su venida? ¿Brilla en nuestras almas cual era justo esa luz esplendorosa de la verdad que nos trajo del cielo? ¿Nos hallamos bien dispuestos á recibir en su segundo y postrero advenimiento como juez al que como Padre amoroso y Salvador pacífico vimos aparecer hace diez y ocho siglos en la tierra? Hé aquí lo que no podremos asegurar, hé aquí lo que desde luego dudo y con mucho fundamento. Sin embargo, aun es tiempo si queremos aprovechar esas horas, esos instantes preciosos de que nos habla el Apóstol. ¿Y cuáles son las disposiciones con que debemos esperar este segundo Adviento? El mismo San Pablo nos lo dice terminantemente: «Abandonemos las obras de tinieblas, y revistámonos de las armas de la luz»: *Abjiciamus opera tenebrarum, et induamur arma lucis.* Las obras de las tinieblas son los vicios y las pasiones: las armas de la luz son las virtudes y las buenas obras. De donde infero que «nuestra primera disposicion para celebrar

(1) Joan. I.

dignamente la venida de Jesucristo al mundo como Salvador y para esperarle en su segundo advenimiento como Juez, debe ser purificar nuestras conciencias de todo cuanto pueda oponerse á los saludables efectos de la divina gracia.» Ved trazado todo el asunto de vuestra atencion y de mi discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Siempre fué objeto de festejo y solemnidad el advenimiento de un personaje cuyo natalicio se deseó como un acontecimiento feliz ó de grandes consecuencias en el orden social. Por eso vemos los pueblos saludar con entusiasmo la aparicion de un príncipe de sangre real, y solemnizarla con públicas demostraciones de júbilo, tanto mayor cuanto mas inesperado era el suceso ó mas críticas las circunstancias en que viene á verificarse. Y sin embargo, ¿es tan pequeño el hombre por rico, por poderoso, por grande que aparezca en la esfera social! ¡Tan efimera es la felicidad y de tan corta duracion son los beneficios que pueden esperarse de un sér mortal, siquiera vista púrpura y adorne sus sienes una diadema de brillantes! No obstante, las leyes de la humanidad exigen que así se haga, y entra en el orden de la justicia que la solemnidad sea proporcionada al advenimiento, y que tanto mas público y universal sea el júbilo, cuanto el personaje es mas digno y mas beneficiosa la mision que está llamado á llenar.

Y bajo este punto de vista, ¿pudo haber jamás un personaje mas grande y por lo tanto mas digno de que su advenimiento se celebrase con mayor entusiasmo que el de nuestro divino Salvador? Un Mesías prometido desde el principio del mundo, en la cuna misma de la creacion, para pisotear y quebrantar la cabeza de la serpiente seductora que ocasionó la ruina de la humanidad; un Redentor anunciado por una tradicion no interrumpida de cuatro mil años para despedazar los hierros de la esclavitud que venian pesando sobre el

linage de Adan; un Hombre-Dios de quien hablan todos los idiomas, de quien se ocupan todas las teogonías, á quien mencionan todos los poetas y filósofos, que figura en todos los tipos y es el alma de todos los cantos populares bajo las tiendas patriarcales, en la cabaña del pastor, en los palacios de los reyes y hasta en los templos de los dioses de la antigüedad; un Reparador en fin por quien claman todas las generaciones, hácia quien tienden sus manos suplicantes y sus ojos bañados en llanto todas las razas, y el niño y la muger, y el anciano, lo mismo en Oriente que en Occidente piden con vehemencia que se deje ver como el astro de la esperanza, como la lluvia benéfica, como el suave rocío de la aurora, como el libertador de un mundo oprimido, como el cordero dominador del orbe, como el Sol eterno de justicia... hed ahí el verdadero, el digno objeto de la espectacion del universo y cuyo advenimiento que envolvia la reparacion de un mundo agoviado bajo el peso del anatema celestial, la rehabilitacion del hombre en sus antiguos derechos, la dicha en fin de toda una raza maldecida y desgraciada, debia ser festejado y solemnizado generalmente en todos los confines del globo. Y lo fué en efecto, y tan luego como se deja ver en la tierra el deseado de las gentes, el mundo se transforma del modo más admirable, y de todas partes corren los hombres á reunirse en torno suyo, y donde quiera no se oye sino la voz de toda la humanidad que celebra la llegada de su rey y Señor, diciendo: «El Salvador ha venido y trae consigo el galardón y delante de sí la recompensa; y su pueblo será llamado pueblo santo y redimido del Señor (1). Entonemos á una cánticos de alabanza, pues ha consolado Dios á su pueblo, ha rescatado á Jerusalem, ha revelado á la vista de todas las naciones la gloria de su brazo enviándolas un Salvador (2). Subamos al monte del Señor y á la casa del Dios de Jacob, y él nos mostrará sus caminos, y andaremos por sus sendas, y juzgará á todas las gentes, y convencerá de error á muchos pueblos... Venid y caminemos en la luz del Señor (3).»

(1) Isaia. LXII. 11. 12.

(2) Ibid. LII. 9. 10.

(3) Ibid. II. 3 et seq.

Tales fueron los afectos, tan nobles y puros los sentimientos con que la parte sana de la humanidad celebró el Adviento del Mesías por tanto tiempo esperado. De este modo festejaron los justos del antiguo testamento la llegada de aquel por quien tanto habian suspirado, porque estaban convencidos que de él solo podian esperar una felicidad que nada en la tierra era capaz de proporcionarles. Y observad conmigo, C. O., que estos afectos no son puramente especulativos, que estos sentimientos no son estériles, sino que van acompañados de la accion, y todos ellos se dirigen á un fin comun, á buscar la verdad, á abrazar la luz esplendorosa que brilla en la doctrina del nuevo legislador, á identificarse con sus ejemplos y á practicar sus enseñanzas. *Et docebit nos vias suas, et ambulabimus in semitis ejus..... Venite et ambulemos in lumine Domini.* Imposible es dejar de admirar la perfecta armonía, la sorprendente conformidad que se encuentra entre estos principios y los que establece San Pablo cuando nos exhorta á celebrar el Adviento del Salvador realizado ya en la plenitud de los tiempos, y á prepararnos para su segundo advenimiento que debe verificarse en el fin de los siglos. Aquí como allí, y siempre la idea que domina sobre todas es la de desterrar las tinieblas que oscurecen nuestra inteligencia, y la de purificar nuestros corazones de las pasiones y vicios que le corrompen, como disposiciones indispensables sin las que no es posible experimentar los beneficiosos resultados de la venida de Jesucristo como Redentor, ni esperar de él como juez una recompensa eterna y un venturoso porvenir. Así es que el Apóstol no parece hacer otra cosa sino repetir en el texto que hoy nos ocupa, lo que al aproximarse la realizacion del gran misterio de la Encarnacion del Verbo decian los profetas al pueblo de Israel: «Salid, gritaban estos, salid de esa Babilonia inmunda, no toqueis cosa amancillada y purificaos antes de que llegue el dia del Señor.» *Recedite, recedite, exite inde, pollutum nolite tangere, mundamini.....* (1) ¿Y qué es lo que hoy nos dice el Apóstol? «Dejemos las obras de tinieblas y revisitémonos de las armas de la luz. Andemos con decencia como se suele

(1) Isaiaë. LII. 11.

andar durante el día, no en los excesos de la gula y de la embriaguez, no en deshonestidades y disoluciones, no en contiendas y en envidias, sino revestidos de nuestro Señor Jesucristo.» *Sicut in die honeste ambulemus, non in comessationibus et ebrietatibus, non in cubilibus et impudiciis, non in contentione et æmulatione: sed induimini Dominum Jesum Christum.*

Nada en efecto mas justo, nada mas conforme con el fin que se propuso el Señor en enviar su Unigénito al mundo, que esa pureza de conciencia que exige de nosotros como medio de celebrar dignamente su primera venida en carne mortal, y como preparacion á la segunda en gloria y magestad. ¿Cómo corresponderíamos en primer lugar al amor infinito con que ese Dios-Hombre se dignó descender del seno de su Padre por redimirnos de la esclavitud y hacernos hijos suyos de hijos de ira que éramos, de hijos de anatema, y victimas del infierno, si no nos identificásemos con ese pensamiento de caridad inmensa que le movió á tomar sobre sí la responsabilidad de nuestras culpas, para purificarnos de ellas y devolvernos la cándida estola de la inocencia? Porque ello es que á esto se reduce toda la economía de la redencion verificada por Jesucristo en su advenimiento al mundo. El pecado fué la causa ocasional, la misericordia de Dios la causa eficiente, su objeto primario la justificacion del hombre culpable, y su fin último hacerle digno de una felicidad eterna. Oid trazado por boca del mismo San Pablo el cuadro admirable de esta obra de la bondad divina. «Nosotros, dice, éramos en algun tiempo insensatos, incrédulos, extraviados, esclavos de infinitas pasiones, llenos de malignidad y de envidia, y rencorosos los unos con los otros. Pero tan luego como se dejó ver en el mundo la benignidad y el amor de Dios nuestro Salvador para con los hombres, nos salvó no á causa de las obras de justicia que hubiésemos hecho, sino por un puro efecto de su misericordia, regenerándonos mediante el bautismo, y renovándonos por el Espíritu Santo que derramó sobre nosotros copiosamente por Jesucristo Salvador nuestro, para que purificados con su gracia seamos herederos de la vida eterna segun la esperanza que de ella tenemos (1).» Ahora bien, C. O.,

(1) Ad Tit. III. 3 et seq.

salvados por la misericordia de un Hombre-Dios que encarna en el seno de una Virgen por aceptar en su carne el castigo de nuestras culpas; purificados con su gracia de una mancha indeleble que marcaba en nuestras frentes el sello de la eterna reprobacion, pronunciada en el paraiso contra el primer hombre y hecha estensiva á toda su raza infeliz; libres por efecto de un amor sin limites de aquel pesado yugo que nos agobiaba hácia la tierra sin permitirnos mirar al cielo cuyas puertas nos estaban cerradas desde la transgresion funesta de nuestro comun padre; lavados, en fin, y blanqueados con la sangre del Redentor de las horrruras de unas pasiones que nos arrastraban violentas hácia el abismo del mal; ¿no seria contrariar, ó mas bien oponerse directamente á los fines de la encarnacion del Verbo, despreciar los beneficios de la venida de Jesucristo al mundo, renunciar á los derechos que con ella nos devolvió, y trastornar toda la economía de la reparacion, el presentarnos delante de ese Dios á celebrar su advenio con un corazon manchado con toda especie de vicios, con un alma encadenada á todas las malas pasiones, con una carne sensual, con una imaginacion impura, con una conciencia, en fin, cargada con el peso de esos mismos pecados que el Salvador vino á purgar naciendo niño débil y en la mas extrema pobreza, viviendo en las privaciones y en los trabajos, y finalizando sus dias en un afrentoso patibulo? ¡Qué contraste! ¡qué ingratitud! ¡qué monstruosidad! ¡Tanto amor de una parte, y tanta indiferencia de otra! ¡Tanta bondad respecto de Dios, y maldad tanta respecto del hombre! ¡Allí la misericordia desplegando todas sus riquezas en favor de un mundo criminal: aquí la iniquidad desarrollando toda su impudente audacia para ofender al que viene á ofrecerle el perdón y la gloria! ¿Y no es esto efectivamente lo que vemos verificarse en el seno del cristianismo? ¡Ah! A no mirar las cosas sino en la superficie, sin duda nos costaria trabajo el creerlo. Grande es por cierto el entusiasmo que en todos los corazones escita el recuerdo de ese acontecimiento portentoso realizado hace diez y ocho siglos. Motivo de gozo universal es la solemnidad actual del Adviento de Jesucristo. Acentos de júbilo, gritos de alegría é himnos de triunfo, óyense por do quiera para festejar al que vino en tiempo á fran-

quear á los humanos las puertas de la inmortalidad. Pero compárense estos sentimientos con las obras, y desde luego se advertirá que no nacen del verdadero espíritu de la religion; que ninguna parte tiene en esas demostraciones el íntimo convencimiento de los beneficios que nos produjo su venida, ni la gratitud al amor con que se dignó humanarse para divinizar en cierto modo á la humanidad. ¡Error grosero! diré mas: ¡sarcasmo cruel! ¡Qué! ¿Se cree festejar de un modo digno el advenimiento de un Dios que es la pureza y la santidad por esencia, con una lengua manchada con la calumnia y la blasfemia, con unas manos cargadas con los despojos de la injusticia y de la usura, con unos pies cansados de correr tras los mas vergonzosos placeres, con un corazon en donde anida la soberbia, la ambicion, la codicia, la ira, la sensualidad, el encono, y cuanto de mas repugnante y asqueroso tiene el vicio? ¿Se juzgará que pueden ser gratos á un Salvador humilde, manso, pacífico y lleno de amor, los homenajes de unas almas arrogantes, querelosas, enemigas de la concordia, sin compasion con el pobre, sin piedad con el desvalido, egoistas, amantes de sí mismas, é incapaces de sentir el menor latido de humanidad para con sus prójimos? ¿Podria aceptar un Redentor que vino á emancipar al pobre de la tiranía del poderoso, á establecer la igualdad ante Dios entre todas las clases y condiciones, y á desterrar del mundo la impiedad trayendo la justicia ceñida como un cíngulo, y la fé á manera de un cinturon rodeado á sus lomos, segun la frase de un profeta (1); podria, digo, aceptar los obsequios de unos corazones en quienes hierva el despotismo, arde el orgullo, mora la arbitrariedad, y en los cuales ni fé, ni justicia, ni probidad, ni ninguna de las virtudes que el cristianismo enseña hallan el menor eco ni la mas leve simpatía? ¡Ah! No: jamás se amalgamarán las tinieblas y la luz, nunca las pasiones podrán avenirse con el Evangelio, en ningun tiempo será posible que la impureza del vicio se una á la virtud y á la santidad. Separad á Cristo de Belial, arracad el error del lado de la verdad, echad abajo el ídolo y no le coloqueis en el mismo altar que á Dios. Puri-

(1) Isaie. XI. 4 et seq.

ficao en una palabra de todo cuanto se opone á los designios del Salvador en su advenimiento al mundo, ó de lo contrario malamente pretendéis solemnizar este acontecimiento que será para vosotros ocasion de una desgracia eterna, lejos de ser el origen de vuestra salvacion, porque habeis cambiado su objeto y no os alcanzarán sus frutos beneficiosos. Y esto es tanto mas cierto, cuanto que no solamente se trata, como llevamos dicho, de celebrar la venida del Hombre-Dios amante y misericordioso, sino de prepararse para recibirle un dia juez justiciero é inflexible, que es lo que tan encarecidamente nos recuerda el apóstol cuando dice: «Apareció á todos los hombres la gracia del Dios Salvador, para enseñarnos que debemos renunciar á la impiedad y á las pasiones mundanas, y vivir sóbria, justa y religiosamente en este mundo, aguardando la bienaventuranza esperada y el Adviento glorioso del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, quien se dió á sí mismo por nosotros para redimirnos, purificarnos y hacernos un pueblo consagrado particularmente á su servicio y fervoroso en el bien obrar (1).» ¿De qué pues nos serviría aquella primera venida en la que desplegó todos los quilates de su bondad y amor infinitos, si en la segunda, cuando aparezca en un trono de nubes para residenciar al mundo, nos hallare desprevenidos y despojados de las virtudes que deben adornar al hombre redimido con su sangre? ¡Y este segundo Adviento que sin cesar nos recuerda la Iglesia y á que está ligado el porvenir de la humanidad, se olvida tan fácilmente, y es para la mayor parte de los cristianos objeto de la mas completa indiferencia! ¡Y en tanto que entre el bullicio de las alegrías mundanas se festeja al Rey de las eternidades que vino á traer la paz, la libertad, la gracia y la salvacion al universo, en vez de atesorar merecimientos se acumulan tesoros de ira para el dia de las venganzas! ¡Y lejos de aprovecharse de los beneficios de la redencion inaugurada por el Hombre-Dios en Belen y consumada en el Gólgota, se menosprecian, se huellan impiamente por muchos, sin tener en cuenta que el que un dia se dejó ver lleno de benignidad y mansedumbre como un cor-

(1) Ad Tit. II. 11 et seq.

dero, debe aparecer en otro quizás no muy lejano, lleno de imponente severidad á juzgar las mismas justicias segun la frase de los divinos libros!

No, A. O. M., no contrariemos los planes de la divina Providencia: no nos opongamus á los designios del cielo. El motivo del advenimiento del Salvador al mundo, el objeto esencial de su Encarnacion en el seno de una Virgen, los medios con que realizó ese inefable misterio de amor, todo nos dice y predica la pureza de alma con que debemos celebrar un recuerdo tan grandioso y de consecuencias tan inmensas, al par que nos escita á prepararnos dignamente para recibirle en su postrimer Adviento, á fin de que rescatados por su gracia en el primero, merezcamos ser glorificados en el segundo por su justicia. Si queremos, pues, que aquel dia que esperamos sea para nosotros un dia de eterno placer, apresurémonos á salir de la oscura noche de nuestras culpas, de nuestros errores y de nuestros vicios: *Nox præcessit, dies autem appropinquavit*. Ese dia no está tan lejano como acaso creemos; cada latido de nuestro corazon nos aproxima hácia él: ¡y cuántos de nosotros estaremos ya tocando al último periodo de una vida que todavía juzgamos de larga duracion, y que sin embargo no dista mas que un paso del borde de la eternidad! Aprovechemos pues esos instantes ya que tantos años hemos malogrado. Arrojemus desde luego las obras de tinieblas dando de mano á las pasiones que nos dominan, renunciando á los malos hábitos que nos encadenan, enfrenando los apetitos de la sensualidad, huyendo de los peligros de las ocasiones pecaminosas, purificándonos de todo cuanto puede mancillar nuestras almas, y obrando de hoy mas en todo conforme á las máximas del Evangelio y á las prescripciones de la ley divina, que debe ser la luz de nuestra inteligencia y la antorcha que nos guie por los caminos de este mundo hácia la patria bienaventurada: *Abjiciamus ergo opera tenebrarum et induamur arma lucis*. Revistámonos por último del espíritu de Jesucristo, imitando sus virtudes en cuanto sea dado á nuestra flaqueza, único modo de festejar debidamente su primera venida, y preparacion indispensable para recibir de sus manos en el dia último de los siglos la inmarcesible corona de la inmortalidad.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA II DE ADVIENTO.

LAS BUENAS OBRAS, FRUTOS DE LA FÉ EN LA VENIDA DE JESUCRISTO
AL MUNDO, SEGUNDA DISPOSICION PARA CELEBRAR DIGNAMENTE
EL ADVIENTO CATÓLICO Y PARA PREPARARSE Á RECIBIR AL
SEÑOR EN EL ÚLTIMO DIA DE LOS TIEMPOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo, como oyese Juan en la cárcel las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discipulos, diciéndole: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? Y respondiéndole Jesus les dijo: Id y decid á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bienaventurado aquel que no fuere escandalizado en mí.... Empero marchándose ellos, empezó Jesus á decir á las turbas de Juan: ¿Qué habeis salido á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Pues qué salisteis á ver? ¿A un hombre muellemente vestido? Pero los que visten afeminadamente están en los palacios de los reyes. ¿Mas qué es lo que habeis salido á ver? ¿A un profeta? Pues yo os digo que es mas que profeta. Este es aquel de quien está escrito: Hé aqui el ángel que yo envio ante tu rostro, para preparar tus caminos delante de tí.»

MATTH. C. XI. V. 2 ET SEQ.

LA religion cristiana que no es un culto meramente especulativo ni un sistema de doctrinas puramente teórico, sino que se dirige á poner en accion todo cuanto enseña y á reducir á la práctica sus dogmas y preceptos, si bien reconoce la fé como principio y fundamento de todo en el órden espiritual, no es menos cierto que tampoco acepta esa fé estéril que se limita á creer lo que Dios ha revelado á su Iglesia sin pasar á la ejecucion de lo que manda practicar, sino que antes bien la rechaza como una cosa muerta, segun

el lenguaje de los divinos libros (1), y de ningun valor con relacion á la salvacion eterna. Las obras frutos de esta fé, son las que únicamente pueden ser agradables á Dios, las que en todo tiempo deben dar testimonio del cristiano, y con las que debe manifestar que sus creencias son eficaces, sus convicciones profundas, verdaderas sus protestas de adhesion á las enseñanzas del Evangelio, y positivas y no ilusorias sus esperanzas. A obrar el bien donde quiera y en todas las circunstancias de la vida se refieren todos los preceptos del cristianismo. Esto inculcaba constantemente San Pedro á sus discípulos, exigiendo de ellos las obras de la religion como pruebas inequívocas de que creian en aquel que les habia sacado de las tinieblas del error á la luz esplendorosa de la verdad (2). Esto repetia con el mayor encarecimiento San Pablo toda vez que hablaba del advenimiento del Salvador al mundo, cuyo objeto culminante, decia, habia sido formar de los que viniera á redimir un pueblo particularmente suyo y que se distinguiese entre todos los demás por las obras de justicia, esto es, por sus virtudes y cristiano proceder (3). Y si abriendo el Evangelio registráis con cuidado todas sus páginas, dificilmente hallareis una sola en que esto mismo no sea el tema principal de todas sus enseñanzas, como que á esto y no á otra cosa se reduce todo su sistema doctrinal y toda la economía de la religion. Por eso Jesucristo empezó su divina mision en el mundo con el ejemplo, haciendo preceder las obras á las palabras, las virtudes á la doctrina (4). Por eso rechazaba con ellas la incredulidad de sus émulos, apelando de la obstinacion de unas inteligencias corrompidas al testimonio de unas acciones intachables (5). Por eso siempre que

(1) *Fides sine operibus mortua est.* (Jacob. II. 26.)

(2) *Vos autem genus electum..... gens sancta, populus acquisitionis: ut virtutes annuntietis ejus, qui de tenebris vos vocavit in admirabile lumen suum.* (I. Petri. II. 9.)

(3) *Expectantes beatam spem, et adventum gloriæ magni Dei, et Salvatoris nostri Jesu Christi, qui dedit semetipsum pro nobis, ut nos redimeret ab omni iniquitate, et mundaret sibi populum acceptabilem, sectatorem bonorum operum.* (Ad. Tit. II. 13.)

(4) *Cæpit Jesus facere et docere.* (Act. apost. I. 4.)

(5) *Si mihi non vultis credere, operibus credite.* (Joan. X. 38.)

se trataba de demostrar la divinidad de su origen sus obras eran á las que remitía á cuantos de él dudaban (1). Tan cierto es que sin buenas obras no hay religion, no hay cristianismo, no hay verdaderas creencias, la fé es infecunda, y vana toda esperanza. Y no lo es menos que los que han recibido ese don precioso, los que han creído en Jesucristo, los que le han reconocido en su advenimiento al mundo como enviado de Dios á salvar la humanidad, y los que esperan verle venir como juez á consumir su grande obra, decretando penas á los que esterilizaron en sus almas los frutos de su primera venida, y recompensas á los que de ella se aprovecharon, deben manifestar con sus obras esa misma fé en la celebracion del Adviento católico, bien así como Jesucristo demostró con las suyas que habia venido y que era el mismo á quien esperaba el universo, como vamos á verlo desarrollando el sagrado Evangelio de este día.

« Como oyese Juan (dice) en la cárcel las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos, diciéndole: ¿Eres tú el que ha de venir, ó esperamos á otro? No era esta realmente una duda por parte del precursor, no era que desconociese que el que tales cosas hacia no podía menos de ser Dios ó un enviado suyo, no era en fin que su fé vacilase, ó se creyese engañado por las apariencias, sino que persuadido de que las obras eran las que debian dar testimonio del verdadero Mesias, y viendo en las que Cristo practicaba todos los caracteres del Hombre divino prometido al mundo, quiere cerciorarse por su propia boca, desea satisfacerse de una manera que escluya toda sospecha, y añadir al convencimiento íntimo que ya tenia de esta verdad los hechos que sellasen su propia fé y confirmasen al mismo tiempo la de sus discípulos. Nosotros no tenemos necesidad de preguntar como el Bautista, ciertos como estamos que el que en la plenitud de los tiempos apareció en la tierra, y nació en un establo y fué reclinado en un pesebre, y experimentó todos los efectos de una contradiccion constante por parte de un pueblo que le desconoció, y sudó y se fatigó por enseñar al hombre la ciencia de

(1) Opera quæ ego facio in nomine Patris mei, hæc testimonium perhibent de me. (Ibid 25.)

sus destinos y el camino de la verdad y de la vida eterna, sancionando con su sangre su doctrina, es el verdadero Hijo de Dios, el Unigénito del Padre, el engendrado antes de la aurora en los resplandores de los santos, el Verbo hecho carne, el que en el seno de la Virgen María se humanó para divinizar al hombre y redimir al linaje de Adán, siendo como era consubstancial al que le engendrara, eterno como él, infinitamente sabio y poderoso como él, inmenso como él, por quien todas las cosas fueron hechas, habiendo descendido del cielo por nuestra salud y por libertarnos de la esclavitud del pecado y del infierno. Todo esto lo creemos y confesamos constantemente en el símbolo católico, y por consiguiente, vano sería de todo punto el preguntar como el Bautista si Jesucristo es el Mesías esperado. ¿Pero están conformes con esta fe nuestras obras? ¿Corresponden nuestras acciones á nuestras creencias?

Jesucristo interrogado por los enviados del precursor, no apela á teorías estériles, no busca en elevados raciocinios la prueba evidente de su carácter y de su mision divinas, no evoca testimonios de pura especulacion, sino que desde luego recurre á la evidencia de los hechos, y «respondiendo á los que le preguntan, les dice: *Id y decid á Juan lo que habeis visto y oido.* Y ved lo que el verdadero cristiano debe estar dispuesto á responder toda vez que se le exigen pruebas de su fe ó se trata de inquirir si cree positiva y eficazmente en el advenimiento del Salvador con todas sus consecuencias. ¡Ah! No basta decir creo; no es suficiente protestar un convencimiento íntimo respecto de este dogma y de todos cuantos de él se desprenden. Si las obras contradicen las palabras, si las costumbres no están en armonía con las creencias, si afectando estar penetrados de cuanto la fe enseña en este punto, se vive como si de todo se dudase, ¿de qué servirían todas estas protestas sino de hacer mas culpable y criminal al que de esta suerte se pusiese en evidencia consigo mismo y con el Evangelio? Creer que un Dios-Hombre vino á enseñar con su ejemplo la humildad, y no respirar sino orgullo y soberbia; confesar que vino lleno de mansedumbre á aleccionar al hombre á ser paciente y tolerante con sus prójimos, y dejarse arrastrar por los ímpetus de la ira y de la venganza; reconocer que

vino mortificado y austero á combatir y condenar los placeres desordenados de la carne, y entregarse sin rubor á todos los excesos de la molicie y de la sensualidad, ¿no seria esto un sarcasmo sangriento á esa misma fé que se declama? ¿No seria burlarse de esas mismas creencias de que se hace gala? ¿No seria rasgar con una mano ese mismo Evangelio que con otra se lleva como en triunfo en señal del carácter cristiano? ¡Y quien así obrase se atreveria á decir que creía en el advenimiento del Salvador! ¡Y no se ruborizaria de insultar al cristianismo honrándose con los labios de pertenecer á él, y deshonorándole con sus vicios y combatiéndole con sus pasiones!

¡Error monstruoso! No es así como se manifiesta la fé. Donde quiera que ella existe existen tambien las obras que son frutos de ella, donde estas faltan falta tambien aquella. Solo con el ejercicio de las virtudes que son consiguientes á la creencia de un Salvador venido á la tierra á purgarla de sus vicios y de sus crímenes, es como el cristiano debe manifestar y evidenciar lo que cree y confiesa. Menester es que pueda decir como Jesucristo á los que trataban de informarse de su venida y cerciorarse de su mision. ¿Qué me preguntais á mí? Ahí están mis acciones: *«Los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados, y bienaventurado aquel que no fuere escandalizado en mí.»*

Tal debe ser el carácter del cristiano. Ved trazada la linea de conducta que debe seguir, ahí teneis la marca que debe distinguirle de los que no creen verdaderamente, de los que solo tienen una fé estéril é infecunda en Jesucristo. Que el que antes dormia en las tinieblas del error abra sus ojos á la luz de la verdad y obre conforme á sus sublimes principios, para que pueda decirse de él: *«¡Los ciegos ven!»* Que el que antes caminaba por las sendas del vicio ó claudicaba en el servicio de Dios, marche por los caminos de la virtud, y sea fiel en el cumplimiento de los divinos preceptos, y podrá decirse de él: *«¡Los cojos andan!»* Que el que antes se hallaba cubierto de las repugnantes escamas de las pasiones sensuales, se muestre puro, casto y mortificado, y entonces será una verdad decir de él: *«¡Los leprosos son limpios!»* Que el que un día insensible á los

llamamientos de la gracia y á los gritos de la conciencia , aplazaba convertirse y continuaba resistiéndose á los impulsos de la divina misericordia , se levante de su postracion , arroje de sí los malos hábitos que le encadenan, venza los obstáculos que se le presentan, triunfe de sí mismo , y dócil á las inspiraciones del cielo , se transforme de incrédulo en creyente , de pecador en justo , de indiferente en fervoroso , y se dirá con razon : «¡Los sordos oyen!» Que el que antes no sabia nutrir su inteligencia mas que con las producciones del ateismo y del libertinaje , ni escuchar otras lecciones que las del materialismo y del crimen , ni frecuentar otras concurrencias que las inmundas bacanales y las orgías impuras del sensualismo brutal , ni pronunciar otras palabras mas que la blasfemia y la maledicencia , cambie completamente de vida oponiendo la fé á la duda , la religiosidad al cinismo , la templanza al desenfreno de las pasiones , la moralidad á la desmoralizacion , las buenas costumbres á los escándalos : y entonces , los que antes le conocieran discolo y ahora obediente al Evangelio , ayer lascivo hoy austero , primero desordenado luego irreprochable en su proceder , esclamarán justamente : «¡Los muertos resucitan!» Que el que antes era insensible á los gritos de la miseria y miraba con impasibilidad las privaciones del indigente , y cerraba sus oidos al gemido del huérfano , de la viuda , del artesano y pordiosero , dé entrada en su alma á los sentimientos de la caridad , y se complazca en enjugar el llanto de la desgracia , en ejercer la beneficencia con el infortunio , y en consolar y aliviar la suerte de sus hermanos menesterosos , y todos ellos dirán llenos de júbilo : «¡Los pobres son evangelizados!» Por último , que aquel en quien un dia no se veian mas que malos ejemplos , consejos perniciosos , costumbres corrompidas , y con el venenoso aliento de una vida estragada comunicaba á los demás el contagio y arrastraba en pos de sí á los incautos al abismo del mal , seduciendo al jóven inesperto , á la sencilla doncella , á la esposa cándida , al amigo crédulo ó al compañero desprevenido , se haga un ejemplar de virtud , un modelo de probidad , y se presente á la vista de todos como un espectáculo digno de Dios , de los hombres y de los ángeles , y entonces podrá decir : «¡Bienaventurado aquel que no se escandalizáre en mí!»

Así es como debe manifestar el cristiano su fé en la celebracion del Adviento católico, de este modo y no de otro es como debe mostrar que cree en el Salvador que vino á reformar el mundo, y que acepta todas las consecuencias de este hecho portentoso, á la manera que Jesucristo evidenció su venida y demostró su mision celestial con las obras maravillosas que ejecutaba. Por eso en confirmacion de esta verdad, y para manifestar de un modo aun mas positivo que su advenimiento al mundo envolvia esencialmente un cambio radical en las costumbres, en los hábitos, en los instintos, y que los que creyesen en él y recibiesen el cristianismo debian ser unos hombres nuevos y distintos en todo de los antiguos, presenta por tipo del nuevo culto á su precursor; y despues de haber dado á los discípulos de éste las pruebas de su origen divino, *apenas se marcharon, comenzó á decir á las turbas que le rodeaban hablando de Juan: Qué habeis salido á ver en el desierto?* Que era como si dijese: Ahí tenéis el modelo del cristiano; delante de vosotros está el tipo exacto del que cree en mi venida y abraza mi doctrina. ¿Qué es lo que en él veis? *¿Una caña agitada por el viento?* ¿Un hombre que se deja cimbrar como la frágil caña del desierto por todo viento de doctrina, hoy creyente, mañana inerédulo, ahora entusiasta admirador de los principios del Evangelio, luego despreciador impio de sus dogmas, ferviente un dia en el bien obrar, relajado otro en el cumplimiento de sus deberes, versátil en sus propósitos, inconsecuente en sus ideas, variable en sus resoluciones, y pasando con la mayor facilidad del servicio de Dios al servicio del mundo, de la práctica de las virtudes cristianas á los desórdenes del vicio, de la severidad de las leyes divinas al libertinaje de las pasiones? *¿Pero qué salisteis á ver?* *¿A un hombre muellemente vestido?* ¿Es por ventura buen cristiano el que idólatra del lujo y de la vanidad traspasa las reglas de la honestidad y del decoro, y con estudiados adornos, y con trages poco conformes á la decencia, y con desnudeces repugnantes, y con afeminada compostura llama la atencion del distraido ó indiferente haciendo surgir en su alma ideas, afectos ó deseos criminales? ¿Cree en Jesucristo pobre y mortificado el que protestando séguir las máximas de un Evangelio que donde quiera respira aus-

teridad y penitencia, obedece ciegamente á las leyes de la carne y mima con delicadeza unos miembros en quienes hierve el fuego de la concupiscencia, y se rige por los principios de un sensualismo llevado hasta el refinamiento? ¿Está en el caso de presentarse á recibir á un Dios-Hombre que nace en las privaciones y en la miseria, sin tener otro lecho donde reclinarse mas que un pesebre y unas pajas, ni mas albergue que un rústico establo, el que ama las riquezas, ambiciona el oro, aspira á deslumbrar á sus semejantes con el brillo de sus superfluidades, y se goza en humillar al que no es ó no puede tanto como él con el aparato de una prodigalidad escandalosa? No: que la ley de la carne es diametralmente opuesta y enemiga irreconciliable de la ley de Dios (1). No: que á la molicie y á la sensualidad le está prohibida la entrada en el cielo y la posesion del reino de Jesucristo (2). No: que como él mismo dice hoy en su Evangelio, *los que visten afeminadamente están en los palacios de los reyes*. O lo que es igual, solo allí donde la adulacion se halla sancionada por las leyes del gran mundo, donde la austeridad de las doctrinas evangélicas se ven proscritas, donde reina el imperio de las pasiones, donde la severidad de las costumbres cristianas es un objeto de befa y de desprecio, donde no se trata mas que de agradar con la belleza ó de seducir con los atractivos de la voluptuosidad, de brillar exagerando las dotes naturales, ó de lucir afectando sentimientos nobles, allí donde la licencia es urbanidad, el descaro despejo de inteligencia, la procacidad grandeza de alma, la desenvoltura muestra de talento, y el cinismo un mérito digno de elogio, allí únicamente es donde deben encontrarse la molicie y la afeminacion: no en el seno del cristianismo, no en los que creen y confiesan un Dios hecho hombre que desde la cuna hasta el Calvario no hizo sino dar lecciones de modestia, de parsimonia, de austeridad y de todas las virtudes que tienden á mortificar los apetitos desordenados de la naturaleza, á renovar el hombre viejo con todos

(1) Sapientia carnis inimica est Deo: legi enim Dei non est subjecta. (Ad. Rom. VIII. 7.)

(2) Neque fornicarii.... neque molles regnum Dei possidebunt. (I. Corint. VI. 9. 10.)

sus actos, revistiéndole del hombre nuevo criado por Dios á su misma imágen (1); no entre unos hombres discípulos de una escuela que proscribía el orgullo, condena los placeres sensuales, anatematiza el lujo inmoderado, y llama servidumbre y esclavitud de ídolos á los excesos de la intemperancia (2).

El verdadero cristiano, el que firme en la creencia de un Salvador que vino á renovar el mundo con su doctrina pura y santa, espera á un juez que debe venir á residenciarle un día y á ver el fruto que sacó de su primer Adviento, debe mostrarse en un todo conforme en sus obras con la fé que profesa, y tal que de él pueda decirse como Jesucristo de su precursor: «¿Qué es lo que habeis salido á ver? ¿A un profeta? Pues yo os digo que es mas que profeta.» Aquellos esperaron lo que nosotros poseemos, desearon ver al que nosotros vemos, suspiraron por el que en medio de nosotros reside de un modo el mas maravilloso, y ha prometido permanecer en nuestra compañía hasta la consumacion de los siglos. Los profetas solo alcanzaron á traslucir su advenimiento por entre sombras y figuras, pero los cristianos le hemos visto venir real y verdaderamente revestido del ropaje de nuestra mortalidad. [Los profetas anunciaron al Mesías en sus misteriosos símbolos, los cristianos hemos celebrado la gloria del Unigénito del Padre lleno de gracia y de verdad (3). Pero ved aquí una razon de mas para que el cristiano aventaje en sus virtudes y se muestre mayor en todo que aquellos hombres inspirados. Si ellos tuvieron una fé tan firme y constante sin embargo de no poseer mas que promesas y lejanas esperanzas, ¿cómo deberá creer el que ha visto el cumplimiento de las unas y la realizacion de las otras? Si ellos fueron tan justos á pesar de distar tantos siglos de este misterio de amor y de bondad, é hicieron brillar tantas virtudes

(1) Expoliantes vos veterem hominem cum actibus suis, et induentes novum, eum qui renovatur in agnitionem, secundum imaginem ejus qui creavit illum. (Ad. Colos. III. 9. 10.)

(2) Hoc enim scitote, intelligentes: quod omnis fornicator aut immundus aut avarus, quod est idolorum servitus, non habet hæreditatem in regno Christi et Dei. (Ad. Ephs. V. 5.)

(3) Vidimus gloriam ejus..... quasi Unigeniti à Patre, plenum gratiæ et veritatis. (Joan I. 14.)

en el seno de tantos vicios, luchando con la incredulidad de los unos, con los errores de los otros, y con la idolatría de la mayor parte del globo que había olvidado las antiguas tradiciones, desfigurado los verdaderos dogmas y corrompido las creencias primitivas; ¿cuál deberá ser la justicia, cuáles las virtudes del cristiano que ha visto desaparecer esa larga noche del paganismo y en pos de él todos los errores, todos los sistemas, todos los absurdos del mundo antiguo, y aparecer la humanidad y benignidad de un Dios hombre, y con él la verdad, la luz, la doctrina de la salvación y cuanto puede apetecerse para ser feliz en esta vida y en la otra? ¡Ah! La diferencia debe ser inmensa como lo es la distancia que media entre la ley del terror y la ley del amor, entre el testamento antiguo y el testamento nuevo, entre la figura y la realidad. El cristiano debe ser más que un profeta en todos sentidos: mayor su fé, más imperturbable su esperanza, más ferviente su caridad, y sus virtudes incomparablemente más preciosas; tanto que sea una verdad decir de él lo que del Bautista dijo Jesucristo: *«Este es de quien está escrito: Hé aquí el ángel que yo envío ante tu rostro para preparar tus caminos delante de ti.»*

Tal es C. O. nuestro deber, hé ahí nuestra misión. Que nuestras obras frutos de nuestra fé en Jesucristo den donde quiera testimonio de ese Salvador esperado tras largas generaciones y venido en la plenitud de los tiempos para volver otra vez en el día supremo de los siglos. Seamos los ángeles precursores del Hombre-Dios que vamos delante de él preparando á los demás á recibir su doctrina, á aceptar su código civilizador, y á practicar sus enseñanzas eminentemente divinas, mediante el ejemplo de una vida intachable y de una conducta irreprochable, desarrollando ante sus ojos todas esas virtudes que prescribe el Evangelio, y que mejor que todos los racionamientos demuestran y evidencian las grandezas del cristianismo y los inmensos bienes que está llamado á proporcionar á todos cuantos creen el primer Adviento de Jesucristo y esperan el segundo. Seamos los enviados del Altísimo, no á anunciar como los profetas que está próximo el reino de Dios, que el Redentor de la humanidad se acerca, que van á cumplirse los vaticinios y que debe aparecer en la

tierra el deseado de las naciones, sino á mostrar con nuestra religiosidad, con nuestra esactitud en el cumplimiento de nuestros deberes, con la mas escrupulosa observancia de todas las leyes divinas y de las prescripciones evangélicas, que el esperado ha venido ya, que Emmanuel está con nosotros, que su reino le tenemos dentro de nuestras mismas almas, que la humanidad ha sido redimida, y que nada nos resta sino aprovecharnos de los frutos de esa redencion copiosa. Que donde quiera en fin vean en nosotros el tipo del verdadero cristiano, el modelo del hombre del Evangelio, á fin de que pueda decirse como de Juan que no somos cañas frágiles y quebradizas por nuestra inconstancia en el bien obrar, ni esclavos de la afeminacion y de la molicie por nuestros inmoderados placeres, ni profetas, sino más que profetas, ángeles en carne destinados á mostrar á todos en el tiempo la sublimidad de la religion en una conducta ejemplar, y á gozar despues en la eternidad la recompensa que nos está reservada, y una dicha interminable por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA LA DOMINICA III DE ADVIENTO.

LA ORACION CONTÍNUA Y FERVIENTE, TERCERA DISPOSICION PARA OBTENER
LOS BENEFICIOS DE LA VENIDA DE JESUCRISTO AL MUNDO Y LOS COPIOSOS
FRUTOS DE SU REDENCION.

Gaudete in Domino semper : iterum dico gaudete. Modestia vestra nota sit omnibus hominibus. Dominus prope est. Nihil solliciti sitis, sed in omni oratione et obsecratione, cum gratiarum actione petitiones vestrae innotescant apud Deum.

Vivid siempre gozosos en el Señor. Otra vez os lo repito: vivid gozosos. Sea notoria vuestra modestia á todos los hombres. El Señor está cerca. No os inquieteis por la solicitud de cosa alguna: sino insistid en orar y rogar á Dios, y en presentarle vuestras plegarias con hacimiento de gracias.

AD PHILIPP. IV. 5. 6.

LAS notables palabras con que hoy nos exhorta el apóstol San Pablo á esperar el advenimiento del Señor, encierran lecciones excelentes y sublimes documentos de conducta cristiana. Despues de invitarnos en la persona de los fieles de Philippos á alegrarnos y regocijarnos en todo tiempo en Dios nuestro Salvador, como que siempre y donde quiera se halla con nosotros, siempre le tenemos presente, y por lo tanto ese gozo que nace de la fé, de la esperanza y del amor debe ser perpétuo y constante en el seno del cristianismo, contrayéndose en seguida al acontecimiento que en estos dias estamos celebrando, nos dice: «Sea notoria á todos los hombres vuestra modestia: el Señor está cerca. No os inquieteis por la solicitud de cosa alguna, sino insistid en orar y rogar á Dios, presentándole vuestras plegarias con hacimiento de gracias.»

Hed aquí, A. O., por una parte inculcada la modestia, ó sea el buen ejemplo, como un deber de todo hombre que cree en un Dios redentor de la humanidad y ha recibido su doctrina, y por otra recomendada la oracion frecuente como una disposicion necesaria para obtener los frutos preciosos de la venida de ese mismo Salvador. La primera es una consecuencia inmediata de lo que os dije en el discurso anterior, puesto que no basta ser virtuoso y obrar el bien en secreto y para sí solo, sino que nuestras virtudes y buenas obras deben ser visibles y manifestarse á todos y en toda circunstancia, á fin de que donde quiera seamos un grato perfume de Cristo (1), y para que los que observan nuestra conducta se esciten á engrandecer y glorificar al Padre celestial (2). La segunda es una circunstancia indispensable para poder experimentar los beneficiosos efectos de ese acontecimiento feliz que inauguró nuestra eterna dicha, y aseguró nuestros eternos destinos; siendo el resultado de ambas esa paz de Dios que segun el apóstol sobrepuja todo cuanto puede concebirse, y es la salvaguardia de nuestras inteligencias y de nuestros corazones en Jesucristo Señor nuestro: *Et pax Dei quæ exuperat omnem sensum, custodiat corda vestra, et intelligentias vestras in Christo Jesu.*

No me detendré por hoy á hablaros de esa modestia que debe resplandecer en la conducta de todo cristiano en sus relaciones con el prójimo, habiéndoos ya manifestado como debe dar con sus virtudes y buenas obras testimonio de su fé, y mostrar con ellas que el cristianismo no es una religion ideal ó de pura especulativa, sino una religion práctica que tiende en un todo á arreglar nuestras costumbres, á dirigir nuestras acciones segun los principios de la caridad y de la justicia, y á promover de todos modos la gloria de Dios y el bien de nuestros semejantes. Me haré cargo únicamente del segundo miembro de la doctrina del apóstol en la epístola de este dia: os hablaré de la oracion, no en general ni con respecto á la necesidad que de ella tenemos en todo tiempo, para obtener del cielo esas gra-

(1) Christi bonus odor sumus Deo in iis qui salvi fiunt. (II. Corint. II. 15.)

(2) Luceat lux vestra coram hominibus, ut videant opera vestra bona, et glorificent Patrem vestrum qui in cœlis est. (Matth. V. 16.)

cias sin las que no nos es posible vivir como cristianos ni merecer la vida eterna; os la presentaré sí, como una preparacion indispensable, como una disposicion necesaria para celebrar el Adviento católico; manifestándoos que «á la manera que los justos del antiguo testamento no cesaron de insistir con sus plegarias para que se dejase ver en la tierra el Salvador del mundo, probando así la confianza que tenian en las divinas promesas y su deseo de verlas realizadas, del mismo modo es un deber nuestro orar sin intermision con fé viva, con ferviente esperanza, y con ardiente amor para hacernos dignos de obtener los beneficios de su venida y los frutos copiosos de su redencion.» Hé aquí indicado mi pensamiento. Para desenvolverle dignamente, recurramos á la purisima madre del Verbo, saludándola con las palabras con que la fué anunciado su divino alumbramiento:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Ningun acontecimiento en el mundo escitó jamás un sentimiento tan universal, una espectacion tan uniforme, deseos tan vehementes, ruegos tan eficaces y plegarias tan afectuosas, como el advenimiento de Jesucristo, del Mesias prometido, del Salvador del linaje humano. Donde quiera en el transcurso de cuatro mil años la humanidad no tiene mas que una voz; un mismo eco óyese resonar en todos los ámbitos del globo, el eco de la fé, de la esperanza y del amor que en todos los tonos pide, ruega, insta porque cuanto antes se verifique aquel hecho venturoso de que dependian los destinos de tantas generaciones y el porvenir de los siglos venideros. ¡Qué bello panorama ofrece el antiguo mundo elevando sus manos suplicantes hácia el cielo y pidiendo al Señor con ardientes lágrimas la aparicion de la estrella de Jacob, del vástago de Israel! ¡Qué armonioso concierto el de tantas voces diversas que piden con ánsia indefinible

la llegada del Reparador augusto de la raza culpable! Allí el anciano patriarca, el austero profeta, el rey, el vasallo, la muger, el jóven y hasta el tierno parvulito, en los campamentos guerreros, en las tiendas, en los desiertos, bajo el hogar doméstico, todos oran, todos ruegan, porque el deseo es uniforme, el sentimiento idéntico, una la esperanza, y uno é invariable en todos el convencimiento de que su venida debé cambiar la faz del mundo, y acarrearle una felicidad perdurable. De aquí el fervor con que esclaman los unos: «¡Ojalá rasgases los cielos y descendieses (1)!» De aquí la impaciencia con que gritan otros: «¡Oh nubes, haced brotar al justo á manera de lluvia benefícosa que consuele nuestros corazones esterilizados por la angustia y el pesar (2)! ¡Enviad, Señor, dicen estos, al que habeis de enviar (3)! ¡No tardeis mas, repiten aquellos: apresurad vuestra venida (4)! ¿Cuándo llegará el día en que nos mostreis vuestra misericordia y vuestra salvacion? óyese por un lado (5). ¿Cuándo aparecerá, se oye por otro, el Cordero dominador del orbe que debe venir de la piedra del desierto al monte de Sion (6)?» Y do quiera toda la humanidad unánime no cesa de enviar sus plegarias al cielo, y de importunarle para que abrevie el plazo marcado á la realizacion del gran misterio. ¡Tan grandioso era el objeto que esperaba! ¡Tan inmensas las consecuencias del advenimiento del hijo de Dios al mundo!

Hed ahí el tipo de nuestros deseos y esperanzas, hed ahí el modelo de lo que debe hacer el cristiano para obtener los beneficios de la venida del Salvador y los copiosos frutos de su redencion. Orar siempre, orar con constancia, con fé, con confianza y amor, es una de las principales disposiciones con que debe celebrar

(1) Utinam dirumperes cœlos et descenderes! (Isaïæ. LXIV. 4.)

(2) Rorate cœli desuper, et nubes pluant justum. (Ibid. XLV. 8.)

(3) Mitte quem missurus es. (Exod. IV. 43.)

(4) Domine, ne moreris, propter temetipsum, Deus meus. (Dan. IX 19.)

(5) Ostende nobis, Domine, misericordiam tuam, et salutare tuum da nobis. (Psalm. LXXXIV. 8.)

(6) Emitte Agnum, Domine, dominatorem terræ, de petra deserti ad nontem filiæ Sion. (Isaïæ. XVI. 4.)

este santo tiempo. La oracion no es otra cosa, segun Santo Tomás, que una elevacion del alma hácia Dios, y la expresion genuina de los sentimientos del corazon. Por ella nos ponemos en relacion directa con nuestro primer principio y último fin, nos comunicamos inmediatamente con el autor de todos los bienes, y nos elevamos sobre las cosas del tiempo para transportarnos á la eternidad. Anillo misterioso, la oracion nos une con el sér por excelencia, con la verdad esencial, con la luz indeficiente, con el centro de todas nuestras aspiraciones. Llave poderosa á que nada se resiste, franquéanos el erario del Padre celestial, ábrenos los tesoros de su Unigénito, nos facilita la entrada en el inagotable depósito de sus gracias, y nos proporciona la posesion de todas las riquezas de su bondad.

Así lo comprendieron los justos del antiguo testamento á pesar de vivir bajo una ley de terror, y de no habérseles manifestado todavía la benignidad y humanidad de un Dios hecho hombre: y por eso no cesaban de elevar sus corazones, mediante la oracion, hácia aquel de donde esperaban el remedio de todos los males y el consuelo de todas las desgracias que venian pesando sobre el linage de Adán. ¡Con cuánta mayor razon pues deberán hacerlo los que herederos de las promesas que aquellos no llegaron á ver realizadas, han tenido la indefinible dicha de ver aparecer en la tierra revestido de su propia carne al que ellos solo vislumbraron por entre misteriosas sombras! Y sin embargo, ellos oraban constantemente, con una fé que se revelaba en el santo gozo que experimentaban sus almas al pronunciar el nombre del Mesías, con una confianza harto demostrada en la insistencia de sus ruegos jamás interrumpidos á pesar de ver el ensordecimiento de un cielo que parecia de bronce, con un amor que se expresaba en sus lágrimas, en sus suspiros, y mas que todo en aquel convencimiento íntimo que llevaban donde quiera y les hacia soportar con heroica resignacion los horrores de una penosa esclavitud, el despotismo de unos reyes tiranos empeñados en extinguir juntamente con su raza la idea mesiánica inoculada en la sangre del pueblo escogido, y las fatigas de una larga peregrinacion bastante á debilitar unas creencias que cada vez parecian mas inverosímiles, porque cada

vez se prolongaba mas el cumplimiento de sus deseos. Los tiempos pasaban, y la fé del Mesías permanecia no obstante invariable en los hijos de Abraham y en la estirpe de Jacob; las generaciones sucedianse unas á otras, y á pesar de esto las promesas hechas á los padres se transmitian á los hijos, éstos las comunicaban á los suyos, y aquellos á los que de ellos nacian. Por manera que ese gran pensamiento, esa grande idea cimiento de todas sus esperanzas, apoyo de todos sus infortunios, centro de todas sus aspiraciones, valuarte de su fé, sosten de su justicia, y objeto esclusivo de la felicidad que anhelaban, jamás faltó en el seno de aquella raza llamada á perpetuar en el mundo la prueba del acontecimiento mas grande, mas portentoso y de mas estension que vieron los siglos. Y esa raza que por efecto de un error permitido por la divina Providencia aguarda todavia al que juzga por venir, ese pueblo que mezclado con todos los demás lleva do quiera sus tradiciones, su Biblia, sus creencias, su idea mesiánica, ni un solo día deja de orar, é insta, y pide y ruega, y confía, y espera contra toda esperanza al Salvador de la humanidad, al libertador de las naciones oprimidas, al rey de Israel... ¡Engaño lastimoso, error funesto, equivocacion lamentable de un pueblo á quien Dios cegó en su justicia para que no viese la luz cuando se presentó á sus ojos, en pena de su obcecacion voluntaria en desconocer al que tuvo en su propio seno: pero que al mismo tiempo confunde, avergüenza y llena de rubor al pueblo cristiano tan frio, tan apático y tan indiferente á un beneficio tan inestimable, á un don tan precioso, á un misterio tan sublime de amor y de bondad! ¡Cómo! Ellos, los justos del antiguo testamento oraban con constancia, pedian con vehemencia, suplicaban hasta con importunidad que viniese el deseado de las gentes; y oran tambien los descendientes de aquel linage desheredado y maldecido, porque todavia vive en ellos la antigua fé, y abrigan la confianza de que ha de llegar el día de su libertad; y ni los siglos, ni los reveses, ni la desgracia, ni la espatriacion, ni el ódio, ni la prevencion general con que son mirados han sido bastantes á arrancar de sus corazones ese deseo uniforme, esa espectacion unánime, esa creencia universal en su raza: ¡y nosotros depositarios de la verdadera fé, de las

verdaderas creencias y de las verdaderas tradiciones que aquellos corrompieron y adulteraron, no hemos de orar para conseguir los efectos de ese advenimiento que sabemos se realizó ya en la plenitud de los tiempos? Esto probaría ó que nuestra fé es nula, nuestra esperanza ideal, y nuestras convicciones muy superficiales, ó que no amamos á Jesucristo, que nos es indiferente su venida al mundo, que no apreciamos debidamente el gran beneficio de su Encarnacion, y que no aspiramos á participar de sus preciosos efectos. Lo que se ama se desea, lo que se desea se busca, lo que se busca y no se encuentra se pide con instancia. «Pedid y recibireis, buscad y hallareis, llamad y se os abrirá» ha dicho Jesucristo (1). Y si esto es tan cierto, y si en todo tiempo es un deber del cristiano dirigir á Dios sus plegarias, y una necesidad para el que cree, espera y ama, derramar ante el trono del Altísimo sus lágrimas y suspiros, y hacer subir hasta el cielo ese misterioso incienso, para hacer descender de allí los benéficos raudales de la gracia, es indudable que hay ocasiones y tiempos en que esta necesidad es mas apremiante, y en que crece esta obligacion proporcionalmente á las circunstancias en que nos encontramos, ó á los misterios que estamos llamados á celebrar. Y no porque la oracion sea una cosa de mera oportunidad, pues dicho está que siempre y donde quiera que nos hallemos debe ser el alimento continuo de nuestras almas, el sosten de nuestra debilidad, el apoyo de nuestra flaqueza, y el elemento de nuestra vida espiritual: sino porque como dice el mismo San Pablo (2), hay momentos aceptables, hay dias de salud, hay épocas especiales, en que nuestro fervor debe redoblar, nuestra fé mostrarse mas viva, nuestra esperanza mas firme, mas ardiente nuestro amor, y nuestra gratitud á los beneficios divinos mas sincera y cordial. Como quiera pues que todos estos sentimientos los muestra el cristiano en ese comercio divino, en esa comunicacion del alma con su Criador, en esa union misteriosa de la nada con el Sér, de lo

(1) *Petite, et dabitur vobis: quærite, et invenietis: pulsate, et aperietur vobis.* (Matth. VII. 7.)

(2) *Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.* (II. Corint. VI. 2.)

finito con lo infinito, en esa relacion íntima que la oracion establece entre el hombre y la divinidad; ¿cuándo mejor, cuando con mas justicia deberá hacerlo que en este tiempo santo en que el mundo recuerda el acontecimiento feliz que inauguró su dicha, y la Iglesia renueva la memoria del rasgo mas admirable de amor, de misericordia y de bondad, que pudo dar Dios á la humanidad envilecida y desgraciada, enviándola su Unigénito para que la redimiese y franquease las puertas de la inmortalidad?

Nunca: y por eso el Apóstol nos recomienda con tanto encarecimiento que al gozo y á la alegría que naturalmente debe escitar en nuestros corazones ese misterio de caridad tan inaudito é incomprendible, juntemos el testimonio de nuestra gratitud, haciéndole ostensible no solo en el decoro de nuestras acciones, en la modestia de nuestra conducta, y en la compostura de nuestro porte exterior, cual cumple á hombres que creen en la venida del Salvador al mundo y aspiran á disfrutar de sus beneficiosos efectos, sino mas particularmente prescindiendo de todos los cuidados temporales, dando de mano á los negocios de la tierra, desentendiéndonos de todo cuanto se refiere á una vida que pasa con la velocidad del meteoro, y encerrándonos en la soledad de nuestra alma á orar y pedir con todo género de súplicas y ruegos acompañados de hacimiento de gracias, las que emanan del sòlio de la divinidad para celebrar dignamente el Adviento católico y merecer sus copiosos frutos. *Dominus prope est. Nihil solliciti sitis, sed in omni oratione et obsecratione cum gratiarum actione, orationes vestre innotescant apud Deum.*

Establecido así nuestro deber, veamos ahora cómo debemos llevarle, cómo debemos orar y pedir. El mismo misterio que celebramos nos lo está indicando de una manera harto ostensible. Es un misterio de fé, y por consiguiente ella es la primera circunstancia que debe acompañar á nuestras plegarias; es un misterio de amor infinito, y por lo tanto el amor debe encender nuestros afectos y escitar nuestros suspiros; es un misterio de bondad y de misericordia sin límites, así que una constante perseverancia debe animar nuestras súplicas y alentar nuestras esperanzas. Fé, amor, confian-

za, hed ahí pues los tres caracteres de nuestra oracion, y los tres poderosos resortes con que abriremos el tesoro inagotable de la divina liberalidad, y conseguiremos hacer que desciendan á nosotros los abundantes efluvios de su gracia. ¿Y qué fé no deberá inspirarnos un Sér que hizo por nosotros cuanto hacer podia, humanizándose siendo Dios, naciendo en tiempo siendo eterno, sujetándose á las miserias de nuestra mortalidad siendo inmortal, y cargando con la responsabilidad de nuestras culpas siendo inocente, santo é impecable? ¿Qué amor no deberá encender en nuestros pechos, quien nos dió cuanto tenia de mas precioso, su misma esencia, su divinidad, su inmensidad, su gloria, puesto que se nos dió á sí propio en rescate, y no dudó despojarse de la brillantéz de su corona, y abandonar el trono en que residia sobre las nubes, y renunciar al cetro de su omnipotencia, y descender á una tierra manchada con tantos crímenes, con tanta impiedad y con tanta ingratitud, únicamente por dispensarnos todas las riquezas de su liberal munificencia? ¿Qué confianza en fin no deberá escitar en nuestras almas un Dios-Hombre que á pesar de los gritos que de la tierra se levantaban contra la humanidad pecadora, á despecho de su mismo corazon que le decia la ingratitud, los ultrages y malos tratamientos con que el mundo pagaria sus bondades, y luchando con su divina grandeza que se oponia á una humillacion tan profunda, y con su justicia eterna que no queria permitir quedase impune el crimen, halló no obstante el medio de conciliar todos estos extremos, y realizó el mas inefable misterio por salvar al hombre perdido y libertar al mundo esclavo? ¡Ah! Al recordar estos rasgos en nuestra oracion, imposible es que nuestras súplicas no vayan acompañadas de esos tres caracteres: porque es imposible que dejemos de creer vivísimamente en quien tanto hizo por nosotros; imposible que dejemos de amar á quien tantas muestras de amor nos dió; imposible que podamos desconfiar de quien de un modo tan maravilloso y á tan caro precio nos compró el perdon y la misericordia.

Mas como quiera que no basta haber recibido al Salvador y con él todos los bienes, de poco ó de nada nos serviria ese misterio de bondad que vino á verificar en el tiempo, si nos hiciésemos indig-

nos de percibir sus frutos. Inútil sería que por nosotros se hubiese anonadado, haciéndose pequeño el que era inmensurable, pobre el que era dueño y árbitro del universo, esclavo el que era monarca de todos los siglos, si su pobreza voluntaria, y su humillacion hija de su amor infinito, y su anonadamiento rasgo inapreciable de su sabiduría, no hallasen en nosotros ese agradecimiento que al par que justo es el único medio de apropiarnos los efectos de tanta caridad, de tanta condescendencia, de misericordia y amor tan incomprensibles. Y ved por que nuestra oracion á los caractéres ya dichos debe añadir una gratitud ostensible, un reconocimiento cordial y eficaz á los beneficios que en su Encarnacion nos dispensó el Verbo, como nos lo recomienda el Apóstol: *Cum gratiarum actione*. Mal podríamos esperar que su Redencion nos alcanzase y que su venida fuese para nosotros principio de salvacion y de gloria, si cuando le pedimos que nos haga participantes de esas gracias de vida eterna que vino á traernos á costa de tantos sacrificios, las menospreciásemos soberbios, las olvidásemos ingratos, y las hollásemos cual si ninguna necesidad tuviésemos de ellas. No, no despreciemos lo que tanto vale, no seamos indiferentes á lo que tanto cuesta, no malversemos lo que tan caramente nos compró nuestro Dios. Oremos: este es nuestro deber para celebrar dignamente el Adviento de Jesucristo; oremos con fé, con amor y perseverante confianza: este es el único medio de merecer los frutos de su venida y los efectos de su Redencion; oremos con hacimiento de gracias: esta es una necesidad indispensable para no esterilizar en nuestras almas los gérmenes de salvacion que encierra el misterio que hoy celebramos. Haciéndolo así se verificará en nosotros lo que dice San Pablo: «La paz de Dios que sobrepuja todos los sentidos anidará en nuestros corazones, y conservará libres de todo error nuestras inteligencias.» Optemos á conseguir esa paz misteriosa, resúmen de todos los bienes que encierra el cristianismo, compendio de todas las gracias que envuelve la venida de un Salvador, en torno de cuya cuna entonaron los ángeles himnos celestiales al que descendiera de las alturas á traer la paz á los hombres de buena voluntad. Sean nuestras plegarias tan fervorosas como las de los antiguos justos; no les cedamos

en fé, en confianza y en amor; sea nuestra oracion la expresion sincera de estos sentimientos; acompañe á nuestros ruegos una gratitud cordial; y no dudemos entonces llegar á poseer ese don inestimable, que debe formar nuestra dicha en este mundo y consumir nuestra bienandanza en el otro. Entonces despues de haber merecido saludar al astro de nuestra esperanza en su advenimiento como hombre mortal, como Padre misericordioso y como Salvador pacífico, llegado que sea el dia de su segundo Adviento, como Rey glorioso y Juez justísimo, le esperaremos tranquilos, le recibiremos sin temor, y oïremos de sus lábios aquella palabra de bendicion que nos pondrá en plena posesion de los efectos de su venida, coronándonos para siempre con la inmarcesible diadema de la inmortalidad.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA IV DE ADVIENTO.

LA PENITENCIA, TERCERA DISPOSICIÓN PARA RECIBIR AL SALVADOR
Y APROPRIARSE LAS CONSECUENCIAS DE SU ADVENIMIENTO
Y LOS FRUTOS DE SU REDENCION.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En el año quince del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarcha de la Galilea, y su hermano Philipppo tetrarcha de Iturée y de la provincia de Traconite, y Lysanias tetrarcha de Abilina, hallándose sumos sacerdotes Anas y Caiphás, cayó la palabra de Dios sobre Juan hijo de Zacharias en el desierto: y vino por toda la region del Jordan predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados, segun estaba escrito en el libro de las palabras del profeta Isaiás: voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos; Todo valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado: las cosas tortuosas se enderezarán y los caminos escabrosos serán igualados.»

LUC. III. 1 ET SEQ.

TRISTE pension la del pecado! ;Legado funesto el que heredamos de nuestro comun padre! A toda su descendencia alcanzó el anatema divino fulminado en el paraiso contra el prototipo de los humanos. Todos llevamos inoculado en nuestra sangre el gérmen mortífero de la rebelion con que aquel se atrevió insensato á aspirar al honor de la divinidad: y pobres y miserables, y desnudos del bello ropaje de la inocencia, y ciegos para ver la luz de la verdad, é impotentes para obrar el bien por nosotros mismos, la concupiscencia nos inflama, las pasiones nos arrastran al vicio, el amor desorde-

nado de los goces terrenales estravía nuestra inteligencia y corrompe nuestra voluntad, y lucha continuamente en nuestro interior la ley de los miembros con la ley del espíritu que propende á esclavizarnos bajo su ignominioso yugo. Inclinationes torcidas, apetitos torpes, deseos criminales, afectos desarreglados, aspiraciones vergonzosas, y una proclividad siempre creciente al mal que no queremos, y una repulsión incesante del bien que apetecemos (1): tales son las consecuencias de ese funesto principio, tales los frutos de aquel germen corrompido que trastornó toda la economía de la creación, hiriendo de muerte al hombre criado en justicia y santidad, y transformándole en objeto de sus iras y de sus venganzas.

Menester era que un Dios tomase á su cargo la reparacion de tamaño desórden, puesto que ni el hombre por sí era capaz de levantarse del estado lastimoso á que le redujera el pecado, ni nada debajo del cielo bastaba á realizar esa transformacion prodigiosa que reclamaba el mundo moral. Ya desde el momento de la fatal transgresion y en el sitio mismo en que se consumára, una voz de misericordia habia prometido el remedio. La semilla de la muger estaba llamada á quebrantar la cabeza de la serpiente seductora; el hijo del Hombre por excelencia era el destinado á devolver á la humanidad los derechos que perdiera pecando. Así que desde entonces la idea de un Reparador divino, la esperanza de un Salvador misericordioso vino á ser el fundamento de todo culto, el alma de toda legislacion, el objeto culminante de todos los ritos, de todos los vaticinios y de todos los simbolos de la antigua ley. Y esta idea crece sensiblemente, y esta esperanza se avigora cada vez mas, y va tomando mayores proporciones, á medida que los tiempos corren y se acerca la realizacion del plan divino. Cúmplense en efecto las setenta semanas de Daniel. El mundo presente que es llegada ya la época del Adviento del Mesías. Las profecias están contestes con los acontecimientos que donde quiera se verifican. Un niño aparece en las montañas de la Judea nacido de una manera prodigiosa, y su

(1) Non enim quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago. (Ad. Rom. VII. 19.)

padre lleno del espíritu de Dios esclama: «Bendito el Señor Dios de Israel porque ha visitado y redimido á su pueblo, suscitándonos un poderoso Salvador segun tenia anunciado por boca de sus profetas (1).» Poco despues ese niño, que era el precursor del Mesías, déjase ver en el desierto anunciando que ha llegado ya y está en la tierra el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo (2), y exhortando á los hombres á preparar sus caminos mediante el dolor y la penitencia. Porque la penitencia entraba entonces en el órden de los designios providenciales como una disposicion indispensable para recibir al Redentor que venia, «como lo es y será siempre para experimentar las consecuencias de su advenimiento, y para apropiarse los efectos de la reparacion verificada por el Hombre-Dios.»

Por eso la Iglesia católica, única que ha recibido la mision de enseñar á los hombres el camino recto de la salvacion, y de prepararles á recibir al que un dia debe venir á juzgar al mundo, bien así como el Bautista fué el designado á anunciar la llegada del Reparador, al propio tiempo que nos refiere la época y el modo con que este santo precursor cumplió el encargo que recibiera del cielo, nos pone delante el modelo que debemos imitar y las virtudes que debemos ejercer para disponernos á celebrar de un modo digno estos dias solemnes de gracia y de salvacion. «*En el año quince (dice el texto) del imperio de Tiberio César, esto es, cuando Roma abrumada bajo el peso de su grandeza, acababa de perder la dulzura y la gloria de su libertad; gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarcha de la Galilea, y su hermano Philippo tetrarcha de Iturea y de la provincia de Trachonite, y Lysanias tetrarcha de Abilina, lo cual manifiesta el desmembramiento actual de aquel pequeño reino en cuatro porciones que se disputaban dos príncipes orgullosos mas ocupados de la ambicion del mando que de los negocios del gobierno; hallándose sumos sacerdotes Anas y Caiphás, porque despojado el sumo pontificado de su antigua uni-*

(1) Benedictus Dominus Deus Israel, quia visitavit et fecit redemptionem plebis suæ..... Sicut locutus est per os sanctorum, qui a seculo sunt, prophetarum ejus. (Luc. I. 68, 70.)

(2) Ecce agnus Dei. (Joan. I. 36.)

dad, repartiase á precio de oro á merced de la política pagana y de la codicia de los gobernantes; *cayó la palabra de Dios sobre Juan hijo de Zacharias en el desierto: y vino por toda la region del Jordan predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados.*»

¿Y qué otro remedio podia hallar el pecado? ¿Qué otra cosa podia oponerse mas eficaz ni mas propia al gran diluvio de crímenes en que se hallaba envuelta la humanidad, sino la penitencia que lava las horrruras de la iniquidad macerando la carne, refrenando las pasiones impetuosas, apagando el ardor de la concupiscencia, disminuyendo la fogosidad de los apetitos sensuales, y matando ese funesto ascendiente que una naturaleza corrompida aspira á ejercer sobre el espíritu y sobre la ley divina? Justo era que al bautismo de sangre con que el Hombre-Dios venia á regenerar el mundo, bautismo cruel, bautismo doloroso, y que no obstante formaba el constante objeto de sus ansias, precediese por parte del hombre pecadose otro bautismo de penitencia y de mortificacion que le preparase é hiciese digno de sus grandiosos efectos. ¿Lo será empero menos respecto del mundo cristiano? Siquiera hayamos sido reengendrados á la vida de la gracia mediante ese otro bautismo que nos restituye la inocencia primordial, limpiándonos de aquella mancha que naciendo heredamos de nuestro comun tronco; aun cuando blanqueados ya en las fuentes regeneradoras en virtud de los méritos de aquella sangre divina que un dia corrió abundantemente en el Calvario para satisfacer por todos los pecados del mundo; ¿creeríamos poder apropiarnos sus frutos y experimentar sus efectos, sin esa penitencia que nos preserva de incurrir de nuevo en la culpa á la par que nos ayuda á expiar los pasados desórdenes, sin esa penitencia que es la salvaguardia de nuestra virtud, el freno de nuestras pasiones, el antidoto de nuestras dolencias espirituales, la medicina y el remedio eficazísimo de esas llagas que continuamente abre en nuestros corazones el génio del mal? No: sin ella no tardaria en morir en nosotros la gracia, debilitarianse fácilmente los resortes que la sostienen, disminuirían los auxilios divinos, faltaríanos el apoyo de nuestra vida espiritual: por cuanto las pasiones antes adormecidas,

volverian á despertar mas fuertes é indomables; la concupiscencia mal apagada, tornaria á desplegar sus voraces llamas; la carne rehaciéndose de su debilidad, se presentaria mas voluptuosa y petulante; y renovándose el pecado, reproduciríanse con él todas sus consecuencias. ¿De qué nos serviría entonces que el Salvador hubiera venido á limpiarnos de nuestras manchas, si despreciando ese bautismo doloroso nos hiciésemos indignos de sus frutos? ¿Qué ventajas nos reportaria la reparacion verificada por el Hombre-Dios con su advenimiento, si desentendiéndonos de esa tabla que en el océano de nuestras pasiones nos arrojó su misericordia para que á ella asidos nos libertáramos del naufragio de la culpa, renunciásemos á la vida de la gracia sin la que nos es imposible conseguir la vida de la eternidad? ¡Ah! Siendo el pecado nuestra herencia, el desórden de los apetitos sensuales nuestro legado, y la lucha con el poder y la tiranía de una carne recalcitrante nuestro comun patrimonio, la penitencia es una condicion esencial de nuestra vida como cristianos, un deber de nuestra profesion como hombres redimidos con la sangre de un Dios, y una necesidad incuestionable como llamados á unos destinos inmortales; tanto mas, cuanto que sin ella tan ineficaces serian todos nuestros esfuerzos para evitar el mal, como inútiles nuestras plegarias para conseguir la divina misericordia: y el pretenderlo, seria mas bien una presuncion criminal que nos cerraria las puertas de la divina piedad colocándonos bajo la accion de la divina justicia.

Y ved por qué la religion nos inculca este deber, esta obligacion, esta necesidad de la penitencia como preparacion indispensable y absoluta para recibir en el dia de la manifestacion universal de todos los desórdenes del mundo, á aquel cuya venida celebramos ahora llena de amor y de benignidad. Y mostrándonos el segundo Adviento que ha de verificarse, en el primero que ya se verificó, nos escita á justificarnos, como lo hizo entonces el precursor, «*segun estaba escrito en el libro de las palabras del profeta Isaias,*» y adoptando «*la voz del que clama en el desierto,*» nos dice: «*Preparad el camino del Señor, haced rectos sus senderos.*» Los caminos de Dios son rectos y sus sendas justas desde la eternidad, segun la expresion

del profeta. El hombre es quien trastornando por el pecado el orden establecido y dando un giro tortuoso á todas sus facultades, rompió los vínculos que le unian con su Criador, anuló las relaciones que le ponian en comunicacion directa con él, y separado de su único centro y extraviado en medio de un mundo convertido para él en un profundo desierto, marchaba á tientas como un ciego en la mitad del dia, tropezando á cada paso, y alejándose cada vez mas del término adonde se dirigia. Ved á la humanidad en el espacio que medió desde el pecado de Adan hasta el advenimiento de Jesucristo cual se lanza desgraciada en un interminable laberinto de errores y mentiras, de vicios y de pasiones que degradándola y envileciéndola hasta el exceso, la hacen perder el derrotero que conduce á Dios: no de otro modo que un piloto que en una noche oscura empujado por vientos contrarios y no pudiendo dirigir la nave, se deja llevar á la ventura adonde le arrastran las olas, y siempre en direccion opuesta al rumbo que debia seguir. ¿Y qué otra cosa podia hacer la humanidad sino extraviarse, faltándola la única brújula que podia servirla de guia en su larga y penosa peregrinacion? Perdida la justicia original, despojada su inteligencia de aquella luz que la hacia distinguir las tinieblas de la luz, falta su voluntad de aquella regla que la hacia marchar hácia el bien y huir del mal, sus apetitos en completo desórden, sus pasiones en horrorosa anarquía, y en perpétua rebelion los miembros contra el espíritu, toda carne habia corrompido sus caminos, en frase de los sagrados libros (1); los hombres todos habian declinado de su primitivo origen, y héchose abominables, é inutilizado todos sus esfuerzos para obrar rectamente (2). De aquí, cuanto mas avanzaban, mas se separaban de la verdadera senda: y obstruida la que conducia á la vida, porque los séres racionales abusando de su libertad habian cambiado los efectos de la accion divina, resultaba que en vez de hallar un Dios único criador y legislador supremo, hailaban mil divinidades despreciables y repugnantes que multiplicaban en proporcion de los

(1) Omnis quippe caro corruperat viam suam. (Genes. IV. 12.)

(2) Omnes declinaverunt, simul inutiles facti sunt, non est qui faciat bonum. (Psalm. XIII. 3.)

delirios de su imaginacion estraviada, y de las pasiones de su corrompido corazon; y olvidando cada vez mas los principios de la virtud y de la justicia, aceptaban las monstruosidades mas vergonzosas, y sancionaban los mas repugnantes vicios. Ved cómo la humanidad torciendo el cauce primitivo por donde debian correr digámoslo así sus acciones, y dando una direccion oblicua á los afectos de su voluntad, torció necesariamente el objeto de sus deberes y sus naturales consecuencias, y marchó al capricho de una libertad desenfrenada que la arrastró á la perdicion. ;Y ay de ella si el Salvador apiadado de su desgracia no hubiese venido á darla una direccion fija y constante! ;Ay de ella si el Hombre-Dios no se hubiese dignado descender á la tierra para mostrarla sus caminos! Pero su misericordia y bondad infinitas no pudieron sufrir por mas tiempo un espectáculo tan lastimoso: y descendiendo á la tierra, envió delante de sí al Bautista predicando un bautismo de penitencia y gritando: «Preparad los caminos del Señor y haced rectos sus senderos.»

¿Y no es esto mismo lo que nos dice á todos la religion salvadora de Jesucristo mostrándonos en la penitencia el medio de rectificar lo que nuestras pasiones han torcido, y el camino único por donde podemos volver á Dios de quien nos estraviamos por la culpa? Llenos estamos de ilusiones perniciosas en la razon que nos oscurecen el brillo de la verdad, y nos hacen ver en el error fantasmas que nos engañan y apariencias que nos dan la muerte; llenos de protervia en la voluntad que corrompida por mil inclinaciones desordenadas y por deseos y afecciones terrestres, nos arrastra á abrazar el mal que rechazamos, y á rechazar el bien que apetecemos, cambiando el verdadero objeto de las cosas y torciendo el recto camino de nuestros destinos y esperanzas? ¿Cómo pues rectificar este desórden sin la penitencia, arma poderosa que Dios ha puesto en nuestras manos para hacer frente á los enemigos interiores que nos cercan y luchan incesantemente contra nuestra felicidad? ¿Acaso sin ella nos lisonjeariamos de poder acallar los gritos de una concupiscencia altiva y fogosa que donde quiera se revela contra el espíritu y aspira á hacernos esclavos de la materia? ¿Juzgariamos poder triunfar sin ella de una carne que á todas horas nos aguijonea con ese estímulo de

muerte que no nos es dado desechar, puesto que le llevamos dentro de nosotros mismos mientras vivimos en el mundo? ¡Imposible! Lucha, y lucha muy terrible es la existencia del cristiano sobre la tierra (1): temibles sobre todo encarecimiento son los enemigos que le acechan, y poderosas las armas con que éstos cuentan. Vida de sangre y de martirio, de esfuerzos y de resistencia sin descanso debe ser la del que aspira á ceñir la corona de la inmortalidad: y solo la consiguen los que se violentan á sí mismos (2), los que pelean legítimamente en la arena (3), los que viven muriendo al mundo y á sus concupiscencias (4), los que llevan consigo siempre y á todas partes la mortificación de Jesus (5), los que hacen de la fé su escudo, y de la penitencia un yelmo impenetrable á los tiros de sus adversarios (6). Sin esa penitencia que refrena los movimientos del sensualismo brutal, sin esa mortificación que tan eficazmente contribuye á tener en una justa subordinacion á la ley de Dios los apetitos irracionales de la parte inferior de nuestro sér, sin ese vencimiento continuo que sostiene el equilibrio entre nuestros derechos y nuestros deberes, sin esa circuncision incesante aunque dolorosa de nuestras pasiones operada por la austeridad, ¿qué seria el hombre, qué seria el cristiano? Faltaríale la condicion esencial de su existencia: falsearia el verdadero principio de su profesion y de sus destinos; todo en él hallaríase en desórden. La razon seria una vil esclava condenada á arrastrar el yugo de unas pasiones tiranas que la obligarian á plegarse ante los mas vergonzosos caprichos: la inteligencia aspiraria á reinar sola y sin sujecion alguna á las reglas de la fé; y de aquí el orgullo, la soberbia, el egoismo rebelándose contra toda

(1) Militia est vita hominis super terram. (Job. VII. 1.)

(2) Regnum cœlorum vim patitur, et violenti rapiunt illud. (Matth. XI. 12.)

(3) Non coronatur nisi qui legitime certaverit. (II. Timot. II. 5.)

(4) Qui autem sunt Christi, carnem suam crucifixerunt cum vitiis et concupiscentiis. (Ad Gatat. V. 24.)

(5) Semper mortificationem Jesu in corpore nostro circumferentes. (II. Corint. IV. 10.)

(6) In omnibus sumentes scutum fidei, et galeam salutis. (Ad Ephes. VI. 16, 17.)

verdad que pudiera humillar ó herir el amor propio, harian causa comun para negar á Dios su majestad y soberanía. La voluntad dueña de sí misma y teniendo el sentimiento de su independencia y de su libre albedrío, no se pararia ante ningun obstáculo, rompería todo dique y desencadenándose como un torrente, no habria vicio que no abrazase, ni crimen que no cometiese, ni especie de mal que no creyese poder ejecutar impunemente. La penitencia, pues, condicion esencial para modificar la vida del hombre, rectificando sus ideas y dando á todos sus afectos y operaciones una direccion justa y conforme con los altos destinos á que está llamado, es la única que puede hacerle digno de presentarse ante Dios, y por lo tanto una preparacion necesaria para esperar al que como juez debe venir un dia, ya que como Salvador le recibió, si es que desea apropiarse los frutos de su primer Adviento y experimentar en el segundo los efectos de su misericordia. Porque entonces se verificará de un modo admirable lo que hoy nos dice el Evangelio, y ya mucho antes dijeran los profetas: *«Todo valle será terraplenado; todo monte y cerro allanado; las cosas tortuosas se enderezarán, y los caminos escabrosos serán igualados.»*

En efecto, ese desórden del mundo que tanto choca con el órden de una Providencia infinitamente sábia y benéfica, y que ahora forma un objeto de escándalo para muchas almas tibias ó poco arraigadas en la fé, en el segundo Adviento de Jesucristo debe desaparecer, para que así resplandezca su justicia al lado de la maldad del hombre que le ocasionára. *«Todo valle será lleno ó terraplenado.»* ¡Ah! Los que humildes y mortificados vivieron en la tierra sin desear ni apetecer cosa alguna del mundo, suspirando continuamente por el cielo, verán realizados todos sus deseos, satisfechas cumplidamente sus aspiraciones, y lleno y saciado el inmenso vacío que experimentaban sus almas en todo lo que no era Dios. Aquí el dolor fué su exclusivo patrimonio, la penitencia su único placer, la lucha y el vencimiento su ocupacion incesante. Pues bien, allí la alegría sucederá á las lágrimas, el gozo al pesar, la victoria al combate; y llenos de la gracia de Dios, y colmados de su gloria, y satisfechos con su misma felicidad, nada tendrán que apetecer, nada que

desear; y cesando de ser unos valles humildes convertiránse, segun la frase de Tertuliano, en altas montañas, y empezarán á ser montes de Dios (1). Per el contrario «todo monte ó cerro será allanado ó abatido.» ¿Cómo aparecerán á la vista del Supremo juez los soberbios que mientras vivieron aspiraron á elevarse á manera de elevados montes, sobre las ruinas de sus semejantes? ¡Insensatos! Despreciando la penitencia que humilla, y burlándose de la austeridad que abate la pujanza de las pasiones, ostentaron un orgullo insultante, hicieron gala de un torpe cinismo, sonrojando con petulante altivez á los que acaso sirvieron de escalon para elevarles, mérced á las dilapidaciones é injusticias de que fueron víctimas. ¡Y qué! Las cosas volverán entonces á su orden, y al paso que la humildad despreciada, y la virtud abatida en el mundo serán ensalzadas y glorificadas, la altanería y la soberbia triunfantes aquí veránse allí en la mas profunda humillacion; y esos hijos del polvo que como los Antiocos y Alejandros se presentaban un dia como unos colosos que amenazaban al mismo cielo, heridos por el rayo divino caerán rodando á los piés de su trono, y serán pisoteados por su planta omnipotente á vista de los justos que celebrarán su caida, y se regocijarán en su desgracia. Hubo un tiempo en que la adulacion les embriagaba, la fortuna les llevaba en alas del viento, y todo á su alrededor serviales de pedestal para levantarse á una altura desde donde no se veian mas que á sí mismos, y despreciaban á los demás, haciéndoles servir de instrumentos de sus placeres ó de víctimas de sus caprichos. En vano se les predicó la mortificacion; por demás fué inculcarles la necesidad de la penitencia para expiar sus injusticias; eran estos unos nombres que solo escitaban en ellos la risa y el sarcasmo... No así empero en la presencia del Supremo juez: allí sus ojos se abrirán, verán la luz de la verdad, y en el despecho de una reprobacion irreparable, reconocerán y confesarán su error, serán los primeros en declarar que desconocieron el verdadero camino de la salvacion, que equivocaron la senda que con-

(1) Vallis esse non tantum desines, sed mons Dei esse incipies.
(TERTULL.)

ducia á Dios, y marcharon por vías tortuosas cuyo término es el infierno, sin que de nada les aprovechase su nécia soberbia (1).

¡Y qué gozo tan puro, qué satisfaccion tan indefinible experimentarán los justos, ó los cristianos penitentes, en presencia de aquella transformacion prodigiosa, de aquella sorprendente modificacion que se obrará á su vista! Entonces cuando «todas las cosas tortuosas se enderezarán» porque la justicia ocupará el lugar que antes usurpára la violencia, la virtud brillará donde antes se ostentó triunfante el crimen, y el bien obrar encontrará elogios donde un día solo halló burlas y denuestos; entonces cuando «los caminos escabrosos serán allanados,» puesto que habrá desaparecido el dolor de la mortificacion, y la austeridad se habrá convertido en delicia, y al momentáneo padecer habrá reemplazado un perdurable gozo, y á los abrojos punzadores de la penitencia habrán sucedido las flores delicadas del eterno Eden, y todo será allí alegría y contento, porque habrá pasado el tiempo de las penalidades, de las lágrimas y de los combates; entonces *verá toda carne al Salvador de Dios*. Todos los hombres recibirán su recompensa; los que impenitentes y protervos menospreciaron su divina misericordia, y no quisieron aprovecharse de su primer Adviento, rectificando el camino torcido que seguian, le hallarán severo é inexorable arrojándoles su sangre como sello de su eterna reprobacion; los que penitentes y mortificados se aprovecharon de su venida, y lucharon contra sus pasiones, y combatieron con su carne, y enfrenaron sus apetitos para prepararse á recibirle en su última venida, le encontrarán lleno de dulzura y amor, haciéndoles participantes del fruto de su Redencion, y ofreciéndoles en premio de sus virtudes una gloria inamisible y una perpétua inmortalidad.

(1) Erravimus á via veritatis..... Lassati sumus in via iniquitatis, et perditionis, et ambulavimus vias defliciles..... ¿Quid nobis profuit superbia? (Sap. V. 6, 7, 8.)

SERMON

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD.

INMENSAS CONSECUENCIAS DE LA VENIDA DE JESUCRISTO AL MUNDO CONSIDERADA COMO UN MISTERIO DE ADOPCION Y DE LIBERTAD PARA EL HOMBRE PECADOR.

Ubi venit plenitudo temporis misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.

Cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, formado de una mujer, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin que recibiésemos la adopcion de hijos.

AD. GALAT. IV. 4. 5.

PROFUNDOS como un océano son los arcanos de la sabiduría de Dios, incomprendibles los designios de su misericordia, é impenetrables de todo punto los secretos de su amor infinito hácia la humanidad. Ningun mortal fué jamás capaz de concebir los tesoros de caridad que encierra ese corazón divino: impotente es la humana ciencia para llegar á apreciar la grandeza del don con que nos enriqueció el Señor dándonos á su Unigénito. El advenimiento del Salvador al mundo, su Encarnacion en el seno de una Virgen, su nacimiento temporal en el establo de Belen, es el misterio de los misterios, el misterio por excelencia, el rasgo mas brillante de una bondad sin ejemplo, el esfuerzo mas heroico de una piedad sin limites, el último impulso de un amor que ni tuvo ni podrá tener semejante. ¡Misterio de libertad! ¡Misterio de adopcion! ¡Misterio de filiacion! Hé aquí lo que el hombre es incapaz de comprender, lo que nunca supo ni sabrá

agradecer dignamente : porque desconoce su propia miseria porque se le oculta su profunda degradacion, porque jamás estudió debidamente su pasado ni lo comparó con su presente y con su porvenir.

¿Qué era en efecto el hombre antes de la venida de Jesucristo? Lo diré en una sola palabra que espresa su casi infinita pobreza y su incalculable desgracia. ¡Era un esclavo! Y esclavo equivale en todos los idiomas del mundo á cuanto hay de mas vil, de mas abyecto y de mas despreciable en la humanidad. Un sér sin lazos que le unan con el resto de sus semejantes, sin derechos, sin patria, sin domicilio ni hogar, que ni posee la conciencia de su racionalidad, ni la libertad de sus actos, siempre sujeto al capricho de un tirano que le humilla y castiga, siempre ahrorojado á los pies de un amo que le aja y conculca impunemente, y condenado á arrastrar siempre una existencia ignominiosa y á morir en el dolor y en las privaciones. Tales éramos todos antes que el Salvador descendiese á la tierra; pero esclavos de una especie particular, porque nuestra esclavitud provenia del pecado, él era nuestro cruel tirano, á él servíamos, á su dominio estábamos sujetos, él nos arrancára todos los derechos que nos habia dado el Criador, él nos envileciera y ahrorojara hasta lo mas profundo de la humillacion, él nos desheredára del patrimonio comun de los hijos de Dios, él pusiera sobre nuestros cuellos la fatal coyunda que veníamos arrastrando, él nos cerrára para siempre las puertas de la inmortalidad, condenándonos á vivir sin esperanza en una tierra que nos maldecia, porque veia impreso en nuestras frentes el sello de la reprobacion y del anatema celestial. ¡Triste situacion! ¡Esclavitud la mas deshonorosa y humillante! ¡Desgracia sin igual!

¿Quién era capaz de levantar al hombre de esta postracion en que se hallaba? ¿Quién podia alargarle una mano bastante poderosa para restituirle á su primitivo estado? ¿Quién era el llamado á rehabilitarle en sus antiguos derechos, y á hacer resonar en sus oidos un grito de manumision que le devolviera la libertad que habia perdido en el Paraiso? Esto solo podia ser obra de la omnipotencia y del amor; y por consiguiente nadie sino un Dios que á un amor sin límites reuniese un poder infinito, bastaba á obrar una modificacion tan

sorprendente en la humanidad esclava de la culpa. Y ved justamente el prodigio de bondad y de misericordia que hoy nos pone delante el apóstol San Pablo en la epístola que acaba de leerse: «*Mientras un heredero es niño (dice), en nada se diferencia del esclavo; y siendo dueño de todo, hállase bajo la acción de sus tutores y curadores hasta el tiempo señalado por su padre. Así nosotros, estábamos antes sujetos á los elementos del mundo. Mas cumplido que fué el tiempo, envió Dios á su Hijo, formado de una muger, y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban debajo de la ley, y á fin de que recibiésemos la adopción de hijos.*» ¡Qué prodigio de amor tan inaudito! ¡Que exceso de misericordia tan admirable! Procuremos, A. O., comprender este misterio de libertad y de adopción, estudiemos sus inmensas consecuencias respecto de toda la humanidad á fin de que podamos apreciar dignamente este primer efecto de la venida del Salvador al mundo, y aprovecharnos de los inestimables beneficios que encierra. Hé aquí todo el asunto de mi discurso y de vuestra atención. Saludemos ante todo á la purísima Virgen llamada á concebir en su casto seno al Verbo hecho hombre, con las mismas palabras con que la fué anunciada su divina maternidad:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Para comprender el gran misterio de libertad y de adopción realizado por Jesucristo en su advenimiento al mundo y apreciar como es justo sus consecuencias, preciso nos es estudiar antes lo que era la humanidad y el estado á que se hallaba reducida por el pecado desde el día funesto en que su prototipo, rebelándose contra Dios que le formara, envolvió á su posteridad en el terrible anatema fulminado por el cielo. Rico en santidad, bello con todos los dones de la naturaleza y de la gracia, radiante de virtud y de inocencia, dueño de sí mismo y de sus pasiones, señor de sus apetitos y de sus afec-

tos, monarca de toda la creacion..... tal era el hombre al salir de las manos del Criador. La naturaleza le obedecia, las criaturas todas rendianle vasallaje, todo estaba sometido á sus órdenes, sus lábios ponian el nombre á todos los animales, cuantos objetos le rodeaban estaban destinados á embellecer su existencia y á satisfacer sus justos deseos conformes en todo con la razon. Habia empero recibido un don preciosísimo y de inestimable valia, pero de que podia abusar en su propio daño. ¡Era libre! podia elegir y abrazar sin trabas de ninguna especie el bien ó el mal, porque el supremo Hacedor no juzgó deber privar de este derecho á su obra maestra, sin el cual no hubiera sido perfecta, ni llevado el sello indeleble de su imágen y semejanza. ¡Era libre! porque sin una voluntad libremente determinada, sus homenajes hubiesen carecido de todo principio de merecimiento, bien así como sus extravíos, caso de que en ellos incurriese, hubiesen estado á cubierto de toda responsabilidad. ¡Era libre! pues no podia menos de serlo destinado como estaba á representar en la tierra la idea de la divinidad, y porque á él y solo á él debia imputarse el mérito ó demérito de su bien ó mal obrar. ¡Era libre! Y esta libertad de que hubiera debido usar conforme en un todo á los designios del que se la concedió, fué la ocasion de su ruina por el abuso que de ella hizo, con no poco perjuicio suyo y con irreparable daño de toda su descendencia.

En efecto, colocado el hombre en la cumbre del honor y de la grandeza, desconoció la posicion que ocupaba. Herido de vértigo, aspiró á encumbrarse aun mas: creyó en un momento de delirio poder llegar á ser un Dios; y libre para poner en ejecucion su idea, dá un paso impremeditado, se lanza audaz hácia el árbol de la ciencia del bien y del mal, y al tocar con su atrevida planta al límite que la omnipotencia le trazára, en el momento mismo que se saboreaba con la idea de su triunfo, una mano divina le hace sentir su peso, y cae rodando á los pies del trono que intentó escalar, y oye la voz del cielo que le maldice, y ve la naturaleza entera que contra él se rebela, y la creacion envuelta en un velo fúnebre, y el mundo abriendo sus anchurosos abismos, y la humanidad en masa cayendo en ellos degradada y sin esperanza!.... ¡Hed ahí el pecado!

¡Contemplad al hombre víctima de él! ¡Tal le ha parado el abuso de esa libertad con la que hubiera podido aspirar á los mas sublimes destinos, elevarse incesantemente hácia el bien supremo, y realizar en la tierra esa idea de felicidad que solo encuentra asilo en el cielo!

¿Y cuáles fueron las consecuencias de aquel primer desórden? ¡Triste espectáculo! El mundo moral, momentos antes objeto digno de las miradas de un Dios, queda devastado, cual si una horrible tormenta hubiera pasado sobre él, y suspendida sobre su cabeza la espada de la divina justicia; y el hombre inferior en muy poco á las celestiales inteligencias, sobre cuya frente brillaba una diadema de honor y de inmortalidad, y cuyas manos empuñaban el cetro de la creacion (1), herido por el rayo divino yace en tierra ocultando con sus manos su ignominia, y huye de la vista de Dios como un criminal agoviado bajo el peso de su degradacion (2), y procura evitar en vano las miradas del Criador que le aterran, y su maldicion que le condena á vivir errante, pobre y miserable, y á morir entre la angustia y el dolor (3). Ved á ese monarca destronado arastrando por do quiera los duros hierros de una servidumbre la mas deshonrosa. Era libre, y ahora es esclavo; era rey, y ahora es vasallo; era inmortal, y ahora la muerte es su patrimonio; era rico en gracia y en virtud, y ahora nada posee sino miseria y pecado; vestía el bello ropaje de la inocencia, y ahora cubren su desnudez los repugnantes harapos del vicio; mandaba como señor á sus pasiones y apetitos, y ahora estos y aquellas sublevándose contra él, conspiran á imponerle su pesado yugo; á su voluntad estaban sometidos todos los movimientos de la parte inferior, y ahora ejerciendo ésta una accion funesta sobre aquella, suscítanle una lucha continua y una repulsion sin tregua, y aguijonéanle incesantemente el esti-

(1) Minuisti eum paulo minus ab angelis, gloria et honore coronasti eum, et constituisti eum super opera manuum tuarum. (Psalm. VIII. 6, 7.)

(2) Abscondit se..... a facie Domini Dei. (Genes. III. 8.)

(3) Maledicta terra in opere tuo; in laboribus comedes ex ea cunctis diebus vitæ tuæ..... donec revertaris in terram de qua sumptus es. (Ibid. 47 et seq.)

mulo de la carne y la ley de los miembros (1); el universo era, en fin, su trono, y ahora es el sepulcro de su pasada gloria y el teatro de sus desgracias. Hed ahí los elementos del mundo bajo los cuales nos dice San Pablo que quedamos servilmente sujetos por efecto de la culpa primitiva: *Sub elementis mundi eramus servientes*. Elementos de esclavitud, elementos de degradacion, elementos de muerte, elementos de ruina irreparable, si una mano omnipotente y divina no nos hubiese ofrecido el único remedio que quedaba á la humanidad en su desgracia, la única esperanza que podia abrigar y que solo podia venirla del cielo.

Del cielo, si A. O. M.: porque ¿dónde sino allí era dable hallar un sér capaz de estraer á la humanidad del hondo abismo en que la arrojára el pecado? ¿Qué mano hubiera sido bastante poderosa á hacerla salvar la infinita distancia que la separaba del bien supremo? ¿Quién sino un Dios podia constituirse árbitro entre Dios y el hombre, y satisfacer condignamente los derechos de la eterna justicia hollados por la culpa? En la posicion en que el mundo moral se colocára, su perdicion era irremediable en lo humano, porque ningun sér infinito tenia poder suficiente para curar aquella herida inmortal que la transgresion del primer hombre abrió en el corazon de toda su infortunada descendencia, arrancándola del seno de Dios. Todos sus hijos naciaan esclavos, todos llevaban impreso en su frente el indeleble sello de la reprobacion. El cielo les rechazaba indignado y les cerraba sus puertas eternas: maldecíales la tierra, y solo llanto y miserias y desesperacion era el legado comun que á todos dejára un padre criminal..... ¿Mas qué digo? No: una voz de misericordia habíase oido allí mismo en donde se verificó el rompimiento funesto entre el hombre y Dios; una promesa de libertad se habia pronunciado en el mismo sitio en que quedó consumada la esclavitud del mundo; una prenda de rescate se habia dado al hombre desde el momento mismo en que sintió pesar sobre su cuello las pesadas cadenas que le forjó el pecado. Mientras que en la tierra se

(1) *Caro concupiscit adversus spiritum: spiritus autem adversus carnem: hæc enim sibi invicem adversantur, ut non quæcumque vultis illa faciatis.* (Ad Galat. V. 17.)

verificaba el gran fenómeno de la transformacion de la humanidad de libre en esclava, de inocente en pecadora, de objeto de las complacencias de Dios en objeto de su venganza, allá en el cielo celebrábase un gran consejo en el seno de la adorable trinidad. La justicia del Padre exigia una satisfaccion condigna, y al efecto demandaba una víctima; la misericordia del Hijo interponia su mediacion, y se ofrecia á servir de rescate; el amor del divino Espíritu trataba de buscar un medio de conciliacion entre ambas. El Verbo que habitaba desde la eternidad en el seno de una luz inaccesible (1), siente llegar á sus oidos los suspiros del hombre caido, juntamente con el anatema de la cólera divina que le condenaba á vivir esclavo y á morir sin esperanza. Y en el momento se levanta, se postra delante de su Padre, y «héme aquí, le dice (2), el hombre se ha rebelado y vuestra justicia reclama una víctima..... Aquí la teneis: yo me revestiré de las miserias de la humanidad, yo cargaré sobre mí todo el peso de sus culpas, yo seré el único responsable de ellas en vuestra presencia; sea yo esclavo para que él sea libre, quede yo hecho siervo para que él sea hijo, renuncio á todos mis derechos de filiacion para que él torne á adquirir los que ha perdido; quede yo despojado del bello ropaje de la inmortalidad, para que él sea inmortal y eterno.....» Y al decir esto una reaccion la mas portentosa y feliz opérase en los destinos del mundo. El Verbo se ofrece, el Padre acepta el sacrificio, el Espíritu Santo queda encargado de la realizacion del gran misterio. Todo queda concluido en el seno de la divinidad. El cielo se regocija, los ángeles admirados entonan himnos de gloria y bendicion; y la esperanza descende de nuevo á la tierra de donde se habia desterrado. ¡Un Redentor libertará á la humanidad! ¡Un Dios-Hombre vendrá á quebrantar las cadenas que agovian á los descendientes de Adan! Adan mismo, abrumado bajo el peso de su culpa y de su degradacion, levanta su frente y es el primero en saludar al Mesías prometido. Desde entonces todas las generaciones

(1) Qui solus habet immortalitatem, et lucem inhabitat inaccessiblelem. (I. Timoth. VI. 16.)

(2) Tunc dixi: Ecce venio: in capite libri scriptum est de me: ut faciam Deus voluntatem tuam. (Ad Hæbr. X. 7.)

tienen puestos sus ojos en ese astro que les muestra en lontananza el día de su libertad. Cuarenta siglos de suspiros, de lágrimas, y de plegarias, cuarenta siglos de fé, de esperanza y de amor forman el primer Adviento del mundo; pues nada menos merecía esa grande obra de rehabilitacion, de rescate y de adopcion que la misericordia del Verbo realizára desde el principio en el cielo, y que su amor debía consumir en la tierra llegado que fuese el plazo marcado en los designios de la divina Providencia.

Llegó en efecto la plenitud de los tiempos, y entonces, dice el Apóstol, envió Dios á su Hijo formado de una muger y sujeto á la ley, para redimir á los que estaban sujetos á la ley, y á fin de que recibiésemos la adopcion de hijos. *Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus Filium suum, factum ex muliere, factum sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.* Ved ahí desarrollado todo el plan de la Redencion. La misericordia le concibe, el amor le ejecuta; el culpable queda libre y el inocente se hace esclavo; Dios se hace hombre, para que el hombre sea digno de unirse á Dios y entrar en el goce de todos los derechos de una filiacion divina. ¡Qué prodigio de bondad! ¡Qué esceso de caridad! Bien hubiera podido el Verbo encontrar otro medio menos humillante y doloroso de realizar su plan. En buen hora que decidido á salvar y libertar á toda costa al mundo pecador, hubiese interpuesto sus ruegos como pontífice supremo ante el trono de la majestad divina, ó interesádose con sus lágrimas de precio infinito en favor del hombre desgraciado. ¡Pues qué! ¿No hubiesen bastado su llanto y sus plegarias para conseguir la libertad del esclavo? Indudablemente; y desde luego la justicia hubiera quedado completamente satisfecha, y hubiera triunfado la misericordia, y la humanidad hubiera visto caer hechas pedazos las cadenas que la oprimian... Pero, ¿y el amor del Verbo hubiera quedado satisfecho? No: y por eso á fin de manifestárnosle en toda su inmensidad, y unir la tierra al cielo con anillos indisolubles, se decidió por lo que de suyo era más humillante y doloroso, y quiso nacer de una muger sujeto á todas las prescripciones de la ley comun, salvo el pecado y la impureza, y prefirió un inmundo y pobre establo á los palacios de

los reyes, y eligió por cuna el heno de un pesebre mejor que el mullido lecho de los reales alcázares, y se consagró á una vida de privaciones, de miserias y de trabajos, cual si fuese el menor y mas despreciable de los nacidos, á trueque de que nosotros nos enalteciésemos y gozásemos de todos los privilegios de que él se despojara voluntariamente: *Ut eos qui sub lege erant redimeret, ut adoptionem filiorum reciperemus.*

¡Contraste admirable! El Eterno nace en tiempo para que el sér de un dia se eleve hasta la eternidad; el monarca inmortal de los siglos se desnuda de su púrpura y se confunde con el siervo, para que el siervo sea rey y ciña sus sienes con una diadema de inmortalidad; el engendrado antes de la aurora en el seno de la divinidad, aparece pequeño, débil y despreciable niño, para que el engendrado en pecado y concebido bajo la accion del anatema celestial, se transforme en hijo de Dios y recoja la rica herencia de ese padre infinitamente opulento. ¡Hed ahí las consecuencias de la adopcion que nos adquirió con su venida al mundo el Verbo humanado! Así amó Dios á la humanidad hasta el punto de darnos á su Unigénito para que todo el que crea en él no perezca sino que consiga una vida sin fin: *¡Sic Deus dilexit mundum* (1)! Así tambien nos amó el Salvador que no dudó darse á sí propio, para padecer, para sufrir, para morir con nosotros y por nosotros; en una palabra, para hacernos libres con su servidumbre, para rescatarnos con su vida, y para inmortalizarnos con su muerte. *¡Sic Deus dilexit mundum!* De este modo en fin nos amó el Hombre-Dios, para que el mundo supiese comprender lo que es el verdadero amor, y apreciar dignamente los inestimables beneficios que envuelve su venida. *¡Sic Deus dilexit mundum!*

Desde entonces todo sufrió un cambio radical en el presente y en el porvenir de la humanidad, y obróse en el hombre una revolucion maravillosa y de una estension inconcebible con relacion á sus futuros destinos. Era hijo de ira y quedó hecho hijo de bendicion; era esclavo y quedó hecho rey; era un sér desheredado y pros-

(1) Joan. III. 16.

crito y quedó hecho heredero de Dios y coheredero con Jesucristo del reino celestial: *Itaque jam non est servus, sed filius. Quod si filius, et hæres per Deum*. Desde entonces pudo levantar erguida su frente, y mirar al cielo que antes no despedía sino rayos que le herían, y le arrojaban de aquella mansión de inocencia y de paz. Desde entonces pudo dirigirse á Dios, y llamarle padre, y reclamar de él una herencia que le habia reconquistado la misericordia y el amor del Verbo. Desde entonces en fin pudo decir á Jesucristo: «Tú eres mi hermano; como yo naciste en tiempo de una muger mortal; como yo lloraste, y padeciste todas las debilidades y miserias que son el legado comun de los descendientes de Adán; como yo estu- viste sujeto á esa ley universal del dolor que condena al hombre á sufrir desde la cuna hasta el sepulcro!...»

Y lo estuvo, A. O. M., por un mero efecto de su bondad y de su amor; y lo estuvo por enseñarnos el camino de la verdadera felicidad; y lo estuvo por aleccionarnos á despreciar todos los bienes de la tierra, y mas que todo por hacernos conocer cuán grave mal es la culpa que á tal extremo redujo al hijo de Dios, puesto que tanta humillacion y sacrificios tan inmensos, y penalidades tantas le costó el libertarnos de su ignominioso yugo, y adquirirnros ese derecho de filiacion que desgraciadamente perdiéramos. Justo es que sepamos apreciar ese don inestimable, y aprovecharnos de esa adopcion que el Salvador nos compró á tan caro precio: *Empti enim estis pretio magno* (1). Justo que pues hemos conseguido ser hijos de Dios en virtud del advenimiento del Salvador á la tierra, sepamos mostrarnos tales donde quiera y en todo tiempo, llevando impreso en nuestras almas ese sello precioso, y glorificando en nuestros cuerpos al que con tanto amor nos devolvió la brillante estola de la inmortalidad: *Glorificate et portate Deum in corpore vestro* (2). Hé aquí el fruto principal que debemos sacar de la celebracion de este inefable misterio. ¡Horror eterno al pecado que nos esclavizó! ¡Bendicion sin fin al amor de Jesus que nos libertó! Léase en nues-

(1) I. Corint. VI.

(2) Ibid.

tra conducta el lema de cristianos; véase en nuestras costumbres la verdadera demostración de nuestro agradecimiento á los beneficios que nos proporcionó el Salvador con su venida; conozcan cuantos nos vieren en nuestro porte exterior que somos hombres redimidos con una sangre divina, y que no ha sido estéril é infecunda la adopción que de nosotros hizo el Señor mediante el sacrificio de su Unigénito. Así y no de otro modo podremos solemnizar dignamente este recuerdo tan bello y de tan inmensas consecuencias para la humanidad que hoy celebra la Iglesia católica; así y no de otro modo podremos abrigar la esperanza de lograr los efectos del nacimiento temporal del Verbo hecho carne que se dignó habitar con nosotros, y aspirar á vivir y gozar con el de su propia gloria por los siglos de los siglos.

1851. II. 13. Et cetera.

Il y todos los que se encuentran en el mundo de esta manera en las condiciones de existencia humana en la creación el porvenir de individuos de diferentes edades, es la única que se ha encontrado en la historia humana que se ha dado a conocer el mundo, y que se ha dado a conocer el mundo en un momento de su existencia. El mundo que se ha dado a conocer el mundo en un momento de su existencia. El mundo que se ha dado a conocer el mundo en un momento de su existencia. El mundo que se ha dado a conocer el mundo en un momento de su existencia.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE EPIFANIA.

QUÁN GRAVE MAL SEA PERDER Á DIOS POR LA CULPA, Y CÓMO DEBEMOS APRESURARNOS Á BUSCARLE MEDIANTE EL DOLOR Y EL ARREPENTIMIENTO, SIGUIENDO LOS IMPULSOS DE LA GRACIA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Como tuviese el Niño doce años, habiendo subido sus padres á Jerusalem segun costumbre en la solemnidad de la pascua, acabados aquellos dias, cuando ya se volvian, se quedó el Niño Jesus en Jerusalem, sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que iria con alguno de los de la comitiva, anduvieron una jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Mas no hallándole, volvieron á Jerusalem en busca suya. Y al cabo de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándolos. Y cuantos le veian quedaban pasmados de su prudencia y respuestas. Al verle pues sus padres quedaron maravillados. Y su madre le dijo: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu Padre y yo afligidos te buscábamos. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscábais? No sabiais que yo debo emplearme en las cosas que pertenecen á mi Padre?»

LUC. II. 42 ET SEQ.

HAY males trascendentales en el curso de la vida humana cuyas consecuencias son altamente funestas con relacion al porvenir de un individuo, de una familia, ó de una nacion entera. Hay desgracias que afectan profundamente el corazon humano, abriendo en él una llaga incurable que no basta á cicatrizar el tiempo. Hay reveses que deciden de un golpe de los destinos de una criatura encadenándola en cierto modo para siempre al carro fatal de la adversidad, sin que en ninguna cosa pueda hallar el medio de eludir ó evitar su accion

irresistible. Mas como quiera que todo cuanto acontece en la tierra sea temporal y momentáneo, y sus efectos no vayan mas allá de ese período que marca la duracion de nuestra existencia en este mundo, por graves, por dolorosos y sensibles que sean los infortunios á que ésta se halla sujeta, siempre hay en el hombre una esperanza de verlos terminar; y esta esperanza, si no basta á curar radicalmente el mal, no hay duda que es sumamente eficaz para aliviar el sentimiento y neutralizar el pesar.

Un solo mal hay irreparable, llegado el hombre á cierto período decisivo; una sola desgracia hay cuyas consecuencias traspasan las lindes del tiempo y penetran hasta el seno mismo de la eternidad: y este mal es el pecado, y esta desgracia es la separacion de la criatura del que la crió, el rompimiento de las relaciones entre el hombre y Dios, lo cual envuelve una pérdida inmensa, infinita, de suma trascendencia, á la que no pueden compararse todas las cosas humanas. El hombre puede perder sus bienes, su fortuna, su posieion social, las consideraciones debidas á su rango ó dignidad, y hasta su honor mismo que es el bien que posee de mas valia: puede verse desposeido de su hogar, de su familia, de los objetos de mas cariño que le rodeaban: pero, sobre que mientras vive puede aspirar á recobrarlo todo, sujetas como están las cosas del tiempo á las varias é imprevisas revoluciones de la suerte siempre voluble é inconstante, aun dado que no lo consiga, todo esto en nada ni para nada afecta á su dicha futura, y en la bienandanza inmortal que espera encuentra una compensacion sobreabundante de lo que perdió en el mundo.

No así cuando se ha perdido á Dios por el pecado. Siendo ese sér infinitamente perfecto el sumo bien del hombre, y el único que puede hacer su felicidad en esta vida y en la otra, una vez separado de ese centro, pierde con él todos los bienes: puesto que ese rompimiento que la divina Escritura caracteriza perfectamente con el nombre de apostasia (1), le aleja de aquella luz que esclarecia su inteligencia, absorbiendo en sí mismo las facultades de su alma; le deja aislado

(1) *Initium superbiæ hominis apostatare a Deo, quoniam ab eo qui fecit illum recessit cor ejus. (Ecci. X. 14.)*

sin ninguna regla capaz de dirigir su voluntad hácia lo bueno; le arranca violentamente del único origen de vida intelectual, y por consiguiente hácele temporal y eternamente desgraciado. Metodice-mos este asunto, haciendo ver que á la manera que el hombre unido á Dios por la gracia encuentra en esa union un principio de luz que le ilustra, un principio de rectitud que le dirige, un principio de vida que le anima, y un principio de bienestar que inaugura su felicidad en el tiempo y consume despues su eterna bienandanza, así por el contrario en la separacion verificada por la culpa, pierde todo lo dicho: siendo por lo tanto esta pérdida la única positiva, la única lamentable, la mayor de todas y la que únicamente puede repararse apresurándose á buscar con solicitud á Dios, y á tornar de nuevo á unirse á él mediante el dolor y las buenas obras.

Buen ejemplo tenemos de lo que es esta pérdida y de lo mucho que urge el repararla, en lo que hoy nos dice el Evangelio. *«Como tuviese Jesus doce años, subiendo sus padres á Jerusalem segun la costumbre de la solemnidad de la pascua, acabados aquellos dias cuando ya se volvian, se quedó el niño Jesus en Jerusalem, sin que sus padres lo advirtiesen. Y creyendo que iria con alguno de los de la comitiva, anduvieron una jornada entera buscándole entre los parientes y conocidos. Ved cuán poco tardan Maria y José en echar de ver la ausencia de su hijo, cuán presto notan la pérdida de aquel ser en cuya union hallaban todos los bienes. Y eso que no por su culpa ni por efecto de una distraccion punible se habian separado de él, sino quizás ó por la misma confusion ocasionada por la gran concurrencia, ó por la confianza de que se habria asociado á algunos de sus deudos. Como quiera que sea, tan luego como se ven sin el objeto á quien tanto aman, cual si su inteligencia se hallase oscurecida, como si ya no supiesen andar sin aquel que dirigia todos sus pasos, como si á sus corazones faltase el elemento único de su vida y de su felicidad, andan errantes de aquí á allí buscándole con ojo avizor, suspirando por él, interrogando á cuantos encuentran al paso, y sin poder hallar calma ni reposo en su ausencia. ¡Y el hombre se separa con tanta frecuencia de Dios por un efecto de su voluntaria perversidad! Y no siente la ausencia de esa luz que*

antes ilustraba su inteligencia, de esa mano invisible que dirigia su voluntad, de ese principio que vivificaba su corazon! ¡Estado lamentable! ¡Situacion funestísima! ¿Qué es el hombre separado de Dios por el pecado? Es un ciego que donde quiera no palpa sino espesas tinieblas, porque ha huido de él aquella antorcha luminosa que esclarece á cuantos vienen á este mundo (1). Es un náufrago á quien faltó en la oscura noche de la culpa el luminoso faro de la gracia que le mostraba el derrotero que debia seguir en el tempestuoso mar de las pasiones: porque ha dejado de brillar en su alma el ojo del Eterno (2), que es la espresion de las concepciones divinas, la luz de la creacion, y el foco de los buenos pensamientos y de las acciones virtuosas. Perdiendo á Dios perdió con él la intuicion de todas las relaciones que con él le unian, perdió el rumbo que le trazára su mano omnipotente, perdió el conocimiento de la verdad, y todo á su alrededor es oscuridad, sombras, errores y delirios de una inteligencia herida y enferma que abraza fantasmas cuando cree poseer la realidad. Hed ahí el primer carácter del hombre pecador, y el primer efecto que produce en su inteligencia su funesta separacion del centro de la luz indeficiente.

¿Y queda por ventura mejor parada su voluntad? Es una verdad de fé que el hombre fué criado en rectitud y en justicia, esto es, conforme en un todo á la soberana voluntad del que le criára, y que solo el pecado le hizo perder este carácter desviándole de aquella regla invariable y eterna de sus acciones (3); bien así como es indudable que estando fundada esta rectitud en la union con Dios, toda vez que semejante union se rompe por la culpa, la rectitud desaparece, deja de existir esa regla que dirige al hombre por los senderos de la ley divina, y por consecuencia cuanto mas se aleja de ella, mayor es su extravío, y con mas facilidad se pierde en el laberinto del vicio y de las pasiones. Sucédele al pecador, pero de un

(1) Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum. (Joan. I. 9.)

(2) Posuit Deus oculum suum super corda illorum, ostendere illis magnalia operum suorum. (Ecci. XVII. 7.)

(3) Conc. Trident. Ses. V. Can. 1.

modo muy distinto, lo que á los padres de Jesus niño, cuando le hubieron perdido. Cuanto mas andan, mas se separan de él, porque siguen un camino inverso en la persuasion de que vá delante de ellos, y emplean todo un dia en buscarle inútilmente, pues no es donde ellos piensan donde su hijo se halla. Asi es que despues de tantas pesquisas infructuosas, *no hallándole volvieron á Jerusalem en su busca.* ¿Y cómo seria posible que el hombre que pecando perdió á su Dios y con él la regla que antes dirigia su voluntad, pueda encontrar en ninguno de los objetos del mundo un principio fijo, un camino seguro, una senda de conducta que le marque sus deberes en el órden religioso y moral? ¡Jamás! Mientras permanece unido á ese Dios infinitamente sábio y perfecto, mediante la adhesion de la voluntad á su ley invariable, hállase dispuesto á conformarse en un todo á su divino querer, á amarle á él solo sobre todas las cosas, á amarse á sí propio en él, y por él á las demás criaturas segun el órden de los altísimos designios de la Providencia: porque entonces no es á sí mismo sino á Dios á quien busca, y por consiguiente marcha via recta hácia sus sublimes destinos. Pero dejadle que se estravíe, dejadle que por el pecado se separe de Dios, y entonces lo veréis dirigirse á las criaturas como á su último fin, buscar en el sensualismo de las pasiones unos goces que le degradan y envilecen, forjarse otros tantos dioses cuantas son las torcidas inclinaciones de su naturaleza corrompida, dar culto á la vanidad, idolatrar en el vicio que halaga, quemar incienso ante el orgullo y la ambicion, levantar en su alma un altar profano al egoismo, y preferir en un todo su interés individual al bien comun. Todo está en desórden en una voluntad aislada de su centro y separada de su legítimo principio. Es un ser enfermo que apetece lo que le perjudica, y rechaza lo que debia serle útil y beneficioso; que vé lo bueno y lo aprueba, y no obstante alargá su mano á lo malo que condena. En él la pasion ejerce un dominio constante sobre la razon, la carne prepondera sobre el espiritu, el error tiraniza á la verdad, el crimen disputa sus derechos á la virtud, las leyes del mundo triunfan de la ley de Dios, y hasta el mismo sentimiento del honor sucumbe ante la idea lisonjera del placer. ¿Y qué vida ha de tener el hombre que pierde

á Dios de esta manera? Falto de luz en su inteligencia, desprovista su voluntad de una regla que la dirija, ¿cómo es posible que su corazón conserve ese principio de vitalidad que le anime? No es posible. La vida del alma está en Dios (1) que es la vida esencial, eterna y creadora, según la espresion de los santos libros (2), por quien todo vive, se mueve y existe (3): y esa vida es la luz del hombre (4), en la que está representada la accion, por cuanto en Dios, vivir es obrar, y obrando es como manifiesta su vida con relacion al mundo. ¿Y en qué otra cosa consiste la vida del hombre sino en la accion? ¿No es ella la que constituye la existencia de todos los seres criados? Los animales, las plantas, cuanto vegeta y crece, todo obra en su respectiva esfera, y de este modo es como demuestra su vitalidad. Tan luego como estas cosas dejan de obrar, podeis decir que han muerto, porque es señal infalible que les ha faltado el principio de la accion que es la vida. Pues bien, contraigámonos á la vida intelectual del alma que deriva de Dios. Es indudable que él está presente á todos los seres mediante la accion que sobre ellos ejerce penetrándolos y dando á cada cual su existencia respectiva, la perfeccion y el desarrollo conveniente á su modo de vivir. Su vida es el conocimiento de toda verdad y de todo deber, es un mar de luz que todo lo cubre é inunda. ¿Quién será capaz de penetrar sus profundidades? Procuremos concebir algun tanto su accion sobre nuestro espíritu. El hombre tiene un alma que siente y piensa, dotada de la facultad de conocer, de recordar y de querer: y ved en lo que consiste su semejanza con Dios. En tanto pues que sus facultades se refieren á él, recordando con su memoria los beneficios que de él ha recibido, conociendo con su entendimiento sus perfecciones divinas, y amándole sobre todas las cosas con su voluntad, Dios llena todo su ser, es su luz, su regla, y digámoslo así su alimento; y entonces el hombre posee la verdadera vida del espíritu, por cuanto ejerce la legitima accion de la inteligencia, que consiste en

(1) In ipso vita erat. (Joan. I. 4.)

(2) Qui vivit in æternum creavit omnia simul. (Ecci. XVIII. 4.)

(3) In ipso vivimus, movemur et sumus. (Act. XVII. 28.)

(4) Et vita erat lux hominum. (Joan. I. 4.)

conocer la verdad y conducirse según ella, y la legítima acción de la voluntad que está en determinarse á obrar conforme á sus preceptos. Así es como se establece en el alma el reino del espíritu, en virtud de esa vida toda intelectual y divina, que la devuelve su fuerza y su dignidad uniéndola á Dios, y haciéndola participar de esa otra vida que está escondida con Cristo en Dios, en frase del Apóstol (1).

Veamos ahora lo que pasa en un alma de quien Dios se separa: ¿Qué hay en esa alma que ha perdido por el pecado el principio de su vitalidad? ¿Qué otra cosa veis en ella mas que la impresion de los objetos que hieren los sentidos? No poseyendo el conocimiento y el amor de la verdad, puesto que de ella se ha alejado juntamente con aquel sér que se los comunicaba, ¿qué otra puede ser su vida sino una vida puramente animal y terrestre sostenida por las relaciones exteriores? No importa que ese hombre reflexione, piense, compare y clasifique sus ideas. Sometido su espíritu á la accion del orgullo, á los delirios de la imaginacion, y á la preponderancia del organismo, siquiera á veces sea capaz de percibir alguna débil ráfaga de luz, ¿es habitualmente su vida una vida de inteligencia conforme al orden eterno y á las verdades que deben dirigir sus acciones? ¿No es mas bien una vida material determinada por el impulso de los órganos y por el resorte de los sentidos? Mostrad en vuestras obras ese principio de luz que constituye la verdadera vida del espíritu. ¡Imposible! Si acaso veo en ocasiones dadas ciertos vislumbres fugitivos que reflejan en el alma del pecador, no son otra cosa mas que los últimos esfuerzos de una vida que se apaga, los postrimeros fulgores de una luz moribunda próxima á extinguirse totalmente. Porque la verdadera luz es una, y por consiguiente la vida que de ella resulta solo puede proceder de Dios, y para poseerla es preciso estar unido á él por la gracia. Sin esa union toda alma está muerta: y aun cuando el cuerpo se mueva, no hay en ese sér desgraciado que ha perdido á Dios mas que una imágen, una apariencia, un fantasma de vida; es por hablar el lenguaje bíblico

(1) Vita vestra est abscondita cum Christo in Deo. (Ad Colos. III. 3.)

un sepulcro blanqueado (1) que oculta un cadáver... Y ese cadáver es tu espíritu, oh pecador. Rompiste los lazos que te unian con el principio de tu vitalidad, renunciaste á esa relacion íntima que con él te identificaba, dejaste apagar la luz que te iluminaba, abandonaste la regla que te dirigia; Dios huyó de tí, y por mas que de vivo lleves el nombre, muerto estás, porque tus obras lo demuestran claramente (2).

Descubrid sinó la losa que oculta ese cadáver en putrefaccion, quitad de sobre él esas esteroidades que encubren su verdadera situacion, penetrad en el interior de ese sepulcro, y vereis bullir allí los gusanos del vicio que se ceban en su víctima, y fermentar todo género de malas pasiones, de apetitos desordenados, de inclinaciones sin freno, de deseos torpes, de afectos corrompidos y de obras detestables. Observad y hallareis todo en disolucion en el alma que ha perdido á su Dios: la soberbia decorándose con el barniz engañoso de nobleza de sentimientos, la intriga escudándose con el nombre de razon de Estado, la hipocresia adoptando el antifaz de la religion, la codicia sincerándose con las necesidades de la época, y los mas repugnantes desórdenes canonizados so pretestos mas ó menos frívolos. Internaos un poco mas, y desde luego sentireis la fetidez de la lascivia que hierve, de la ambicion que predomina, de la ira que salta con ímpetu, de la glotonería que con nada se sacia; y mas allá la injusticia que halla razonable lo que mas repugna á la equidad, el egoismo que aprueba como un deber lo que mas contraria á las leyes de la caridad, la venganza que reclama como un derecho lo que mas opuesto está á las prescripciones de la ley divina; y aquí la violencia que se goza en la ruina de sus semejantes, y allí la usurpacion insultando á las víctimas que ha sacrificado, y luego el crimen, por reasumirlo todo en una palabra, celebrando sus triunfos sobre la virtud seducida ó humillada. ¿No veis allí al hombre separado de Dios? ¿No descubris al alma muerta por el pe-

(1) Similes sepulchris dealbatis, quæ á foris parent hominibus speciosa, intus vero plena sunt ossibus mortuorum. (Matth. XXIII. 27.)

(2) Scio opera tua, quia nomen habes quod vivas, et mortuus es. (Apoc. III. 1.)

cado mediante á haberla faltado la luz de su inteligencia y la regla de su voluntad? ¿No traslucís en ese trastorno universal de sus facultades, en ese desórden de sus afectos, en esa confusion y en ese caos de ideas tan opuestas á lo verdadero y bueno, el caracter del hombre animal, del hombre terréstre incapaz de percibir las cosas de Dios, del hombre materializado, en una palabra, del hombre muerto espiritualmente para la eternidad? Tal es, dice San Agustin, el hombre pecador. «A la manera que el cuerpo muere cuando pierde su alma, así el alma muere cuando pierde á su Dios. Cierto que esta muerte no hace tanta impresion porque no es sensible. Y sin embargo, si penetrásemos bien las cosas, esa misma muerte corporal que tan dura y cruel nos parece, bastaria á hacernos comprender cuánto mas temible es la del pecado. Pues si desgracia tanta es para el cuerpo el verse separado de su alma, ¿no lo es incomparablemente mayor el separarse el alma de su Dios? Causanos un horror invencible el aspecto de un cadáver frio é inerte, arrojado en tierra sin movimiento y sin fuerza: ¿y no nos estremece el ver un alma hecha un cadáver espiritual, un sepulcro vivo de sí misma, sin mas vida ni sentimiento que para hacer eterna su muerte (1)!»

Resulta, pues, que el alma separada de Dios carece de luz que la ilustre, de regla que la dirija, y por consiguiente de vida que la anime. Preciso es por lo tanto, si es que se desea volver á ese centro, buscar el principio de nuestra vitalidad en el único donde puede hallarse, en Jesucristo, mediante un pronto regreso del pecado á la gracia; y no hay duda que conseguiremos nuestros deseos á la manera que María y José, *despues de tres dias lo hallaron en el templo sentado en medio de los Doctores oyéndolos y preguntándolos*. Si, allí y no en otra parte es donde debe buscar á Dios el que por su culpa se separó de él. En la Iglesia donde reside constantemente el Espíritu de luz y de verdad, es donde el alma dócil á las enseñanzas del Evangelio encuentra todos los elementos de union y de vida eterna. Escúchense sus lecciones con sencillez de corazon y con deseo eficaz de aprovecharse de ellas, y no solamente

(1) S. August. Serm. 273. n. 4. tom. 5.

nos causará asombro la infinita sabiduría que encierra su doctrina, como *se admiraban los que oían á Jesus de su prudenciá y respuestas*, sino que á ejemplo de los padres del Salvador que también *viéndolo se maravillaron*, no podremos menos de reconocer cuán santa, cuán sublime, cuán divina es esa doctrina que nos dirige por el camino de la virtud, nos separa de la senda del vicio, nos muestra los escollos que las pasiones oponen á nuestra marcha, nos señala el recto sendero por donde debemos caminar hácia Dios, y fortaleciéndonos en todas las situaciones de la vida, y acompañándonos donde quiera mientras no la arrojamos de nuestro corazón, nos lleva como de la mano hasta el seno mismo de la eternidad.

De lo contrario, si ensordecemos á sus enseñanzas, si menospreciamos sus preceptos, y por vivir libremente á merced de nuestras corrompidas pasiones, abandonamos esa luz, nos separamos de esa regla, y cayéndo en el abismo del pecado perdemos á Dios, ¿qué podemos esperar? Sin ese principio que ilustra nuestra inteligencia, que dirige nuestra voluntad, y vivifica nuestra alma, ¿habrá en nosotros bienestar posible? ¡Nunca! No se ha hecho la paz para el impío, no hay gozo para el malvado, ni felicidad para el pecador que se separa del único centro de su bienandanza. Solo en Dios puede hallarse esto, porque es un resultado necesario del orden, y no le hay donde falta la union con ese sér Supremo é infinitamente perfecto: no puede haberle donde Jesucristo no es el lazo que estrecha las relaciones del hombre con su Criador. Así que la agitacion, la inquietud y el malestar son los indicios infalibles de la ausencia del bien en toda criatura que se encuentra fuera del orden establecido por Dios y privada de la union con él; mucho mas en el sér inteligente que tiene la conciencia de su desgracia, siquiera intente hacerse ilusion á sí mismo y olvidar su verdadero estado entre el ruido de los goces mundanales. Por mas que haga, el abatimiento, el cansancio de sí propio, el hastío de cuanto le rodea, no podrán menos de traslucirse en un alma á quien no anima ese principio universal que es la fuente de toda felicidad positiva, porque es el fundamento de toda verdadera relacion. Vedlo en María y José, los cuales inquietos y sin gozar el menor reposo durante la ausencia de

su hijo, tan luego como le hallan espresan su malestar y su angustia, diciéndole su Madre: *Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo afligidos te buscábamos.* El alma de aquella Señora fuera de su centro mientras no vé á su lado á Jesus, salta con ímpetu hácia él en el momento que vuelve á poseerle, y con esas palabras tan dolorosas revela cuánto habia de angustioso y mortal en un corazon que, privado de luz y de vida positivas, aspira á gozar del descanso que solo puede proporcionarle la posesion del bien perdido. Y poseer á Dios es poseer toda felicidad porque envuelve la plenitud del sér, la plenitud de la inteligencia, la plenitud del órden, la plenitud de la vida y de la perfeccion: bien así como por el contrario, perder á Dios es perder la luz, perder la rectitud, perder todo principio de vitalidad intelectual, perder el verdadero origen de ese bienestar que inaugura nuestra dicha en el tiempo y consume nuestra eterna bienandanza. Pérdida lamentable sobre cuantas puede experimentar el hombre en este mundo; pérdida que pocos conocen y menos saben apreciar en su justo valor; pérdida única que merece llorarse con lágrimas de sangre, y que solo puede repararse como hemos visto, tornando inmediatamente al centro de donde el pecado nos separó, volviendo á la union con ese Dios que dejamos alejar de nuestras almas, adhiriéndonos inseparablemente á ese principio fuera del cual no hay mas que tinieblas, desórden, muerte y desgracia sin fin.

¿Hemos pues perdido á Dios por el pecado? ¿Nos hemos separado de Jesus culpablemente? Si así fuese, A. O. M., decidámonos desde luego á buscarle sin descanso como lo hicieron María y José. Ni un momento reposemos hasta haberle hallado. Corramos á la luz, unámonos á la vida, abracémonos al autor de todo bien; y que cuando la muerte temporal venga á separar nuestra alma inmortal de nuestro cuerpo corruptible, sea para estrecharla con lazos mas indisolubles con ese Dios en cuyo conocimiento, en cuya inteligencia y en cuyo amor está cifrada su vida perdurable y su inamisible inmortalidad.

SERMON

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE EPIFANIA.

EL AMOR FRATERNAL, FUNDAMENTO DE LA PERFECCION CRISTIANA, CONSIDERADO COMO DISTINTIVO DE LOS QUE HAN ABRAZADO LA DOCTRINA DEL EVANGELIO, Y COMO PRUEBA QUE DEBEN EXHIBIR DE SU CARÁCTER EN TODOS TIEMPOS Y CIRCUNSTANCIAS.

Dilectio sine simulatione. Odientes malum, adhærentes bono: charitate fraternitatis invicem diligentes: honore invicem pravenientes.

Sea vuestro amor sin fingimiento. Tened horror al mal, y aplicaos al bien: amándoos reciprocamente con ternura y caridad fraternal, procurando anticiparos unos á otros en las señales de honor y de deferencia.

AD ROM. XII. 9. 10.

Tono en el cristianismo es bello, todo en su doctrina de una sublimidad inimitable, todo en su moral de una pureza y santidad sin semejantes. No hay una sola página que no respire el suave perfume de la virtud, ni un solo pasage que no revele la grandeza y divinidad del que inspiró la pluma de los sagrados escritores. Todo en una palabra lleva el sello característico de aquel que habiendo venido á reformar el mundo, no con el poder de la fuerza, sino con el ascendiente de las ideas y con la influencia del ejemplo, basó todo su sistema doctrinal sobre aquellas palabras: «Sed santos porque yo lo soy: sed perfectos como lo es vuestro Padre celestial (1).» Y esta santidad y perfeccion de la religion cristiana se vé marcada desde luego tanto en las palabras como en las acciones de los primeros dis-

(1) Matth. V. 42.

cípulos del Salvador, como signo distintivo de los que habian recibido la luz del cielo y empadronádose bajo los estandartes del nuevo legislador. Oid cómo se espresaba San Pablo pocos años despues de consumado el misterio de la reparacion, y esto bajo el imperio de los Césares enemigos irreconciliables de la Cruz, y escribiendo á los fieles que vivian en la misma capital del mundo, que es lo mismo que decir en el centro de la idolatría, en el seno de la persecucion, en el valuarte del error. *«Teniendo (les decia) dones diferentes segun la gracia que se nos ha comunicado, el que ha recibido don de profecía use de él segun la regla de la fé; el que ha sido llamado al ministerio de la Iglesia, dedíquese á él con celo; el que ha recibido el don de enseñar, enseñe; el que ha recibido el don de exhortar, exhorte; el que reparte limosna, déla con sencillez; el que está llamado á gobernar, gobierne con vigilancia; el que hace obras de misericordia, hágalas con alegría. Sea el amor sin fingimiento. Aborreced el mal, y aplicaos al bien; amándoos reciprocamente con ternura y caridad fraternal, procurando anticiparos unos á otros en las demostraciones de honor y de deferencia. No seais tibios en cumplir vuestro deber. Sed fervorosos de espíritu, acordándoos que el Señor es á quien servís. Animaos con la esperanza del premio: sed sufridos en la tribulacion: en la oracion continuos; caritativos para aliviar las necesidades de los fieles; pronto á ejercer la hospitalidad. Bendecid á los que os persiguen: bendecidlos, y no los maldigais. Alegraos con los que se alegran; llorad con los que lloran. Permaneced siempre unidos con idénticos sentimientos y deseos.»*

Así hablaba en su tiempo el Apóstol á sus discípulos de Roma: y hed aquí lo que hoy nos repite la Iglesia en la Epístola que acaba de leerse. Cierta, su sola lectura bastaria para convencernos de la sublimidad de una religion que tales documentos enseña y de su origen esclusivamente divino. Mas como quiera que no me propongo hablar á un siglo esencialmente utopista, ni rebatir sus erróneas ideas con respecto á esta doctrina, sino descender á su aplicacion relativamente á los que tienen la dicha de haberla aceptado, y la veneran y respetan como emanada del cielo, solo llamaré vuestra atencion

hacia una cosa digna de observarse; y es que todos los documentos que encierra, todas las lecciones de alta moral que dá, todos los preceptos de vida que prescribe, están basados en un principio y giran siempre en derredor de un centro, á cuyo punto vienen á converger en último resultado: y ese principio, ese centro, ese punto culminante es la caridad, el amor fraternal. ¿Y en qué consiste esto? Es que sin la caridad no hay perfeccion posible, y todo el sistema del cristianismo se destruiria, y caeria por su propio peso todo el edificio de la unidad religiosa que el Salvador se propuso fundar en la tierra, faltándole esa basa, ese sosten, ese cimiento indestructible, como ya hemos tenido ocasion de verlo en otras ocasiones. Y ved por qué San Pablo insiste siempre en esa idea en todas sus exhortaciones, y la hace descollar en toda su doctrina, como el alma que dá animacion y vida al cuerpo místico de la Iglesia. Adhiriéndome yo á este mismo pensamiento, voy á manifestaros que «el amor fraternal, fundamento de toda la perfeccion cristiana, debe ser á la par que el distintivo de los que han abrazado la doctrina del Evangelio, la prueba constante que deben exhibir de su carácter de cristianos en todos tiempos y circunstancias.» Hé aquí todo el asunto de mi discurso y de vuestra atencion, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Quizá os habrá chocado mi proposicion, A. O. M.; cuando en un tono tan universal he asentado por principio que el amor fraternal ó sea la caridad, es el cimiento de toda la perfeccion cristiana. Sé muy bien que la fé es la base del edificio religioso, y que sin ella ninguna otra virtud seria meritoria delante de Dios relativamente á la vida eterna, y que todo cuanto de ella no procede como de su raiz y legitimo origen, no pertenece al cristianismo. Mas como quiera que la fé mas pura, mas viva y ardiente, siquiera fuese bas-

tante poderosa para obrar portentos, y trasladar de una á otra parte las montañas, y evocar á la vida las víctimas del sepulcro, sería nula y de ningun valor faltándola las obras (1), y que toda accion por buena y heróica que sea en sí misma, deja de serlo con respecto á Dios sin la caridad, en lenguaje del Apóstol (2), dedúcese que el cristianismo práctico del que yo ós hablo, se funda principalmente en esa virtud; tanto que donde ella no existe, no hay religion verdadera, no hay virtud positiva, no hay verdadero merecimiento. Así se esplica que el precepto del amor fraternal sea el que descuelle siempre y donde quiera en todo el sistema evangélico, que figure allí en segunda linea al lado del precepto del amor divino y como identificado con él (3); que se anuncie como un precepto nuevo (4), no porque lo fuese en la esencia, y sí únicamente en su aplicacion é inmediatas consecuencias; que se prescriba como el sello característico que imprime en la frente del cristiano esa distincion honrosa que le separa de los que no pertenecen á esa escuela (5), que se le sancione como el resúmen y complemento de toda ley (6), y que se declare como enemigo de Dios el que deja de observarle (7).

Ved pues si en vista de esto, tuve razon para establecer como piedra fundamental del edificio religioso la caridad fraternal, y decir que sin ella no habria verdadera religion, por cuanto no habria virtudes cristianas, bien así como por el contrario á ella van unidas como consecuencias necesarias de ese principio todas las virtudes que

(1) Fides sine operibus mortua est. (Jacob. II. 20.)

(2) Si habuero omnem fidem, ita ut montes transferam, charitatem autem non habuero, nihil sum. (I. Corint. XIII. 2.)

(3) Diliges Dominum Deum tuum... Hoc est maximum et primum mandatum. Secundum autem simile est huic: Diliges proximum tuum, sicut te ipsum. (Matth. XXII. 37.)

(4) Mandatum novum do vobis, ut diligatis invicem, sicut dilexi vos. (Joan. XIII. 34.)

(5) In hoc cognoscent omnes quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem, (Ibid. 35.)

(6) Qui diligit proximum, legem implevit. (Ad Rom. XIII. 8.)

(7) Omnis qui non est justus, non est ex Deo, et qui non diligit fratrem suum. (I. Joan. III. 10.)

forman la bella aureola del cristianismo y el honroso distintivo de los que han abrazado la doctrina evangélica. Si, A. O., toda la perfeccion cristiana gira sobre el amor fraternal, y faltando ese eje precisamente debe fallar el equilibrio y destruirse el sistema religioso. Mas no creáis que cuando así os hablo pretendo referirme á ese amor natural, á esa afeccion puramente humana que no tiene otro origen ni deriva de otro principio que de la carne y la sangre, ni se sostiene sino por la mútua conformidad de inclinaciones, ó por la recíproca simpatía de caracteres, ni se funda mas que en la falsa política del siglo ó en el reconocimiento de los servicios, ó en las miras de interés comun. No, no es esa la caridad del Evangelio, no es ese el amor que Jesucristo nos prescribe, por cuanto no es sobrenatural y por consiguiente no puede ser perfecto, ni conducir á la perfeccion que el cristianismo exige de los que aceptan su doctrina. Ser complaciente con un amigo, atento con el que puede prestar servicios, condescendiente con el que tolera nuestras molestias, insinuante con el que nos honra con su confianza; adular al que se necesita, guardar consideraciones al que es mas poderoso, saludar al que saluda, hacer bien al que corresponde con gratitud, todo esto lo hace un gentil, un pagano, un hombre que jamás oyó la doctrina de Jesucristo. El gran secreto de la caridad evangélica y lo que la distingue del amor puramente natural, consiste en amar á nuestros semejantes en Dios y por Dios. Hed ahí lo que imprime en el alma del cristiano ese sello que le distingue de los que no lo son, y lo que dá á su amor de fraternidad un realce extraordinario y un mérito positivo. Amar de otro modo seria amarse á sí mismo, sus pasiones, sus inclinaciones, sus preocupaciones, su propio egoismo; seria amar por codicia, por interés, por cálculo, por la esperanza de la utilidad que pudiera reportarnos este amor. Y en este caso, ¿no veis, A. O. M., que una caridad de esta especie, lejos de ser una virtud degeneraria en un vicio, por cuanto faltándola ese motivo que la hace sólida, constante, generosa y desinteresada, careceria por consiguiente de ese carácter de universalidad que es una condicion esencial al verdadero amor fraternal? ¿Cómo seria posible que no teniendo á Dios presente en nuestros prójimos, no mirando en ellos la imagen del

Criador que es lo que constituye en todos los hombres un derecho común, universal, idéntico é inalienable, una igualdad que no pueden destruir ni la diversidad de rangos, ni la superioridad de génio, ni la fortuna, ni el talento, ni ninguna de esas cosas que forman en el mundo la escala gerárquica, cómo es posible, digo, que amásemos entonces con igual afeccion al pobre que al rico, al ignorante que al sábio, al desgraciado que al dichoso? Y sin embargo, todos los hombres, cualesquiera que sean sus cualidades, sus prendas personales, sus luces, su carácter, su posicion, sus defectos ó sus pasiones, sus vicios ó virtudes, ora se vean halagados por la suerte, ora giman víctimas de la adversidad, ya figuren en el mundo por su alta capacidad ó por sus inmensas riquezas, ya pasen desapercibidos é ignorados por su indigencia ó su oscuro nacimiento, siempre y donde quiera llevan consigo esa marca indeleble de la semejanza divina que les hace acreedores al amor de sus prójimos, siendo como son carne de su carne, miembro de sus miembros, hijos de un padre comun, y llamados á unos mismos destinos. Ante esta idea todas las distinciones cesan, todas las gerarquías desaparecen, todas las pretensiones del orgullo caen por tierra, no hay superioridad ni inferioridad, ni hombres ricos ni pobres, ni reyes ni vasallos, ni nobleza ni pueblo, no hay mas que hermanos (1); y bajo este concepto el mas miserable, el mas abyecto pordiosero puede presentarse con frente erguida ante el que viste púrpura, y reclamar de él las mismas consideraciones, igual respeto, derechos idénticos, y decir: «No te disputaré tu dignidad como soberano, ni te negaré como hombre los homenajes á que te hacen acreedor esa diadema que ciñen tus sienes y ese cetro que empuñan tus manos, símbolos del poder que de Dios hubiste y que á nombre suyo ejerces (2). No pretenderé aspirar á una igualdad quimérica que equivaldría á una rebelion digna del mayor castigo, porque veo marcado en tu frente el sello de la divinidad, y reconozco en tu persona la imagen de aquel por quien los monarcas reinan y los poderosos administran la

(1) Omnes autem vos fratres estis (Matth. XXIII. 8.)

(2) Non est potestas nisi a Deo. (Ad Rom. XIII. 4.)

justicia (1). Pero como cristiano, como hombre redimido con la sangre de un Dios, la religion me autoriza á reclamar de tí una cosa que jamás me podrás negar, la caridad, el amor. Tambien en mi alma brilla á pesar de mi bajeza y miserable condicion, ese destello divino, ese rayo celestial que en la creacion nos fué comunicado á ambos indistintamente. Una misma mano nos formó de un lodo idéntico, un mismo soplo imprimió en nuestro espíritu la imágen del Omnipotente, un mismo Redentor nos comunicó el precio de su sangre: y por lo tanto derecho tengo tanto como tú á que me ames, á que simpatices con mis desgracias y me alivies en mis infortunios; llorar debes cuando yo lloro, regocijarte cuando yo me alegro, tolerar mis defectos y dispensar mis molestias (2). En una palabra, cuanto yo estoy obligado á hacer contigo, á otro tanto te obliga á tí la caridad cristiana, porque emana de Dios, y ante Dios no hay entre los hombres diferencia alguna de razas, de paises, de condiciones, ni de dignidades, siendo como son una misma cosa en Jesucristo ya sean judíos ó gentiles, griegos ó romanos, libres ó siervos (3).

Tal es, A. O. M., el carácter de universalidad del amor cristiano, que jamás podrá hallarse en el amor puramente humano ó natural. Éste como que parte de un principio variable, insubsistente y sujeto á todas las modificaciones del individuo, necesariamente debe variar, cambiar y modificarse en proporecion de las alteraciones que sufre aquel principio. Él que no ama en Dios y por Dios, ni ama siempre, ni ama del mismo modo en todos tiempos y circunstancias, ni ama con fijeza y estabilidad. Los vínculos formados entre los hombres por la naturaleza ó por el interés, por la conveniencia ó por el cálculo, se rompen con la mayor facilidad tan luego como falla el objeto que los sostiene. Amad á vuestro prójimo por su belleza ó por sus prendas personales: y en el momento en que éstas desaparezcan por efecto de cualquiera de esas mil causas que influ-

(1) Per me reges regnant, per me principes imperant, et potentes decernunt justitiam. (Proverb. VIII.)

(2) Gaudere cum gaudentibus, flere cum flentibus. Idipsum invicem sentientes. (Ad Rom. XII. 15, 16.)

(3) Ad Colos. III. 11.

yen en nuestro estado físico y moral, vereis cambiarse vuestro afecto en indiferencia ó en desprecio. Amadle por la esperanza de los servicios que puede prestaros; y no bien habreis llegado á persuadiros que su valimiento es nulo y que nada teneis que esperar, le abandonaréis despechado, si no os convertís en émulo y rival de su prosperidad. Amadle por el atractivo del placer que os proporcionaba su trato: y cuando sus gracias y encantos caigan deshojadas por el viento abrasador de la edad, ó las dolencias impriman sobre aquel semblante antes tan simpático las huellas del sufrimiento, escupireis al ídolo que adorábais y pagareis su ternura con crueles desvíos. Harto nos demuestra la esperiencia lo que son todas las alianzas, las amistades, las relaciones formadas por el afecto puramente humano. La volubilidad es su caracter, la insubsistencia su condicion necesaria, y su término la desunion. No es raro en el mundo, antes muy comun, el ver hoy separados por el ódio á los que ayer parecian estrechamente unidos por un amor recíproco; convertirse mañana en émulos implacables los que hoy se abrazaban como leales amigos; perseguirse sin duelo ahora los que antes se buscaban á todas horas para gozar en comun de los plácemes de la amistad. ¿Y por qué? Claro es que la causa de todo esto es porque su amor estaba basado en principios meramente humanos, porque no se amaban cristianamente, porque su caridad no tenia por origen y objeto principal á Dios. Dadme por el contrario un hombre que ame de esta suerte, y le vereis siempre el mismo, siempre invariable en su amor; le vereis amar sin disgusto, sin tibieza, sin interrupcion, en la adversidad como en la prosperidad, en la abundancia como en la indigencia, al que le es antipático lo mismo que á aquel con quien simpatiza, al que le ofende no menos que al que le respeta, al que le niega sus servicios lo mismo que al que le presta su apoyo, al que le insulta en su miseria igualmente que al que le dá la mano para que se levante. Porque la caridad cristiana ni se resfria con la ingratitude, ni se cansa con los malos procederes, tolera los defectos, escusa las pasiones, devuelve bien por mal, y ni la soberbia la enorgullece, ni la ira la hace impetuosa, ni la ambicion la ciega, ni la causa pesar la envidia, ni la atormentan las sospechas, siem-

pre piensa bien de todos, á nadie injuria, á ninguno perjudica y en todo y por todo aspira á hacer que triunfe la verdad (1).

Ved pues cómo se verifica que la caridad evangélica es el fundamento de la perfeccion cristiana que de nosotros exige el Apóstol, el compendio de todas las virtudes que deben formar el distintivo de los que han recibido la doctrina de Jesucristo, y la prueba constante que deben dar de su carácter en todos tiempos y circunstancias. ¿Y quién se atreveria á escusarse de este deber? Sobre que la ley de la caridad es entre todas la mas suave, la mas dulce, la mas bella, ley que se refiere al interés comun de todos los individuos, y es igualmente ventajosa á todas las clases sociales, ley que convertiria el mundo en un paraíso envidiable si fuese observada en toda su estension, ley que aun cuando no existiese deberiamos todos hacerla, siquiera no fuese mas que por nuestra misma utilidad; ¿no nos la está predicando todo en el seno de la religion que tenemos la dicha de profesar? La celebracion en comun de los santos misterios, las plegarias públicas, el sacrificio del altar, los templos donde nos reunimos á cantar las alabanzas del Señor, la mesa eucarística, que como dice el Doctor Angélico no se llama comunión sino porque une mutuamente á los fieles entre sí, para unirlos á todos con Jesucristo, y hasta esos mismos sepulcros en donde nuestras cenizas van á confundirse unas con otras en una misma huesa, ¿todo ello no nos conduce á esa caridad divina que es el vínculo de la perfeccion en frase de San Pablo (2)? Y es tanto mayor la obligacion en que está todo cristiano de mostrar en todo tiempo ese espíritu de amor fraternal como el génio dominante de todas sus acciones, cuanto que sin la caridad bien así como sin la fé, sus mismas virtudes serian muy sospechosas, y como ya antes dijimos, ningun merecimiento tendrian delante de aquel que ha dicho: «El que ama á su prójimo ha cumplido toda la ley,» á la manera que el que no ama es semejante á un cadáver (3). ¿Y qué es un cadáver sino un poco de polvo inerte

(1) I. Corint. XIII. per tot.

(2) Super omnia hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectio-
nis. (Ad Colos. III. 14.)

(3) Qui non diligit manet in morte. (I. Joan. III. 14.)

y sin accion? Pues otro tanto es el alma que no anima la caridad. Suponed en un hombre (y no hago mas que repetir el simil de San Pablo) toda la ciencia de los hombres y de los ángeles, el don de penetrar el porvenir y los misterios mas ocultos de la naturaleza; suponed que sea tan desprendido que se despoje de cuanto posee en obsequio de la indigencia que sufre, tan mortificado que tenga enfrenadas todas sus pasiones á la ley de la razon, tan austero que crucifique sus miembros hasta el martirio. Despojadle empero de la caridad, y con todo ese aparato de virtud no vendrá á ser mas que como un metal que despide sonidos que se pierden en el espacio (1), ó mas bien, nada, como dice el Apóstol: *Nihil sum* (2).

La religion, pues, sin caridad no seria mas que un fantasma de cristianismo bien así como el amor del prójimo que no esté cimentado en el amor de Dios, es una mera utopia, una parodia de amor tan imperfecta, que ningun derecho nos daria á la vida eterna. En ambos consiste la perfeccion del Evangelio, ambos deben concurrir á formar el hombre cristiano y su caracter distintivo: y á la manera que no serán reconocidos por discípulos de Jesucristo en este mundo los que no llevan impreso en sus acciones ese sello glorioso, y le manifiestan en todos tiempos y circunstancias, tampoco en el cielo habrá coronas inmortales sino para aquellos que hayan cumplido en toda su plenitud ese precepto del amor fraternal segun el espíritu de la religion.

Permitidme pues, A. O. M., que por conclusion os dirija las palabras del Apóstol que sirvieron de texto á mi discurso. Amaos siempre y que vuestra caridad se acrezca y vigorice de dia en dia, estrechando cada vez mas los vínculos de vuestra mútua union. Comience por establecerse y arraigarse en vuestros corazones para purificar vuestros sentimientos y regular vuestras miras segun las miras y sentimientos de ese Dios que debe ser su principio. *Dilectio sine simulatione... Charitate fraternitatis invicem diligentes*. Que de

(1) Si linguis hominum loquar, et angelorum, charitatem autem non habeam, factus sum velut aes sonans, aut cymbalum tinniens. (I. Corint. XIII. 4.)

(2) Ibid. 2.

vuestro corazon se comunice á vuestros lábios, espresándose en palabras de dulzura; de allí á vuestras manos, sensibilizándose con obras de misericordia y de piedad; y por una consecuencia necesaria, resalte en toda vuestra conducta, mediante un comportamiento edificante y propio de un cristiano que comprende la grandeza de su caracter y los graves deberes de su vocacion: *Honore invicem prævenientes... Spiritu ferventes... Necessitatibus sanctorum communicantes; hospitalitatem sectantes*. Que superior á todas las pasiones, á todas las repugnancias, y á todas las miserias de una naturaleza viciada y corrompida, vaya hasta amar al que os aborrece, hasta bendecir al que os persigue, y hasta desear todo el bien posible al que trata de haceros mal: *Benedicite persequentibus vos: benedicite, et nolite maledicere*. Que siempre constante, siempre invariable y universal, os haga identificaros con el que rie, igualmente que con el que llora, sintiendo la desgracia de vuestros hermanos, regocijándoos en su suerte, y haciéndoos todo para todos por amor de Jesucristo: *Gaudere cum gaudentibus: flere cum flentibus: id ipsum invicem sentientes*. Y haciéndolo así, nada temáis; mirad al cielo. Allí os está reservada una laureola inmarcesible, una corona de justicia, á la que no tendreis ni enemigos prevenidos, ni rivales intrigantes, ni competidores envidiosos, ni concurrentes que intenten arrebatarosla: porque allí la caridad será pura, deliciosa, inalterable, eterna, sin interrupcion, sin disgusto, sin resfriamiento y sin fin. Reine pues en la tierra entre nosotros esa dulce caridad, ese amor que forma la positiva delicia del hombre en este valle de quebranto y miseria, seguros de que un dia nos uniremos con ese Dios que es el amor esencial, la caridad por excelencia, la vida sustancial y la gloria perdurable, y reinaremos con él por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE EPIFANÍA.

EFICACIA DE LA FÉ CUANDO VA UNIDA Á LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES
CRISTIANAS, Y FACILIDAD CON QUE PUEDE PERDERSE SI NO ESTÁ SOSTENIDA
POR ELLAS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Al entrar Jesus en Capharnaum, le salió al encuentro un Centurion, y le rogaba diciendo: Señor, un criado mio está postrado en mi casa paraltico, y padece muchísimo. Dicele Jesus: Yo iré, y le curaré. Y le replicó el Centurion: Señor, yo no soy digno de que tú entres en mi casa: pero mándalo con tu palabra, y quedará curado mi criado. Pues aun yo que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: Marcha, y él marcha; y al otro: Ven, y viene; y á mi criado, haz esto, y lo hace. Al oír esto Jesus, mostró grande admiracion, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado tanta fé. Asi yo os declaro, que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán á la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos: mientras que los hijos del reino serán echados fuera á las tinieblas: allí será el llanto y el crujir de dientes. Despues dijo Jesus al Centurion: Vete, y suédate conforme has creído. Y en aquella hora misma quedó sano el criado.»

MATTH. VIII. 5 ET SEQ.

¡CUÁN grande es el poder de la fé! Donde quiera que abrimos el Evangelio no encontramos mas que justos elogios de esa virtud, y multitud de prodigios obrados por ella. No parece sino que todo estaba subordinado á su accion poderosa, y que hasta la omnipotencia misma de Dios se movia, digámoslo así, á impulso de ese sentimiento, puesto que cuanto de maravilloso y extraordinario obraba el Salvador en la tierra, se atribuye casi esclusivamente á la fé, como

si ella verificase por medio de él lo que él propiamente hablando ejecutaba en virtud de ella. Si cura enfermedades envejecidas é incurables, si evoca del polvo de la tumba á los difuntos, si lanza los demonios de los cuerpos, si hace hablar al mudo, oír al sordo, andar al tullido, cuando en los desiertos multiplica milagrosamente los víveres para satisfacer el hambre de las turbas, ó en medio de los mares calma con su palabra el furor de las tempestades, ó salva del naufragio á los que le invocan en su auxilio, siempre es á la fé del hombre á la que reserva la gloria de unos hechos tan admirables. «Tu fé te ha salvado...» «Hágase segun has creído...» Estas y otras espresiones semejantes óyense donde quiera de los lábios de Jesucristo toda vez que desarrolla en favor de la humanidad afligida ó menesterosa los tesoros de su poder y de su bondad.

Malamente empero ha pretendido deducir de aquí el espíritu del error que todo el sistema, la economía toda de la salvacion del hombre se funda única y esclusivamente en la fé, de suerte que ella sea sola la que le justifique sin necesidad de las buenas obras. Sabido es con cuántó celo ha condenado y condena la Iglesia católica tamaña aberracion, que envuelve el principio de la inutilidad de toda accion por virtuosa y santa que sea, en órden á la vida eterna, reasumiendo en esa simple adhesion de nuestra inteligencia á las verdades reveladas toda la eficacia que niegan al bien obrar; como si la salvacion se nos diese no á título de recompensa, sino como una mera herencia que somos incapaces de merecer, y que por consecuencia se nos consigna sin derecho alguno por nuestra parte. Error monstruoso y de consecuencias bien absurdas, que pugna directamente con las enseñanzas del dogma católico, segun el cual la fé sola es impotente para salvar al hombre sin el concurso de las buenas obras, puesto que estas entran como condicion esencial é indispensable en nuestra justificacion, por cuanto con ellas adquirimos un derecho legitimo á la gloria, siendo esta á la vez, segun la bella espresion de San Agustin, el don de Dios y el mérito del hombre.

Sin entrar empero en una cuestion de controversia que ni es del caso ni convendria entablar por muchas y poderosas razones, apliquémonos únicamente á observar cuán eficaz sea la fé para

conseguir la salud eterna, cuando va acompañada de la práctica de las virtudes cristianas, y cuán fácil sea perderla cuando no está sostenida por ellas. Todo ello nos lo manifiesta de un modo visible el texto evangélico de este día. Ya se considere la fé como principio ó como complemento del bien obrar, puesto que ambos caracteres reune, ello es innegable que para creer con fruto se hace preciso que esta creencia radique en el corazon, segun el lenguaje del apóstol (1); que al acercarnos á Dios á pedirle alguna gracia llevemos el convencimiento de su poder y de su voluntad de salvarnos, considerándole como justo remunerador de la virtud (2); pues de lo contrario seria de todo punto estéril é ineficaz nuestra fé, seria mas bien una temeridad inconcebible, un exceso de orgullo, ó un insulto á la divinidad. Nadie pide á otro sino lo que cree que puede concederle; y sola una persuasion firme de este poder es la que le mueve á suplicar lo que por sí solo es incapaz de conseguir, como aconteció en el caso que hoy nos refiere el Evangelio, cuando *«al entrar Jesus en Capharnaum le salió al encuentro un Centurion, diciéndole: Señor, un criado mio está postrado en mi casa parálitico, y padece muchísimo.»* Ciertamente que si este hombre guerrero no hubiese estado íntimamente convencido de que aquel á quien se dirigia era bastante poderoso para curar á su criado, no se hubiera dado la pena de ir en busca suya y de hacerle presente su deseo. Pero no hay duda que tenia fé y una fé viva en el poder del que por todas partes iba dejando las mas luminosas huellas de su divinidad, á pesar de las esterioridades que la ocultaban. Creia que el que en tantas ocasiones habia encadenado la accion de la muerte, burlado el poder de los elementos, y héchose obedecer de las dolencias mas inveteradas, podria muy bien, si queria, obrar un prodigio igual con aquel por quien se interesaba. Y ved el primer paso, digámoslo así, de la fé.

El convencimiento de que nada puede por sí solo el hombre si no es ayudado por la gracia divina, y de que por el contrario de todo

(1) Corde enim creditur ad justitiam. (Ad Rom, X. 40.)

(2) Credere enim oportet accedentem ad Deum quia est, et inquirentibus se remunerator sit. (Ad Hæbr. XI. 6.)

es capaz en aquel Dios que le fortalece con sus ausilios (1), debe hacer práctica su fé, recurriendo en todo tiempo al origen de toda luz y de todo don bueno y perfecto (2). Y si tullido para andar por el camino de la virtud, si impedido para marchar por la senda de los divinos preceptos á consecuencia de unas pasiones que le tienen postrado, si impotente para dar un paso en las vias de la justificación, encadenado tal vez por hábitos viciosos ó por criminales costumbres, levanta sus ojos y su corazón hácia el cielo, y no limitándose á un sentimiento de fé estéril y meramente especulativo, trata de buscar á Jesucristo, y le sale al encuentro con sus plegarias, y le importuna con sus ruegos, indudablemente será escuchado como el Centurion de nuestro Evangelio: y su corazón sentirá los efectos de una gracia que habiendo creado en él el deseo ó la voluntad de salvarse, la consumará y perfeccionará facilitándole el medio de bien obrar (3). ¿No se vió esto verificado en el caso que hoy nos ocupa? La recompensa de la fé del Centurion siguió inmediatamente al acto de suplicarle: y no bien hubo concluido de esponerle la necesidad de su criado, cuando *le dijo Jesus: Yo iré y le curaré.*

¿Qué eficacia tan admirable! Ved cómo esa alianza misteriosa del sentimiento y de la acción, de la creencia y del bien obrar, consigue desde luego un resultado beneficioso, que inútilmente se hubiera esperado, á no acompañar á la fé de aquel hombre la práctica de las obras que son consecuencias de esa misma virtud. Pero lejos de eso, insiste por el contrario en este principio, y en toda su conducta no solamente revela que la fé es el móvil principal que escita sus convicciones, sino que por su dirección y bajo su influencia se desarrollan en él otras virtudes no menos preciosas y dignas del verdadero creyente. Por la fé cree en el poder de Jesucristo, por la fé confía obtener el éxito de sus buenos deseos, por la fé se determina á buscarle, por la fé se humilla ante aquel cuyas esterioridades

(1) Omnia possum in eo qui me confortat. (Ad Philip. IV. 13.)

(2) Omne datum optimum et omne donum perfectum, desursum est, descendens á Patre luminum. (Jacob. I. 17.)

(3) Deus est enim qui operatur in vobis et velle, et perficere, pro bona voluntate. (Ad Philip. II. 13.)

no manifiestan mas que la flaqueza de la humanidad. Y tan persuadido está de que estas exterioridades son engañosas, y de que aquel velo encubre las grandezas de un Dios, que al oír de sus lábios la promesa de ir á curar al paciente, *replicale el Centurion: Señor, yo no soy digno de que entres en mi casa: pronuncia una sola palabra y quedará sano mi criado: pues aun yo que no soy mas que un hombre sujeto á otros, como tengo soldados á mi mando, digo al uno: marcha, y él marcha; y al otro: ven, y viene; y á mi criado: Haz esto, y lo hace.* Así es como aquel gentil manifestaba lo profundamente arraigadas que estaban en él sus creencias respecto de la divinidad y del poder del Salvador; y por eso todas sus acciones llevaban impreso el sello de una fé que ni se debilita con las apariencias que parecen contradecirla, ni admite la menor duda que pueda desalentarle: antes bien juzga que lejos de ser necesaria la presencia de aquel cuyo auxilio implora, basta una sola espresion, un simple mandato, una mera palabra de su omnipotente lábio para obrar el prodigio deseado. Digno por cierto de que el Salvador hiciese públicamente el elogio del Centurion; pues *al oír Jesus su respuesta, manifestó una admiracion extraordinaria, y dijo á los que le seguian: En verdad os digo que ni aun en medio de Israel he hallado tanta fé.*

Ved ahí, C. O., una gran palabra que todos deberiamos aspirar á oír de los lábios de Jesucristo: pero por desdicha no es menos cierto que en la mística Israel se encuentra rara vez una fé semejante á la del Centurion; pues si bien son muchos en la Iglesia los que profesan las verdaderas creencias, son muy pocos, contados los que conforman á ellas sus acciones. La fé de la mayor parte en el cristianismo es una fé de pura especulacion, y por lo tanto infecunda, que solo produce cuando mas buenos sentimientos, deseos débiles de virtud, propósitos del momento, pero que muere luego por falta de sávia, semejante á un arbusto á quien no se le dá el conveniente riego. Y es preciso no hacerse ilusion sobre esto. Las buenas obras son las pruebas sensibles y la demostracion natural de la fé. Hubo un tiempo en que los milagros y los prodigios mostraban donde quiera sus grandezas y escelencias: hoy empero las virtudes de los verdaderos creyentes, su vida intachable y sus acciones irrepreensibles deben ser

el testimonio constante de la divinidad de esa religion cuyos principios profesan : puesto que no la honra menos el que conformando su conducta con las enseñanzas del cristianismo , practica todas las verdades que enseña , que los que en virtud de su fé daban un dia vista á los ciegos , salud á los enfermos y vida á los difuntos ; ni es menor el lustre y autoridad que adquiere el Evangelio por los que llevan prácticamente impreso en sus obras el sello de ese divino código , que el que en tiempo de las persecuciones adquiria por el heroísmo de los que daban sus vidas por defender sus dogmas , sellándolos con su sangre. Este pensamiento es de San Juan Crisóstomo , segun el cual el verdadero creyente , el cristiano perfecto , debe ser un Evangelio vivo reducido á la práctica , y estar siempre dispuesto á manifestar en sus acciones la conviccion profunda de sus creencias.

Hay en efecto en el cristianismo un simbolo para las costumbres no menos que para el dogma. Segun este simbolo el discipulo del Evangelio sabe y cree que son dichosos los humildes , los mansos , los pacíficos , los pobres de espíritu , los limpios de corazon , los que lloran víctimas de la adversidad , los que sufren por la justicia ; cree que aun la mas ligera mirada criminal está condenada espresamente , mucho mas todas aquellas acciones licenciosas que tienden á escandalizar al prójimo ó á abrir en su alma una brecha funesta ; cree que la ley de Dios prohíbe de una manera terminante la soberbia , la ambicion , la codicia , las concusiones , la usura , el ódio , la venganza y toda clase de excesos contrarios á la caridad , á la justicia , á la religion y á la moral pública ; cree en una palabra que los pobres son miembros de Cristo , y que el que los menosprecia ó injuria , injuria y menosprecia al mismo que en ellos está personificado ; que la inocencia es muy respetable , que el pudor de la virginidad es un tesoro al que no es lícito tocar sin hacerse reo de un gran delito. Todo esto y mucho mas que omitimos por no prolongar indefinidamente esta induccion , forma el fondo de ese simbolo al cual debe arreglar el cristiano su vida y costumbres. Si pues éstas no están en armonía con sus creencias , vana , inútil , infructuosa y de ningun valor será su fé. Por demás será que crea todo lo que enseña el Evangelio cuando lo está desmintiendo en la práctica. Creerá como

los espíritus malignos, para confundirse y estremecerse en vista de su propia malignidad (1). Y entonces fuerza será ó que renuncie al caracter que le ennoblece, ó que trate de reparar su inconsecuencia armonizando sus actos con la fé de que hace gala, si no quiere oír algun día de los lábios de Jesucristo aquella palabra tan aterradora: «No os conozco; no sois de los míos (2), porque mis ovejas oyen mi voz, y yo las distingo perfectamente de las que no pertenecen á mi aprisco (3).» Y si nó, manifestadme vuestra fé por las obras. ¡Dichoso por el contrario el que á esta palabra pueda contestar con sus virtudes, mostrando su humildad, su paciencia, su sumision á las leyes divinas, su esactitud en cumplir sus deberes, y su vida entera conforme en un todo á sus creencias y á las prescripciones del Evangelio! Tal es la fé que Jesucristo acepta, hed ahí esa fé eficaz que abre los tesoros del cielo, que hace descender del seno de Dios gracias y ausilios en abundancia, que franquea al hombre en el tiempo todas las riquezas de la misericordia y de la bondad divina, y le conduce directamente por las sendas de la salvacion, á la inmortalidad dichosa que debe coronar el sacrificio de su inteligencia y el holocausto de su corazon. Mas allí donde el sistema de la fé cristiana no está sostenido por las buenas obras, donde el edificio de las creencias no se apoya sobre el firme cimiento de las virtudes que de ellas se desprenden como consecuencias necesarias, ¡cuán de temer es que el sistema caiga, que el edificio venga abajo por su propio peso, que las creencias se destruyan y se pierda la fé! No es esto una presuncion infundada, ó una exajeracion hija del fanatismo. Oid el oráculo divino pronunciado en el presente Evangelio por el mismo Salvador: «*Os declaro que vendrán muchos del Oriente y del Occidente, y estarán en la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, mientras que los hijos del reino serán lanzados á las tinieblas, donde habrá llanto y crugir de dientes.*» ¿Y quién no ha visto cumplida esta terrible amenaza?

(1) Et dæmones credunt, et contremiscunt. (Jacob. II. 19.)

(2) Nescio vos. (Matth. XXV. 12.)

(3) Oves meæ vocem meam audiunt: et ego cognosco eas. (Joan. X. 27.)

¿Quién no se admira al presenciar el cambio operado en cien pueblos en quienes antes brillaba la luminosa antorcha de la fé católica, y que hoy yacen sepultados en las tinieblas del error? ¿Quién ha olvidado la historia de unas naciones vecinas modelos un día de religiosidad y de fervor, centros hoy de corrupcion y de incredulidad? Pero no es este el caso de reproducir hechos, que sobre ser bien sabidos, nos hemos ocupado ya de ellos en otra ocasion. Bástenos con- signar únicamente la causa de esa transformacion tan terrible, la cual radica en la falta de virtudes, en la relajacion de las costum- bres. Faltaron las obras que alimentaban la fé, y ésta por una con- secuencia triste pero inevitable hubo de sucumbir, murió tal vez para no volver á revivir jamás. Las páginas de esos calamitosos tiempos nos demuestran que en vano el error hubiera levantado el estandarte de la rebelion, si las malas pasiones no se hubieran armado de concierto para dar impulso y fomento á la heregía, ó si ésta no hubiera hallado el secreto de reunir bajo una misma enseña los falsos creyentes con los libertinos de profesion, para proclamar un nuevo Evangelio sobre las ruinas del Evangelio de Jesucristo. Hed ahí la muerte de la fé visible y manifiesta en pueblos enteros, en naciones poderosas, en imperios y estados en que parecia imposible que lle- gase á realizarse tamaña desgracia. ¿Quién pues aunque esté de pié no deberá temer la caida? Si las columnas se desploman, ¿qué esta- bilidad podrán prometerse las frágiles cañas? Y lo que es una verdad harto lamentable con respecto á los pueblos, ¿lo será menos relati- vamente á los individuos?

No hay que alucinarse, C. O.: el don inestimable de la fé es un don muy frágil, escesivamente, delicado y espuesto á innumerables escollos. Lejos de ser inamisible como malamente han pretendido los hijos de la reforma, puede muy bien perderse, y ellos mismos son la prueba mas incontestable de esta asersion puesto que le han per- dido. Es una luz brillantísima, pero que puede oscurecerse con el tiempo y llegar á su total estincion. Es un gérmen de vida, pero que puede morir en el seno de la tierra: dejad de humedecerle con el riego de las virtudes, y bien presto le vereis marchitarse. ¡Y de la languidez á la muerte cuán corto es el espacio! Esto es considerado

el don de la fé con respecto al hombre: mas si se considera con relacion á Dios, ¿quién duda que siendo un don enteramente gratuito y que solo debemos á su bondad, puede muy bien privarnos de él á la manera que pudo dejar de concedérnoslo? No nos le quitará, es cierto, interin permanezcamos fieles á todas las condiciones de la alianza que con él hicimos en el bautismo. Media entre él y nosotros una especie de contrato que no se rescindirá mientras no faltemos á nuestros compromisos bien así como él no falta jamás á los suyos. Pero si somos infieles á nuestras promesas, si rompemos los vínculos que nos unen con Dios, desentendiéndonos de los deberes que la fé nos impone, ¿qué extraño que justamente indignado castigue nuestra infidelidad con la estincion completa de esa luz sobrenatural, permitiendo que esa antorcha que ahora nos ilumina se vea cubierta de las espesas tinieblas del error, y que marchemos en la oscuridad mas profunda casi sin apercibirnos de ello, casi sin saberlo, y aun mas sin haberlo querido? Porque así es como el Señor acostumbra á vengar su fé menospreciada. ¡Y cuántos cristianos se han visto hechos apóstatas delante de Dios antes de aparecer tales delante de los hombres! La esperiencia de todos los tiempos nos lo demuestra harto palpablemente. Nunca es la heregía el primer crimen del que en ella tiene la desgracia de caer, sino que es siempre la consecuencia y el castigo de otros delitos anteriores. Un gran fondo de orgullo y de presuncion en el entendimiento, y otro no menor de corrupcion en el corazon humano, tales son por lo comun los funestos gérmes que dan por resultado la pérdida de la fé. Seguramente que si en todos los hombres reinase la humildad y la pureza, jamás habria errores ni combates; mas como quiera que el mundo está impregnado digámoslo así de orgullo, de sensualismo y de voluptuosidad, puesto que en él reinan esas tres concupiscencias á que todo está subordinado, segun el lenguaje de la Escritura (1), de ahí el que constantemente germinen en su seno nuevos errores. Porque el error es hijo del crimen, y ambos forman esa incredulidad consumada que San Pablo denomina ateismo; ateismo

(1) I. Joan. 41. 46.

de corazón que nace de las pasiones, que se nutre con ellas y con ellas arrastra al hombre al abismo de la desgracia. Ellas hicieron del rey más sabio y virtuoso un prodigio de pecado, un ídola, un insensato. De la vanidad á la ambición, de la ambición al despecho, del despecho á la herejía, de la herejía al fanatismo, el gran Tertuliano no tuvo que dar sino un solo paso. ¡Y cuántos otros nombres pudiéramos citar, ejemplos tristes y memorables de la facilidad con que se pierde la fé cuando la falta el apoyo de la virtud, habiéndose verificado en ellos la tremenda prediccion del presente Evangelio!

Fuerza es pues que la fé del verdadero cristiano sea siempre práctica, y esté sostenida por el ejercicio de las verdades que forman su símbolo, para que pueda ser constante, firme, inamisible y eficaz, y obtener de Dios los auxilios y gracias de salvacion que nos son necesarias en esta vida. De este modo y no de otro podremos esperar oír lo que «*Jesus dijo al Centurion: Vete, y succédete segun has creído.*» Tal será la recompensa del verdadero creyente. Él ha creído todo cuanto la fé la enseñaba, y á sus enseñanzas ha conformado todos sus actos: y por consiguiente, no solo verá crecer y vigorizarse esta fé proporcionalmente á las virtudes con que la alimentó, y salir victoriosa de todos los combates de las pasiones y del infierno, sino que presentándose un día rico de merecimientos delante del Señor, experimentará el consuelo y la satisfaccion reservadas únicamente á los que saben luchar con denuedo, y todo lo verá realizarse segun sus creencias. Verá abrirse ante sus ojos aquel porvenir eterno, aquella inmortalidad perdurable en que creyó y por cuya consecucion practicó todas las virtudes del Evangelio. Verá presentarse á su vista un océano de goces y delicias que ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni fué jamás capaz de concebir el humano entendimiento (1): y reconocerá que no fueron ilusiones sus creencias, ni vanas utopías sus esperanzas, ni infructuosos los sacrificios que animado de la fé hizo por lograr tanta dicha. Verá en fin principiar para él una vida interminable, exenta de todo dolor,

(1) *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis qui diligunt illum. (I. Cor. II. 9.)*

libre de toda duda, estraña á todo temor, y en la que ni tiene parte la angustia, ni cabe la afliccion, ni hallan asilo las lágrimas. Y á la manera que «*en aquella misma hora en que el Centurion oyó la promesa de Jesucristo, quedó perfectamente sano su criado,*» así tan luego como el cristiano fiel entre en el gozo de su Señor, todo para él será nuevo, y su existencia sin mezcla alguna de las miserias de la humanidad, solo se contará por el perpétuo disfrutar de la divina esencia en que estará como sumergido.

Pero estas recompensas solo puede esperarlas el justo que vive de la fé y arregla á ella su conducta. No así los cristianos ociosos, relajados y que con sus obras contradicen sus creencias, ni los que hablan el lenguaje de la fé sin practicar sus enseñanzas: pues muchos que hoy gritan Señor, Señor, verán cerrado un dia para ellos el reino celestial, por cuanto no hicieron la voluntad del Padre (1). Tampoco podrán optar á ellas los que se contentan con vanos deseos, con promesas ineficaces y con propósitos fugitivos, ni los que predicando la verdad la huellan con sus vicios, aun cuando á nombre de la religion convirtiesen pueblos enteros y obrasen los mayores portentos; pues escrito está que los que á pesar de todo esto carecen de las virtudes que la fé prescribe son unos obreros de iniquidad (2), indignos de que el Señor tenga en cuenta sus acciones para galardonarlas por cuanto no fueron ejecutadas segun el espíritu verdadero de la religion. Los que fieles á los compromisos que contrajeron en las fuentes regeneradoras, modelan desde luego su conducta segun las reglas del Evangelio, los que viven, hablan y obran conformes siempre á los principios que allí juraron cumplir, los que nunca desmienten prácticamente lo que especulativamente creen, los que como el Centurion del Evangelio manifiestan en su proceder siempre consecuente la firmeza de sus convicciones, esos son los que no solamente serán dichosos en esta vida, porque su fé será eficaz y verán verificarse todo segun ella, sino que lo serán infinitamente mas despues de ella gozando de Dios por los siglos de los siglos.

(1) Non omnis qui dicit mihi, Domine, Domine, intrabit in regnum cœlorum, sed qui facit voluntatem Patris mei. (Matth. VII. 21.)

(2) Discedite à me qui operamini iniquitatem. (Ibid. 23.)

SERMON

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE EPIFANIA.

OBLIGACION DE EDIFICAR Á NUESTROS PRÓJIMOS, COMO MEDIO ÚNICO DE
CONTRIBUIR Á CONSERVAR EN EL CRISTIANISMO EL VERDADERO ESPÍRITU
DEL EVANGELIO, Y COMO EL MAS PODEROSO ELEMENTO DE
REORGANIZACION MORAL.

Nemini quidquam debeatis, nisi ut invicem diligatis: qui enim diligit proximum, legem implevit..... Dilectio proximi malum non operatur. Plenitudo ergo legis est dilectio.

No tengais otra deuda con nadie que la del amor que os debéis unos á otros: puesto que quien ama al prójimo ha cumplido toda la ley. El amor del prójimo no permite que se le haga daño alguno. Y así en el amor está reasumida toda la plenitud de la ley.

AD ROM. VIII. 8, 40.

No es en la superficie del árbol donde se encuentra esa sávia fecunda que produce frutos deliciosos y sazonados: ni es tampoco en la corteza, digámoslo así, de ese árbol misterioso de la vida que la Iglesia nos ofrece en sus libros sagrados, donde debemos buscar los preciosos gérmenes de virtud y perfeccion cristiana que encierran sus enseñanzas. No siempre apercibimos á primera vista las riquezas que atesoran esos venerables monumentos de nuestra religion: y por lo tanto fuerza es profundizar á la luz de la divina revelacion, y guiados por el espíritu de verdad que reside en el catolicismo, para poder sacar de ese insondable océano de celestial sabiduría los altísimos documentos, las sublimes lecciones, que frecuentemente se occultan al que solo se limita á contemplar sus bellezas exteriores. Y

á hablar así me inducen, M. A. O., las palabras del apóstol San Pablo que acaba de cantar el sagrado ministro. Oid:

«*No tengais otra deuda con nadie, dice escribiendo á los fieles de Roma, mas que la del amor que os debeis los unos á los otros: puesto que quien ama al prójimo, ha cumplido toda la ley. Así que, estos mandamientos: No cometerás adulterio; no matarás; no robarás; no levantarás falso testimonio; no codiciarás, y cualquiera otro que haya, están recopilados en esta espresion: Amarás á tu prójimo como á ti mismo. El amor del prójimo no sufre que se le haga daño alguno. Y así en el amor se halla reasumida toda la plenitud de la ley.*»

Cierto que si solo se atiende al sentido literal de este pasaje, no otra cosa vemos en él sino lo que tantas veces y en tantas otras ocasiones hemos tenido lugar de observar, á saber, la caridad figurando en el plan del cristianismo como primer elemento y resúmen de toda la ley evangélica. Mas como quiera que esta caridad siendo una en su esencia es sin embargo múltiple en sus formas, porque son diversas las funciones que está llamada á desempeñar, no comprenderíamos bien sus grandezas si no nos aplicásemos á estudiar todas las consecuencias que se desprenden de ese altísimo precepto del amor, que tan frecuentemente, y hoy con especial encarecimiento, nos inculca el Apóstol. Entre estas la que en el texto que acabamos de reproducir descuella particularmente, es esa caridad espiritual que todos los fieles indistintamente deben ejercer respecto de sus prójimos, esa recíproca participacion de buenos ejemplos, de acciones edificantes, de actos de virtud, tan indispensable en la Iglesia, y con la que cada cual por su parte debe concurrir á la edificacion del cuerpo místico de Jesucristo (1); esa caridad que constituye una especie de apostolado que todos, sin exclusion de clases, condiciones ni estados, están llamados á llenar en el cristianismo, puesto que es una mision de que nadie puede desentenderse, como fundada en un precepto universal que comprende al pobre y al rico, al ignorante

(1) Qui enim in hoc servit Christo, placet Deo. Itaque quæ pacis sunt, sectemur: et quæ ædificationis sunt, in invicem custodiamus. (Ad Rom. XIV. 18, 19.)

y al sábio, al hombre y á la muger, al jóven y al anciano, al sacerdote y al lego: por cuanto á todos y á cada uno en particular incumbe el grave deber de mostrarse ante los demás cual cumple á un buen cristiano, dando con su vida lecciones prácticas de religión, de decoro, de fidelidad á la ley divina, en una palabra, manifestándose en todo tiempo como un espectáculo digno de Dios, de los ángeles y de los hombres (1).

En este sentido entiendo yo las palabras de San Pablo que nos sirvieron de texto, y esta deduzco ser la principal deuda que quiere cumplamos mutuamente: *Nemini quidquam debeatis nisi ut invicem diligatis*. En esto consiste de un modo especial la plenitud de la ley reasumida en la caridad, y de este modo comprendo que en ella están recopilados los demás preceptos, en cuanto todos derivan de ella y á ella están subordinados, de tal suerte que para amar debidamente al prójimo, hácese forzoso llenar todos los deberes que aquellos imponen. Y no le amaria por cierto quien traspasándolos contribuyese á la ruina espiritual de sus semejantes, en vez de ser para ellos un instrumento constante de cristiana edificación. Por eso añade el Apóstol que la verdadera caridad no tolera que se ocasione mal alguno á nadie: *Dilectio proximi malum non operatur*: y males gravísimos y de inmensas consecuencias irrogaria el que faltase á la ley del buen ejemplo que constituye una parte tan esencial de la caridad cristiana. Consideremos pues hoy esa virtud bajo este punto de vista, haciendo ver «la grave obligación que á todos nos impone de edificar á nuestros prójimos, como medio único de contribuir á conservar en el cristianismo el verdadero espíritu del Evangelio, y como el mas poderoso elemento de reorganización moral.» Imploremos ante todo las luces del Espíritu Santo por la intercesión de su augusta Esposa, etc.

AVE MARIA.

(1) *Spectaculum facti sumus mundo et angelis, et hominibus.* (I. Corint. IV. 9.)

REFLEXION ÚNICA.

Si hay un deber incuestionable y que afecte igualmente á todos los seres racionales, si hay una mision que por su carácter de universalidad abraçe todos los estados y condiciones de la vida humana, es sin disputa esa ley de mútua edificacion y de recíproco ejemplo de que hoy nos ocupamos. Como hombres y como cristianos, como miembros de la sociedad y como discípulos del Evangelio, y no menos bajo el punto de vista de hermanos según la carne, que bajo el aspecto de tales según el espíritu, de todos modos pesa sobre nosotros esa grave obligacion, sin que por ningun título ni so pretexto de ninguna especie podamos dispensarnos de ella. Y no se crea que sea nuevo este precepto, ni que date únicamente desde la promulgacion de la ley evangélica: sino que su origen se enlaza con la cuna misma del mundo. Ved cómo se espresa el Espíritu Santo por boca del Eclesiástico, hablando de nuestros primeros padres: «Crió en ellos el Señor la ciencia del Espíritu; llenóles el corazon de discernimiento, é hizoles conocer el bien y el mal.... Añadió en bien de ellos las reglas de costumbres, y dióles por herencia la ley de vida. Asentó con ellos una alianza eterna, y les hizo conocer su justicia y sus preceptos. Vieron con sus propios ojos la grandeza de su gloria, y la majestad de su voz les hirió sus oídos, diciéndoles: Guardaos de toda suerte de iniquidad. Y encomendó á cada cual el amor y cuidado de su prójimo:» *Et mandavit illis unicuique de proximo suo* (1). Hed ahí establecido ya en época bien remota ese altísimo deber del ejemplo fundado en el amor fraternal, y la gran mision que los hombres sin distincion de razas ni de pueblos estaban llamados á llenar mientras durasen los siglos. Desde entonces nace con ellos la responsabilidad de todos aquellos actos que en lo mas

(1) Eccí. XVII. 42.

leve puedan afectar al bien temporal y espiritual de sus prójimos: y solo los descendientes del primer fratricida, solo los hijos de reprobacion pueden tener la insolencia de decir cuando se les pide cuenta de un hecho criminal: «¿Soy yo por ventura custodio de mi hermano (1)?» Y tanto menos pueden decirlo los cristianos, cuánto á ellos de un modo especial se les ha dado esa ley sancionada con el ejemplo de un Dios-Hombre y sellada con su sangre, y saben que es peor que un infiel el que no cuida de edificar á los suyos y especialmente aquellos con quienes está ligado con los vínculos de familia (2), y que el que falta á ese deber del amor que comprende el de la mútua edificacion, es un homicida (3) mucho mas punible que quien conspira contra la vida del cuerpo: como que los tiros del mal ejemplo se dirigen directamente al alma y ocasionan en ella una ruina eterna.

Pero prescindiendo de los muchos motivos en que se funda este deber y que le hacen gravemente obligatorio, solo me limitaré á considerarle hoy por la influencia que tiene en la conservacion del verdadero espíritu del cristianismo, y por la accion que ejerce en la moralizacion de los pueblos. Bajo cualquier aspecto que se considere es la edificacion que resulta del buen ejemplo una condicion esencial, una necesidad indisputable, una mision universal que á nadie escluye. El cristianismo se apoya sobre las virtudes de los fieles; ellas son los cimientos que sostienen ese edificio espiritual fundado por el Hombre-Dios en la tierra; y si los cimientos se conmueven, si la base flaquea, preciso será que falte el equilibrio, y que el edificio se desplome. Ahora bien, llamados todos por la gracia de Jesucristo á formar parte de ese místico edificio, á ser las piedras vivas de ese templo magestuoso, y las columnas de esa Jerusalem militante que procede del cielo, ¿no resulta desde luego la necesidad de concurrir con nuestros mútuos esfuerzos á conservar el equilibrio, á mantener el orden y á fomentar todos los elementos de conservacion que de nos-

(1) Num custos fratris mei sum ego? (Genes. IV. 9.)

(2) Qui suorum et maxime domesticorum curam non habet, fidei ne-gavit, et est infideli deterior. (I. Tim. V.)

(3) Qui odit fratrem suum homicida est. (I. Joan. III.)

otros dependen? Lo es sin duda, y tanto que quien á esta obra no llevase la parte de celo que le corresponde, el que se desentendiese de contribuir con su ejemplo á fomentar ese espíritu de santidad característico de la religion cristiana, lejos de sembrar con Jesucristo no haria sino desparramar la mala semilla de la corrupcion; y mas bien se diria que conspiraba contra su obra divina, que no que trataba de defenderla y propagarla (1). Malamente pues se lisonjearia de cumplir la ley de la caridad, quien quiera que contentándose con pensar en su propia salvacion, no procurase coadyuvar á la de sus prójimos por los medios que la divina Providencia ha puesto á su disposicion, y sobre todo con el ejemplo del bien obrar, medio que á todos es comun, que todos poseen indistintamente, y todos deben poner en práctica, so pena de incurrir en un egoismo tanto mas torpe y punible, cuanto va de la caridad corporal á la espiritual, de la vida del tiempo á la vida de la eternidad. Y bien, A. O. M., ¿no seria un insulto, una crueldad inaudita, un ultraje el mas sensible á la dignidad humana, dejar perecer de necesidad á un semejante nuestro pudiendo socorrerle, abandonarle en el infortunio contando con elementos para prestarle auxilio, y verle morir con impassible calma bajo el peso de la adversidad, siéndonos fácil proporcionarle medios de evitar tamaña desgracia? Entrañas de bronce, corazón de tigre, y alma bien baja mostraria tener quien de esta suerte se condujese. Probaria que ni el mas leve sentimiento de humanidad abrigaba, que era incapaz del menor instinto noble y generoso, que no era hombre, ni mucho menos cristiano, cuando así podia desentenderse de las afecciones mas naturales á la humanidad. ¿Y lo seria mejor el que insensible á las necesidades espirituales de sus hermanos en Jesucristo, y cual si nada le interesára su eterna salvacion, les privase del apoyo del ejemplo y les negase esos elementos de mútua edificacion que entran á constituir en el plan general del cristianismo una parte tan esencial de la conservacion del espíritu del Evangelio? Porque todos los fieles, dice el Apóstol (2), aun

(1) Qui non est mecum contra me est: et qui non colligit mecum dispergit. (Luc. XII. 23.)

(2) Sicut enim in uno corpore multa membra habemus,.... ita multi

cuando seamos muchos, no formamos mas que un solo cuerpo en Cristo, siendo reciprocamente miembros unos de otros; y por lo tanto poseyendo dones diferentes segun la medida de la gracia que se nos ha comunicado, estamos en el grave deber de usar de ellos en bien de nuestros hermanos. A este fin, fuimos todos bautizados en un mismo espíritu, y un mismo espíritu bebemos (1). Y cuánto habria de absurdo en decir que el ojo no necesitaba de la mano, ó ésta de los pies, ó aquellos de la cabeza, segun el simil de San Pablo, puesto que entre todos los miembros corpóreos existe una armonía y una dependencia admirable, de la que resultan la reciprocidad de servicios y la unidad de fin en el organismo humano, tanto y mas habria de inconcebible y estraño en decir esto mismo respecto de los miembros espirituales del cuerpo místico de la Iglesia (2). Así que, nadie sin trastornar ese orden, sin destruir esa armonía, sin disolver el equilibrio de ese gran compuesto, puede dispensarse de contribuir con el respectivo tributo de edificacion que de él exigen su carácter y la mision que ha recibido. Y por lo tanto, concluye el Apóstol, al modo que cuando un miembro sufre los demás experimentan los efectos de este padecimiento, y cuando uno goza los otros participan de su gozo, así tambien nosotros, miembros de Cristo, debemos tener idéntica solicitud en lo que afecta á nuestro bien espiritual (3). Pues siquiera no todos seamos apóstoles, ni todos profetas, ni todos doctores, tenemos no obstante una gran mision que nos es comun, y estamos llamados á ejercer mutuamente ese apostolado del buen ejemplo que es lo mas sublime, lo mas esencial, lo mas esquisito y perfecto de la caridad cristiana (4). Si pues quere-

unum corpus sumus in Christo, singuli autem alter alterius membra. (Ad Rom. XIII. 4, 5.)

(1) Etenim in uno Spiritu omnes nos in unum corpus baptizati sumus,.... et omnes in uno Spiritu potati sumus. (I. Cor. XIII. 13.)

(2) Non potest autem oculus dicere manui: opera tua non indigeo; aut iterum caput pedibus: Non estis mihi necessarii. (Ibid. 21.)

(3) Et si quid patitur unum membrum, compatiuntur omnia membra: sive gloriatur unum membrum, congaudent omnia membra. Vos autem estis corpus Christi, et membra de membro. (Ibid. 26, 27.)

(4) Ibid. 29 et seq.

mos cumplir en toda su estension esa gran ley del amor, preciso es que mutuamente llevemos el peso de ese deber (1), y nos ayudemos los unos á los otros, mediante las obras de edificacion, á caminar á nuestros sublimes destinos. Y si esto es tan necesario para conservar el espiritu de la religion en la sociedad cristiana, lo será menos para realizar ese pensamiento de reorganizacion moral, de que tanto necesitan los pueblos?

Conviénese generalmente en que todo el cuerpo social abunda en elementos de disolucion y de muerte que afectan directamente á su existencia. No hay quien deje de reconocer que la enfermedad es gravísima y de un caracter alarmante, y que en el estado en que la han parado los errores y las pasiones, ninguna fuerza humana bastaria á contener el progreso del mal y á evitar las funestas consecuencias que le amenazan. A través de la perplejidad y del pánico que se apodera de las almas, déjase ver una conviccion profunda del verdadero origen de la desorganizacion que mina lentamente la vida de las sociedades, y del único remedio que se hace forzoso aplicar á unas llagas tan envejecidas, á un malestar tan crónico y casi incurable. En efecto, si los pueblos padecen por haberse separado de Dios, si la sociedad en general camina á su ruina por haberla faltado el elemento indispensable de su vitalidad, y el único apoyo de su existencia que es la moral cristiana; ¿de dónde puede venir el remedio sino de la religion? ¿En dónde se habrán de buscar los elementos de reorganizacion sino en el Evangelio? ¿Cómo podrá conseguirse la curacion de ese sér enfermo, sino mediante un pronto retorno á la práctica de aquellas virtudes que un día le daban tanto vigor y fomentaban en él los mas preciosos gérmenes de vida?

Pues bien, M. A. O., hed ahí la gran mision á que todos somos llamados, porque todos debemos concurrir segun nuestra posicion y nuestras facultades al sostenimiento y conservacion de la sociedad, llevando la parte de influencia que puede proporcionar nuestro ejemplo para la realizacion de esa grandiosa idea. Porque el ejemplo y no las vanas discusiones, las virtudes y no las pomposas teorías filo-

(1) *Alter alterius onera portate, et sic adimplebitis legem Christi.*
(Ad Galat. VI. 2.)

sóficas, la moral en acción y no las inútiles combinaciones de la ciencia económica, son los poderosos puntales que pueden evitar el desquiciamiento universal de los pueblos, sosteniendo ese edificio social que amenaza desplomarse, y los únicos medios de contrabalancear el inmenso peso con que la desmoralización hace inclinarse al mundo moral hacia una completa ruina. Mucho se ha hablado y hoy más que nunca se habla de ese principio de solidaridad y de fraternidad que son como los dos principios sagrados de una sociedad que empieza a entrar al parecer en las vías del buen progreso. Pero sin embargo, ¡cuán infundadas no han sido y son en este punto todas las teorías relativas a la moralización de las grandes masas! Yo oigo por do quiera ensalzar las excelencias de la moral cristiana, invocar frecuentemente el Evangelio como el tipo de todo lo bueno y bello, de todo lo grande y sublime, presentar sus enseñanzas como el más perfecto ideal de una legislación capaz de labrar la felicidad del mundo. Veo al mismo tiempo agitarse entre los sabios cuestiones de interés universal, publicarse libros sobre los medios de mejorar el estado de las clases proletarias moralizándolas, disertar con calor acerca del modo más fácil y seguro de llevar a cabo un pensamiento tan humanitario, y votarse al efecto gruesas sumas y recursos en abundancia... Bueno que en las ideas del siglo los intereses morales ocupen un lugar preferente al lado de los intereses materiales de la sociedad. En esto no hace sino llenar la misión que le está confiada y cumplir en parte el gran precepto divino que impone a todos los hombres el gravísimo deber de velar por el bienestar de sus hermanos. Mas ¿es esto solo lo que exige Dios? ¿Basta esto para llenar las aspiraciones de la sociedad? ¿Quedarán satisfechas con esto sus más apremiantes necesidades? ¡Ah! No: la experiencia manifiesta cuán infructuosos son esos medios, y cuán nulas todas las combinaciones científicas, y los programas, y los libros, y los recursos pecuniarios para conseguir la reorganización moral de los pueblos, toda vez que falta a esa gran concepción el elemento más esencial sin el que todos los demás no pueden dar resultados positivos. Y ese elemento es el buen ejemplo, la práctica de las virtudes que se predicán, el ejercicio de la religión que tanto se ensal-

za, la moral evangélica en accion y no sus elogios, el cumplimiento de sus preceptos y no sus ampulosas recomendaciones; en una palabra, hacer lo que se enseña, poner en ejecucion lo que se reconoce como indispensable para el bien público, reducir á la obra lo que teóricamente se confiesa ser de absoluta necesidad. Por lo demás, ¿de qué servirá hablar mucho y elocuentemente de las grandezas del cristianismo, si se encadena su influencia? ¿De qué el encomiar altamente su accion benéfica en las costumbres, si se la quiere prostituir servilmente al capricho ó á la arbitrariedad de los poderes temporales? ¿De qué proclamar públicamente la necesidad de la moral evangélica como único freno á las pasiones de la multitud y como poderoso correctivo de sus viciados instintos, si los mismos que de esto se manifiestan tan convencidos, lejos de dar ejemplo de ella son los primeros en hollarla y menospreciarla cuando sus preceptos hieren en lo vivo su ambicion, ó lastiman su orgullo, ó contrarian cualquiera de sus pasiones personales? Tanto valdria decir que se queria sostener un edificio ruinoso arrancando los puntales que le sostenian, ó cabando sus movedizos cimientos. ¡Insulto atroz á la religion, que de esta suerte se ensalza con la lengua para humillarla y destruirla con las obras! ¡Ultrage sensibilísimo á la sociedad que así se la empuja al abismo, cuando se la promete reorganizarla, privándola de los únicos medios con que pudiera conseguir su reorganizacion, y dándola en cambio utopias estériles, recursos puramente humanos, bastantes cuando mas para adormecerla en su desgracia meciéndola con ilusiones engañosas!

Por demás será pues que se confiese la necesidad de la moral cristiana como elemento de reorganizacion, si todos en su respectiva escala social no conspiran á realizar esa idea, aportando cada uno á esta obra gigantesca una voluntad decidida y un celo eficaz. Escrito está que los que se contentan con oír la verdad y no la practican, se engañan á sí mismos, y se asemejan á los que se complacen en mirar su rostro en un espejo, sin otro objeto que una indolente molicie, ó una torpe vanidad (1). No; el Evangelio no se limita á pro-

(1) Jacobo I. 22.

poner verdades teóricas á nuestra inteligencia y á nuestra fé, sino que en todo y por todo tiende á reducir á la práctica sus sublimes enseñanzas, llamadas á rectificar las ideas estraviadas, á moralizar las costumbres, y á fomentar esos gérmenes de regeneracion religioso-social que Jesucristo sembró en la tierra con su doctrina y ejemplos. Pero aunque esas enseñanzas sean bastantes por sí mismas para conseguir el grande objeto que su divino autor se propuso, siquiera su eficacia no dependa esencialmente de la accion del hombre, puesto que ni el que planta ni el que riega es nada, sino Dios que las dá la fecundidad en frase del Apóstol (1), sin embargo entra en el plan de la divina Providencia que unos á otros nos animemos mutuamente á la observancia de su ley y á la práctica de las virtudes, mediante ese poder secreto del bien obrar que tan preciosos resultados obtiene en ocasiones dadas, y que siempre y donde quiera es uno de los mas activos elementos de moralizacion, y tan necesario, que sin él serian infructuosos todos los demás medios que se empleasen al efecto.

— Vean pues los que tanto y tan altamente proclaman la necesidad de reorganizar los pueblos desmoralizados, el gran remedio que deben aplicar desde luego á la honda herida que las malas doctrinas y los malos ejemplos han abierto en la sociedad. No se contenten con disertar como los antiguos fariseos y escribas acerca de lo bueno y justo; pues no es á las palabras estudiadas sino á las acciones edificantes á las que está reservado el premio, ni solo el que enseña sino el que á sus enseñanzas hace preceder la ejecucion de sus preceptos será grande en el reino de los cielos. Sean los primeros en la observancia de las leyes divinas y eclesiásticas, santificando los dias festivos, asistiendo al templo con religiosa compostura, oyendo la palabra divina con edificante recogimiento, frecuentando los sacramentos, y evitando todo aquello que pueda promover la disipacion y el escándalo: y verán á los pueblos correr tras ellos, imitar su religiosidad, hacerse un deber de seguir su conducta, y rivalizar en

(1) Neque qui plantat est aliquid, neque qui rigat, sed qui incrementum dat Deus. (I. Corint. III. 7.)

celo por sostener y fomentar junto con las prácticas del culto cristiano la moralidad y el orden, la justicia y la paz, la caridad y la obediencia, y todas esas virtudes que sostienen el equilibrio social mucho mejor que las leyes y los castigos humanos. Marchen delante en la senda del deber, bien así como son los que figuran á la cabeza del movimiento intelectual por la preponderancia que les dan sus luces y su génio sobre las clases ignorantes ó menos ilustradas: y esa fuerza de impulsión que su ejemplo dará á las grandes masas, las determinará á seguirle movidas de un poder irresistible; y se verá reinar la probidad, el desinterés, la laboriosidad, virtudes tan necesarias al espíritu de familia; y habrá artesanos sóbrios, obreros morigerados, servidores fieles, labradores honrados, y ciudadanos pacíficos en todas las gerarquias sociales. De lo contrario, todo será inútil para enfrenar las malas pasiones; cuantos esfuerzos se hagan para reorganizar los pueblos vendrán á estrellarse contra la irregularidad de costumbres de los que debieran fomentar con su ejemplo el espíritu público. Sus palabras serán estériles, porque se considerarán únicamente como una táctica hábil, ó como una teoría sábiamente calculada para dominar mejor á la multitud. Y esta que aunque no sabe discurrir en regla, sabe no obstante deducir consecuencias prácticas de la vida de los que la dirigen, y se adhiere mas bien á lo que vé ejecutar á éstos que á lo que la predicán, como mas propensa á la imitación que al convencimiento teórico, despreciará altamente lo que vé mirado por ellos con indiferencia, se creará autorizada para no creer lo que ellos niegan, se envalentona á mirar como inútil lo que ellos miran como de escasa importancia; se alejará, en una palabra, como ellos de las fuentes de la gracia, ningún caso hará del culto ni de sus sagradas ceremonias, y poco á poco separándose de sus deberes, llegará á caer en una completa indolencia respecto de cuanto se refiere al cristianismo. ¿Y qué será un pueblo sin cristianismo mas que un pueblo indomable incapaz de plegarse ante ninguna ley humana, y en cuyo seno bullirán todas las malas pasiones, y fermentará la corrupcion, y se agitará el furor de la anarquía, como las olas de un mar embravecido?

No hay pues otro medio de reorganizar los pueblos, sino morali-

zarlos con el buen ejemplo. Fuera de esto, como hemos visto, las teorías mejor combinadas, los proyectos mejor dispuestos, las disertaciones de la ciencia, los cálculos de la política, todo cuanto provenga del hombre será nulo é ineficaz, porque le faltará esa fuerza de impulsión que arrastra al corazón humano á imitar lo bueno que vé en los demás, no tanto en virtud del convencimiento intelectual de su bondad, cuanto por una inducción práctica mucho mas eficaz y enérgica que la del raciocinio. Deber nuestro es, A. O., edificar á nuestros prójimos cada cual en nuestra esfera, si es que queremos contribuir por una parte á conservar en el cristianismo el verdadero espíritu del Evangelio, y por otra á reorganizar la sociedad en que vivimos, harto necesitada de buenos ejemplos que la ayuden á levantarse del estado de desmoralización en que se encuentra. Llevemos á esa grandiosa obra nuestra respectiva piedra: y como miembros del cuerpo místico de Jesucristo prestémonos nuestros mútuos auxilios, y reunamos nuestros esfuerzos para realizar ese gran pensamiento. Esta es la positiva caridad, la verdadera unión fraternal, el amor práctico que hoy nos recomienda el Apóstol como resumen y complemento de toda la ley cristiana. ¡Ojalá comprendamos bien esta obligación sagrada que á todos nos afecta indistintamente! Cumpliéndola cual conviene, el cristianismo adquirirá cada día mayor esplendor, la sociedad será cada vez mas digna de sus altos destinos; viviremos todos felices en el tiempo, y aspiraremos á gozar despues la gloria perdurable de la inmortalidad.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE EPIFANIA.

ACCION PERNICIOSA DEL ESCANDALO, Y ODIOSOS CARACTERES DE ESTE VICIO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«El reino de los cielos es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo; pero mientras dormían los hombres, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Estando ya el trigo en yerba, y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familias, acudieron á él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues cómo tiene cizaña? Respondióles: Esto lo ha hecho algun hombre enemigo. Replicaron los criados: ¿Quieres que vayamos á cogerla? A lo que respondió: No, porque no suceda que queriendo arrancar la cizaña arranqueis juntamente con ella el trigo. Dejad crecer uno y otro hasta la siega, que al tiempo de la siega yo diré á los segadores: Coged primero la cizaña, y haced gavillas de ella para el fuego, y meted despues el trigo en mis graneros.»

(MATTH. XIII. 24 ET SEQ.)

Hay un pecado que sobrepuja en malicia á todos los demás desórdenes que se cometen comunmente en el mundo, y cuyas consecuencias son en extremo funestas, tanto como irreparables los estragos que causa en la moral pública. Contagio terrible, enemigo mortal de Dios y del hombre, mal necesario que viene perpetuándose tras siglos y siglos, y que debe sobreexistir á las generaciones venideras, por cuanto el trono que las pasiones y los vicios le erigieron en el principio de la creacion, solo será destruido cuando la ruina general del universo haya consumado la desolacion de la abo-

minacion predicha en los libros santos (1). Mal necesario, digo, y en esto habreis comprendido, A O., que aludo al pecado del escándalo del que está escrito que es preciso subsista siempre (2); por cuanto siendo como es el gérmen mortífero que Satanás arrojó en el mundo para hacer constantemente la guerra á la virtud, y para destruir si posible fuese la economía de la reparacion del linaje humano, sofocando la buena semilla del Evangelio y esterilizando los frutos copiosos de vida eterna que Jesucristo hizo brotar con su doctrina, con sus padecimientos y con su sangre, siempre y donde quiera habrá hombres de perdicion que inspirados por ese génio infernal, trabajarán por llevar á cabo la obra comenzada por él, poniendo en juego la impiedad de sus máximas, la corrupcion de sus ejemplos, y todos los resortes de la seduccion. Es pues el escándalo el mónstruo mas horrendo, el enémigo mas temible, el elemento mas poderoso de ruina que fué capaz de inventar el ódio del ángel rebelde para realizar su atrevida concepcion, ya que sus primeros proyectos fracasaron en el momento mismo de querer ponerlos en práctica. Asi es que nada hay en el cristianismo mas diametralmente opuesto á sus principios, á sus dogmas, á sus enseñanzas, ni que con mejor éxito se haya ensayado contra las virtudes que prescribe, y que mas perniciosa influencia ejerza en las costumbres públicas y privadas. Cuanto aquel trabaja por edificar, este propende á destruir; lo que el uno levanta, el otro lo echa por tierra; y á la par que el primero, desarrollando un celo activo por la gloria de Dios, no cesa de cultivar á todas horas el campo del divino labrador para hacer brotar en él todo género de buenas obras, el segundo á su vez no descansa por inutilizar los esfuerzos y sudores de su antagonista, oponiendo á las máximas de este otras máximas de seduccion y de libertinaje; á sus bellas virtudes, los vicios mas repugnantes; y á sus edificantes ejemplos, ejemplos perniciosos que vician el alma y la arrastran á la muerte eterna. ¡Siempre el escándalo en actitud hostil frente á frente de la religion, levantando altar contra altar,

(1) Dan. IX. 27.

(2) Necessé est ut veniant scandala. (Matth. XVIII. 7.)

estandarte contra estandarte, y pronto á todas horas á luchar con ella con irreconciliable odio.

Por eso se dice en el Evangelio de este dia que *el reino de los cielos*, en el que está simbolizado el cristianismo, *es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo*. Nada en efecto es comparable al celo con que desde el establecimiento de esa religion de amor viene trabajando la iglesia por medio de sus ministros, por sembrar en el mundo los gérmenes preciosos de salvacion que Jesucristo puso á su disposicion al encomendarles el cultivo de su misterioso campo. No bien se ha consumado el sangriento drama del Calvario, cuando del pié de aquella cruz donde acaba de operarse la redencion del linaje de Adan, arrancan doce hombres generosos, que abrasados con el fuego celestial que el cielo ha infundido en sus pechos, y llevados en alas de una caridad casi infinita, salvan el Oriente y el Occidente, el Norte y el Sur, y recorriendo todo el globo á manera de ángeles del testamento, llevan do quiera el Evangelio de Jesus, predicando una doctrina la mas pura y santa, y enseñan á todos los hombres á temer á Dios y á honrarle con sus virtudes (1). Y desde entonces en la sucesion de diez y ocho siglos que ha atravesado el cristianismo por entre luchas y combates, por entre procripciones y martirios, tras errores sin cuento y persecuciones incansables, ni un solo dia ha dejado sin embargo de derramar esa buena semilla, que regada con sudores y sangre cristiana, tan bellos ejemplos de buenas obras, y miés tan copiosa de todo género de virtudes viene produciendo en todos tiempos. Pero desgraciadamente el infierno que no se descuida, que siempre vela, y donde quiera se halla dispuesto á neutralizar los efectos de la semilla evangélica, ha opuesto constantemente al celo santo de la religion el celo impio del escándalo, á los puros y generosos esfuerzos de aquel, ha respondido con los escesos de la mas profunda corrupcion, y ha contrariado los milagros de la gracia con otros prodigios no menos inconcebibles de malignidad, verificándose lo que respecto del campo de la presente parábola nos dice Jesucristo: que *mientras los hombres*

(1) Apocal. XIV. 6.

dormian vino cierto enemigo, y sembró cizaña en medio del trigo, y se fué. Y no es decir que el cristianismo se duerma, ni que descansen en una punible indolencia los que están constituidos para velar en defensa de ese místico Israel (1): puesto que la iglesia tiene pastores siempre vigilantes que á la voz del Pastor supremo trabajan incansables en las funciones de su ministerio, promoviendo con sus virtudes la edificacion de los fieles, y sosteniendo con su palabra el cuerpo místico de Jesucristo (2); sino que los fieles no siempre están en vela para conservar el depósito que se les ha confiado: frecuentemente reposan tranquilos en una falsa seguridad como los operarios del padre de familias de que hoy nos habla el Evangelio; y entonces el mal espíritu, aprovechando astuto aquellos momentos, sorpréndelos con maña y siembra la cizaña del mal ejemplo, y vierte el escándalo en el seno de la virtud, para entronizar á aquel sobre las ruinas de ésta, y colocar el ídolo del vicio allí donde antes tenia su altar el Dios de la santidad.

Tal es de hecho el carácter del escándalo, los fines que se propone y el término á que se dirige. Hay en este vicio, dice el Doctor angélico, una sobreabundancia de furor, de libertinaje y de maldad que contrasta admirablemente con la plenitud de amor y de caridad que caracteriza al celo religioso. Pues á la manera que el buen cristiano, el hombre sólidamente virtuoso no se limita á obrar su propia santificacion, sino que saliendo fuera de sí mismo propende siempre y aspira á hacer participantes á los demas del bien que posee, mediante el buen ejemplo; el escandaloso por el contrario, mal satisfecho de su corrupcion personal, tiende incessantemente á inocular el veneno de su alma en el corazon de sus prójimos, y nada omite por llegar á conseguirlo. Aquel es el apóstol de la virtud; éste es el apóstol del vicio: el uno como agente del cielo quisiera que todos fuesen como él intachables, religiosos, probos y edificantes; el otro como emisario del infierno desearia que todos á ejemplo suyo fuesen licenciosos, discolos, insolentes y

(1) Psalm. CXX.

(2) Ad Ephes. IV. 11.

malvados. Así que no es menos perniciosa la acción del escándalo que beneficiosa y fecunda la influencia del buen ejemplo. Lo que este con una mano siembra, aquel con otra lo arranca. Si el uno mira y busca en todo el honor de Dios y el bien espiritual de sus prójimos, el otro en todo y para todo se busca á sí mismo, la satisfacción de sus malévolos instintos: y para llenarlos le son precisas víctimas que sacrificar ante las aras del libertinage, lo cual le constituye en un estado de perpétua y sacrilega lucha con el Omnipotente, contra quien se alza audacioso, según la expresión de Job (1); despreciando al que debiera adorar, intrigando en cierta manera para arrebatarse los honores de la divinidad (2), y no desperdiciando ocasión para hacer que todos olviden su santo nombre del mismo modo que él le ha olvidado (3).

Si acaso se creyese que exagero las tintas del negro cuadro que nos ofrece el escándalo, láncese una mirada por nuestra sociedad, y dígaseme si pueden ser otros los fines de tantos hombres como en días no muy lejanos hicieron gala de un cinismo el más repugnante, no sabiendo pensar, hablar, escribir, ni dogmatizar, sino para minar los cimientos de la fé y de las buenas costumbres, desplegando todo su funesto génió y consagrando sus talentos á inocular en las inteligencias y á sembrar en los corazones los corrompidos gérmenes de la incredulidad, del sensualismo de las pasiones y del más brutal materialismo. Y aun prescindiendo de esos agentes directos de la impiedad filosófica, cuyos odiosos nombres ni siquiera queremos recordar, examinad bien lo que pasa en el seno del cristianismo, en el campo del divino labrador Jesus, y vereis verificado lo que en aquel otro campo alegórico de nuestro Evangelio, en el que, *estando ya el trigo en yerba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña*, que con él se hallaba mezclada. Vereis muchos malos cristianos que olvidados de su carácter, habiéndose lanzado en los caminos de la perdición, y aspirando á arrastrar

(1) Contra Omnipotentem roboratus est. (Job. XV. 25.)

(2) Lingua eorum et adinventiones eorum contra Dominum (Isaïæ III. 8).

(3) Qui volunt facere ut obliviscatur populus meus nominis mei (Jerem. XXIII. 27.)

tras de sí á sus prójimos, hacen alarde de una vida libertina y de unas costumbres criminales, mostrando el impudor en sus frentes á la vista de todos con una insolencia inaudita, dorando los mas feos desórdenes con un barniz seductor que fascina, y vertiendo sobre la virtud la hiel del ridículo y del epigrama. Vereis jóvenes impudentes, doncellas procaces, niños de una precocidad inaudita en el vicio, ancianos cínicos y sin dignidad, que no reparan hacer visibles sus debilidades, ni observan la menor cautela en su inmoralidad, ni se precaven de dar mal ejemplo al inocente, sino que antes bien parecen experimentar cierto placer secreto en inficionar todo cuanto hallan á su alrededor, siendo sus pasos otras tantas redes tendidas á la incauta sencillez, sus palabras veneno de áspides que mata insensiblemente las almas desprevenidas, sus modales lecciones prácticas de disolucion, y todas sus acciones una escuela pública de irreligion y de desvergüenza. En vista de esto cúmplenos ahora preguntar lo que *los criados del padre de familias, que acudieron á él y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Cómo es pues que tiene cizaña?* ¿Cómo han crecido tan prodigiosamente los vicios en la sociedad cristiana á pesar de tantos gérmenes de virtud como la religion ha sembrado y siembra constantemente en ella? ¿Cómo ha podido cundir tanto la desmoralizacion y el libertinaje en todas las clases, á despecho de tantos elementos de moralidad que el celo cristiano ha desarrollado en todos tiempos? ¿Cómo han podido oscurecer nubes tan sombrías la antigua belleza de la hija de Sion (1), de esa Iglesia que un dia ofrecia en la tierra el espectáculo de un cielo abreviado? ¡Ah! Nada veo en tu seno que me recuerde aquellos dias de inocencia y puro candor, en que las costumbres de los fieles daban al naciente cristianismo un brillo que cegaba á sus impíos perseguidores. Entonces la vida de los creyentes era una apología viva del Evangelio; sus acciones eran un solemne mentis contra las calumnias y blasfemias de los enemigos de la cruz; y su union fraternal, y su nunca desmentida caridad, y su desprendimiento heróico, y su modesta severidad, y su paciencia

(1) Quomodo obtexit caligine Deus filiam Sion? (Jerem. II. 1.) (1)

inalterable, y su fidelidad en cumplir los compromisos, y su exactitud en llenar cada cual sus respectivos deberes, era una censura constante del paganismo, con cuya corrupcion y desórdenes contrastaba admirablemente la santidad de los discípulos de Jesus. Hoy empero todo ha cambiado. En ningun pueblo abundan mas los ídolos que en esta tierra del Dios de Israel. Ninguno ha desmerecido tanto el dictado de pueblo santo como ese á quien plugo elegir por suyo el autor de la santidad. Horror causa y grima á la vez contemplar ese campo feraz do brotaban en un tiempo flores tan bellas y frutos tan ópimos de santificacion, y en el que al presente no se ven nacer en medio de algunas cuantas virtudes, raras por cierto, sino yerbas inútiles y venenosas. Los ódios mas violentos, las enemistades mas irreconciliables, las mas atroces infidencias, la ámbicion mas torpe, la sensualidad mas descarada, la mas refinada molicie, el orgullo llevado hasta el esceso mas insultante, las concusiones de la usura, los ágios de la codicia, las injusticias del poder, las arbitrariedades del despotismo, y la licenciosidad en la juventud, y el cinismo en las canas de la ancianidad, y la desvergüenza y el desenfreno en el sexo mas pundonoroso, y cuanto mas repugna á la razon, y mas contraría á la dignidad humana, y mas ultraja á la conciencia... hed ahí lo que hoy nos presenta generalmente el cristianismo. ¿Cómo pues, repito, se ha operado esta triste revolucion? ¿De dónde proviene esa modificación tan sorprendente como universal en las costumbres, en los hábitos y en las ideas del mundo cristiano? ¿Quién sembró esa eizaña que con una fecundidad tan estraña se ha desarrollado en el místico campo de Jesucristo? ¡Ah! «*Esto lo ha hecho el hombre enemigo.*» El espíritu de tinieblas que en el momento mismo de su triunfo, reportado sobre la debilidad del primer hombre, se vió confundido por el lábio del Omnipotente, que prometió suscitar un Reparador que haria menudos pedazos su altiva cerviz, juró desde entonces no cejar en la lucha emprendida contra el cielo: y desde entonces, segun el pensamiento de Orígenes (1), no pudiendo manifestarse visiblemente, no cesó de buscar entre los hombres mismos,

(1) Dæmones quærent organa per quæ operentur scandala. (Orig.)

órganos de su malignidad y agentes de su ódio, que le representasen en el mundo y que con sus escándalos neutralizasen al menos, ya que destruir no pudiesen, los designios de la Providencia. Y ved el arma poderosa que no ha cesado de blandir contra Cristo, especialmente desde que en la cumbre del Calvario consumó este la grande obra de la reparacion del linage humano. El escándalo ha sido en las manos de Satanás el proyectil mas hábilmente preparado para lanzarle contra el místico edificio de la religion. ¡Y cuán profundas brechas no ha abierto y abre en él de continuo! Tras la Grecia que fué la primera en inocular en el cristianismo su pérvida politica, su hinchado saber, y los sofismas de su filosofía, con todos los refinamientos de su muelle cultura, vino Roma con su fastuoso lujo, con su pompa y su desmedida ambición, y en pos de ella los bárbaros feroces, sanguinarios, lujuriosos y vengativos: y todos estos pueblos y los que les sucedieron, llevaron cada cual su génio predominante, sus vicios, sus pasiones; y desde entonces el buen grano de la semilla evangélica comenzó á quedar sofocado bajo la cizaña; y las ideas, y el lenguaje, y las costumbres de los cristianos resintiéronse de la accion funesta de aquel gérmen corrompido, que al lado de los buenos ejemplos de virtud que todavía abundaban en la Iglesia, hizo nacer vicios detestables, ejemplos de perversidad, indiferencia criminal hácia la doctrina evangélica, y una disipacion que preludió mayores desórdenes, y abrió la puerta á todos los escesos que andando el tiempo llenaron de rubor la frente augusta y venerable del catolicismo. Sí, A. O., fuerza es reconocerlo. Si la hermosura de la mística Sion se halla hoy tan horriblemente desfigurada, si la religion tiene que deplorar tantas apostasias, tantos errores y desgracias tantas; si la moral de Jesucristo se mira burlada por unos, hollada por otros, y generalmente menospreciada en la práctica; si cada dia cunde con mas vigor la insolencia de la incredulidad, la petulancia del libertinaje y la efervescencia del crimen; si el imperio de las malas pasiones toma diariamente proporciones tan colosales, y crecen tan desmedidamente los instintos brutales del sensualismo animal, y pierde su ascendiente la virtud, todo ello es obra del escándalo: porque esa cizaña mortifera esparramada con inaudita profusion y

:

con la mas incansable perseverancia en el ameno campo del cristianismo por la mano del hombre enemigo, va adquiriendo mayor fecundidad en proporcion que se multiplican los agentes del infierno llamados á la obra de tinieblas. Ved cómo de todas partes surgen esos maestros de depravacion, esos apóstoles de inmoralidad, esos mentirosos profetas del error, que de palabra y por escrito, con sus ejemplos y sus costumbres, recorren la tierra en todas direcciones, sembrando por do quiera esa simiente maldecida, enseñando á la infancia, á la juventud, á la virilidad, á todas las edades, á todos los sexos y condiciones, á despreciar la ley de Dios, á hollar sus preceptos, á burlarse de sus amenazas, á reirse de sus promesas, á mirar como ensueños los dogmas del infierno y de la vida eterna, como ilusiones las prácticas del culto, como preocupaciones las enseñanzas del Evangelio, como fanatismo las obras de piedad, y como invenciones humanas los sacramentos de la Iglesia. Ved establecerse en todas partes escuelas públicas de corrupcion y cátedras de ateismo práctico, puesto que generalmente todo en las aspiraciones del siglo y en las costumbres de la moderna sociedad no respira otra cosa mas que impudor, vanidad, orgullo, voluptuosidad; á vista de lo cual la incauta infancia aprende á conducirse con irritante desenvoltura, la virgen tímida á tomarse confianzas y libertades que concluyen por lanzar todo sentimiento de modesta reserva; el jóven respetuoso á desentenderse de toda idea de dependencia y á romper todo yugo de autoridad; la esposa fiel á profanar con audacia el tálamo nupcial; y todos en cualquier estado que se hallen, á olvidar lo que deben á Dios, á sí mismos y á la sociedad. Así se verifica que el escándalo es el cooperador y el ministro del infierno para destruir la eficacia de la reparacion operada por Jesucristo. ¡Vicio horrible! ¡Pecado detestable! ¡Crimen sin semejante! Él lleva su maldad hasta el punto de disputar al Redentor la posesion de lo que á tan caro precio comprára. Imaginad, si es que podeis sufrir siquiera la idea de semejante hipótesis, imaginad un hombre que subiendo á la montaña santa donde esa víctima del amor muere por un mundo criminal, y salvando los torrentes de sangre divina que corren por su cima, se atreviese á arrancar de entre sus brazos esas

almas queridas que él redimiera á precio de su vida de valor infinito, para arrojarlas en el abismo de la perdicion..... Pues bien, ese hombre imaginario, lo es en realidad el escandaloso. Ese es el hombre enemigo que en cuanto está de su parte nada omite por destruir el plan divino de la Redencion: y pervirtiendo con sus malos ejemplos á los que por Jesus fueron rescatados en el Calvario, de hijos de Dios que eran los convierte en esclavos de Satanás, de trofeos augustos de la Cruz en víctimas desgraciadas del infierno, sacrificando ante las aras del vicio á aquellos por quienes el Salvador sacrificó su propia existencia. No es extraño que San Pablo derramase ya en su tiempo llanto inconsolable sobre los estragos que en la Iglesia causaba el escándalo de unos hombres á quienes denominaba enemigos de la Cruz de Cristo (1). Pero ¡con cuánta mayor razon lloraria si hubiese alcanzado á ver en nuestros tiempos tantos malos cristianos consagrados, digámoslo así, vendidos á Belial, que cuentan por nada el seducir á sus semejantes, el ser los instrumentos de su ruina espiritual, gozando en cierto modo en acrecer cuanto pueden las conquistas del vicio y los triunfos de la inmoralidad! Triunfos que la semilla del escándalo multiplica de una manera fabulosa y con la mas increíble rapidez. Pues, como dice San Gerónimo, el impío no pudiendo sufrir la piedad, busca en su proselitismo el modo de sofocar los propios remordimientos bajo las ruinas de la agena virtud. El que ayer fué víctima del mal ejemplo, hoy se erige en maestro de libertinaje; el que hoy escandalizado cayó en el abismo del crimen, mañana horrorizado de su soledad aspira á asociarse otros, y en su consecuencia trabaja por arrastrarlos en pos de sí; y de esta suerte se forma esa larga cadena de escándalos recíprocos que nunca termina, ni terminará mientras duren los siglos.

¿Y quién será capaz de contener ese torrente devastador? ¿Quién podrá neutralizar los rápidos progresos de esa cizaña funesta? ¿Quién será el que se sienta con valor suficiente para decir al Señor como *dijeron los operarios* al padre de familias: *¿Quiéres que vayamos á cogerla?* ¡Ah! todo el celo de los ministros del Evangelio seria im-

(1) Flens dico, inimicos Crucis Christi. (Ad Philip. III. 48.)

potente para evitar los efectos de ese otro celo infernal característico del escándalo: y *sucedier pudiera que queriendo arrancar la cizaña, arrancasen juntamente con ella el trigo*, como respondió el padre de familias de la presente parábola. Y no decimos por esto que el celo cristiano haya de ser menos ardiente, menos activo y generoso que lo que fué en tiempos pasados, para esterminar en lo posible esa mala semilla, ó neutralizar al menos su vigorosa accion: pero nunca como ahora debe estar dotado de una gran prudencia y de un tacto escesivamente fino, observando la debida oportunidad para sacar el mejor partido posible en bien de la religion y de las costumbres. Por lo demás, si vuestros esfuerzos son infructuosos, si vuestros trabajos no dan el resultado apetecido, no por eso desmayeis, ministros del Señor. La Providencia tiene designios que os son desconocidos. *«Dejad, os dice, uno y otro hasta la siega, y entonces yo diré á los segadores: coged primero la cizaña y haced de ella gavillas para el fuego.»*

Tal es la espiacion terrible que está reservada al escándalo. ¿Qué excusa podrá hallar delante de un juez irritado cuando en el último dia de los tiempos se le haga cargo de haber arrebatado tantas almas á Jesucristo, y de haber sacrificado tantas víctimas al demonio? Ninguna. Mas le valiera al escandaloso no haber nacido, ó haberse arrojado al mar con una pesada piedra al cuello, dice el Salvador (1). ¡Ay de él! esclama San Agustin: pues entonces será responsable de todos los pecados que por su causa se hubieren cometido, por cuanto de él salieron y á él tornarán, y habrá de sufrir el condigno castigo que ellos merecen (2). Sí: un fuego inestinguible será el suplicio con que vengará eternamente la divina justicia ese crimen tan horrendo: pero fuego que ensanchará el círculo de su actividad para castigar en proporción que aquel fué mas activo para seducir; fuego que aumentará el dolor y los padecimientos del réprobo, segun que él multiplicó los elementos de corrupcion para escandalizar á sus

(1) Qui scandalizaverit... expedit ei ut suspendatur mola asinaria in collo ejus, et demergatur in profundum maris. (Matth. XVIII. 6.)

(2) Quantoscumque ad iniqua opera provocaveris, cum tantis et pro tantis perpetua suppliitia sustinebis. (S. August.)

prójimos; luego que concentrará en él solo todos los martirios á que se hicieran acreedores cuantos por su causa pecaron. La maldición del Eterno pesará sobre él mientras dure el mismo Dios, y su desesperacion no tendrá limites, cuando bendiciendo á los predestinados, diga á sus ángeles: *«introducid el trigo en mis graneros;»* á cuya voz serán trasladados al reino de la gloria celestial, á recibir el galardón de sus virtudes y la corona de la inmortalidad.

SERMON

PARA LA DOMINICA VI DESPUES DE EPIFANIA.

SATISFACCION QUE CAUSA AL ALMA EL TESTIMONIO DE LAS BUENAS OBRAS, É INFLUENCIA BENEFICIOSA QUE ESTAS EJERCEN EN NUESTROS PRÓJIMOS INSPIRÁNDOLES EL SENTIMIENTO DE LA IMITACION.

Evangelium nostrum non fuit ad vos in sermone tantum, sed et in virtute, et in Spiritu Sancto, et in plenitudine multa, sicut scitis quales fuerimus in vobis propter vos. Et vos imitatores nostri facti estis..... ita ut facti sitis forma omnibus credentibus.

Nuestro Evangelio no se anunció á vosotros solo con palabras, sino con prodigios y dones del Espíritu Santo, con eficaz persuasion: pues ya sabeis cuál fué nuestro proceder entre vosotros. Vosotros de vuestra parte os hicisteis imitadores nuestros, de suerte que habeis servido de modelo á todos los creyentes.

I. THESSAL. I. 5, 6, 7.

CUANDO entre el bullicio y la agitacion de las pasiones humanas, los hombres que viven segun las leyes del mundo buscan en vano la calma y el reposo, y rara vez experimentan una satisfaccion verdadera en los goces que les proporcionan los bienes terrenales, las almas justas por el contrario, que se hacen un deber de modelar sus costumbres por las reglas del Evangelio, encuentran dentro de sí mismas los mas poderosos motivos de paz y de consuelo, siendo para ellas el testimonio de una conciencia pura y de un proceder cristiano, un origen fecundo de gozo indefinible. Este gozo en verdad no le perciben los que acostumbrados á mirar únicamente el cristianismo en la superficie, solo vén en él preceptos que contrarian los desarreglados afectos del corazon, leyes que luchan de frente con los movimientos desordenados de la naturaleza, y mortificacion,

y cruces, y aflicciones que amargan los efimeros placeres de la carne: porque el hombre animal, segun la frase de los sagrados libros, es incapaz de gustar las cosas del espíritu (1): como que jamás sus pensamientos se elevan mas allá de esa atmósfera corrompida que le rodea, ni sus aspiraciones traspasan las lindes de lo finito y temporal. Mas no por eso deja de ser cierto que hay en el bien obrar una dicha y una felicidad, que no por ser generalmente desconocidas del mundo son menos positivas, ya se considere la virtud con relacion á las ventajas que proporciona al mismo individuo que la practica, ya relativamente á la influencia que ejerce en los demás. Algo de esto hemos insinuado en nuestros anteriores discursos; y hoy como corolario y complemento, nos lo manifiesta en términos espresos el Apóstol San Pablo, en el siguiente pasage de su Epístola á los fieles de Tesalónica que acaba de leerse.

«Sin cesar (dice) damos gracias á Dios por todos vosotros, en nuestras oraciones, acordándonos delante del Dios y Padre nuestro de las obras de vuestra fé, de los trabajos de vuestra caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en nuestro Señor Jesucristo, considerando, amados hermanos, que vuestra eleccion es de Dios: porque nuestro Evangelio no se anunció á vosotros solo con palabras, sino tambien con prodigios y dones del Espíritu Santo, con eficaz persuasion, pues ya sabeis cuál fué nuestro proceder entre vosotros para vuestro bien. Vosotros de vuestra parte, os hicisteis imitadores nuestros y del Señor, recibiendo su palabra en medio de muchas tribulaciones con gozo del Espíritu Santo: de suerte que habeis servido de modelo á todos los creyentes..... pues que de vosotros se difundió la palabra del Señor, no solo por la Macedonia y por la Achaya, sino que se ha divulgado la fé en todas partes, en tanto grado, que no tenemos necesidad de decir nada sobre esto.»

Ved ahí, A. O. M., los dos efectos principales del bien obrar, á saber, por una parte ese fondo de gozo personal que cabe al que tiene la conciencia de su rectitud, y por otra esa fecundidad de la

(1) Animalis homo non percipit ea, quæ sunt Spiritus Dei. (1. Cor. II. 14.)

virtud que la hace producir frutos copiosos de fé y de justicia en los que son testigos de sus grandezas. Lo primero recompensa abundantemente al hombre aun en esta vida de los trabajos y contradicciones que le costó el practicarla: lo segundo le proporciona un gran tesoro de merecimientos para el porvenir. Ambas ideas voy á resumir en el presente discurso manifestándoos «cuán grande sea la satisfacción que procura al cristiano la práctica de las buenas obras y la beneficiosa influencia que estas ejercen, fomentando en nuestros prójimos el sentimiento de la imitacion.» Invoquemos ante todo los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Que las buenas obras sean saludables y en sumo grado útiles al que las ejecuta, es uno de los puntos principales del dogma católico en que no nos cumple detenernos, puesto que harto pulverizados quedaron ya los errores contrarios á él con los anatemas de la Iglesia, y hoy dia apenas son conocidos los nombres de los autores de tan estraña aberracion. Todos los cristianos aun los mas ignorantes saben que ni el vaso de agua dado en nombre de Dios al que tiene sed (1), ni el insignificante óbolo ofrecido por la pobre viuda al menesteroso, ni aun siquiera el buen deseo, cuando otra cosa no es posible ofrecer, quedará sin su justa recompensa delante del Señor que vé el corazon humano (2), distingue perfectamente sus mas ocultos repliegues, y lee sus mas íntimos pensamientos. Y si esto es incontestable, ¿quién podrá dudar que toda accion virtuosa ejercida con un recto fin lleva en sí misma un fondo de merecimiento que nada puede disputarla, puesto que nace de una voluntad libre y por

(1) Quicumque dederit calicem aquæ frigidæ... non perdet mercedem suam. (Math. X. 42.)

(2) Dominus autem intuetur cor. (1. Reg. XVI. 7.)

lo tanto responsable de todos sus actos? Mas no es la cuestion del mérito ó demérito la que hoy me he propuesto tratar, ni por consiguiente debo insistir en ella: y si la he tocado ligeramente, solo ha sido por la relacion que puede tener con el principal punto que hoy nos ocupa. Por lo demás, á nadie puede caber la menor duda que hay en el ejercicio de la virtud, ó sea en el bien obrar, un principio de gozo interior y de satisfaccion personal que constituye digámoslo así la primera recompensa del hombre, y como un destello anticipado de aquella otra corona de justicia que le está reservada por el justo remunerador (1). ¿Quién es el que en su vida no ha experimentado esa paz del alma, esa alegría del corazón, esa expansion del espíritu, ese sentimiento de dicha que acompaña á la práctica del bien, tanto mas sensible cuanto es mayor la inquietud, la tristeza, el malestar, el tormento que se experimenta obrando mal, aun cuando se procure á todo trance adormecer en el seno de unas pasiones lisonjeras el dolor profundo que á despecho del pecador le ocasiona el pecado? ¡Ah! Así como no hay cosa que mas vivamente afecte, ni con mas recrudescencia hiera que el remordimiento punzador de una conciencia criminal, que de dia y de noche, en todas partes y en todas circunstancias acusa al delincuente, siguiéndole como un horrible fantasma, recordándole lo quiera sus excesos, y turbando sus momentos mas alegres, como la invisible mano que escribía la sentencia de Baltasar en las paredes del salon donde celebraba un opíparo festin (2); tampoco hay por el contrario cosa mas grata que el testimonio de una conciencia pura é irreprochable que dice al cristiano: «Has obrado bien, has cumplido tu deber, has llenado tus destinos y correspondido á tu vocacion.» Cien batallas ganadas en el campo del honor contra enemigos formidables no proporcionan al guerrero una satisfaccion tan pura; todos los tesoros de Creso acumulados en las arcas del codicioso negociante no le causan un gozo tan cumplido; ni los cetros ni las coronas todas del mundo hacinadas á los piés del monarca mas orgulloso ó del mas insaciable

(1) In reliquo reposita est mihi corona justitiæ, quam reddet mihi Dominus in illa die justus iudex.

(2) Danieli V. 5.

conquistador, no son capaces de inspirarle una tranquilidad tan perfecta, como al cristiano mas pobre y despreciable ese grito interior que aplaude sus acciones justas y virtuosas, y le dá el parabien de haber obrado conforme á la ley de Dios, aun cuando él en su modestia se juzgue el mas indigno de todos los hombres. No: los gritos de la humildad jamás podrán ahogar la voz poderosa de una conciencia justa: y siquiera reconociendo el hombre, como debe, que todo cuanto tiene es de Dios, y que á él esclusivamente pertenece cuanto de bueno hay en la criatura, puesto que ésta de suyo nada posee sino miseria y pecado, trate de ocultar el brillo que despide la virtud, y confundirse en el polvo de su origen, no por eso podrá evitar esa voz que en el fondo de su alma aprueba el bien hecho en vista de Dios y le decreta un justo triunfo.

Notad empero, A. O., que he dicho «el bien ejecutado en vista de Dios:» porque es preciso tener presente que solo aquellas acciones que parten de ese principio y se dirigen á ese fin, son positivamente virtuosas y como tales dignas de ese testimonio interior. Por eso nos exhorta el Apóstol á obrar siempre movidos de esa idea y á dirigir todos nuestros pensamientos á la gloria del Señor (1): por cuanto siendo suyos, perteneciendo á él en todos tiempos y circunstancias, lo mismo en la vida que en la muerte (2), él única y esclusivamente debe ser el objeto de nuestro bien obrar. De lo contrario, si el humo del orgullo trastorna nuestra inteligencia, si el aliento de la vanagloria corrompe nuestro corazon, si el contacto del amor propio marchita nuestro espíritu, entonces las virtudes mas laudables dejarán de serlo, los mas heróicos sacrificios carecerán de todo merecimiento, nulas y de ningun valor serán nuestras obras mas recomendables. Y aunque nuestra mortificacion escudiese á la de los mas austeros moradores del desierto, y nuestra pureza sobrepujase á la de los ángeles, y nuestra fé hiciese los mayores prodigios, y nuestra caridad llenase el mundo entero, si en todo esto no fuese Dios el primer móvil, ó se mezclase el menor efecto desordenado, entonces

(1) Sive manducatis, sive bibitis, sive quid aliud facitis, omnia in gloriam Dei facite. (Cor. X. 31.)

(2) Sive ergo vivimus, sive morimur, Domini sumus. (Ad Rom. XIV. 8.)

ya habríamos recibido la única recompensa que pudiéramos esperar: la de los hombres, no la de Dios, porque éste detesta toda ofrenda y abomina todo sacrificio que no procede de una voluntad generosa, desinteresada y libre de toda idea de vanidad.

Y ved, A. M., el contraste que ofrece el obrar en vista de Dios y el obrar por humanos respetos. ¿Qué es lo que el mundo dá á los suyos en cambio de los afanes con que por él trabajan? ¡Oh! Si dable fuera que esos grandes génios, esos famosos guerreros y célebres conquistadores cuya gloria llenó un día el universo, despertasen del eterno sueño de la muerte y viniesen á ver el fruto de sus sacrificios; ¿qué encontrarían mas que algunas ligeras huellas de su pasada existencia? Verían tal vez sus nombres escritos en los fastos de las antiguas capacidades, sirviendo de objeto de una fria curiosidad que los lee sin experimentar hácia ellos el menor interés. Verían quizás consignados en la historia algunos rasgos de sus hazañas, espuestos á la censura pública, ágría unas veces, intolerante otras, casi nunca imparcial, y jamás esenta de las pasiones del ódio ó de la envidia. Verían acaso monumentos artísticos levantados á su memoria cuando ya nó pueden gozar de ellos, por una posteridad que en vano intenta indemnizarles del olvido de su siglo que cuando vivían les disputó este honor y les negó este recuerdo. Verían en fin una celebridad tardía y por consiguiente sin efecto, una reputacion estéril siquiera aparezca brillante, ó mas bien, una sombra que huye de ellos como el único resto del pasajero resplandor de su mérito. Hed ahí todo lo que el hombre puede esperar del hombre: á esto está reducido todo el poder de la historia y la magnificencia del arte en favor de los que consagran al mundo su vida y sus acciones. No así empero el cristiano que refiere todas sus obras á la gloria de Dios, y nó conoce otro objeto ni lleva otro fin que agradarle y cumplir en todo su santísima voluntad (1). Por mas que el mundo desconozca su mérito, y aun cuando llegue á menospreciar con fria indiferencia el heroísmo de sus virtudes, nada de esto le desanimará;

(1) Ut servi Christi, facientes voluntatem Dei ex animo. (Ad Ephes. VI. 6.)

tanto menos, cuanto que no teniendo parte alguna en su bien obrar ni el respeto humano ni la recompensa momentánea del siglo, porque su intencion es pura, y él es el primero en reconocer que todo lo bueno en el órden natural y sobrenatural es de Dios y no suyo propio, solo de él espera el fallo imparcial y el justo galardón de sus buenas obras, y sabe y está firmemente persuadido que aquel en quien cree las tiene guardadas como en un depósito para remunerarlas en el día de la revelacion (1). ¡Y qué satisfaccion puede compararse á la del justo, que al testimonio de una conciencia irreprehensible puede añadir el convencimiento de la fidelidad de un Dios que jamás olvida las acciones virtuosas del hombre (2); que desde lo alto de su escelsa morada tiene fijos en ellas sus divinos ojos (3); y en cuya justísima balanza lo que aquí en el mundo pareció levísimo y momentáneo, tendrá en la eternidad un peso inmensurable de gloria (4)! ¡Ah! con razon puede el cristiano fiel esclamar como Job: «En el cielo está mi testigo, y en las alturas el que sabe y conoce todas mis obras (5).» Si: allí están todas ellas presentes al invariable conocimiento del infinitamente sábio, y ni la mas insignificante se borrarà de su memoria. Al fin de su carrera, en el instante en que se abran á su vista las puertas de la eternidad, á la luz de los divinos resplandores verá el justo inseritos en el gran libro de la vida todos sus títulos á la suprema bienandanza: y se sorprenderá al contemplar igualmente recompensadas las secretas virtudes de las Rebecas modestas, que las brillantes victorias de las Judithes fuertes y valerosas; lo mismo la beneficencia generosa pero oculta de los religiosos Tobías, que el celo ardiente de los Elías y Danieles; la tolerancia y sufrimiento de un Job bien así como la intrepidez y arrojo

(1) Scio cui credidi, et certus sum, quia potens est depositum meum servare in illum diem. (II. Timot. I. 42.)

(2) Non enim injustus Deus, ut obliviscatur operis vestri. (Ad Hæbr. VI. 4.)

(3) Non auferet á justo oculos suos. (Job. XXXVI. 7.)

(4) Quod in præsentí est momentaneum et leve... supra modum in sublimitate æternum gloriæ pondus operatur in nobis. (II. Cor. IV. 47.)

(5) Ecce in cælo testis meus, et conscius meus in excelsis. (Job. XVI. 20.)

de un Eleazar; la fé humilde de los Zaqueos y Cananéas, no menos que los hechos prodigiosos de los Pablos y demás defensores acérrimos de Jesucristo. Tal es el poder de las buenas obras con respecto al que las practica. De este modo enriquecen su alma, y la engrandecen delante de un Dios que en frase de San Agustin acepta la buena voluntad cuanto no es posible realizarla, y corona la sinceridad de los deseos toda vez que no puede acompañarlos la accion: porque su ojo divino que jamás se cierra, como dice el Crisóstomo, percibe en lo que el buen cristiano hace en casos dados, lo que hubiera hecho en otras circunstancias, y distinguiendo en la bondad de su conducta actual la sublimidad del motivo que indudablemente le hubiera elevado á mayor altura, se dá por satisfecho, y muéstrase tan liberal en la recompensa como si de hecho se hubiera ejecutado la accion.

Pero no nos detengamos mas en examinar las ventajas que proporciona al individuo el bien obrar, y pasemos á hablar brevemente de la feliz influencia que ejerce en los demás escitándoles á la imitacion y estendiendo y fomentando de este modo sus beneficiosos efectos. Hed aquí la parte mas interesante del gozo que manifestaba el Apóstol en su citada Epistola á los fieles de Tesalónica, cuando despues de manifestar la satisfaccion que le cabia por haber procedido respecto de ellos cual cumplia á la mision con que Jesucristo le honrara, procurando en todo el mayor bien espiritual de aquella porcion confiada á su celo, se dá á sí mismo el parabien de ver el resultado que en ellos produjeran su doctrina y ejemplo; y no cesa de dar gracias al Señor porque tan fecundas han sido sus buenas obras, multiplicándose en tantos otros imitadores de su fé, de su caridad y de todas sus virtudes, y difundiéndose y propagándose donde quiera por medio de éstos, como una preciosa semilla que en todas partes iba brotando frutos copiosos de santidad y de perfeccion cristiana. *Et vos imitatores nostri facti estis..... ita ut facti sitis forma omnibus credentibus..... A vobis enim diffamatus est sermo Domini, non solum in Macedonia et in Achaya, sed et in omni loco fides vestra profecta est.* Tal es en efecto el carácter esencial de las buenas obras; ellas tienen una fuerza de atraccion que arrastran casi insensiblemente á imitarlas á cuantos se hallan

bien dispuestos, porque la luz que despiden no solo alumbrá la inteligencia, sino que enardece el corazon, creando en él el amor de la virtud, comunicándole buenos deseos, santas inspiraciones, sentimientos generosos, y firmes resoluciones. Ved cómo todas las poblaciones de la Judea corren en pös de Jesucristo por donde quiera que pasa. Ved cómo las ciudades quedan desiertas, y los desiertos se pueblan de gentes de todas gerarquías y condiciones que no pueden separarse del Salvador. Ved cómo le salen al encuentro en todas direcciones, y la muger y el niño, y el rico y el pobre, y el militar y el sábio se acercan á él, y le rodean con entusiasmo, y le vitoarean y aclaman..... Decidme, pues, ¿cuál es la causa de ese movimiento y de esa simpatía tan general que do quiera encuentra el hijo del artesano de Nazareth? ¿Cómo se esplica esa fuerza de atraccion que lleva tras de sí las grandes masas á pesar de su exterior humilde que en nada revela el brillo de su origen divino? ; Ah! No la busqueis en su ciencia, que aunque tan sublime y celestial, entre algunos pocos admiradores, cuenta muchos mas émulos envidiosos dispuestos siempre á oponerse á ella; no en sus milágrs, que si bien visibles y sorprendentes, mas de una vez no merecen sino calumnias y desprecio; no en sus riquezas, pues ningunas posee el que no es de este mundo, ni espera de él sino persecuciones, tormentos y cruz. No, A. O. M.: la fuerza de Jesucristo, su poder, su grandeza está en las buenas obras. Estas que en todas partes se multiplican y brillan de una manera prodigiosa, á despecho de las malas pasiones que á todo trance intentan oscurecerlas, son las que le dán ese prestigio, las que le captan la benevolencia y le hacen ejercer un ascendiente tan universal. Como quiera que todos sus pasos dejan marcada la huella del bien (1), y nada se observa en él que no revele la virtud mas pura, la mas eminente perfeccion, la santidad por escelencia, de ahí el que ni la prevencion de sus enemigos, ni el ódio de sus antagonistas, ni la maledicencia farisáica, ni la envenenada calumnia, ni el sangriento epígrama, ni cuanto para neutralizar sus efectos hace el presuntuoso escriba, el hipócrita

(1) Pertransiit benefaciendo. (Act. X. 38.)

sacerdote, el fementido y venal pontifice, sea bastante á evitar la influencia de unas acciones tan edificantes, de una vida tan irrepreensible y superior á los esfuerzos de la malignidad. ¿Y á qué otro elemento debió sus progresos el cristianismo, sino á las virtudes de los verdaderos creyentes? De poco hubieran servido las buenas doctrinas, si éstas no hubiesen llevado la sancion de las buenas obras. Sobre que el hombre, lo mismo en religion que en cualquiera otra cosa, es mas propenso á imitar que á crear, resulta además que en la virtud hay un principio de vitalidad que nunca está en inacción, que obra sin cesar, y tiende de suyo á comunicarse á todos indistintamente; y como por otra parte el bien es el verdadero y esclusivo objeto de la voluntad humana, una vez conocido, no puede menos de ser aceptado. De ahí el desarrollo progresivo de ese germen fecundo que donde quiera dejan las buenas obras. Ellas engendran en primer lugar la simpatía, la simpatía despierta el afecto, el afecto trae consigo el aprecio, al aprecio sigue el deseo de sus ventajas, y de éste nace la imitacion. ¡Cuántas almas frias antes é indiferentes comenzaron su carrera en el bien por la simple aceptación de una buena obra, de aquí se animaron á la práctica de ella, y por medio de ésta, subiendo de las costumbres á la ley, y de la ley al legislador, llegaron al mas alto grado de perfeccion cristiana! ¡Cuántas.....! ¡Pero inútil seria sobre inoportuno detenernos aquí á desenvolver un asunto de que ya en otras ocasiones nos hemos ocupado. Sábese muy bien cuán grande sea la influencia de la virtud, cuán poderoso el ascendiente del buen ejemplo: y la esperiencia diaria demuestra de un modo visible que todo en el órden moral se halla subordinado á la accion del cristianismo y á la práctica de sus preceptos, mucho mas que al influjo de sus doctrinas. Éstas pueden contradecirse: aquella nunca podrá oscurecerse; el apostolado de la palabra podrá ser estéril é infecundo: pero el apostolado de la virtud rara vez dejará de obtener resultados.

¡ Dichoso pues el que, como S. Pablo, no solamente posee la conciencia de sus buenas obras y el testimonio honroso de su proceder en todo conforme al espíritu de su vocacion, sino que al gozo y á la satisfaccion que de esto le resulta, puede añadir la gloria positiva

de haber contribuido por su parte á la propagacion de las virtudes cristianas con el ascendiente de su conducta edificante! No creo, A. M., que pueda haber felicidad mas envidiable que la del cristiano que á la manera del Apóstol puede presentarse donde quiera y decir: *Scitis quales fuerimus in vobis propter vos.* Mi proceder os es conocido, no ignorais cuáles han sido mis costumbres: mis obras están bien patentes en los preciosos frutos que han producido entre vosotros. Sobre el cimiento de mis buenas obras levantásteis el edificio espiritual de vuestras virtudes. Habeisme imitado, y de ello me gozo, porque otros á su vez han seguido vuestro ejemplo, y por todas partes se ha extendido la fé de Jesucristo y el poder de su religion: *Et vos imitatores nostri facti estis..... ita ut facti sitis forma omnibus credentibus.*

Aspiremos todos á ese testimonio; procuremos obrar bien en todo tiempo para merecer esa gloria, única digna de la ambicion de un cristiano. Que nuestra conciencia no tenga jamás que reprendernos en lo mas leve, antes bien nos sirva su fallo de un constante motivo de consuelo y de satisfaccion. Pero no nos limitemos á esperar de Dios la recompensa de nuestras virtudes en la otra vida, ni cifremos únicamente en esta esperanza el motivo de nuestro bien obrar. Sea generoso, desinteresado, noble, y digno de aquel á quien servimos. Y entre tanto si algun interés debemos tener, es el que su gloria se propague y fomente mediante la influencia de nuestro ejemplo, que éste encuentre muchos imitadores, y que todo el mundo tenga ocasion de alabar y engrandecer en nosotros y por nosotros al Señor. De esta suerte felices y dichosos en el tiempo, lo seremos incomparablemente mas un dia en el seno de la inmortalidad.

HOMILIA

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

GENEROSA Y ADMIRABLE CONDUCTA DE DIOS EN LLAMAR Á LOS HOMBRES EN
TODOS TIEMPOS PARA QUE SE CONVIERTAN Y SALVEN.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«El reino de los cielos es semejante á un padre de familias que al romper el dia salió á llevar operarios á su viña: y ajustándose con ellos en un denario por dia, envióslos á su viña. Saliendo despues cerca de la hora de tercia, vió á otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: *Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Otra vez salió cerca de las horas de sesta y de nona, é hizo lo mismo. Volvió á salir cerca de la hora undécima, y halló á otros que estaban tambien sin hacer nada, y les dice: ¿Por qué os estais aquí ociosos todo el dia? Respondiéronle: Es que nadie nos ha llevado. Dijoles: Pues id tambien vosotros á mi viña. Puesto el sol, dijo el dueño de la viña á su mayordomo: Llama á los operarios, y págalos su jornal, empezando desde los últimos hasta los primeros. Venidos pues los que habian ido cerca de la hora undécima, recibieron un denario cada uno. Cuando al fin llegaron los primeros se creyeron que recibirian algo mas: pero no recibieron sino el mismo jornal que los otros, cada uno su denario. Y al recibirle, murmuraban contra el padre de familias diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora, y los has igualado á nosotros que hemos soportado el peso del dia y del calor. Pero él respondiéndole á uno de ellos le dijo: Amigo mio, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo que es tuyo, y vete. Quiero y es mi voluntad dar á este último lo que á ti.... Así serán primeros los últimos, y últimos los primeros. Muchos son los llamados, y pocos los escogidos.»*

MATTH. XX. 1 ET SEQ.

EL gran negocio del hombre en este mundo, su destino principal, su mision esclusiva consiste en servir á Dios en el tiempo, para poder despues gozar de la eterna bienandanza que le está prometida en premio de su fidelidad. Hé aquí el fin para que fué criado; para

esto le fué dada un alma racional, se le infundió un espíritu inmortal, se le enriqueció con una inteligencia capaz de los mas altos conocimientos, se le dotó de una voluntad libre para amar ó aborrecer, para elegir ó rechazar el bien ó el mal, y se le marcó por último con el sello de la divinidad, á cuya imágen y semejanza fué formado por la mano del supremo Hacedor. ¡Y ojalá nunca hubiera olvidado su vocacion sublime, ni separándose del camino que le trazára el cielo! ¡Ojalá no hubiese desconocido la altura de sus destinos, ni desentendidos de sus deberes. Pero desgraciadamente no tardó en abusar de los dones de Dios en su propio daño, y sirviéndose de ellos para rebelarse contra el que le criára, se encontró súbitamente transformado: y de objeto que era antes de las divinas complacencias, vióse hecho el blanco de las iras del Omnipotente, agoviado bajo el peso de su anatema, y cual hijo desheredado de todos sus derechos, arrastrándose en el polvo, cubierto de afrenta, y seguido por do quiera de la maldicion fulminada contra él en el paraiso. Todos sabeis la historia de la caída primitiva de la humanidad, y no ignorais tampoco la de su inefable reparacion. La sangre de un Hombre-Dios que corrió en el Calvario lavó aquella fea mancha que toda la raza de Adan venia heredando con la sangre de su primer padre. El mundo vió desaparecer los crímenes de cuatro mil años ante aquella Cruz en que se operó su redencion. Estrellóse contra ella la tiranía del infierno: y el imperio de Satanás, dueño hasta entonces del universo, hundióse para siempre, quedando amarrado al pié del leño santo, el que por espacio de cuarenta siglos venia ejerciendo sobre la humanidad un poder despótico. En la gran lucha trabada entre la justicia y la misericordia divinas, el triunfo se decidió por esta última, y merced á ella el mundo quedó salvado; y el hombre redimido á precio de la vida de un Dios, pudo aspirar desde entonces á aquella eterna felicidad que por su culpa perdiera. No empero sin trabajo propio debia conseguir tan grande bien, no sin luchar y vencer debia ceñir la corona inmortal. Fruto de un combate sangriento habia sido su libertad: premio de copiosos sudores y de heroicos esfuerzos su rescate; y por lo tanto justo era que así como por franquearle las puertas de la vida y el reino de la eterna

paz, no dudó Jesucristo aceptar las penalidades y el dolor propios del hombre, el hombre á su vez no rehusase ningun género de sacrificios para merecer lo que tanto costó á aquel Padre infinitamente piadoso. ¿Y qué es lo que este exige de él al efecto? Poco, considerada la inmensidad del bien que se trata de conseguir: nada, si se tiene en cuenta que el mismo que manda al hombre trabajar por su propia felicidad, le facilita todos los medios oportunos para lograrla. Todo ello pues está reducido á la observancia de los divinos preceptos, á la mortificacion de los apetitos desordenados, al vencimiento de las malas pasiones: y para esto tiene á su disposicion copiosos auxilios celestiales, gracias en abundancia que nunca le escasea el Señor, y su misericordia que jamás le abandona, y su omnipotencia que le defiende en los momentos de lucha y de peligro, y su amor que le perdona sus debilidades, y sus sacramentos que como otras tantas fuentes regeneradoras le purifican y lavan de sus manchas, y su palabra, alimento misterioso que le fortalece y vigoriza para caminar por la senda de la salvacion, y sus promesas que le dan aliento y esperanza para hacer frente á los reveses del tiempo, y... ¡Cuánto ha hecho y hace ese Dios en favor del hombre! ¡Cuán inefable se muestra su bondad en los medios de atraerle á sí! Y no obstante esto, el hombre siempre miserable ó ingrato, parece haberse propuesto luchar constantemente contra la misericordia de Dios que le tiende sus brazos, rechazar sus llamamientos paternales, y ensordecir á su voz que le convida con la felicidad..... Mas no se crea que por eso se cansa, sino que en todo tiempo y á cualquiera hora está dispuesto á recibirle, como que no hay hora ni momento en que deje de llamar á las puertas de su alma para que se convierta y viva.

En efecto, *el reino de los cielos*, ó sea la Iglesia, es semejante á un padre de familias que al romper el dia salió á llevar operarios á su viña. Esta viña mística es el alma, á cuyo cultivo nos llama el Señor desde la aurora misma de nuestro sér. Todo cuanto nos rodea desde que venimos al mundo, es una voz muda pero elocuente que nos anuncia la grandeza de Dios y la sublimidad de nuestros destinos. Pero no basta que la creacion entera con sus bellezas

inimitables, y los cielos que despliegan incesantemente las magnificencias del Criador, y la tierra en cuyas producciones está marcado el sello de su omnipotencia, y los astros del firmamento, testigos irrecusables de su sabiduría, y nuestro mismo sér tan débil, tan impotente y miserable de suyo, nos repitan á los oídos que para Dios fuimos hechos, y que él es el único centro donde podemos hallar descanso. Todo esto es poco para un padre tan amoroso y tierno, y tan luego como del seno maternal salimos á la luz, nos conduce por la mano de la religion al regazo de la Iglesia, madre comun de los predestinados; nos dá el nombre de hijos, é imprime en nuestras frentes el sello de la redencion; ármanos con el escudo de la fé para rechazar los embates del enemigo de nuestra felicidad; nos infunde la caridad del espíritu divino para robustecernos contra las asechanzas del mundo y de la carne; rodéanos en la infancia como de una valla mediante una educacion cristiana para defendernos de los riesgos que corre nuestra inocencia, multiplicando en torno nuestro los buenos ejemplos, y proporcionándonos el alimento espiritual de la divina palabra á medida de nuestras necesidades y de nuestra capacidad, sin abandonarnos un solo instante, porque le es muy cara nuestra salvacion, y nuestra alma es el único y esclusivo objeto de sus atenciones. Ved si puede hacer mas por sus hijos el padre mas tierno y amante. Y no es decir que quepa en él la menor aceptacion de personas (1), sino que á todos indistintamente llama, á todos convida á trabajar en su propia salvacion, á todos les brinda con unas mismas esperanzas y les hace idénticas promesas; y al modo que el padre de familias del Evangelio llamó á los operarios *y ajustándose con ellos en un denario por dia, les envió á su viña*, no de otra suerte el Señor desde el instante primero de nuestra vocacion, nos ofrece en recompensa del trabajo el reino de los cielos, y una bienaventuranza perdurable.

¿Y cuál es en general la correspondencia de los hombres á este divino llamamiento? ¡Ah! Para unos pocos que dóciles á la voz del Señor acuden á él, y trabajan con afan en el cultivo de su alma, y

(1) Act. X. 34.

aprovechan unos momentos preciosos que tal vez deben decidir de su porvenir, ¡cuántos mas son los que ensordeciendo ingratos, malogran en pueriles vanidades los bellos días de la infancia, y pasan la niñez en los mas torpes escesos, y llegan á la juventud manchados con todo género de vicios y contagiados con los mas criminales errores! ¡Cuántos los que entrando en la edad de la reflexion, sin haber adquirido siquiera la menor nocion de su origen y de su fin, consagran al mundo una inteligencia vírgen que Dios formára para sí, sacrifican ante las aras del placer y de las pasiones mas vergonzosas un corazon criado para la virtud, y corriendo de precipicio en precipicio, y despeñándose de abismo en abismo, llegan con una precocidad inaudita al término del crimen cuando apenas comienzan á vivir, y profanan con delitos horribles un alma en que Dios imprimiera el sello de su semejanza divina! ¡Desgraciados! Bien pudiera el Señor en su justo enojo cortar el hilo de una vida que desde luego no promete otra cosa que un encadenamiento no interrumpido de maldades, y hacer descender al sepulcro en la primavera de sus años á unos séres tan inútiles como perjudiciales. Al que tan impiamente menospreció á quien amoroso le llamára ofreciéndole el precio de su sangre divina, ¿qué extraño le arrojase al rostro esa misma sangre conculcada como un padron eterno de maldicion y de ignominia? Mas no es esto lo que comunmente sucede: lo mas frecuente es que el Señor paciente y sufrido hasta con esceso, y rico en piedad y en tolerancia (1), tenga lástima de los pecadores haciendo triunfar en su alma la misericordia de la justicia (2): y para uno á quien haga sentir el peso de su vengadora diestra, son muchos, innumerables con los que se muestra Padre benigno y sin par clemente, y vuelve á llamarlos á pesar de su ingratitud como el pastor á las ovejas descarriadas de su aprisco (3), y los busca solícito como la muger la dracma perdida (4), y hasta les importuna

(1) Ad Ephes. II. 4.

(2) Jacob. II. 13.

(3) Luc. XV. 4.

(4) Ibid. 8.

para que tornen á su seno amoroso (1): y dándose por satisfecho de una lágrima de arrepentimiento, de un suspiro de pesar, de un simple deseo de enmienda, de una mera palabra filial (2), les sale al encuentro ofreciéndoles de nuevo un océano de delicias en premio de los trabajos de un día: pues menos que un día es la vida del mortal sobre la tierra comparada con la eternidad de Dios.

Testigos sois, A. O. M., de esta conducta amorosa del Señor, semejante en un todo á la del padre de familias de nuestro Evangelio, quien saliendo despues cerca de la hora de tercia vió á otros que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: *Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que sea justo.* Todas las edades, todas las circunstancias de la vida del hombre son á propósito para convertirse: y por eso en todas indistintamente desarrolla el Señor sus bondades, y manifiesta su deseo, y hace brillar su celo por atraer á sí á los cristianos que en una indolente ociosidad malgastaron sus mejores días en disfrutar de las delicias y placeres de lo presente sin acordarse del porvenir. Lleno está el mundo de esos seres ociosos que cual si no tuviesen otro destino en la tierra mas que el de apurar la envenenada copa del vicio con que les brinda la infame Babilonia, desentendiéndose de que dentro de un cuerpo corruptible llevan un alma inmortal que debe sobrevivir al polvo de la tumba, y sin tener en cuenta la espacion terrible que les espera, engólfanse cual imprudentes navegantes en el alta mar de las pasiones, y haciendo, digámoslo así, un llamamiento general á todos los desórdenes, y calculando todos los medios de fruicion que puede inspirarles una imaginacion ardiente y apasionada, y estudiando los medios de satisfacer sus desenfrenados apetitos, toda su ocupacion se reduce á sacar del mundo todo el partido posible. «La vida, dicen, es breve, nuestros días se deslizan insensiblemente como la mansa corriente de un arroyo, los encantos de la juventud pasan como un meteoro eléctrico: tras ella viene á pasos agigantados la edad madura en que los graves negocios de la vida social secan la fuente del sentimiento, ab-

(1) Redite prævaricatores ad cor. (Isaia. XLVI.)

(2) Saltem amodo voca me: Pater meus. (Jerem. III. 4.)

sorviendo las gratas ilusiones del corazón: y en pos la vejez fatigosa é importuna se avanza con el tédio y el fastidio..... No malogremos pues unos instantes tan preciosos: no hagamos envejecer prematuramente unas frentes radiantes de vida y de juventud: no marchitemos de antemano unos corazones que respiran vigor y lozanía. Quédense para despues las amarguras de la penitencia: más tarde podremos abrazarnos con las penalidades de la Cruz. Cuando los años vengan á apagar el ardor de las pasiones, cuando el otoño de la vida venga á reemplazar los verdores de la primavera, y el helado viento de la ancianidad desnude este árbol ahora tan frondoso, entonces fuerza será pensar en el porvenir. Entre tanto, ciñámonos nuestrás sienes con vistosas guirnaldas, disfrutemos cuanto nos sea dable de las bellezas de la creación, deshojemos una por una las rosas del placer..... Gocemos de todo cuanto nos rodea: mañana acaso será ya tarde, y solo nos quedará el despecho de no haberlo ejecutado (1).»

Esto, A. O., no es una ficción, no es una bella figura retórica, ni un atrevido rasgo de elocuencia; es un hecho, y hecho harto general por desgracia. Donde quiera la juventud no respira otros sentimientos, ni manifiesta otros deseos. Gozar: hed ahí su sueño dorado, su pensamiento constante, su idea acariciada, y el centro á donde convergen todas sus aspiraciones. Diríase que á esto únicamente está llamada, segun que se muestra afanosa de multiplicar en todos sentidos los elementos de fruición, sustituyendo unos placeres á otros, inventando diariamente nuevos medios de escitar la sensualidad, refinando cada vez mas el arte de adormecer en el seno de la molicie hasta el menor sentimiento de religion. Y sin embargo, Dios en su inefable misericordia tolera ese desórden, y aunque hondamente herido por tanta impiedad, y aunque justamente indignado de tamaña ingratitud, evocando no obstante en favor del hombre los tiernos sentimientos de padre, al ver correr al precipicio tantos hijos que no por ser tan desnaturalizados dejan de serle sumamente caros, todavía sale á buscarlos, aun los llama con amoroso acento, y les

(1) Recedite, recedite, exite inde, polittum noite languere. (Lam.)

(1) Sapient. II. 4 et seq.

(L. II.)

dice: «Id tambien vosotros á mi viña.» No importa que hayais manchado vuestra florida edad con vicios que os han degradado y envilecido; no importa que hayais consagrado al mundo unos dias que de justicia me pertenecian; no importa que ociosos para obrar el bien, solo hayais mostrado actividad para el crimen, cuyas profundas huellas veo impresas en vuestros semblantes gastados por los excesos de licenciosos placeres. Id tambien á mi viña: y si en lo intenso del trabajo procurais ganar lo que de tiempo perdisteis, si redoblando vuestros esfuerzos tratáis de indemnizar los instantes que en mal hora desperdiçasteis, yo os daré una recompensa ajustada á vuestro celo.» Tan grande y admirable se manifiesta la clemencia de ese divino padre de familias. Digan cuantos me escuchan si entre el estrepitoso ruido de los goces mundanales á que se entregaron tal vez en su juventud, si en medio del tumultuoso vocerío de unas pasiones mimadas que intentarían ahogar la voz de la razon y de la conciencia, y cuando mas engolfados se hallaban en ese mar sin fondo del placer, no escucharon ese grito interior de la religion, esa voz del padre de familias que les decia: Tornad á mí, desgraciados: abandonad esa Babilonia seductora que os oculta la muerte bajo el dorado cáliz que os presenta risueña; salid presurosos de su recinto, huid de sus murallas, no os manilleis con sus impurezas (1); venid á mi viña predilecta; la religion os ofrece goces puros, encantos positivos, delicias interminables, placeres que no amancillan, bellezas que no se marchitan, gustos que no cansan y bienes que nunca terminan. Y no hay tiempo en que esta escena no se repita. Igualmente misericordioso el Señor con el hombre á la edad viril que al declinar la tarde de sus dias, siempre y donde quiera le sigue en pos. Si el padre de familias *salió cerca de las horas de sexta y de nona é hizo lo mismo*, no de otro modo Jesucristo, ya por sí mediante sus santas inspiraciones, ya por medio de sus enviados, en ninguna ocasion deja de instar al pecador con oportunidad é importunidad, para que se convierta y viva. Y siquiera muchos rezagados y obstinados aplacen su conversion hasta los últimos momentos para

(1) Recedite, recedite, exite inde, pollutum nolite tangere. (Isaia. LII. 11.)

cuando al declinar el sol de la vida se acerca ya la noche del sepulcro, no por eso los abandona á los efectos de su obstinacion; y volviendo á salir, como el padre de familias á la hora undécima al verles sin hacer nada por su eterna salvacion, les dice: *¿Por qué os estais ociosos todo el dia?* ¿Ociosidad lamentable la de tantos cristianos que sin saber á qué hora vendrá el Señor á llamarlos, porque esto aun los ángeles lo ignoran (1) y solo cumple saberlo al que tiene contados nuestros instantes en el reloj de su providencia, pasan todo el dia, es decir su vida entera, en una culpable inaccion con respecto á sus eternos destinos! ¿Y no os basta, pecadores, haber desperdiciado vuestra infancia en fútiles distracciones, y malogrado vuestra juventud en vicios ignominiosos? ¿No os contentais con haber consagrado al mundo vuestra edad viril, entregándoos únicamente á los negocios terrenales, sin elevar siquiera vuestros pensamientos al gran negocio de la eternidad? ¿Tan poco vale para vosotros la salud de vuestra alma que la posponeis á la posesion de un poco de oro que presto ha de desaparecer entre la corrupcion de un sepulcro? ¿Tan indiferente os es el ser para siempre dichosos ó desgraciados, que ni siquiera pensais en ofrecer á Dios el último crepúsculo de una existencia cercana al ocaso, negándole hasta los postreros residuos de una larga vida cuyas primicias ofrecisteis á Belial? Mirad delante... un solo paso distais de la fria hoya que debe recibir vuestros restos mortales. Levantad los ojos... amenazando está vuestras cabezas inclinadas por la vejez la guadaña fatal, que en un momento va á deshacer todos vuestros proyectos y á poner término á vuestras ambiciones. ¿Qué esperais? ¿Que vuestros vicios descendan con vuestros huesos al polvo de la corrupcion? ¿Que os acompañen vuestras pasiones al abismo del infierno? ¿Que vuestra obstinacion os hunda eternamente en aquella mansion de perdurable llanto? En vano intentareis decir como los operarios del padre de familias: *Es que nadie nos ha llevado.* ¿Impóstura calumniosa contra Dios, cuya misericordia habeis menospreciado, de cuya bondad os habeis servido para envalentonaros en el crimen, de cuyas gra-

(1) Marc. XIII. 32.

cias habeis abusado para resistir á su divina ley, y á cuyos llamamientos ensordecisteis cuando veces mil os dijo, como en este mismo instante os repite: *Id tambien vosotros á mi viña*. Culpa vuestra será, pecadores, si despues de tanta paciencia y de amor tanto de parte de Dios, os perdeis por no querer escuchar su voz que os convida con el perdon, y os brinda con una recompensa eterna por fruto de vuestro arrepentimiento aunque tardío. ¿Por qué pues quieres morir, oh Israel amado (1)? ¿Por qué, oh cristianos renitentes, os empeñais en ser eternamente objetos de la cólera divina, cuando todavía podeis merecer la corona inmortal? No: aun es tiempo: corred á la mística viña de Jesucristo, acudid presurosos á las fuentes de la gracia de vuestro Salvador (2), abrazaos con la cruz de la penitencia, llorando con amargura de vuestra alma los delitos de vuestra pasada vida (3), y supliendo en vuestros cuerpos con la mortificacion lo que falta á la expiacion de Cristo (4), sea tan ardiente vuestro fervor en el servicio de Dios, como activo fué vuestro afan para agradar al mundo; no sea menor vuestra solicitud en cumplir los divinos preceptos, que lo fué en llenar las exigencias del siglo; no desdiga vuestra ambicion por obrar el bien y acrecentar vuestros merecimientos, de la que desarrollásteis para engruesar vuestra fortuna, ni en amar al que tanto hizo por salvaros seais menos constantes que lo fuérais en vuestro amor por las criaturas. Entonces nada tendreis que temer de un Dios cuyo mayor gozo se cifra en perdonar, nada que recelar de quien en ser bondadoso y clemente tiene su mayor placer, como que no vino á buscar justos sino pecadores (5), y se regocija incomparablemente mas en la conversion de un solo culpable que en la gloria de cien inocentes que no necesitaron de la penitencia. Sucederá pues con vosotros lo que hoy nos dice el Evangelio: *Puesto el sol dijo el dueño de la viña á su ma-*

(1) *¿Quare moriemini, domus Israel? (Ezech. XXXIII. 11.)*

(2) *Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris. (Isaia. XII. 3.)*

(3) *Recogitabo tibi omnes annos meos in amaritudine animæ meæ. (Ibid. XXXVIII. 13.)*

(4) *Adimpleo ea quæ desunt passionum Christi. (Ad Colos. I. 24.)*

(5) *Non enim veni vocare justos sed peccatores. (Matth. IX. 13.)*

yordomo: Llama á los operarios, y págales su jornal, empezando por los últimos hasta los primeros.

En efecto, A. O., el sol del tiempo tocará á su ocaso, llegará la noche de la eternidad, y el justo remunerador de vivos y muertos decretará á los suyos el respectivo galardón á que por su trabajo se hubiere hecho acreedor. Entonces brillará la misericordia del celestial Padre de familias sin menoscabo de su justicia respecto de los hombres que aunque en los postreros y críticos instantes de su existencia acudieron á su llamamiento, supieron no obstante con la vehemencia de su caridad, con la actividad de su fervor, y con su incansable afán en practicar las virtudes cristianas, igualarse en el premio á los que desde la aurora de su vida se ocuparon en el cultivo de la mística viña del Señor. Idéntico será el salario que unos y otros recibirán, al modo que aconteció con los operarios de la presente parábola; pues *venidos los que habian ido á la hora undécima, recibieron un denario cada uno.* Dios mismo será el galardón eterno de cuantos tarde ó temprano se conviertan, toda vez que su conversión sea sincera, eficaz su arrepentimiento, é intenso cuanto ser pueda su trabajo por adquirir merecimientos, desarraigando las malas yerbas del vicio y plantando en su lugar las bellas flores de la virtud. Ninguno será mejorado en el estipendio ni recibirá mas que otro, siquiera se crea con títulos preferentes, bien así como los operarios de nuestro Evangelio, los cuales, aun *cuando llegados los primeros creyeron recibir algo mas, no recibieron sino el mismo jornal que los otros, cada uno un denario.* ¡Y ay del que se atreviese á censurar malignamente esta conducta misericordiosa al par que justa del Señor! ¡Ay del que intentase osado poner en tela de juicio los altos é incomprensibles misterios de su Providencia! Mas no: lejos de aquella mansion de paz donde deben reinar los justos, la envidia, la discordia, la rivalidad, el descontento, y todas esas malas pasiones que envenenan el corazón de los mortales en la tierra. La voz de la malignidad no osará alzarse allí para formular injustos cargos contra el Dios que solo por un efecto de su bondad hace brillar su luz indistintamente sobre el bueno y el malo, y á nadie debe nada mas que lo que gratuita y libremente ha prometido. Ninguno

habrá que á semejanza de los operarios descontentadizos de la presente parábola, murmure del Señor, como *«murmuraban aquellos del padre de familias diciendo: Estos últimos no han trabajado mas que una hora, y los has igualado á nosotros que hemos soportado el peso del dia y del calor.»* ¿Y cómo pudiera el hombre quejarse de esta igualdad de recompensas cuando todo lo que tiene le viene de Dios? ¿Quién le dá la voluntad y el poder de obrar bien? ¿Quién le comunica las gracias, quién le dispensa los auxilios necesarios para trabajar constante en el negocio de su salvacion? ¿A quién debe el don de la perseverancia que corona sus merecimientos? ¿Posee algo que no lo haya recibido? Y siendo así, habria menos absurdo en formar motivo de querella por no ser preferido en el premio, que en vanagloriarse de unos dones que no son sino prestados (1)? En este caso la respuesta digna de Dios, seria la misma que dió á sus servidores el padre de familias, quien *«respondiendo á uno de ellos le dijo: Amigo, yo no te hago agravio. ¿No te ajustaste conmigo en un denario? Pues toma lo tuyo, y vete..... Así serán primeros los últimos, y últimos los primeros.»*

Inclinemos, A. O. M., nuestras frentes, y adoremos en silencio los designios misericordiosos del Señor ante este oráculo tan terrible como consolador. No pretendamos penetrar los secretos de su magestad, no sea que quedemos oprimidos bajo el peso de su gloria (2). Por lo demás, no olvidemos nunca que como hoy nos dice Jesucristo: *Son muchos los llamados, y pocos los escogidos.* Aspiremos pues á ser del número de éstos. Abierta está á todos la via, y franco el camino de la salvacion. Todos indistintamente somos llamados á la viña del gran padre de familias: á todos nos busca, y nos convida, y nos insta para que participemos de la recompensa que tiene reservada á los que en ella trabajan. ¿Qué hacemos pues? ¿Permaneceremos ociosos y estacionarios sin acudir al divino llamamiento? ¿Menospreciaremos ingratos sus promesas? ¿Rechazaremos pérfidos su misericordia, que rasgos tan bellos despliega diaria-

(1) ¿Quid habes quod non accepisti? etc. (I. Cor. IV. 7.)

(2) Scrutator majestatis opprimetur á gloria. (Prov. XXV. 27.)

mente en nuestro obsequio? No, A. M.; los que se hallan en la primavera de su vida, acudan presurosos á ofrecerle las primicias de un corazón inocente y candoroso; los que desgraciadamente dejaron deshojar la bella flor de su inocencia por el viento abrasador del vicio, conságrenle una juventud radiante de verdor y lozania; y si acaso ni una ni otra podemos ya ofrecerle, y ni aun siquiera en la edad madura hemos procurado trabajar en su servicio, no le neguemos por lo menos los postreros días de una vida malograda. Pasaron, es verdad, las horas de terciá, sexta y nona; triste es que un tiempo tan precioso se haya deslizado en vano sin haber acudido al llamamiento divino; pero no por eso desconfiemos. También al declinar el sol acepta el bondadoso padre de familias los esfuerzos del que sinceramente desea trabajar. Aprovechemos pues estos momentos, no nos sobrecoja la noche en una ociosidad criminal (1). Corramos á Dios, echémonos en sus paternales brazos, exclamando como Agustino: ¡Cuán tarde te conocí, hermosura siempre antigua y siempre nueva! Y si convencidos de nuestro deber hacemos cuanto esté de nuestra parte, el Señor aceptará nuestros buenos deseos, tomará en cuenta la sinceridad de nuestro arrepentimiento, coronará nuestros esfuerzos, y remunerará nuestros sacrificios con la posesión de sí mismo, que es lo que forma la bienaventuranza de los escogidos en el seno de la eternidad.

Una sombra
 (1) Venit nox quando nemo potest operari. (Joan. IX. 4.)

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA DE SEXAGÈSIMA.

LA INDIFERENCIA, EL ENDURECIMIENTO, Y EL FUNESTO ASCENDIENTE DE LAS MALAS PASIONES, TRES CAUSAS PRINCIPALES QUE INFLUYEN EN LA ESTERILIDAD DE LA PALABRA EVANGÉLICA.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En ocasión de un numeroso concurso de gentes, que de las ciudades acudían presurosas á Jesus, dijo esta parábola: Salió un sembrador á sembrar su semilla: y al esparcirla, una cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada, y las aves del cielo se la comieron. Otra cayó sobre piedra: y nacida, se secó porque carecía de humedad. Otra cayó entre espinas: y creciendo éstas con ella, la sofocaron. Otra cayó en buena tierra, y habiendo nacido, dió fruto centuplicado, etc.»

LUC. VIII. 4 ET SEQ.

MUCHAS veces, A. O. M., meditando acerca del estado actual de nuestra sociedad, y lamentándonos de la infecundidad de los mil medios de que el cristianismo se sirve para atraer los hombres y los pueblos al conocimiento de sus verdaderos y positivos intereses, nos hemos preguntado á nosotros mismos: ¿en qué consiste que cada día se aprecia menos lo que debiera formar el objeto constante y casi esclusivo de nuestra ambicion? ¿Qué es lo que influye en el acrecentamiento progresivo de esa indiferencia tan marcada hácia todo lo espiritual y eterno, cuando con un afan cada dia mas creciente se fomentan toda clase de elementos de bienestar material? Se emplean todos los recursos del génio y de la ciencia por conseguir una sombra de bien que lleva en sí mismo el sello de la instabili-

dad, y solo se reserva la apatía y el menosprecio para los bienes reales é imperecederos que proporciona la religion. Y cuando los caminos de Sion se hallan desiertos porque apenas se encuentra quien desée sinceramente la verdad y venga á abrevarse en sus puros mandamientos, bulle y se agita en el seno de Babilonia una multitud prodigiosa de espíritus superficiales y vanos, que corren sedientos á beber en las cenagosas cisternas del racionalismo unas doctrinas que solo les satisfacen por el momento, dejando un vacío que nada es capaz de llenar. Y al par que todo en la tierra revela la desolacion profunda á que se ven reducidos los pueblos, porque escasamente hay quien se ocupe seriamente del gran negocio de su eterno porvenir (1), estos no obstante desarrollan una actividad incansable en todo lo que atañe á la llamada felicidad del tiempo, reconcentrando en lo presente todos sus pensamientos, como si nada tuviesen que esperar mas allá de ese corto espacio en que respiran y viven. ¡Fenómeno sorprendente! ¿Será acaso que las doctrinas humanas sean mas á propósito para influir en la inteligencia y en el corazon que las enseñanzas divinas, ó estén llamadas á reemplazar á los sublimes principios del catolicismo? Esto lo han dicho repetidas veces los filósofos de los últimos siglos, pero la esperiencia ha evidenciado lo absurdo de semejante asercion. ¿Será que haya perdido su primitivo ascendiente, ó decaido de su antiguo poderío la voz mágica de la palabra evangélica? Mas ella que transformó el mundo y obró un cambio radical en los destinos de la humanidad, continúa en ciertos puntos del globo multiplicando idénticos prodigios. ¿Será que el tiempo ó la llamada civilizacion de la época hayan modificado los instintos y las ideas del hombre en un sentido contrario á las legítimas aspiraciones de un ser criado para lo inmenso y lo infinito? Pero á despecho de los modernos sistemas que tal han imaginado, y en medio de la general tendencia del siglo á materializarse, la insuficiencia de las humanas teorías para satisfacer sus mas apremiantes exigencias demuestran la necesidad de un elemento espiritual y divino capaz de llenar este vacío.

(1) Jerem. XII. 44.

No busquemos pues fuera del hombre las causas de la esterilidad de las doctrinas del cristianismo, ni achaquemos la infecundidad de la palabra evangélica á otros motivos estraños á la corrupcion de unas almas viciadas por sus propias pasiones. El Evangelio de este dia nos lo manifiesta bien claramente en la parábola del sembrador. La indiferencia ó el menosprecio respecto de muchos, el endurecimiento en no pocos, y en los mas el funesto ascendiente de los malos hábitos, que produciendo una repulsion incesante hácia la verdad ahogan todo gérmen de virtud: hed ahí los tres poderosos principios que no dejan fructificar la divina semilla en el corazon humano, y hacen estéril é infecunda la gracia del Señor derramada en las almas por medio de la palabra evangélica. Asi se esplica que siendo muchos, como decíamos en el discurso anterior, los llamados al reino de la verdad, sean pocos los escogidos: y que siendo la voluntad de Dios que todos los hombres se salven y consigan la eterna bienaventuranza, á cuyo efecto no cesa de convidarles con su misericordia y de reiterarles sus inefabables promesas, el mayor número quede excluido de la participacion de sus bondades, porque ensordecen á sus llamamientos, ó no se aprovechan como debieran de sus divinas enseñanzas. Sucede en efecto en este punto lo mismo que hoy nos refiere Jesucristo en la citada parábola. *Salió (dice) un sembrador á sembrar su semilla.* Hed ahí personificado á Dios quien desde el principio del mundo, primero por sí, luego por sus profetas, mas tarde por medio de su Unigénito, y despues éste por el ministerio de los apóstoles y sus sucesores, no ha cesado ni cesará hasta la consumacion de los siglos de derramar la divina simiente de su palabra en toda la redondez del globo, vasto campo que se propusiera fecundizar haciendo brotar donde quiera frutos abundantes de verdad y de virtud. No basta empero que la semilla sea buena si la tierra no está bien preparada para recibirla, ó si el trabajo del hombre no corresponde á su bondad. ¡Cuántas veces se vén frustradas las esperanzas del labrador, y sin resultado los sudores vertidos, por la ingratitud de un suelo erial que no le dá en cambio de sus desvelos sino malezas y yerbas inútiles! Tal es frecuentemente el corazon del hombre: tierra ingrata y maldita que burla los afanes del labra-

dór divino que la sembró sin escasearla el oportuno cultivo, pagándole con espinas y abrojos el esmero con que la cuidara. Y no porque la semilla que en ella arroja no sea de suyo propia á producir la mas abundante mies: puesto que su palabra encierra en sí la ciencia de la vida y de la salvacion, el gérmen de todas las virtudes, el principio de toda idea recta, de todo pensamiento generoso, de los mas puros sentimientos, de la mas sublime moral, de la perfeccion mas consumada y de la mas perfecta justicia; sino porque en el corazon humano existen ciertos elementos de repulsion que la esterilizan, entre los cuales la indiferencia ó el menosprecio de las eternas verdades ocupan un lugar preferente. Así es que á pesar de la bondad intrínseca de esa semilla, *al esparcir la parte cayó á lo largo del camino donde fué pisoteada*, segun el simil de la presente parábola.

¡Y cuántos cristianos hay en quienes esto se verifica del modo mas lastimoso! Por demas es que la Iglesia, enviando sus heraldos á predicar el Evangelio á todas partes, desarrolle el mas heróico celo por esparcir esas verdades que bien recibidas deberian llenar la tierra de los mas preciosos frutos de santidad; inútil que en todos tiempos, y singularmente en ciertas épocas como la que hoy comenzamos, multiplique los medios de proporcionar á los mortales esas enseñanzas sublimes que Jesucristo les legó para labrar con ellas la dicha de la humanidad. ¡Ah! ¿de qué servirá que los encargados de llenar esa gran mision, consagren sus desvelos y sudores á sembrar oportunamente ese gérmen precioso, si el corazon humano convertido en un camino por donde incesantemente se cruzan toda clase de afecciones terrenales, de ideas materiales y deseos corrompidos, y abierto al paso de cuanto halaga el sensualismo ó lisonjea el placer, no recibe la divina semilla, ni la fomenta con el calor de las santas inspiraciones, ni la humedece con el riego de las buenas obras? Indispensablemente habrá de morir, tendrá que quedar inutilizada, espuesta como está á ser pisoteada por los vicios que surgen de un corazon esclavo de la sensualidad y de los goces mundanales, por la indiferencia de un alma á quien solo encanta lo presente y en nada se cuida del porvenir, por el menosprecio en fin de una inteligencia orgullosa, que solo se satisface con utopias brillan-

tes, con sistemas deslumbradores, con doctrinas nuevas y peregrinas, siquiera no envuelvan mas que mentirosos absurdos sábiamente preparados para fascinar momentáneamente, pero incapaces de producir el menor resultado beneficioso. Asi es como muchos hombres aunque aparentemente se muestran atentos á la doctrina evangélica, y oyen al parecer con gusto la divina palabra, no perciben fruto alguno de ella, muriendo ésta en sus oídos sin penetrar en su interior: por cuanto solo la escuchan como meros autómatas, sin hacer atencion á lo que enseña, sin interesarse en recoger cuidadosamente los documentos que encierra, sin tratar de aprovecharse de las inspiraciones que escita. Es un vago sonido que vibra en el aire, segun el simil de San Bernardo (1), el cual pasa desapercibido sin penetrar en lo interior, perdiéndose en el espacio como los ecos de un instrumento armonioso: y como no hay en el alma esa disposicion de afecto y de interés tan necesaria para que esta divina simiente se arraigue y fructifique, sucede lo que con la semilla de la presente parábola que *las aves del cielo se la comieron*.

Mas no siempre proviene la infecundidad de la predicacion evangélica de este principio. Influye y no poco en ella la ceguedad espiritual de la humana inteligencia unida á un funesto endurecimiento del corazon que rechaza esa palabra salvadora. Aquella le inhabilita para comprender las cosas inmatrimales, obstruyendo las vias de comunicacion entre los sentidos exteriores y las potencias del alma: éste agravado por el peso de los bienes de la tierra y arrastrado por el atractivo de los placeres sensibles, pierde toda afeccion hácia la verdad, hácese inaccesible á todo sentimiento sobrenatural, despojase en una palabra de aquella sensibilidad tan propia de los seres racionales, que es el principio de todo afecto tierno, de toda emocion sublime, de toda aspiracion generosa. De aquí con respecto á sus semejantes el egoismo feroz, la ausencia de toda idea compasiva, la inclemencia con el vencido, el despotismo con el débil, el ódio con el rival, la venganza con el enemigo; con respecto á sí mismo el olvido de su propia salvacion, el desprecio de sus verdaderos inte-

(1) Aerem verberat, unde et verbum dicitur. (S. Bernard.)

reses, la indolencia para el bien obrar, la repulsion de los gritos de la conciencia; y últimamente respecto de Dios el disgusto de sus inspiraciones, el abandono de sus sacramentos, el hastío de su doctrina, y una repugnancia invencible hácia sus divinos dogmas. Tal es el resultado de esa insensibilidad producida por el vicio en el corazón humano. ¿Y qué frutos podrá producir entonces en él la semilla santa de la palabra evangélica? Ningunos: bien así como el mejor trigo queda infecundo cuando no cae en una tierra preparada al efecto, sucediendo lo que hoy nos dice Jesucristo en su Evangelio: *la otra cayó sobre piedra y nacida se secó porque carecía de humedad*. Y piedras son y muy duras esas almas en quienes el amor desordenado de las cosas perecederas del tiempo, y el impulso no reprimido hácia los goces de la sensualidad, y el hábito de pecar creado por la costumbre, y otras mil causas no menos funestas han secado la fuente de las santas sensaciones y de los afectos virtuosos. Inútil será que la divina semilla caiga en ellas en abundancia; inútil que los operarios del eterno labrador no cesen de esparcir el grano fecundo de la palabra evangélica, y suden y se afanen por hacerla nacer en unos corazones empedernidos por la molicié, y en quienes no ha caído el rocío del cielo porque se han hecho indignos de sus beneficiosas influencias. Trabajarán en vano, por cuanto no hay en esa tierra árida la humedad suficiente. Es un pedregal que se niega á todo cultivo, y rechaza ingrato la simiente que en él cae, y se burla de todos los esfuerzos del laborioso colono. Cuando el hombre ha llegado á este estado, bien por efecto de lecturas perniciosas, bien por haber dado oídos á las doctrinas de un materialismo frío é insensato, ya porque ha sido seducido por sistemas que sancionan el libertinaje de las pasiones, ya porque apóstoles impíos del error han inoculado en sus espíritus el gérmen de la incredulidad dogmática, ó porque los excesos de la lujuria han viciado los bellos instintos de que les dotára el Criador, ó porque profanos amores les han hecho incapaces de todo amor puro y casto, en este caso todo es perdido para él. Y aun cuando alguna vez pueda surgir momentáneamente en su inteligencia alguna pasajera ráfaga de luz, ó nacer en su corazón algun leve impulso ó algun débil deseo de conversion, no

tardará en secarse esa buena semilla. Se verá rechazada por mil elementos que se levantarán contra ella del fondo de un alma empedernida: y mil obstáculos se opondrán además á que la palabra generadora de la Iglesia haga germinar en ella la fé, la esperanza y el amor. ¿Y cuáles serán éstos? Los punzadores abrojos de las pasiones. Porque así como á la indiferencia es consiguiente el endurecimiento, de éste nace por una induccion necesaria la repulsion producida por el ascendiente de los malos hábitos, que son como si dijéramos otras tantas espinas que impidiendo el desarrollo de la semilla evangélica, ahogan las buenas inspiraciones que haria brotar, y no dejan llegar á sazón los frutos de la divina gracia. Así lo dice Jesucristo hablando de la simiente alegórica de la presente parábola: *Otra cayó entre espinas, y creciendo éstas la sofocaron.* Y ved la tercera causa de la esterilidad de la doctrina evangélica, y acaso la mas comun en nuestro siglo.

Jamás como en los tiempos presentes han reinado tan generalmente esas tres concupiscencias á que todo está en cierto modo subordinado en el mundo, segun la frase de los divinos libros. La concupiscencia de la carne, ó sea la sensualidad, la concupiscencia de los ojos, ó lo que es lo mismo la fiebre de la ambicion, y la soberbia de la vida en la que está reasumido el orgullo: hed ahí los tres idolos á quienes inciensa una gran parte de la humanidad, los tres resortes poderosos porque todo se mueve en nuestro siglo; y los tres gérmenes envenenados que corrompen las almas y neutralizan en ellas los efectos de la doctrina católica. Toda la razon de la existencia del hombre parece hallarse reasumida en esos tres elementos perniciosos, todos sus destinos parecen encadenados á su influencia. Amor al placer sensible, afan por multiplicar los medios de brillar y enriquecerse, impulso irresistible á figurar en primera línea y á enaltecerse sobre los demás, tal es la idea culminante de la generacion actual, á esto se dirigen todas sus aspiraciones, y á lograrlo consagra todos sus pensamientos, todos sus recursos intelectuales, y todos sus medios de accion. ¿No lo veis? ¿No lo palpais por vosotros mismos, A. O. M.? ¿Invento yo alguna cosa que no atestigüe la diaria esperiencia? Bien sabeis que no: bien sabeis que en todos los

estados, clases y condiciones sociales, bullen por decirlo así estas ideas, y fermentan estos sentimientos. La juventud no está menos preocupada que la edad viril, ni ésta participa menos que la ancianidad de ese sensualismo, de esa ambicion y de esa soberbia que estravian el entendimiento, marchitan el corazon, y esterilizan el alma para recibir con fruto la palabra divina. Decid al jóven y á la tierna doncella que su destino en la tierra es servir á Dios, observar sus preceptos y llenar los deberes que impone su ley santa: predicadles el recato, la castidad, el recogimiento, la fuga de las ocasiones peligrosas; inculcadles la lectura de los buenos libros, el ódio á las producciones corrompidas de la inmoralidad en donde se bebe insensiblemente el veneno del crimen, la aversion á los espectáculos profanos, escuelas de cinismo y de libertinaje, la precaucion contra los malos ejemplos y las relaciones demasiado íntimas en que peligra la virtud y se pierde fácilmente la preciosa joya de la inocencia. ¡Ah! Si libres del pernicioso ascendiente del vicio escuchan esta doctrina salvadora, indudablemente les vereis producir abundantes frutos de salvacion y flores peregrinas de honestidad y de buenas costumbres. Mas si por el contrario el germen funesto de la passion ha arraigado ya en unos corazones jóvenes, y el deseo de gozar y lucir, y el amor á los placeres sensibles han reemplazado en ellos á la primitiva semilla que en ellos arrojó la doctrina evangélica, entonces vereis brotar del seno de esa tierra mal cultivada zarzales y espinas punzadoras que sofocarán el buen grano. Escucharán si se quiere con gusto unas verdades que no pueden negarse; parecerán convencidos por el pronto de su importancia y necesidad: pero pasados aquellos primeros instantes, la impresion fugaz causada por la doctrina de Jesucristo no tardará en desvanecerse: tornará á revivir el fuego mal apagado de la sensualidad, volverá á resucitar con mayor ímpetu el afecto mal comprimido hácia los encantos seductores del amor profano; y doctrinas, y diversiones y lecturas solo en armonía con los goces de la vida presente será lo único que ambicionen. Preciso es, dirán, disfrutar del mundo; fuerza es dar al tiempo lo que es suyo; aprovechemos los dias en que la edad florida nos convida al solaz y á la alegría, y no dejemos marchitar con melancólicas

ideas la verde diadema que corona nuestras sienes. Y diciendo, se entregarán con nuevo ardor á los excesos del placer, y buscarán medios de variar diariamente sus gastados atractivos, y no habrá freno capaz de contener ese impulso hácia lo que lisonjea y halaga la frivolidad, y se olvidará todo sentimiento de pundonorosa reserva, y se dará el mayor ensanche á las funestas confianzas del trato íntimo: y ahogada la semilla de la virtud por las espinas de pasiones seductoras, solo surgirán vicios ignominiosos, allí donde debieran campar las mas puras virtudes.

Hablad al poderoso negociante, al guerrero orgulloso, al sábio presumido, y otros de este temple. Decid al uno que todos los bienes del mundo no son mas que un poco de lodo que atesora para abandonarlo forzosamente un dia, tal vez cuando mas descuidado se halle ó mayores proyectos medite. Repetid al otro que la gloria del tiempo no es mas que un poco de humo que el mas ligero soplo de la adversidad arrastra en pos de sí, y que ni cien combates ganados á costa de sangre noble y generosa, ni cien laureles ceñidos en el campo del honor, ni las victorias de César y Alejandro, ni las conquistas de todos los grandes hombres de la historia antigua y moderna bastan á llenar la ambicion del corazon humano, ni menos á precaverle del golpe irresistible de la parca que un momento hunde en el polvo de la tumba hasta la memoria de las mas gigantescas empresas. Gritad al último que todo el saber humano no es mas que vanidad sino está subordinado al espíritu del Evangelio; que los triunfos del génio están sujetos como los del valor á mil eventualidades imprevistas; puesto que frecuentemente la ingratitud los desconoce, la rivalidad los combate, el ódio los empaña, la ignorancia los menosprecia, y hasta el tiempo mismo llega á sepultar en el olvido la celebridad mas justamente adquirida..... ¡En vano! Esto seria predicar en desierto, ó siguiendo el simil de nuestro Evangelio arrojar la semilla de la divina palabra en una tierra erial é infecunda. Dominado el avaro por la codicia, se creerá inmortal, y ni siquiera pensará en que el dia de su mayor abundancia puede ser el de su descenso al sepulcro. La sed insaciable de riquezas á las que ha consagrado todos sus desvelos, el afan incansable de atesorar que

absorbe todas sus ideas, y la solicitud de acrecentar sus caudales en cuyo pensamiento concentra todo su interés y su única felicidad, serán otras tantas espinas que no dejarán fructificar en su alma metalizada el germen de la palabra evangélica. En el momento mismo que la escucha, su cuerpo solo estará en el templo: pero el corazón le tendrá allí donde tiene su tesoro; y por consiguiente, lejos de pensar en usar de sus bienes en aliviar la suerte del infortunado, de emplear su oro en socorrer la indigencia, y de consagrar sus caudales á enjugar el llanto del huérfano, de la viuda y del menesteroso, solo se ocupará de alguna nueva negociacion lucrativa, de alguna especulacion provechosa, y saldrá quizás combinando los medios de acrecer el interés de un empréstito ruinoso que va á labrar la desgracia de cien familias. Otro tanto sucederá respecto del hombre que infatuado por el brillo deslumbrador de los honores, no conoce otras aspiraciones que las de la gloria mundanal, ó busca en el terreno de la ciencia un renombre eterno ó una celebridad imperecedera. Alucinado aquel por los resplandores de un porvenir brillante, trastornado este por los incienso de la lisonja, por demás será que oigan la palabra evangélica, y que esta descubra á sus ojos la vanidad, la insubsistencia, la nada de todas esas miserias que tanto ambicionan; fantasmas fugitivos que pasan por delante del mortal, cual sombra rápida que no deja tras de sí mas que ilusion, engaño, disgusto y amargura. Sensible el primero únicamente á lo que se refiere á un engrandecimiento cuyas consecuencias no mira, y á cuyo logro no recela sacrificar hasta su conciencia, su alma y su porvenir eterno, nada le afecta, nada le impresiona. Las espinas del orgullo le punzan: y siquiera mientras oye la palabra de Dios reconozca la obligacion de ser modesto, humano, prudente y virtuoso en todos tiempos y circunstancias, un momento despues olvida estas ideas, y ya no sabe pensar ni hablar de otra cosa que de honores, de títulos, de condecoraciones, de ascensos y de triunfos. Accesible solamente el segundo á lo que dice relacion á la idea que de continuo le desvela, aspirando esclusivamente á adquirir entre los sábios una reputacion europea, solo se complace en la esperanza de llegar á figurar en el templo de Minerva como uno de sus primeros sacerdotes: y en su

consecuencia, aunque se le diga que el humano saber hincha en vez que la caridad edifica, y que solo es positivamente sábio el que emplea sus luces en glorificar á Dios y servirle, las espinas de la vanagloria sofocan esa santa semilla: y trastornada su inteligencia con el humo de los aplausos y de los parabienes de un público tan fátuo como él, nada oye, nada vé, en nada piensa, ni puede ocuparse en otra cosa mas que en lo que forma su pensamiento acariciado, su bello ideal. Lláménle hombre de génio, despejado sin preocupacion, sábio sin pretensiones; diganle que su talento promete mucho para el porvenir, que está llamado á formar época en los anales del saber, y que la patria tiene mucho que esperar sino se malogran sus disposiciones, y habrá conseguido su deseo, y se consagrará con incansable afan á toda clase de estudios; y antes que en ser virtuoso, morigerado, justo, hombre de bien, antes que en salvar su alma y en adquirir la gloria eterna, pensará en acrecentar su fama de inteligente y científico, siquiera sea á costa de la salvacion de sus prójimos, aunque sus producciones corrompan las costumbres, envenenen los corazones incautos, y viertan por do quiera la inmoralidad y la muerte.

Hed ahí desarrolladas, A. O. M., las causas que contribuyen á esterilizar en el corazon humano la palabra divina, y á hacer infecunda en ellos la gracia del Señor. Siento no poderme estender mas en este vasto campo. De lo dicho deducireis que solo en un alma bien dispuesta puede germinar y fructificar la semilla evangélica, como nos lo dice hoy Jesucristo cuando añade hablando de la simiente alegórica: *Otra cayó en buena tierra, y nació y dió un fruto centuplicado.* Reasumamos pues brevemente toda la sustancia de la presente parábola. La semilla es la doctrina de Jesucristo: la tierra en que se siembra es el corazon del hombre. Siendo aquella de suyo fecundísima, y esta muy á propósito para recibirla y hacerla fructificar, vemos no obstante que generalmente no produce los frutos apetecidos. ¿Por qué? O bien porque se oye con indiferencia, y entonces cayendo como en un camino se pisa é inutiliza, ó bien porque el corazon se halla endurecido con los vicios, en cuyo caso, faltándole la sensibilidad para la virtud, no es posible se arraiguen

en él los buenos sentimientos, ni que puedan germinar allí donde no existe la sávia del cielo; ó bien en fin porque el ascendiente de los malos hábitos impide su desarrollo, haciendo brotar mil pasiones que á manera de espinas ahogan todo gérmen de buenas obras. ¡Indiferencia culpable, endurecimiento funesto, ascendiente fatal que á tantos cristianos arrastran á la perdicion eterna! Procuremos pues, A. O. M., evitar estos tres principios de ruina espiritual, y desarraigar de nuestras almas estos gérmenes de corrupcion que nos hacen inhábiles para oir con fruto la palabra evangélica. Escuchémosla con docilidad; recibámosla con intencion pura y libres de todo afecto terrenal; arranquemos las malas yerbas de nuestras pasiones que propénden á ahogar los santos propósitos que nos inspira. No la desperdiciemos ingratos; no la dejemos secar por falta de cultivo; reguémosla con las lágrimas de la penitencia, y fomentémosla con el calor de la caridad; antepongámosla á todos los bienes del mundo; riquezas, tesoros, ciencia, honor, gloria, nada nos interese tanto como ella. Entonces experimentaremos su poderosa influencia, entonces veremos cuán abundantes y sazonados son sus frutos: seremos dichosos en esta vida oyéndola y practicando sus enseñanzas, y en la otra disfrutaremos en premio de nuestra fidelidad una bienaventuranza que durará por los siglos de los siglos.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA DE QUINCUAGÉSIMA.

TORPEZA INTELECTUAL DEL HOMBRE PARA COMPRENDER EL VERDADERO ESPÍRITU DE LA RELIGION, CONTRASTANDO ADMIRABLEMENTE CON SU NECESIDAD INNATA DE CONOCER SUS POSITIVOS DESTINOS.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo tomó Jesus consigo á los doce, y les dijo: Ved que subimos á Jerusalem, y se consumarán todas las cosas que del hijo del hombre se han escrito por los profetas. Pues será entregado á los gentiles y escarnecido y azotado, y escupido: y despues que lo hubieren azotado le matarán, y al tercero dia resucitará. Mas ellos nada de esto comprendieron: era una palabra escondida para ellos, y no entendian las cosas que se decian. Y al acercarse á Jericó, estaba un ciego sentado á la orilla del camino, pidiendo limosna. Y sintiendo á la turba que pasaba, preguntó qué era aquello. Digéronle, pues, que Jesus Nazareno pasaba por allí. Y se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante le reprendian para que callase. Pero él mucho mas clamaba, Hijo de David, ten piedad de mí. Parándose pues Jesus, mandó que le trajesen á su presencia, y al acercarse le preguntó diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Dijole Jesus: Vé, tu fé te ha salvado. Y al momento vió, y le seguia engrandeciendo á Dios. Y todo el pueblo al ver esto, dió alabanza á Dios.»

LUC. XVIII. 34. ET SEQ.

INCOMPRESIBLE es la versatilidad del humano entendimiento y su diverso modo de discurrir acerca de la religion, toda vez que no es guiado por la luz brillantísima de la revelacion divina, ó se estravía en las tortuosas sendas del racionalismo. Todo en el cristianismo aparece bello, todo santo y de una incontestable veracidad mientras no llega á tocar en la fibra sensible de las pasiones, ni á contrariar los

impulsos desordenados de la naturaleza: mas en llegando á este punto, la escena cambia; y entonces ya no parecen sus dogmas tan luminosos, ni sus enseñanzas tan claras, ni tan sublimes sus preceptos, ni tan perfecto el conjunto de su doctrina. Hay oscuridades, hay tinieblas, hay contradicciones y cuanto quieren hallar en la religion los que ó por aversion la miran con ceño, ó por cálculo se sirven de ella para mejor realizar sus proyectos. Tan cierto es que no siempre depende de torpeza intelectual el no comprender las cosas pertenecientes al espíritu, sino que las mas veces proviene de una perversidad de corazón producida por varias causas, que una vez arraigada en el individuo le incapacita para recibir la claridad del divino sol de justicia. No es empero mi ánimo examinar hoy minuciosamente estas causas ni entrar en un prolongado detalle de los principales puntos que determinan esa torpeza tan general aun en la mayor parte de los cristianos. Me propongo únicamente presentaros el hecho en sí mismo, haciéndoos notar al propio tiempo el prodigioso contraste que forma con esa necesidad apremiante que el hombre tiene de conocer la verdad y le impulsa hácia sus positivos destinos. Ambas cosas nos manifiesta claramente el texto evangélico de este dia. *En aquel tiempo (dice) tomó Jesus consigo á los doce, esto es á sus apóstoles, y les dijo: Ved que subimos á Jerusalem.* Lo que con los suyos hizo el Salvador en la ocasion á que alude el sagrado texto, lo ha hecho y hace incesantemente por medio de su iglesia con la universalidad de los fieles. A todos los reúne en torno suyo, á todos les explica las verdades necesarias para salvarse, á todos les revela los altísimos misterios de la religion, y desde luego les propone como objeto único y último fin de sus enseñanzas aquella Jerusalem misteriosa, símbolo de la bienaventuranza á que debe aspirar el creyente en recompensa de sus virtudes. Ved, les dice, que subimos á Jerusalem, señalándoles el cielo como una mansion de eterno reposo, de paz imperturbable, de delicias infinitas, y de eterno triunfo; y con esta dulce perspectiva del porvenir les anima á emprender el camino laborioso de la cruz, á entrar impávidos en el palenque, y á luchar y vencer en el combate contra el mundo, el infierno y la carne, á la manera que el guerrero se anima á lu-

char en peligrosa pelea con la esperanza de los laureles con que la victoria debe ceñir su valerosa frente.

El cielo en efecto es el gran galardón reservado en la vida futura al justo que en la presente sabe pelear con desnudo: allí está depositada aquella diadema inmarcesible con que debe engalanarse por toda la eternidad. Mas como quiera que el vencimiento sea condición espesa é indispensable para alcanzarla, puesto que desde el sangriento drama del Calvario nadie puede llegar á la Jerusalem triunfante sin recorrer la larga senda de privaciones, dolores y sufrimientos que en la terrestre recorrió nuestro divino jefe y caudillo Jesus (1), de ahí el que la iglesia nos recuerde constantemente que la vida del cristiano debe ser una vida de contradicción y de sacrificio, vida de sangre y de martirio, vida de tribulación y de angustia, combate perpétuo, lucha sin tregua, guerra incesante como lo fué la de nuestro prototipo, pues así convino que fuese para poder entrar en su gloria (2), según el lenguaje de la Escritura. Por eso todas las enseñanzas del catolicismo están basadas en este principio; y al modo que el Salvador anunciaba á sus discípulos en la ocasión á que nos referimos los acontecimientos próximos á verificarse en su adorable persona, diciéndoles: *subimos á Jerusalem, y se consumarán todas las cosas que del hijo del hombre se han escrito por los profetas*, no de otra manera nos recuerda diariamente á nosotros estos mismos hechos consumados ya en la plenitud de los tiempos. A aquellos hablándoles como de una cosa futura les manifestaba los diversos géneros de pruebas por que debía de pasar hasta llegar á dar cima al gran sacrificio expiatorio, diciéndoles: *Será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado y escupido, y despues de azotado le matarán, y al tercer dia resucitará*. A nosotros que todo esto sabemos haberse realizado en su día, nos alienta con la constante reproducción de tan sublimes misterios á entrar en el espíritu del cristianismo, y á imitar tanto como sea dable á nuestra

(1) Per multas tribulationes oportet nos intrare in regnum Dei. (Act. XIV. 21.)

(2) Nonne oportuit pati Christum, et ita intrare in gloriam suam? (Luc. XXIV. 26.)

flaqueza la mortificación, el sufrimiento y el heroísmo de aquel Hombre-Dios que por el mundo se hizo víctima inocente, y hostia propiciatoria. Y nunca mejor que en estos días, cuando por una parte vamos á comenzar esa época de gravísimos recuerdos á que nos llama la iglesia, y por otra el mundo olvida en el estrepitoso bullicio de la disipacion y de bacanales impuras toda idea de religion y de moral, nunca, digo, con mas oportunidad pudiera repetirnos lo que á sus apóstoles decia Jesucristo: Ved que subimos á Jerusalem, mirad que vamos á celebrar los recuerdos mas sublimes, y ván á consumarse espiritualmente las predicciones de los profetas relativas al hijo del hombre. Las escenas sangrientas del Gólgota ván á reproducirse ante vuestros ojos si bien bajo las sombras del misterio, y á desarrollarse de una manera prodigiosa las grandezas de la redencion. Hé aquí la grande época que se os ofrece para entrar en vosotros mismos, para pensar seriamente en vuestros intereses, y tratar el gran negocio de vuestra salud. Corramos presurosos á esa Jerusalem mistica que nos señala con el dedo aquella otra real y verdadera, centro de nuestras aspiraciones, tierra de promision y término de nuestra larga peregrinacion en este valle de quebranto. Tierra bendita cuya sola idea esforzó á los justos del antiguo mundo, consoló sus aflicciones, enjugó su llanto, alentó sus esperanzas, y les hizo sufrir heroicamente los horrores de un cautiverio de tantos siglos, y cuya santa ambicion sostiene hoy á tantas almas en medio de los mayores reveses, las dá fuerzas para marchar por los espinosos senderos del Calvario, y las hace valientes y aguerridas para pelear denodadamente las batallas del Señor.

Son empero muy pocos los que así obran comparados con los innumerables que se espantan, se estremecen y huyen cobardes ante esa idea de lucha y de martirio, condiciones esenciales de la vida del cristiano. Les vereis seguir gustosos á Jesus por el camino llano y trillado de ciertas prácticas y observancias que en nada contrarian las inclinaciones torcidas de la naturaleza; les vereis marchar tras él toda vez que en nada ni para nada hayan de sacrificar los afectos del amor propio, los movimientos del orgullo, los proyectos de la ambicion, los halagos de la sensualidad, los goces del placer, y la

satisfacción de las demás pasiones. Comprenderán muy bien que es bella y sublime una religión que encierra promesas inesfables, bienes positivos, eternas recompensas, gloria sin fin... Y estasiados con estos pensamientos levantarán sus ojos al cielo, saludarán con júbilo aquella Jerusalén triunfante do penden coronas de oro purísimo, guirnaldas de eterno verdor, cándidos ropajes, y estolas blanqueadas con la sangre del cordero, y nada desearán en la tierra, y solo apetecerán lanzarse en aquel océano de delicias interminables. Pero habladles de Cruz y de mortificación; decidles que para conseguir tanta dicha se hace preciso renunciar á cuanto en el mundo fascina y seduce; repetidles que así como Jesucristo luchó y venció al infierno antes de tomar posesión de su reino, también el cristiano debe hacer otro tanto si quiere ser admitido en él: y entonces todo su anterior entusiasmo se convertirá en indiferencia, sus deseos del cielo se apagarán ante un desordenado apego á los bienes de la tierra, sus aspiraciones por la bienaventuranza cederán el campo al amor de los goces presentes. Sucederáles lo que á los discípulos del presente Evangelio á quienes el Salvador refería en vano sus próximos padecimientos: *pues ellos nada de esto comprendieron*, y como añade el texto, *era una palabra escondida, y no entendían las cosas que se decían*. ¡Torpeza intelectual que tantos imitadores tiene entre los cristianos, no menos lamentable que funesta, puesto que á tantos conduce á su ruina! Sin embargo, no es ella un fenómeno que no se explique fácilmente, y ya en el principio apuntamos la verdadera y principal causa de este desorden. ¿Cómo es posible que el hombre animal perciba las cosas del espíritu? ¿Cómo ha de comprender el misterio de la Cruz quien ha concentrado su existencia en el círculo de los placeres sensibles? ¿Cómo se ha de elevar al conocimiento de las grandezas que encierra el sacrificio ni hacer una justa apreciación de su necesidad y de sus ventajas, quien jamás supo levantarse un dedo de ese suelo que huellan sus piés, menos aun penetrar la diferencia que existe entre lo finito y lo infinito, entre lo ideal y lo positivo, entre el tiempo y la eternidad? ¡Imposible! Al que bien hallado en el seno de sus pasiones no conoce otros bienes que los que le rodean, ni cree poder existir otra dicha que la que le facili-

tan los objetos que vé y palpa, en vano intentareis hacerle comprender cuánto hay de dulce y consolador en el ejercicio de la virtud. Todos sus encantos dejan de existir para él desde el momento en que para practicarla vé la necesidad de violentarse á sí propio y combatir unas inclinaciones mimadas hasta el esceso... Por demás es que os esforceis en demostrarle que todos los dolores perdieron su actividad desde que Jesus consumó en el Calvario la grande expiacion que debiamos por nuestras culpas; que esa Cruz lejos de oprimir al que la lleva no hace sino consolarle desde que por nosotros la llevó sobre sus hombros el Redentor del mundo; que el peso de su ley es ligero, y suave el yugo de sus preceptos; que siquiera erizado de abrojos y sembrado de espinas el camino de la salvacion, esas espinas no punzan, ni hieren esos abrojos teñidos en la sangre del Salvador que apuró en su persona toda la amargura del cáliz del padecimiento... No: este lenguaje será enigmático, incomprendible, escondido para el hombre terreno, como lo fuera un dia para los apóstoles carnales aun y materializados: porque su torpeza intelectual hija del sensualismo de las pasiones, le inhabilita para entender unos misterios que solo son inteligibles para el verdadero creyente, para el cristiano fiel y fervoroso.

Y esta torpeza es tanto mas digna de lástima cuanto que contrasta mas prodigiosamente con esa necesidad misteriosa que el hombre tiene de conocer la verdad y de comprender sus positivos destinos. Su inteligencia, su corazon, todo en el sér racional tiende instintivamente á ese objeto: y por mas que los errores le ofusquen, y las pasiones le cieguen, y la ilusion le engañe, la verdad es la condicion esencial de su existencia, y sin ella vive digámoslo así escéntricamente, como que nada fuera de ella puede satisfacerle, nada basta á llenar el inmenso vacío de su alma, siquiera los bienes temporales le rodeen y no carezca de cuanto puede contribuir á hacerle feliz segun el mundo. Nada de esto le basta ínterin no posee el bien único y esclusivo del hombre, lo que solo puede completar su positiva dicha en el tiempo y en la eternidad. «Para tí fuimos hechos, oh Dios mio, esclamaba un dia el grande Agustino, y nuestro corazon no hallará sino inquietud y disgusto hasta descansar en tí.»

Expresion de una profundidad admirable que revela la impotencia de todo lo criado para llenar esa gran necesidad que aqueja á las criaturas racionales, y que las impulsa á buscar en el seno de Dios su centro, su satisfaccion y su reposo. ¿Y qué es el hombre sin la verdad? Imágen fiel de aquel sér desgraciado de que hoy nos habla el Evangelio, cuando nos dice que *al acercarse Jesus á Jericó hallábase un ciego á la orilla del camino pidiendo limosna*. Ciegos espirituales somos todos en tanto que los resplandores de la ciencia divina no alumbran nuestra inteligencia, ni nos esclarece con sus rayos el sol de la verdad... Y en este estado, ¿qué recurso nos queda sino mendigar esa luz, pedir con instancia esa claridad, é importunar á aquel que puede hacer brillar en nuestros ojos esa antorcha de que desgraciadamente nos privó la oscuridad de nuestras pasiones? Así lo hizo el ciego de Jericó, y hé aqui lo que nosotros no debemos omitir. *Tan luego como sintió á la turba que pasaba preguntó qué era aquello, y habiéndole dicho que Jesus Nazareno pasaba por allí, púsose á gritar: Jesus hijo de David, ten piedad de mi*. Hed ahí el grito de un alma que siente una necesidad apremiante en presencia de quien puede remediarla. Aquel Dios-Hombre era el enviado del cielo á iluminar á cuantos venian al mundo; habia recibido de su Padre la gran mision de estraer del seno de las tinieblas á cuantos yacian en las sombras de la muerte; en él residia la verdad, la vida y la inteligencia del espíritu; nadie sino por su medio podia llegar al conocimiento de sus positivos destinos, porque era el depositario de todos los tesoros de la infinita sabiduría y de los secretos del Altísimo. ¿Qué extraño pues que el infeliz ciego al saber que pasaba junto á él aquel Jesus tan poderoso en obras y palabras, iluminado interiormente por un rayo de luz celestial y lleno de una fé robusta acudiese á él con todo el fervor de su alma, y á pesar de las reconvenciones de los que *le reprendian para que callase*, continuára clamando como de hecho clamaba cada vez con mas vigor: *Hijo de David, ten piedad de mi*? Al corazon que se siente atormentado por una desgracia, al alma á quien aguijonea la privacion de un bien necesario é indispensable, al hombre en fin á quien falta una condicion esencial de

su vida, nada le contiene, nada le encadena; un impulso irresistible le arrastra con violencia hácia el punto donde cree poder hallar lo que busca. Decid al párvulo hambriento que no busque el pecho maternal, y él sin hacer caso se burlará de vuestro mandato, resistirá vuestros esfuerzos cuanto á su natural flaqueza sea permitido, y protestando con su llanto, ya que otros medios no posee, contra vuestra violencia, se abalanzará á aquel seno en donde sabe hallará el alimento que ansía. Todas las razones ceden ante la ley de la necesidad; todas las leyes enmudecen ante la ley de la conservación. Contrariarla sería una impiedad, un hecho sacrilego. ¿Y quién pudiera oponerse á ese impulso del alma que, para conservar su vida propia, insta y pide la verdad, elemento indispensable, condicion precisa sin la cual no la sería dado existir? Nada, por mas que su torpeza intelectual la prive á veces del conocimiento de sus miserias ó la oculte sus verdaderas necesidades. Por entre los nublados que en torno suyo condensa el error, á través de la tupida valla con que la rodearán las pasiones, y á despecho de cuantos obstáculos opongan la seducción y el vicio, llegarán momentos en que sentirá cerca de sí la presencia del Salvador como el ciego de nuestro Evangelio; conocerá que á él es á quien debe recurrir; y convencido de que solo en su religion, en sus dogmas y en su doctrina es posible encontrar la luz que necesita y la verdad que apetece, el testimonio de su alma naturalmente cristiana, en frase de Tertuliano, preponderará sobre cuanto á ahogarle conspire, y no podrá menos de esclamar: «Hijo de David, ten piedad de mí.» Porque no hay duda que ese impulso se hace sentir siempre y donde quiera, por mas que el hombre pretenda disimularlo, á vista de su propia miseria, de su impotencia y de la nulidad ó ineficacia de todos los recursos humanos para lograr el bien que apetece, y á que naturalmente se vé arrastrado por su irresistible tendencia á ser feliz. Y siendo la primera condicion de esta felicidad la posesion de lo verdadero, el conocimiento de lo justo y recto, de ahí es el descollar sobre toda esa necesidad apremiante que desde luego se manifiesta en casos dados, como lo vemos en el ciego de nuestro Evangelio. *Parándose Jesus mandó que le trajesen á su presencia, y al acercarse le preguntó:*

¿Qué quieres que te haga? Y en el momento, sin titubear, sin pararse un solo instante le espone su privacion, le hace presente su necesidad, y espresa su único y esclusivo deseo con estas enérgicas palabras: *Señor, que vea.* ¿Qué otra cosa habia de pedir aquel desventurado? Teniendo la conciencia de su desgracia, y el sentimiento de su incapacidad para lograr por sí lo que desde luego constituia la parte esencial de su dicha; no conociendo felicidad alguna posible sin la vista, cuya privacion era para él un tormento bastante á acibarar cualesquiera otros bienes aunque los hubiera poseido, todo lo olvida, de todo se desentiende, todo lo juzga de un orden inferior, y á pesar de su posicion desventajosa que le obliga á mendigar el diario sustento, y sin reparar en su pobreza que le priva de todo medio de subsistencia, solo se acuerda de que sus ojos carecen de la luz, y prefiriendo á este mal todos los demás, y deseando sobre todos los bienes el beneficio de la vista, «*Señor, esclama, que vea.*» Hé aquí el objeto de mi deseo, el término de mis aspiraciones, la ventura que ansio, y el bien que ambiciono.

¿Por qué pues no ha de ser este mismo el grito del cristiano, siendo como es tan grande su ceguera intelectual, y tan apremiante su necesidad de ver y conócer lo que puede hacerle feliz ó desgraciado? Si tan triste es la privacion de la vista material que basta á causar al hombre un sentimiento profundo é inconsolable, y á hacerle enojosa la vida, aun en la hipótesi de no carecer de los demás elementos de fruicion necesarios para sobrellevarla: ¿cuánto mas sensible y funesta es la privacion de la luz espiritual que nos sepulta en una larga y oscura noche cuyo término es el abismo! ; Ah! Con razon esclamaba constantemente San Agustín: «*Señor, conócate á tí y conózcame á mí.*» Sabia muy bien aquel génio profundo que ese conocimiento es la base de todo el sistema cristiano, que sin él no hay virtud positiva, ni religion verdadera, ni por consiguiente felicidad posible en la tierra, y por eso era el objeto continuo de sus plegarias. Persuadido de que conociendo á Dios poseeria toda la ciencia necesaria para salvarse, y que por el contrario su vasto saber y su erudicion casi universal, de nada le servirian sin esa luz celestial para evitar los escollos, hacer frente á los peligros, y

triunfar de los obstáculos que oponen al hombre en su carrera el mundo, el infierno y las propias pasiones, no cesaba de pedir ese conocimiento que, como ha dicho oportunamente un sábio, es á la vida cristiana lo que la respiracion á la vida material, lo que el aire atmosférico á todos los séres que viven en ese elemento, lo que el cimiento á la gigantesca cúpula de un grandioso edificio. Que el hombre carezca de esa luz, y todo en su derredor serán sombras siniestras y espantosa oscuridad; que cese de conocer á Dios, y cesará de existir como racional y como cristiano: porque no solo desconocerá todas las relaciones que le unen con su principio y último fin, sino que ignorará además los deberes que está llamado á cumplir con sus semejantes.

Deduzcamos pues de todo lo dicho una consecuencia práctica. Puesto que nuestra torpeza intelectual es la que no nos permite comprender las cosas del espíritu, haciéndonos cambiar las verdaderas nociones de lo bueno y de lo malo, y arrastrándonos á abrazar el error en vez de la verdad que instintivamente apetecemos; puesto que experimentamos siempre en nosotros, y aun á veces á pesar de nosotros mismos, esa necesidad de conocer y poseer lo que únicamente puede conducirnos á la felicidad; una vez examinadas las causas de esa contradiccion chocante, de ese contraste tan prodigioso que se advierte entre la impulsión que sentimos hácia la virtud y la repulsión no menos fuerte que de ella nos aparta, ¿qué remedio debemos aplicar á tan grave desórden sino el que se desprende de las consideraciones que acabamos de hacer sobre el Santo Evangelio de este dia? En efecto, si nuestra inteligencia no comprende las eternas verdades de la religion porque nuestros malos hábitos la han oscurecido; si nuestro corazon no percibe las ventajas que proporciona la virtud siquiera la rodeen cruces y sacrificios, luchas y vencimientos, amarguras y sinsabores; si no nos sentimos con fuerzas bastantes para seguir á Jesus en el camino de Jerusalem porque al finalizar nuestra carrera nos esperan desprecios y dolores, tormentos y muerte, no por eso nos creamos desgraciados de una manera irreparable. Harto bien conoce el Salvador nuestra miseria, no ignora nuestra debilidad, comprende nuestra ignorancia suma, y sabrá

apiadarse de nosotros, si al menos persuadidos de que somos pobres y cobardes, le decimos con humildad como el ciego de Jericó: «Jesus, hijo de David, compadécete de mí;» y no menos penetrados de nuestra ceguedad intelectual que aquel de la suya material, no cesamos de clamar: «¡ Señor, que vea! » ; *Domine, ut videam!* Hagámoslo así, A. O. M. : y cuando el mundo con sus ilusiones pretenda seducirnos, presentándonos como el único objeto de nuestra vida unos goces que envenenan el corazón y unos bienes que le corrompen y matan, volvámonos á Jesucristo, y pidámosle el verdadero conocimiento, diciéndole: «¡ Señor, que vea! » Y cuando nuestros apetitos rebelándose contra la razón, y los atractivos del vicio aspirando á sofocar los gérmenes del bien que la religión sembró en nuestras almas, y el ascendiente de las pasiones queriendo triunfar de la ley de Dios, ofusquen nuestro espíritu y nos impidan distinguir lo que nos conviene ó perjudica, recurramos con fé al que es la antorcha luminosa del ciego mortal en este mundo, y no cesemos de esclamar: «¡ Señor, que vea! » Donde quiera, por último, en todo trance peligroso, en todo caso árduo, en toda circunstancia difícil, busquemos en Jesucristo la luz de la verdad con las palabras del ciego de Jericó: «¡ Señor, que vea! » Y no dudemos que á la manera que aquel recibió el premio de su perseverancia diciéndole Jesus: *Vé, tu fé te ha salvado*, como de hecho *vió desde aquel momento, y siguió á su Salvador, engrandeciendo á Dios*, también nosotros experimentaremos el fruto de nuestra fé: se despejará nuestra inteligencia, veremos y conoceremos las cosas tales cuales son, disfrutaremos de la posesion de la verdad, y conducidos por ella, seremos felices en esta vida, y gozaremos despues por los siglos la bienandanza de la inmortalidad.

SERMON

PARA LA DOMINICA I DE CUARESMA.

CAUSAS DE LA ESTERILIDAD DE LA DIVINA GRACIA EN MUCHAS ALMAS, Y FIDELIDAD CON QUE SE DEBE CORRESPONDER Á ELLA PARA NO DEJARLA MORIR UNA VEZ RECIBIDA.

Exhortamur ne in vacuum gratiam Dei recipiatis. Ait enim: Tempore accepto exaudivi te, et in die salutis adjuvi te. Ecce nunc tempus acceptabile, ecce nunc dies salutis.

Os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios. Pues él mismo dice: En tiempo oportuno te oí, y en el día de la salvacion te di auxilio. Llegado es el tiempo favorable, hé aquí el día de la salvacion.

II. CORINT. VI. 4. 2.

NINGUN lenguaje mas conforme á las graves y solemnes festividades que somos llamados á celebrar y á que hoy damos principio, pudiera yo usar, M. A. O., que el que tomado de la Epistola segunda de San Pablo á los fieles de Corinto, adopta nuestra madre la Iglesia para inaugurar el santo tiempo de Cuaresma. Con la misma efusion que aquel vaso escogido para llevar el nombre del Señor á todas las naciones, con idéntico interés por el bien de nuestras almas, y no menos tierna solicitud nos dice: «*Os exhortamos á no recibir en vano la gracia de Dios..... Llegado es el tiempo acceptable, hé aquí los días de salvacion.*» ; Y qué fondo de doctrina tan sublime no encierran estas breves espresiones! Ellas solas me bastan para desenvolver ante vuestros ojos el cuadro mas bello, el asunto mas importante de toda la vida del cristiano, y cuanto de mas útil y necesario envuelven las enseñanzas de la religion. ; La gracia! ; Ah!

¿Sabeis, A. M., lo que es ese don inapreciable? ¿Habeis jamás meditado sériamente lo que vale, y cuán funestas consecuencias acarrea su malversacion? Lo dudo, pues de otro modo no es fácil concebir, mucho menos explicar, la indiferencia con que se mira, el menosprecio que de ella se hace, la impasibilidad con que se pierde, y el ningun sentimiento que se manifiesta cuando se ha tenido la desgracia de verse desposeido de tan gran tesoro. ¡Ceguedad funesta del hombre! ¡Desórden lamentable de su inteligencia y no menos deplorable extravío de su razon! No hay lágrimas bastantes para llorar la pérdida de un objeto querido, que al fin no era mas que un don prestado que tarde ó temprano debia devolverse al que gratuitamente le concediera; débiles son todos los afectos del alma para espresar el dolor de haber perdido unos bienes perecederos, que bien analizados no eran mas que unos fantasmas de felicidad, tan impotentes para formar nuestra positiva dicha como insubsistentes y espuestos á los diversos azares de la suerte. Y cuando se trata del don mas precioso, del bien mas positivo, del tesoro de mayor valía que el hombre es capaz de poseer en el mundo, ni su privacion nos afecta, ni su ausencia nos causa pesadumbre, ni siquiera nos damos por entendidos de haberle dejado malograr. ¡Como si la gracia del Señor, gérmen fecundo de nuestra vida espiritual, alimento necesario para no desfallecer en el áspero camino del tiempo á la eternidad, principio de todo buen pensamiento y de toda accion virtuosa, riqueza incomparable, felicidad sin semejante, venero inagotable de las misericordias del cielo, no mereciese ser tenuta en mayor estima y conservada con mas cuidado que todos esos bienes facticios que nos alucinan y engañan!

No es sin embargo mi objeto en este dia esponeros las grandezas de ese don de Dios, ni encareceros su valor. Limitándome únicamente á seguir el pensamiento del Apóstol en el pasaje antes citado, solo me propongo manifestaros la necesidad de no malograrle, y las consecuencias que de hacerlo resultarian. Avocados á ese período del año en que la Iglesia, reuniendo en torno de los altares á la gran familia cristiana, nos recuerda los mas sublimes y patéticos misterios de la redencion del mundo, época de salvacion, dias de misericor-

dia, tiempo oportunísimo para aprovecharse de los copiosos raudales de gracia que el cielo derrama en las almas bien dispuestas, mi único deseo, mi voto mas ardiente se reduce á suplicaros y exhortaros con San Pablo cuan encarecidamente puedo, á no recibir en vano ese tesoro, á no desperdiciar ese don, y á aprovecharos de él de una manera digna de merecer mayores favores. Al efecto os propondré «los peligros que debéis evitar para no esterilizar la gracia en vuestras almas, y la fidelidad con que debéis corresponder á ella para no dejarla morir una vez recibida.» Hé aquí todo el asunto de mi discurso. Invoquemos ante todo las luces celestiales, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

No está el mérito del vencedor en haber vencido, sino en saber aprovecharse de los frutos de la victoria. De poco serviría al conquistador haber sometido reinos poderosos y ejércitos formidables, si durmiéndose despues en los brazos de la prosperidad dejase perder por su indolencia los laureles reportados con su valor. Del mismo modo no basta al cristiano haber vencido al mundo, triunfado de sus pasiones, y avasallado con la gracia de Dios los enemigos de su salvacion eterna, si creyéndose despues de la lucha en una funesta seguridad, olvida los peligros, menosprecia los riesgos y no se cuida de prevenirse contra las nuevas sorpresas que pueden sobrevenirle. Y ved efectivamente lo que con harta frecuencia acontece en el cristianismo. Vemos muchos hombres que despues de haber recibido ese don del cielo y logrado con su auxilio un completo triunfo sobre sí mismos, una vez convertidos y entrados en las vias del bien y en la práctica de la virtud, ya por efecto de una presuncion punible omiten adoptar los medios necesarios para no volver á caer en los lazos del mundo, cual si nada tuviesen que temer de sus asechanzas: ya temiendo mas de lo que debieran los errados juicios ó las in-

sensatas preocupaciones del siglo, pretenden poder vivir cual cumple á la vocacion que han recibido contemporizando con sus usos y costumbres; ya en fin dejando debilitar las primeras impresiones de la gracia, se hacen poco á poco indiferentes á sus efectos, y llegan á dejarla perder por su indolente descuido. Y ved lo que yo llamo recibir en vano la gracia del Señor por falta de las debidas precauciones para conservarla.

Y en cuanto á lo primero, no hay siquiera buen sentido en creerse seguro en la posesion de un don que enemigos tantos y tan poderosos cuenta dentro y fuera de nosotros mismos. ¡Pues qué! Aun cuando resueltamente hayamos quebrantado las cadenas con que el mundo nos aprisionára, siquiera hayamos logrado domeñar momentáneamente nuestras inclinaciones desordenadas, nuestros inveterados hábitos del vicio, nuestras pasiones dominantes, nuestras costumbres corrompidas, ¿han muerto por ventura estos adversarios terribles de nuestra salvacion? ¿No llevamos donde quiera ese gérmen de pecado, ese principio de corrupcion, ese estímulo de muerte que tiene en lucha constante la materia contra el espíritu, y rebela sin cesar los miembros contra la razon, repeliendo el bien, escitando al mal, y poniendo en movimiento todos los resortes de la sensualidad para seducirnos y arrastrarnos al crimen? ¿Dónde está pues la razon de esa indolencia temeraria con que el hombre se cree seguro en medio de tantos peligros como le amenazan? ¡Seguro el que duerme al borde de un hondo abismo! ¡Seguro el que marcha sobre un volcan cuya inflamada lava rebienta por cien horrendas bocas! ¡Seguro el que navega en un débil esquife en medio de un mar borrascoso! ¡Seguro el que corriendo sobre una pendiente resbaladiza, vé abierto á sus pies un profundo precipicio! Pues tal es el hombre, tan azarosa es su situacion con respecto á su alma mientras vive en el mundo. Do quiera rodéanle escollos peligrosos, acéchanle enemigos que aunque al parecer vencidos no han renunciado á sus proyectos de invasion, y le amenazan riesgos imprevistos que deben tenerle siempre en vela para no ser sorprendido en su carrera: y aquí la inconstancia misma de la condicion humana tan propensa á modificar sus gustos y habitudes, y allí el aliciente de

pasiones seductoras que han ganado en vivacidad lo que en el ejercicio pueden haber perdido refrenadas por la mortificacion, y más allá ocasiones casi inevitables que vuelven á encender la mal apagada llama de la concupiscencia, todo en fin en torno suyo conspira á arrebatarse el tesoro de la virtud que lleva encerrado en un vaso tan quebradizo, y á arrojarle de nuevo en el abismo del pecado de donde le estrajera la gracia del Señor y su infinita misericordia. ¡Cuánta pues no debe ser la vigilancia del cristiano para no dejar perder ese don del cielo! ¿Qué precauciones no tomariais, M. A. O., para preservar de un golpe de mano un capital cuya adquisicion os hubiese costado largos años de economías y privaciones, si os viéreis obligados á caminar con él á través de sitios solitarios é infestados de bandidos? No necesito que me contesteis; yo lo veo en la prudente reserva con que ocultais el fruto de vuestros sudores, en el cuidado esquisito con que tratáis de evitar la sorpresa de una mano criminal. Todo os parece poco al efecto, y hasta en vuestro mismo sueño os turba la sola idea de veros despojados de lo que forma la subsistencia y el porvenir de vuestra familia. Esto es muy justo, y ni siquiera imagineis que vaya á censurar por eso vuestra conducta. Lo que sí me choca, lo que me pasma y sorprende sobremanera, es que sea tan grande vuestra indolencia, y raye tan alto vuestra presuncion con respecto á la conservacion de la gracia: y que cuando nada omitís para conservar unos bienes momentáneos cuyo objeto no pasa del tiempo, que se gastan con el uso, y que en último resultado perecen en un sepulcro, dejéis espuesto á tantos azares y no precavais de tantos peligros un bien con el que no tienen comparacion todas las riquezas del mundo, un tesoro que nunca se agota porque es eterno, un capital, en fin, que se os ha dado para negociar con él vuestra felicidad presente y vuestra futura bienandanza.

Mas no es esto lo que mas llama la atencion en este punto. Hombres hay que quisieran conservar ese don celestial á toda costa, que temen perderle porque saben cuánto vale: pero cobardes en demasia, sobradamente sensibles á los juicios de un mundo enemigo constante de la virtud, y temerosos de sus censuras y contradicciones, quisieran poder amalgamar la práctica del Evangelio con los usos de una

sociedad corrompida, contemporizando con sus exigencias y transigiendo con sus costumbres. ¡Como si Cristo y Belial pudiesen hallarse juntos! ¡Como si Dios y el mundo no fuesen dos nombres contradictorios! ¡Como si la luz no rechazase siempre y donde quiera las tinieblas! No, jamás podreis realizar esa union, nunca conseguireis que se coaligue la inocencia con la corrupcion, la virtud con el vicio, la mortificacion cristiana con la molicie y la sensualidad, ni que puedan existir juntos esos dos poderes que recíprocamente se repelen, esos dos elementos que mutuamente chocan, esos dos troncos que uno á otro se destruyen. No hay medio: ó ha de reinar Jesucristo, y en tal caso preciso es que derribeis el altar de su antagonista, ó si quereis que este reciba vuestros inciensos, es indispensable que aquel desaparezca..... ¡Elegid!

Sensible es en extremo esta aberracion, este funesto engaño con que el cristiano tímido y cobarde se lisonjea de poder maridar dos extremos tan irreconciliables. ¿Qué conseguiria en efecto aun cuando llevase á cabo tan descabellada idea? ¿Evitaria por eso la mordacidad del mundo? ¿Se libertaria de sus amargas censuras? ¿Estaria á cubierto de sus dardos venenosos? ¡Ilusion pueril! ¡Bella quimera! El mundo tan injusto en su modo de discurrir como exigente para con los que no militan bajo sus estandartes, toma ocasion de la misma virtud, cuando la vé débil y vacilante, para aguzar mas su malignidad, censurando tanto mas ágriamente las prácticas piadosas, cuanto mayor empeño observa en el que quiere amalgamarlas con los usos mundanales: y si alguna vez por convencimiento ó por cálculo respeta y no se atreve á burlarse de lo que á pesar suyo conoce ser bueno é irrepreensible, jamás empero perdona al que vé fluctuar entre el vicio y la virtud y quiere ser al mismo tiempo de Dios y del siglo. Así que lejos de lograr su objeto quien de esta suerte se produce, no hace sino estimular mas las pasiones, aguzar la maledicencia, escitar el sarcasmo y las burlas de los mundanos, y concitar sobre sí la animadversion y el ódio público. Pues bien, puesto que de todos modos la virtud en encuentra donde quiera émulos apasionados, censores severos, y contradicciones inevitables, ¿por qué hemos de intentar evitar estos inconvenientes á expensas de la virtud mis-

ma? No, A. O., aspiremos á una lucha mas gloriosa. Que el mundo nos censure en buen hora, pero sea porque en nada ni para nada queremos transigir con sus costumbres; que se burle de nuestra virtud, pero sea porque nos vé aborrecer y detestar el vicio donde quiera que se halle; que ridiculice nuestra piedad, pero sea porque la vé exenta del menor contacto con sus corrompidas máximas; que nos llame fanáticos, preocupados, supersticiosos, ignorantes... no importa toda vez que sea porque no puede tolerar el suave perfume de nuestras buenas obras. Por mi parte, envidio esa contradicción, deseo esa censura, ambiciono esa enemistad, acepto esas acusaciones, y me ceñiré una corona de gloria cuando me vea odiado y perseguido por un mundo sensual é impío: porque será señal que no pertenezco á él, que no soy suyo; pues si lo fuese me apreciaria, me halagaria, y me prodigaria sus inciensos y me manifestaria su afecto y simpatías. ¿Por qué el mundo aborreció á Jesucristo? ¿Por qué le persiguió é hizo la guerra? Porque las obras de aquel eran malas, cuando por el contrario las de éste llevaban impreso el sello indeleble de la santidad. Y sin embargo, aunque el hipócrita fariseo censuraba su piedad, y el fementido escriba tachaba sus mas inocentes acciones, y el orgulloso pontífice encontraba hasta en sus milagros motivo para maltratarle, ¿dejó por eso el Salvador de obrar bien? ¿Intentó siquiera ocultar sus virtudes? ¿Trató de evitar las contradicciones de sus enemigos empleando la astucia ó el disimulo? Nunca: antes por el contrario exhortaba á los suyos á no temer á los que solamente tenían poder sobre el cuerpo, pero cuyas armas eran impotentes contra un alma invulnerable, y llamaba bienaventurados á los que merecian ser objetos de ódio de parte del mundo, diciéndoles: «Dichosos sereis cuando los hombres os maldigan, y escarnezcan, y traten de borrar vuestro nombre por mí. Alegraos y regocijaos entonces, pues vuestro galardón será copioso en el cielo (1).» Ved pues cómo debeis conservar la gracia del Señor, evitando este segundo escollo, haciéndoos superiores á todas las censuras del mundo, menospreciando sus burlas, y haciendo frente á sus con-

(1) Luc. VI. 22, 23.

tradiciones con una fidelidad nunca desmentida á las máximas del Evangelio.

Sucede empero, y hé aquí el tercer inconveniente que halla la gracia en el corazon humano, que pasada la primera impresion de fervor que se esperimentó al principio de convertirse á Dios, se atenúa insensiblemente, se debilita poco á poco hasta llegar el caso en que ya no se esperimentan sus efectos porque se descuidan los medios de conservarla. Y esto, señores, prueba ó que no se aprecia la grandeza del don, ó que no se agradece debidamente su valor: lo primero es un exceso de orgullo: lo segundo el colmo de la ingratitude. ¿Cómo se esplica que en los primeros dias de nuestra conversion fuésemos tan cautelosos para conservar la gracia del Señor, tan vigilantes sobre nosotros mismos, tan prontos á rechazar cuanto pudiera servir de obstáculo á nuestro progreso en la virtud, y que despues por efecto de una indolencia criminal hayamos dejado perder en el ocio un bien cuya ausencia ahora sentimos? Hubo un tiempo en que el recuerdo de nuestros antiguos excesos nos estremecia; un saludable temor sobrecogianos involuntariamente al solo pensar que pudiéramos volver á caer en el pecado: menester era que una voz amiga, la voz de la religion nos alentase para no desfallecer, temerosos como estábamos de faltar aun en las acciones mas justas é inocentes: y hubiéramos preferido ciertamente la pérdida de cuanto mas amábamos, antes que perder á Dios á quien nos habiamos consagrado. Ahora empero familiarizados con nosotros mismos, escudados por algunas virtudes que practicamos, y á la sombra de ciertas obras de piedad que nada nos cuestan, ni nos acordamos de nuestros pasados extravíos, ni volvemos los ojos al abismo de donde nos sacó la misericordia divina, ni menos nos paramos á considerar que el que sin nosotros se dignó llamarnos á su servicio no podrá salvarnos sin nuestra cooperacion, elemento indispensable, condicion esencial de nuestra felicidad eterna. ¿Y por qué así cristianos indiscretos, por qué así olvidais lo que siempre debiérais tener presente? ¿Qué motivo hay para que disminuya vuestro fervor y se amengüe vuestra vigilancia? ¿No veis como el enemigo no duerme, sino que siempre está en acecho para heriros por el flanco mas dé-

bil? Insensatos seriais si os creyéseis invulnerables porque hayais dado algunos pasos en el camino del bien obrar. ¡Ah! No: el que está en pié mire no caiga: y cuenta con que mayor y mas irreparable seria la caída, cuanto mas elevada la altura de donde nos precipitásemos. Ese nécio orgullo ocasionó la ruina de tantas almas que un dia como robustos cedros del Libano descollaban por sus virtudes en el seno del cristianismo. Por él se han visto tantos Davides irreprehensibles ceder ante una pasion seductora, tantos esforzados Salomones encadenados en las redes de Dadilas fementidas, tantos Loths justos hacerse criminales en el seno de la virtud. ¡Y cuántos nombres no nos proporciona la historia antigua y moderna de hombres llenos de merecimientos, que concluyeron por ser otros tantos monumentos de impiedad por haber olvidado lo que fueran, por haber confiado demasiado de sí propios, en una palabra, por no haber correspondido á los efectos de la gracia! Porque es necesario no olvidar, M. A. O., que siendo este don completamente gratuito de parte de Dios, y no habiéndose obligado el Señor á conservárnosle sino únicamente á condicion de nuestra fiel correspondencia; faltando esta condicion esencial, nada habrá de extraño en que se nos retire, se nos prive de él, y consiguientemente quedemos entregados á nuestros propios recursos... Y en ese estado, ¿qué otra cosa pudiéramos esperar sino una ruina inevitable? ¡Ved pues cuán débil es el fundamento en que apoyais vuestra confianza, cuando omitiendo poner en juego todas las precauciones necesarias para no recaer en la culpa, os abandonais indolentes en las manos de la Providencia... ¿Mas qué he dicho? Callad: no la insulteis; siento y me pesa haber repetido una blasfemia harto frecuente en el mundo, pero no por eso menos horrible y digna de castigo. ¡Qué! ¿Os atreveriais á hacer á Dios cómplice de vuestra maldad? ¿Intentarais hacerle responsable de vuestros vicios? ¿Querriais imputarle vuestra perdicion? ¡Desgraciados! ¿Quién tiene la culpa de vuestra infidelidad? ¿Habrá de hacerse cargo á un Padre liberal de la malversacion que hacen unos hijos pródigos de sus divinos favores? Si sois malos porque él es bueno, si sois indiferentes á sus gracias porque fué demasiado condescendiente en tolerar vuestros menosprecios, si su misma

beneficencia os sirvió de arma para resistir á sus paternos llamamientos, culpáos á vosotros mismos, culpad vuestra ingratitud, y no lleveis vuestra perfidia hasta el punto de quejaros de quien sin deberos nada, nada economizó de cuanto pudo contribuir á vuestra felicidad, y solo por un rasgo de su misericordia os facilitó toda clase de auxilios, con los que hubiérais podido asegurar vuestro porvenir y ser eternamente venturosos.

Antes pues de que llegue el caso tristísimo de que tengais que arrepentiros inútilmente de vuestra perdicion, procurad, A. M., ser fieles á ese don del cielo que se os dispensa: conoced su precio, apreciad su valor, y por ninguna cosa del mundo permitais que de él se os despoje. Al efecto preciso es os precavais contra los peligros á que se vé espuesto ese tesoro. Mucho podeis enriqueceros en este tiempo aceptable en estos dias de salud que hoy comenzamos. Abiertas están para todos las puertas de la gracia y de la misericordia, y corriendo sin cesar las misteriosas fuentes de la indulgencia y del perdón. Acudid á ellas y abrevaos de sus puros raudales. Ocasión favorable se os presenta para reunir un cuantioso caudal de merecimientos, y comprar con él vuestra salvacion eterna. Hay momentos preciosos en la vida que pueden decidir de la suerte del hombre: instantes hay que bien aprovechados pueden asegurar su triunfo para la eternidad. Pues bien, ¿quién sabe si mañana ya será tarde para lograrlo? ¿quién sabe si pasados los momentos presentes os faltará la oportunidad para convertirlos? Hoy pues, en esta misma hora en que por mi ministerio escuchais la voz del cielo que os llama, el grito de la gracia que os convida, no ensordezcáis, no os mostreis insensibles á vuestra propia felicidad. El Señor os tiende los brazos: corred á su seno. La misericordia os importuna para que lloreis vuestras culpas: derramad un llanto eficaz de verdadero arrepentimiento. ¡Dichosos vosotros si sabeis utilizar estos momentos y no recibís en vano la gracia que tan propensa se muestra á favoreceros! Recibidla con un corazon humilde y dócil á sus inspiraciones como la tierra sedienta la lluvia benéfica que la envian las nubes. Entonces la vereis producir copiosos frutos en todo género de virtudes: y si sabeis conservar ese divino depósito, si le acre-

centais con vuestra exactitud en cumplir los preceptos del Señor, si correspondeis á él con vuestra fidelidad en el bien obrar, nada temais del mundo ni de sus censuras malignas, recelad solo de vosotros mismos, de vuestra flaqueza y de vuestra inconstancia: y teniendo siempre presente que de Dios sois, de Dios dependeis, y sin él nada podeis hacer, puesto que de él deriva todo don bueno y perfecto, acudid á su piedad en todo tiempo, estad en guardia contra vuestras pasiones, vivid preparados para hacer frente á los enemigos interiores y exteriores de vuestra salvacion, y no os durmais en una seguridad funesta que os conduciria á la indolencia, origen de una perdicion inevitable. Sabeis que el triunfo es el premio de la perseverancia: pues perseverad en el bien comenzado, y vuestra victoria será segura; y despues de una vida feliz y venturosa, lograreis en premio de vuestra virtud una corona inmarcesible de inmortalidad.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

En aquel tiempo, tomá Jesus á Pedro, á Santiago y á Juan sus hermanos y los llevó á un desierto aparte. Y se trasladó delante de ellos. Y respaldó su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve. Y he aquí que se aparecieron Moises y Elias hablando con él. Y tomando Pedro la palabra, dijo: Señor, bueno es estarnos aquí. Si quieres, hagamos aquí tres tabernáculos: uno para ti, otro para Moises, y otro para Elias. Antes de toda palabra, cuando una brillante nube los cubrió. Y salió una voz de la nube que decía: Este es mi hijo querido en quien me he complacido: escuchad. Y en tanto las discipulos cayeron sobre sus rostros cobrándose de un gran temor. Y se levantó Jesus y les dijo: Levantad y no temáis. Y cuando los ojos le miró vieron mas que á Jesus, etc.

MATTH. XVII. 1 ET SEQ.

Todos los males en este mundo tienen un término, todos los dolores un consuelo, todos los torres una esperanza. Pero esta esperanza no se realiza en la tierra, este consuelo no le da el tiempo, este término no se toca sino en la eternidad. Escucha el hombre para salir, su destino mientras permanece en esta mansion de lucha y de dolor es luchar: y por mas que la suerte parezca favorable, y se balaquen los encantos de la vida, nunca le faltan dolores que con condiciones que hieran, desgasten que batan y ansien-

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA II DE CUARESMA.

SOLA LA RELIGION NOS HACE CONOCER LA NULIDAD É INSUBSTENCIA DE
LOS BIENES DE LA TIERRA, INSPIRÁNDONOS EL DESEO Y LA ESPERANZA DE
LA ETERNA FELICIDAD DEL CIELO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«En aquel tiempo, tomó Jesus á Pedro, á Santiago y á Juan su hermano, y los llevó á un elevado monte. Y se transfiguró delante de ellos. Y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la nieve. Y hé aqui que se aparecieron Moisés y Elias hablando con él. Y tomando Pedro la palabra, dijo: Señor, bueno es estarnos aqui. Si quieres, hagamos aqui tres tabernáculos: uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elias. Aun estaba hablando, cuando una brillante nube los cubrió. Y salió una voz de la nube que decia: Este es mi hijo querido en quien me he complacido: escuchadle. Y al oirlo los discipulos cayeron sobre sus rostros sobrecogidos de un gran temor. Y se acercó Jesus y les dijo: Levantaos y no temais. Y alzando los ojos á nadie vieron mas que á Jesus, etc.»

MATTH. XVII. 4 ET SEQ.

Todos los males en este mundo tienen un término, todos los dolores un consuelo, todos los reveses una esperanza. Pero esta esperanza no se realiza en la tierra, este consuelo no le dá el tiempo, este término no se toca sino en la eternidad. Nacido el hombre para sufrir, su destino mientras permanece en esta mansion de lucha y de quebranto es llorar: y por mas que la suerte parezca sonreirle, y le halaguen los encantos de la vida, nunca le faltan abrojos que puncean, contradicciones que hieran, desgracias que abatan, y sinsabo-

res que amarguen la existencia mas cómoda y envidiable. Gimiendo nacemos, y gimiendo descendemos al polvo del sepulcro. Las lágrimas son la primera señal que marca nuestra entrada en el mundo, y con lágrimas en los ojos vemos abrirse ante nosotros las puertas de la eternidad. Buscad un solo mortal que haya ignorado lo que es el padecer, y si le hallais habreis descubierto un fenómeno hasta ahora desconocido. Este tal estaria fuera de las leyes comunes de la condicion humana. Pero no, que á todos alcanza la mano de la adversidad, y ni los palacios de los reyes, ni la lujosa mansion del poderoso lograron jamás desterrar de su recinto ese huésped importuno, que se introduce donde quiera, que todo lo invade y á todo resiste, sin que sea bastante á triunfar de su accion universal ni el poder, ni la fuerza, ni el génio, ni el oro, elementos muy débiles para contrarrestar la influencia del infortunio. Igualmente reina en el seno de la opulencia que en el albergue de la mendicidad; lo mismo marca su huella en los deslumbradores estrados del voluptuoso magnate, que bajo la repugnante techumbre del pordiosero; su nombre se lee indistintamente en el frontispicio de los soberbios monumentos del lujo y de la vanidad, no menos que en la tosca cabaña del miserable pastor. Es pues indisputable que sin la esperanza de otra vida mejor, el hombre, do quiera que vaya, cualquiera que sea su posicion social, por grandes que sean las ventajas con que le favorezca la fortuna, aun cuando disfrute de cuanto una naturaleza rica y fecunda posee en sus vastos senos, jamás logrará ser dichoso, siempre le faltará alguna cosa para completar su bienestar. Y es la causa de esto que no nació para el mundo, que no es la tierra que pisa su verdadera patria, que sus destinos no radican en este suelo, que tiene mas allá de lo presente un fin, un objeto, un porvenir, único capaz de llenar sus deseos y de satisfacer sus aspiraciones infinitas. Y el tédio con que mira hoy lo que ayer le causaba encantos indefinibles, y el disgusto con que mañana rechaza lo que hoy formaba el objeto de su mayor ambicion, y la pesadumbre que luego le ocasiona la posesion de un bien en que poco antes creia cifrada su dicha, y ese flujo y reflujó de deseos y repugnancias, y ese continuo agitarse entre la esperanza y el temor, y ese vaiven incesante de proyectos é incer-

tidumbres.... todo esto y tantas otras cosas que continuamente vemos y experimentamos, ¿qué nos dice sino que en la tierra no hay gozo cumplido, ni bien inalterable, ni verdadera paz, ni dicha duradera, sino que todo en ella es ideal é insubsistente, y los mas deslumbradores placeres, y los goces mas envidiados no son sino seductores fantasmas, sombras fugaces y bellas mentiras?

¡Ved si no lo que hoy pasa en el Tabor segun el relato del Sagrado Evangelio. *Tomando Jesus consigo á Pedro, á Santiago y á Juan su hermano, los llevó á un elevado monte: y se transfiguró delante de ellos.* Tambien el mundo se transfigura continuamente á nuestra vista. ¿Qué hay en él de real y positivo? Si le contemplamos con los ojos de la fé, nada en él hallaremos que no sea triste y enojoso. Injusticias irritantes que avasallan al débil por elevar al fuerte; desnivel en la distribucion de unos bienes que la naturaleza madre comun legó igualmente á todos sus hijos, y que la ambicion de unos pocos explota en su propio y esclusivo provecho, mientras la generalidad sufre el peso de las privaciones y de la miseria; intrigantes afortunados que especulan con el sudor y hasta con la vida del hombre honrado y laborioso, por hacerse un lugar en los altos empleos y lograr un poder de que abusan para tiranizar los pueblos; pasiones insaciables que se disputan el imperio de la inteligencia, del génio y de las riquezas, para centralizar en el individuo los goces y las ventajas que son del dominio universal de la humanidad; y aquí víctimas del despotismo que ni aun siquiera se atreven á quejarse de sus duros señores, y allí trofeos de la iniquidad que viven uncidos al ominoso yugo de criminales tiranos; y mas allá despojos de la arbitrariedad luchando en vano con su degradacion y su miseria; y por todas partes quejas amargas exhaladas por el dolor, sentidos ayes arrancados por el infortunio, tristes lamentos promovidos por el despecho, y miserias que no hallan remedio, y privaciones que no esperan alivio, y reveses que solo encuentran indiferencia é impasibilidad, y males de todo género que no ven un término, porque sus ecos se pierden en el espacio, ó se embotan contra la dureza de corazones empedernidos por la molicie y el egoismo. Tal es el mundo, hé aquí su verdadero retrato; todo lo demás no es mas que

una figura transitoria, por usar del símil del Apóstol (1), una ilusión engañosa, una ingeniosa combinación prismática que alucina la vista con sus diversos coloridos. Así que cuando solo se le contempla por sus exterioridades, aparece vistoso y risueño. Goces variados, placeres siempre nuevos, encantos multiplicados, progreso en las ciencias, adelantos en las artes, mil y mil medios de fruición que brotan dondè quiera bajo la mano creadora del hombre... ¡Qué de bellezas! ¡Qué de delicias! ¡Cuánta felicidad! ¡Cuánta dicha! Todo es brillante y seductor, todo envidiable y hermoso á los ojos del menguado mortal que solo vé esas apariencias del momento y no se interna en la esencia de las cosas. Entonces no repara en nada mas que en lo que tiene delante, al modo que los apóstoles en la cima de la montaña, cuando Jesus se ofreció á ellos lleno de gloria, *y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestiduras se hicieron blancas como la nieve.* Entonces todos sus pensamientos se reconcentran en aquellos bienes que apercibe, todos sus deseos se dirigen á conseguir su posesion, no conoce otras aspiraciones mas que las de lo presente sin pensar siquiera en el porvenir, y cifrando toda su felicidad en gozar pacíficamente de lo que en el acto impresiona sus sentidos, imita la conducta de Pedro, quien *tomando la palabra por todos sus compañeros, dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí.*

De este modo fascinados los hombres por ese tinte pasajero de mentirosa bienandanza que el mundo transfigurado desarrolla á su vista, adhiérense á él y limitan toda su ambicion á disfrutar de sus bienes. «Bueno es, dicen, estarnos aquí;» aquí en donde la naturaleza entera, rica en producciones de toda especie, es tributaria del hombre y le ofrece cuanto puede necesitar para hacer agradable y cómoda su existencia; aquí en donde todo conspira á embellecer los dias de la juventud que se deslizan mansos como la corriente de un arroyo entre la verde yerba de los placeres y de las delicias; aquí en donde cada edad encuentra elementos propios para gozar conforme á sus respectivos instintos; aquí en donde la belleza tiene mil

(1) Præterit figura hujus mundi. (I. Cor. VII. 31.)

atractivos, la ciencia encuentra mil estímulos, el ingenio los triunfos mas brillantes, el poder vasto campo para desarrollar su fuerza y energía; aquí en donde la amistad encanta, el amor diviniza, la gloria forma héroes, y el heroísmo franquea el paso á la inmortalidad; aquí..... ¡Bellos ideales! ¡Quimeras seductoras que basta un leve soplo para hacerlas desaparecer! Y sin embargo, el hombre funda sobre ellas gigantescos proyectos, forma mil combinaciones, levanta aéreos castillos, y cual si esperase poder perpetuarse en este mundo que acaso va á dejar mañana, solo se ocupa en preparar los medios de realizar su pensamiento, como el apóstol del Tabor cuando enagenado decia á Jesucristo: *Si quieres hagamos aquí tres tabernáculos, ó pabellones: uno para ti, otro para Moisés, y otro para Elias.*

No, mortales, no es aquí vuestra patria. Grande es vuestro error si creéis que vuestros destinos se limitan á los cortos dias que vivís en la tierra. Os engañais lastimosamente si esperais poder fijar vuestra mansion en un mundo que huye de vosotros como un vano fantasma en el momento mismo en que mas os alucinan sus apariencias. ¿Ignorais por ventura que no sois sino meros peregrinos que transitais por él de camino hácia la eternidad, puesto que el sepulcro os espera al fin de la jornada para desmentir todos vuestros proyectos y esperanzas? Ese sol que ahora os alumbrá, ha alumbrado antes á mil generaciones que ya no existen: y cuando para vosotros toque al ocaso, tornará á alumbrar de nuevo á otras mil que vendrán en pos. Nada hay en la tierra que no sea ya antiguo; lo mismo es hoy que fué ayer, y lo mismo será mañana. Razas que se empujan unas á otras, pueblos que se suceden progresivamente, imperios que se destruyen para reedificarse otros sobre sus ruinas, hombres que viven y mueren reproduciéndose por la ley de la generacion, familias que heredan el nombre de otras que las precedieron para legarle á su vez á sus descendientes: hed ahí, dice el Sábio, todo lo que el mundo nos presenta. Por lo demás, siempre hallareis en él los mismos males, idénticas miserias, iguales infortunios, y crímenes que no varian, y pasiones que no cambian, y víctimas que sucumben bajo el hierro de sus verdugos, y verdugos convertidos en víctimas

de nuevos tiranos.... Pero basta, A. M.; os estoy repitiendo lo que vosotros mismos veis todos los dias, y es en vano esforzarme en persuadiros una verdad que os demuestra la constante experiencia. ¿Cómo es pues posible que podamos enamorarnos tan locamente de un mundo tan engañoso? ¿Cómo dejarnos alucinar de unas apariencias tan falsas? ¿Cómo constituir nuestra dicha en unos bienes que solo tienen de tales la corteza exterior ó una vana semejanza? Despojémonos de esa venda que cubre los ojos de nuestra alma, contemplemos el mundo y todo cuanto le embellece á través de la luz brillante de la fé, y no tardará en dejarse ver tal cual es, en toda su repugnante miseria. Entonces desaparecerán las ilusiones y la realidad vendrá á desengañarnos de nuestro error; entonces nos convenceremos de que todo ese fastuoso aparato de gloria y magnificencia que desarrolla á nuestra vista, no es mas que prestado; y que cuanto la tierra encierra de mas vistoso y seductor, placeres, riquezas, saber, génio, celebridad, poder, opulencia, prosperidad, nada es capaz de dar hartura al alma, ni de satisfacer sus deseos inmortales, ni mucho menos bastan á llenar la inmensa capacidad de un sér criado para lo infinito, unos objetos que deseados punzan, conseguidos disgustan, disfrutados engendran el hastío, y no dejan de su momentánea posesion más que amargura en el corazon, y el triste convencimiento de su insubsistencia y nulidad. Hé aquí la conclusion que el rey mas sábio del mundo sacaba del exámen de todas las cosas que un dia formáran el objeto de su ambicion. Ninguno como él habia apurado la copa del placer, ninguno llegára jamás á tan alto grado de riqueza y poderío. Su ciencia se hizo proverbial, su opulencia sobrepujó á la de todos los monarcas conocidos, y sin embargo despues de probar uno por uno todos los objetos que el corazon humano ansia con tanto afán, esclama: «He visto que todo no es mas que una pura vanidad y afliccion de espíritu (1).»

Si, A. O.: todo aquí es afliccion, todo vanidad, todo mentira y humo, fuera de servir á Dios y aspirar á la eterna bienandanza. ¿Quereis un simil harto expresivo de la inestabilidad del mundo y de

(1) Eclesiast. I. per tot.

sus goces? Trasladaos al Thabor, ved allí á Pedro formando planes para el porvenir, y saboreándose deliciosamente con la idea de disfrutar de aquella felicidad momentánea que le ofrecia la presencia del Salvador transfigurado; vedle disponiendo ya la mansion que habia elegido en la cima de aquel monte..... ¡Insensato! *Aun estaba hablando*, dice el sagrado texto, *cuando una nube resplandeciente les cubrió á todos, y salió una voz de la nube que dijo: Este es mi hijo querido en quien me he complacido: escuchadle á él.* Leccion oportuna al par que provechosa que nos enseña por una parte á no dejarnos seducir por esas vanas apariencias de dicha mundanal, siquiera se dejen ver con todos los caracteres de la realidad, y al propio tiempo nos manifiesta que solo en los sublimes principios de la religion es donde debemos buscar los verdaderos elementos de felicidad que no es posible hallar en las cosas del siglo. Y esto se verifica de dos maneras: primero, porque no pudiendo subsistir el corazon humano sin alguna clase de esperanza, y sintiendo la ilusion de lo que le rodea en la tierra, se eleva por medio de la religion sobre todos los objetos del tiempo, y va á buscar en el pensamiento del cielo la única esperanza real y positiva que el mundo es incapaz de darle. Segundo, porque esos mismos principios que nos descubren la nulidad é insuficiencia de todos los bienes criados para llenar el inmenso vacío de un alma inmortal, nos dan una idea exacta de los bienes eternos, mostrándonos en ellos el objeto digno de nuestra ambicion, el término de todas nuestras aspiraciones, y el galardón de todos nuestros sacrificios. Y desde luego, A. M., ¡cuán eficaz no es esa esperanza que inspira el cristianismo al verdadero creyente! ¡Qué valor no engendra en el alma abrumada bajo el enorme peso de las tribulaciones, el contemplar á través de los naufragios de la vida presente, aquel puerto seguro de la eterna bienandanza que la fé nos ofrece en perspectiva, y el saber que mas allá de este vasto desierto en que moramos algunos dias, existe una mansion deliciosa de descanso en donde todo es distinto de lo que aquí vemos, todo sólido, todo positivo, todo infinito y sin mezcla de dolor! ¡Ah! Este pensamiento consolaba á David y le hacia olvidar todos sus reveses é infortunios, vigorizando su espíritu y dando á su corazon una fuerza

superior á todos los contratiempos de la adversidad. Al ver correr en su propia casa la sangre de sus hijos, al verse asimismo destrozado por la rebelion de aquel á quien diera el ser, nada es bastante á consolarle: todo cuanto le rodea lejos de proporcionar el menor momento de calma á su corazon agitado, no hace sino aguzar mas el envenenado dardo que constantemente le punza. Solo en la reflexion de los bienes eternos encuentra un balsamo eficaz para suavizar el sentimiento de sus desgracias. «Mi alma (dice) en los tenebrosos dias de mi triste abatimiento se negó á admitir todo consuelo. En este estado de profundo despecho, busqué en Dios un recurso contra la desesperacion, y el valor necesario para sobreponérme á unos males inevitables. Dirigí hácia él mis pensamientos; me acordé que habia en el cielo un Dios justo vengador del crimen y remunerador de la virtud; recordé las pasadas aflicciones y los graves peligros de que me libertára su mano omnipotente; subí con mi espíritu hasta la eternidad en donde me tiene reservada la recompensa de mis trabajos: y este pensamiento, este recuerdo, esta esperanza no solamente derramó en mi alma un torrente de consuelos celestiales, sino que me colmó de un gozo indefinible (1).» ¡Tan cierto es que no hay dolor en la vida que no adormezca la idea del porvenir dichoso reservado á los justos, ni mal que no neutralice la esperanza de la eterna felicidad, ni virtud que no inspire el pensamiento del cielo: y que cuando todos los recursos humanos son impotentes para calmar nuestra agitacion y la inquietud que nos causan los contratiempos de que está sembrada nuestra existencia, el solo recuerdo de las recompensas divinas nos avigora, nos alienta y nos dá fuerza y valor bastante para hacer frente á todos ellos!

Però no es este solo el efecto que produce en nuestras almas la religion, sino que elevando nuestras ideas sobre lo material y terrenal, nos inspira los conocimientos mas sublimes, nos hace ver la miseria y la nada de cuanto el mundo ofrece, y nos descubre la diferencia que hay entre unos bienes transitorios que nunca satisfacen,

(1) In die tribulationis... reuuit consolari anima mea... Memor fui Dei, et delectatus sum. (Psalm. LXXVI. 3, 4.)

y aquellos otros bienes eternos que satisfaciendo cumplidamente el corazón humano, mantienen constantemente en él el deseo de gozarlos, por cuanto ni deseados atormentan, ni poseídos cansan, siendo á la vez siempre antiguos y siempre nuevos, siempre idénticos y siempre diversos. Observad sino las almas verdaderamente grandes, los corazones heróicos formados por el cristianismo, y vereis qué elevación de miras, qué nobleza de pensamientos, qué sublimidad de ideas no revelan en todas sus acciones. ¡Qué pequeño, qué despreciable le parecia todo á San Pablo comparado con la posesión de la vida eterna! Cuanto antes miraba yo como una ganancia, como una felicidad, como una gloria, decia, lo miro ahora como una pérdida, como una desgracia irreparable. Las bellezas mas encantadoras, los mas preciosos bienes, los placeres mas seductores, el oro, las riquezas, el engrandecimiento, la ciencia, todo me parece un puñado de estiercol inmundo, de lodo despreciable, si no consigo poseer á Jesucristo (1). Creedme, hermanos míos, exclamaba entusiasmado San Agustin: nada me parece digno del hombre ni de sus altos destinos sino aspirar á ser de Dios amándole sobre todo lo criado. ¿Y le amaríais como es debido ínterin conserváseis en vuestros corazones el menor afecto hácia lo presente? ¿Le amaríais cual cumple á vuestra vocación si esperimentáseis la mas leve indiferencia respecto de los bienes eternos? No, continuaba: no ama á Dios quien quiera que ó se muestra impasible á su posesión, ó no siente un sumo pesar de su ausencia. Ahora bien, á vuestro mismo testimonio apelo: respóndame vuestro propio corazón. Suponed que el Señor os dijese: gozad en buen hora de todos los bienes que habeis adquirido, y aun á ellos yo añadiré además todos cuantos podais ambicionar. Poseedlos sin recelo, sin alarma, sin turbación de ninguna especie; no tengais que temer ni que la envidia os los arrebathe, ni que la ambición os los disminuya, ni que la muerte os despoje de ellos. Os prometo desde luego una fruición tranquila, duradera, eterna si os place: pero á condicion de renunciar á mi gloria para siempre, á condicion

(1) Quæ mihi fuerunt luera, hæc arbitratus sum propter Christum detrimenta. Veruntamen existimo omnia detrimentum esse... et arbitror ut stercora, ut Christum lucrificiam. (Ad Philip. III. 7, 8.)

de no disfrutar jamás de mi presencia. Ahora bien, ¿qué elegiríais en esta hipótesis? ¿A qué lado se inclinaria la balanza de vuestro corazón? ¿Preferiríais la posesion de vuestros bienes á la posesion de Dios? ¿Consentiríais en privaros eternamente de su vista antes que renunciar á los goces del mundo? La pregunta es apremiante: la respuesta no puede diferirse un solo momento; si titubeais en decidiros, desde luego aseguro que estais muy lejos de conocer á Dios y de amarle, porque no le dais en vuestro corazón una preferencia absoluta sobre todos los objetos terrenales. Así hablaba en su tiempo el Santo Doctor, y estas palabras dirigidas á un auditorio fiel, á un pueblo profundamente religioso, hacíanle estremecer de espanto con la sola idea de perder la posesion de un Dios cuya grandeza sabia apreciar, y cuyos bienes preferia á todas las riquezas del mundo.

Juzgad ahora, M. A. O., por vuestros propios sentimientos, por los afectos que produce en vuestras almas esta misma suposicion, cuáles sean vuestras disposiciones respecto de la vida futura. Ved si en la alternativa de gozar de todos los placeres de lo presente con peligro de no conseguir jamás la posesion del cielo, os decidiríais á renunciar á éste ó á aquellos. ¡Ah! Mucho me temo que no pocos de vosotros alucinados por ese falso vislumbre de momentánea dicha, esclamaríais como el Apóstol del Thabor: «Bueno es estarnos aqui;» y que serian los menos los que con heróico valor menospreciasen los encantos y goces del tiempo por aspirar únicamente á los de la eternidad. *Los discípulos* de nuestro Evangelio, al oír la voz celestial que les ordenaba escuchar al hijo del Altísimo, *cayeron sobre sus rostros sobrecojidos de un gran temor*, bien así como se estremecen comunmente los mundanos al oír las máximas de la religion que les prescriben el menosprecio de las cosas terrenales, la renuncia de las pompas y vanidades del siglo, la mortificacion de los sentidos, la penitencia, la castidad y otras virtudes de esta especie: porque sus corazones adheridos á unos objetos con los que se han familiarizado y casi connaturalizado con el uso, no están dispuestos á hacer un sacrificio tan costoso y repugnante. Dura es para ellos la palabra evangélica que les dice que no hay union posible con Dios,

ni amistad verdadera con su Unigénito, ni esperanza de gozar de su gloria sin un completo desasimiento de esos funestos lazos que les aprisionan á una tierra en donde han constituido su tesoro, su bienandanza y su porvenir. Menester es, y aun esto no siempre basta, que el cristianismo viniendo al socorro de esas almas materializadas, las descubra la nada de todo cuanto bajo el cielo lisonjea su vista, tocándolas con su mano omnipotente, como *Jesus acercándose á sus aterrados discípulos, les tocó, diciéndoles: Levantaos y no temais.* Menester es que como la antigua madre de los Macabeos, cuando animaba al menor de sus hijos á sufrir el martirio, les muestre con el dedo las bellezas celestiales, y les diga: Levantad vuestros ojos hácia aquella mansion de perdurable paz, de bienandanza incomparable y de eterno reposo, comparadla con este suelo en que vivís un día, y ved cuánto no ganais en el cambio. ¿Qué es lo que dejais, y qué es lo que se os promete? Aquí todo es ilusión, mentira, ficción, sombras pasajeras, fantasmas del momento, dulzuras que amargan, placeres que corrompen, delicias que envilecen, goces que atormentan, bienes que empobrecen, tesoros que arrebatan un soplo, grandezas que huyen cuando parece que se tocan con las manos. Allí los bienes prometidos á los justos son positivos é inamissibles, los goces interminables, los encantos siempre nuevos, las riquezas inmensas, el descanso imperturbable, la felicidad en fin completa, invariable, eterna como el mismo Dios que la constituye. El placer que en el cielo experimenta el alma es, dice San Agustín, un placer que la penetra hasta lo mas íntimo, teniéndola como sumergida en un mar de felicidad que ella misma sintiéndola no la comprende. Los siglos de los siglos no parecen mas que un instante, porque los goces renacen sin cesar en aquella region de encantadora dicha, y el corazón embriagado de una alegría indefinible apura sin cesar sus suaves delicias. Imaginad en una palabra todo cuanto el corazón mas ambicioso puede apetecer: gloria, opulencia, fruición completa de todos los bienes, ausencia total de todos los males, gozo sin pesadumbre, calma sin agitación, día sin noche, luz sin sombras, todo lo que la lengua no puede espresar, ni siquiera fingir la imaginación mas rica, se halla en Dios, y Dios es

el que forma la bienaventuranza de los predestinados. No me estraña pues que haya habido hombres que al reflexionar en estas cosas, hayan lamentado como una desgracia el vivir en un mundo que les era insoportable, y suspirado sin cesar en pos de aquel día que debía despojarles de los miserables restos de la mortalidad. Cuando oigo esclamar á San Pablo: ¿quién me librará de este cuerpo de muerte (1)?; cuando veo á un San Ignacio correr intrépido al martirio, mas deseoso de verse en medio de las fieras que si marchase á un delicioso festin; gritar entusiasmado: «Trigo soy de Jesucristo, que me muelan, que me trituren los afilados dientes de los leones, para llegar cuanto antes á ser pan digno del cielo;» conjurar á sus discípulos que no le privasen de tan grande dicha mediando en su favor, y protestar que él mismo provocaria el furor de las bestias para que le devorasen; ¡ah! entonces es cuando yo me formo alguna idea de lo que es el cielo, y comprendo hasta dónde puede llegar el heroísmo inspirado por la idea y la esperanza de disfrutar de sus bienes.

¿Dónde están empero hoy esas almas fervorosas, dónde esos corazones generosos é intrépidos que un dia formaban la mayor gloria del cristianismo? La molicie, la sensualidad, la indiferencia por los goces eternos, la ambicion por la gloria terrenal, el materialismo brutal, los excesos mas repugnantes y los mas vergonzosos vicios han reemplazado en nuestro desgraciado siglo á las bellas virtudes de los tiempos pasados. La felicidad del tiempo absorve todas las ideas y reconcentra los deseos todos del hombre; la bienandanza celestial no inspira sino frialdad y menosprecio. Se prefiere vivir en la tierra como si en ella estuviese cifrado el porvenir de los mortales, y se tiene por una ilusion de almas menguadas y fanáticas la esperanza de otra vida mejor. No vengueis, Señor, este desprecio criminal segun la estension de nuestra malicia. Detenga vuestra misericordia los golpes con que vuestra justicia amenaza á una generacion procaz que se atreve á insultaros de este modo, constituyendo su fin único en el desarrollo de la materia, en el desenvolvimiento de todos los elementos de goce temporal, cual si el alma no exigiese otro

(1) ¿Quis me liberabit de corpore mortis hujus? (Ad Rom. VII. 24.)

alimento, como si los seres racionales no tuviesen otras necesidades que llenar, ó si unos corazones criados para lo infinito pudiesen satisfacerse con unos objetos tan despreciables y pequeños. Inspiradnos Dios mio el verdadero conocimiento de nuestros destinos, hacendos apreciar debidamente la grandeza de vuestras promesas, iluminad nuestra inteligencia para que sepamos distinguir entre los bienes perecederos del tiempo y los interminables bienes de la eternidad; á fin de que prefiriendo éstos á todo lo criado, obremos conforme á esta idea, y merezcamos disfrutar un dia de vuestra presencia por los siglos de los siglos.

SERMON

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

GARCTÉRES Y FUNESTAS CONSECUENCIAS DEL VICIO DE LA IMPUREZA.

Fornicatio et omnis immunditia..... nec nominetur in vobis, sicut decet sanctos... Hoc enim intelligentes: quod omnis fornicator, aut immundus... non habet hæreditatem in regno Christi et Dei.

Ni siquiera se nombre entre vosotros la fornicacion y toda especie de impureza, como corresponde á la santidad de vuestra vocacion. Teniendo entendido, que ningun fornicador ó impúdico será heredero del reino de Cristo y de Dios.

AD EPHES. V. 3, 5.

Si hay un vicio que por su carácter odioso y repugnante no debiera siquiera ser oido su nombre en el seno del cristianismo, es á no dudarlo el de la impureza. Ninguno envilece tanto al hombre, ninguno imprime en él un sello tan vergonzoso, ninguno deja huellas tan profundas en el alma, ninguno en fin se opone tan directamente al espíritu de santidad que respiran las máximas del Evangelio. Él rebaja la dignidad de un sér criado para unos destinos inmortales, hasta nivelarle con los brutos, ultraja la conciencia de quien tiene el sentimiento de su grandeza casi infinita por la semejanza que le une con el Criador, y mas que ningun otro pecado hácele abominable á los ojos de Dios, le arrebatara sus derechos á la herencia celestial, y le consagra al infierno como una víctima de Satanás con quien hasta cierto punto le identifica. No es de estrañar que su solo recuerdo inspirase al apóstol San Pablo una repugnan-

cia tan invencible cual demuestra en el texto que acaba de leerse. «*Ni siquiera (decia á los fieles de Epheso) se nombre entre vosotros la fornicacion y toda especie de impureza, cual corresponde á la santidad de vuestra vocacion. Teniendo entendido, que ningun fornicador ó impúdico tendrá la menor parte en el reino de Jesucristo y de Dios.*» Y el Evangelio de este dia, coincidiendo oportunamente con el pensamiento del Apóstol, denomina este pecado espíritu inmundo, por cuanto su solo aliento inficiona, su recuerdo mancha, hablar de él es ya una indecencia, contemplar sus objetos es un desórden, conocerle es un oprobio. Gustoso hubiera yo pasado en silencio una materia tan desagradable, si las circunstancias no me obligasen á tocarla. Y digo que las circunstancias me obligan, porque siquiera en todos tiempos, desde la mas remota antigüedad venga siendo el vicio mas comun, el mas general, el mas encarnado digámoslo así en las sociedades, nunca empero como en los siglos modernos ha llegado el cinismo, la desvergüenza y el escándalo en este punto á tan alto grado. La voluptuosidad aguijoneada por las doctrinas que consagran los goces sensibles como el único objeto del bienestar del hombre, exaltada por el placer llevado hasta el mas inaudito refinamiento, desarrollada en colosales proporciones por el progresivo acrecentamiento del lujo y de los diversos elementos de seduccion que se multiplican sin cesar, ha roto sus diques, y cual torrente devastador todo lo ha invadido, todo lo ha inundado, todo lo ha corrompido. Reina igualmente en el humilde hogar del artesano que bajo la dorada techumbre del monarca, no emponzoña menos el corazon jóven de la tierna doncella, que el alma ya encallecida del decrepito anciano. Sus estragos alcanzan á todas las clases, estados y condiciones; apenas hay á quien no haya comunicado su contagio, imprimiendo donde quiera el carácter funesto de la degradacion que le es consiguiente, y anonadando todos los dones de la naturaleza y de la gracia en los que se dejan arrastrar por ese vicio al abismo del crimen.

Mal pudiera pues callar, M. A. O., cuando el mal es tan grave, sin hacerme culpable delante de Dios por mi silencio. No temais sin embargo que mis palabras puedan amancillar los oidos castos: pues

no me propongo pintar ese vicio con sus repugnantes coloridos, sino inspiraros el justo horror que se merece. Y al efecto, sin necesidad de evocar imágenes ni ideas ofensivas al pudor, me bastará manifestaros su gravedad incomparable y sus funestas consecuencias en el orden moral. «Lo primero quedará suficientemente demostrado haciéndoos ver que es el pecado que mas contraria el plan divino de la creación y de la redención: y lo segundo mostrándoosle como el germen fecundo de todos los escesos que deshonan al cristianismo.» En otra ocasión me ocuparé de él bajo el punto de vista social. Antes de entrar en materia, invoquemos los divinos auxilios por la intercesión de la purísima madre de la gracia, etc.

AVE MARÍA.

PRIMERA REFLEXION.

Bastaria, C. O., considerar al hombre bajo el punto de vista de su racionalidad, en cuanto representa la obra mas perfecta de la creación, para convencerse desde luego de la gravedad de un pecado que desfigurando en él todas las perfecciones con que le embelleciera la omnipotente diestra, le asemeja y aun le hace inferior á los seres mas despreciables. Si contemplamos la nobleza de su origen y la sublimidad de sus destinos, nada hay en el mundo mas grande, nada mas digno de las complacencias del cielo. En su semblante brilla un rayo de la divinidad; su inteligencia participa de los resplandores de la luz increada; su corazon criado para amar no se satisface sino con lo inmenso y lo infinito; descúbrese en su alma la imagen del que la formó para gozar de una gloria inmortal; todo en él revela su superioridad sobre los demás seres que pueblan este vasto universo, y le hace ser mirado por ellos como su gefe y monarca. Pero consideradle manchado con el vicio de la impureza, entregado á los escesos de una torpe sensualidad, y vereis el espantoso cambio que en él se opera. En vano buscareis en él ninguno

de los rasgos de asimilacion divina que antes le hacian aparecer poco menor que los ángeles, rodeado de gloria y de honor, y ceñido de una vistosa diadema de inmortalidad. Despojado por ese vicio ignominioso cuanto infamante de los dotes que constituian su semejanza con el Criador, rebajado á la condicion del bruto cuyos instintos adoptára, y envuelto en las espantosas tinieblas consiguientes á una pasion tan degradante, de dueño y señor que era del mundo le veis convertido en vil esclavo de todos sus objetos, cubierto de baldon, y llevando impreso en su frente un padron de ignominia; por cuanto sus aspiraciones son terrenas, sus afectos carnales, sus deseos vergonzosos, y sus acciones todas no tienen otro fin que la satisfaccion de unos apetitos brutales, tan contrarios á la razon como indignos de un sér que participa de la incorruptibilidad de los puros espíritus y de la inmortalidad del mismo Dios.

No es de estrañar que el Señor al contemplar la degradacion casi infinita en que el hombre cayera por efecto de la sensualidad en las primeras épocas del mundo, se arrepintiese de su misma obra, le doliese haber criado un ser tan noble y bello para verle despues tan lastimosamente transformado (1), y no pudiendo tolerar la vista de tan repugnante espectáculo, jurase esterminar de la faz de la tierra una raza maldecida (2) que asi habia manchado su divina imágen, deshonorado su origen celestial, olvidándose de su dignidad, y rivalizado en embrutecimiento con los séres mas desprovistos de raciocinio (3). Observad aquí conmigo, A. O., los afectos que despierta en el corazon de Dios la vista del hombre entregado á esa vil pasion, é inferid su gravedad de las determinaciones á que dá lugar. Cuando los dos primeros vivientes quebrantan el precepto de su Criador, comiendo del árbol prohibido, manifiéstase con ellos lleno de benignidad, llámalos con dulzura, escúchalos con mansedumbre, repréndelos con dolor pero sin acrimonia, y no pudiendo menos su justicia de condenarlos una vez convictos de su desobediencia, im-

(1) *Pœnitet me fecisse eos.* (Genes. VI. 7.)

(2) *Delebo hominem quem creavi a facie terræ.* (Id. Ibid.)

(3) *Homo cum in honore esset non intellexit : comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis.* (Psalm. XLVIII. 3.)

póneles una pena que no repugna con la natural condicion de los culpables: «Sois polvo, les dice, y á ser polvo tornaréis (1).» Y este fallo, aunque irrevocable, ejecútase con extraordinaria lentitud: ellos mismos viven cerca de mil años, sus hijos disfrutan tambien de una larga existencia, y multiplicándose en una estensa posteridad, reproducen constantemente su nombre y su raza sobre la tierra. Llega empero un dia en que la sensualidad lo invade todo, y entonces todo cambia; el que con tanta tolerancia se condujera con el hombre desobediente, no puede tolerarle impuro. No hay para él miramientos: la indignacion se apodera del Omnipotente, arde en su alma el furor y la venganza, sus lábios pronuncian una maldicion terrible: «Mi espíritu, dice, no permanecerá mas en el hombre, puesto que se ha hecho todo carne; yo le arrancaré ese soplo de mi propia vida que le comuniqué en el principio (2); un fin desastroso hará desaparecer del mundo esa estirpe degradada (3);» y diciendo, abre las cataratas del cielo, y todo el linaje humano, á escepcion de un corto número de personas que se reserva, queda anegado en un espantoso diluvio. Mas aun, la impureza no solamente ocasiona el castigo del hombre que con ella se manchára, sino que arrastra en su ruina las criaturas todas; no hay ser que no participe de la severidad del Dios vengador; y puesto que todos le sirvieran de instrumentos de pecado, ó de agentes de su sensualidad, todos con él perecen, desde el pájaro que hiende la region del aire, hasta el insecto que se oculta en las estrañas de la tierra (4); sin que quede en un suelo amancillado y cubierto de iniquidad, ni edificios que alberguen al hombre, ni árboles que le cubran con su sombra, ni plantas que le alimenten; nada en fin de cuanto estaba destinado á su servicio y á satisfacer sus necesidades. El mundo no es mas que un vasto sepulcro abierto por la impureza; y esparcidas por do quiera sus ruinas, quedan como un eterno monumento de la indig-

(1) Pulvis es, et in pulverem reverteris. (Genes. III. 19.)

(2) Non permanebit spiritus meus in homine, quia caro est. (Ib. VI. 3.)

(3) Finis universæ carnis venit coram me. (Ib. 13.)

(4) Delebo..... ab homine usque ad animantia, a reptili usque ad volucres cœli. (Ib. 7.)

nacion divina, para demostrar á las mas remotas generaciones el ódio profundo, la irresistible aversion, la invencible repugnancia que causa á Dios ese vicio detestable que dió motivo al esterminio de todo lo criado. Imaginad si podeis, A. M., espresiones ni figuras que manifiestan de un modo mas eficaz la estension de ese mal, la gravedad de ese pecado. Imposible. Un mundo sumergido en las aguas del diluvio, un mundo arruinado hasta sus cimientos, un mundo convertido en escombros bajo la accion de la cólera celestial, dice mas que cuanto decir pudiera toda la humana elocuencia.

Pero no es en este solo terreno donde yo os cito á contemplar el repugnante cuadro de esa pasion detestable. Si ella contraría de un modo tan visible los planes de la Providencia creadora, no se opone menos á la economía misericordiosa de la redencion: y si grande es la ignominia que ocasiona al hombre considerado en el órden de la naturaleza, mayor aun incomparablemente es esta, considerado en el órden de la gracia. Cierto que antes de la Encarnacion del Verbo, la naturaleza humana sobrepujaba en nobleza y dignidad á todas las criaturas visibles, como dejamos demostrado. El hombre era un rey, si bien destronado á causa de la culpa, y cuanto se movia y respiraba en torno suyo le estaba sumiso y subordinado á su voluntad. Sin embargo, la Encarnacion operó en él una modificacion inmensa, un cambio incomprensible, una revolucion inesplicable. Por efecto de la union hipostática, la naturaleza humana sale digámoslo así de su propio fondo para perderse en las profundidades de lo infinito, entra en posesion de todos los derechos de la divinidad, y es adorada en el cielo, en la tierra, en los abismos, y destinada á ser el árbitro del mundo y el juez universal de vivos y muertos. Su grandeza y su gloria tocan en virtud de esa union á un grado á que nada puede llegar; la uncion de la majestad y de la omnipotencia corre por ella, y queda no solamente embellecida sino divinizada. El Verbo se hace hombre, y el hombre saliendo desde entonces del estado de envilecimiento en que se hallaba, únese por medio de la alianza mas incomprensible y misteriosa á su adorable persona, entra en el goce de sus privilegios, y en la participacion de todos sus tesoros y de sus altos destinos. En una palabra, el Verbo encarnán-

dose nos une á sí con los lazos mas indisolubles, con relaciones eternas. Somos sus hermanos, hijos de un padre comun y miembros de una misma cabeza que nos comunica una vida inmortal. Somos sus amigos, su corona, su gloria que nos adquirió con sus trabajos y con su sangre. Hasta nuestra misma carne grosera y material viene á ser un santuario respetable donde mora el espíritu santo, y por consiguiente somos templos vivos de la divinidad, segun el lenguaje de San Pablo (1). ¡Qué grandeza! ¡Que majestad! ¡Qué gloria la del hombre redimido por un Dios!

Ahora bien, A. M., contemplad al lado de tanta grandeza la degradacion casi infinita del hombre impuro que se entrega á los excesos de la sensualidad. Él olvida las íntimas relaciones que le unen con un Dios puro y santo por excelencia; se desentiende de la dignidad de su naturaleza elevada á un estado casi divino mediante la Encarnacion del Verbo; huella atrevido todos sus privilegios y distinciones; profana un alma donde habita el Señor de las virtudes, y la arroja en el inmundo lodazal de los mas viles desórdenes; convierte el templo del Señor en un asilo de prostitucion; une los miembros de Cristo á unos miembros infames ó incestuosos (2); renuncia á la sociedad de los ángeles por confundirse con los irracionales... ¿Quereis mas? Pues bien, no le basta al impúdico deshorrar su carácter augusto, envilecerse hasta lo infinito, y envilecer y deshorrar á la vez cuanto le es dable á un Dios que le crió á su imágen, y á un Salvador que le elevara y engrandeciera á precio de su vida y de su sangre de valor infinito. Su crimen raya mas alto; él menosprecia esa vida, pisotea esa sangre, arroja digámoslo así todos los merecimientos del Hombre-Dios, y á trueque de satisfacer un apetito brutal, una pasion ignominiosa, un deseo impuro, todo lo mancha, todo lo atropella. Y aun euando su conciencia le grite advirtiéndole que Dios perderá al impio profanador de su místico templo (3); aunque vea levantada ante sus ojos aquella Cruz en donde á costa de

(1) ¿Nescitis quia templum Dei estis, et Spiritus Dei habitat in vobis? (I. Cor. III. 16.)

(2) ¿Tollens ergo membra Christi faciam membra meretricis? (Ib. VI. 15.)

(3) Si quis templum Dei violaverit, disperdet illum Deus. (Ib. III. 17.)

tantos tormentos le rescató Jesucristo, y que ésta protesta altamente contra todo acto contrario á la santidad de la víctima que en sus brazos murió; siquiera vea llorar á los ángeles de paz y cubrirse sus semblantes en presencia de tan grande crimen, no por eso cejará de su propósito, y llevará su atrevimiento hasta insultar á la divinidad en su misma morada, nutriendo afectos impuros en presencia de los santos altares, tendiendo lazos á la inocencia delante de los mismos tabernáculos, y buscando víctimas de su lubricidad aun en medio del imponente espectáculo de las mas respetables solemnidades del culto cristiano.

Ved pues si puede concebirse mayor enormidad que la de un pecado que nada respeta, ni la propia dignidad del hombre, ni la grandeza de sus destinos, ni su union con la divinidad, ni las relaciones que casi le identifican con el Verbo, ni el carácter de filiacion que le es comun con él, ni nada de cuanto seria suficiente á contener al mas ambicioso en sus proyectos, al mas iracundo en sus arrebatos, al mas soberbio en su orgullosa arrogancia. No: al impúdico nada le basta, por todo avanza, á todo hace frente, de todo se burla á trueque de satisfacer sus torpes instintos. Su conciencia, su alma, su porvenir, ¿qué le importan? Una vez encendido en su corazon el fuego de la lascivia, consume y devora en él todo sentimiento noble, toda idea racional, mucho mas todo pensamiento cristiano. Recordadle el Gólgota, traedle á la memoria los dolores sufridos por un Dios hecho hombre, los clavos que taladraron sus piés y manos, las espinas que penetraron su cabeza, la lanza que abrió su sacratísimo costado, y su incomparable agonía, y su desamparo cruel, y su muerte oprobiosa. ¿Arrojará por eso su idolo? ¿Despedazará esas cadenas que le aprisionan á un objeto ignominioso? Nada menos: antes bien le vereis correr ciego en pos de él, ofrecerle inciensos, tributarle adoraciones, hacerse su esclavo, y consagrarle su existencia como si nada tuviese que temer ni que esperar, cual si su dicha estuviese cifrada en el logro de aquel objeto y nada fuesen sin él los inmensos bienes de la eternidad.

Siempre pues fué odioso y detestable el vicio de la impureza, y ya hemos visto de qué manera escitó la indignacion de Dios en la

época del diluvio; pero desde que el Verbo increado tomó nuestra substancia, lleva marcado un sello cien veces mas horrible, y ya no es simplemente un pecado, es una profanacion, un sacrilegio, una apostasia criminal de la santidad del cristianismo. Como quiera que se le considere, es lo mas vergonzoso que puede imaginarse; tanto que San Pablo ni siquiera permite que se le nombre, como si la lengua se manchase solo con pronunciarle; tanto que el mismo Salvador que con tanta paciencia toleró que se le diesen los dictados de Samaritano y endemoniado, jamás sufrió que recayese sobre su persona la menor sospecha de impureza: tanto en fin, que en la Escritura le están reservados los términos mas duros, los mas deshonrosos y que mas enérgicamente espresan la infamia que á él vá unida. Y realmente, si ninguno hay tan opuesto á la naturaleza de un Dios criador, redentor, santificador, nada tan distante de la altura á que nos elevára la participacion de la divinidad, como acabamos de ver, tampoco hay ninguno cuyas consecuencias sean mas funestas, puesto que es un gérmen tristemente fecundo de todos los demás escesos que deshonoran al cristianismo, como voy á mostraros brevemente en la

SEGUNDA REFLEXION.

El libro del Apocalipsi nos ofrece una imagen terrible pero exacta de la funesta fecundidad del vicio de la impureza. «Yo ví, dice el Apóstol de Pathmos, una muger sentada sobre una bestia bermeja, llena de nombres de blasfemia, que tenia siete cabezas y diez cuernos. Y estaba vestida de púrpura y de escarlata, y adornada de oro y de piedras preciosas. En su mano tenia una copa llena de abominacion y de inmundicia, y sobre su frente se leia escrito: Misterio, Babilonia la grande, la madre de las deshonestidades y abominaciones de la tierra. Y ví á esa muger embriagada con la sangre de los santos y de los mártires de Jesus... y ejerciendo su

» imperio sobre los reyes de la tierra (1)... y ésta hecha morada de
» demonios y guarida de todo espíritu inmundo... por cuanto todas
» las naciones han bebido el vino venenoso de su disolucion (2). » Tal
es el verdadero carácter de la impureza. Ella deslumbra los ojos,
corrompe el corazón, lisonjea los sentidos, seduce, encanta, em-
briaga al hombre con su ponzoñoso licor; pero y sus consecuencias,
¿cuáles son? ¿A qué excesos no conduce? ¿A qué crímenes no arrastra?
Foco de abominacion, origen de iniquidad, semillero de todos
los vicios, ninguno hay que no surja de esa raíz maldita. Todas las
pasiones van en su séquito; todos los delitos acompañanla donde
quiera que marcha; y en derredor del trono que la levantan la corrupcion
y el libertinaje del siglo, se ven pulular toda clase de escándalos y
cuantos horrores han manchado la historia de la humanidad en todos los
siglos. ¿Qué cosa hay mas insaciable que un corazón impúdico? En todo
tiempo y lugar no se ocupa mas que de satisfacer sus brutales instintos.
El placer es su ídolo; y en casa, en la calle, en el juego, en el paseo,
solo ó acompañado, en los intervalos del sueño y en las diarias ocupaciones,
constantemente la pasión le agita. Sus atenciones, sus cuidados, sus
suspiros se reconcentran en ella; en todo busca y halla la imagen del
vergonzoso objeto de su lubricidad. Ni un solo instante hay en que no
ocupen su imaginacion los mas torpes pensamientos y desgarran su alma
los deseos mas criminales. Es un hambre horrible que con nada se sacia;
es un fuego que cuanto mas se nutre y fomenta mas se irrita. ¿A qué
compararemos ese vicio infame? Solo el infierno puede darnos una justa
idea de él; pues á la manera que cuanto mayor es el número de víctimas
que aquel tenebroso abismo se traga, mas desea engullir, no de otra
suerte el voluptuoso, por mas crímenes que cometa, siempre está
dispuesto á perpetrar otros nuevos. En vano la conciencia reclama,
la naturaleza se niega, la razon protesta, la religion grita... Su voz
se pierde en los espacios, y todo viene á estrellarse contra la insaciabilidad
de una pasión cuyo furor aumenta en proporcion de la misma imposibilidad
de lograr lo que apetece: *Imples*

(1) Apoc. XVII. 3 et seq.

(2) Ibid. XVIII. 2 et seq.

luxuriam et adhuc esurit. ¡Desgraciada fecundidad de la lascivia! ¿Quién podrá enumerar los males que engendra, los errores que concibe, las iniquidades que da á luz? De ella nacen las rapiñas, las injusticias, las concusiones, los hurtos secretos. Lujo, espectáculos, diversiones, banquetes, todo cuesta dinero, y para adquirirlo preciso es recurrir á los medios mas reprobables cuando no se posee lo suficiente para sostener los continuos gastos que acarrea una pasión tan insaciable. ¿Qué recurso? El hijo no vacilará en robar secretamente á su padre; el amo sustraerá á sus criados el justo salario; se desatenderán las continuas reclamaciones del artista; se verá con impasibilidad la miseria y desesperacion del colono; se engañará á todos; con todos se especulará: porque antes que satisfacer las atenciones mas sagradas, antes que pagar las mas justas deudas, antes que socorrer las mas apremiantes necesidades, es saciar la importuna ambicion de una persona á quien se está unido con criminales lazos, servir sus exigencias, satisfacer sus caprichos, fomentar su vanidad, y sostener sus escandalosas prodigalidades.

Hijas son también de la lujuria la insolencia y el orgullo. Cierto que el sexo es de suyo tímido y reservado: la naturaleza misma parece haberle dado el pudor como un escudo contra los lazos de la seducción; pero tan luego como se ha dado el primer paso en el camino del crimen, todos los demás nada cuestan. Entonces ya no se teme la censura, ni se hace caso de las mas graves reconvenciones: la audacia y la desvergüenza reemplazan al rubor que antes enrojecia un semblante virginal: y la que poco há no osaba fijar sus ojos en ningun objeto que pudiera amancillar, se presenta despues con frente procaz, con orgulloso continente, con ojos lascivos y modales provocativos, haciendo gala de su ignominia, y buscando víctimas que inmolar á su torpe pasión.

¡Y á cuántas y cuán inauditas infidelidades no arrastra este vicio! Frecuentemente se vé profanado por él el tálamo nupcial, burlada la credulidad de un amigo sincero, y holladas las leyes del honor y los mas sagrados deberes de la hospitalidad. Se recibe á una persona con los brazos abiertos, se la ofrece su propia mesa, se la aloja bajo un mismo techo, creyéndola incapaz del menor abuso de con-

fianza, y en este concepto se la dispensa una libertad ilimitada. ¿Y qué sucede? Nuestro siglo nos presenta todos los días pruebas inequívocas y ejemplos tristes de lo que puede la lascivia. Ella aprovecha mañosamente los momentos oportunos para tender lazos á la mas probada virtud: y mientras un esposo, un padre, un amigo, descansan tranquilos sin abrigar la menor sospecha respecto de aquel á quien confiaron su tesoro, este no vacila en herirle cruelmente en lo que tiene de mas caro en el mundo, en una esposa, en una hija, en una hermana, á quienes seduce y corrompe vilmente. Nada hay inviolable para el lascivo, nada respeta, á todo se abalanza: y si necesario es emplear el perjurio, la traicion, el cohecho, la perfidia, el veneno, el puñal, á todo está pronto, una vez decidido á lograr el objeto de su ciega pasion. De aquí tantas escenas trágicas como diariamente nos ofrece la sociedad actual; de aquí esa larga série de crímenes horribles que viene presentándonos la historia en todos los tiempos; porque siempre y donde quiera ha habido, esposas infieles como la de Putiphar, que viéndose desairadas por el objeto de sus impúdicos deseos, han manejado hábilmente la atroz calumnia para sacrificar á su despecho á quien no pudieron inmolar á su sensualidad; nunca han faltado hombres lascivos que no pudiendo vencer la firmeza de castas Susanas, han atentado contra sus días para satisfacer su venganza en quien no les fué dado satisfacer sus lúbricos deseos. ¡Y cuántas Herodías por deshacerse de un objeto importante, y vivir mas libremente en sus escesos, han exigido la sangre del inocente en prenda de una criminal condescendencia!

No hay en fin pecado que no engendre, esceso á que no impulse, maldad que no autorice, delito que no fomente, iniquidad que no vaya unida á la impureza. Blasfemias, sacrilegios, parricidios, abominaciones de toda especie por enormes que sean, todo entra en el plan del impúdico, de todo es capaz su corazon abrasado por esa lava impura del infierno. Si no viésemos con harta frecuencia esos espectáculos repugnantes que nos horrorizan y estremecen, si no fuésemos testigos de esos rasgos de bárbara crueldad que vienen á arrancar de nuestros ojos lágrimas de sangre, pudiérase acaso tacharnos de exagerados en nuestros discursos, ó creerse que recar-

gábamos á propósito las tintas de ese cuadro para acrecentar su odiosidad. Mas no, desgraciadamente no son pinturas, no son suposiciones gratuitas las que presentamos, son hechos, y harto generales para que nadie pueda desconocerlos. Padres desnaturalizados que abandonan á la inclemencia el fruto de su crimen en el instante de nacer á la luz; madres mas crueles que fieras que dan la muerte al hijo de sus ilícitos amores por evitar la deshonra, añadiendo un delito á otro delito, y haciéndose parricidas en el momento de adquirir el título de la maternidad: hed ahí lo que de continuo vemos en nuestros días. Crímenes cuya impunidad les ha hecho demasiado comunes, sin que baste á disminuirlos ni los gritos de la religion, ni los anatemas de la Iglesia, porque el impúdico se burla de todo lo mas sagrado, desconoce á Dios, desprecia su alma, ensordece á su conciencia, se rie del infierno, insulta al cielo, y nada le afectan los castigos ni las recompensas de la eternidad.

Así se explica tambien que las aberraciones mas funestas de la inteligencia, las herejías y los cismas que mas han afligido al cristianismo, hayan tenido por origen la sensualidad y brotado de tan emponzoñado tronco. ¿Qué es en efecto lo que decidió á Lutero á romper con la Iglesia Romana y á hacerla una guerra tan cruel y encarnizada? La impureza se apodera de su alma, los infectos vapores que exhala trastornan su entendimiento y hieren de vértigo su espíritu. Desde aquel instante las verdades de la fé le parecen quimeras; el dogma del infierno, injusto é importuno; la castidad ridicula; los votos religiosos ilusiones groseras; y en su concepto ligarse con ellos es una presuncion, observarlos es imposible, y obligar á su cumplimiento una insoportable tiranía. ¿Qué movió á Enrique VIII de Inglaterra á convertirse de defensor decidido del catolicismo en su mas incansable perseguidor? La incontinencia. Tan luego como el vicario de Jesucristo se niega á autorizar un enlace criminal, el fuego infernal que arde en el pecho del monarca escita en él todas las malas pasiones. Despedaza los lazos que le unian con la silla apostólica, niégala su infalibilidad, usúrpala sus derechos, la denuesta con el nombre infamante de Babilonia, llama Antecristo al sucesor de Pedro, arrógase la supremecia espiritual, proclama

un nuevo Evangelio, y por entre incendios y ruinas, por entre cadalsos y sangre católica, levanta el pendon del cisma, é inaugura esa secta que á través de siglos viene luchando con la verdad y sembrando donde quiera el funesto gérmen del error. No es extraño que así sucediese: nada hay tan predispuerto á la incredulidad como un corazon impúdico en donde solo encuentra eco lo que favorece á sus corrompidas inclinaciones. Así como la herejía es inseparable de la impureza, dice San Gerónimo, del mismo modo ésta conduce ordinariamente á la pérdida de la fé.

Pero tiempo es ya de abandonar un asunto enojoso que nos haria interminables si quisiésemos apurar sus enormes y funestas consecuencias. No es posible decir en un discurso cuánto hay de repugnante y detestable en un vicio, que á manera de un viento inficionado que contagia cuanto encuentra á su paso, ocasionando esas pestes que diezman los pueblos y convierten las ciudades en vastos sepulcros, así él, insinuándose en todas las cosas aun las mas necesarias al uso comun, á todas las comunica su mortal aliento. La sensualidad corrompe el lenguaje inventando alusiones obscenas, equívocos indecentes, sentencias picantes y palabras llenas de mortal veneno; introduce en el vestir trages artificiosos que seducen, modas estudiadas que escitan las pasiones, desnudeces escandalosas que insultan al pudor, caprichos variados que fomentan la voluptuosidad; lleva á las mesas la glotonería y la destemplanza, refinando el lujo en los artículos de preciso consumo, y variando al infinito los manjares esquisitos y las bebidas espirituosas, que encienden la sangre y levantan en el alma una llama abrasadora digna de preludiar los ardores infernales. Por último, hasta la poesia, la música, la literatura, las artes, la paleta y el cincel, todo lo inficiona la impureza, do quiera deja impreso el sello de su perniciosa influencia; canciones inmorales, melodías lúbricas, imágenes licenciosas, estatuas inmodestas, cuadros profanos, caricaturas repugnantes, ¿no es esto lo que por todas partes se espone á la vista del jóven, de la doncella, de todas edades, sexos y condiciones? Diríase que todo propende á prestar al vicio sus gracias, á embellecer el crimen, y á dar á las pasiones una especie de sancion pública, segun que todo está

impregnado de ese tinte de voluptuosidad que es hoy día la reina del mundo y el ídolo de las sociedades.

Y en vista de esto, ¿habrá todavía quien se atreva á calificar de leve un pecado el mas opuesto al plan divino de la creacion y de la redencion, y el mas tristemente fecundo en todo género de escesos que de él brotan como de un tronco corrompido? ¿Habrá quien diga que es una debilidad inherente á la naturaleza humana, una pasión que hizo al mismo Dios arrepentirse de haber formado al hombre, puso en sus manos la espada vengadora que esterminó el universo en los dias de Noé, y le forzó á enviar sobre las ciudades nefandas de Pentápolis un fuego celestial que las consumió hasta sus cimientos? ¿Habrá quien intente disminuir la gravedad de un pecado que ocasionó la ruina de Tiro, de Sidon, y de tantos otros pueblos que han desaparecido del mapa bajo la accion de la divina justicia provocado por él; un pecado, en fin, que arrancó de los lábios del Omnipotente la maldicion del cielo que todavía pesa sobre los descendientes de Cham? No, A. O. M. No nos hagamos la ilusion de creer despreciable una pasión tan funesta: no nos fiemos de ese monstruo horrible que traga las almas para vomitarlas en el infierno; no juguemos con ese veneno que mata. Huyamos de un vicio que es el mas aborrecible á los ojos de un Dios puro y santo por escelencia, puesto que profana su templo, corrompe su santuario, mancha su tabernáculo, y huella de un modo especial la sangre divina vertida en la cruz por el Salvador de la humanidad. Mirad que deshonrais vuestro carácter augusto, escarneceis la imagen del Criador impresa en vuestras almas, prostituis los miembros de Jesucristo á cuya cabeza estais unidos, y despojándoos de todos los derechos de la adopcion que os adquirió en el Calvario, os haceis objetos de abominacion á sus divinos ojos. Si esto no os basta, marchad en buen hora por esa senda florida y voluptuosa que habeis emprendido. Un día llegareis al término, y se abrirá á vuestra vista la eternidad con todos sus horrores. Llanto perdurable, despecho inútil, y tormentos sin fin.... hed ahí lo que habeis logrado. La maldicion celestial caerá sobre vosotros, y os vereis ignominiosamente despojados de la corona de la inmortalidad.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

LA CODICIA CONTRARÍA VISIBLEMENTE LOS PLANES DE LA DIVINA PROVIDENCIA. ODIOSIDAD DE ESTE VICIO Y SU TERRIBLE EXPIACION.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Pasó Jesus al otro lado del mar de Galilea que es de Tiberiades, y le seguía una gran multitud de gentes, porque veían los milagros que hacia con los enfermos. Subióse pues Jesus á un monte, y allí se sentó con sus discipulos..... Habiendo alzado los ojos, y viendo venir hácia sí un numeroso gentio, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Esto lo decía para probarle, pues bien sabia él mismo lo que iba á hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Diclele uno de sus discipulos, Andrés, hermano de Simon Pedro: Aqui hay un jóven que tiene cinco panes de cebada y dos peces; mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Sentáronse pues los hombres en número de casi cinco mil. Y tomó Jesus los panes, y despues de haber dado gracias, los bendijo y repartió entre los que estaban sentados: y lo mismo hizo con los peces, dando de ellos á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discipulos: Recoged los pedazos que han sobrado para que no se pierdan. Hiciéronlo asi, y llenaron doce cestos de pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres. Este es verdaderamente el profeta que ha de venir al mundo.»

JOAN. VI. 1 ET SEQ.

EN todas partes brillan de un modo prodigioso los milagros de la divina Providencia. Todo en este suelo nos está predicando su inmensa liberalidad, y el interés con que desde lo alto del cielo cuida de sus criaturas. No satisfecho el Señor con haber desarrollado en la creacion todos los tesoros de su munificencia proveyendo abundan-

temente á las necesidades de todos los vivientes, haciendo brotar bajo su mano fecunda las plantas, los árboles, el mar, los rios y cuanto directa ó indirectamente se refiere al sostenimiento de todos los séres que él formara para su gloria, continúa sin cesar multiplicando en favor de ellos los prodigios de su amor, y demostrando visiblemente que tiene fijos sus ojos en cuantos habitan en la tierra (1): pues ni el gigantesco elefante ni el imperceptible insecto están escluidos de su paternal solicitud; lo mismo se ocupa del ave que hiende los vientos, que del cetáceo que mora en el fondo del Océano; y hasta el mismo lirio de los campos es objeto de sus atenciones: su mano es quien le viste y engalana con mas magnificencia que Salomon en los dias de su gloria (2). El hombre empero entre todos los demás séres es el objeto preferente de la celestial Providencia. A él como á gefe de la creacion le fueron subordinados, y á su servicio los destinó el Criador; por manera que todo cuanto vive y vegeta debajo del cielo está esclusivamente consagrado á llenar sus necesidades, y á satisfacer sus justos deseos. Desgraciadamente estos deseos no siempre son razonables, estas necesidades no siempre son reales y positivas; el hombre se crea otras facticias de puro capricho y de vana ostentacion, y para llenarlas abusa de los dones de Dios, convirtiéndolos en instrumentos de una ambicion desmedida, ó en medios de satisfacer su desenfrenada codicia. Ved aquí las pasiones mas dominantes del corazon humano, y las que frecuentemente trastornan los planes de la divina Providencia, y contrarian la sábia economía del cielo, esplotando en provecho propio lo que aquella destinó á ser patrimonio comun de todos los hombres. Y este desórden, este trastorno sacrilego, nunca como en los tiempos presentes llegó á tomar proporciones tan gigantescas. Todo en nuestro siglo es objeto de sórdida especulacion. Las revoluciones sociales, los alzamientos políticos, los ágios en el comercio, el desarrollo de la industria, el fomento de las artes, no tienden á otro fin mas que á aglomerar la riqueza pública en unas cuantas manos codiciosas que quisieran

en Y. subsistieren en el mundo, un ávido anhelo por las riquezas. Y en el efecto, ¿por qué se aglomera en torno de

(1) Ps. XXXII. 14.

(2) Luc. XII. 27.

poseer el dominio esclusivo del mundo. Así que la venalidad en los destinos, la injusticia en los contratos, la mala fé en las transacciones mercantiles, la usura en los préstamos, la concusion, la infidencia, el robo, están á la órden del día, sin que haya condicion, clase ó gerarquía que no se halle inficionada de ese funesto gérmen, que progresivamente va estendiéndose y propagándose con grave daño de la sociedad y no menor escándalo de la religion. De ahí el pauperismo siempre creciente, la miseria cada vez mayor, los recursos cada día mas escasos, las necesidades de los pueblos mas apremiantes: porque paralelamente á estas desgracias marcha la indolencia de los gobiernos, la inhumanidad de los grandes, la codicia de los poderosos, y la sed de enriquecerse á costa ajena de los que no lo son tanto, siquiera hayan de cimentar su fortuna sobre la ruina de sus semejantes.

○ Conducta criminal que reprueba con su doctrina y ejemplo el Salvador de la humanidad, como entre otros muchos rasgos de su infinita caridad y beneficencia, nos lo demuestra el hecho que hoy nos refiere el sagrado Evangelio. *Pasó Jesus (dice) al otro lado del mar de Galilea que es de Tiberiades, y le seguia una gran multitud de gentes porque veian los milagros que hacia con los enfermos.* No hay cosa que mas atraiga, que mas irresistiblemente cautive y que con mayor violencia arrastre, que la práctica del bien. La caridad de Jesucristo venia marcando por do quiera su luminosa huella. En todas partes su compasion hácia el desgraciado, su liberalidad con el menesteroso, su piedad con el doliente, su solicitud en favor del huérfano y de la viuda, su afable condescendencia hasta con los mismos pecadores, hacíanle distinguir de todos á primera vista. Si los milagros de su omnipotencia les admiraban, mas que estos aun maravillábales los prodigios de su amor. Por eso corren en pos de él los pueblos, siguenle en todas direcciones las grandes masas, y no saben separarse de aquel en quien hallan un consuelo todos los infortunios, un remedio todos los males, una esperanza todas las desgracias, un alivio eficaz todas las necesidades. Y en efecto, ¿qué es lo que vemos en el hecho que hoy nos recuerda el sagrado texto? ¿Por qué se aglomera en torno de Jesus esa multitud

de personas de diferentes edades y sexos? ¿Qué indica esa avidéz con que corren tras él el grande y el pequeño, el rico y el pobre, la muger y el niño, sin temer el cansancio, ni las privaciones, ni la intemperie, olvidados aun de satisfacer las primeras exigencias de la vida? ¡Ah! Es que saben muy bien que aquel por quien hacen tales sacrificios no verá con indiferencia estos testimonios de adhesion; conocen á fondo su corazon bondadoso, y ni siquiera recelan que pueda abandonar á las consecuencias de la necesidad á los que por él dejan sus hogares, renuncian al descanso, y descuidan de sí propios confiados en su solicitud paternal. Y no se engañan por cierto en pensar de este modo, ni quedan fallidas sus esperanzas. Por grande que sea la nobleza de su estirpe, por elevado que sea su origen, en la mas alta cumbre del honor, pues del cielo descende y tiene por padre á un Dios, y él mismo oculta los resplandores de la divinidad bajo las apariencias humanas, no por eso se desentiende de los que en la tierra gimen bajo el peso del dolor ó de la adversidad, ni olvida sus privaciones, ni mira con ojo impasible sus necesidades. Ved lo que hace el Salvador en el caso presente. *Subióse á un monte, dice el texto, y allí se sentó con sus discipulos. Y habiendo alzado los ojos, y viendo venir hácia sí un numeroso gentio, dice á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente?*

¡Rasgo admirable de bondad! El primer pensamiento que asalta á su mente, el primer cuidado que le ocupa, es proveer á la subsistencia de aquella muchedumbre, y satisfacer su mas apremiante necesidad. Antes que pensar en su propio descanso, antes que atender al de sus discipulos, es cuidar del menesteroso, del indigente, del hambriento, y buscar recursos con que aliviarles á todo trance. Este era el gran interés del momento, esta era para su alma compasiva y benéfica la cuestion preferente, y que no admitia la menor dilacion: todo lo demás era secundario: y por lo tanto su primera palabra es una palabra providencial, una espresion de sublime beneficencia. «Esa gente viene hambrienta, necesita de alimento, desea comer, y carece de los medios de proporcionarse lo necesario. ¿Dónde pues compraremos pan para que todos queden satisfechos?» Y no de-

cia esto el Salvador para expresar un mero sentimiento de compasion estéril, un afecto de piedad infecundo, ó un deseo ineficaz de socorrer al indigente, cual suele hacerlo el humano egoismo, aparentando interés donde no hay mas que indiferencia glacial, afectando sentimientos humanitarios donde solo anida el torpe cálculo, y vendiendo proteccion cuando solo aspira á alucinar con pomposas promesas. No, en el corazon de Jesucristo no caben semejantes miserias, en él la caridad es activa, la beneficencia es un hecho, la compasion no se limita á bellas teorías, ni la piedad consiste en utopias deslumbradoras. Si se dirige al discípulo como consultando su opinion en el asunto, *esto lo decia únicamente por probarle*, como dice el texto, no porque de él esperase la resolucion del problema, *pues sabia bien lo que debia hacer*; ni porque necesitase de apoyo extraño para encontrar elementos suficientes á la realizacion del plan que meditaba, sino para dar á entender á los suyos, y en ellos á todos nosotros, que á la vista de las ajenas privaciones debemos desentendernos de todo interés personal, arrojar de nuestro corazon todo afecto de criminal indiferencia, despojarnos de toda idea egoista y ambiciosa, y consagrar todos nuestros pensamientos, todos los recursos de nuestra inteligencia y todos los medios de accion que estén á nuestro alcance, á solazar á nuestros prójimos y á socorrer sus necesidades.

81 No es así empero como piensa el mundo; no son estas las ideas del hombre materializado por las doctrinas del siglo. El esclusivismo mas repugnante forma el carácter especial y distintivo de nuestra época: este engendra la ambicion, la codicia, la insaciable sed de poseer; y como consecuencias necesarias de estas pasiones tan generales y tan profundamente entrañadas en las sociedades modernas, hierve en ellas el orgullo, fermenta el egoismo, cunde la inhumanidad, reina el endurecimiento, y tras el endurecimiento viene la injusticia, y con la injusticia la arbitrariedad, y de la arbitrariedad surge el despotismo, y con el despotismo la tiranía del magnate, la petulancia del poderoso, los ágios del hacendista, los fraudes del negociante, las concusiones del rico, los torpes amaños del agiotista. Almas metalizadas, corazones inaccesibles al menor sentimiento com-

pasivo, esclavos del oro, idólatras de las riquezas, hed ahí lo que donde quiera nos presenta la sociedad actual. Los que por un azar de la suerte, ó merced á torpes manejos se han labrado una posición ventajosa, desdeñan de fijar su vista desde la altura en que se hallan colocados, en esa multitud de desgraciados seres que yacen en la llanura, arrastrándose como insectos entre el polvo y agitando en las horribles convulsiones de una mortal agonía. Ven poblaciones enteras que emigran de su suelo natal á mendigar un pedazo de pan que les niega la tierra que les vió nacer; ven inmensas masas de braceros sin ocupacion sufriendo todas las consecuencias del hambre y de la miseria; ven artistas que piden trabajo, jornaleros que ofrecen sus sudores por un miserable salario, labradores que carecen de elementos para sembrar unos campos eriales, mendigos que invaden los sitios públicos implorando la caridad pública; ven en fin la desesperacion de madres sin recursos, la desnudez de huérfanos sin amparo, el llanto de ancianos sin proteccion, y el despecho general de todas las clases menesterosas; y lo ven con ojos enjutos, con alma insensible, con estóica impassibilidad; y lejos de buscar en los recursos de la caridad elementos con que aliviar la suerte de sus hermanos que sufren, porque hermanos suyos son, y carne de su carne, y hueso de sus huesos, se desentienden de todas las relaciones de su origen comun, é insultando al cielo que á todos nos dió idénticos derechos á los bienes de un padre universal, y escarneciendo á la Providencia que á nadie escluyó de la participacion de sus riquezas, y hollando las leyes todas de la humanidad tan sagradas é inviolables, se concentran en sí mismos, repléganse en el circulo de su torpe egoismo, y á la manera que *Felipe dijo* al Salvador en la montaña: *doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un bocado*, del mismo modo, pero con diversa intencion, los dichosos del siglo recurren frecuentemente á la escasez general para subsanar su endurecimiento con los pobres, y toman pretexto de la misma miseria para cohonestar su inhumanidad. El dinero escasea (dicen) el comercio se paraliza, la industria se halla encadenada, las crisis se suceden unas á otras, las revoluciones lo absorven todo, los peligros son cada dia mayores, la sociedad

entera se resiente de la inaccion en que yacen todos los negocios. Entre tanto la indigencia se acrece considerablemente, la mendicidad toma diariamente mayores proporciones; ¿cómo pues hallar medios de subvenir á tantas necesidades? ¿De dónde sacar recursos para remediar tantos infortunios? Hé aquí el grito de la codicia, grito de blasfemia contra la Providencia, cuyos bienes monopolizan en provecho del individuo los que mas audaces ó mas afortunados han sabido aprovecharse de ciertas épocas favorables para engruesar sus caudales á espensas de la desgracia de otros; grito de insulto contra la humanidad cuya dignidad escarnecen, prefiriendo las comodidades y el bienestar privado á los justísimos é incuestionables derechos del procomun; grito de impiedad contra la religion cuyos principios desconocen y cuyas sublimes máximas menosprecian á trueque de no privarse de una pequeña parte de sus bienes en favor de sus prójimos menesterosos; grito horrible, grito sedicioso, grito infernal, grito sacrilego contra el que protestan en masa los pueblos y las sociedades, siquiera encadenadas al yugo de tiranos sin compasion se vean en la dura precision de plégar ante sus injusticias. ¡No hay recursos!.... ¡Y esto lo dicen los que al mismo tiempo que cierran ambiciosos sus áreas por temor de una crisis monetaria, están calculando los provechos que pueden sacar de la situacion angustiosa de la época, esprimiendo hasta donde pueden el sudor del pobre, que les ofrece sus brazos por un miserable pedazo de pan! ¡Y esto lo dicen los que lamentándose con tono hipócrita de la indigencia creciente de las grandes masas, ponen en giro sus capitales á unos tipos escandalosos, y realizan préstamos usurarios que aumentan la agitacion, generalizan la alarma, y precipitan la ruina de muchas familias só pretesto de aliviar sus necesidades! ¡Y esto lo dicen, en fin, los que aparentando interesarse por el bienestar de las clases industriales, y por el fomento de la riqueza pública, calculan minuciosamente el tiempo del trabajo, estudian el modo de simplificar las operaciones, disminuyendo el número de brazos en proporcion de la mayor fuerza del vapor ó de la electricidad, y dejan sin ocupacion un sinnúmero de personas honradas y laboriosas, á quienes no queda mas opcion que entre la mendicidad ó el

crimen! ¿De esta manera, oh codiciosos, insultais á la miseria cuando mas crueles os mostrais con ella? ¿Así os burlais de las lágrimas de tantos padres de familia que no os piden vuestro oro ni vuestros bienes, sino pan que dar á sus hijos á costa de una sangre y de un sudor para vosotros altamente reproductivos? ¿Así cerrais vuestros corazones á los gemidos de la humanidad menesterosa, y ensordeceis á los lamentos de tantas víctimas que os alargan una mano suplicante, conjurándoos en nombre de Dios que no las dejéis perecer en su desgracia? Reparad que esas víctimas las habeis hecho quizás vosotros mismos con vuestras concusiones y escandalosos ágios, y que su sangre mejor que la de Abel demanda venganza y llega hasta el cielo. Mirad que aunque la Providencia tolera, no por eso os perdonará el insulto que la haceis en sus criaturas robándolas sacrilegamente lo que es suyo, privándolas de lo que ella les destinó de vuestras superfluidades para su necesario sustento; pues no es vuestro, sino del pobre, todo lo que os sobra del uso comun despues de cubiertas vuestras justas atenciones. Observad que vuestra codicia, fomentando la indigencia, fomenta al propio tiempo los mas horrosos crímenes contra la religion y la sociedad. Ella abre puerta á la indolencia, engendra la ociosidad, incita al hurto, arrastra al libertinaje, á la inmoralidad, al desenfreno de todas las malas pasiones: y de aquí el alzamiento de las grandes masas, los motines populares, las demostraciones de hostilidad contra los gobiernos, la rivalidad con las clases acomodadas, el ódio á las instituciones políticas, el trastorno del órden público, y las revoluciones sangrientas. ¿Pero qué importa? Con las revoluciones se medra, con los trastornos se improvisan nuevas fortunas, con los pronunciamientos se levantan muchos de la nada y se proporcionan un porvenir cómodo; y á la sombra de la alarma, y á favor de los cataclismos sociales, y por entre las ruinas de las víctimas se consigue á veces llegar á la altura del poder.

De este modo la codicia humana convierte en propio provecho aun las desgracias mismas y los reveses de la adversidad. Así se esplica que el egoismo sea cada vez mas repugnante, mas general la insensibilidad de los ricos, mas odiosa la petulancia de los magna-

tes, y la indiferencia hácia las clases pobres mas universal. Pero ¿qué medio hay, se me dirá, de estirpar ese mal tan comun? ¿Cómo es posible hacer frente á tantas necesidades? ¿Qué elementos hay bastante poderosos para socorrer tantas miserias? Uno solo basta: y éste es la caridad. Este sentimiento fué el que inspiró á uno de los discípulos del Salvador aquella accion que mereció ser recompensada con un milagro. *Andrés hermano de Simon Pedro*, al oír la respuesta de Felipe, que revelaba su desconfianza con respecto á encontrar recursos para satisfacer el hambre de las turbas, dice á *Jesus: Aquí hay un jóven que tiene cinco panes de cebada y dos peces: si bien ¿qué es esto para tanta gente?* Ciertamente considerado en lo humano, poco, ó mejor dicho nada era aquello relativamente al numeroso concurso que allí se reunia. Pero el fervoroso discípulo contaba con la omnipotencia del Salvador, contaba con su corazón infinitamente benéfico, contaba con su paternal solicitud: y al creer que el que de un grano imperceptible hace brotar centenares de espigas, podia tambien multiplicar aquellos víveres y satisfacer la apremiante necesidad de una multitud fatigada y hambrienta, no se equivocaba en sus pronósticos ni era infundada su confianza. *Haced sentad á esas gentes, dijo Jesus: y habiéndolo hecho como unas cinco mil personas, tomó en sus manos los panes, dió gracias, los bendijo, y repartió entre los que estaban sentados, é hizo otro tanto con los peces, dando de ellos á todos cuanto querian.* Prodigio inaudito que la incredulidad no contenta con negarle ha pretendido ridiculizar maliciosamente, pero que no por eso ha conseguido ni conseguirá desmentir jamás. Multiplicacion portentosa que se verifica constantemente en la naturaleza, en sentir de San Agustin, bajo la accion providencial del cielo. ¿No veis cómo todas las producciones de la tierra se cambian de un polo á otro de una manera admirable que las hace accesibles á todas las condiciones? ¿No admirais esa reproduccion incesante del mundo animal y vegetal que esparce por do quiera la riqueza y la abundancia? ¿No veis?... ¿Pero á qué cansarnos cuando todo lo que se ofrece á nuestra vista nos está demostrando los milagros de la Providencia? Cada pueblo tiene su multiplicacion respectiva, como ha dicho sábiamente un

profundo orador; cada familia tiene la suya; cada individuo la experimenta en sí mismo, por mas que quiera cegarse voluntariamente por no bendecir la mano divina de donde le viene su fortuna. En vano la ingratitud humana pretende atribuir estos prodigios á la ciencia; malamente se obstina el economista en arrogarse este honor como debido á su génio.... ¡Dejadlo! ¿Qué importan las blasfemias del miserable gusano contra el que ha fijado su trono sobre las nubes? Esas blasfemias recaerán sobre él henchidas de la ira del cielo, y sentirá á su despecho que no se insulta impunemente á quien tiene en sus manos los destinos del mundo.

Ahora bien, á nuestro propósito: ¿quereis ver reproducido el milagro de la montaña? Pues fácil os es conseguirlo. La caridad, como antes insinué, es el poderoso elemento que multiplica los recursos en proporcion de las necesidades; la caridad obra prodigios; la caridad es harto ingeniosa para hallar medios de subvenir á todas las miserias; en sus manos se aumentan maravillosamente los dones de Dios, y bastan y sobran para hacer frente á las mayores calamidades. Haced lo que hizo Jesucristo en el desierto. Llamad á vuestra mesa al hambriento compartiendo con él los bienes que gratuitamente os concedió el cielo; haced sentar junto á vosotros al pobre, sustrayendo á vuestros caprichos y á vuestra sensualidad en favor suyo lo que sus necesidades exigen de justicia; franquead vuestros tesoros al indigente, sacrificando en obsequio de la humanidad desvalida una pequeña parte de lo que dedicais á las superfluidades del lujo y á los excesos de la vanidad. Y no temais que vuestros bienes se disminuyan, ni que padezca menoscabo vuestra fortuna. No: lo que diéreis á los miembros pacientes del Salvador tornará á vosotros centuplicado; lo que derrameis en las manos del menesteroso refluirá á las vuestras engruesado con las bendiciones celestiales. ¿Ignorais que siendo liberales con el pobre lo sois con vosotros mismos? ¿que las manos del pordiosero son las arcas de Cristo en donde en su dia hallareis un tesoro que ni el ladron arrebatá ni enmohece el hollin (1)? ¿No sabeis que la beneficencia es la piedra

(1) Luc. XII. 33.

angular sobre la que cimentais el edificio de vuestra eterna felicidad (1)? Y por el contrario quien quiera que esconde su oro, dice Salviano, por la sed de atesorar unas riquezas perecederas, y deja gemir al desgraciado, y mira impasible las lágrimas del infortunio, hace de sus bienes un sepulcro donde juntamente con ellos entierra su alma para no resucitar sino en el abismo de la eterna desesperacion (2). Porque el corazon del codicioso sigue donde quiera su tesoro, se identifica con él, adquiere sus mismas condiciones, participa de sus propiedades, y se convierte en su substancia terrenal (3); y lo que es terreno no puede aspirar á los bienes celestiales, ni puede gozar de una dicha inmortal quien cifra toda su felicidad y concentra todas sus aspiraciones en unos bienes mortales, cual si nada fuera de ellos pudiese llenar sus deseos (4). Y ¡ay de aquellos que no se contentan con ser duros con el pobre é insensibles á los gritos del infortunio, sino que aspiran á medrar á costa de la agena miseria, y levantan el edificio de su fortuna sobre los escombros de la indigencia que ellos mismos crearon con sus torpes agios y sus irritantes injusticias! Ellos habrán de responder un dia en el tribunal inapelable del supremo Juez de las amargas quejas que el dolor exhala contra la divina Providencia; ellos serán responsables de las blasfemias que arroja contra el cielo la desesperacion de las victimas de su avaricia; ellos cargarán con las consecuencias de todos los crímenes que ocasione su endurecimiento, y verán pesar sobre sus cabezas la terrible expiacion reservada en el porvenir para los que con su inhumano proceder son causa de que se ofenda á Dios y se insulte su bondad. Sobre que no solo en la eternidad, sí que tambien en el tiempo se expian á veces los excesos de la ambicion y se experimentan las funestas consecuencias de la codicia. No todos gozan

(1) *Divitibus præcipe, thesaurizare sibi fundamentum bonum in futurum, ut apprehendant vitam eternam.* (I. Tim. VI. 17.)

(2) *Quicumque augendis opibus terrena cupiditate famulantur, aurum terræ infodiunt.* (Salv. de avar. L. 4.)

(3) *Mens thesaurizantis thesaurum suum sequitur, et quasi in naturam terrestri substantiæ demutatur.* (Id. ib.)

(4) *Non aspicit cælum ut cælum..... Omnia pecuniam esse putat.* (S. Chrisost. Hom. de Avar.)

tranquilos en este mundo de unos bienes adquiridos por medios ilegales é injustos; no todas las fortunas cimentadas en la concusion y en la usura pasan á otra generacion sin menoscabo. No es raro el ver instantáneamente desaparecer capitales inmensos que se improvisaron en circunstancias escepcionales á favor de la rapiña y del pillaje, y que parecian prometer una duracion eterna. ¿Creeis por ventura que son efectos de mera casualidad tantas quiebras escandalosas que presenciarnos en nuestros dias, tantos establecimientos comerciales en liquidacion, el descrédito de infinitas sociedades anónimas, y la ruina de muchas casas que poco antes se veian en la mayor opulencia? No, A. M., muchas de estas desgracias son providenciales, por mas que á la vista aparezcan como consecuencias de un azar imprevisto ó de un revés inevitable. El cielo es quien dirige el curso de ciertos acontecimientos para llegar al fin que se propone. Y cuando quiere dar una severa leccion á los hombres que le menosprecian é insultan, sóbranle los medios de verificarlo sin que ellos mismos se aperciban de dónde les viene el golpe. Hartos ejemplos nos ofrece la sociedad actual de esta verdad tristísima: y aun esa misma desconfianza general que cunde cada vez mas en los negocios, esa suspicacia recíproca entre los gobiernos y los particulares, esas crisis frecuentes que paralizan las transacciones mercantiles, impiden la circulacion del numerario, y crean á veces conflictos cuyos efectos alcanzan á toda una nacion, y otros mil hechos que pudiéramos citar, y que omitimos por ser demasiado públicos, nó son en nuestro concepto sino un castigo sordo de la Providencia que está pesando sobre un siglo altamente codicioso y egoista que ha olvidado todo sentimiento de humanidad, y que cada vez se muestra mas interesado, mas enemigo de la verdadera beneficencia, en proporcion que parece abogar con mayor empeño en favor de las clases menesterosas.

Y no es decir que nos opongamos por esto al desenvolvimiento bien entendido de los diversos elementos de público bienestar que la ciencia económica reconoce para aliviar la suerte de los pueblos. El mismo Salvador en el hecho que nos ocupa nos enseña á ser económicos, y á no desperdiciar los medios de hacer frente á las necesi-

dades que pueden sobrevenir, cuando *despues que aquellos hombres que le seguian quedaron saciados, dijo á sus discipulos: Recoged los pedazos sobrantes para que no se pierdan;* como de hecho *hicieronlo así y llenaron doce canastos de los pedazos que habian sobrado de los cinco panes despues que todos hubieron comido.* Ninguna necesidad tenia de guardar los restos quien tan fácilmente podia multiplicar los panes. Pero quiso Jesucristo demostrar con esta precaucion, que no es menos opuesta á los principios de la verdadera beneficencia la torpe codicia que esconde el tesoro y cierra su mano para no socorrer la indigencia, que la fastuosa prodigalidad que dá sin discernimiento y derrama y malversa unos recursos, que conservados con sábia economía pueden servir para satisfacer nuevas atenciones y socorrer otras necesidades.

Sea pues la caridad el norte que dirija los sentimientos del hombre, y en ella encontrará el dulce bálsamo que si no basta á desterrar del mundo todos los males y á alejar todos los infortunios, porque esta panacea universal no exista en la tierra desde que Dios destruyó el Paraiso terrestre, bastará al menos para facilitar solaz, consuelo y alivio proporcionado á las miserias individuales y sociales que aquejan á la humanidad. Ella cuando menos sabrá multiplicar los medios de suavizar las desgracias, acrecentar los elementos de bienestar general que la codicia monopoliza en provecho suyo, y hacer que unos bienes, que aglomerados hoy en las manos de unos pocos no hacen sino aumentar el número de esos seres infortunados que carecen aun de lo preciso para vivir, distribuidos segun los designios de la Providencia, y bendecidos por ella, sirvan para disminuir la mendicidad y evitar las consecuencias del pauperismo, tan funestas para la sociedad como sensibles á los ojos de la religion. Quiera el cielo que así suceda; que todos se persuadan de que el primer deber del hombre es ser caritativo con sus semejantes; que la mayor gloria del cristiano consiste en el ejercicio de la beneficencia, como que ésta es el carácter distintivo de esa religion santa é inmaculada, segun el lenguaje de los santos libros (1); y que no hay cosa mas contraria al plan de la divina

(1) Jacob. I. 27.

Providencia ni que mas la ofenda , que la sórdida ambicion , la insaciable codicia , origen corrompido de todas las calamidades públicas y privadas que vienen pesando sobre el mundo , especialmente en estos últimos siglos. Lejos de nosotros ese vicio, A. O.; detestemos esa infame pasion, no nos dejemos esclavizar por ese tirano; aspiremos á poseer sobre todo las riquezas celestiales, y despreciemos como se merecen las terrenas , usando de los bienes del tiempo como quien ha de abandonarlos en breve , y estimándolos únicamente en cuanto pueden proporcionarnos el medio de hacer bien á nuestros prójimos y de enjugar con ellos las lágrimas de la indigencia. Y entonces estemos seguros de hallar en la otra vida un tesoro imperecedero , unas riquezas inamisibles , unos bienes eternos, una felicidad sin fin, y una recompensa que durará por los siglos de los siglos.

Qui in hoc se carit. hinc audit. Propter hoc non audit que caritas non est.

El amor de Dios escucha la palabra de Dios. Por eso vosotros no le escucháis, porque no sois de Dios.

JOHN. VIII. 47.

No es a nuestro siglo ciertamente el primer tiempo de la historia de la humanidad respecto de la palabra evangélica. Nunca antes como en nuestros días se vio alzar tantos templos consagrados tan numerosos y tan hechos; jamás el cristianismo por la predicación llegó a tan alto punto. Y si hay un hecho generalísimo demostrado, porque es visible á cuantos tienen ojos, es que en ningún tiempo las santas solemnidades del cristianismo se han celebrado con mayor pompa y majestad; que donde quiera que la religión ha entrado los siglos se solemnizaron sus fiestas más solemnes, según á este tiempo un número de personas de toda edad y sexo, se ven al pueblo de asociarse al más vivo entusiasmo que en ningún tiempo se experimentó en el mundo. Y desgraciadamente es el siglo de nuestros días el que se ha visto en esta parte no ha podido ser más completa. Por que antes se des-

SERMON

PARA LA DOMINICA DE PASION.

DOBLE DISPOSICION DE FÉ Y DE CORAZON, INDISPENSABLE PARA OIR CON FRUTO LA PALABRA DIVINA, CUYO DEFECTO SEPARA AL HOMBRE DE LAS CONDICIONES DE SU VIDA ESPIRITUAL QUE CONSISTE EN LA UNION CON DIOS, Y LE INCAPACITA PARA LLEGAR Á SUS VERDADEROS DESTINOS.

Qui ex Deo est verba Dei audit. Propterea vos non auditis quia ex Deo non estis.

El que es de Dios escucha la palabra de Dios. Por eso vosotros no la escuchais, porque no sois de Dios.

JOAN. VIII. 47.

No es á nuestro siglo ciertamente á quien debemos acusar de indiferencia respecto de la palabra evangélica. Nunca quizás como en nuestros dias se vió afluir á los templos concursos tan numerosos y tan lucidos; jamás el entusiasmo por la predicacion llegó á tan alto punto. Y si hay un hecho generalmente demostrado, porque es visible á cuantos tienen ojos, es que en ningun tiempo las santas solemnidades del catolicismo se han celebrado con mayor pompa y majestad; que donde quiera que la religion llama á los fieles á solemnizar sus sagrados misterios, acuden á este llamamiento un sinnúmero de personas de toda edad y sexo, ávidas al parecer de asociarse al movimiento regenerador que ha reemplazado al escepticismo del pasado siglo, y deseosas de nutrirse de ese alimento espiritual que con admirable profusion se reparte desde la sagrada cátedra. La reaccion en esta parte no ha podido ser mas completa. Los que antes se des-

deñaban de venir á oír esa palabra divina, los que mayor desprecio afectaban hácia ella, los que hubieran creído rebajarse participando de las llamadas preocupaciones del vulgo ignorante y crédulo, son hoy los primeros en manifestar todo lo contrario. El literato, el diplomático, el hombre de negocios no tienen á menos confundirse con las gentes del pueblo y seguir las huellas del orador sagrado donde quiera que hace oír su voz: y hasta las señoras de la alta sociedad, las jóvenes elegantes, las que mas figuran en los círculos de buen tono, lo más florido en fin de nuestra aristocracia, concurre frecuentemente á nuestras instrucciones, pagando este nuevo tributo á la religion, si quiera en ello mas que el convencimiento y la fé tenga parte ese ídolo de la moda á quien todo está subordinado en los tiempos presentes. Porque, fuerza es decirlo A. O. M., ese sentimiento caprichoso no contento con reinar en el mundo profano, ha invadido tambien el mundo religioso: y no bastándole ejercer su accion en el terreno de la materia aspira á dominar asimismo en el terreno del espíritu. Si lo ha conseguido ó no, la prueba es bien patente. ¿Cuál es el principal resorte que mueve á tantas personas á venir á escuchar la palabra evangélica? ¿Por ventura el deseo de instruirse en sus deberes religiosos? ¿Acaso el ánsia de aprender las reglas de conducta cristiana que deben practicar? ¿Quizás la conviccion íntima de la necesidad que tienen de alimentar sus almas con ese misterioso pan que fomenta y conserva la vida moral del hombre? ¿Por dicha la persuasion de la escelencia y superioridad de ese elemento regenerador sobre todos los demás que proclama la ciencia moderna? ¿Pluguiese á Dios que así fuese! Pero por desgracia no podemos abrigar esta idea lisonjera, ni nos es dado complacernos con esta satisfaccion. Se asiste á las solemnidades cristianas, se acude á los templos en ciertos dias señalados, se vá al sermon en determinadas épocas como se iría á cualquiera otra concurrencia profana, porque así lo exige la costumbre, porque así lo ha sancionado el uso, porque la novedad induce á ello, ó porque es preciso llenar un tiempo que no puede dedicarse á otra cosa. Y ved cómo á pesar de ser innegable el hecho que dejamos consignado, de que nunca como en nuestro siglo se ha desarrollado en la apariencia el movimiento religioso, que jamás se

vió tanta afluencia en derredor de las sagradas cátedras, sin embargo nunca con mas razon pudo decirse, ni tener una aplicacion mas verdadera y esacta lo que el Salvador dijera un dia á los judíos, segun nos refiere el Evangelio de hoy: «*El que es de Dios escucha la palabra de Dios. Por eso vosotros no la escuchais porque no sois de Dios.*»

En efecto, señores, siquiera las apariencias manifiestan en cierto modo lo contrario, yo voy á probaros que nuestro siglo está muy lejos de ser de Dios, por cuanto no llena esa condicion esencial que Jesucristo exige en el pasage citado. Y la razon en que me fundo es muy obvia. No basta oír la palabra divina para experimentar los efectos de su accion benéfica: no es suficiente escuchar de un modo material la doctrina evangélica para que produzca en el alma frutos de vida eterna. Menester es algo más; siendo Dios la vida del hombre, y su palabra el medio mas eficaz, el camino mas seguro para llegar á ella, exige del que aspira á conseguirla una atencion de fé que nos ponga en comunicacion directa con aquel de donde procede, y una atencion de corazon que sepa conservarla con esmero y arreglar á ella sus acciones. Fuera de esto, todo lo demás es ineficaz para lograr el fin de nuestros destinos: porque segun el divino oráculo solo será bienaventurado el que escuchando esa palabra la acepta, aceptándola la guarda, y guardándola practica sus enseñanzas (1). Simplifiquemos nuestra idea. «*Disposicion de fé para oír la palabra evangélica como palabra de Dios; primera condicion esencial para entrar en el camino de la vida eterna. Disposicion de corazon para aprovecharse de ella y ponerla en práctica: segunda condicion que completa nuestra union con Dios y nos pone en posesion de nuestros verdaderos destinos.*» Hé aquí todo mi asunto. Para desenvolverle dignamente ayudadme á implorar los divinos ausilios, etc.

AVE MARÍA.

(1) Beati qui audiunt verbum Dei, et custodiunt illud. (Luc. XI. 28.)

PRIMERA REFLEXION.

«Yo soy el camino, la verdad y la vida, ha dicho Jesucristo: ninguno puede ir al Padre sino por mí (1).» Es pues innegable que la verdadera vida del espíritu está en Dios, que Dios es verdad esencial, y que para llegar á su posesion no hay mas que una senda, un medio, á saber: la palabra que él mismo nos legó despues de habernos dado su sangre. Inútil pues seria detenernos en demostrar su necesidad suficientemente establecida y creida por todo el mundo, sin esclusion de sus mismos enemigos: pues si no la reconociesen no la perseguirian, ni se esforzarian en neutralizar su accion poderosa. Pero esta accion, señores, solo puede experimentarse mediante una disposicion de fé que ponga al hombre en relacion inmediata con Dios cuya es la palabra que anunciamos: y bajo este concepto no dudo un instante en afirmar que nuestro siglo, nuestra sociedad actual, con todo ese aparente entusiasmo que muestra hácia la doctrina católica, no es de Dios, y por consiguiente no está en vía para llegar á sus destinos, por faltarle esa primera y esencial condicion de vida espiritual, que consiste en escuchar la palabra evangélica, no como palabra humana, siquiera humana sea la voz que la predica, sino como palabra divina, siendo como es Dios quien habla por el órgano de sus enviados á continuar el pensamiento, la idea, y la obra de regeneracion comenzada en el Calvario. *Propterea vos non auditis quia ex Deo non estis.*

Y aquí es necesario consignar un precedente sin el cual serian inútiles todas nuestras pruebas para demostrar la proposicion que hemos asentado. Permitidme pues os pregunte desde luego y antes de pasar á otras reflexiones. En el instante en que yo me dirijo á vosotros desde esta cátedra, ¿reconoceis en mí una mision legítima

(1) Joan. XIV. 6.

del cielo? ¿Me creéis suficientemente acreditado cerca de vosotros como enviado de Dios para hablaros en su nombre y representar su misma persona? ¿Me consideráis investido de unos poderes divinos, para tratar con vosotros el gran negocio de vuestra salvacion? Porque es preciso fijar esta cuestion y dilucidar este hecho como preliminar de todos los demás cuyas consecuencias me propongo desenvolver. Ahora bien, si no dudais de que efectivamente sea yo tal cual he supuesto; si desde el momento en que un ministro de la religion se presenta á vosotros investido de una mision legítima é incuestionable, ya no es él quien habla, ni son sus ideas las que espresa, ni sus opiniones particulares las que defiende, ni sus sistemas los que sostiene, sino que el Espíritu divino es quien habla en él y por él, segun la promesa de Jesucristo (1), y por consiguiente el hombre desaparece y solo queda allí Dios con su verdad eterna, con sus enseñanzas celestiales, con su doctrina llena de infinita sabiduría; resulta que sobre esa palabra y no sobre quien solo es un mero órgano, un simple instrumento ó vehículo para que llegue á vuestros oídos, recae vuestra indiferencia si no la escuchais, vuestra ingratitud si no la aceptais, vuestro desprecio si la escarneceis sacrilegamente, vuestro crimen si la dejais perder orgullosos ó la insultais impíos. Poco ó nada nos afectaria si porque ó nuestra elocuencia no os agradase, ó porque nuestros pensamientos careciesen de la sublimidad que deseais, ó porque no halláseis en nuestro estilo esos rasgos de erudicion que encantan, esa brillantez de imágenes que fascinan, esa lógica irresistible que cautiva, esa uncion feliz que persuade, esa energía de accion que convence, y otras dotes que no siempre posee el orador sagrado, motejáseis nuestra palabra, y os burláseis de nuestra falta de recursos oratorios. Todo esto, repito, nada sería, ni tendríamos que lamentar semejante aberracion, si nosotros fuésemos el único y esclusivo objeto de vuestros apóstrofes ó de vuestra discontentadiza mordacidad. Pero no, que es Dios quien os habla, es su palabra la que pronuncian nuestros lábios, siquiera descolorida, desnuda, sin los atavíos de la humana elocuencia, y

(1) Matth. X. 20.

despojada de las flores superficiales del génio: y por lo tanto el que menosprecia esa palabra, el que la ridiculiza ó la lleva al terreno de la sátira ó del epigrama, satiriza, menosprecia y ofende al mismo Dios (1).

Hé aquí la fé de que carece nuestro siglo y por lo que hemos dicho y repetimos que está fuera de las condiciones de la vida espiritual y divina, por cuanto no oye esa palabra vivificadora ni la acepta como palabra de Dios, sino como palabra del hombre. Al hombre es á quien se busca en la predicacion evangélica, su facundia, su ingenio, sus cualidades científicas, sus dotes de orador; no se mira en él al representante de la divinidad, al eco de la sabiduría increada, al ministro de la verdad eterna, al enviado del cielo: y por eso esa palabra obrando, en quien la escucha segun las disposiciones que en él encuentra, no produce sino efectos puramente humanos. ¿Y qué otra cosa pudiera esperarse de la indiferencia de un siglo que solo se paga de vanas esteroidades, que no sabe apreciar mas que lo que agrada al oido ó sorprende la imaginacion, que únicamente se muestra apasionado por el lenguaje culto, por las frases estudiadas, por las bellas figuras, prescindiendo de la esencia en nuestros discursos por atender únicamente á las formas, como si la virtud y eficacia de la palabra evangélica dependiese del modo de anunciarla, ó fuese menos respetable, menos majestuosa, menos digna de atencion en unos lábios balbucientes que en una lengua elocuente y sabia? ;Error grosero! ;Preocupacion insensata! ;Falta de fé funesta y lamentable! ;No es esa misma palabra la que un dia conmovia al mundo, le hacia salir de su letargo, y operaba un cambio universal en las costumbres, en los hábitos, en las ideas de la humanidad, anunciada por unos apóstoles ignorantes y desprovistos de todas esas cualidades que la frivolidad de nuestro siglo exige de los oradores evangélicos? ;No es ella la que predicada en medio de una ciudad deicida por un pescador del mar de Galilea, poco despues de la catástrofe del Calvario, hacia enmudecer al Sinedrio, confundia á la Sinagoga, y contaba á millares los triunfos de su fuerza sobrehu-

(1) Luc. X. 16.

mana? ¿No es ella la que en el Areópago, en el Pórtico, donde quiera que Pablo la llevaba, hacia estremecer á los procónsules, infundía un saludable terror á los magistrados, ganaba para Jesucristo á los sábios, convertía á la verdad pueblos enteros y multiplicaba admirablemente las conquistas de la Cruz? ¿Y quién sino ella disipaba las tinieblas del error, vencía al paganismo, despedazaba los ídolos, se sobreponía al poder de los tiranos, y sobrenadando por cima de lagos de sangre, invadía el romano imperio, triunfaba de los Neronos y Caligulas, y arrancando de la cima del Capitolio el negro pendon de los Césares, plantaba en su lugar el signo libertador de la redencion? ¿Cómo es pues que una palabra que á través de mil ochocientos años viene ostentando su influencia universal en las creencias, en el culto, en la moral pública, y recogiendo en todos los puntos del globo laureles inmarcesibles, y estendiendo y propagando hasta en las regiones mas remotas y salvajes las bellezas del Evangelio juntamente con los beneficios de la civilizacion, no produce ahora entre nosotros idénticos efectos ni dá los mismos resultados? ¡Ah! No está en ella, sino en el hombre mismo, la causa de este fenómeno: ni consiste la diferencia en que ella haya perdido nada de su primitivo poderío, sino en que los hombres y los pueblos han ido perdiendo insensiblemente la fé, condicion esencial para que sea fecunda en nuestras almas. La palabra evangélica, semejante en esto á las demás causas naturales, no produce sus efectos sino en proporcion de las disposiciones del sugeto á quien se aplica, como ya antes observamos. Si se recibe como procedente de Dios, como tal desarrollará sus grandezas: pero si se recibe como procedente del hombre, no pasará de ser un sonido hueco, un eco que se perderá en el aire. Porque, ¿qué cosa hay mas pobre, mas ineficaz, mas estéril é infecunda que la palabra humana, cuando fiada en sus propios recursos se propone imponer al hombre sus ideas, sus convicciones, ó sus creencias? Ved una demostracion palpable de esta verdad en nuestro mismo siglo. Jamás llegó á tan alto grado la monomanía de hablar, de escribir y de publicar cada cual sus pensamientos. Todos aspiran á regenerar el mundo, todos pretenden salvar la sociedad: y dando la mas alta importancia á sus efimeras

meditaciones, se creen investidos de la mision de reorganizar los pueblos y de hacerles entrar en la senda de sus verdaderos destinos. Se pronuncian bellos discursos, se hacen elocuentes disertaciones, se perora con entusiasmo, se discute con ardor, se habla hasta lo infinito acerca de los medios de realizar ese ideal, ese pensamiento acariciado..... Y sin embargo, ¿los efectos cuáles son? No seré yo quien conteste, dígalo el siglo mismo, dígalo nuestra sociedad. Por mi parte nada mas veo sino hombres que con todo ese pretendido celo no hacen mas que empujar la funesta rueda que arrastra los hombres y los pueblos hácia el abismo; opiniones que se disputan el triunfo en el terreno de la inteligencia; pasiones que luchan encarnizadamente; sistemas que se hacen la guerra hundiéndose unos tras otros bajo el peso de su impotencia; partidos que chocan entre sí, sembrando en los espíritus la division y creando la mas espantosa anarquía intelectual; porque teniendo cada uno su color diferente, y queriendo conservar su preponderancia sobre los otros, solo consiguen debilitar y destruir la ley de la atraccion y de la afinidad que anuda las inteligencias con lazos indisolubles. ¡Hed ahí la palabra del hombre! Y cuando como tal se oye la palabra evangélica, ¿pensais que pueda producir diversos resultados? No: y tal es el crimen de nuestro siglo: su falta de fé la esteriliza, la empobrece, la hace ineficaz, la despoja de su fuerza, la priva de su poder, y neutraliza sus divinos efectos. Ella es una medicina que el Salvador dejó á la humanidad para que con ella pudiese curar de todas sus dolencias morales, un alimento divino que la legó para que á través del desierto del mundo pudiese llenar todas sus necesidades y conservar ese principio de vida inmortal que la comunicó el Criador supremo. Pero si la medicina no se toma segun las reglas prescritas por el que la propinára, si se abusa del alimento contra las prescripciones de la razon, ambos se convertirán en principios de destruccion y en elementos de muerte. Consecuencia lamentable, pero infalible, de que nuestra sociedad es buen testigo. ¿No la veis cada vez mas enferma luchando inútilmente entre su desesperacion y su desgracia? ¿No la contemplais cada dia mas agitada con las terribles convulsiones de una mortal agonía? ¿No observais cual crece en ella el egois-

mo, se aumenta la ambicion, se multiplican los gérmenes de inmoralidad, y cunde el libertinaje de las pasiones, y toma mayores proporciones el repugnante materialismo, y se engrandece como un gigante que todo lo cubre con su sombra, el mónstruo de la impiedad? ¿Y por qué los pueblos son de dia en dia mas viciosos, y mas criminales los individuos? ¿Por qué es mas universal el imperio de la soberbia, del orgullo, de la sensualidad y de todos los escesos contrarios á la religion? Porque el siglo sigue una marcha tortuosa; y cada vez se separa y aleja mas de las condiciones esenciales de su vida espiritual, abusando de la palabra divina, oyéndola como palabra del hombre, y como tal despreciándola, y esterilizando su accion prodigiosa y fecunda. No, no es de Dios un siglo que carece de fé, disposicion indispensable para oir con fruto su palabra, así como no puede serlo el que la oye sin la debida disposicion de corazon para aprovecharse de ella y ponerla en práctica, condicion que completa la union del hombre con su primer principio, poniéndole en posesion de sus verdaderos destinos.

SEGUNDA REFLEXION.

Escrito está que la justificacion no se halla vinculada á quien oye simplemente la divina palabra, sino á quien la practica y observa (1). Cual el que se entretiene en mirar su semblante en un claro espejo y despues se retira sin otro fruto que el de haber satisfecho una vana curiosidad, así es, por usar de un simil de los libros santos (2), el que despues de haber oido la palabra evangélica, admira al orador, elogia su elocuencia, se complace en reconocer su mérito, sin que su alma haya experimentado ningun cambio feliz, ni concebido ninguna resolucion eficaz con relacion al porvenir. Hed aquí, A. O., el segundo rasgo que caracteriza á nuestro siglo, y otra de las causas

(1) Jacob. I. 22.

(2) Ibid. 23.

porque la palabra evangélica de suyo tan poderosa y eficaz, es generalmente tan estéril y no dá los resultados que está llamada á producir en las almas. Sobre no ser escuchada con fé como palabra de Dios, lo cual es una funesta predisposicion que coloca al hombre fuera de las condiciones de su vida espiritual como ya hemos visto, se escucha tambien sin interés, sin deseo de utilizarse de sus enseñanzas, con una completa indiferencia, que es el mayor obstáculo que puede oponerse á los efectos de la gracia. Todas las cualidades de actividad, de energía y de poder que en sí tiene esa palabra vivificadora, se estrellan contra un corazon frio ó indiferente, que solo busca en ella ó el medio de satisfacer una curiosidad caprichosa, ó lo que es peor una especie de sancion de sus ideas erróneas ó de sus criminales afectos. ¿Y no es este el desórden general y dominante de nuestro siglo? Hay quien quisiera ver convertida la cátedra sagrada en una tribuna desde donde el orador cristiano tronase contra la tiranía de los reyes, contra la injusticia de los poderosos, contra las concusiones del rico, contra la venalidad de los gobiernos, poniendo de relieve los grandes crímenes que segun ellos son la causa de la miseria pública, de la desmoralizacion general, de la ruina de los pueblos, y de la decadencia de los estados. Hay quien desearia que la palabra evangélica no cesase de declamar en favor de las clases menesterosas contra el despotismo de los grandes y dichosos del mundo, que tomase á su cargo la defensa de las masas populares contra la arbitrariedad de los que rigen los destinos de la sociedad, que fuese el eco de la indignacion del proletariado contra la opresion de los que calculan con sus sudores. Todos, en fin, y cada cual en particular, alimentan en su corazon un fondo de egoismo y de amor propio al que quisieran acomodar la palabra de Dios como mero instrumento de sus pasiones, y arma ofensiva para vengar humanos resentimientos. ¡Abuso criminal! ¡Profanacion sacrilega de esa palabra santa que si bien nada disimula, nada calla, á nadie lisonjea, á ninguno halaga, y arguye y reprende, y acusa y exhorta oportuna é importunamente con todo género de doctrina (1), diciendo siempre

(1) II. Timot. IV. 2.

y donde quiera la verdad, al poderoso como al indigente, al monarca como al siervo, al sábio como al ignorante, jamás empero fué órgano de exigencias personales, ni satisfizo parcialidades injustas, ni sirvió de eco á ninguna opinion humana.

Cierto que Dios tiene tambien su bandera propia, y si me es permitido usar de una espresion profana harto usual en nuestros dias, tiene su color, su partido, del cual es eco y representante la palabra evangélica: y ese partido, como ha dicho oportunamente un sábio, es el partido de la verdad contra el error, del bien contra el mal, del amor contra el egoismo, de la vida contra la muerte; el partido de nuestros verdaderos intereses contra nosotros mismos y contra el infierno, el partido del espíritu contra la materia, de la humildad contra la soberbia, de la mortificacion contra la sensualidad, del desinterés contra la ambicion, del sacrificio contra la molicie; en suma, el partido de la virtud contra el vicio, de la verdadera moral contra la corrupcion de las doctrinas humanas, de la fé contra la incredulidad. Hed ahí el partido de Dios cuyo origen remonta hasta la rebelion del ángel apóstata, desde cuya época no ha cesado de combatir contra el padre del orgullo, de la ingratitud y de la mentira, toda vez que el hombre se ha atrevido á renovar la funesta alianza de nuestro primer padre. Por este partido trabajó y sudó el Salvador, y padeció dolores acerbos, y sostuvo la sangrienta lid del Calvario y murió en un leño infame, y triunfó con su vida y su sangre de los poderes del averno. Por este partido se ha pronunciado siempre y donde quiera el cristianismo por el órgano de la palabra evangélica; y á él pertenecen todos cuantos la escuchan con fé, y la conservan con docilidad, y la practican con heroica abnegacion. *Qui ex Deo est verba Dei audit*; de él son, en fin, cuantos aman la verdad y aprecian la doctrina católica, y tienen un corazon dispuesto á ejecutar sus enseñanzas. Pero esa docilidad de corazon está muy lejos de un siglo que en todo y por todo se busca á sí propio sus habitudes, sus errores, sus vicios, y solo está dispuesto á respetar la palabra de Dios en tanto que ésta respete sus estravíos, pase por alto sus excesos, se acomode á sus costumbres, y no toque en lo vivo la fibra de sus pasiones. ¡Como si ella pudiese transigir

con nada de cuanto se opone á la severidad de costumbres que predica, ni contemporizar con lo que es contrario á la ley divina, ni fraternizar con la menor transgresion del Evangelio! No, ella es un fuego que devora todo lo impuro que encuentra á su paso (1), un martillo que pulveriza todas las humanas preocupaciones (2), una espada de dos filos que atraviesa el alma y separa de ella todo lo que es carnal y terreno (3), un rayo que desgaja los empinados cedros de la vanidad y del orgullo (4); un trueno que hace conmovier los desiertos del vicio y las altas montañas de la impiedad (5). Su mision es corregir al culpable, enseñar al que ignora, reprender al díscolo, aterrorizar al obstinado (6). Con igual libertad descubre al monarca sus errores que hace ver al pordiosero sus extravíos: lo mismo dice á los Herodes incestuosos: « No te es licito vivir con el objeto de tu lubricidad (7), » que á los Davides adúlteros y homicidas: « Tú eres ese hombre (8); » porque su objeto es únicamente señalar al hombre la senda de sus deberes, dirigirle por el camino del bien, separarle de los peligros de perderse, y conducirle á la posesion de sus verdaderos destinos. Todo lo que no sea pues escuchar la palabra divina bajo este punto de vista, con una disposicion efectiva de aceptarla con todas sus consecuencias, y de practicarla en toda su estension, es renunciar á Dios, es desertar de su partido, y hacerse tráfuga pasándose al partido de Satanás. *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.*

Y tales son, A. M., los que á manera de los pecadores del tiempo de Isaias, solo quisieran oír de los lábios del ministro sagrado palabras lisonjeras al oído y halagüeñas al corazón, mentiras disfrazadas con el barniz seductor de la elocuencia, y errores envuel-

(1) Jerem. XXIII. 29.

(2) Ibid.

(3) Hæbr. IV. 12.

(4) Psalm. XXVIII. 5.

(5) Ibid. 8.

(6) II. Timot. III. 49.

(7) Marc. VI. 18.

(8) II. Reg. XII. 7.

tos entre las flores del artificio retórico (1). Y en esto como en todo lo demás resalta prodigiosamente la hipocresía de nuestro siglo. Él que frecuentemente se pica de una aparente severidad, exigiendo que se predique el Evangelio en toda su pureza, tachando de moral corrompida todo cuanto desdice de la sublime austeridad de ese divino código, y acusando de prevaricación á los que en su concepto se separan de ella: ¿es así como piensa en la 'práctica? ¿Abunda en estos mismos sentimientos y manifiesta estas disposiciones cuando se trata de hacer la aplicación de ciertas verdades incuestionables del cristianismo? Nada menos que eso. Declámese por ejemplo contra las fortunas improvisadas por malas artes, ó contra el orgullo y la petulancia de ciertos sujetos que ayer eran nada y hoy se ven elevados al apogeo del honor; y los que por su nacimiento se ven á cubierto de semejante apóstrofe, aplaudirán la palabra evangélica y mostrarán hácia ella las mas marcadas simpatías. Pero muéstrese á estos la verdadera causa de la decadencia de su antigua opulencia, dígaseles que no ya el servicio del estado ni las vicisitudes de los tiempos, sino su prodigalidad, su disipación, sus excesos, sus secretas pasiones son el gusano roedor que mina sordamente los cimientos de ese edificio ruinoso: y entonces los aplausos se convertirán en amargas quejas, y se dirá que esto es invadir el santuario de la familia, porque los tiros de la divina palabra van directamente al corazón del culpable y no pueden menos de irritar su esquisita susceptibilidad. ¿Y es esto estar bien dispuesto á aceptar la palabra evangélica y á practicar sus enseñanzas? No: y por lo tanto los que así obran no pertenecen al partido de Jesucristo, están fuera de las condiciones de la vida espiritual, no son de Dios: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. Otro tanto sucede respecto de las demás clases sociales, y en punto á los diversos desórdenes que en ellas reinan. Vereis muchas personas que la echan de devotas y profundamente cristianas regocijarse cuando oyen condenar al desmedido lujo de la época, tronar contra el muelle sibaritismo de las clases acomodadas, apostrofar el escándalo y la licenciosidad de un

(1) Isaie. III. 46.

sexo que ha olvidado todo sentimiento pundonoroso por seguir las exigencias de la moda, y otras cosas por este estilo. Mas probad á decir á esas mismas personas que la sencillez de corazon es el fundamento de la verdadera virtud, que la religion positiva no consiste en meras esterioridades, y que la devocion que agrada á Dios no es curiosa, ni suspicaz, ni envidiosa, jamás murmura, nunca piensa mal del prójimo, y cubre siempre los agenos defectos con el manto de la caridad: y entonces la palabra evangélica no será en su concepto mas que una alusion personal, y todo el discurso del orador una punzante sátira. Y los que así piensan, ¿pertenerán al partido de Dios? No: porque no hay en ellos sencillez de corazon, condicion indispensable para abrazar las divinas enseñanzas, y abrazándolas entrar en posesion de sus verdaderos destinos: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*. La verdad, en fin, agrada generalmente á todos en tanto que no afecta á las costumbres ó defectos del que la oye: pero en llegando á particularizarse, ya no es sino importuna y enojosa. Tal es el carácter del siglo, veleidoso, inconstante, y sobre todo egoista é hipócrita. Predicad verdades duras la pueblo, nos dice el político, pero guardad las debidas consideraciones al rango y dignidad de los que le oprimen. Proscribid la usura, dice el pobre, pero no declameis con demasiada severidad contra las blasfemias de la indigencia. Haced guerra implacable á la venganza, dice el ofensor, pero disimulad la injusticia y no pongais de bulto la enormidad de la ofensa. Tronad contra la deshonestidad, dice el mal-diciente, pero este á su vez clama y grita contra el impúdico. Y cada cual por su parte quisiera ver adulados sus propios desórdenes, en tanto que desearia que la palabra divina recayese sobre los agenos con toda su severidad. Tampoco estos pertenecen al partido de la verdad, no son de Jesucristo, ni tienen opcion al reino de Dios: *Propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis*.

Epilogando pues lo dicho, resulta que al modo que la fé es una condicion esencial para aprovecharse de la palabra evangélica como procedente de Dios, y entrar por su medio en el camino de la verdadera vida, de la vida espiritual y divina que es Jesucristo, así tambien es indispensable que el corazon esté preparado á recibirla

como de donde viene, á aceptar sus enseñanzas, y á practicarlas sin esclusion de ninguna especie, para completar la union del alma con Dios, y ponerla en posesion de sus verdaderos destinos; y que el que carece de estas disposiciones no es de Dios ni pertenece á su partido, ni tiene opcion á sus derechos, ni puede esperar sus recompensas: *Qui ex Deo est verba Dei audit. Propterea vos non auditis quia ex Deo non estis*. Resulta además ser una profanacion sacrilega de esa palabra salvadora buscar en ella lo que agrada al oido ó halaga la sensualidad; desecharla como importuna cuando hiere, y aplaudirla cuando lisonjea; respetarla mientras condena los agenos defectos, y satirizarla cuando no se pliega á las propias pasiones. ¡Ultrage sensible! ¡Desórden lamentable! No, no son los aplausos de la vanidad, ni la afluencia del concurso, ni la estéril admiracion de los oyentes los que constituyen la gloria de la divina palabra y el gozo del orador: sino las lágrimas de la compuncion y el dolor del arrepentimiento, decia San Gerónimo (1). ¿Quereis pues que como San Pablo á los fieles de Tesalónica, podamos deciros que sois nuestro gozo y la corona de nuestra gloria (2)? Escuchad la palabra evangélica con las indicadas disposiciones, recibidla con fé viva, y con un corazon dócil, dispuesto á poner en práctica sus lecciones; salid del templo compungidos y formando eficaces propósitos de servir al Señor y de cumplir su ley santa; sea vuestro llanto testimonio inequívoco de vuestra conviccion sincera; muéstrenos vuestra vida y costumbres la feliz transformacion operada en vuestras almas; y entonces podremos regocijarnos en el Señor, admiraremos los prodigios de la gracia, y nos congratularemos como el Apóstol, dando incesantes gracias al cielo porque habreis oido nuestra palabra no como palabra de hombre, sino como lo que es efectivamente, como palabra de Dios (3). Y vosotros mas dichosos aun, tendreis el convencimiento íntimo de que estais en el camino de la verdadera vida, y llegareis un dia á la posesion inamisible de la gloriosa inmortalidad.

(1) Epist. ad Nepot.

(2) I. Thesal. II. 20.

(3) Ibid. 13.

HOMILÍA

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

LA ENTRADA TRIUNFANTE DE JESUCRISTO EN JERUSALEN, TIPO DE SU ENTRADA EUCARÍSTICA EN EL ALMA CRISTIANA EN LA SOLEMNIDAD DE LA PASCUA. DISPOSICIONES Y AFECTOS CON QUE DEBEMOS CELEBRAR ESTE TRIUNFO MÍSTICO.

EVANGELIO DE ESTE DIA.

«Acercándose Jesus á Jerusalem, al llegar á Betphage junto al monte de las olivas, envió dos discipulos, diciéndoles: *Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis un asna atada y su pollino con ella. Desatádmelos y traédmelos. Y si alguno os dijere algo, respondedle que los há menester el Señor, y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijo el Profeta: Decid á la hija de Sion: Hé aquí que viene á ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre un asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo. Y fueron los discipulos, é hicieron lo que les mandó, y trajeron el asna y el pollino; y la aparejaron con sus vestidos: y le hicieron sentar encima. Y una gran multitud tendieron por el camino sus vestidos: y otros cortaban ramas de los árboles y las ponian por donde habia de pasar. Y las gentes que iban delante, y las que iban detrás, clamaban diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas.»*

MATTH. XX. 4 ET SEQ.

ESCRITO estaba del Hijo de Dios que seria investido con el título de rey del universo sobre la cima del monte santo de Sion (1): que llevaria sobre sus mismos hombros las enseñas de su imperio (2); que sus dominios se estenderian de un cabo á otro de los mares, y su ce-

(1) Psalm. II. 6.

(2) Isaiaë. IX. 6.

tro abrazaría los confines de la tierra (1); y por último que á los diversos dictados de admirable, Dios fuerte, padre de los siglos venideros, añadiríase como principal distintivo de la índole de su reinado el de príncipe de la paz (2). Nadie empero habia caracterizado con tanta verdad y precision al futuro monarca, como el profeta Zacarias cuando dijo: «Regocíjate en gran manera, oh hija de Sion, salta de júbilo, oh hija de Jerusalem, ve que viene á tí tu Rey, el Justo, el Salvador, y viene pobre y montado sobre un asna y su pollino. Entonces serán destruidos los carros de guerra de Ebraim y los caballos de Jerusalem, y hechos menudos pedazos los arcos de los combatientes; y anunciará la paz á las gentes, y dominará los mares, y se señoreará de todo el universo (3).»

Hed aquí el célebre vaticinio cuya realizacion recuerda hoy la Iglesia en la presente solemnidad. Acontecimiento importantísimo que si grandé es en sí por las inmensas consecuencias que de él reportó el mundo, no lo es menos por lo que místicamente significa. En efecto, el que en aquel día de eterno recuerdo entró triunfante en la Jerusalem terrestre, inaugurando así el gran sacrificio que debia franquear á todo el linaje humano las puertas de la inmortalidad sancionando con su sangre los derechos que le habia adquirido al reino de su Padre celestial, renueva incesantemente aquel suceso en el seno del catolicismo, sin que por estar cubierto bajo las sombras del misterio deje de obrar idénticos efectos. ¿Y qué otra cosa es la comunión eucarística, dice San Juan Crisóstomo, sino una recepción solemne que hacemos á Jesucristo que se digna entrar triunfante en nuestras almas, en estos días de salvación y de misericordia? ¿Y cuál es el objeto que se propone, cuál su pensamiento culminante, su idea esclusiva, sino honrarnos con su presencia como rey, enriquecernos con su posesión como Dios, y libertarnos de la esclavitud de nuestras pasiones como Salvador? Después de haber resucitado espiritualmente mediante su gracia unas almas muertas y por la culpa sepultadas en el fondo de criminales hábitos, como lo hiciera en

(1) Psalm. LXXI. 8.

(2) Isaia. IX. 6.

(3) Zachar. IX. 9, 10.

otro tiempo con su amigo Lázaro, á quien resucitára de la muerte material estrayéndole del sepulcro do yacia ya cadáver en disolucion, viene á completar la grande obra de su amor, verificando su entrada victoriosa en la mística Jerusalem de nuestros corazones, para dispensarnos sus favores y prodigarnos los tesoros de su caridad infinita é incomprendible en la comunión pascual. Hé aquí el sentido espiritual del hecho que hoy nos ocupa. Ahora bien, si tanta admiración, si entusiasmo tan universal, si tan grandes simpatías inspiró en las masas del pueblo hebreo hácia el Salvador, aquella resurrección prodigiosa, y en su consecuencia le hicieron un recibimiento tan solemne y nunca visto en aquella capital donde tantas veces le vieran entrar con la mas fría indiferencia, ¿qué sentimientos, qué afectos no deberá producir en nosotros un prodigio que escede á cuantos la omnipotencia desarrolla diariamente á nuestra vista, y como será justo que nos preparemos á hospedarle cuando en esta honra que nos dispensa no tiene otro fin ni otra mira mas que el hacernos participantes de su mismo triunfo, de su propia gloria, de su adorable divinidad? Apliquémonos á desenvolver el sagrado texto, y de su estudio brotarán reflexiones oportunísimas, enseñanzas del mayor interés, y lecciones prácticas de la preparación que exige el gran misterio que estamos próximos á celebrar, del que no fué sino un tipo figurativo el triunfo de Jesucristo en la ciudad deicida.

Acercándose Jesus á Jerusalem (dice el Evangelista) al llegar á Bethphage junto al monte de las olivas, envió dos de sus discípulos diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis un asna atada con su pollino: desatádmelos y traédme los. Todo esto no era otra cosa mas que un precedente del gran acontecimiento que iba á verificarse. Debían cumplirse exactamente las profecías relativas al nuevo rey de Israel, y ni una sola circunstancia debia omitirse de cuanto estaba escrito acerca del hijo del hombre. Los tipos iban á desaparecer en breve; la realidad iba á reemplazar á la alegoría: tocaban á su término todas las figuras bíblicas; y por lo tanto el último vaticinio que hablaba de su entrada en Jerusalem no podia menos de ser realizado en todas sus partes, para que nada faltase á la verdad histórica de la vida del Salvador.

Observad empero, C. O., que la primera accion de Jesucristo como rey en el caso presente, es dar la libertad al oprimido. Su reinado debia distinguirse por la dulzura y la generosidad. Su cetro iba á hacernos libres de la servidumbre á que estábamos ignominiosamente sometidos bajo el imperio de Satanás. Desatar de las cadenas de la opresion moral las naciones todas del universo, convertidas en cierto modo en jumentos merced á la espantosa degradacion en que les sumieran los errores y las pasiones, era el pensamiento culminante que presidia en las ideas del divino Reparador de la raza culpable. Y ved por qué despues de haber comprado á precio de su propia libertad la libertad del hombre, y adquirido á costa de su vida la emancipacion de todo un mundo esclavo, y sellado con su sangre el eterno pacto de amor que hiciera con la humanidad, envia por do quiera á sus discípulos, diseminados por todo el globo, y á estos y á sus sucesores les dá la gran mision de romper los funestos lazos que tenian atados los hombres y los pueblos al carro de la infernal tiranía, diciéndoles: «Desatádmelos y traédmelos.» ¿Y cómo? Ya lo habia predicho por boca de sus profétas: no con la fuerza de las armas ni con el terror del poder, que esto no se ajustaba con las ideas pacíficas del Mesías prometido, sino con los lazos de Adán, con los vínculos de la caridad (1); para apacentarlos en la inocencia de su corazon (2), para enriquecerlos con sus tesoros, é identificarse con ellos mediante una union que solo podia realizar la omnipotencia inspirada por un amor sin semejante. Y al mandato añade la sancion de su soberanía. *Si alguno os dijere algo, decidle que el Señor los há menester, y luego os los dejará llevar.* Porque nada hay que se oponga al irresistible impulso de su accion poderosa, cuando ha determinado salvar al hombre y traerle al camino de sus legítimos destinos, ni hay poder suficiente á neutralizar los efectos de su gracia una vez derramada en el hombre, á menos que el hombre mismo desconocido é ingrato, quiera inutilizar los planes de Dios, abusando de su libre alvedrío en daño propio y contra los designios de una providencia misericordiosa.

(1) Osee. XI. 4.

(2) Psalm. LXXVII. 72.

Pero no nos desviemos de nuestro principal asunto. Una vez asentado como principio inconcuso que á todos nos llama Jesucristo por medio de sus heraldos evangélicos, que á todos desea hacernos libres del dominio de Satanás, purificando nuestras almas de las manchas del pecado en las fuentes regeneradoras de la penitencia, que á todos nos brinda con las riquezas de su amor infinito en ese festin celestial preparado en el seno de su Iglesia, cúmplenos examinar cuál es nuestro deber en vista de tanta bondad, cuáles deben ser nuestros afectos á vista de un rasgo de generosidad tan inefable. Hablando el sagrado texto de las circunstancias que precedieron al triunfo del Salvador, y que ya dejamos referidas, añade: *Todo esto se verificó en cumplimiento de lo que dijo el profeta: Decid á la hija de Sion: Hé aquí que viene á ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre un asna y su pollino, hijo de la que está acostumbrada al yugo.* ¿Y qué es lo que en la actualidad se verifica en el seno del catolicismo, sino el cumplimiento de cuanto acerca de la mansedumbre y caridad de un Dios hecho hombre dijera los vaticinios proféticos, y la realizacion de los misteriosos tipos de la antigua ley? Por eso la Iglesia que sustituyó á la Sinagoga, el cristianismo que reemplazó á todas las figuras legales, se dirige en estos dias al alma convertida, diciéndola: Hija de Sion, Israel amada del Dios de las eternidades, hé ahí á tu Rey, á tu Salvador, á tu Redentor que viene á tí manso y humilde, ocultando su grandeza bajo los velos de cándidos accidentes, por temor de deslumbrarte con los rayos de su divinidad. Abre los ojos de la fé y admira la inefable dignacion de ese monarca inmortal de los siglos, que descendiendo del brillante trono en que habita sobre las nubes, y donde recibe las ovaciones de los querubines, se prepara á entrar en tu seno, pobre en lo exterior siendo dueño de toda la creacion, pequeño en apariencia llenándolo todo con su inmensidad, dulce insinuante y de benigno aspecto cuando ante él tiemblan los cielos, se desgajan las montañas y estremécense los orbes. Ahí teneis al que prefiguraron los sacrificios de Aaron, el sacerdocio de Melquisedec, las ofrendas de Moisés, el maná del desierto, el pan subsinericio, la sangre de las víctimas, que viene á brindarte con su misma carne, á ofrecerte su sangre de

valor infinito, á alimentarte con el verdadero maná celestial, y á saciarte con ese pan misterioso que dá la vida eterna. Regocíjate y entona himnos de alabanza, oh habitacion de Sion, pues en medio de tí está el grande, el Santo, el Dios de Israel (1)..... Asi se expresa la Iglesia nuestra madre, eco de las bondades de Jesucristo, para disponernos á la próxima solemnidad de la Pascua. Eco de amor, grito de ternura, voz de salvacion que vibrando en el corazon del cristiano de una manera prodigiosa debiera despertar en él sentimientos de amor indefinible. ¿Y sucede así por dicha nuestra, M. A. O.? Un triste presentimiento me dice que no en todos vosotros halla iguales simpatias esa invitacion maternal. ¡Y pluguiera al cielo que así no fuese! De todos modos preciso me es manifestaros cuál debe ser la correspondencia del hombre á ese llamamiento de su Dios, y cómo es justo que nuestro amor responda al amor de Jesucristo, y nuestra gratitud á su liberalidad sin límites.

Y desde luego la prontitud en obedecer á la voz de la Iglesia, órgano de la autoridad suprema de Dios, es el primer carácter que debe distinguir al cristiano en estos dias en que nos llama á celebrar el triunfo del Salvador en su misteriosa entrada en nuestras almas, á la manera que *los discipulos* tan luego como recibieron la órden de su divino Maestro, *fueron é hicieron lo que les mandó, y trajeron el asna y el pollino, y aparejándola con sus vestidos le hicieron sentar encima.* ¡Con qué ánsia, con qué fervor no debieran acudir los fieles á ese llamamiento divino! Como la piedra lanzada de lo alto se precipita veloz hácia su centro, como el hambriento infante se arroja á los pechos de su tierna nodriza, como corre el niño tras la madre cariñosa que le muestra un objeto agradable ó el dulce manjar que apetece, no de otro modo deberiamos correr nosotros á ese misterioso convite que se nos prepara en la solemnidad pascual, ávidos de ese manjar celestial que nos diviniza uniéndonos con el supremo y único objeto de nuestro amor. Pero no basta acudir con prontitud, si el corazon no se halla dignamente preparado para tomar parte en el festin: en cuyo caso valdria mucho

(1) Isaiaë, XLI. 6.

mas privarse de ese alimento divino que profanarle recibéndole con alma impura y esclava de viles pasiones. Y ¡ay de aquel que tuviese atrevimiento bastante para comer indignamente el Cordero sin tacha! ¡Ay del que sin purificarse antes de sus horrruras en las fuentes sacramentales de la reconciliacion, se abalanzase á probar esa carne virginal, haciéndose reo del cuerpo y sangre del Señor, y tragándose juntamente con ella su juicio y su reprobacion (1)! No, no es el fariseo hipócrita, ni el vengativo escriba, ni el incrédulo saduceo, ni el venal pontifice quien debe tomar parte en el triunfo del Hijo de Dios. Ni el impúdico, ni el avaro, ni el soberbio, ni el usurero, ni el que persigue á la inocencia, ni el que se complace en ver abatida la justicia, ni el tirano opresor del débil, ni el que se goza en la ruina de sus semejantes, ni el que vé impasible el llanto de la desgracia ó la desesperacion del indigente, son dignos de ser admitidos en la presencia de Jesucristo que les rechaza indignado de su mesa, dice el Crisóstomo (2). Solo los verdaderos discipulos, los que le aman, los que siguen fieles sus huellas, los que participan de su caridad, los que practican sus virtudes, los que como él tienen un alma sincera y un corazon libre de toda pasion injusta, hed ahí á los que él admite gustoso, cuyas ovaciones acepta, y en cuyas demostraciones se complace. Por lo demás siquiera fuese un célebre guerrero ó un glorioso conquistador el que osase acercarse al convite Eucarístico, aunque vistiese púrpura ó ciñesen sus sienes una diadema de oro, careciendo de las debidas disposiciones, estaria prohibida la entrada, y ni su fastuosa ostentacion, ni su temible poderío bastarian á evitar que cayese sobre él el anatema celestial (3).

El triunfo pues del Salvador en la solemnidad pascual solo pertenece á los suyos, á los que con él se identifican en ideas y sentimientos. Ved lo que pasa en el camino de Jerusalem en el dia de la última entrada de Jesus en aquella populosa capital. ¿Quiénes son

(1) I. Corint. XI. 27.

(2) Nemo accedat nisi amicus, nullus fœnerator, nullus avarus, nullus impudicus; nam tales hæc mensa non suscipit. (Chris. homil. 60.)

(3) Sive dux militiæ sit, sive princeps diademate coronatus, indigne autem accedat, prohibe. (Id. ibid.)

los que le salen al encuentro? ¿Quiénes los que en torno suyo se agrupan? ¿Quiénes los que le victorean y proclaman hijo de David y bendito del Señor? Sus amigos únicamente son los que hacen estas públicas demostraciones: los que convencidos por sus milagros y benéficas acciones le reconocieran por el Mesías enviado del cielo: los que á despecho del encono farisáico y de la rabia mortal del Sinedrio, habían simpatizado con aquel hombre poderoso en obras y palabras, reconociendo su santidad y su origen divino. Por eso mientras sus irreconciliables émulos preparan en sus tenebrosas orgías los medios de acabar de una vez con aquel importuno fiscal de sus maldades, en tanto que reunidos acuerdan el día y la hora en que deben consumir la obra del infierno, condenando al inocente y vertiendo la sangre del justo, ínterin apelando á la mas negra perfidia conciertan con un codicioso discípulo el precio de su traicion, los que no participan de esta oculta trama, los que son estraños á semejante alevosía, se desbandan llenos de entusiasmo, y corren en pos de Jesus: *y una gran multitud tendian sus vestidos por el camino, y otros cortaban ramas de los árboles y las esparcian por donde tenia que pasar; y tanto las gentes que iban delante como las que iban detrás, clamaban diciendo: Hosanna al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor. Hosanna en las alturas.*

¡Triunfo brillante! ¡Ovacion nunca vista! Estudiemos, M. A. O., todas sus circunstancias, y veamos en ellas el tipo, el modelo de ese otro recibimiento místico que debemos hacer á Jesucristo en la solemnidad pascual. La fé humilde y sencilla es el primer carácter que descuella en esa demostracion espontánea de la parte sana del pueblo de Jerusalem. ¿Cómo le hubieran dado unos testimonios tan inequívocos de sumision y dependencia, si á través de un aparato tan pobre, que pudiera calificarse por algunos de ridiculo, no hubiesen visto en el que montaba una despreciable jumenta, al rey manso vaticinado por los profetas? Acostumbrados á ver el fastuoso boato de los monarcas orientales y el lujo deslumbrador de los reyes de Israel, ¿cabia en lo humano hacer un recibimiento tan estraordinario á Jesus, á quien veian odiado, perseguido y calumniado ge-

neralmente como impostor, sacrilego, revolucionario, y ambicioso, que aspiraba á usurpar la corona de los descendientes de David, si un convencimiento íntimo hijo de la fé no les hubiese dicho que aquel ante quien se prosternaban humildes, cuyo tránsito alfombraban con sus ropajes, y en torno del cual agitaban ramos y palmas, símbolos de la paz y de la victoria, era el esperado tras cuarenta siglos para salvar á la humanidad, el rey inmortal de las eternidades, el monarca universal de cielos y tierra? Porque así lo creen, porque de ello están hondamente persuadidos, porque no admiten la menor sospecha acerca de su creencia, sienten surgir de sus corazones un sentimiento de gratitud superior á todas las preocupaciones de su raza, un afecto de reconocimiento que les impulsa á saludarle como enviado del cielo, y á festejar su llegada con júbilo indefinible. Fé, humildad y gratitud que deben preceder y acompañar al cristiano en la recepcion eucarística de su Dios y Señor, y sin las cuales no podría aceptar este sus demostraciones, ni serle gratas sus ofrendas. No importa, A. O. M., que al acercaros al festin sagrado, no veais en ese sacramento inefable el aparato exterior que revele la presencia del rey de la gloria. No importa que su majestad inmensa se os oculte bajo los velos de débiles accidentes. ¡Ah! si su reino fuese de este mundo, el mundo todo le rendiría vasallaje, y contribuiría á realzar el brillo y esplendor de su soberanía. Si la fuerza ó el poder de las armas fuesen los medios que hubiese elegido para establecer su dominio en la tierra, hubiérase dejado ver seguido de innumerables huestes, coronado de laureles, vestido de púrpura y de oro, arrastrando en pos de su carro victorioso monarcas destronados, guerreros vencidos, y victimas encadenadas como trofeos de su conquista. Pero no es esta la índole de su imperio: jamás aspiró sino á reinar por el amor en los corazones, y á fijar en ellos su trono mediante la caridad: y la caridad y el amor son los que le obligan á anonadarse, y á ocultar los resplandores de su divinidad bajo esas modestas apariencias, por no deslumbrarnos, y atemorizarnos, como lo hiciera un dia en el Sinaí y el Thabor. Mas no por eso se debilite vuestra fé: cerrad los ojos corpóreos, y abrid únicamente los del alma, y no tardareis en apercibir al que en el cielo se

sienta sobre grúpos de querubines (4), al que sirven de silla las nubes, y la tierra de peana de sus pies (2), al que dirige el curso de los astros, dá sus leyes al lucero de la mañana, señala á la aurora el punto por donde ha de salir, y el camino al sonoro trueno (3); en una palabra, al que habita en las alturas en una luz inaccesible (4), y rodéanle los resplandores de la gloria del Padre, y es la figura de su substancia (5). Entonces no dudareis humillaros en su presencia, como las turbas de nuestro Evangelio, y hacer con él las mismas manifestaciones de sumision y reconocimiento. Y observad, A. M., que lo primero que hacen es despojarse de su ropaje, tipo de las pasiones y vicios de que debe estar libre el cristiano al acercarse á Jesucristo: porque no será recibido á tomar parte en el festin eucarístico todo el que no vaya adornado del traje nupcial de la inocencia y de la gracia (6): ni digno de formar séquito al Dios de la pureza y santidad en su triunfo misterioso, quien antes no se despoja de las sucias vestiduras de los malos hábitos, de las inclinaciones torcidas, de los afectos viciosos y de las ocasiones del pecado. ¡No tengais tal audacia; lejos de vosotros semejante profanación! Mirad que es un crimen horrendo unir una carne amancillada con la carne virginal del hijo de María! ¡Temblad que si osais juntar los miembros de Cristo con unos miembros incestuosos no caiga sobre vosotros la cólera celestial! ¡Respetad una sangre divina que corrió á torrentes sobre el Calvario por salvaros, y no intentéis mezclarla con una sangre que fermenta con el fuego del infierno! ¡Examinaos, probaos detenidamente antes de comer ese pan celestial y de beber ese vino que engendra virgenes, no sea que á una con él devoreis la sentenciá de vuestra muerte eterna (7)! Arrojad ante todo á los pies de Jesus vuestros vestidos, purificándoos en el

- (1) Psalm. LXXIX. 4.
(2) Isaiã. LXVI. 4.
(3) Job. 7, 12, 25.
(4) I. Timot. VI. 16.
(5) Ad Hæbr. I. 3.
(6) Matth. XXII. 12.
(7) I. Corint. XI. 28.

tribunal de la expiacion de los mas leves defectos que puedan manchar vuestras almas. Y hecho esto, corred con fé al encuentro de ese Rey manso y humilde que viene á colmaros de bienes y á desplegar en favor vuestro toda su generosa munificencia. Tomad en vuestras manos palmas y ramos de olivo, simbolo este de paz y de misericordia, signo aquellas de vencimiento y de triunfo; y con alma agradecida, con corazon sincero, con santo entusiasmo, gritad: «Hossana al hijo de David: bendicion y gloria al enviado del Señor; hosanna en lo mas alto de los cielos al que no contento con redimirnos y libertarnos del imperio de Satanás á costa de su vida y de su sangre, nos ha dejado en prenda de su amor ese pan celestial, ese convite divino, ese inefable manjar que nos hace gustar anticipadamente de las delicias de la eternidad. Ese hosanna le repetirán en la gloria los coros seráficos que unirán sus acentos al armonioso concierto que formarán en la tierra las almas justas. Ese hosanna hará estremecer el abismo despechado de ver reproducido el triunfo del Hijo de Dios contra quien se estrellaron todas las arterías infernales. Ese hosanna llenará de júbilo al cristianismo, confundirá la impiedad, hará enmudecer al error, y henchirá de gozo el corazon maternal de la Iglesia en la augusta solemnidad de la Pascua. Ese hosanna, en fin, será aquí para los que dignamente la celebraren, el preludio de aquel hosanna eterno que cantarán un dia con los ángeles en la region bienaventurada, donde deben consumir su triunfo y recibir la diadema de la inmortalidad.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO SEGUNDO.

	<u>Páginas.</u>
I. <i>Discurso para la Dominica VII despues de Pentecostés.</i> La inflexible lógica de los hechos demuestra la falsedad de todo sistema y de toda doctrina que está en oposicion con la doctrina católica	3
II. <i>Discurso para la Dominica VIII despues de Pentecostés.</i> El racionalismo citado ante la ciencia y el génio, á que apeló para desacreditar las tradiciones cristianas y negar su influencia en el bienestar de la humanidad, demuestra al par que su ódio sistemático á toda verdad revelada, la imposibilidad de sustituir sus erróneos principios á los principios invariables de la doctrina católica.	15
III. <i>Discurso para la Dominica IX despues de Pentecostés.</i> Los pueblos que buscan fuera del catolicismo los elementos de paz y de bienestar individual y social, solo recogen amargos desengaños, y se colocan bajo la accion de la divina justicia, terrible en castigar el menosprecio de la verdadera doctrina de Jesucristo	28
IV. <i>Discurso para la Dominica X despues de Pentecostés.</i> El racionalismo exagerando en el hombre el sentimiento de su personalidad, lejos de engrandecerle le degrada y envilece, exaltando en él las malas pasiones que acarrear la desgracia del individuo y la ruina de la sociedad: y por el contrario, el catolicismo inspirando sentimientos de humilde dependencia, eleva á los hombres y enaltece á los pueblos, creando verdaderas virtudes y elementos de orden y de positivo bienestar.	40
V. <i>Discurso para la Dominica XI despues de Pentecostés.</i> La reaccion moral que se nota hácia el catolicismo es una	

- prueba irrefragable de la convicción producida por sus doctrinas, cuando se estudian á la luz de la sana razón y sin preocupaciones de ninguna especie. 52
- VI. *Discurso para la Dominica XII despues de Pentecostés.*
Impotencia del racionalismo para inspirar el positivo amor del prójimo, ó sea el sentimiento de verdadera fraternidad, cuyos elementos se encuentran única y esclusivamente en los principios de la doctrina católica. 65
- VII. *Discurso para la Dominica XIII despues de Pentecostés.*
La ingratitud ha sido en todos tiempos el mayor obstáculo que han puesto á su salvacion los hombres y las naciones que no han sabido apreciar el beneficio de su vocacion al catolicismo. 78
- VIII. *Discurso para la Dominica XIV despues de Pentecostés.*
Sola la religion católica reúne las verdaderas condiciones de felicidad que inútilmente se buscan en los bienes de la tierra, y en los objetos exteriores que nos rodean. 90
- IX. *Discurso para la Dominica XV despues de Pentecostés.*
Solo en los principios de la religion puede hallar el hombre los elementos necesarios para remover los obstáculos que dentro de si mismo luchan contra su felicidad. 104
- X. *Discurso para la Dominica XVI despues de Pentecostés.*
El orgullo considerado como origen funesto de todos los errores del entendimiento, y de todos los estravios de la razón humana que trastornan en el mundo el orden religioso y social. 117
- XI. *Discurso para la Dominica XVII despues de Pentecostés.*
Cuán neciamente pretende la ciencia superficial del racionalismo oponerse á la sabiduría que brilla tanto en el culto como en los deberes que la ley de Dios prescribe á los hombres. 129
- XII. *Discurso para la Dominica XVIII despues de Pentecostés.*
Funestos efectos que en la inteligencia y en la voluntad humanas resultan del rompimiento de las relaciones entre el hombre y Dios, verificada por el error y las pasiones. 142
- XIII. *Discurso para la Dominica XIX despues de Pentecostés.*
Lamentable obstinacion de los hombres y los pueblos en desconocer y rehusar los inmensos bienes que les ofrece la

religion católica, y funestos resultados de esta indiferencia criminal. 156

XIV. *Discurso para la Dominica XX despues de Pentecostés.* Sola la mala fé y una aversion hostil hácia toda verdad religiosa es capaz de sostener la lucha del racionalismo contra la divinidad de la religion católica, en vista de los prodigios que la evidencian. 168

XV. *Discurso para la Dominica XXI despues de Pentecostés.* Cuán conformes están las enseñanzas del catolicismo con los principios de caridad y de justicia cuando prescriben la tolerancia y el perdon de nuestros prójimos, y cuán opuestas por el contrario con los principios mismos de la sana razon las doctrinas del racionalismo que sancionan la intolerancia y la venganza. 179

XVI. *Discurso para la Dominica XXII despues de Pentecostés.* La influencia del sacerdocio católico, lejos de ser perjudicial en ningún sentido, es por el contrario altamente útil y beneficosa, y de absoluta necesidad hoy mas que nunca en sus relaciones con el progreso de la civilizacion 190

XVII. *Discurso para la Dominica XXIII despues de Pentecostés.* Insuficiencia de la instruccion puramente filosófica para ilustrar y moralizar los pueblos, y precision que éstos tienen de recurrir á una enseñanza altamente religiosa, capaz de satisfacer sus verdaderas necesidades 204

XVIII. *Discurso para la Dominica XXIV y última despues de Pentecostés.* Perniciosa influencia que ejercen los malos libros bajo el aspecto religioso y social, y necesidad de huir de todas aquellas producciones que pueden ser nocivas á la fé y á las buenas costumbres 217

Sermones morales y Homilias para todas las Dominicas y ferias principales del año.

XIX. *Sermon para la Dominica I de Adviento.* La pureza del alma, primera disposicion para celebrar dignamente la venida de Jesucristo al mundo como Salvador, y para esperarle en su segundo advenimiento como Juez. 231

XX. *Homilia para la Dominica II de Adviento.* Las buenas

- obras, frutos de la fé en la venida de Jesucristo al mundo, segunda disposicion para celebrar dignamente el Adviento católico, y para prepararse á recibir al Señor en el último dia de los tiempos. 242
- XXI. *Sermon para la Dominica III de Adviento.* La oracion continua y serviente, tercera disposicion para obtener los beneficios de la venida de Jesucristo al mundo y los copiosos frutos de su redencion. 253
- XXII. *Homilia para la Dominica IV de Adviento.* La penitencia, cuarta disposicion para recibir al Salvador y apropiarse las consecuencias de su Advenimiento y los frutos de su redencion. 264
- XXIII. *Sermon para la Dominica infraoctava de Navidad.* Inmensas consecuencias de la venida de Jesucristo al mundo, considerada como un misterio de adopcion y de libertad para el hombre pecador 275
- XXIV. *Homilia para la Dominica I despues de Epifania.* Cuán grave mal sea perder á Dios por la culpa, y cómo debemos apresurarnos á buscarle mediante el dolor y el arrepentimiento, siguiendo los impulsos de la gracia 286
- XXV. *Sermon para la Dominica II despues de Epifania.* El amor fraternal fundamento de la perfeccion cristiana, considerado como distintivo de los que han abrazado la doctrina del Evangelio, y como prueba que deben exhibir de su carácter en todos tiempos y circunstancias. 297
- XXVI. *Homilia para la Dominica III despues de Epifania.* Eficacia de la fé cuando vá unida á la práctica de las virtudes cristianas, y facilidad con que puede perderse si no está sostenida por ellas. 308
- XXVII. *Sermon para la Dominica IV despues de Epifania.* Obligacion de edificar á nuestros prójimos, como medio único de contribuir á conservar en el cristianismo el verdadero espíritu del Evangelio, y como el mas poderoso elemento de reorganizacion moral 319
- XXVIII. *Homilia para la Dominica V despues de Epifania.* Accion perniciosa del escándalo, y odiosos caracteres de este vicio. 332
- XXIX. *Sermon para la Dominica VI despues de Epifania.*

- Satisfaccion que causa al alma el testimonio de las buenas obras, é influencia benéfica que éstas ejercen en nuestros prójimos, inspirándoles el sentimiento de la imitación. . . 344
- XXX. *Homilía para la Dominica de Septuagésima.* Generosa y admirable conducta de Dios en llamar á los hombres en todos tiempos para que se conviertan y salven. . . 355
- XXXI. *Homilía para la Dominica de Sexagésima.* La indiferencia, el endurecimiento, y el funesto ascendiente de las malas pasiones, tres causas principales que influyen en la esterilidad de la palabra evangélica. 368
- XXXII. *Homilía para la Dominica de Quincuagésima.* Torpeza intelectual del hombre para comprender el verdadero espíritu de la religion, contrastando admirablemente con su necesidad innata de conocer sus positivos destinos . . . 380
- XXXIII. *Sermon para la Dominica I de Cuaresma.* Causas de la esterilidad de la divina gracia en muchas almas, y fidelidad con que se debe corresponder á ella para no dejarla morir una vez recibida. 391
- XXXIV. *Homilía para la Dominica II de Cuaresma.* Soja la religion nos hace conocer la nulidad é insubsistencia de los bienes de la tierra, inspirándonos el deseo y la esperanza de la eterna felicidad del cielo 402
- XXXV. *Sermon para la Dominica III de Cuaresma.* Caracteres y funestas consecuencias del vicio de la impureza . . 415
- XXXVI. *Homilía para la Dominica IV de Cuaresma.* La codicia contraría visiblemente los planes de la divina Providencia. Odiosidad de este vicio, y su terrible expiacion. . 430
- XXXVII. *Sermon para la Dominica de Pasion.* Doble disposicion de fé y de corazon, indispensable para oír con fruto la palabra divina, cuyo defecto separa al hombre de las condiciones de su vida espiritual que consiste en la union con Dios, y le incapacita para llegar á sus verdaderos destinos. 444
- XXXVIII. *Homilía para la Dominica de Ramos.* La entrada triunfante de Jesucristo en Jerusalem, tipo de su entrada eucarística en el alma cristiana en la solemnidad de la Pascua. Disposiciones y afectos con que debemos celebrar este triunfo místico. 459

Satisfacción que causa el alma el testimonio de las buenas obras, é influencia benéfica que estas ejercen en nuestros

414 próximos, inspiradores de la imitación.

ERRATA.

XXX. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta y admirable conducta de Dios en llamar á los hombres en

385 Pág. 264, lin. 3.ª dice: **TERCERA DISPOSICION; léase: CUARTA DISPOSICION.**

XXXI. Hebillas para la Dominica de Septiembre. La influencia del

386 malicia, tres causas principales que influyen en la

XXXII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Tor-

387 perez intelectual del hombre para comprender el verdadero

XXXIII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

388 necesidad humana de conocer sus positivos destinos.

XXXIV. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

389 de la esterilidad de la divina gracia en muchas almas, y de

XXXV. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

390 lidad con que se debe correspondar á ella para no dejarse

XXXVI. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

391 morir sin ser recibida.

XXXVII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

392 religión nos hace conocer la utilidad é inutilidad de los

XXXVIII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

393 bienes de la tierra, inspirándonos el desapego y la esperanza de

XXXIX. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

394 la eterna felicidad del cielo.

XL. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

395 teros y funestas consecuencias del vicio de la impureza.

XLI. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

396 dicia contra-visualmente los planes de la divina Provi-

XLII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

397 dencia. Obesidad de este vicio, y su terrible expresión.

XLIII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

398 sión de él y de corazón, indispensable para él, con fruto

XLIV. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

399 la palabra divina, cuyo efecto separa al hombre de las can-

XLV. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

400 diciones de su vida espiritual que consisten en la unión con

XLVI. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

401 Dios, y la incapacidad para llegar á sus verdaderos destinos.

XLVII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

402 triunfante de Jesucristo en Jerusalen, tipo de su entrada

XLVIII. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

403 encarnación en el alma cristiana en la solemnidad de la Pas-

XLIX. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

404 cua. Disposiciones y ritos con que debemos celebrar esta

L. Hebillas para la Dominica de Septiembre. Gaceta

405 triunfo místico.

A LOS SUSCRITORES

DE LA NOVÍSIMA BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

La alteracion que el autor de la presente obra ha experimentado en su salud en los últimos meses, ha ocasionado el retraso de la publicacion de este tomo. Creemos un deber manifestarlo á nuestros favorecedores, á fin de que no estrañen éste y cualquiera otro retraso que tal vez pudiera ocurrir, convencidos como estamos de que sabrán respetar unos motivos tan poderosos é inevitables, que solo dependen de las disposiciones de la divina Providencia. Sin embargo, nuestros suscritores pueden estar seguros de que el autor hará cuanto sea compatible con su quebrantada salud para llevar á cabo sus trabajos, si bien no le es posible fijar un plazo determinado á su publicacion.

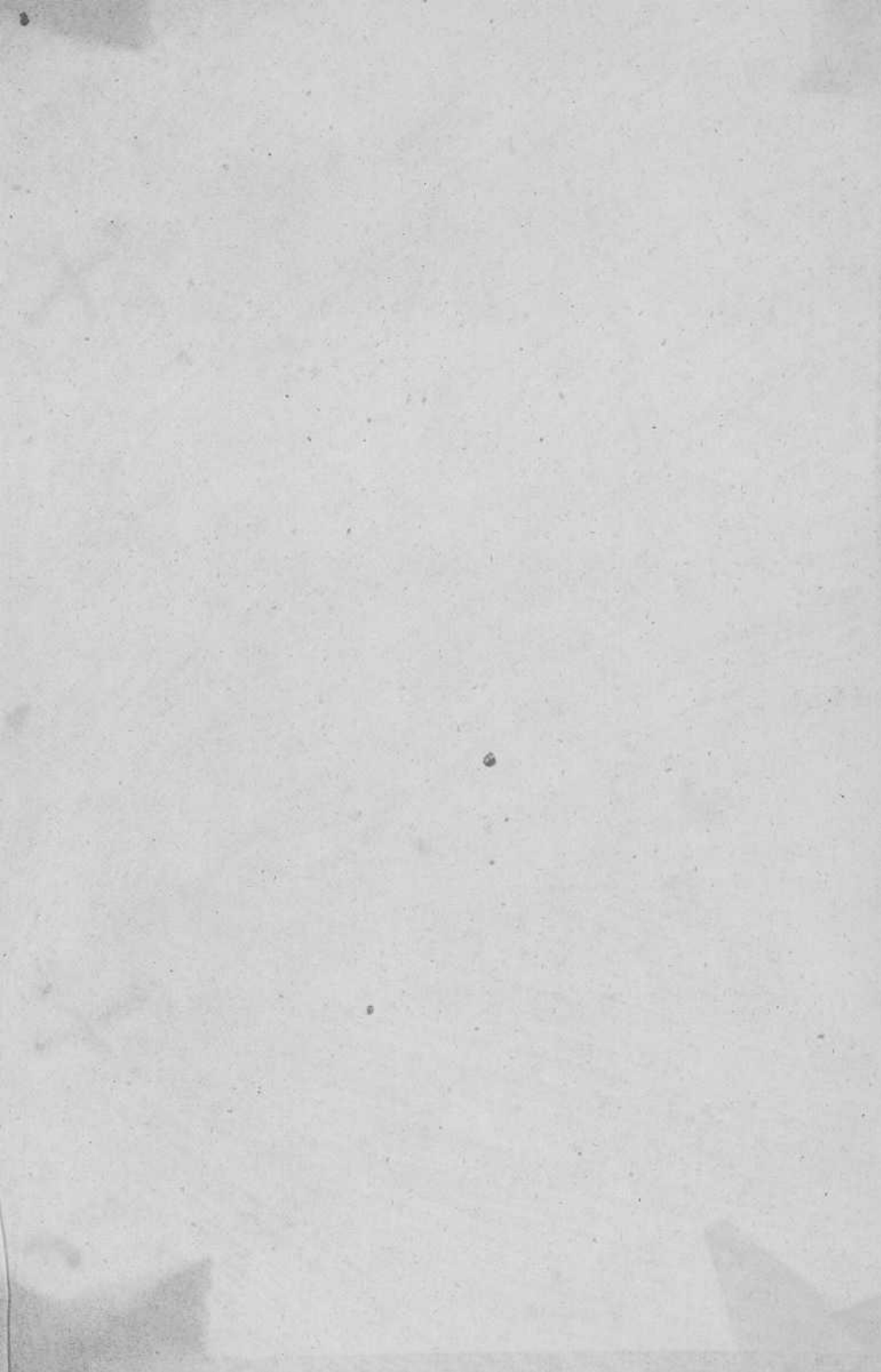
Aprovechamos esta ocasion para suplicar á los que se hallan en descubierto por alguna cantidad, se sirvan hacerla efectiva á la brevedad posible en la forma que les sea mas fácil y cómoda. Sensible nos es ciertamente la morosidad de algunos señores en este punto: tanto por los perjuicios que nos ocasiona (pues como repetidas veces hemos dicho: sin fondos no es posible dar á los trabajos toda la actividad que seria de desear), como porque parece revelar cierto espíritu de desconfianza que nunca hemos merecido; pues pública es la religiosidad con que hasta ahora hemos cumplido nuestros compromisos, y no menos notoria la generosidad y el desinterés con que actualmente procedemos, sirviendo en el acto cuantos pedidos se nos hacen sin exigir anticipo de ninguna especie. Justo es pues que nuestra generosidad sea correspondida; y ya que no exijamos adelantos, como tendríamos derecho á hacerlo, esperamos al menos que una vez recibidos los tomos no demoren el satisfacer su importe por las razones espresadas.

NOTA. Todos los pedidos, reclamaciones, giros, etc., se dirigirán á D. Higinio Reneses, calle de Valverde, núm. 24, imprenta.

La atención que el autor de la presente obra ha experimentado en su salud en los últimos meses, ha ocasionado el retraso de la publicación de este tomo. Creemos no deber manifestarlo á nuestros suscritores, á fin de que no estén en esta gran inquietud, otros retrasos que tal vez pudiera ocurrir, conocidas como estas cosas de que sobran respetar unos malditos tan poderosos é incalculables, que solo dependen de las disposiciones de la divina Providencia. Sin embargo, nuestros suscritores pueden estar seguros de que el autor hará cuanto sea compatible con su deteriorada salud para llevar á cabo sus trabajos, si bien no le es posible fijar un plazo determinado á su publicación.

Aprovechamos esta ocasión para solicitar á los que se hallan en descubierto por alguna cantidad, se sirvan hacerla efectiva á la brevedad posible en la forma que les sea mas fácil y cómoda. Sería nos es ciertamente la mortificación de algunos señores en este punto; tanto por los perjuicios que nos ocasiona (pues como repetidas veces hemos dicho: sin fondos no es posible dar á los trabajos toda la actividad que seria de desear), como por que pocas veces recelamos cierto espíritu de desconfianza que nunca hemos recibido; pues pública es la religiosidad con que hasta ahora hemos cumplido nuestros compromisos, y no menos notoria la generosidad y el desinterés con que acérrimamente procedemos, sirviendo en el solo cuanto pedidos se nos hacen sin exigir anticipo de ninguna especie. Justo es pues que nuestra generosidad sea correspondida; y ya que no exprimamos adelantos, como tendríamos derecho á hacerlo, esperamos al menos que una vez recibidos los tomos no demore el satisfacer su importe por las razones expresadas.

NOTA. Todos los pedidos, reclamaciones, giros, etc., se dirigen á D. Hipólito Benítez, calle de Valverde, núm. 24, imprenta.





TRONCOSO

SERMONES

2

1153

